OBRAS COMPLETAS

DE

HUMBERTO VAZQUEZ—MACHICADO

Y

JOSE VAZQUEZ—MACHICADO



BIBLIOTECA DIGITAL

TEXTOS SOBRE BOLIVIA

LA FUNDACIÓN DEL NUEVO ESTADO, INFORME DE 1826, GEOGRAFÍA DE BOLIVIA, LIBROS DE HISTORIA GENERAL DE BOLIVIA, HISTORIOGRAFÍA BOLIVIANA, ACADEMIA BOLIVIANA DE LA HISTORIA, HISTORIA DE LA CASA DE LA LIBERTAD Y EL PALACIO LEGISLATIVO, Y DE LA MEDALLA DEL LIBERTADOR

FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: 4298
Número del texto en clasificación por autores: 8430

Título del libro: Obras completas. Tomo VI

Autor (es): Humberto Vazquez Machicado y José Vazquez Machicado

Editor: Editorial Don Bosco
Derechos de autor: Depósito Legal Nº 4-1-294-87
Imprenta: Artes Gráficas Don Bosco
Año: 1988
Ciudad y País: La Paz – Bolivia
Número total de páginas: 529

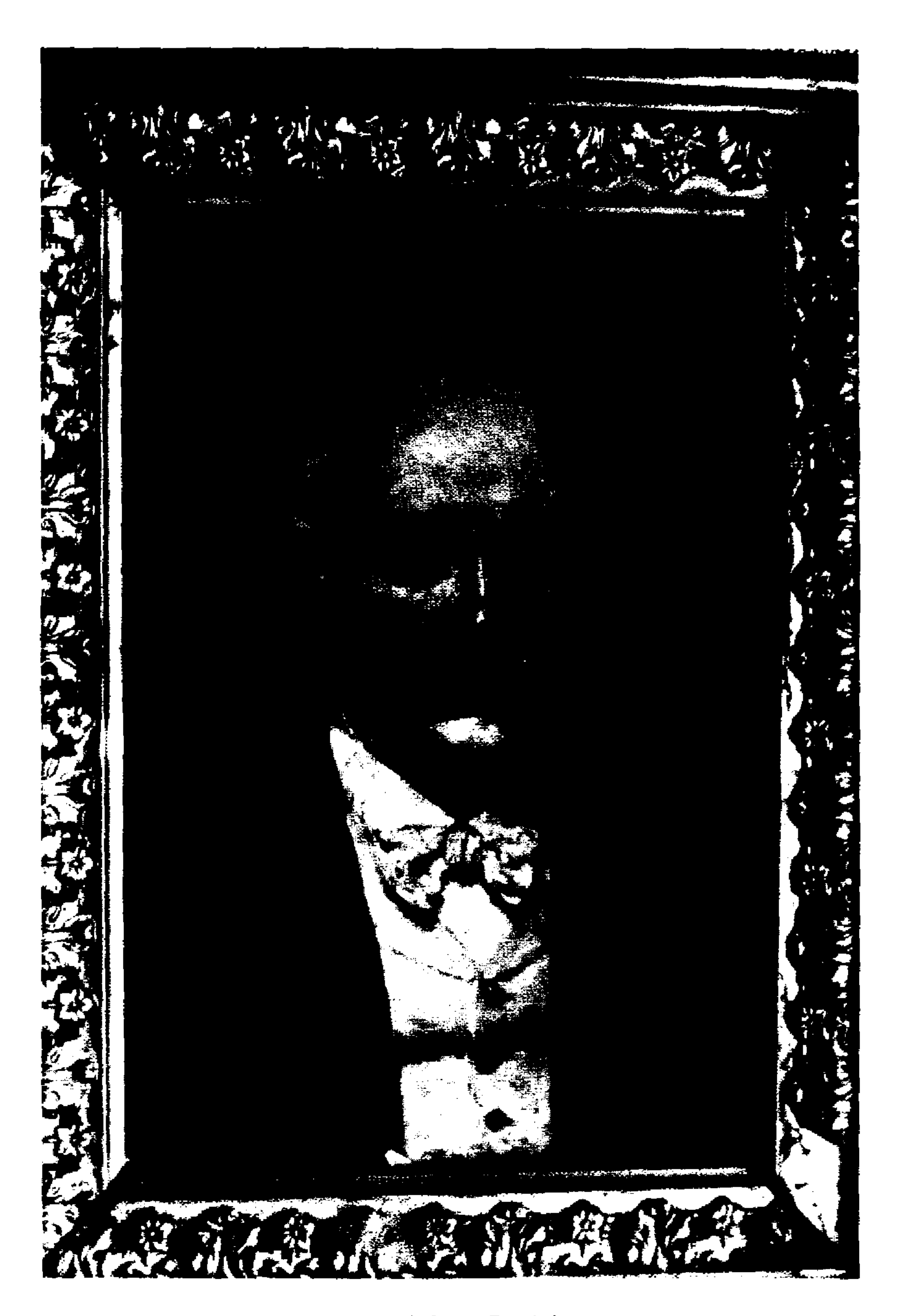
Fuente: ***Digitalizado por la Fundación***

Temática: Historiografía boliviana

Depósito Legal
Nº 4-1-294-87

IMPRESO EN BOLIVIA - PRINTED IN BOLIVIA

Talleres de Artes Gráficas «Don Bosco»
La Paz - Bolivia

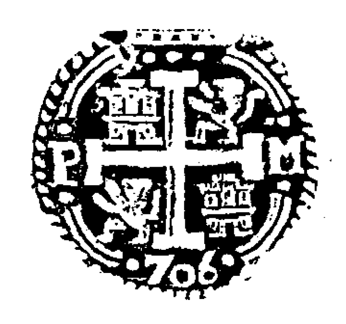


Retrato de Gabriel René Moreno.
Fotografía de Fernando A. Vázquez.

OBRAS COMPLETAS
DE
HUMBERTO VAZQUEZ–MACHICADO
Y
JOSE VAZQUEZ–MACHICADO

Edición de
Guillermo Ovando-Sanz
y
Alberto M. Vázquez

VOLUMEN VI



Editorial Don Bosco
La Paz
1988

CONTENIDO GENERAL DE LOS SIETE VOLUMENES

VOLUMEN I

VOLUMEN II

VOLUMEN III

VOLUMEN IV

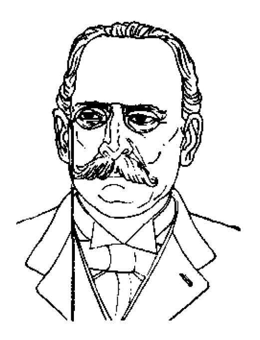
VOLUMEN V

VOLUMEN VI

VOLUMEN VII

OBRAS DE JOSE VAZQUEZ-MACHICADO

Gabriel René Moreno



GABRIEL RENE - MORENO

SUMARIO (*)

NOTA PRELIMINAR

CAPITULO PRIMERO

EL HOMBRE

CAPITULO SEGUNDO

LA CRITICA LITERARIA

---

*. *Nota de (G.O.).*

Dado el respeto que HVM. tenía por la obra de René-Moreno, es lógico suponer que pensaba en la publicación de un volumen sobre la vida y obra del autor de *Mojos y Chiquitos*. Publicó varios trabajos sueltos y posteriormente los ordenó con ánimo de revisarlos y mejorarlos, para evitar algunas repeticiones.

Nosotros los hemos reunido conforme al orden establecido por su autor. Si se repiten algunos conceptos no nos hemos animado a suprimirlos; de modo que ahora aparecen tal como se publicaron o estaban inéditos, en algunos casos.

En la «Introducción» presentamos el primer trabajo que sobre René-Moreno escribió HVM a la edad de 19 años.

CAPITULO TERCERO

PAPELES INEDITOS DE GABRIEL RENE-MORENO

I. Antecedentes. II. Las Adiciones de Abecia. Los pliegos sueltos. III. Notas sobre periódicos. IV. Disolución de la Confederación Perú-Boliviana. La Restauración. V. Bolívar y Buenos Aires. VI. Las notas que faltan a la Biblioteca Peruana de 1896. VII. Casimiro Olañeta.

CAPITULO CUARTO

LA VERSION FRANCESA DE ULTIMOS DIAS COLONIALES

I. Un crimen cultural de la UNESCO. II. La UNESCO explica el carácter de la edición que hizo de la obra de Gabriel René- Moreno. III. La UNESCO y René-Moreno.

NOTA PRELIMINAR (*)

Santa Cruz ha ostentado siempre el orgullo de haber sido la cuna de cerebros y caracteres, que forman los grandes relieves de nuestra historia. René-Moreno, Zoilo Flores, Miguel Rivas y tantos otros que mostraron ante la patria toda que en las lejanas selvas orientales habían hombres de talentos y energías y que siempre militaban en las sagradas legiones de la Justicia y del Derecho.

El día de hoy el pueblo cruceño celebra la gloriosa recordación de su viril gesto libertario de ha más de un siglo, en que los hombres de esta tierra, al escuchar el eco legendario del cuerno que resonara en Chuquisaca tañendo libertad, como aquel otro tradicional en las montañas suizas, se levantaron para romper las cadenas que por cerca de tres centurias oprimieran y esclavizaran el sentimiento libre.

Hoy día en que revivimos una página gloriosa de nuestra historia; hoy día en que la sombra de aquellos nobles patricios que se llamaran Seoane, Mercado, Salvatierra y otros, se nos aparecen como ante una sagrada evocación, resplandecientes de inmortalidad y de gloria, recordemos también al más preclaro de los hijos de Santa Cruz, a don Gabriel René-Moreno, cuyo cerebro es hasta hoy el único en la historia boliviana que aparezca orlado con los resplandores de la genialidad. Justa y bien merecida recordación al que templado en amor a su viejo y lejano terruño, nos legara páginas inolvidables que le han conquistado primer puesto entre los mejores prosistas de la América hispana.

René-Moreno tuvo la moral de los hombres superiores. Llevaba siempre por divisa aquello de que la «cultura intelectual es lo más noble y sagrado que posee el hombre», y podía ser abanderado de esa aristocracia del talento que Renan quería que gobernase a los pueblos. Al frente de todos sus escritos podría ponerse la enseña de Emerson: el *no-conformismo*, y así cumpliendo

---

* a) *La Ley*, periódico. Santa Cruz, 1923, sept. 26, con el título: «Discurso leído en el Salón Consistorial a nombre del Instituto Libre de Derecho y Ciencias Sociales por el universitario Humberto Vázquez-Machicado».

b) En el libro *Daza y las bases chilenas de 1879*. La Paz, Ed. Universo, 1938, III + 214 + una.

Este libro editado por el Sr. Raúl Antelo Araúz reedita el folleto del mismo título publicado por René-Moreno, en Sucre, Tip. del Progreso, 1881; 18. Adiciona varios materiales referentes a René-Moreno proporcionados por Fabián Vaca Chávez y José Vázquez-Machicado. El trabajo de HVM., 136-139.

c) En *Biblioteca Presencia*, 1979, Cuaderno N° 87, 9-10. Este cuaderno forma parte de una reedición del item (b) citado anteriormente.



1 G. René–Moreno (cerca de 1874) en Sucre.

estos corolarios, y viviendo ajustado a ellos, marchaba, guiado por la misteriosa luz del ideal moral, por la senda llena de abrojos que conduce a los hombres superiores a la segura y gloriosa inmortalidad.

Su alma pura y caballeresca podría compararse a la de aquellos antiguos hidalgos españoles -de los cuales era legítimo descendiente-, y que parecen haberse extinguido ya en los solares de la raza. Siempre caminó por la senda del honor y de la dignidad, llevadas hasta el orgullo y la altivez, nacidas ambas del conocimiento del valor propio, tan característicos en el alma española, que son cualidades no aprendidas en los libros ni en las lecciones del maestro, sino heredadas, y que se beben en los sagrados senos de la madre.

Su vida fue una constante lucha por la cultura de la cual era campeón «por la sola gana solitaria» como solía decir, y siempre su espíritu vivió en un perpetuo devenir hacia ideales superiores de Verdad y de Progreso.

René-Moreno vivió siempre olvidado y en su patria jamás supieron que en extranjera tierra había un boliviano, un esforzado patriota, que dedicaba a su país las escogidas flores de su jardín intelectual, y los más sazonados frutos de su ingenio, sin recibir en pago, sino el silencio, arma traidora y ruin que mata los más caros ideales de una vida.

Hubo un momento terrible para Bolivia, momento de prueba, en el que se vio cual era el verdadero patriotismo: si el de abandonar posiciones espectables en tierra enemiga, y un porvenir asegurado, para poner al servicio de su patria el nada escaso contingente de sus conocimientos del país agresor, como lo hizo Moreno, o aquel hueco y ramplón de plaza pública, rodeado de vocingleras multitudes.

En esta situación Moreno fue sacrificado en aras de mezquindades sin nombre, con una ruindad incalificable, y fue acusado de traidor e insultado y escarnecido hasta en su propia tierra. En este silencio al escritor y en los insultos al patriota, están las mejores pruebas de la genialidad de Moreno, pues jamás en la compleja arquitectura de las civilizaciones se ha dado tradición de que el genio sea glorificado en vida. ¡Amargo, muy amargo, regado con lágrimas más amargas aún, y hasta con sangre a veces, es el pan de la inmortalidad!

La figura genial de René-Moreno parece exótica en medio de las mezquindades de nuestro siglo de hipocresías y de mentiras. De haber nacido entre los antiguos griegos, hubiera sido de los que a los diez y ocho años, vestido de hoplita, juraba morir por su patria y por sus dioses, y que después de la guerra, con la sien ornada de laureles, dictaría sus lecciones en los pórticos de Atenas o a la sombra mística de los árboles de los jardines de Academos.

Medioeval, hubiera sido la personificación real de Macías, el Doncel de don Enrique el Doliente –tal como lo pinta Larra–, que después de cantar trovas y romances al compás de romántico laúd al pie de vieja reja, llevaría su altivez y dignidad nunca mentidas en la punta de su espada de caballero. En el siglo del Renacimiento hubiera sido un genio universal como Leonardo o «caballero sin miedo sin tacha» cual Bayardo. Pero en nuestro siglo y en nuestro país, no pasó de ser un incansable y utópico luchador de ideales, escarnecido y olvidado; y sólo en nuestros días «cuando ya no puede hacer sombra a nadie», se le reconocen sus méritos y su genio.



2 Gabriel José Moreno, padre de G. René-Moreno.



3 Sinforosa del Rivero de Moreno, madre de G. René-Moreno.

Pero hoy que ya están felizmente muy lejos aquellos tiempos y que el Genio «reposa al otro lado de la Gran Serenidad», en las regiones ignotas del Eterno Bien, adonde no llega ni el aplauso interesado de los mediocres, ni el insulto procaz de los malvados, sino las oraciones puras de los que rinden sagrado culto a su recuerdo, todos debemos seguir las huellas de sus puritanas virtudes y marchar por el sendero luminoso que nos ha dejado, ensalzando su memoria ante la faz de la patria y de la América toda.

La vida de René-Moreno es tan digna, tan honrada, tan sublime, que merece estar en las inmortales páginas de aquella FLOS SOPHORUM del ejemplario de *Xenius*. El cobarde odio de sus contemporáneos se puede sintetizar en aquella fábula de Hartzenbusch: «Un ventrudo sapo graznaba en su pantano cuando vio resplandecer en lo alto de las toscas a una luciérnaga; pensó que

ningún ser tenía derecho a lucir cualidades que él mismo no poseería jamás. Mortificado por su propia impotencia saltó hasta ella y la cubrió con su vientre helado. La inocente luciérnaga osó preguntar: ¿Por qué me tapas? y el sapo congestionado por la envidia sólo acertó a interrogar a su vez: ¿Por qué brillas?».

Santa Cruz de la Sierra, 24 de septiembre de 1923.

CAPITULO PRIMERO

EL HOMBRE

I. Introducción temática. II. Vocación y Trayectoria. III. Hábitos y creencias. IV. Amores y desengaños. V. Timidez amorosa y amor de otoño. VI. La Pasión del estudio y la pasión patriótica.

I

Introducción temática (*)

El escritor europeo en su egocentrismo típico, considera América y más aún aquella no sajona, como un continente sin la más mínima manifestación de formas superiores del espíritu. Baste citar al respecto que Weber no nos hace figurar para nada en su *Historia de la Cultura,* desconociendo incluso la profunda transformación que para el mundo geográfico, político y económico del siglo XVI significó el descubrimiento y la conquista de América. A esto añádanse las grotescas salidas de tono de Giovanni Papini, quien inconsecuente consigo mismo, en la contradicción permanente de su vida y de su obra, no puede ser tomado en cuenta.

Estando como estamos dentro de América y en plena vivencia de su desarrollo, no nos es posible tener la perspectiva necesaria para ver y juzgar lo que ella ha producido y produce como contribución cultural. Sin embargo, vemos que de cuando en cuando, y en uno y otro país del Continente, puede observarse la aparición de figuras descollantes que se destacan y sobresalen del procomún y llevan el aporte del propio valer al acervo del Arte y de la Ciencia.

Un día será un genio múltiple como Bolívar, cuyo nombre por sí solo llena el Continente. Otro día será Montalvo o Sarmiento. Y esta vez en la

---

* Este parágrafo con ligeras variantes se publicó en *La Noche*, diario, La Paz, 1937, septiembre 24, con el título de «Vida y amores de René-Moreno. Una carta como dato biográfico» (G.O.).

patria boliviana ese gran valor, ese nombre representativo se llama Gabriel René-Moreno.



4 Arístides Moreno, hermano de René-Moreno.

La figura de don Gabriel René-Moreno, sin disputa la más grande e ilustre de los escritores e historiógrafos bolivianos, y de primera línea entre los de la América hispana, es poco conocida en la propia tierra que lo viera nacer. Su nombre aparece frecuentemente citado en libros y artículos, pero pocos serán los que verdaderamente hayan leído su enorme obra; la mayor parte de las veces, las referencias son de segunda o tercera mano, y ello muy especialmente entre sus detractores.

Razón sobraba al propio René-Moreno para calificarse como «solitario autor de escritos sin lectores en Bolivia misma», siendo así que cuando decía esto, ya llevaba cinco tomos publicados sobre la tierra de su nacimiento.

Revisando la bibliografía dedicada a la vida y a la obra del nombrado, tenemos que el más antiguo de los trabajos que sobre René-Moreno se han publicado, es el de Emilio Finot, aparecido en 1910, a los dos años de muerto el gran escritor. Nos da algunos datos sobre su vida y una reseña de sus obras, con valiosas apuntaciones y comentarios.



5 Emilio Finot.

EMILIO FINOT

Gabriel René-Moreno y sus obras

SANTA CRUZ DE LA SIERRA
BOLIVIA
1910
Tipografía Comercial.

6 157 x 108; 49 p. Es la primera bibliografía de G. René–Moreno.

Este estudio de Emilio Finot *Gabriel René-Moreno y sus obras. Ensayo bio-bibliográfico,* Santa Cruz de la Sierra, Tipografía Industrial, 1910; 49 p., revela un conocimiento completo y profundo de la obra del gran escritor, excepto su *Segundo Suplemento,* obra semi póstuma y las *Adiciones de Abecia* de 1899, que si bien son hechas a base de una aportación de don Valentín y un «Apéndice» de Enrique Barrenechea, el volumen en la casi totalidad de su texto, pertenece a René-Moreno.

Fuera del folleto de Finot, sólo aparecieron artículos y juicios diversos en algunos órganos periodísticos, y que llevan las firmas de José Antezana, Julio César Valdés, José Peredo Antelo, etc., etc.

En 1926, tenemos ya el enjundioso trabajo de Alberto Gutiérrez incluido en el volumen *Hombres representativos,* y en el cual complementa los datos que sobre la actuación de René-Moreno en el conflicto del Pacífico publicó en 1912 en su libro *La guerra de 1879* (París, Bouret). En 1938, se hizo una reedición de *Daza y las bases chilenas,* la cual incluyó como apéndice varios y valiosos estudios referentes a la personalidad del autor. A éstos hay que agregar diversos juicios interesantes como los de Jaime Mendoza, Marcos Beltrán Avila, Federico Avila, Alcides Arguedas, etc. y otros que andan dispersos en diferentes libros y opúsculos.

Entre lo más valioso que se haya escrito, debemos contar el *Elogio* de 1934, debido al escritor y diplomático Enrique Finot, y el ensayo de Rigoberto Villarroel Claure, incluido en su libro *Elogio de la crítica*, aparecido en 1936.

Mención especial merecen las páginas que a nuestro personaje ha dedicado Carlos Medinaceli en su *Estudios Críticos* (Sucre, 1938), (1) en el cual se halla el siguiente original concepto: «El caso de René-Moreno en Bolivia es antitético. Es un contrasentido que no tendría explicación, si no fuera porque, en realidad, ni espiritual, ni mental, ni étnicamente, don Gabriel René-Moreno es boliviano, sino español. Por eso, resulta entre nosotros, hombres de mentalidad y espíritu mestizos, un mirlo blanco, una cosa exótica. *Representa la desesperación de España agonizante en el paisaje indígena de América*». Tan curiosa opinión y su análisis nos llevaría muy lejos de los límites del presente trabajo, y preferimos dejarlo para uno de mayor aliento que quizá algún día emprenda el autor de estas líneas.

Pero un ensayo integral completo acerca de René-Moreno, aún no existe (2). Estudiar su amplia personalidad es tarea que se impone con carácter de urgencia para que Bolivia conozca a quien fue su hijo más ilustre y lo haga conocer también en el mundo de habla hispana, y con buenas traducciones en el resto del mundo.

Si la faceta intelectual de René-Moreno es tan ignorada, aún lo es más la que se refiere a su vida íntima, a su carácter personal. Apenas sí, por la trascendencia que tuvo, se sabe de su intervención en ciertas negociaciones diplomáticas entre Chile y Bolivia cuando el conflicto del Pacífico; y aún ésta, muy mal, a través sólo de las referencias y prejuicios de la época, sin analizar cual fue el patriótico papel de René-Moreno en tales actuaciones, y motejándolo más bien con un apíteto vil que nunca, en ningún momento mereció ni mucho menos.

Notas de (G.O.).

1. Hay una segunda edición corregida y aumentada, con un buen prólogo de Carlos Castañón Barrientos, La Paz, Ed. Los Amigos del Libro, 1969. La impresión fue hecha en Barcelona, España. Es sabido que la primera edición hecha en Sucre en 1938, con gran sentimiento de Carlos Medinaceli, fue recogida por su autor en vista de los numerosísimos errores de imprenta que contenía. Sin embargo, circularon algunos ejemplares.

2. Se han publicado varios y meritorios trabajos dedicados al infatigable estudioso. Citamos a continuación los más importantes en orden cronológico; todos, con excepción del segundo, no fueron conocidos por HVM muerto de 1957.

Aracena Villarroel, Raúl, *Gabriel René-Moreno, su vida y sus escritos*, Santiago, 1940.

Sobre este estudio expresa Guillermo Feliú Cruz en el libro que más abajo citamos: «En 1940, como profesor de Historia de América del Instituto Pedagógico, hice que mi distinguido alumno Domingo Aracena V. escribiera su memoria de prueba para optar el título de Profesor de Estado en la asignatura de Historia y Geografía de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, sobre René-Moreno. Escribió R.A.V. el único estudio biográfico orgánico que conozco sobre René-Moreno, el cual, con muy ligeras modificaciones, debiera ser publicado».

En 1943, obtuvimos una copia de este interesante trabajo. Felizmente, en 1976, la Universidad de Santa Cruz, que lleva el nombre del ilustre patriota editó este estudio en *Cuadernos Universitarios*, N° 3, mimeógrafo, 82 p. Entendemos que queda pendiente la edición en imprenta.

→

De René-Moreno se han estudiado algunos aspectos de su obra de escritor, su pensamiento sociológico, su valor de historiador, etc., pero hasta hoy poco o nada se ha dicho sobre su persona misma, sobre quién era y cómo era, sobre su carácter y manera de vivir. Si se ha llegado a afirmar que el temperamento es el todo de un escritor, preciso es, pues, que conozcamos ese temperamento de don Gabriel René-Moreno, para que podamos apreciar y juzgar su obra. El conocimiento del hombre nos servirá para complementar la personalidad del intelectual.

Poco a poco van allegándose los materiales para tal labor y es de esperarse que en breve tengamos ya la obra a tal tema dedicada. Para ella, aquí venimos trayendo también nuestro grano de arena, contribuyendo con algunos datos muy poco conocidos que aclaran más la figura de Gabriel René-Moreno.

Años ha quien esto escribe encontrábase en Santiago de Chile, y por medio de una gentil presentación de Rafael Parada Suárez, amigo de la infancia, hubo de conocer a la señora Rosalía Calvo Cruchaga de Aldunate Valdés, familia con la cual René-Moreno había mantenido una amistad muy estrecha en el medio siglo que vivió en el vecino país, desde casi los veinte años, hasta su fallecimiento en 1908.

Al calor de los recuerdos, la respetable matrona, como escapada de un camafeo romano, parecía revivir los años que pasaron en la evocación de las anécdotas; brotaba de todo ello, como delicado perfume, todo lo grande y sincero que había sido el afecto para aquel amigo a quien siempre consideró como miembro de la familia. Allí, en las charlas de la casa de la calle San Francisco, rendíase culto perenne a su memoria, y estas charlas eran otras tantas ofrendas votivas en homenaje a su recuerdo.

Mendoza L., Gunnar, «Gabriel René-Moreno, bibliografo boliviano» Revista *Universidad*, Sucre, 1951, t. XVI, N° 39-40; 553-613. Hay separata que lleva la fecha de 1954.

Es un trabajo muy bien logrado; perfecto en su género.

Siles Guevara, Juan, *Contribución a la bibliografía de Gabriel René-Moreno*, La Paz, UMSA, 1967; 33 p.

Feliú Cruz, Guillermo, »Gabriel René-Moreno (1834-1908) y la bibliografía boliviano-peruana con relación a la chilena» en el libro del mismo autor *Historia de las fuentes de la bilbiografía chilena*, Santiago, Ed. Universidad Católica, 1966-69, 4 tomos. T. III, 1968; 22-44. Hay separata de 29 p.

Condarco Morales, Ramiro, *Grandeza y soledad de Moreno*, La Paz, Tall. Gráficos Bolivianos, 1971; 446 p. con ilustr.

Sanabria Fernández, Hernando, *Gabriel René-Moreno, separata de Inter-American Review of Bibliography*. No hay indicación de N° y fecha. México. Una segunda edición, La Paz, Publicación del Consejo Nacional de Educación, 1975; 21 p.

Revista de la Universidad Boliviana «Gabriel René- Moreno, Santa Cruz, 1973, N° 33, 135 p.

Numero dedicado al ilustre historiador. Registra varios artículos de interés.

Oblitas Fernández, Edgar, *Dos maestros, Ricardo Palma y Gabriel René-Moreno*, La Paz, Ed. Los Amigos del Libro, 1974; 128 p.

Siles Guevara, Juan, *Gabriel René-Moreno, historiador boliviano*, La Paz, Ed. Los Amigos del Libro, 1979; 119 p.

Fuera de lo indicado, Revistas y diarios bolivianos han registrado varios trabajos.

Como resumen de ellas, y con amplias facultades de publicación, la mencionada dama entregó copia de una carta que sobre el mismo tema había dirigido en enero de 1932 al doctor Julio Salmón, prestigioso intelectual de Santa Cruz de la Sierra, quien habíale formulado varias preguntas al respecto, ya que hallábase preparando un estudio biográfico sobre René-Moreno, estudio que aún no ha sido editado.

Tanto en dicha carta, como de las conversaciones directas, se han tomado las referencias que van a relatarse. Como se ve, cualquiera que fuese el juicio que sobre el valor de ella se tenga, por lo menos hay que reconocer el mérito de ser de primera mano, y de que cuando fueron relatadas y copiadas, tenían aún el calor de lo vivido. Algo más aún y de no poca importancia: se puede responder de la absoluta veracidad de ellas.

[A continuación transcribimos la carta de referencia que fue publicada en el artículo «*Vida y Amores de René-Moreno,* una *carta como dato biográfico*», *La Noche,* La Paz, 1937, septiembre 24, Segunda Sección p. 9. Este artículo no se publica aquí, por estar comprendido en este estudio] (G.O.).

«Santiago de Chile, enero de 1932.
«Señor don Julio Salmón.
«Santa Cruz.
«Estimado señor: Tan pronto recibí su carta pensé contestarle, pero el mal estado de mi salud me ha impedido hasta hoy el hacerlo. Gustosa daré a Ud. todas las noticias que recuerdo desde mi niñez de nuestro querido amigo Gabriel René. Ud. escogerá lo que pueda serle útil».

«Comienzo: siempre le oimos decir que había llegado a Chile a los catorce o quince años y desde esa época data la amistad con mi familia, iniciándola en el Instituto Nacional con mi tío Miguel Cruchaga, el conocido internacionalista».

«De los primeros años de su estada en Chile, sólo le voy a decir cosas oídas, pues era tan pequeña en aquel entonces, que él me sentaba sobre sus rodillas».

«Las vacaciones las pasaba generalmente en Santa Ursula, hacienda de mis padres; ahí en la confianza, se notaron sus gustos desde el primer momento: la literatura, la música y algunas amistades escogidas, porque era retraído por naturaleza, pero muy consecuente y leal con los que llamaba sus amigos».

«En el campo tenía por constumbre dejar los hábitos de la ciudad y amoldarse a la sencillez campesina; comía de preferencia todo lo que producía la tierra en que estaba: la 'galleta de peón' en vez del pan blanco; los quesillos

(no sé si es particular de Chile), el mote con leche, pejerreyes de un estero vecino, etc.».

«Todas las tardes la familia paseaba por los alrededores, Gabriel René prefería el break, otro coche o 'carreta' al caballo, pues no era buen jinete».

«Fuera de las horas en que se hacía tertulia, horas que él encontraba exquisitas, ocupaba su tiempo en leer, paseándose por las avenidas de encinas pisando las bellotas, lo cual le causaba sumo placer».

«En Santa Ursula leía con frecuencia lo que había en la biblioteca de mis antepasados: La Santa Biblia, el Año Cristiano, el Catecismo de Gaume, la Historia de la Iglesia, las obras de Santa Teresa, etc. El decía que dejaba la literatura profana para la ciudad. Más de una vez oímos sus simpáticas reprimendas por no recordar algún pasaje que él refrescaba en ese momento, lo cual no se explicaba pudiese suceder en familia tan cristiana como la nuestra».

«Su entusiasmo por la música lo hacía tomar todos los años más o menos el mismo sillón en el Teatro Municipal durante la temporada de la Opera; prefería este entretenimiento a otro cualesquiera».

«Era un profundo creyente, pero no practicante; sin embargo en el campo era el primero en estar listo al lado del coche para ir a la Iglesia parroquial, ¿Convicción o educación?».

«En la ciudad no dejaba jamás de asistir a los oficios de Semana Santa; invitaba a mis hermanas para ir en compañía a los maitines y al Stabat Mater. Le agradaba la pompa en los divinos oficios; por lo tanto prefería asistir a la Catedral».

«En su última enfermedad pidió confesión y quedó tan tranquilo después de ella que al preguntarle uno de sus amigos si quería la vida, dijo que no y que estaba listo para hacer la 'última jornada'...».

«Joven de alma y cuerpo tenía especial cuidado en conservarse con sus sentidos intactos».

«Se bañaba una o más veces al día, hacía gimnasia y grandes caminatas; tomaba limonada cocida al tiempo de acostarse. Consiguió su objeto, porque al morir declaró el doctor que tenía las arterias de un joven».

«Hacía ejercicios de memoria. Cuando la Real Academia cambió el uso de la J por G, se daba lecciones de quince palabras diarias de las excepciones; le sentíamos repetir en voz alta, paseándose por una avenida de cipreses: 'teje, maneje, objeto, hereje, dije, ejercer, etc.'. Por la tarde cuando nos reuníamos en el comedor tenía satisfacción de contarnos sus adelantos de cada día».

«Sus amores: Mi hermana mayor llamada Flora, mujer inteligente de bellísimos ojos e interesante carácter. Esto no resultó y ella se casó poco después con el senador Ramón Ricardo Rosas. Bastantes años más tarde pretendió a Lucía mi hermana menor, agraciada, simpática en general muy generosa; cantaba con buena voz; una maestra en arte culinario. Ella venía de terminar su educación en las Monjas del Sagrado Corazón, era muy niña y además el matrimonio no le atraía. Gabriel René le ofreció esperarla todo el tiempo que quisiera; no lo aceptó. Tuvo siempre la idea de ser religiosa Carmelita, pero su salud no lo permitió y murió soltera hace cinco años».

PROYECTO

DE UNA

ESTADISTICA BIBLIOGRAFICA

DE LA

TIPOGRAFIA BOLIVIANA.

SANTIAGO:
IMPRENTA DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO
de A y M Echeverria—Morandé núm. [illegible]

1874.

7 178 x 105; 43 p.

«Ud. señor extrañará lo que va a oir: para René su tierra era solo su ciudad natal. 'Santa Cruz' he ahí todo para él. Al contarnos algo de Bolivia solo decía «allá» y ya sabíamos que aquella palabra representaba a Santa Cruz. El castellano más puro, las gentes más inteligentes, finas y sinceras, son las de 'allá', nos decía. Nos acostumbró a ver todo lo bueno y lo bello en ese pedazo de tierra que para él era el todo».

«Amigo excelente, delicado y leal como pocos; tuvimos ocasión de sentirlo como de nuestra familia, pues todas las noches al sonar las ocho en un campanario

vecino llegaba a casa, entraba al comedor y preguntaba: 'Y...?' La respuesta debía ser la novedad diaria de los míos. Enseguida se sentaba a comentar los sucesos del día o sus lecturas; algunas veces nos aceptaba los postres y taza de café».

«Una de mis hijas entra en este momento y me recuerda las bromas que le hacía 'el tío René', para entretenerse y entretenerlas: 'Aquí tienes una chaucha; con esto puedes comprar piedra pómez para las piernas, jabón de lejía, chirimoyas, plátanos, dulces, casa y muñeca'. 'Psch y con esto... ¿cree Ud. que alcanza para algo?'. Al oir René estas exclamaciones gozaba intensamente.

«Perdone señor, la tardanza para enviarle los datos que Ud. me solicitó; vuelvo a repetirle que mi salud me lo ha impedido. Lo saluda su afectísima.

[Fdo.] Rosalía Calvo de Aldunate.

«P.D. Espero puedan enviarme la copia del testamento para remitírsela a Ud.»

No sabríamos qué más admirar en estas líneas copiadas: si la sobriedad del estilo o la elegancia de la frase con que define y da vida a cada una de las escenas que describe y enfoca en la visión del recuerdo de la figura de René-Moreno.

¿Acaso no vibran como algo palpitante las realidades del sencillo y patriarcal vivir de René-Moreno en las vacaciones de Santa Ursula? ¿Los paseos, juegos con los niños y demás quehaceres, no recuerdan algo del «Tusculum» del romano antiguo? Acaso en esa sencillez, no buscaba esa tranquilidad que Horacio mejor que nadie definió al decir:

Bene qui latuit, bene vixit (3).

Sus lecturas religiosas, comunes a todo hombre de cultura-, tales como Santa Teresa, San Francisco de Sales, Kempis, etc. se notan en sus libros en los cuales se transparenta también un espíritu liberal con muchos dejos de volterianismo. Al estilo de esa ideología moderada del siglo XIX, cuyo tipo lo ha dado el escritor francés Balzac, era creyente y librepensador a la vez. Puede notarse ello al deplorar el crudo materialismo de Nicomedes Antelo.

El admirar la liturgia y todo el sentido pagano del culto católico que todo buen esteta no puede menos de gustar, créase o no en los dogmas-, es una prueba del refinamiento de su espíritu y de sus gustos.

¿Y sus amores? René-Moreno murió soltero. No tuvo el calor del hogar que pusiera su nota de belleza y de cariño en sus largas veladas de célibe. No

---

3. Quien es sencillo, vive bien.

tuvo la suerte de ser querido por aquellas a quienes ofreció su amor y el lustre de su apellido, y solo, solo siempre, retraído cada vez más, se refugió en el retiro de su biblioteca y en el afecto de sus fieles libros que jamás le negaron la ternura amorosa de sus páginas.

Quizá en este celibato, en la soledad consiguiente, haya que buscar la clave de esa saña que pone Moreno en todo lo que le parece mal. No conoce el supremo gesto generoso de perdonar, y así descarga su látigo sobre todo aquel que ha transgredido los principios y lo descarga sin piedad ni compasión.

Es duro e implacable en sus juicios históricos, en los cuales hace hablar al documento para enseguida dejar caer su fallo con verdadera fiereza. Baste al respecto copiar el juicio de Max Grillo, el escritor colombiano: «El crítico de Santa Cruz de la Sierra es un caso de los más interesantes que registra la historia literaria del mundo. Nada le perdona a los hombres ni a los pueblos. Se diría que a ninguno amó con amor de las entrañas. Es cruel con todos, jamás es nacionalista. Para él, naturaleza apasionada de la verdad, los hombres son simplemente casos dignos de ser clasificados. El documento humano lo embriaga; la búsqueda de la verdad le conduce al 'nihilismo histórico'. Quiere héroes perfectos, hombres que no se equivoquen nunca. A Bolívar lo llama ambicioso, a Sucre lo moteja de 'testaferro' y no se ablanda hasta el extremo de perdonarle su modestia y su humildad».

Fue la falta de hogar, de ese supremo calor que reúne los más preciados dones de la humanidad, la ausencia del nido amoroso, lo que le faltó a René-Moreno. No supo nunca del beso franco de la esposa ni de las caricias de los hijos. Estudioso y solo, su carácter se agrió y produjo gotas amargas que se sienten de cuando en cuando al paladear el exquisito fruto de sus escritos.

Como todos los hombres superiores, era muy fuerte en sus pasiones, exacerbadas por su solterío y la ingratitud y maldad de sus conciudadanos. Su obra resuma pasión, pasión por todas partes, pasión por la verdad y la justicia. Por ello amó a su terruño con pasión. Nunca quiso naturalizarse en Chile y siguió siempre llevando la propia nacionalidad. Cuando se trató de servir a Bolivia, se inmoló. Duro fue para él el constatar cómo se pagó su sacrificio, y a él, sólo a él, pues quienes lo embarcaron en esa aventura invocando reiteradas veces su patriotismo, cosecharon laureles, y él, sólo él, se mereció el vilmente calumnioso epíteto de «traidor».

Recuérdese a este respecto que don Luis Salinas Vega, quien exigió a Moreno en nombre de la patria el servir de intermediario a las proposiciones chilenas de 1879, actuó brillantemente en nuestro parlamento y diplomacia, y murió lleno de honores, consideraciones y respetos nada menos que de Ministro de Instrucción Pública. Sólo René-Moreno fue «traidor» en el concepto

de Bolivia y de los bolivianos, y de ahí su profundo resentimiento y el que, adolorido conservando siempre a su patria, sólo quisiera recordar el terruño, la ciudad querida que le vio nacer.

Ojalá que la carta que hoy se edita, sirva de iniciación para que todos aquellos que posean algunos recuerdos o documentos sobre el ilustre escritor, los publiquen para así formar un cuerpo de datos que sirva para que un día se escriba lo tanto que valió don Gabriel René-Moreno y lo legítimo de su gloria.

Las diferentes facetas de la personalidad de un hombre, al ser analizadas en su armonioso conjunto, le dan todo el relieve y variedad que necesita. De allí que esos estudios antes rápidamente enumerados, y que tratan de un solo aspecto, sean deficientes y unilaterales. Por ello, en estas ligeras notas, hemos querido que la figura de escritor de Gabriel René-Moreno, sea complementada por lo que fue como hombre. Sólo así podremos conocerle en toda su grandeza y en toda su fuerza.

No pretendemos ni con mucho hacer un síntesis de la vida y de la obra de Gabriel René-Moreno, tarea para la cual se requieren aptitud y capacidades superiores a las que creemos disponer; quizá algún día superándonos, pueda hacerse un intento a tal fin enderezado. Por hoy, se trata simplemente de un aporte sencillo y modesto, con detalles de la vida privada del ilustre escritor y notas sobre sus trabajos, para con ellos servir mejor al conocimiento del personaje.

II

Vocación y trayectoria (*).

Durante mucho tiempo se creyó que don Gabriel René-Moreno había nacido el 6 de febrero de 1834, como que para la fecha correlativa habíase preparado su centenario incluso mediante la ley respectiva. Tal creencia fundábase en la partida de bautismo publicada por Emilio Finot en 1910 en su ya citado folleto. Todos olvidaron una rectificación periodística que por esos años también hiciera José Peredo Antelo, quien indicó y probó documentadamente –con partida de bautismo también–, la verdadera fecha de nacimiento de René-Moreno. En vísperas del centenario a celebrarse en 1934, el Dr. Julio Salmón a base de la documentación de José Peredo Antelo, llamó la atención de los

*. Posiblemente inédito. Los originales mecanografiados llevan la fecha de 1947, julio, lo mismo que los parágrafos III/VI de este capítulo (G.O.).

poderes públicos sobre el error e impidió la celebración prematura del centenario del ilustre escritor (1).

La causa del error y de las dos partidas, se debió a la costumbre existente entonces y aún después en Santa Cruz, de que si un niño muere de corta edad, se repite su nombre en alguno que le suceda. Tal pasó en el caso presente. En la predicha ciudad, el juez de primera instancia doctor Gabriel José de Moreno y su esposa doña Sinforosa del Rivero, tuvieron un hijo el 6 de febrero de 1834, el mismo que fue bautizado al día siguiente por el presbítero Juan Ignacio Baca con el nombre de Gabriel René.

Muerto este párvulo, el 7 de noviembre de 1836, nacía otro hijo del mismo matrimonio, el cual fue bautizado sólo el 1° de mayo de 1837, en *caso necesitate*, cual lo asegura el presbítero Vicente Durán en la correspondiente partida. El nombre de este infante fue el de Gabriel René Segundo.

La ascendencia de René-Moreno era noble, dentro del concepto relativo del medio. Pretendía que se remontaba al propio fundador de la ciudad nativa, al Capitán don Nufrio de Chaves, entroncado en España con aristocráticos linajes. Paul Groussac, primero en forma somera y Enrique Finot después en forma prolija, han demostrado hasta la saciedad que los hijos de don Nufrio murieron sin prole y que por tanto, nadie puede pretender ser descendiente del conquistador extremeño. Posiblemente la expresión «descendiente» que usa René-Moreno es empleada en forma genérica, pudiendo aplicarse a un parentesco colateral, cual era el de don Gabriel de Vargas, tatarabuelo del historiador, con los Chaves; al menos, esto parece ser lo más probable.

Con todo, los padres y antepasados inmediatos de René-Moreno eran gentes de valer y posición; como tales y al igual que la casi totalidad de la aristocracia cruceña, era godos recalcitrantes, según lo afirma él mismo al decir que «sus mayores dentro o fuera de la ciudad nativa, fueron realistas empedernidos cuando no enfurecidos».

Los primeros años transcurrieron bajo la prodigiosa naturaleza de Santa Cruz, la tierra natal de la cual conservara recuerdos imborrables. Las páginas más hermosas en cuanto a expresión y poder descriptivo, son aquellas que se refieren a la ciudad oriental. En Chile, en el seno de la intimidad, ya todos sabían que cuando René-Moreno decía «allá», referíase siempre a Santa Cruz de la Sierra. Consideraba que «el castellano más puro, las gentes más inteligentes, finas y sinceras, eran de 'allá'. Se acostumbró a ver todo lo bueno y lo

1. La fecha de nacimiento de Gabriel René-Moreno, a nuestro juicio, no está definitivamente aclarada; una investigación sobre el tema ha sido hecha por Hernando Sanabria Fernández en «Tres ensayos sobre René-Moreno» *Revista de la Universidad Boliviana Gabriel René-Moreno*, Santa Cruz, 1973, N° 33; 49-62. Lleva el subtítulo de «Las tres partidas de bautismo». El señor Sanabria se inclina por la fecha del 6 de febrero de 1834 (G.O.).

bello en ese pedazo de tierra», según frases textuales de doña Rosalía Calvo de Aldunate.

Allí en la remota y aislada Santa Cruz, el ambiente hogareño contribuyó con su marco propio a formar la vocación intelectual de René-Moreno. Una de las pocas bibliotecas de la ciudad, era la que poseía su padre, y en ella abundaban los libros y manuscritos coloniales. El contacto de las rugosas hojas de pergamino de las encuadernaciones, las historiadas mayúsculas con que iniciábase cada párrafo, así como el papel florete de los manuscritos, un poco áspero, luciendo sus diversos tipos de letra; cortesana, procesal, etc., impresionaron desde muy temprano la imaginación del joven Gabriel René y enderezaron para siempre sus gustos y aficiones. La vocación estaba definida.

Don Gabriel José Moreno, su padre, había pasado su vida entera dedicado a la enseñanza, la administración y la judicatura, pero no desdeñaba ni mucho menos el estudio de las cosas viejas y la investigación del pasado. A base de los papeles de su ya nombrado ascendiente, don Gabriel de Vargas, había escrito «una relación sobre el asiento de la capital de Santa Cruz al centro de la colonia española de Guelgorigotá», relación que se ha perdido definitivamente, quedando apenas la filial referencia sobre ella.

Es así que esa afición en la cual descollaría René-Moreno en forma verdaderamente asombrosa, se ve aparecer en su progenitor, en forma ya visible, para continuar en el hijo en toda su maravillosa fuerza hereditaria. La herencia y el medio propicio de su casa solariega, formaron así un ambiente favorable a sus inclinaciones y gustos intelectuales.

En esa biblioteca de don Gabriel José Moreno, pasó largas horas de estudio el Conde de Castelnau cuando visitó Santa Cruz en 1845. De las existencias documentales de esa biblioteca hubo de sacar valiosos datos que después publicaría como frutos de investigación propia, sin jamás citar al generoso donante «ni como amigo, ni como contribuyente», cual frase propia de René- Moreno.

El naturalista francés que pasaba de la treintena y el niño de nueve años que era René-Moreno fueron amigos, dentro de los límites que esa diferencia de edades lo puede permitir, y así lo cuenta: «Suaves recuerdos de la remota niñez, unidos a la persona juguetona del viajero francés, amigo decidido de todos los pequeñuelos de la casa, me han movido a averiguar con interés a su respecto algunas noticias indispensables», al concluir de relatarlas añade aún: «Ha muerto? Vive todavía? Dónde y cuáles sus postreros trabajos? He de perseverar hasta saberlo todo». Cuando escribía esto Gabriel René-Moreno, en 1896, ignoraba que en 1880 y en Melbourne donde ejercía las funciones de Cónsul de Francia, había fallecido el Conde Francis de Castelnau.



REVISTA

CHILENA

FUNDADA

POR

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

Y

DIEGO BARROS ARANA.

TOMO VIII.

SANTIAGO.

Jacinto Nuñez, editor.
IMPRENTA DE LA REPUBLICA.

1877.

8 R—M, dirigió algún tiempo esta revista. 180 x 103; 640 p.

REPÚBLICA DE CHILE

ANALES

DE

LA UNIVERSIDAD

TOMO XCIII

MEMORIAS CIENTÍFICAS I LITERARIAS

1896

(ENERO A JUNIO)

SANTIAGO
IMPRENTA CERVANTES
CALLE DE LA BANDERA, 73
1896

9 178 x 100.

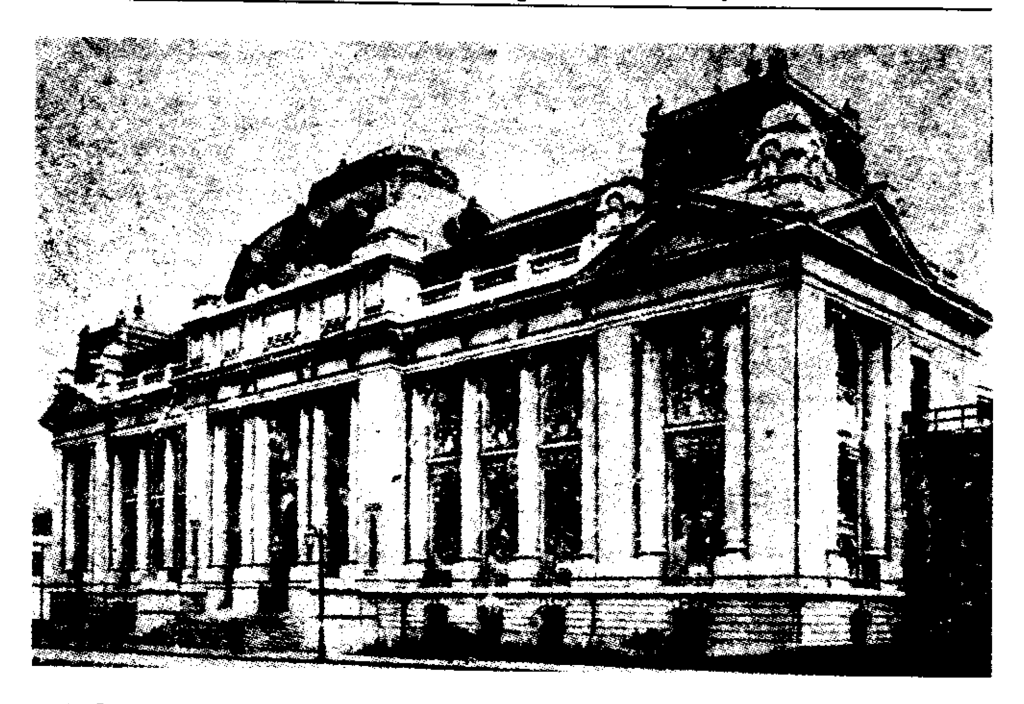
He aquí otro dato interesante. Así como para un grupo de cruceños que heredaron los libros y papeles que allí dejara D'Orbigny en 1831, no hubo desde entonces más preocupación que las ciencias naturales, así para René-Moreno, el ejemplo de estudio de Castelnau, no hizo sino reafirmar sus naturales inclinaciones y así ya no tuvo otra preocupación que los libros y papeles.

En la biografía que hace de Nicomedes Antelo, René-Moreno al relatar sus habilidades que lo hacían un consumado y brillante hombre de sociedad, añade: «Nicomedes Antelo era entonces para mí el hombre más extraordinario de la tierra. ¡Qué no hubiera dado yo por obrar uno solo de sus prodigios! ¡Con cuántas veras envidiaba sus habilidades egregias! ¡Cómo la admiración de su persona me hacía pensar en la gloria de igualarle algún día! Salir de esta niñez torpe en sus remedos de genio, para ser cuanto antes un joven tan original y brillante y aplaudido como Nicomedes, era la más vehemente aspiración de mi alma hasta la edad de trece años».

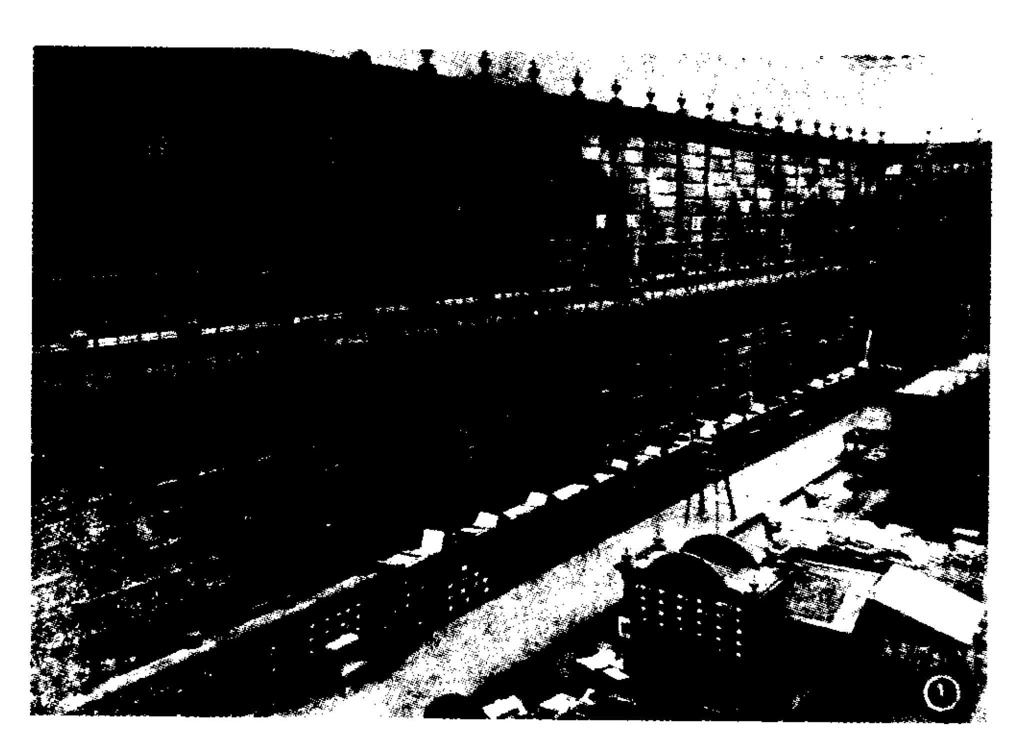


10 La Catedral de Sucre en el siglo pasado, antes de la construcción del Palacio de Gobierno en el lado derecho de la fotografía.

René-Moreno tan poco aficionado a expresar el fondo mismo de sus recuerdos personales y sentimientos afectivos, evoca estos de su infancia, y lo hace sin duda porque se fueron dejando tan sólo el perfume de su ingenuidad



11 La Biblioteca Nacional de Chile, donde R–M. catalogó la *Biblioteca Peruana*. Ver Tomo II, «Advertencias».



12 Biblioteca del Instituto Nacional de Chile.

infantil y el espejismo de esa edad de sonrisas. René-Moreno no persistió en imitar ese aspecto de la personalidad de Nicomedes Antelo, y más bien le imitó y superó en los otros, en aquellos que se referían a la pasión del estudio.

En febrero de 1850, el adolescente de catorce años viajó a Sucre en compañía de su padre; iba a continuar sus estudios de secundaria. Al ultimar los cursos de humanidades en 1856, era enviado a Chile bajo los cuidados de Monseñor José Manuel Orrego, Obispo de La Serena, quien lo hizo ingresar en el colegio de San Luis. Siguió después los cursos universitarios de la escuela de leyes, y el 9 de enero de 1866 se graduaba de abogado.

Pero el joven René-Moreno había sentado ya el pie en la vida intelectual activa. En 1859, el apenas estudiante universitario forma parte del *Círculo de Amigos de las Letras*, codeándose con hombres de prestigios ya consagrados; allí se encontraban Miguel Luis Amunátegui, los Blest Gana, José Victorino Lastarria, etc., etc., para no citar sino unos cuantos de los más destacados de sus componentes. Como miembro de tal corporación, hubo de formar parte del jurado calificador de las composiciones presentadas al certamen convocado con motivo de las fiestas del 18 de septiembre de aquel año de 1859. El estilo del acta y tantos otros detalles de su texto, hacen presumir que su redactor inmediato y directo, fue el propio René-Moreno.

En 1864, don Diego Barros Arana, el entonces patriarca de la cultura chilena, hacíase cargo del Instituto Nacional, ese almácigo –si es permitida la comparación–, de los grandes valores del vecino país, y encargó a René-Moreno la catalogación de su biblioteca y el dictar cursos de aritmética e historia durante tres años, sin percibir remuneración alguna por ello.

Cuando en 1868 el entonces Director de la Biblioteca del Instituto, don Ramón Sotomayor Valdés, pasó al desempeño de un cargo diplomático en Bolivia, fue nombrado en su reemplazo don Gabriel René-Moreno, quien continuó en dichas funciones hasta su muerte en 1908. Durante el interregno de cuatro años que duró la guerra del Pacífico, los cuales pasó René-Moreno viajando por América y Europa, a pesar de su renuncia, no se le nombró sustituto y al regresar a Chile después del tratado de tregua, fue invitado a retornar a su antiguo cargo. Estas consideraciones le eran guardadas en mérito a su capacidad, y por lo mismo, se lo mantenía, a pesar de la grita de cierta prensa chauvinista, que se indignaba ante ciertos juicios y apreciaciones que René-Moreno publicaba y que eran amargos para Chile.

El saber y la capacidad de René-Moreno eran muy apreciadas por todo el elemento intelectual de Santiago. Colaboraba en la *Revista del Pacífico, La Revista de Sud América*, de Valparaíso, la *Revista de Santiago, Revista de Artes y Letras*, de la capital, así como en la *Revista Chilena*, del mismo

BIBLIOTECA

BOLIVIANA

CATALOGO

DE LA

SECCION DE LIBROS I FOLLETOS

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA GUTENBERG
42—JOFRÉ—42

1879

13 193 x 115; VIII + 880 p.

BIBLIOTECA

BOLIVIANA

CATÁLOGO

DEL ARCHIVO

DE MOJOS Y CHIQUITOS

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA GUTENBERG
38—ESTADO—38

1888

14 162 x 90; 627 p.

Santiago, cuya dirección tuvo a su cargo más de una vez. En la Argentina publicó trabajos en la *Revista de Buenos Aires*, y la *Nueva Revista de Buenos Aires*. Se le encomendó la edición de las obras completas de don Andrés Bello, y le correspondió ocupar también la Presidencia de la Academia Literaria del Instituto Nacional fundada por él, en cuya inauguración pronunció un hermoso discurso.

En todo el correr de sus cincuenta y dos años de residencia en Chile, don Gabriel René-Moreno casi no tuvo función alguna del gobierno de Bolivia. Allá por los años de la misión tan difícil que en 1863 y 64 cúpole desempeñar a don Tomás Frías, fue su hombre de confianza y de consulta. Posteriormente, bajo el gobierno de Morales en 1871 se le designó Secretario de la Legación para la cual acababa de nombrarse a don Rafael Bustillo. Este fue en realidad el único cargo que sepamos haya tenido René- Moreno de la patria de su nacimiento, ya que el título de Secretario de la Legación en Francia que le dieron en 1879, fue únicamente para facilitar su salida de Tacna cuando las famosas proposiciones chilenas, tema éste que por sí solo requiere un estudio especial y que caería fuera de los límites de estas notas.

A todo lo enumerado y a la cátedra de Literatura y Director de la Academia Literaria del Instituto Nacional, se redujo la vida oficial de René-Moreno. Contrasta la escasez de títulos que en este orden pudiera ostentar, con la grandeza de su obra, que no se debió en nada a las situaciones que ocupó.

III

Hábitos y creencias (*).

En la madurez de su vida, don Gabriel René-Moreno era de regular estatura y de porte distinguido; su hermosa frente se prolongaba en una calva que dábale un aspecto respetable. Sus ojos eran azules y de profundo mirar; uno de ellos adolecía de estrabismo en forma algo notable. Causaba penosa sensación el ver en un hombre de ese físico y condiciones, tal defecto. Para librarse de él, hubo de someterse más de una vez a dolorosas operaciones, que al fin y al cabo no dieron resultados apreciables (1).

Trato fino y culto, era ameno en su conversación que sabía salpicar de anédotas chispeantes. En todos los centros en que actuó, supo conquistar valiosas y sólidas amistades. «Retraído por naturaleza, era muy consecuente y leal con los que llamaba sus amigos», dicen las notas que tenemos a la vista.

*. Inédito.

1. Amunátegui Solar, Domingo. *Recuerdos del Instituto Nacional*. Ed. de la Universidad de Chile, 1941; 115 p.



ÚLTIMOS DIAS COLONIALES EN CHUQUISACA

PARTE PRIMERA

Arzobispo nuevo

CAPÍTULO PRIMERO

LA CAPITAL DEL ALTO PERÚ

1804

I

Los sucesos que se reputaban los mas notables del siglo i que conseguian ajitar mas profundamente los ánimos, eran tres durante la era colonial en la ciudad de La Plata, Chárcas o Chuquisaca, capital hoi de Bolivia con el nombre de *Sucre*: la exaltacion al trono i la jura de un nuevo monarca español, la muerte del arzobispo i el recibimiento solemne de su sucesor, la llegada del peninsular promovido por S. M. a la presidencia de Chárcas.

A revestir de importancia estas novedades contribuian no

15 *Ultimos días coloniales en el Alto Perú* empezó a publicarse en la *Revista Chilena* en 1876 con el título de «Ultimos días coloniales en Chuquisaca». Posteriormente, en 1896, en *Anales de la Universidad de Chile*, con el mismo título. Es la ilustración que se publica. De esta edición se hizo el libro con el cambio de «Chuquisaca» por «Alto Perú».

En Santiago era socio del aristocrático Club de la Unión que frecuentaba regularmente; condiscípulo y amigo de los Vicuña, Concha y Toro, Errázuriz, etc., estaba relacionado con la más alta sociedad, siendo en su tiempo un habitué de las tertulias semanales del Presidente Montt, extrañándose su falta hasta el extremo de serle preguntado por esquela autógrafa de la señora de Montt, si se hallaba enfermo cuando pasaban dos semanas sin concurrir.

En el círculo del hogar Calvo-Cruchaga, profunda y esencialmente católico, René-Moreno reprendía cariñosamente a sus miembros cuando en la conversación notaba algún error o ignorancia que a cosas santas se refiere. Decíales no poder comprender cómo, una familia tan religiosa pudiese no conocer o conocer mal tal o cual detalle. Todos reían y aceptaban la amonestación afectuosa y escuchaban la aclaración o rectificación que hacíales allí sobre tablas.

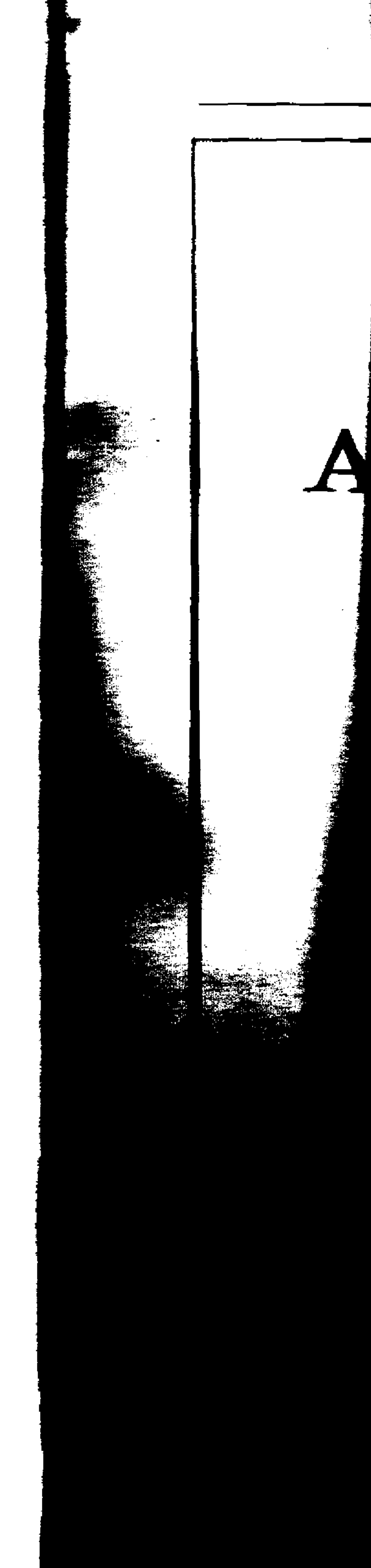
Desde su llegada a Chile, prácticamente René-Moreno no volvió a ver a su familia. Apenas su hermano Arístides, quien frecuentemente estaba en Santiago, y Corina, casada en Sucre con el señor Harriague. Su otra hermana, Clemencia, residió muchos años en la pequeña población de Buena Vista, cerca de Santa Cruz, según relata Emilio Finot. Ante el insistente llamado de su hermano, viajó a Santiago; cuidó de sus últimos días, y piadosa cerróle los ojos.

No volvió a ver a su madre, pero siempre cultivó su cariño; en poder de quien esto escribe hállase una fotografía de 1864 con una dedicatoria afectuosa al ser que lo trajo al mundo.

De hábitos tranquilos y metódicos, de conceptos definidos sobre la vida y respetos sociales, René-Moreno había nacido para la vida familiar. Una prueba es que ya que no pudo tenerla propia, le quedó el gusto al encanto de sus veladas, e invariablemente estaba en casa de su amigo Aldunate Valdés, casado con Rosalía, la otra hermana de las Calvo Cruchaga, y allí departía y saboreaba el calor de ese hogar que si bien no era el suyo, estuvo siempre entre sus más caros afectos.

Así como a Rosalía de pequeña habíale sentado sobre sus rodillas, allá en los ya lejanos tiempos de su llegada a Chile, ahora sentaba a sus hijas, quienes lo trataban con todo cariño que se merecía el «tío René», como le llamaban en confianza.

Sentíase allí como en un oasis en medio de su solitaria vida de intenso trabajo y estudio, y así interesábase por las pequeñas inquietudes de esas almas que tan cerca estaban de su afecto. El viejo escritor, olvidando sus amargos desengaños, sonreía con un poco de nostalgia evocadora del hogar que no pudo o no supo formar, y de los hijos que no engendró. Solazábase con estas sobrinas del afecto, ya que no de la sangre, y jugaba con ellas con infantil ingenuidad,



ÚLTIMOS DIAS COLONIALES

EN EL

ALTO-PERÚ

POR

GABRIEL RENÉ-MORENO

(Publicado en los "Anales de la Universidad")

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 73
1896

16 175 x 102; 498 p.

pensando que fue Jesús quien dijo que quien no se hiciese como lo niños, no era digno de los cielos.

IV

Amores y desengaños (*).

En su valioso ensayo sobre René-Moreno, Rigoberto Villarroel Claure, al tratar del aspecto de la crítica literaria, dice:

«No sintió René-Moreno influencia alguna del espíritu romántico; diríase más bien que es un personaje arromántico; ni la mas leve melancolía inquieta su alma. ¿Fue un espiritu stendhaliano? Por su persistencia de lucha, y, sobre todo, por su perenne contradicción con el medio, hay sin duda mucho de un personaje heroico y stendhaliano. Hallamos en la vida de Moreno una permanente tragedia: la tragedia del hombre de estudio, solitario y laborioso, incomprendido en sus propósitos, en doloroso contraste con un ambiente inculto, mediocre y viciado por la política; unas veces objeto del insulto y víctima de la patriotería enfermiza, otras cayendo en el juego de la picardía diplomática. Pero para ser un tipo romántico puro le falta el contenido esencial: una inquietud espiritual romántica, la filosofía que define una dirección ética; así como fue del 'beylismo' buscando la felicidad como una consecución pasional y heroica de un alma superior ¿Tuvo Moreno esa inquietud pasional romántica, o fue sencillamente un hombre despreocupado y rebelde constantemente insatisfecho de su pueblo?»

No sé hasta que punto puede aceptarse el criterio copiado. Quien lee todo el acervo de René-Moreno, y lo lee con atención, siente a través de todo su clasicismo, a veces barroco, un fondo sentimental con visos de romanticismo, que aparece tímidamente, a despecho del autor, como si éste tratara cuidadosamente de ocultarlo púdicamente, cual una lacra vergonzosa. En la introducción a su primera obra de aliento, la *Biblioteca Boliviana* de 1879, deja escapar la siguiente confesión:

«Algunas personas amigas han dado en la flor de preguntar al autor de este catálago ¿por qué no se casa? La respuesta sincera equivaldría a una de esas revelaciones íntimas del alma que comunmente se acostumbra hacer en verso, pero que yo no estoy dispuesto a hacer ni en verso ni en prosa».

Aquí notamos un fondo de dolor, de amargura, un desengaño amoroso, que da un tinte romántico y sentimental a la personalidad de René-Moreno,

---

*. Inédito.

ÚLTIMOS DÍAS COLONIALES

EN EL

ALTO-PERÚ

POR

GABRIEL RENÉ-MORENO

DOCUMENTOS INÉDITOS

DE

1808 Y 1809

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA, LITOGRAFÍA I ENCUADERNACION BARCELONA
Moneda, entre Estado i San Antonio
1901

17 175 x 102. Primera parte; 1498 p.; 1896. Segunda parte, documentos; 12 + CLII + 352 p.; 1901.

pero que aparece casi a pesar suyo, como en contra de conceptos o principios que se haya fijado a sí mismo.

Ahora bien, el conocimiento de esa «revelación íntima del alma», como la llamaba, ¿acaso no nos daría la clave de ese fondo sentimental, y nos explicaría el porqué de su celibato perpetuo? Preciso es pues conocer cual fue la vida amorosa de René-Moreno.

Stefan Zweig, al perfilar y tratar de explicar la tragedia íntima de Federico Nietzsche, hace hincapié en su soledad, esa soledad espantosa en que vivió siempre el genial creador de Zarathustra, soledad que llegaba al extremo que dijese su biógrafo que en su pobre habitación alquilada, «nunca, durante la noche, se aprieta contra él el cuerpo desnudo y tibio de una mujer».

No; el destino de René-Moreno no fue tan trágico ni tan sombrío como el que tuvo que soportar el pensador de Sils María. Retraído por temperamento, sin embargo no lo era tanto que no tuviese amigos y gustase de su compañia, y además, conoció del amor los placeres y desengaños que le son inherentes.

Llegado a Chile en 1856, ya sabemos que fue amigo íntimo de la familia Calvo Cruchaga. Tenía veinte años y poco a poco comenzó a nacer en su pecho un sentimiento amoroso que, débil al principio, fue aumentando con el correr de los años y el objeto de sus ansias crecía en edad y atractivos. El trato continuo en ese hogar, inspiró esa pasión que para hablar con Stendhal, el técnico del género, se formó por «intoxicación sentimental», antes que por «flechazo».

El objeto de sus amores era nada menos que Flora, la mayor de las tres hermanas que adornaban el hogar Calvo-Cruchaga que lo acogiera amistoso. Mujer inteligente, de gran belleza y de fuerte personalidad. René-Moreno llevábala con un número apreciable de años, y habíase fijado en ella con ojos de amor, pero Flora, desde muy chiquilla habíale conocido y tratado, y jamás pudo ver en ese extranjero simpático, otra cosa que al camarada y amigo de la casa; era un hombre distinguido y ella habíale conocido desde sus más tiernos años, pero nunca pensó en quererlo sino como siempre le quiso: como a un amigo, como a un hermano, pero nada más. Era dignísimo de merecer todos los afectos, pero ya sabemos por lo que nos dice Westermack, que la intimidad y convivencia de los primeros años, aleja el deseo amoroso, y que según Freud parece remontarse al tabú sexual de origen totémico.

Este era el caso de Flora Calvo con René-Moreno. Apreciábale en todo lo que era merecedor, profesábale entrañable cariño fraternal, pero eso no era amor. Flora era demasiado inteligente y demasiado noble para no comprender cuán infeliz sería ella y cuán infeliz haría al amigo dilecto, si se unía a él sin amor y sólo atenida al afecto de un compañerismo amistoso. Con honradez

que le enaltece en alto grado, prefirió la verdad por dura que fuese, y tierna y delicadamente así lo hizo comprender a René- Moreno.

El amante infortunado ahogó su dolor ante la realidad que se le presentaba, y supo tener el supremo buen gusto de sonreir ante la tragedia, y con estoicismo de gran señor, continuó cultivando la amistad de esa familia. Flora casó de allí a poco con el senador Ramón Ricardo Rosas. Ocultando su pasión contrariada y enterrándola en lo más recóndito de su alma, Gabriel René deseó de todo corazón felicidad a ese nuevo hogar. Un velo de tristeza cubrió desde entonces su vida y puso en ella el sello del dolor y el desengaño. De allí la queja amarga del drama que declara no estar dispuesto a revelar «ni en verso ni en prosa».

Pasaron los años, y como no hay herida del alma que el tiempo no cure o adormezca poco a poco, René-Moreno fue olvidando sus desencantos. Dice Virgilio que si del árbol de la esperanza arrancamos una rama, inmediatamente nace otra. Así fue con el insigne bibliógrafo. Continuaba con sus queridos libros, pero continuaba también frecuentando el hogar de los Calvo, y pasando algunas temporadas en Santa Ursula.

El tronco de las ilusiones aún no estaba marchito y volvió a reverdecer, y al influjo de las mismas circunstancias que anteriormente. Esta vez la señalada fue Lucía, la menor de la familia Calvo, figura tierna y delicada, como tímida flor de invernadero. Sentimental y mística, rehuía la sociedad y el mundo, y jamás abrigó sentimientos profanos. Era algo así como aquellas vírgenes que se entregan únicamente a Dios y en cuya alabanza escribió tan hermosas páginas San Jerónimo.

El caso de Flora, volvió a repetirse con Lucía. En un hombre maduro ya, como era René-Moreno, había nacido el amor y en Lucía no podía caber nunca otro que no fuera el celestial. Quería a René-Moreno, pero queríalo como a uno de su familia, como siempre se lo consideró en esa casa; pero resuelta a entregarse a Dios y sólo a Dios, el amor terreno no iluminaba su espíritu ni estremecía de deseo su carne virginal. Firme y tranquila hizo saber su resolución y el estado de su alma al hombre que en ella había puesto los ojos, sin que nada ni nadie pudiera hacerla cambiar de propósitos. Ni siquiera cuando, por su escasa salud, no fue admitida en el convento donde quería profesar. Varió de ideas, y ya que no pudo en el claustro, en la intimidad y en el retiro de su casa, como impoluto vaso de perfección, dedicóse por entero al amor divino, a aquel cuyas excelsitudes canta en verdadero poema el Kempis de la *Imitación*. Y en ese amor murió, sin querer saber nada del mundo y sus placeres.

La herida fue muy honda para René-Moreno y no hizo sino revivir antiguos dolores y desengaños que juntos fueron sumándose. En un temperamento más

débil, sin duda hubieran producido esa «gangrena de la desesperación» de que nos habla Kierkegaard. Pero en un hombre fuerte, de temple acerado como era René-Moreno, no hizo sino exaltar su personalidad, que se encasilló entonces definitivamente en su soberbia y se refugió por entero en sus queridos libros.

V

Timidez amorosa y amor de otoño (*).

Cerrado el ciclo de la vida sentimental y amatoria de René- Moreno, acaso no cabe preguntarse ¿dónde está el secreto del fracaso en que ella consistió? No se conocen otras tentativas suyas para tomar estado, y resulta así que sólo lo intentó dos veces en el mismo hogar, en aquel donde era más amigo, donde se le concedía mayor confianza. Ello nos demuestra que sólo así, en un ambiente tal, pudo tener el coraje suficiente para cultivar un sentimiento de esa índole y exponerlo haciendo conocer sus inclinaciones amorosas.

El relato así escueto de la forma como se desarrollaron sus amores, algunas otras referencias públicas, y la impresión general que se desprende de las confidencias de la señora Rosalía Calvo de Aldunate, que tanto trató, a quien quiso por dos veces ser su hermano, nos dan la impresión de que nos encontramos frente a un caso de timidez amorosa.

Naturalmente que no llega a los extremos de Enrique Federico Amiel, pero hay algunos puntos de contacto y de semejanza. Al igual que el atormentado de Ginebra, René-Moreno era un fino y exquisito hombre de sociedad, y además de gran valor civil en cuanto a decir y escribir. Las veces que tuvo que enfrentarse con furores y pasiones, lo hizo con entereza y valentía que demostraban coraje y hombría a toda prueba, y a veces hasta rayando en la temeridad.

Pero esos hombres así fuertes por naturaleza, muchas veces son tímidos en el amor, y ante el sexo débil son ellos los que precisamente dan la sensación de debilidad. Así lo enseña Marañón en su estudio sobre Amiel. Aunque no existen datos tan amplios como los que dejara hora tras hora en su masoquista sinceridad el autor del *Diario Intimo*, hay suficientes indicios como para juzgar que René-Moreno fue un tímido amoroso.

Dado el medio que lo rodeaba y las relaciones dentro de las cuales se desenvolvía, no es de dudarse que más de una mujer debió interesar a René-Moreno, pero como su natural timidez no se lo permitía, jamás llegó a cultivar

*. Inédito.

esos sentimientos y menos hacer que fueran conocidos y correspondidos; no tuvo el valor de iniciar el romance, y puede que muchas veces haya tenido miedo hasta de confesarse a sí mismo la pasión naciente.

Es así que sólo con aquellas con quienes había adquirido tanta confianza, pudo atreverse a ser franco y a hablar de sus sentimientos. Sólo con ellas pudo sentirse lo suficientemente audaz como para confesar un amor que atormentábalo, y al cual había dado pábulo en la creencia de que esa amistad tan estrecha que los ligaba, bien podía transformarse en amor. Sólo el trato familiar con Flora y Lucía, pudieron vencer su timidez y hacerle confesar lo que guardaba tan recelosamente en su altivo y forzado silencio.

Y precisamente por esa timidez, no supo o no pudo inspirar amor a esas dos mujeres. La mujer, por instinto nacido de la propia debilidad de su sexo, tiene que admirar la audacia y la fuerza, y como tal, amar al hombre que ostente estas cualidades, a aquél ante el cual se siente dominada. Ya lo decía Nietzsche en términos rudos, que confirmaría Weininger en su metafísica del sexo.

De allí que un hombre tímido como René-Moreno, o por más que estuviese adornado de muy otras y muy valiosas condiciones, no era como para inspirar amor a esas dos mujeres del espíritu, carácter y temperamento de Flora y Lucía Calvo.

Pero la figura de un hombre, su personalidad, no tiene relieves definidos si no se lo mira dentro de un concepto integral de sus factores componentes y, por tanto, sino se da al sexo todo el valor que le corresponde en la acción, el pensamiento y el sentimiento de una vida. A veces no aparece, pero en el fondo, se halla siempre marcada su influencia, por más que esté desfigurada y disfrazada tras móviles y direcciones de la más compleja y varia apariencia. Virgilio lo cantaba en hermosos versos y hoy lo dice Freud en gruesos y sesudos volúmenes.

Es así que si René-Moreno fue un tímido amoroso y sufrió dos terribles desengaños en sus intentos de formar hogar, no fue un misógino ni un alejado de los placeres y satisfacciones del más poderoso de los instintos. Si René-Moreno no conoció el amor enloquecedor, la pasión satisfecha en transportes de ebriedad en que el cuerpo no hace sino vibrar al unísono con la pasión del espíritu, por estar ambos en una sola comunión, por lo menos conoció el amor callado y discreto, cual cuadraba a su temperamento y costumbres. Era todo a lo que podía aspirar un tímido como él, en medio de la rigidez de principios de la sociedad de la cual formaba parte.

Poco a poco habían ido calmándose sus amarguras y desengaños, y a la congoja de los primeros momentos, sucedió una tranquila y serena resignación.

El amor, tal cual lo había soñado y ansiado René-Moreno, con toda la aureola del hogar bendecido por la religión y por la ley, no le había sido dado el obtenerlo. Pero el amor, siempre proteiforme y al par igual a sí mismo, presentóse sin embargo, pronto a endulzar sus últimos años.

René-Moreno conoció a una mujer que si no pertenecía a su clase aristocrática, ni ostentaba tampoco refinamientos intelectuales y artísticos, en cambio ofrecíale mucha dulzura de carácter, amplio espíritu comprensivo que es lo que constituye el verdadero talento de una mujer, y también ¿por qué no decirlo? atracción física y la ofrenda maravillosa de su carne joven y ardiente como holocausto dionisiaco en los altares del amor y del deseo.

Esa mujer supo amar y apreciar a René-Moreno. No esperaba de él las locas intemperancias de una edad que había pasado ya, pero sí supo del cariño sabio de la madurez que en la finura del detalle, supera la violencia de los transportes juveniles. Por ello amó al solitario bibliófilo y lo amó de corazón. Ella, moza joven y garrida, superándose, supo dar a su amor ese lustre de afecto y de ternura maternales que tan bien sentaban en su caso, y por su parte, René-Moreno, en ese cariño crepuscular, sintióse paternal para con esa mujer que dióse toda, sin pedir nada para sí.

Y así se amaron, a espaldas de la ley y de la sociedad. Por un lado René-Moreno ya no podía amar como había amado a Flora y a Lucía, y por eso hubo de contentarse con mantener tales relaciones siempre dentro de una discreta amistad amorosa, tolerada, más que disimulada por todas las personas de su conocimiento. Por otro lado, prejuicios sociales que René-Moreno no pudo vencer nunca y que eran fruto de la educación que había recibido y del ambiente en medio del cual vivía, hicieron que jamás legalizara esa unión, que puso en el otoño de su vida, su nota de simpatía sentimental.

Puede también que a ello haya contribuido el temor y la desconfianza que en su alma dejaron las dos tentativas fracasadas; y también los recelos propios de la madurez del solterón, aumentadas con la influencia de algunas lecturas. Poco antes de morir, en charla íntima con su conterráneo el escritor José Peredo Antelo, confesóle que gran parte de la culpa para ese su celibato recalcitrante y empedernido, había sido el veneno que en tal sentido, decía contener la célebre *Fisiología del matrimonio* de Honorato de Balzac.

Pero tampoco esa mujer que lo amaba pedía ni exigía nada. Conocía perfectamente su situación y el destino al cual habíale llevado su afecto, y soportábalo con toda resignación e indiferente ante lo que ello pudiera serle perjudicial. Bastábale con que el grande hombre fuera suyo, enteramente suyo, y nada más. Durante el tiempo que se amaron, hasta la muerte de René-Moreno, éste no le dió más motivos de celos que con sus amados libros.

VI

La pasión del estudio y la pasión patriótica (*).

Esa soledad de vida y culto casi exclusivo y apasionado por el saber y la labor intelectual inherente, provocan en forma involuntaria una comparación, o por lo menos una analogía – dentro de los respectivos límites y distancias–, con Leonardo da Vinci, otro solitario, entregado por completo a la investigación y al estudio; en las características de este último, aunque en el detalle no armonicen, están todos sus biógrafos de acuerdo, llámense ellos Merjkowski, Solmi, Seidlitz, Baltazzi, Muents o Marie Hertzfeldt.

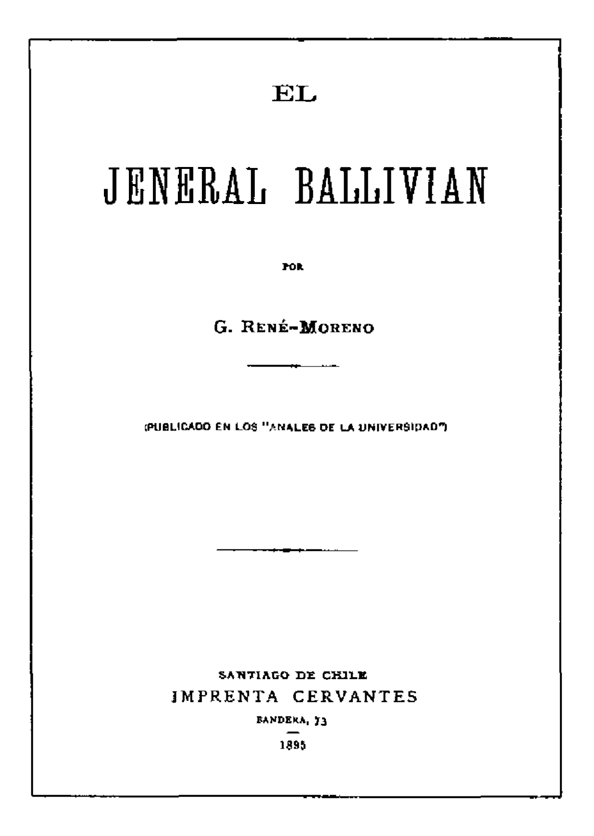
Sin embargo, el escritor cruceño si se asemeja en algo a Leonardo, es más en lo que se diferencia, e incluso en la forma y modo de proceder y reaccionar ante los hechos o fenómenos estudiados, que en el uno eran de la naturaleza misma en el espacio, y en el otro en la labor histórica, o sea la naturaleza misma en el tiempo; pero siempre ambos buscadores afanosos de la verdad, cualquiera que ella fuese. Con respecto a Leonardo, nada menos que el propio fundador del psicoanálisis, lo describe así:

«Sus afectos se hallaban perfectamente domados y sometidos al instinto de investigación. No amaba ni odiaba, sino que se preguntaba cuál era el origen de aquello que había de amar u odiar y cual su significación, de manera que al principio tenía que parecer indiferente al bien y al mal, a la belleza y a la lealtad. Durante esta labor de investigación desaparecían los signos precursores del amor y del odio y se transformaron éstos en interés intelectual. No se hallaba Leonardo desprovisto en absoluto de pasiones ni carecía del divino rayo, que mediata o inmediatamente es la fuerza impulsora –*il primo motore*– de toda actividad humana. Pero había convertido la pasión en ansia de saber y se entregaba a la investigación con la tenacidad, la continuidad y la profundidad que se derivan de la pasión. Luego, una vez llegado a la cima de la labor intelectual y alcanzado el conocimiento, deja libre curso al afecto retenido durante el proceso intelectual, como se deja volver a un río el agua tomada de él por un canal, después de haber utilizado su energía» (Sigmund Freud. *Obras completas*, Madrid, 1948, vol. II, 371).

En René-Moreno hay también esa «tenacidad, continuidad y profundidad que se derivan de la pasión», y ello se nota en la solidez de sus estudios; pero eso sí que sus afectos en la previa labor no estaban tan domados. Escritor honesto e historiador imparcial, no escapaba –como no escapa nadie–, a las pasiones, simpatías o antipatías que todo hombre tiene, y máxime si de la

*. Inédito.

política de su patria se trata. Alberto Gutiérrez en su ya referido ensayo, llama la atención inteligentemente sobre este aspecto, aunque falle en atribuirle filiación partidista «belcista», ya que en muchas de sus páginas constan fuertes calificativos contra esa corriente demagógica y conservadora a la vez. En realidad de verdad, René-Moreno fue un liberal principista a quien posiblemente ningún partido ni ningún gobierno de Bolivia satisfizo, excepto quizá los de Tomás Frías y Adolfo Ballivián.



EL

JENERAL BALLIVIAN

POR

G. RENÉ-MORENO

(PUBLICADO EN LOS "ANALES DE LA UNIVERSIDAD")

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 73
1895

18 175 x 100; 29 p.

Si bien es cierto que en René-Moreno encontramos como en Leonardo esa fuerza y esa pasión de búsqueda de la verdad con un afán casi morboso, en el historiador boliviano no llega nunca a sustituir, al menos en forma absoluta como en el autor de la Gioconda, a la pasión amorosa; lo que sí es evidente que si la reemplaza en algunos aspectos, es sólo hasta cierto punto, dando siempre a su alma y a su carne lo que buenamente ansían y exigen. Ya sabemos que amó, se desengañó y gozó de la vida y sus placeres, al revés de Leonardo, de quien se asegura que nunca tuvo ni siquiera un amor platónico, ni ninguna relación carnal; caracterizándose más bien por su aversión marcada hacia el sexo femenino.

En René-Moreno, todo lo contrario; gustaba de la mujer, aunque ello le trajese sufrimientos y dolores y saboreaba de ella los deleites que ofrece; en más de una de sus páginas se siente ardoroso el aliento dionisiaco del espíritu que la inspira, con un acento pleno de voluptuosidad satisfecha, de hombre completo en sus sentidos normalmente saciados, y aún más, todo ello con optimismo y con fe, aunque la mala voluntad y odio de sus paisanos, más de una vez, hayan puesto a dura prueba y hecho tambalear uno y otra.

Para no referirnos sino a una sola de sus obras, tenemos que en su *Mojos y Chiquitos* (Santiago, 1888), con verdadera fruición relata y hasta copia párrafos de color subido y que se refieren a la conducta de los curas en esas misiones que fueron de la Compañía de Jesús. Allí mismo, en esas páginas, al hablar cómo era Santa Cruz de la Sierra, su terruño en la época colonial e inmediata republicana, dice con tono zumbón que habían «muchos bautizos y poquísimos matrimonios y las mejores frutas reventadas por el paladar de los prebendados», con lo cual en dos palabras nos traza un cuadro vívido de ese panorama social.

Poco más lejos y sobre su misma ciudad natal nos añade: «'Anda por los caminitos, está perdido entre las casitas', querían en aquel tiempo decir que alguno saboreaba las ambaibas, ocorós, pitones, quitachiyús, etc. del amor sensual, sesteando en las hamacas que allí colgaban, a modo de decir bajo el ardor primaveral de las pasiones en las verdes orillas del lago de la vida. Señores y señoritos saltaban a menudo por el fondo de sus casas la cerca de palma seca medianera, y caían suavemente, cautelosamente, del austero hogar al Edén de estos caminitos y casitas del centro de la ciudad» (*Ob. citada*, pág. 545). Vibra en estos párrafos con toda intensidad un gusto por el goce jocundo y placentero de la vida en sus formas de acuerdo a los mandatos de la naturaleza, y completamente ajeno a complejos inconfesables.

Con todo que la pasión del estudio no sustituyó a la pasión amorosa, por lo menos lo hizo llenando aquellos vacíos que en el alma de René-Moreno dejaron sus infortunadas tentativas con Flora y Lucía Calvo, así como lo que permitía el satisfecho idilio de su amor otoñal. Y esa pasión se manifestaba en René-Moreno en el cariño que tenía por sus libros.

Hemos dicho que los únicos rivales en el amor de René-Moreno eran sus libros. Sin negar al sexo lo que con derecho propio reclama para sí, los libros fueron en realidad sus mejores amigos y hasta cierto punto, sus verdaderos amores, aquellos que no le causaron tormentos. A cada golpe del infortunio, sea en el amor o en el patriotismo, refugiábase aún más en ellos, que con sus páginas abiertas parecían ofrecerle ternura y esperarle en un abrazo reconfortante de amante acariciadora, de aquellas que saben consolar en los grandes pesares.

Y así los libros fueron invadiendo la vida de René-Moreno hasta llenarla por completo, colmarla y darle su propio sentido, dentro del cual empalidecen y pierden importancia sus aventuras sentimentales o carnales, ya que cada una de ellas ocupa su propio y aparte lugar.

La biblioteca, sea la del Instituto, cuya dirección corría a su cargo, la suya propia, o cualquiera en la cual estuviese practicando estudios, era el marco adecuado para el hombre, y no conoció otro mejor ni más adaptado a su espíritu que las grandes salas rebosantes de libros. Cada hombre tiene su destino, y el de René-Moreno fue ése: el de bibliófilo: leer libros y escribir libros. Sus capacidades intelectuales le daban para muchas actuaciones, pero prefirió siempre esas modestas y calladas que más se avenían con su temperamento y aficiones. En ese ambiente sentíase como un monje en su claustro medioeval. Coleccionaba y catalogaba libros que leía y anotaba cuidadosamente. No hubiese cambiado sus funciones de bibliotecario ni por un reino.

Sentía por los libros afecto cariñoso, rayano en el fanatismo y cuando a ellos se refiere, lo hace casi con pasión sensual.

Pero si René-Moreno amaba los libros, era porque eran bolivianos; muchos de ellos con sus deficiencias tipográficas, su falta de gramática y lo provinciano de su estilo y contenido, le traían un soplo, un algo de esa patria a la que enrostraba sus faltas, con aquella enérgica dureza, hija del amor, que caracterizara al Crisóstomo bizantino. La patria fue ingrata, mil veces ingrata para con él, pero René-Moreno seguía fiel y cada vez más enamorado hasta el último aliento de su vida. Jamás quiso nacionalizarse chileno, por no abandonar su condición de boliviano en la cual había nacido, y en la cual quiso morir.

Formó así su biblioteca boliviana. Ya que no podía servir a su patria en una forma más tangible, lo hizo con toda la fuerza de sus aficiones y aptitudes al servicio de las cuales estaba su gran talento. Y así, construyó el edificio de la bibliografía y de la historia boliviana, que no ha podido siquiera ser igualado, menos superado. Su obra es grande, como es grande su gloria.

Pero ese amor a los libros bolivianos, no era sino la materialización de su patriotismo, la objetivación palpable de su cariño a Bolivia, que lo manifestaba en los libros que aquí se imprimían o que a Bolivia se referían. Y a este afán, a este esfuerzo dedicó su vida entera con todos sus sentidos y potencias, porque el grande, el inconmensurable, el único amor de Gabriel René-Moreno, no fue otro que la patria boliviana.

CAPITULO SEGUNDO (*)

LA CRITICA LITERARIA

I. Ironía Crítica. II. La Poesía boliviana. III. María Josefa Mujía. IV. Manuel José Tovar. V. Mariano Ramallo. VI. Néstor Galindo. VII. Las Notas bibliográficas. VIII. Daniel Calvo. IX. Ricardo José Bustamante y la cultura americana. X. Manuel María Caballero. XI. La literatura fúnebre. XII. La Academia Literaria del Instituto Nacional. XIII. Arcesio Escobar. XIV. Francisco de Rioja. XV. Crítico teatral.

I

Ironía crítica.

Es absolutamente indiscutible que don Gabriel René-Moreno es la más alta cumbre de las letras y de la historiografía bolivianas. No obstante de haber vivido casi toda su existencia en el extranjero, la totalidad de su obra está dedicada a su patria, lo cual denota en el insigne escritor un bolivianismo tan hondo que nada ni nadie pudo conmover.

Desde 1856 residió en Chile; había llegado con sus veinte años mozos y se vinculó desde el primer momento con toda la juventud intelectual de entonces. El grupo más distinguido, tanto en arrestos espirituales como en abolengo familiar, era el que dirigía don José Victorino Lastarria, quien si bien no convencía a muchos con su ideario filosófico impregnado de positivismo,

---

Notas de (G.O.)

*. Este estudio fue escrito en 1948, según el original mecanografiado por HVM. que hemos utilizado. Se publicó siete años más tarde gracias al espíritu culto y comprensivo de don Armando Alba en el bien presentado libro: Gabriel René-Moreno. *Estudios de literatura boliviana. Prólogo de Humberto Vázquez-Machicado,* Editorial Potosí, Potosí, 2 vols., el primero de 1955 con 265 p. y el segundo de 1956 con 377 p. Se trata de una obra que recoge parte de los artículos publicados por René-Moreno en revistas chilenas del siglo XIX.

El prólogo de HVM. es lo que ahora se publica. Lo hemos dividido en parágrafos con el respectivo subtítulo de acuerdo al primitivo plan de su autor. El texto de 1948 y el de 1955 es el mismo, con excepción del parágrafo XV, que trata de René-Moreno como crítico teatral; allí se harán las aclaraciones del caso.

era reconocido unánimente como el maestro indiscutido de todos. *La Revista del Pacífico*, órgano de inquietudes y de ensayos de esta pléyade, contó en René-Moreno uno de sus más activos colaboradores, al lado de los Blest Gana, de los Amunátegui y tantos otros que ya tenían un nombre consagrado.

De allí a poco, en 1859, fundó Lastarria el *Círculo de Amigos de las Letras*, que tenía por objeto «proporcionar a los hombres estudiosos y amigos de las letras un centro de unión que apoye y fecundice sus esfuerzos con el comercio de las ideas y la identidad de los propósitos», según propias frases de su creador. Entre sus componentes fundadores, hallábanse todos esos amigos de René-Moreno y también el joven boliviano. Convocó el Centro ese mismo año a un certámen literario en homenaje al 18 de Septiembre, aniversario nacional chileno, y el jurado fue compuesto por socios escogidos a la suerte; entre ellos René- Moreno. El acta de ese jurado calificador lleva la huella inconfundible de su pluma.

En la tertulia de Lastarria en Alto del Puerto, y en las periódicas reuniones de ese Centro, se leyeron muchos y muy valiosos trabajos de índole científica y literaria; entre ellos los *Juicios de los poetas hispano-americanos* de los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. Estos señores de tiempo atrás hallábanse dedicados a estos estudios y pensaban abarcar también a los vates bolivianos; a tal efecto solicitaron la colaboración de René-Moreno, quien en nombre de los citados hermanos Amunátegui, dirigióse a los poetas de su patria pidiéndoles sus composiciones, así como datos personales. Esta correspondencia comenzó en 1857 y hasta puede que algo más antes. Sin duda el material reunido no fue muy del agrado de los señores Amunátegui, ya que no se ocuparon sino de alguno, quedando todo en su integridad en poder de René-Moreno.

Pero el joven intelectual no andaba ocioso; ante la actitud de sus amigos, resolvió utilizar por su cuenta tal acervo documental y ya desde 1858 comenzó a escribir estudios acerca de los poetas bolivianos, estudios que en gran parte leyó en las sesiones del *Centro de Amigos de las Letras,* y que desde la fecha indicada fueron apareciendo en diferentes revistas, tales como *La Revista del Pacífico,* y la *Revista Chilena* y otras.

Tales trabajos críticos, sea cual sea el valor intrínseco del poeta glosado, constituyen en realidad la historia de la vida intelectual de Bolivia en el primer medio siglo de nuestra vida independiente, es decir de la época menos conocida y del aspecto menos estudiado de nuestros anales.

René-Moreno en su faz de crítico literario ha sido muy poco analizado, sin duda por el no conocimiento de estos trabajos que por su forma de publicación circularon muy limitadamente y sobre todo en Bolivia fueron poco

leídos, y si lo fueron, se los rodeó de la «conspiración del silencio», por no ser complacencias adulatorias. Y aun los pocos que han conseguido leer fragmentariamente uno que otro de estos ensayos, pero no en su conjunto, por esa misma razón han emitido juicios erróneos acerca del autor.

* * *

Rigoberto Villarroel Claure, en su *Elogio de la Crítica* (La Paz, 1937), considera a René-Moreno «como el primero que en la historia de las artes ensaya la crítica en Bolivia», para añadir en seguida que «su crítica carece de una orientación propia, ignora una norma estética que defina su cultivo; es más bien fruto de una cultura retórica y clásica; fluye como la resina del árbol maduro, alimentada por una savia cristalina y constante». Después de compararlo con Sainte-Beuve continúa: «No se detiene René-Moreno en el análisis psicológico de cada poema, en su emotividad y las fuerzas íntimas que agitan sus múltiples facetas. La contextura intrinseca del verso no le mueve sino a un estusiasmo de alabanza o censura; es un maestro de retórica que imprime su criterio, no al artista que se exalta por la poesía. La intención es más bien de carácter biográfico que poético: fijar en la estampa personajes que representan los primeros destellos líricos en el alma nacional».

Al opinar así, Villarroel Claure está de acuerdo con el concepto personal que tiene de la crítica que considera como «vida, emoción, reflejo de la naturaleza». Pero olvida que no era ese el concepto en la época en que René-Moreno escribía sus ensayos críticos, que como hemos dicho se remontan a 1858, cuando el autor apenas contaba veintidós años de edad. Ya en 1864, en su *Introducción al estudio de los poetas bolivianos,* se ve muy claramente definida esa su tendencia antigua en él, de fisonomizar el tema dándole carácter objetivo y preciso, de acuerdo a los métodos positivos que tanto aconsejaba Lastarria. Y conste que ese mismo año, Hipólito Taine en su *Historia de la literatura inglesa*, primero, y algo más tarde en sus célebres *Ensayos de crítica y de historia*, planteaba seriamente tales procedimientos que René-Moreno ya de antiguo practicaba.

Al estudiar su *Literatura preceptiva,* Villarroel Claure olvida que se trata de un texto para escolares de segunda enseñanza, y no de un curso universitario, ni de una obra fundamental de ideas; le reprocha el ser anticuado en una época en la cual ya Zola había definido el arte como la naturaleza vista a través de un temperamento. Y sin embargo, no quiere ver que al dar René-Moreno tanta preponderancia a la parte biográfica en sus estudios críticos, es precisamente para apreciar ese «temperamento» a través del cual se ve la vida y la naturaleza; en este orden ninguno supera el referente a Néstor Galindo, donde



19 Evaristo Valle.

Evaristo Valle era una
cabeza ardiente al ser
vicio de un corazon
intrépido y de un no
ble carácter. Los jui
cios de aquella cabe
za no eran siempre
exactos; no obstante, recta
la intención de los he
chos y de los dichos.
Si á las veces e
rróneos, (los hechos y los dichos) fueron a me
nudo nacidos del cora
zón y del carácter,
generosos de temple
republicano, idólatras
de la dignidad y la
libertad.

20 Inédito. Manuscrito de René–Moreno referente a Evaristo Valle. R–M hizo otro encomiastico comentario en su *Biblioteca Boliviana*, 1879, 33. Ambos escritos reflejan la opinión de R–M sobre Valle; como hombre correcto e incorruptible en política.

el alma misma del poeta, más que sus versos, es analizada con verdadero talento y una finura psicológica digna de los mejores maestros del género.

Por lo contrario del crítico nombrado, don Alberto Gutiérrez en *Hombres representativos* (La Paz, 1926), mejor conocedor de la obra de René-Moreno, lo juzga como «cultor insigne del arte literario, un devoto del clasicismo, en la mejor acepción de la palabra; verdadero preceptor del lenguaje, prescribía las reglas del buen hablar que predicaron con tan amplia competencia Blair y Hermosilla. Algunos pasajes de René- Moreno parecen versiones españolas de Horacio por su armonía y su precisión clásica».

Aquí radica aquello que no quiso o no supo apreciar aquel crítico. René-Moreno era un clásico en sus gustos, y de allí su frialdad para con el romanticismo de la poesía boliviana de su época, y el propio Villarroel Claure, juzgando a René-Moreno como «un clásico en pleno período romántico», no logró explicarse esa su actitud. Precisamente por eso, René-Moreno no vibraba como quiere su crítico con la contextura de esos versos, los mismos que analizaba y apreciaba fríamente desde sus moldes clásicos, y como una expresión de la persona y del ambiente, pero sin que se conmoviese lo hondo de su espíritu, ya que sus gustos eran otros.

Hay una gran diferencia en el René-Moreno que estudia a Néstor Galindo del que estudia a Arcesio Escobar. En el primero es más un crítico positivista que analiza y desmenuza la persona misma del poeta buscando en su alma y en lo más recóndito de su espíritu las causas de la tristeza que le agobia, y en Arcesio Escobar se ve al amigo emocionado ante el recuerdo del vate, -y aquí algo que no se halla en sus demás trabajos-, vibrar con los mismos versos, no obstante de ser románticos, sobre todo con unas traducciones de Lord Byron.

Si Villarroel Claure hubiera conocido este estudio no hubiera dicho nada sobre la frialdad de René-Moreno, y ya que del tema tratamos, preciso es agregar que la principal causa de esa frialdad de René-Moreno, eran los mismos versos. No hay que olvidar que la mayor parte de ellos fueron conocidos por Menéndez y Pelayo a través de estos estudios de René-Moreno, y el gran crítico y erudito español opinaba de esas poesías y de esos poetas que «son tales a juzgar por las muestras, que quitan hasta la gana de consignar sus nombres». (*Historia de la poesía hispano-americana*. Madrid, 1913, vol. II, 282).

Sería demasiado exigir del patriotismo de René-Moreno que vibrase, que sintiese vida y emoción ante esos malos versos, y más bien mucho hace con dudas cabida en sus juicios y opinar sobre ellos, aunque opine mal. Revela así su buen gusto literario y su probidad de crítico.

* * *

el alma misma del poeta, más que sus versos, es analizada con verdadero talento y una finura psicológica digna de los mejores maestros del género.

Por lo contrario del crítico nombrado, don Alberto Gutiérrez en *Hombres representativos* (La Paz, 1926), mejor conocedor de la obra de René-Moreno, lo juzga como «cultor insigne del arte literario, un devoto del clasicismo, en la mejor acepción de la palabra; verdadero preceptor del lenguaje, prescribía las reglas del buen hablar que predicaron con tan amplia competencia Blair y Hermosilla. Algunos pasajes de René- Moreno parecen versiones españolas de Horacio por su armonía y su precisión clásica».

Aquí radica aquello que no quiso o no supo apreciar aquel crítico. René-Moreno era un clásico en sus gustos, y de allí su frialdad para con el romanticismo de la poesía boliviana de su época, y el propio Villarroel Claure, juzgando a René-Moreno como «un clásico en pleno período romántico», no logró explicarse esa su actitud. Precisamente por eso, René-Moreno no vibraba como quiere su crítico con la contextura de esos versos, los mismos que analizaba y apreciaba fríamente desde sus moldes clásicos, y como una expresión de la persona y del ambiente, pero sin que se conmoviese lo hondo de su espíritu, ya que sus gustos eran otros.

Hay una gran diferencia en el René-Moreno que estudia a Néstor Galindo del que estudia a Arcesio Escobar. En el primero es más un crítico positivista que analiza y desmenuza la persona misma del poeta buscando en su alma y en lo más recóndito de su espíritu las causas de la tristeza que le agobia, y en Arcesio Escobar se ve al amigo emocionado ante el recuerdo del vate, –y aquí algo que no se halla en sus demás trabajos–, vibrar con los mismos versos, no obstante de ser románticos, sobre todo con unas traducciones de Lord Byron.

Si Villarroel Claure hubiera conocido este estudio no hubiera dicho nada sobre la frialdad de René-Moreno, y ya que del tema tratamos, preciso es agregar que la principal causa de esa frialdad de René-Moreno, eran los mismos versos. No hay que olvidar que la mayor parte de ellos fueron conocidos por Menéndez y Pelayo a través de estos estudios de René-Moreno, y el gran crítico y erudito español opinaba de esas poesías y de esos poetas que «son tales a juzgar por las muestras, que quitan hasta la gana de consignar sus nombres». (*Historia de la poesía hispano-americana*. Madrid, 1913, vol. II, 282).

Sería demasiado exigir del patriotismo de René-Moreno que vibrase, que sintiese vida y emoción ante esos malos versos, y más bien mucho hace con darles cabida en sus juicios y opinar sobre ellos, aunque opine mal. Revela así su buen gusto literario y su probidad de crítico.

* * *

René-Moreno no era compasivo en sus juicios; de él dice Prudencio Bustillo en *Páginas dispersas* (Buenos Aires, 1946), que «era tentado a poner en ridículo a las gentes, aunque éstas fuesen amigas suyas y le hubiesen dado repetidas pruebas de afecto, si encontraba deficiencias. Y si por desgracia para el criticado, encontraba algo más que deficiencias, no vacilaba en seguir cortando a sus anchas en el paño que le suministraba el verso cojo, la imagen vulgar o la metáfora falsa».

«Moreno prefirió vivir en Chile porque en su patria no dejó nunca de sentir la sorda hostilidad del ambiente. Aunque todos le temían, pocos le querían, pues la *tournure* de su espíritu era la crítica maligna y picaresca, si bien sus pinchazos jamás llegaban al asesinato. Su fino sentido crítico le hacía descubrir inmediatamente deficiencias y flaquezas que él hacía notar con cierta complacencia, aquilatando siempre los méritos en la balanza de las comparaciones, en la cual quedaban desmedrados y empequeñecidos los hombres y las cosas. Si con motivo de un tomo de versos algún literato del terruño aspiraba a pulmón lleno el incienso de las gacetas locales, que ignoran la mesura para el elogio como para el vituperio, al poco tiempo llegaba de Santiago de Chile *La Revista del Pacífico* o alguna otra publicación donde Moreno, ponía las cosas en su lugar. Inspiraba pues, más temor que afecto, y si la ausencia de simpatía le era penosa, pudo decir con Mallarmé que la mayor desgracia de su vida fue que le creyeran burlón».

«Sus ocultos enemigos tomaron su revancha en 1879, con motivo de ciertos *pourparlers* con el general Daza, en los que nuestro escritor anduvo, según se asegura, propiciando el abandono de nuestro aliado el Perú... Entonces le cargaron el sambenito de traidor, pero ahora se sabe que Moreno obró con entera buena fé». En forma muy dura y muy villana hicieron pagar a René-Moreno la franqueza de sus críticas. El coro de Zoilos fue muy grande y ahogó la voz del patriota, pero la ahogó momentáneamente, para que después brillara límpida la inocencia de su actuación en esos momentos de dolor y de prueba para Bolivia.

Y ese espíritu picante de René-Moreno se lo ve a través de toda su obra. A Vicente Fidel López, historiador argentino, le censura sus elogios a cierto prócer, diciendo que «se entra de rondón al palacio de la apología en momentos de haber la sindéresis y el sentido moral abandonado la guardia». (*Bolivia y Perú. Nuevas notas históricas y bibliográficas,* Santiago, 1907; 252-253).

Al anotar en su *Biblioteca Boliviana* de 1879 unos ensayos poéticos de Gelafio González titulados *Cartas de un miserable,* dice que sus estrofas en efecto «son miserables»; un folleto de Vicente Mariscal endiosando a Melgarejo es calificado como «adulación sin aliño ni cocimiento, que salta cruda en olla

con modos y dichos y
traje y petulancia de porteños (*).

(*) El Cóndor de Bolivia, de Chuquisaca, números 2, 3, 4 y 5, que respectivamente corresponden al 11, 17, 21 y 24 de Diciembre de 1825. — El número 9 (Enero 26 de 1826) toca el asunto, mas ya complicado con la querella cada vez más ardiente sobre Tarija. — Artículo del Cóndor (folio de oficio, de 7 páginas, dos de ellas á dos columnas), ~~Imprenta del Ejército Administrada por Fermín Arébalo~~ importante folleto, que reproduciendo un artículo de El Cóndor, reproduce también, por referencia al general Arenales, un pliego suelto de Salta, Imprenta de la Patria, en el que dicho gobernador contesta ó hace contestar á ciertos cargos del periódico chuquisaqueño. Figuró (incluso) entre los boletines de este último, entre el 9 (Enero 26) y el 10 (Febrero 2), año 1826, como que era publicado en su propia Imprenta del Ejército Administrada por Fermín Arébalo.

21 **Manuscrito de R-M**, comentando al *Condor de Bolivia*.

débil, sin duda hubieran producido esa «gangrena de la desesperación» de que nos habla Kierkegaard. Pero en un hombre fuerte, de temple acerado como era René-Moreno, no hizo sino exaltar su personalidad, que se encasilló entonces definitivamente en su soberbia y se refugió por entero en sus queridos libros.

V

Timidez amorosa y amor de otoño (*).

Cerrado el ciclo de la vida sentimental y amatoria de René- Moreno, acaso no cabe preguntarse ¿dónde está el secreto del fracaso en que ella consistió? No se conocen otras tentativas suyas para tomar estado, y resulta así que sólo lo intentó dos veces en el mismo hogar, en aquel donde era más amigo, donde se le concedía mayor confianza. Ello nos demuestra que sólo así, en un ambiente tal, pudo tener el coraje suficiente para cultivar un sentimiento de esa índole y exponerlo haciendo conocer sus inclinaciones amorosas.

El relato así escueto de la forma como se desarrollaron sus amores, algunas otras referencias públicas, y la impresión general que se desprende de las confidencias de la señora Rosalía Calvo de Aldunate, que tanto trató, a quien quiso por dos veces ser su hermano, nos dan la impresión de que nos encontramos frente a un caso de timidez amorosa.

Naturalmente que no llega a los extremos de Enrique Federico Amiel, pero hay algunos puntos de contacto y de semejanza. Al igual que el atormentado de Ginebra, René-Moreno era un fino y exquisito hombre de sociedad, y además de gran valor civil en cuanto a decir y escribir. Las veces que tuvo que enfrentarse con furores y pasiones, lo hizo con entereza y valentía que demostraban coraje y hombría a toda prueba, y a veces hasta rayando en la temeridad.

Pero esos hombres así fuertes por naturaleza, muchas veces son tímidos en el amor, y ante el sexo débil son ellos los que precisamente dan la sensación de debilidad. Así lo enseña Marañón en su estudio sobre Amiel. Aunque no existen datos tan amplios como los que dejara hora tras hora en su masoquista sinceridad el autor del *Diario Intimo*, hay suficientes indicios como para juzgar que René-Moreno fue un tímido amoroso.

Dado el medio que lo rodeaba y las relaciones dentro de las cuales se desenvolvía, no es de dudarse que más de una mujer debió interesar a René-Moreno, pero como su natural timidez no se lo permitía, jamás llegó a cultivar

---

*. Inédito.

esos sentimientos y menos hacer que fueran conocidos y correspondidos; no tuvo el valor de iniciar el romance, y puede que muchas veces haya tenido miedo hasta de confesarse a sí mismo la pasión naciente.

Es así que sólo con aquellas con quienes había adquirido tanta confianza, pudo atreverse a ser franco y a hablar de sus sentimientos. Sólo con ellas pudo sentirse lo suficientemente audaz como para confesar un amor que atormentábalo, y al cual había dado pábulo en la creencia de que esa amistad tan estrecha que los ligaba, bien podía transformarse en amor. Sólo el trato familiar con Flora y Lucía, pudieron vencer su timidez y hacerle confesar lo que guardaba tan recelosamente en su altivo y forzado silencio.

Y precisamente por esa timidez, no supo o no pudo inspirar amor a esas dos mujeres. La mujer, por instinto nacido de la propia debilidad de su sexo, tiene que admirar la audacia y la fuerza, y como tal, amar al hombre que ostente estas cualidades, a aquél ante el cual se siente dominada. Ya lo decía Nietzsche en términos rudos, que confirmaría Weininger en su metafísica del sexo.

De allí que un hombre tímido como René-Moreno, o por más que estuviese adornado de muy otras y muy valiosas condiciones, no era como para inspirar amor a esas dos mujeres del espíritu, carácter y temperamento de Flora y Lucía Calvo.

Pero la figura de un hombre, su personalidad, no tiene relieves definidos si no se lo mira dentro de un concepto integral de sus factores componentes y, por tanto, sino se da al sexo todo el valor que le corresponde en la acción, el pensamiento y el sentimiento de una vida. A veces no aparece, pero en el fondo, se halla siempre marcada su influencia, por más que esté desfigurada y disfrazada tras móviles y direcciones de la más compleja y varia apariencia. Virgilio lo cantaba en hermosos versos y hoy lo dice Freud en gruesos y sesudos volúmenes.

Es así que si René-Moreno fue un tímido amoroso y sufrió dos terribles desengaños en sus intentos de formar hogar, no fue un misógino ni un alejado de los placeres y satisfacciones del más poderoso de los instintos. Si René-Moreno no conoció el amor enloquecedor, la pasión satisfecha en transportes de ebriedad en que el cuerpo no hace sino vibrar al unísono con la pasión del espíritu, por estar ambos en una sola comunión, por lo menos conoció el amor callado y discreto, cual cuadraba a su temperamento y costumbres. Era todo a lo que podía aspirar un tímido como él, en medio de la rigidez de principios de la sociedad de la cual formaba parte.

Poco a poco habían ido calmándose sus amarguras y desengaños, y a la congoja de los primeros momentos, sucedió una tranquila y serena resignación.

El amor, tal cual lo había soñado y ansiado René-Moreno, con toda la aureola del hogar bendecido por la religión y por la ley, no le había sido dado el obtenerlo. Pero el amor, siempre proteiforme y al par igual a sí mismo, presentóse sin embargo, pronto a endulzar sus últimos años.

René-Moreno conoció a una mujer que si no pertenecía a su clase aristocrática, ni ostentaba tampoco refinamientos intelectuales y artísticos, en cambio ofrecíale mucha dulzura de carácter, amplio espíritu comprensivo que es lo que constituye el verdadero talento de una mujer, y también ¿por qué no decirlo? atracción física y la ofrenda maravillosa de su carne joven y ardiente como holocausto dionisiaco en los altares del amor y del deseo.

Esa mujer supo amar y apreciar a René-Moreno. No esperaba de él las locas intemperancias de una edad que había pasado ya, pero sí supo del cariño sabio de la madurez que en la finura del detalle, supera la violencia de los transportes juveniles. Por ello amó al solitario bibliófilo y lo amó de corazón. Ella, moza joven y garrida, superándose, supo dar a su amor ese lustre de afecto y de ternura maternales que tan bien sentaban en su caso, y por su parte, René-Moreno, en ese cariño crepuscular, sintióse paternal para con esa mujer que dióse toda, sin pedir nada para sí.

Y así se amaron, a espaldas de la ley y de la sociedad. Por un lado René-Moreno ya no podía amar como había amado a Flora y a Lucía, y por eso hubo de contentarse con mantener tales relaciones siempre dentro de una discreta amistad amorosa, tolerada, más que disimulada por todas las personas de su conocimiento. Por otro lado, prejuicios sociales que René-Moreno no pudo vencer nunca y que eran fruto de la educación que había recibido y del ambiente en medio del cual vivía, hicieron que jamás legalizara esa unión, que puso en el otoño de su vida, su nota de simpatía sentimental.

Puede también que a ello haya contribuido el temor y la desconfianza que en su alma dejaron las dos tentativas fracasadas; y también los recelos propios de la madurez del solterón, aumentadas con la influencia de algunas lecturas. Poco antes de morir, en charla íntima con su conterráneo el escritor José Peredo Antelo, confesóle que gran parte de la culpa para ese su celibato recalcitrante y empedernido, había sido el veneno que en tal sentido, decía contener la célebre *Fisiología del matrimonio* de Honorato de Balzac.

Pero tampoco esa mujer que lo amaba pedía ni exigía nada. Conocía perfectamente su situación y el destino al cual habíale llevado su afecto, y soportábalo con toda resignación e indiferente ante lo que ello pudiera serle perjudicial. Bastábale con que el grande hombre fuera suyo, enteramente suyo, y nada más. Durante el tiempo que se amaron, hasta la muerte de René-Moreno, éste no le dió más motivos de celos que con sus amados libros.

política de su patria se trata. Alberto Gutiérrez en su ya referido ensayo, llama la atención inteligentemente sobre este aspecto, aunque falle en atribuirle filiación partidista «belcista», ya que en muchas de sus páginas constan fuertes calificativos contra esa corriente demagógica y conservadora a la vez. En realidad de verdad, René-Moreno fue un liberal principista a quien posiblemente ningún partido ni ningún gobierno de Bolivia satisfizo, excepto quizá los de Tomás Frías y Adolfo Ballivián.

EL

JENERAL BALLIVIAN

POR

G. RENÉ-MORENO

(PUBLICADO EN LOS "ANALES DE LA UNIVERSIDAD")

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 73
1895

18 175 x 100; 29 p.

Si bien es cierto que en René-Moreno encontramos como en Leonardo esa fuerza y esa pasión de búsqueda de la verdad con un afán casi morboso, en el historiador boliviano no llega nunca a sustituir, al menos en forma absoluta como en el autor de la Gioconda, a la pasión amorosa; lo que sí es evidente que si la reemplaza en algunos aspectos, es sólo hasta cierto punto, dando siempre a su alma y a su carne lo que buenamente ansían y exigen. Ya sabemos que amó, se desengañó y gozó de la vida y sus placeres, al revés de Leonardo, de quien se asegura que nunca tuvo ni siquiera un amor platónico, ni ninguna relación carnal; caracterizándose más bien por su aversión marcada hacia el sexo femenino.

En René-Moreno, todo lo contrario; gustaba de la mujer, aunque ello le trajese sufrimientos y dolores y saboreaba de ella los deleites que ofrece; en más de una de sus páginas se siente ardoroso el aliento dionisiaco del espíritu que la inspira, con un acento pleno de voluptuosidad satisfecha, de hombre completo en sus sentidos normalmente saciados, y aún más, todo ello con optimismo y con fe, aunque la mala voluntad y odio de sus paisanos, más de una vez, hayan puesto a dura prueba y hecho tambalear uno y otra.

Para no referirnos sino a una sola de sus obras, tenemos que en su *Mojos y Chiquitos* (Santiago, 1888), con verdadera fruición relata y hasta copia párrafos de color subido y que se refieren a la conducta de los curas en esas misiones que fueron de la Compañía de Jesús. Allí mismo, en esas páginas, al hablar cómo era Santa Cruz de la Sierra, su terruño en la época colonial e inmediata republicana, dice con tono zumbón que habían «muchos bautizos y poquísimos matrimonios y las mejores frutas reventadas por el paladar de los prebendados», con lo cual en dos palabras nos traza un cuadro vívido de ese panorama social.

Poco más lejos y sobre su misma ciudad natal nos añade: «'Anda por los caminitos, está perdido entre las casitas', querían en aquel tiempo decir que alguno saboreaba las ambaibas, ocorós, pitones, quitachiyús, etc. del amor sensual, sesteando en las hamacas que allí colgaban, a modo de decir bajo el ardor primaveral de las pasiones en las verdes orillas del lago de la vida. Señores y señoritos saltaban a menudo por el fondo de sus casas la cerca de palma seca medianera, y caían suavemente, cautelosamente, del austero hogar al Edén de estos caminitos y casitas del centro de la ciudad» (*Ob. citada*, pág. 545). Vibra en estos párrafos con toda intensidad un gusto por el goce jocundo y placentero de la vida en sus formas de acuerdo a los mandatos de la naturaleza, y completamente ajeno a complejos inconfesables.

Con todo que la pasión del estudio no sustituyó a la pasión amorosa, por lo menos lo hizo llenando aquellos vacíos que en el alma de René-Moreno dejaron sus infortunadas tentativas con Flora y Lucía Calvo, así como lo que permitía el satisfecho idilio de su amor otoñal. Y esa pasión se manifestaba en René-Moreno en el cariño que tenía por sus libros.

Hemos dicho que los únicos rivales en el amor de René-Moreno eran sus libros. Sin negar al sexo lo que con derecho propio reclama para sí, los libros fueron en realidad sus mejores amigos y hasta cierto punto, sus verdaderos amores, aquellos que no le causaron tormentos. A cada golpe del infortunio, sea en el amor o en el patriotismo, refugiábase aún más en ellos, que con sus páginas abiertas parecían ofrecerle ternura y esperarle en un abrazo reconfortante de amante acariciadora, de aquellas que saben consolar en los grandes pesares.

Y así los libros fueron invadiendo la vida de René-Moreno hasta llenarla por completo, colmarla y darle su propio sentido, dentro del cual empalidecen y pierden importancia sus aventuras sentimentales o carnales, ya que cada una de ellas ocupa su propio y aparte lugar.

La biblioteca, sea la del Instituto, cuya dirección corría a su cargo, la suya propia, o cualquiera en la cual estuviese practicando estudios, era el marco adecuado para el hombre, y no conoció otro mejor ni más adaptado a su espíritu que las grandes salas rebosantes de libros. Cada hombre tiene su destino, y el de René-Moreno fue ése: el de bibliófilo: leer libros y escribir libros. Sus capacidades intelectuales le daban para muchas actuaciones, pero prefirió siempre esas modestas y calladas que más se avenían con su temperamento y aficiones. En ese ambiente sentíase como un monje en su claustro medioeval. Coleccionaba y catalogaba libros que leía y anotaba cuidadosamente. No hubiese cambiado sus funciones de bibliotecario ni por un reino.

Sentía por los libros afecto cariñoso, rayano en el fanatismo y cuando a ellos se refiere, lo hace casi con pasión sensual.

Pero si René-Moreno amaba los libros, era porque eran bolivianos; muchos de ellos con sus deficiencias tipográficas, su falta de gramática y lo provinciano de su estilo y contenido, le traían un soplo, un algo de esa patria a la que enrostraba sus faltas, con aquella enérgica dureza, hija del amor, que caracterizara al Crisóstomo bizantino. La patria fue ingrata, mil veces ingrata para con él, pero René-Moreno seguía fiel y cada vez más enamorado hasta el último aliento de su vida. Jamás quiso nacionalizarse chileno, por no abandonar su condición de boliviano en la cual había nacido, y en la cual quiso morir.

Formó así su biblioteca boliviana. Ya que no podía servir a su patria en una forma más tangible, lo hizo con toda la fuerza de sus aficiones y aptitudes al servicio de las cuales estaba su gran talento. Y así, construyó el edificio de la bibliografía y de la historia boliviana, que no ha podido siquiera ser igualado, menos superado. Su obra es grande, como es grande su gloria.

Pero ese amor a los libros bolivianos, no era sino la materialización de su patriotismo, la objetivación palpable de su cariño a Bolivia, que lo manifestaba en los libros que aquí se imprimían o que a Bolivia se referían. Y a este afán, a este esfuerzo dedicó su vida entera con todos sus sentidos y potencias, porque el grande, el inconmensurable, el único amor de Gabriel René-Moreno, no fue otro que la patria boliviana.

CAPITULO SEGUNDO (*)

LA CRITICA LITERARIA

I. Ironía Crítica. II. La Poesía boliviana. III. María Josefa Mujía. IV. Manuel José Tovar. V. Mariano Ramallo. VI. Néstor Galindo. VII. Las Notas bibliográficas. VIII. Daniel Calvo. IX. Ricardo José Bustamante y la cultura americana. X. Manuel María Caballero. XI. La literatura fúnebre. XII. La Academia Literaria del Instituto Nacional. XIII. Arcesio Escobar. XIV. Francisco de Rioja. XV. Crítico teatral.

I

Ironía crítica.

Es absolutamente indiscutible que don Gabriel René-Moreno es la más alta cumbre de las letras y de la historiografía bolivianas. No obstante de haber vivido casi toda su existencia en el extranjero, la totalidad de su obra está dedicada a su patria, lo cual denota en el insigne escritor un bolivianismo tan hondo que nada ni nadie pudo conmover.

Desde 1856 residió en Chile; había llegado con sus veinte años mozos y se vinculó desde el primer momento con toda la juventud intelectual de entonces. El grupo más distinguido, tanto en arrestos espirituales como en abolengo familiar, era el que dirigía don José Victorino Lastarria, quien si bien no convencía a muchos con su ideario filosófico impregnado de positivismo,

---

Notas de (G.O.).

*. Este estudio fue escrito en 1948, según el original mecanografiado por HVM. que hemos utilizado. Se publicó siete años más tarde gracias al espíritu culto y comprensivo de don Armando Alba en el bien presentado libro; Gabriel René-Moreno. *Estudios de literatura boliviana. Prólogo de Humberto Vázquez-Machicado,* Editorial Potosí, Potosí, 2 vols., el primero de 1955 con 265 p. y el segundo de 1956 con 377 p. Se trata de una obra que recoge parte de los artículos publicados por René-Moreno en revistas chilenas del siglo XIX.

El prólogo de HVM. es lo que ahora se publica. Lo hemos dividido en parágrafos con el respectivo subtítulo de acuerdo al primitivo plan de su autor. El texto de 1948 y el de 1955 es el mismo, con excepción del parágrafo XV, que trata de René-Moreno como crítico teatral; allí se harán las aclaraciones del caso.

era reconocido unánimente como el maestro indiscutido de todos. *La Revista del Pacífico*, órgano de inquietudes y de ensayos de esta pléyade, contó en René-Moreno uno de sus más activos colaboradores, al lado de los Blest Gana, de los Amunátegui y tantos otros que ya tenían un nombre consagrado.

De allí a poco, en 1859, fundó Lastarria el *Círculo de Amigos de las Letras*, que tenía por objeto «proporcionar a los hombres estudiosos y amigos de las letras un centro de unión que apoye y fecundice sus esfuerzos con el comercio de las ideas y la identidad de los propósitos», según propias frases de su creador. Entre sus componentes fundadores, hallábanse todos esos amigos de René-Moreno y también el joven boliviano. Convocó el Centro ese mismo año a un certámen literario en homenaje al 18 de Septiembre, aniversario nacional chileno, y el jurado fue compuesto por socios escogidos a la suerte; entre ellos René- Moreno. El acta de ese jurado calificador lleva la huella inconfundible de su pluma.

En la tertulia de Lastarria en Alto del Puerto, y en las periódicas reuniones de ese Centro, se leyeron muchos y muy valiosos trabajos de índole científica y literaria; entre ellos los *Juicios de los poetas hispano-americanos* de los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. Estos señores de tiempo atrás hallábanse dedicados a estos estudios y pensaban abarcar también a los vates bolivianos; a tal efecto solicitaron la colaboración de René-Moreno, quien en nombre de los citados hermanos Amunátegui, dirigióse a los poetas de su patria pidiéndoles sus composiciones, así como datos personales. Esta correspondencia comenzó en 1857 y hasta puede que algo más antes. Sin duda el material reunido no fue muy del agrado de los señores Amunátegui, ya que no se ocuparon sino de alguno, quedando todo en su integridad en poder de René-Moreno.

Pero el joven intelectual no andaba ocioso; ante la actitud de sus amigos, resolvió utilizar por su cuenta tal acervo documental y ya desde 1858 comenzó a escribir estudios acerca de los poetas bolivianos, estudios que en gran parte leyó en las sesiones del *Centro de Amigos de las Letras,* y que desde la fecha indicada fueron apareciendo en diferentes revistas, tales como *La Revista del Pacífico,* y la *Revista Chilena* y otras.

Tales trabajos críticos, sea cual sea el valor intrínseco del poeta glosado, constituyen en realidad la historia de la vida intelectual de Bolivia en el primer medio siglo de nuestra vida independiente, es decir de la época menos conocida y del aspecto menos estudiado de nuestros anales.

René-Moreno en su faz de crítico literario ha sido muy poco analizado, sin duda por el no conocimiento de estos trabajos que por su forma de publicación circularon muy limitadamente y sobre todo en Bolivia fueron poco

leídos, y si lo fueron, se los rodeó de la «conspiración del silencio», por no ser complacencias adulatorias. Y aun los pocos que han conseguido leer fragmentariamente uno que otro de estos ensayos, pero no en su conjunto, por esa misma razón han emitido juicios erróneos acerca del autor.

* * *

Rigoberto Villarroel Claure, en su *Elogio de la Crítica* (La Paz, 1937), considera a René-Moreno «como el primero que en la historia de las artes ensaya la crítica en Bolivia», para añadir en seguida que «su crítica carece de una orientación propia, ignora una norma estética que defina su cultivo; es más bien fruto de una cultura retórica y clásica; fluye como la resina del árbol maduro, alimentada por una savia cristalina y constante». Después de compararlo con Sainte-Beuve continúa: «No se detiene René-Moreno en el análisis psicológico de cada poema, en su emotividad y las fuerzas íntimas que agitan sus múltiples facetas. La contextura intrinseca del verso no le mueve sino a un estusiasmo de alabanza o censura; es un maestro de retórica que imprime su criterio, no al artista que se exalta por la poesía. La intención es más bien de carácter biográfico que poético: fijar en la estampa personajes que representan los primeros destellos líricos en el alma nacional».

Al opinar así, Villarroel Claure está de acuerdo con el concepto personal que tiene de la crítica que considera como «vida, emoción, reflejo de la naturaleza». Pero olvida que no era ese el concepto en la época en que René-Moreno escribía sus ensayos críticos, que como hemos dicho se remontan a 1858, cuando el autor apenas contaba veintidós años de edad. Ya en 1864, en su *Introducción al estudio de los poetas bolivianos,* se ve muy claramente definida esa su tendencia antigua en él, de fisonomizar el tema dándole carácter objetivo y preciso, de acuerdo a los métodos positivos que tanto aconsejaba Lastarria. Y conste que ese mismo año, Hipólito Taine en su *Historia de la literatura inglesa*, primero, y algo más tarde en sus célebres *Ensayos de crítica y de historia*, planteaba seriamente tales procedimientos que René-Moreno ya de antiguo practicaba.

Al estudiar su *Literatura preceptiva,* Villarroel Claure olvida que se trata de un texto para escolares de segunda enseñanza, y no de un curso universitario, ni de una obra fundamental de ideas; le reprocha el ser anticuado en una época en la cual ya Zola había definido el arte como la naturaleza vista a través de un temperamento. Y sin embargo, no quiere ver que al dar René-Moreno tanta preponderancia a la parte biográfica en sus estudios críticos, es precisamente para apreciar ese «temperamento» a través del cual se ve la vida y la naturaleza; en este orden ninguno supera el referente a Néstor Galindo, donde



19 Evaristo Valle.

Evaristo Valle era una
cabeza ardiente al ser-
vicio de un corazon
intrépido y de un no-
ble carácter. Los jui-
cios de aquella cabe-
za no eran siempre
exactos; no obstante, ~~pero~~ recta
la intención de los he-
chos y de los dichos.
~~que~~ Si á las veces e-
rróneos, (los hechos y los dichos) fueron a me-
nudo nacidos del cora-
zón y del carácter,
genitores de temple
republicano, idolatras
de la dignidad y la
libertad.

20 Inédito. Manuscrito de René-Moreno referente a Evaristo Valle. R-M hizo otro encomiastico comentario en su *Biblioteca Boliviana*, 1879, 33. Ambos escritos reflejan la opinión de R-M sobre Valle; como hombre correcto e incorruptible en política.

el alma misma del poeta, más que sus versos, es analizada con verdadero talento y una finura psicológica digna de los mejores maestros del género.

Por lo contrario del crítico nombrado, don Alberto Gutiérrez en *Hombres representativos* (La Paz, 1926), mejor conocedor de la obra de René-Moreno, lo juzga como «cultor insigne del arte literario, un devoto del clasicismo, en la mejor acepción de la palabra; verdadero preceptor del lenguaje, prescribía las reglas del buen hablar que predicaron con tan amplia competencia Blair y Hermosilla. Algunos pasajes de René- Moreno parecen versiones españolas de Horacio por su armonía y su precisión clásica».

Aquí radica aquello que no quiso o no supo apreciar aquel crítico. René-Moreno era un clásico en sus gustos, y de allí su frialdad para con el romanticismo de la poesía boliviana de su época, y el propio Villarroel Claure, juzgando a René-Moreno como «un clásico en pleno período romántico», no logró explicarse esa su actitud. Precisamente por eso, René-Moreno no vibraba como quiere su crítico con la contextura de esos versos, los mismos que analizaba y apreciaba fríamente desde sus moldes clásicos, y como una expresión de la persona y del ambiente, pero sin que se conmoviese lo hondo de su espíritu, ya que sus gustos eran otros.

Hay una gran diferencia en el René-Moreno que estudia a Néstor Galindo del que estudia a Arcesio Escobar. En el primero es más un crítico positivista que analiza y desmenuza la persona misma del poeta buscando en su alma y en lo más recóndito de su espíritu las causas de la tristeza que le agobia, y en Arcesio Escobar se ve al amigo emocionado ante el recuerdo del vate, -y aquí algo que no se halla en sus demás trabajos-, vibrar con los mismos versos, no obstante de ser románticos, sobre todo con unas traducciones de Lord Byron.

Si Villarroel Claure hubiera conocido este estudio no hubiera dicho nada sobre la frialdad de René-Moreno, y ya que del tema tratamos, preciso es agregar que la principal causa de esa frialdad de René-Moreno, eran los mismos versos. No hay que olvidar que la mayor parte de ellos fueron conocidos por Menéndez y Pelayo a través de estos estudios de René-Moreno, y el gran crítico y erudito español opinaba de esas poesías y de esos poetas que «son tales a juzgar por las muestras, que quitan hasta la gana de consignar sus nombres». (*Historia de la poesía hispano-americana*. Madrid, 1913, vol. II, 282).

Sería demasiado exigir del patriotismo de René-Moreno que vibrase, que sintiese vida y emoción ante esos malos versos, y más bien mucho hace con darles cabida en sus juicios y opinar sobre ellos, aunque opine mal. Revela así su buen gusto literario y su probidad de crítico.

* * *

René-Moreno no era compasivo en sus juicios; de él dice Prudencio Bustillo en *Páginas dispersas* (Buenos Aires, 1946), que «era tentado a poner en ridículo a las gentes, aunque éstas fuesen amigas suyas y le hubiesen dado repetidas pruebas de afecto, si encontraba deficiencias. Y si por desgracia para el criticado, encontraba algo más que deficiencias, no vacilaba en seguir cortando a sus anchas en el paño que le suministraba el verso cojo, la imagen vulgar o la metáfora falsa».

«Moreno prefirió vivir en Chile porque en su patria no dejó nunca de sentir la sorda hostilidad del ambiente. Aunque todos le temían, pocos le querían, pues la *tournure* de su espíritu era la crítica maligna y picaresca, si bien sus pinchazos jamás llegaban al asesinato. Su fino sentido crítico le hacía descubrir inmediatamente deficiencias y flaquezas que él hacía notar con cierta complacencia, aquilatando siempre los méritos en la balanza de las comparaciones, en la cual quedaban desmedrados y empequeñecidos los hombres y las cosas. Si con motivo de un tomo de versos algún literato del terruño aspiraba a pulmón lleno el incienso de las gacetas locales, que ignoran la mesura para el elogio como para el vituperio, al poco tiempo llegaba de Santiago de Chile *La Revista del Pacífico* o alguna otra publicación donde Moreno, ponía las cosas en su lugar. Inspiraba pues, más temor que afecto, y si la ausencia de simpatía le era penosa, pudo decir con Mallarmé que la mayor desgracia de su vida fue que le creyeran burlón».

«Sus ocultos enemigos tomaron su revancha en 1879, con motivo de ciertos *pourparlers* con el general Daza, en los que nuestro escritor anduvo, según se asegura, propiciando el abandono de nuestro aliado el Perú... Entonces le cargaron el sambenito de traidor, pero ahora se sabe que Moreno obró con entera buena fé». En forma muy dura y muy villana hicieron pagar a René-Moreno la franqueza de sus críticas. El coro de Zoilos fue muy grande y ahogó la voz del patriota, pero la ahogó momentáneamente, para que después brillara límpida la inocencia de su actuación en esos momentos de dolor y de prueba para Bolivia.

Y ese espíritu picante de René-Moreno se lo ve a través de toda su obra. A Vicente Fidel López, historiador argentino, le censura sus elogios a cierto prócer, diciendo que «se entra de rondón al palacio de la apología en momentos de haber la sindéresis y el sentido moral abandonado la guardia». (*Bolivia y Perú. Nuevas notas históricas y bibliográficas,* Santiago, 1907; 252-253).

Al anotar en su *Biblioteca Boliviana* de 1879 unos ensayos poéticos de Gelafio González titulados *Cartas de un miserable*, dice que sus estrofas en efecto «son miserables»; un folleto de Vicente Mariscal endiosando a Melgarejo es calificado como «adulación sin aliño ni cocimiento, que salta cruda en olla

con modos y dichos y traje y petulancia de porteños (*).

(*) El Cóndor de Bolivia, de Chuquisaca, números 2, 3, 4 y 5, que respectivamente corresponden al 11, 17, 21 y 24 de Diciembre de 1825. — El número 9 (Enero 26 de 1826) toca el asunto, mas ya complicado con la querella cada vez más ardiente sobre Tarija. — Artículo del Cóndor (folio de oficio, de 7 páginas, dos de ellas á dos columnas), +~~Imprenta del Ejército Administrada por Fermín Arebalo~~) importante folleto, que reproduciendo un artículo de El Cóndor, reproduce también, por referencia al general Arenales, un pliego suelto de Salta, Imprenta de la Patria, en el que dicho gobernador contesta ó hace contestar á ciertos cargos del periódico Chuquisaqueño. Figuró (incluso) entre los boletines de este último, entre el 9 (Enero 26) y el 10 (Febrero 2), año 1826, como que era publicado en su propia Imprenta del Ejército Administrada por Fermín Arébalo.

21 **Manuscrito de R–M,** comentando al *Condor de Bolivia*.

de barro al fuego de *taquia* fétida». Otro folleto de Matías Arteche titulado *Mi fe política*, también adulatorio de Melgarejo, merece el siguiente juicio: «Curioso folleto por su suciedad tipográfica, gramatical e indigenal. Huele a chicha». Con esta frase lapidaria está definida su índole, pues en forma precisa hace sentir al lector la procedencia social e intelectual de esa publicación.

A uno de los que más zarandea René-Moreno es a José Mariano Serrano a quien llama «padre de la adulación rimada» y sus versos son calificados como «pobres miserables coplas», desatándose en burlas contra su numen poético.

Al hablar del doctor Manuel Sánchez de Velasco dice que era «sujeto de muy buen sentido, miembro nato de toda junta codificadora, antiguo magistrado de una alta corte de justicia. Nació, se casó, hizo testamento y se murió: he ahí toda su biografía. La prosa terrible de su existencia fue una roca de granito, de la cual ni la varita milagrosa de Moisés hubiera podido hacer saltar, no diré una vertiente, pero ni una gota siquiera de poesía. Más, en el ocaso de su vida, él dio en la flor de creer que le soplaban las musas y publicó un disparatorio». Copia enseguida unos versos del tan zarandeado vate, versos que considera «tienen las virtudes refrescantes y agridulces del tamarindo», y añade como comentario postrero este consejo burlón: «¡Oh vosotros jueces de alzada y de casación, generales en grado heroico y eminente, obispos y arzobispos! En verdad os digo: velad y orad para que no caigáis en tentación».

* * *

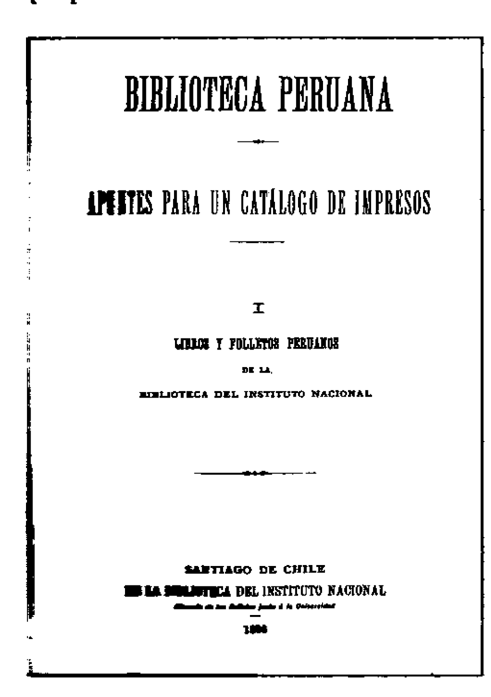
Esta característica de René-Moreno tiene su raíz en su propio natural irónico, muy corriente entre la gente de su tierra natal Santa Cruz de la Sierra, natural aumentado y refinado en el trato íntimo de la sociedad chilena de su tiempo, y muy especialmente aquella intelectual de *Los Amigos de las Letras*, que a su vez pertenecía a las mejores familias de Santiago. El propio René-Moreno cuenta de esa característica, y oportuno es oirla de sus propios labios:

«No brilla en el ingenio chileno el talento de la conversación. Más bien que en la riqueza de la memoria, esta vena se nutre abundantemente en la vivacidad de la imaginación y en el natural expansivo y flexible. Pero si a menudo no existe el talento en su verdadera aptitud, se posee al menos una de sus facultades auxiliares más fértiles: la aptitud incomparable para la chanza y la burla. El granito de la sensatez chilena se halla atravesado de parte a parte, en lo más profundo del macizo, por el hilo o veta de una perspicacia maligna, tan certera en dar con el secreto del ajeno flaco y tan ingeniosa en el arte de forjar ese flaco cuando en realidad no existe, que basta escarbar con el dedo esa veta en la índole de cualquiera hijo de vecino, para que uno vea saltar al punto, nativa, la sátira socarrona y la sátira ingenua, en tosca barrilla o en fino rosicler».

«De aquí que habitualmente la broma basta a llenar el vacío que dejan acá en el trato social la reserva y el alejamiento de los corazones. Donde quiera que se reunen por pasatiempo algunas personas ya se tiene, o se halla, o se busca un 'pato de la boda'. Los largos ocios de la temporada campestre, suelen ser una inmensa y confusa hecatombe en que caen curiosamente inmolados a fuerza de bromas víctimas y victimadores».

«La misma sorna grave con que la zumba se reviste la hace muy temible. Ella arrecia de frente y por detrás tanto, que al más cerrado y negro de cacumen nunca le falta el destello de una malicia consumada para vigilar la casa. No atinando la rudeza de algunos a desatar, ni con anteojos, el nudo y las redes con que la alegoría o los equívocos los envuelven, suelen cortar la trama de un feroz machetazo, el cual produce los efectos de una gracia maravillosa».

«En resumidas cuentas, los tontos lo pasan muy bien: se les chanta su capirote de tocuyo y jerga y se les procura mantener en una perdurable placidez. Pero ¡ay! del avisado que no es corredizo en el humor de 'dar y tomar', porque mascará muchas cóleras y se apelmazará en términos de indigestar a los de su propia casa».


BIBLIOTECA PERUANA

PARA UN CATÁLOGO DE IMPRESOS

I

LIBROS Y FOLLETOS PERUANOS

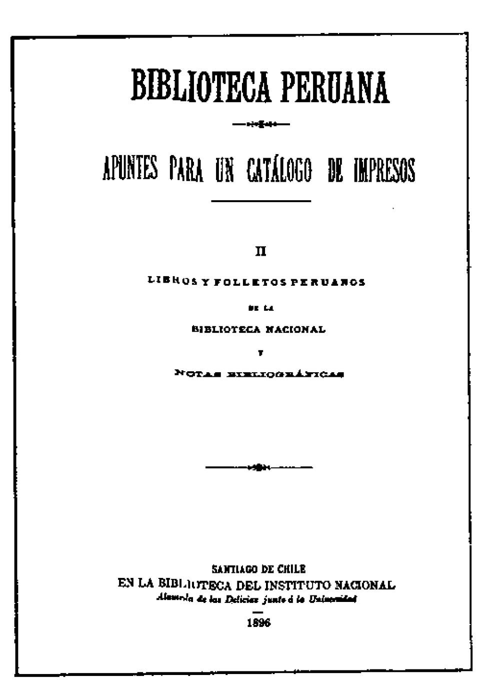
DE LA

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL

SANTIAGO DE CHILE

DEL INSTITUTO NACIONAL

22 175 x 100; VIII + 558 p.


BIBLIOTECA PERUANA

APUNTES PARA UN CATÁLOGO DE IMPRESOS

II

LIBROS Y FOLLETOS PERUANOS

DE LA

BIBLIOTECA NACIONAL

Y

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

SANTIAGO DE CHILE

EN LA BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL

Alameda de las Delicias junto á la Universidad

1896

23 175 x 100; 618 p.

«Del Ingenuo, del utopista, del serio sin malicia, del enamorado impetuoso es el reino de los cielos. No se les brinda ciertamente sal cristalizada en prismas brillantes. La tierra es pobre de estas formaciones. Pero tejen maravi-

llosamente finísimos encajes de Bruselas, de Valenciennes y de Chantilly para ponerles cofias y golillas. Y ¡que temeridad y audacia para atreverse! A los poetas, a los oradores patéticos y a los literatos sin dinero les ponen a hurtadillas y cuando menos piensan cola de trapo».

«Y que nadie las tenga todas consigo; porque no hubo cerebro tan robusto y bien ajustado que con tanto zarandeo no flaquease por su trecho, si se descuidó. Pues acontece que por los mismos tornillos de sus tres potencias suelen filtrarle *Oloeum non sanctum,* que cayendo sutilmente en la parte hueca o blanda, de que allá en cualquiera rincón nuestra masa cerebral siempre adolece, hace sin remedio desvariar, siquiera sea un momento, al individuo más cuerdo y astuto. Cuando dilatándose el aceitillo comienza a trasminar lo sano del seso, he aquí que el ungido advierte el chasco y se pone alerta. Tarde ya. La burla tuvo tiempo de pasar a su lado sonriendo con la debida circunspección».

Esta descripción es tan vívida, tan rigurosa en el detalle y la esencia misma de la burla, que de lejos se advierte que René- Moreno pasó por esas horcas caudinas, para después convertirse en un practicante empedernido de tales bromas. Su espíritu de natural así por temperamento, se refinó en semejante sociabilidad y ello se demuestra en sus libros que a cada paso están llenos de esos brotes. Al hablar en la forma como lo hace de sus criticados, no hay asomo de maldad en René-Moreno, sino simplemente burla, ironía, en una palabra el espíritu bromista de la sangre andaluza de su progenie cruceña, corregida y aumentada por el ejercicio continuo de tal espíritu en la sociedad chilena.

II

La poesía boliviana.

En 1864 y en la Sociedad Literaria de San Luis, René-Moreno leyó un trabajo que tituló *Introducción al estudio de los poetas bolivianos,* que vio la luz en folleto aunque sin nombre del autor. Dos fragmentos se publicaron en los números 23 y 24 de *La Estrella del Oriente* de Santa Cruz de la Sierra, correspondientes al 30 de septiembre y 15 de octubre de 1864. René-Moreno mismo había enviado desde Valparaíso los originales para su publicación en la recién nacida prensa de su terruño. Si bien es cierto que había escrito en diversas revistas algunos ensayos acerca del tema, tales como los referentes a María Josefa Mujía y Manuel José Tovar, este estudio por su propia índole debe preceder a todos los de su género, ya que aquí plantea sus puntos de vista sobre el asunto central.

CASA DE GOBIERNO.

REPUBLICA BOLIVIANA — PREFECTURA DEPARTAMENTO LITORAL

en el Puerto Lamar a 1° de Julio de 1857
años 48 de la Independencia y 32 de la República.

Nº

Al Señor Dr. Manuel Ygnacio Salvatierra.

Señor.

Verificado el escrutinio general de votos emitidos en este Departamento para la eleccion de Diputados que deben representarlo en la proxima Legislatura, ha resultado Ud. electo Senador suplente, como se informará por la adjunta credencial que tengo el honor de pasar á sus manos.

Felicitando á Ud. por tan merecida eleccion, me cabe la grata complacencia de manifestarle las seguridades del mayor aprecio y distinguida consideracion, con que me suscribo su atento

Seguro Servidor

Gab. José Moreno

28 Carta de Gabriel José Moreno, padre de René Moreno, a Manuel Ignacio Salvatierra, comunicándole haber sido elegido Diputado Suplente por el Departamento Litoral.

Comienza René-Moreno por llamar la atención cómo después de los desastres de la guerra civil, mal endémico en Bolivia, se oían las voces de los poetas cantando sus rimas. Y de entrada enfoca el tema de la política y la literatura. «Yerran gravemente los que apoyándose en ejemplos inadecuados de la historia, sostienen en tesis absoluta que los odios políticos y las intestinas discordias alientan, robustecen e inflaman el numen poético. Sentada en términos tan generales, esta doctrina entraña mucho de falso y de peligroso. Las conmociones íntimas y profundas del alma, la impetuosa expansión de las fuerzas concentradas del entendimiento, fueron siempre el pábulo y el sustento generoso de la literatura pujante; pero las pasiones mezquinas de partido, donde quiera han esterilizado con su escoria los campos de la imaginación, y apagado con su soplo destructor la lumbre del talento. En las bacanales del despotismo y la anarquía no se entonan inocentes y patéticos cantares, ni luciendo sus innúmeros y coloridos matices, resplandece en raudos, caprichosos y arrogantes giros la razón humana, inflamada por el fuego lento de la meditación y el estudio. En estas zambras no se oye sino la ronca algazara del vicio, ni se ve otra cosa que el paroxismo de la duda en las creencias generatrices del entusiasmo, desgaste de los resortes que impulsan la actividad generosa del hombre, desperdicio y copioso derramamiento del corazón. ¡Cuántas veces no hemos visto en Bolivia bastardearse en orgías políticas, almas vigorosamente templadas para sentir y declarar las maravillas de la poesía – esta unidad viva, fecunda, inmortal, en que se funden, acrisolan y abrillantan las emanaciones más puras de lo verdadero, lo bueno y lo bello de la naturaleza!».

Muchas veces se ha tachado a René-Moreno de pesimista respecto de su propio país y de difamador de su patria; tan no era así que en este mismo estudio demuestra cuál era su criterio en ese entonces acerca de nuestra vida y de nuestro porvenir político. Conste que por esos años la frecuencia cotidiana de los motines y revueltas en nuestra tierra no eran para mantener el optimismo de nadie, y sin embargo René-Moreno con amplia visión de sociólogo no desespera de su patria ni de las demás de Hispano-América que con muy raras excepciones corrían parejas con nosotros en cuanto a desorden y anarquía se refiere. Dice así:

«Para nosotros es cosa de todo punto indudable, que en América esta anarquía incesante y aqueste desborde de violentas pasiones, lejos de semejarse en nada a las agonías de la muerte, antes al contrario son las convulsiones dolorosas del alumbramiento». Se nota aquí al hombre que desde su observatorio de Santiago de Chile, en un país con instituciones muy estabilizadas, contemplaba el panorama de nuestra América convulsionada, pero no para denigrarla, sino para compadecerla y, con todo optimismo, ver en sus desgracias la semilla, el nacimiento de una nueva vida mejor.

Para la política boliviana y su obra arrasadora tiene palabras duras. «En Bolivia uno de los rigores de la política es el de igualar el carácter de los hombres, nivelándolos moralmente a todos con ciego despotismo. En este orden no hay grados, ni jerarquías, ni diversidad, ni singularidad. Como es uno, así son todos. Aquella es una monotonía desesperante. A surcar el océano proceloso, todos se lanzan a la ventura en su barquilla; todos son luego postrados por las fatigas del mareo; en seguida, tarde o temprano, todos naufragan».

* * *

René-Moreno define el ingenio de los poetas bolivianos diciendo: «El ingenio de estos bardos es como si dijéramos un espíritu fuerte, un ánimo sostenido, cuya varonil entereza no son parte a quebrantar las dolencias, que enervan y malean en tantos otros el rico sentimiento estético con que la naturaleza les dotara». Y elogia tal característica del vate boliviano calificándola como «caso muy ejemplar en la historia de las vicisitudes que ha experimentado el espíritu humano en el mundo descubierto por Colón». Es el mejor elogio que se ha hecho a la entereza viril de nuestros poetas.

Y tal ha sido el destino de estos hombres. «Ninguno de los bardos bolivianos ha podido llevar una vida uniformemente literaria. Ninguno ha podido sustraerse a la acción deletérea de los acontecimientos de su época. Casi todos han sido actores en la tragicomedia. En sus frentes se ven las señales exteriores de las heridas profundas que dejan en el alma la proscripción, los pesares y una existencia trabajosa. Su ingenio ha experimentado fatales accidentes, pero ninguna influencia bienhechora».

Extendiéndose G. René-Moreno en consideraciones acerca del porvenir de Hispano-América, el mismo que encuentra grandioso, su espíritu rebosa de optimismo, a pesar de la anarquía reinante. «Medio siglo va de descarríos; y, sin embargo, prescindiendo de casos particulares y examinando en conjunto el aspecto moral de las cosas, es indudable que no sólo andamos sino que subimos».

Después de hacer un cuadro sombrío de nuestra vida intelectual y de que en lugar de las actividades de la inteligencia «hay miserias políticas y postraciones», dice que «el principio vital de la sociedad no ha perecido». Llama la atención cómo ante los déspotas siempre hay almas que se levantan, protestan y acusan. Y siempre el *leit motiv* permanente del optimismo: «¡Observadores superficiales! Es cierto que las pasiones desencadenadas de la plaza pública precipitan la sociedad boliviana por una pendiente de ruinas y desastres, pero, semejante al carro celestial de Milton cuando atraviesa los abismos del caos, ella rueda en pos del triunfo, viva, soberana, con cien ojos abiertos y centelleantes!».

Insiste en el predominio absorbente de la política a la que compara con la «sombra aterradora de Hamlet» y que domina todo. «¿Cómo prescindir de esta dolencia endémica y profunda al tratar de las producciones del ingenio en un país donde éstas no son el artefacto de claustros o academias, sino el brote espontáneo de un campo enteramente abierto a la intemperie?».

Y aquí viene ya el juicio sobre los poetas mismos: «Aislados sin agruparse para formar alguna especie de gremio, cada uno en su ciudad, dentro del círculo de sus relaciones meramente privadas, algunos sin conocerse ni tratarse, casi siempre sin un órgano adecuado que les sirva de trípode en la prensa, careciendo de una capital que sea para ellos centro de ciertas ventajas especiales a la vez que escuela común y teatro permanente de noble emulación; los vates bolivianos tienen el sentimiento instintivo, la viva inteligencia, el conocimiento más o menos ilustrado de las excelencias del arte; y, separados en el espacio, pero unidos en la idea y en el discurso oponen su ejemplo a la corruptela general del lenguaje, cuyo estudio yace abandonado o descuidado en los colegios, y que, como en tiempos remotos y más atrasados, soporta todavía la competencia del quechua, admitiendo en su limpio raudal voces, construcciones y giros venidos de este idioma bárbaro».

«Su poética se reduce a expresar simple y directamente sus personales impresiones. Esto da más sinceridad y espontaneidad a sus obras. Las formas ingeniosas y complejas de la poesía, no hallan sustento suficiente en los pueblos cuya vida está reducida al mínimun indispensable de intensidad. No les pidáis fuerza, gracia y viveza en la dicción, ni aquella regularidad galana de la forma, en que como aliados naturales resplandecen juntos la rigidez severa del arte y el inquieto desahogo del pensamiento». Habla enseguida cómo el juicio publicó en Bolivia no es el más a propósito para corregir en belleza estos brotes ni para dar consejos al respecto, por ánimos «conturbados por el rencor y la cólera».

«Por análogas razones no les pidáis tampoco singular novedad en la concepción, original frescura en las imágenes, varonil osadía en los pensamientos. Los desastres políticos y las públicas congojas los hacen a veces enmudecer. No es indiferencia, no lo fue nunca; no lo será jamás. Los personajes trágicos de Sófocles callan cuando el dolor les desgarra el alma». Estas palabras severas de René-Moreno revelan su orgullo de boliviano, de sentir cómo los bardos de su tierra hacían restallar en el rostro de los déspotas el látigo de sus excecraciones. Vibra emocionada su alma al solo recuerdo de estas actuaciones.

III

María Josefa Mujía.

El estudio que René-Moreno dedica a María J. Mujía es uno de los primeros que escribió en el género, ya que se remonta a 1858, habiendo aparecido en la *Revista del Pacífico*. Describe sobriamente los orígenes de la inspiración poética, utilizando algunos datos biográficos, según los cuales, a la edad de quince años la señorita Mujía quedó ciega a consecuencia del exceso de llanto con motivo de la muerte de su padre. En la soledad espantosa de su desgracia, comenzó a dedicarse a la poesía, pero sus composiciones eran sólo conocidas de un hermano que habíale jurado guardar el secreto; pero él fue revelado un día y se publicó alguna en *El Eco de la Opinión*, periódico eventual que salió en Sucre durante varios años a partir de 1850. Hicieron coro a su desgracia y a su numen, los poetas Manuel José Cortés y Manuel José Tovar, a quienes consoló la ciega a su vez.

Llama la atención René-Moreno sobre que, a pesar de la magnitud de su desgracia y sus arranques de dolor, no desespera y canta loas a la fe y la resignación e incluso llega a consolar a otros desgraciados. Copia algunas poesías de diversa índole y lamenta con verdadera emoción la desgracia de la poetisa María Josefa Mujía.

Pero no hay una sola palabra de crítica, y si la hay es en forma esquiva y al parecer no muy favorable, incluso por dejar el juicio definitivo a la posteridad. «Tenemos una colección de cuarenta composiciones de la Srta. Mujía. Solo cuatro o cinco han visto la luz pública; las demás permanecen inéditas y son conocidas únicamente en el círculo de familia y de los amigos. A su tiempo vendrá la crítica que las analizará y juzgará, decidiendo si la Srta. Mujía merece en efecto ocupar un lugar distinguido entre los bardos bolivianos, o si ella y sus versos pasarán solamente, según algunos piensan, como una anécdota más o menos interesante de la literatura boliviana».

Como se ve por lo copiado, si René-Moreno no quiere dar ningún juicio, es porque no sería muy favorable a la citada poetisa, por más que su desgracia la haga acreedora a la compasión ajena, incluso a la literaria. Sin embargo, el solo hecho de ocuparse de esta poetisa indica su aprecio por sus versos, aunque no sea muy decidido por ellos. Menéndez y Pelayo, considera una sola composición de la poetisa ciega, digna de transcribir: la titulada «El árbol de la esperanza», y la juzga como de «sencillos e inspirados versos», y que «en su forma casi infantil tienen más intimidad de sentimiento lírico que todo lo que he visto en el Parnaso boliviano».

IV

Manuel José Tovar.

El juicio acerca de Tovar contemporáneo del referente a la Srta. Mujía y publicado en la misma revista, tiene mayor amplitud de opinión y mayor franqueza. Comienza declarando que hay dos clases de poetas en Bolivia; uno de los que podríamos llamar consagrados, aunque no lo merezcan, y otro de los que comienzan. René-Moreno se inclina por éstos, a quienes declara que hay que alentar y estimular «ejerciendo más de una vez con ellos un magisterio hasta cierto punto doctrinal».

Cuenta la vida de Tovar, nacido en un asiento minero de la provincia de Inquisivi, y se detiene en sus luchas juveniles en Sucre; estas luchas eran de carácter religioso. Hace hincapié René-Moreno en la influencia que sobre Tovar ejerció la Sociedad Católico Literaria a la cual pertenecía y que tenía como órgano de prensa *El Amigo de la verdad*, pues «en el seno de ella ha formado sus convicciones, creencias y costumbres, y allí su corazón principió a beber en las inagotables fuentes de ese misticismo delicioso y puro de la religión cristiana, que, como poeta no ha sabido desgraciadamente expresar con elocuencia».

Refiriéndose al periódico *El amigo de la verdad*, dice que al principio publicaba trabajos literarios pero que «tuvo no sabemos si la debilidad o la extravagancia de dejar invadir su redacción por unos frailes; y estos piadosos varones, pero pésimos escritores, ensartaron en él una serie de artículos en que, con un estilo de sandias jocosidades, de triviales refranes y de latines de sacristía, trataban cuestiones graves y asuntos muy elevados; acompañando de vez en cuando a esta prosa, como por vía de condimento, algunas coplas a la Virgen con estribillos y retruécanos, y varias traducciones y paráfrasis de los salmos de David en el mismo metro de las fábulas *El borrico y la flauta y las lagartijas* de D. Tomás de Iriarte».

Aquí vemos de nuevo la índole satírica de René-Moreno, quien a pesar de su catolicismo, creencia que siempre ostentó y practicó, aunque sin intolerancia ni fanatismo de ningún género, arremete contra esos frailes, malos periodistas.

Da cuenta de las actuaciones políticas de Tovar contra la dictadura de Belzu, gobierno que René-Moreno califica de «militar y usurpador». En cuanto al poema «*Mi Patria*» de Tovar, lo juzga malo. En cuanto a su poesía erótica, la considera impregnada de esencia religiosa.

Tovar fue redactor de *El Porvenir*, periódico que se escribía bajo los dictados del prócer conservador don Mariano Baptista, joven entonces, pero ya muy brillante. En dicho órgano de prensa publicó «Las Ilusiones», que René-Moreno dice peca por su forma y por su fondo. En general no es muy caritativo con Tovar, ya que opina ser muy superiores algunas composiciones de colegial de Lord Byron. Al analizar la dicha poesía y fundamentar su juicio [illegible] a su valor, René-Moreno entra en el detalle del verso mismo, en aquello que Villarroel Claure extraña en él, demostrando palpablemente que cuando era necesario sabía entrar en la disección del verso.

En cuanto al poema *La Creación*, que se publicó en volumen especial en Sucre en 1863, René-Moreno lo considera como la obra maestra de Tovar, y al analizar diferentes piezas, hace continuas comparaciones con Milton y su inmortal obra. Este poema no fue conocido por Menéndez y Pelayo, quien califica los demás poemas líricos de Tovar como «verbosos e insubstanciales».

Al transcribir párrafos largos de *La Creación*, critica muchos de ellos, como por ejemplo «la terrible memoria que del juicio final se hace al terminar [illegible] segundo y cuarto». Concluye su trabajo con este juicio sintético [illegible] y es decir: «Las circunstancias no han favorecido al poeta Tovar. [illegible] natural frío y árido; creció entre las tristes ruinas y bajo el sol [illegible], y ha vivido hasta hace poco en Sucre, pueblo en donde las [illegible], las pasiones y los afectos son templados como su clima. El que no demuestra ser el poeta de las ideas ni del sentimiento, sino el poeta de la [illegible], no debe contentarse con divisar las altas cimas del Illimani, Sorata, [illegible], Potosí y Tunari: necesita contemplar otros cuadros de la naturaleza más espléndidos y variados que enriquezcan su imaginación y den a su pincel ese tinte vigoroso y exacto de que no sin frecuencia carece; visite esas privilegiadas regiones del oriente de Bolivia que llenaron a Cortés de sublime y ardiente inspiración, y donde se ostenta la verdadera poesía, la poesía de la naturaleza, de la cual la de los libros no es sino una imitación o un reflejo».

Aquí demuestra René-Moreno cuales son sus conceptos estéticos: quiere [illegible] de la naturaleza, y además demuestra que al escribir el párrafo anterior [illegible] lo que un escritor llamaba crítica sociológica, o sea la influencia del medio, de la naturaleza misma en la obra de arte, aquello sobre lo que tanto insistió Taine uno o dos años más tarde que René-Moreno escribiera y publicara estos apuntes.

Con todo su catolicismo, Tovar murió suicidado en 1869; una de sus últimas composiciones, dedicada a la señora Bailona Costas de Fernández, deja trasuntar su cansancio de la vida. Ignacio Prudencio Bustillo juzga que «ninguna de las composiciones de Tovar, ni '*La Varsoviana*', en la que hay más de

Tovar fue redactor de *El Porvenir*, periódico que se escribía bajo los dictados del prócer conservador don Mariano Baptista, joven entonces, pero ya muy brillante. En dicho órgano de prensa publicó «Las Ilusiones», que René-Moreno dice peca por su forma y por su fondo. En general no es muy caritativo con Tovar, ya que opina ser muy superiores algunas composiciones de colegial de Lord Byron. Al analizar la dicha poesía y fundamentar su juicio contrario a su valor, René-Moreno entra en el detalle del verso mismo, en aquello que Villarroel Claure extraña en él, demostrando palpablemente que cuando era necesario sabía entrar en la disección del verso.

En cuanto al poema *La Creación*, que se publicó en volumen especial en Sucre en 1863, René-Moreno lo considera como la obra maestra de Tovar, y al analizar diferentes piezas, hace continuas comparaciones con Milton y su inmortal obra. Este poema no fue conocido por Menéndez y Pelayo, quien califica los demás poemas líricos de Tovar como «verbosos e insubstanciales».

Al transcribir párrafo largos de *La Creación*, critica muchos de ellos, como por ejemplo «la terrible memoria que del juicio final se hace al terminar los cantos segundo y cuarto». Concluye su trabajo con este juicio sintético [illegible] y su clima: «Las circunstancias no han favorecido al poeta Tovar. [illegible] un mineral frío y árido; creció entre las tristes ruinas y bajo el sol [illegible] de Oruro, y ha vivido hasta hace poco en Sucre, pueblo en donde las ideas, las pasiones y los afectos son templados como su clima. El que no demuestra ser el poeta de las ideas ni del sentimiento, sino el poeta de la [illegible], no debe contentarse con divisar las altas cimas del Illimani, Sorata, Chorolque, Potosí y Tunari: necesita contemplar otros cuadros de la naturaleza más espléndidos y variados que enriquezcan su imaginación y den a su pincel ese tinte vigoroso y exacto de que no sin frecuencia carece; visite esas privilegiadas regiones del oriente de Bolivia que llenaron a Cortés de sublime y ardiente inspiración, y donde se ostenta la verdadera poesía, la poesía de la naturaleza, de la cual la de los libros no es sino una imitación o un reflejo».

Aquí demuestra René-Moreno cuales son sus conceptos estéticos: quiere poesía de la naturaleza, y además demuestra que al escribir el párrafo anterior hace lo que un escritor llamaba crítica sociológica, o sea la influencia del medio, de la naturaleza misma en la obra de arte, aquello sobre lo que tanto insistió Taine uno o dos años más tarde que René-Moreno escribiera y publicara estos apuntes.

Con todo su catolicismo, Tovar murió suicidado en 1869; una de sus últimas composiciones, dedicada a la señora Bailona Costas de Fernández, deja trasuntar su cansancio de la vida. Ignacio Prudencio Bustillo juzga que «ninguna de las composiciones de Tovar, ni '*La Varsoviana*', en la que hay más de

Tovar fue redactor de *El Porvenir*, periódico que se escribía bajo los dictados del prócer conservador don Mariano Baptista, joven entonces, pero ya muy brillante. En dicho órgano de prensa publicó «Las Ilusiones», que René-Moreno dice peca por su forma y por su fondo. En general no es muy caritativo con Tovar, ya que opina ser muy superiores algunas composiciones de colegial de Lord Byron. Al analizar la dicha poesía y fundamentar su juicio contrario a su valor, René-Moreno entra en el detalle del verso mismo, en aquello que Villarroel Claure extraña en él, demostrando palpablemente que cuando era necesario sabía entrar en la disección del verso.

En cuanto al poema *La Creación*, que se publicó en volumen especial en Sucre en 1863, René-Moreno lo considera como la obra maestra de Tovar, y al analizar diferentes piezas, hace continuas comparaciones con Milton y su inmortal obra. Este poema no fue conocido por Menéndez y Pelayo, quien califica los demás poemas líricos de Tovar como «verbosos e insubstanciales».

Al transcribir párrafo largos de *La Creación*, critica muchos de ellos, como por ejemplo «la terrible memoria que del juicio final se hace al terminar los cantos segundo y cuarto». Concluye su trabajo con este juicio sintético sobre el poema y su autor: «Las circunstancias no han favorecido al poeta Tovar. Nacido en un mineral frío y árido; creció entre las tristes ruinas y bajo el sol [illegible] de Oruro, y ha vivido hasta hace poco en Sucre, pueblo en donde las ideas, las pasiones y los afectos son templados como su clima. El que no desee ser el poeta de las ideas ni del sentimiento, sino el poeta de la fantasía, no debe contentarse con divisar las altas cimas del Illimani, Sorata, Chorolque, Potosí y Tunari: necesita contemplar otros cuadros de la naturaleza más espléndidos y variados que enriquezcan su imaginación y den a su pincel ese tinte vigoroso y exacto de que no sin frecuencia carece; visite esas privilegiadas regiones del oriente de Bolivia que llenaron a Cortés de sublime y ardiente inspiración, y donde se ostenta la verdadera poesía, la poesía de la naturaleza, de la cual la de los libros no es sino una imitación o un reflejo».

Aquí demuestra René-Moreno cuales son sus conceptos estéticos: quiere poesía de la naturaleza, y además demuestra que al escribir el párrafo anterior hace lo que un escritor llamaba crítica sociológica, o sea la influencia del medio, de la naturaleza misma en la obra de arte, aquello sobre lo que tanto insistió Taine uno o dos años más tarde que René-Moreno escribiera y publicara estos apuntes.

Con todo su catolicismo, Tovar murió suicidado en 1869; una de sus últimas composiciones, dedicada a la señora Bailona Costas de Fernández, deja trasuntar su cansancio de la vida. Ignacio Prudencio Bustillo juzga que «ninguna de las composiciones de Tovar, ni '*La Varsoviana*', en la que hay más de

un verso lindo, ni la dedicada a la poetisa María Josefa Mujía, citada con encomio por Menéndez y Pelayo; ni aun la titulada *'Mi Patria'*, que contiene arranques de lirismo pindárico, o la escrita en el álbum de la señorita Justa Costas, podría realzar un modesto florilegio. Vocabulario escaso, figuras retóricas manoseadas, deficiencias de pensamiento y de expresión afean casi todas sus composiciones. Líbranse de este juicio demasiado severo, la poesía *'El Mendigo'*, que por desgracia tiene estrecha analogía con otra de la poetisa española Silveria Espinosa de Coronado, aunque Tovar ha probado la anterioridad de su composición».

V

Mariano Ramallo.

El ensayo dedicado a Mariano Ramallo apareció en el tomo IV de la *Revista de Sud América*, correspondiente a 1862. Comienza con un estudio acerca de la vida intelectual de Bolivia en la época del General Ballivián, sumamente interesante por la cantidad de valiosos datos que trae. Señala el año 1845 como crucial, ya que lo considera como «aurora de la naciente literatura nacional». El eje de este resurgir de las letras está indicado que es «la opulenta ciudad de La Paz». Apunta las diversas actuaciones que cupo desenvolver al poeta, tales como la dirección de *La Epoca* y también *La Gaceta del Gobierno*; caído Ballivián soportó un destierro en el Perú, el mismo que se volvió a repetir en 1853, cuando publicó una elegía al sobredicho presidente que acababa de morir en Río de Janeiro.

Esta poesía de Ramallo es duramente censurada por René- Moreno, quien dice que pese a la pasión política que tanto la alabó, es «punto menos como las que el Fuero Juzgo y las Siete Partidas inspiraron». Señala que «el bardo boliviano ha incurrido aquí en una falta, por la que nadie acaso le pueda tildar en ninguna otra poesía suya, siquiera sea de las que compuso cuando era estudiante: tal falta no es otra que la bombástica exageración; planta raquítica y vana que solamente nace en los páramos de la fantasía. La pieza que analizamos termina con este verso: '¡¡¡Ingavi y Ballivián llenan el mundo!!!' para el final reservó Ramallo esta bomba incendiaria, que causa en el corazón del lector el mismo estrago que una descarga de hielo disparada por una batería de grueso calibre».

Entra en seguida en el estudio de las características de la poesía de Ramallo, y va desechando uno por uno los maestros a quienes pudo haber seguido, para concluir con que la mejor condición de su obra poética es la

sencillez, extendiéndose sobre el tema, demostrando así un profundo conocimiento de ella y delectación en este aspecto. A renglón seguido se esfuerza en clasificar a Ramallo entre las diversas escuelas a las cuales pudo haber pertenecido por la índole de sus versos, sin que pueda encontrar en cual encasillarlo.

Conste aquí que muchísimos años después, casi a los cuarenta de publicado este estudio, el propio René-Moreno decía de él «que así por su asunto como por su desempeño, considera esta olvidadísima biografía como uno de sus pecados capitales que llaman mortales» (*Bolivia y Argentina. Notas biográficas y bibliográficas*, Santiago, 1901; 424-425). A pesar de la paladina confesión del propio autor, este ensayo sobre Ramallo no es como para calificarlo en la forma tan dura como lo hace el propio René-Moreno.

Del poeta Ramallo, Menéndez y Pelayo sólo conoció algunos poemas insertos en antologías americanas y las juzga como «ensayos harto triviales» y que en ellos «es visible la penuria de ideas y de estilo; y si este poeta no hizo otra cosa mejor, bien puede quedar en el olvido». Sin duda así también llegó a pensar René-Moreno en su madurez, y por eso arrepintióse de haber dado importancia a este poeta escribiendo un estudio acerca de él, hasta el [illegible] de considerarlo como un pecado mortal. De la lectura del trabajo [illegible] Ramallo resulta que debía continuar; sin embargo, quedó cortado allí [illegible]. Puede que las razones para ello hayan sido esas que tuvo el autor para calificarlo como «pecado mortal».

VI

Néstor Galindo.

El estudio acerca de Galindo es el primero que aparece en folleto y aunque no lo mencione el autor, se ve la intención de iniciar una serie, ya que bajo el título general de *Poetas Bolivianos*, lleva el número I romano. Fue editado en la Imprenta Nacional de Santiago en noviembre de 1868, en 66 páginas de nítida impresión; la portada ostenta una viñeta alusiva al tema, de una lira entre ramas de laurel, además de otros símbolos. Apareció también en la *Revista de Buenos Aires*, dirigida por Vicente G. quesada y Miguel Navarro Viola, en su año VI, número 67 y 68, correspondientes a noviembre y diciembre de ese mismo año.

Muy discretamente empieza René-Moreno diciendo que cuando en Bolivia se calmen las pasiones será la hora de juzgar a los poetas, y que mientras tanto hay que honrar «las prendas del talento, del patriotismo abnegado, del cívico denuedo». Cualidades fueron éstas que honraron altamente a Néstor Galindo

y ennoblecieron su vida y su muerte. Habla del tema consabido, del *ritornello* obligado de la política boliviana, cómo, a pesar de su violencia insana, alguna vez se calma bruscamente, a causa, según René-Moreno, de la voz de la conciencia. Cuenta una anécdota de don Mariano Baptista que no figura en ninguna de las biografías del gran orador y político católico. «Una vez osó un sacerdote levantar la voz para acriminar a otro diputado. ¡Silencio, le gritó Baptista: tengo pisada tu alma! y el clérigo calló». Aunque no se dan fechas, parece que esta escena debió producirse en las actuaciones políticas del Congreso de 1857, en vísperas de la revolución linarista del 8 de septiembre.

Narra en seguida la vida de Néstor Galindo y el influjo que en su adolescencia tuvo la lectura de novelas, copiando al respecto una análoga referencia de Rousseau. A base de informaciones privadas de Adolfo Ballivián reconstruye el carácter de Galindo, extremadamente sensible hasta la hiperestesia misma; sus pasajeros amores en Tacna y primeros ensayos poéticos. El camarada que desde Valparaíso devolvió a Galindo sus versos, no es otro que el amigo informante de René- Moreno, el patricio Adolfo Ballivián que con los años habría de ocupar la presidencia de Bolivia.

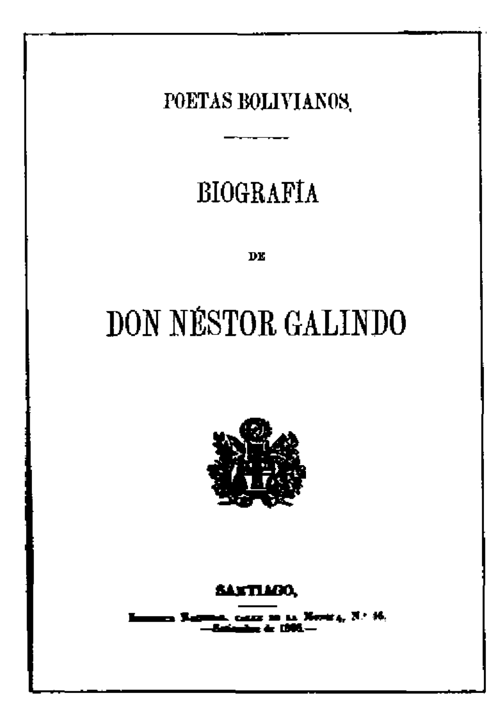
Al hacer reflexiones acerca de la vocación poética de Galindo y de su incurable tristeza, tema este que habría de ocuparle páginas extensas, se burla de la falta de sindéresis de algunos hombres consagrados en Bolivia que se dedican a las musas para apenas servir de ludibrio. «El apetito desordenado de alabanzas suele acá en América llamar a las puertas del instinto poético; hace saltar a éste en cueros del lecho, y le lleva por calles y plazas alborotando al vecindario y alarmando al directorio de la Casa de Orates». Con referencia concreta a Galindo, reconoce su crítico que «la índole de su carácter era eminentemente poética y lírica. Pero es indudable que no poseía, como dote natural y espontánea, el arte de la forma para trasmitir con claridad y eficacia la emoción estética». Añade en seguida: «Sus ensayos prematuros le hicieron adquirir tal cual destreza en versificar; pero le alejaron del estudio paciente y de la meditación profunda, que desenvolviendo los gérmenes de su ingenio, le hubieran llevado por un camino, más largo es cierto, pero más seguro, a las eminencias en que la mente encuentra sin esfuerzo la fórmula genuina y la imagen sensible de su pensamiento».

Copia una poesía de Galindo dedicada al morro de Arica, muy triste y que termina llamando a la muerte, lo cual causa indignación en René-Moreno: «A la verdad, que cuando se ve a un mancebo de veintún años no cumplidos, y que nada ha hecho todavía en el mundo, entonar el *Invideo quia quiescunt* del infatigable Lutero, uno quisiera levantar los brazos caídos de este perezoso de la escritura, sacudirle los hombros y decirle con las palabras famosas de Arnult: ¿No te queda la eternidad entera para descansar?» Aquí se nota la

índole viril y fuerte de René-Moreno, que en ningún momento se dejó vencer por la moda de la época de lágrimas y suspiros y llamados a la Parca; es todo un hombre de integra contextura y de fuerte complexión espiritual que invoca a la Vida y le rinde culto, deplorando que otros sin razón, se quejen de un mal que sólo en sus imaginaciones románticas existe.



25 Néstor Galindo.



POETAS BOLIVIANOS.

BIOGRAFÍA

DE

DON NÉSTOR GALINDO

SANTIAGO,

[illegible]

26 157 x 90; 66 p.

Páginas hermosas nos da acerca del panorama social e intelectual de Cochabamba en la época de Galindo, de lo que fue y la influencia que tuvo la *Revista de Cochabamba*, órgano de subida categoría cultural. Se refiere en seguida a *Lágrimas*, la publicación de Galindo de 1856, que juntamente con algunos otros versos sueltos fue todo lo que sirvió a Gregorio y Víctor Amunátegui para emitir su duro juicio acerca de su poética. René-Moreno reconoce [illegible] de la crítica para ese entonces, añadiendo que el poeta produjo algo [illegible]. Analiza en seguida el citado volumen.

«Estos preludios no habían sido otra cosa que la intuición confusa de un [illegible]. Era el sentimiento instintivo del arte, que en su ardor juvenil se afana buscando su ruta en el laberinto de la imaginación. Sentimos venir la fuerza; pero ésta no se asoma, ni se despliega, ni nos cautiva. Como las tragedias del viejo Esquilo, esas poesías nos llevan a la contemplación de una sola y uniforme faz del espíritu. El llanto del poeta no es una fuente cristalina en que se retratan con todos sus colores la soledad de la selva, la

melancolía de la tarde, el luto funeral de la noche. Es una corriente turbia y sonante que se arrastra entre los escombros y zarzales de un cementerio abandonado; es un chubasco tormentoso de verano que empaña el cielo sin limpiar la tierra, dejando en nuestro ánimo la amarga desazón que traen siempre consigo las alteraciones repentinas de la atmósfera».

* * *

Es sabido que a Galindo dominaba siempre una tristeza perenne, tristeza que se retrata en sus versos. René-Moreno intentó saber de diversas fuentes el origen de tal estado de alma y las informaciones fueron contradictorias, habiéndose llevado a la tumba el vate, el secreto de su mal moral. Pero, René-Moreno no era hombre para quedarse en medio camino y ensaya de su parte una interpretación de la tristeza que es una de las mejores páginas que ha escrito, página llena de agudeza y de interpretación psicológica, que acusa profundo conocimiento y perspicacia en el tema de suyo tan difícil.

«Pues conviene advertir que aquí no se trata de los rigores de la suerte, ni del infortunio de los tiempos, ni del tormento de las pasiones, ni de la inquietud inexorable y mal contentadiza del corazón humano, ni del humor melancólico engendrado por ciertas enfermedades, ni de los que gimen bajo el peso del dolor real, ni del *toedium vitae* de los antiguos, ni de esa crisis pasajera de la juventud que Chateaubriand llama con gracia lo *vago de las pasiones*, ni del hastío que persigue a quien buscó el deleite para mortaja de sus difuntas creencias. Estos y otros males frecuentes pertenecen al común patrimonio y deben mirarse como efectos necesarios de causas ya conocidas».

«Hay una pena congénita y habitual cuya íntima naturaleza es todavía un misterio. El mal moral es verdugo de una perversidad tan ingeniosa y refinada, que en su encarnizamiento contra la humana condición, ha inventado para ciertos hombres un suplicio aparte, donde secretamente o bajo engañosas apariencias, son torturadas sin tregua ni piedad algunas almas de generoso aliento. Hay un licor amargo que nos viene de fuera destilado por las cosas, y hay otro que mana espontáneamente del propio corazón. La historia y la filosofía nos enseñan algo de muy importante acerca del primero, pero los escrutadores más perspicaces de las profundidades de la conciencia humana, poco, muy poco, nos dicen del segundo. Son ciertas revelaciones vagas de los poetas las que a este respecto paran nuestra atención, haciéndonos pensar seriamente sobre lo que hemos notado en otros o sentido dentro de nosotros mismos».

«¿Cuál es la faz o repliegue del alma, si es permitido hablar así, donde se localiza esta sensibilidad malsana? ¿Es nativa en el temperamento de ciertos

solicitas en el calabozo. Lo que es Galindo, quiso hacer de la poesía a la vez néctar, bálsamo y maná. Desdeñó siempre lo útil por buscar en donde quiera y amar exclusivamente lo bello. Como antídoto específico contra la tristeza, las delicias poéticas llevan oculto un vicio radical que las convierte en veneno: la imposibilidad de poseer lo bello. A los incautos que se abandonan sin tasa ni medida al culto de la belleza, era de aconsejarles que leyeran la página admirable, donde Mr. Jouffroy pinta los estragos terribles de esta pasión serena, inocente y dichosa en apariencia».

Los párrafos copiados, así largos como son, parecen sacados de un tratado moderno acerca de la psicoanálisis. Son páginas dignas de un discípulo de esa disciplina que fundara Freud y que enriquecieran Adler y Jung. Ya René-Moreno en 1868 vislumbra esas fieras o monstruos que ocultos en el subconsciente atormentan al hombre, sin que éste se dé cuenta de ello la mayor parte de la veces. A ratos parece que ese mal que aquejaba a Galindo fuera aquello que nos pinta Kirkegaard: «¿Sabe el desesperado consciente, qué es la desesperación? Quizás tenga razón en decirse desesperado de acuerdo a la idea que de la desesperación se ha formado, o quizá también, está desesperado de verdad. ¿Pero prueba esto que su idea sea justa? Observando su vida desde el ángulo de la desesperación, acaso pueda decirse a un desesperado: en el fondo, lo estás mucho más de lo que supones, tu desesperación aun cae más bajo».

¿Qué fenómenos de *katharsis* existían en el alma atormentada de Galindo? Difícil sería saberlo hoy día. En todo caso, René-Moreno deja sentado ya por eliminación, que ninguna de las causas corrientes era la originaria de su estado, sino ese hondo mal moral que analizara con tanta sutileza como talento.

Es de sobra sabido que el poeta Néstor Galindo murió a manos del propio tirano Melgarejo en la embriaguez del triunfo después de la batalla de la Cantería de Potosí, el 5 de septiembre de 1865, cuando el poeta con noble hidalguía luchaba en defensa de la Constitución y de las leyes, no obstante de ser de ideas y convicciones políticas contrarias a los revolucionarios. Así lo dice René-Moreno cuando le rinde pleitesía al final de su trabajo, después de una severa crítica sobre el valor de sus últimas composiciones.

VII

Las notas bibliográficas

Como Apéndice se insertan unas cuantas Notas, sumamente interesantes para la historia de la cultura boliviana, ya que se refieren a juicios acerca de otros

aspectos de la vida intelectual de nuestro país, que no tenían relación directa con el biografiado Néstor Galindo. Estas notas fueron de mucha utilidad a Menéndez y Pelayo, quien las cita elogiosamente (1).

Inicia esta sección el jurisconsulto, político, parlamentario, poeta, etc., José Mariano Serrano, a quien no juzga, pero a quien con malicia picaresca exhibe en cueros en muchas de sus poesías que eran muy malas y en la defectuosa redacción gramatical del Acta de la Independencia. Sigue con José Manuel Loza, de quien Menéndez y Pelayo dijo «humanista aunque malo y cultivador infeliz de la poesía latina». Medio siglo antes, ya René-Moreno glosaba verso por verso un poema latino de Loza, llamando la atención sobre sus defectos de sintaxis y de métrica. He aquí un dato más para los que censuran a René-Moreno de no analizar en detalle los versos que criticaba.

Continúa con Mariano Salas, Manuel Rodríguez Magariños, de quien publica un himno dedicado al General Belzu, que es una monstruosidad; el P. [illegible] Padilla [illegible], etc., etc. En todos ellos se ve la ironía y la burla [illegible] René-Moreno, pues aunque no exponga ninguna palabra de juicio, [illegible] es una exposición de teratología literaria, estando los [illegible] presentados con gracia y malicia a la vez.

[illegible] de Loza, cuenta René-Moreno esa famosa anécdota del presidente Belzu, cuando caído del poder dejó el mando y se fue a vivir a Europa, residiendo ordinariamente en París, anécdota que tomándola de este estudio, ha reproducido Menéndez y Pelayo; dice así: «El latín del doctor Loza ha resonado también en París. Un distinguido escritor europeo, que medita vastos proyectos de alianza intelectual, moral y social entre los pueblos de raza latina, para contrabalancear, en las lides de la civilización moderna, el engrandecimiento amenazador y creciente de las razas del norte, dio en París ahora nueve años (más o menos en 1859), un banquete a varios sudamericanos notables. El General Belzu fue uno de los escogidos en aquel cenáculo. Después de los [illegible], el sabio comenzaba ya a desenvolver su gran pensamiento sobre las [illegible], cuando interrumpiéndole el ex-presidente de Bolivia, le dijo: [illegible], no puede meterse en eso, porque el único que allá sabe latín [illegible]».

---

1. [illegible] por ser el primer trabajo que se puede calificar como *Bibliografía*. «Las primeras publicaciones de trabajos con positiva trascendencia bibliográfica sobre elementos bolivianos impresos y manuscritos son las de Moreno en [illegible]-74... en particular las notas adjuntas a la biografía de Galindo constituyen en [illegible] el primer ensayo formal bibliográfico boliviano de que tengamos noticia...» Gunnar Mendoza. «Gabriel René-Moreno, bibliógrafo boliviano» *Universidad de San Francisco Xavier*, Sucre, 1951, t. XVI, Nº 39-40. Hay separata de 76 p.

Termina su trabajo con una enumeración detallada de los redactores de la *Revista de Cochabamba* y una extensa bibliografía poética boliviana e indicaciones de varias composiciones de Galindo (2).

En pocas obras como en la presente, se deja sentir más el método de René-Moreno de estudiar al personaje y de allí sus obras. El método biográfico de Saint-Beuve, a quien cita con frecuencia, se ve patente aquí. El análisis es sabio, delicado, cauteloso; no entra en detalles inoportunos ni fastidiosos; va a la médula, a aquello que necesita saber de la persona para juzgar su obra, y con habilidad va poniendo de manifiesto, descorriendo poco a poco los cortinajes de la vida del bardo y concatenándolos con lo que de su obra es coetáneo. Pocos estudios como el presente nos revelan las condiciones excepcionales de René-Moreno como psicólogo y como crítico.

VIII

Daniel Calvo.

Los estudios que René-Moreno dedicó al poeta don Daniel Calvo, fueron dos: el primero, casi desconocido, apareció en la *Revista del Pacífico* de Valparaíso, en su tomo primero de 1858, y en la misma época de los correspondientes a María Josefa Mujía y Manuel José Tovar. Tiene el mismo carácter de éstos; datos biográficos, mucha transcripción de las poesías originales y juicios y apreciaciones como acompañamiento lógico.

Lo curioso de este primer trabajo sobre Calvo es que comienza con las mismas palabras que cuatro años después emplearía para iniciar su *Introducción al estudio de los poetas bolivianos*. Se nota que quizá por razones de orden íntimo, así como canceló sus estudios sobre Ramallo, canceló también éste, sobre Calvo, estudio sobre el cual René-Moreno nunca volvió y que no mencionó jamás.

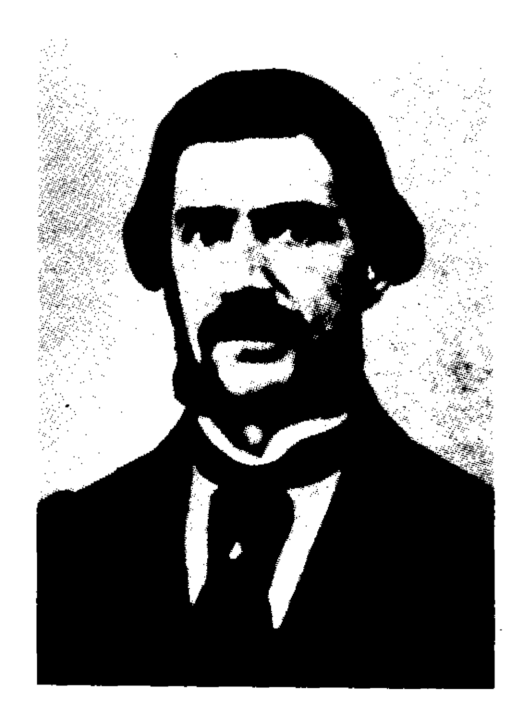
El que dedicó a Ramallo un poco más tarde lo calificó de pecado mortal; pero éste, ¿lo encerró simplemente en el olvido definitivo? Difícil es saberlo. Comienza con una referencia al hecho de haber sido su maestro, para continuar con el análisis y glosa de muchas poesías, cosa que no hará después, cuando publicó las *Rimas de Don Daniel Calvo*. El entendido en el género podrá

---

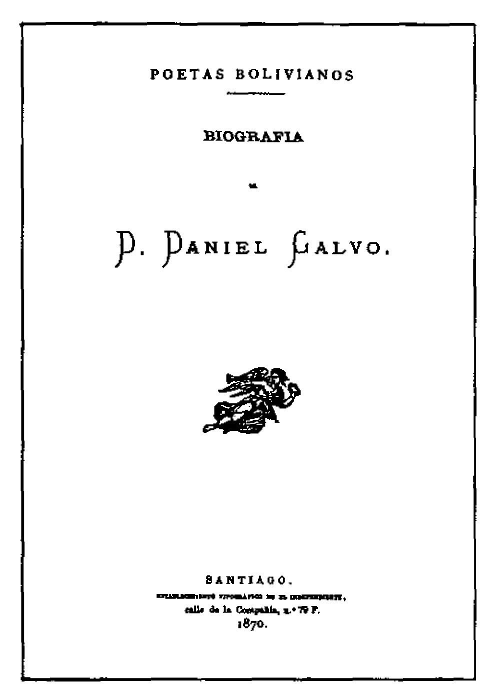
2. No conocemos un estudio completo sobre las revistas bolivianas. Citamos dos que tenemos a la vista:

a) «Una revista literaria de antaño. *La Aurora Literaria*» Estudio de HVM. que se publica en estas obras completas.

b) Guillermo Ovando Sanz. «Notas bibliográficas. La primera revista boliviana. Revista de Cochabamba, 1852» *Universidad*, Potosí, 1958, N° 42; 115-158. Hay separata.



27 Daniel Calvo.



POETAS BOLIVIANOS

BIOGRAFIA

D. DANIEL CALVO.

SANTIAGO.

calle de la Compañía, n.º 79 F.

1870.

28 176 x 90; 26 p.

Por fin apareció el volumen precedido, como queda dicho, de un estudio de René-Moreno con el título de biografía, título impropio en sentir de Ignacio Prudencio Bustillo, y con toda razón, ya que es un estudio complejo y completo y no una simple biografía. Prudencio Bustillo copia la carta de Calvo al conocer ese estudio, cuando circuló el volumen: «No me remuerde la conciencia de haber sido rebelde a sus repetidas insinuaciones, respecto de suministrarle algunos datos prolijos sobre mi vida e incidentes relativos a mis versos; porque eso, de todo punto necesario tratándose de figuras importantes, tiene sus airecillos de ridículo cuando se consigna con referencia a pigmeas individualidades».

Calvo trató de burlar la curiosidad de René-Moreno y se resistió a dar esos datos que el crítico consideraba elementos indispensables de su labor, que con todo, supo suplir la falta de informaciones directas e íntimas, reemplazándolas por aquellas conocidas de todos y dio siempre a su ensayo ese carácter tan propio de su método y que ya se ha señalado.

Comienza su estudio René-Moreno con unas disquisiciones acerca de los que han sido favorecidos por los dones de la inteligencia y los que no tuvieron esa dicha, pero se conformaron. Dedica un párrafo despectivo a aquel tipo de gente que calificaríase como «filisteos» según el genuino concepto alemán de su origen tudesco. En seguida deplora la decadencia de la cultura literaria en

la batalla de la Cantería de Potosí, en lucha contra el despotismo; por el motivo que lo originó y lo sentido de sus versos, durante años y años ha sido repetido por toda la juventud de Bolivia.

En medio a la batalla vi tu frente,
do se mostraba al par de tu entereza,
melancólico sello de tristeza,
como la última luz de un sol poniente.

¿Penetró acaso tu mirada ardiente
el destino guardado a tu cabeza?
¡Atrás vano pesar, la Fama empieza
tu nombre a enaltecer de gente en gente!

Joven gallardo, liberal y bravo,
retaste a la insolente tiranía,
que hollarte pudo muerto, nunca esclavo;

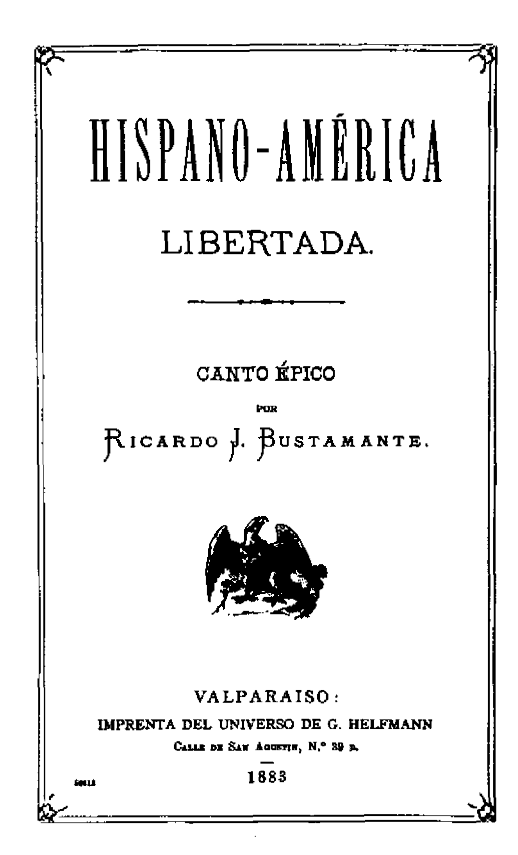
vate y soldado de la patria mía:
Y yo que te lloro y tu valor alabo,
mi dolor y un laurel te ofrezco hoy día!

El estudio de René-Moreno concluye con estas sobrias palabras: «Cultura literaria, corazón sano y afectuoso, espíritu serio y convencido, el vate boliviano, a quien con este prolijo estudio hemos querido demostrar simpatías por su conducta cívica, está en camino de producir esa poesía generosa, bebida cordial grata, así a los fuertes como a las almas flacas en peligro de contagio».

Nada de alabanzas hiperbólicas; suma discreción en el juicio; parca apreciación, son las características de este estudio; incluso al final, en los párrafos copiados dice que el poeta «está en camino de producir», etc.; pero que no ha producido aún. La honestidad intelectual de René-Moreno era tal que ni siquiera la amistad, el respeto a la edad y a quien había sido su maestro, le hacía lanzarse por el trillado camino de la hipérbole y el ditirambo; pero ni siquiera con algunos adjetivos corteses; sobrio y límpido este prólogo a *Rimas* de don Daniel Calvo, más que tal, parece un juicio crítico ajeno al círculo del poeta, que prólogo de editor amigo. Alberto Gutiérrez aprecia este ensayo como «una de las producciones más acabadas de René- Moreno, y forma, junto con su posterior ensayo sobre Rioja, lo mejor de su cosecha literaria».

y que merecen su estudio acucioso. Hace una serie de reflexiones acerca de la civilización y el progreso que define como «el mayor grado de perfeccionamiento de la sociedad» la primera, y «el desarrollo gradual, la marcha constante y segura, la gravitación hacia la perfección» el segundo.

«El hombre es un cuerpo y un alma inteligente y libre. Ha menester de la materia para satisfacer las necesidades de su cuerpo, de luz en su inteligencia para descubrir los inmensos horizontes de la verdad y la virtud y de la semilla del bien en su corazón para no abusar de la libertad. El progreso en el hombre consiste en el desarrollo armónico y constante de su actividad en el campo de la materia, de la inteligencia y de la virtud. Lo que se dice del individuo se aplica a la sociedad. Ilustración, riqueza, y buenas costumbres constituyen una sociedad perfecta, civilizada. No es ciertamente hombre perfecto aquél que atesora inmensas riquezas, pero que es en cambio ignorante o corrompido. Del mismo modo, no es verdaderamente civilizado un pueblo en que la industria ha llegado a un alto grado de desarrollo, si por otro lado la moral pública y la privada están en decadencia, o si la instrucción está abandonada o no marcha a la par con el adelanto material».



HISPANO-AMÉRICA

LIBERTADA.

CANTO ÉPICO

POR

RICARDO J. BUSTAMANTE.

VALPARAISO:

IMPRENTA DEL UNIVERSO DE G. HELFMANN

CALLE DE SAN AGUSTIN, N.º 39 B.

1883

29 195 x 116; 174 p.

«El progreso social consiste en el desarrollo armónico y simultáneo de las fuerzas productoras en el orden físico, moral e intelectual. Una vez lanzada la sociedad en la vía del adelanto general, el desequilibrio entre estos tres progresos o la exageración de alguno de ellos, produce el desorden y arrastra tarde o temprano a la decadencia. Aunque estrechamente ligados entre sí estos tres progresos para prestarse mutuo apoyo, la unión entre el progreso moral y el intelectual es, sin embargo, mucho más íntima y constante por razón de su común naturaleza. Ambas se ejercen en el alma y tienen por fin primordial el perfeccionamiento interior del hombre, mientras que el progeso material se ejerce en la materia y tiene por objeto nuestro perfeccionamiento exterior».

Para los que creen que René-Moreno jamás expresó claramente sus ideas o creencias filosóficas, ahí está ese párrafo que no puede ser más explícito. Se ve al creyente de la época, sincero en su catolicismo, pero de ideas liberales; nada de ultramontanismos, pero tampoco nada que perturbe la limpidez de su creencia en Dios. La idea de la civilización y del progreso era el tema perenne de esos años, y René-Moreno no se sentía ajeno a esa inquietud, y de allí que juzgue y piense sobre ello, cual lo hacían sus maestros en tales ideas, pero reservándose siempre ese su liberalismo que no le permitía ser fanático en ningún orden.

* * *

A continuación hace reflexiones referentes a los progresos materiales y a los espirituales, pesando cuidadosamente el pro y el contra de cada una de estas ideas, las mismas que aplica a nuestra América. Argumenta con bastante acierto dada la época en que escribía respecto de lo que es y lo que vale la industria, y se muestra un decidido partidario del progreso moral e intelectual.

«Decir que la América debe buscar su salvación y cumplimiento de sus grandes destinos lanzándose en las vías del progreso material con preferencia al progreso moral, a más de olvidar las leyes providenciales de la historia y las causas que han determinado nuestra condición social y política en lo pasado [illegible] presente, es cerrar los ojos para no ver lo que hoy pasa con ciertos [illegible] de la vieja Europa, donde la industria no reposa sobre la ancha base [illegible].

[illegible] el panorama trágico de Europa dislocada en sus entrañas [illegible], sin que nadie haya acertado a poner el remedio a males [illegible]? Entonces muchos de esos que en un tiempo [illegible] la [illegible] y la política y predicaron la rehabilitación y el culto de la [illegible], han venido a parar a la conclusión más espiritual y ortodoxa, confesando [illegible] que el único medio de hacer que los principios de la equidad y de la justicia presidan a la organización y régimen de la industria,

es despertar ante todo en los corazones el más sincero amor al bien, es unir primero a los hijos de los hombres con los estrechos vínculos de la concordia y la caridad. El espíritu antes que la materia. El progreso moral como condición precisa para que la industria rinda ópimos frutos y no se convierta en elemento de destrucción».

«Ciertos escritores de América, ya han insinuado la idea de que la más grande obra de la presente generación americana es una obra moral y política que haga cesar las crueles angustias que nos aquejan, y que el gran pensamiento del mundo de Colón, el que debe agitar la mente de los gobiernos y de los hombres de bien, ha de ser, ante todo, la difusión de las luces, la reforma de las costumbres sociales y la mejora de las costumbres privadas, como medios de alcanzar poder y riqueza, como segura garantía de que ésta no servirá de pábulo a la corrupción y de arma a las malas pasiones. Ellos nos anuncian la libertad como inestimable recompensa de nuestros trabajos, libertad que, descansando sobre la ancha base de la ilustración, las buenas costumbres y el bienestar material, llegará a ser realmente entre nosotros lo que es en teoría: el resumen de todos los derechos y de todos los bienes sociales y políticos».

«Tal ha sido siempre la naturaleza de las cosas. ¿Está un pueblo sumido en la barbarie? Ponedlo en contacto, dicen, con los pueblos civilizados para que sienta en su alma todo el peso de su miseria e ignorancia, estudie y se agite con el fin de obtener las ventajas de la civilización. Elevad el espíritu humano. ¿Un pueblo civilizado camina a la decadencia? Propagad, dicen todavía, los conocimientos que dignifican al hombre y novedad poderosamente las almas a la práctica del bien. Elevad el espíritu humano. Ante todo el espíritu. Siempre el espíritu».

Raro parece que René-Moreno en un estudio de un poeta boliviano haga una digresión tan larga sobre este problema, cultural de suyo, pero al cual da una extensión inusitada, dada la calidad del trabajo. Tiene que haberle preocupado mucho el tema a tanto que lo considere como algo demasiado importante y por lo mismo digno de discutirse con toda la extensión que merecía. Del desencanto de Bustamante y de sus protestas contra la cultura materialista que creía ver en América, toma pie para todas estas hondas reflexiones que hoy llamaríamos propias de la sociología de la cultura; reflexiones que lo llevan a resolver los problemas dentro del criterio de sus convícciones de hombre de letras y de cristiano: el espíritu ante todo y sobre todo.

* * *

Como consecuencia lógica de todas estas ideas generales acerca de la civilización y el progreso, René-Moreno defiende ardientemente la cultura americana, señalando con conocimiento perfecto de causa los rasgos o brotes por los cuales

se puede comprobar ese progreso espiritual de nuestro Continente: brotes esparcidos a lo largo de las repúblicas del hispánico tronco nacidas. Señala casos en Chile, como en Argentina y México, etc., etc. Declara que «el enemigo de las letras de América no es la indiferencia, sino la grosera ignorancia de la mayoría»; señala la labor de la prensa diaria, de los certámenes literarios, del público culto que en toda América sigue de cerca todo lo relativo a las labores del espíritu. Hace una bibliografía rápida y de valores cimeros para demostrar lo que en este terreno se ha hecho.

Enumera poetas, prosistas, etc., que en una y otra patria de esta América han dado lustre al idioma, para demostrar con ello la falsedad del criterio de Bustamante al juzgar, como lo hace, a nuestro Continente. En el caso concreto de las actividades literarias, René-Moreno hace una calurosa defensa e incluso juzga esas actividades relacionándolas con nuestras luchas fratricidas en la política, y saca de ello juicio pleno de optimismo. Dice:

«Acá en América nuestras discordias civiles, si no han permitido en verdad que el afán y el movimiento literarios se aumenten y propaguen cual [illegible] de mejores y serenos días, no han sido ni con mucho funestas [illegible] el [illegible] que hayan secado el manantial de las dulces y [illegible] que fructifique el germen de las ideas y de las [illegible]. Así y todo como es, la literatura americana es ya un [illegible] verdad e importancia comprobadas con documentos suficientes, algunos de los cuales son también grandes y nobilísimos esfuerzos del ingenio, habrán de tenerse doblemente en cuenta en la historia de la civilización de estas regiones y en la historia de los progresos del espíritu humano».

«Algunas veces nuestras sangrientas discordias son también la porfiada lucha de ideas y de principios convertidos en pasiones, el choque tremendo de sistemas políticos y sociales llevados hasta la exageración y la violencia; y allí ha encontrado abundante pábulo una elocuencia lozana y vigorosa, y allí se ha inflamado la noble alma de los poetas, produciendo acentos sublimes y patéticos. Esa actividad de los espíritus durante la borrasca, no se ha calmado ni extinguido cuando en el horizonte político han brillado algunos días de bonanza; sino que, buscando infatigable otro campo donde ejercitar sus fuerzas, lo ha encontrado vasto y fecundo en las letras y en los estudios científicos, sociales y políticos. Los poetas entonces, al contemplar las grandiosas soledades del Nuevo Mundo, se han sumergido en profundas meditaciones acerca de las misteriosas verdades del destino humano; y en la pintura animada de sus afectos y pasiones, han avanzado conceptos muy elevados para llegar a la solución de los importantes problemas del siglo XIX».

«Y en ese mismo silencio de muerte que dejan tras de sí nuestras revoluciones, cuando los nobles espíritus caen en el desaliento y en la tribulación,

en vista de los males de su patria y de la raza hispano-americana, cuando todos lloran al amigo, al hermano, al esposo, al hijo, al padre, encarcelados, proscritos o muertos en la refriega; la poesía, la dulce y tierna poesía, íntima y solícita compañera de la tristeza del alma, tibia brisa de la mañana que reanima las flores marchitas por el frío de la noche, es entonces el deseo vivo y ardiente de los corazones, una necesidad imperiosa en la sociedad entera. Sólo una profunda degradación moral nos haría impotentes en materia de literatura. En América no estamos envilecidos por los vicios infames ni degenerados por los placeres sensuales, para no sentir la noble aspiración a lo verdadero, a lo bueno y a lo bello. Es preciso no confundir la vejez con la infancia, la extenuación que conduce al sepulcro con los tropiezos y caídas de la niñez, que enseñan a caminar. Una cosa es el caos que precede al aniquilamiento y otra la tempestad deshecha que acaba por purificar el aire y fecundizar la tierra».

En estas páginas que René-Moreno dedicó a rebatir el pesimismo de Bustamante, bien podrían haber hallado riquísimo filón de ejemplos y reflexiones los defensores de la cultura americana, cuando ha poco tiempo se planteó el tema a raíz de un interrogante de Giovanni Papini. La robustas inducciones y los claros conceptos del escritor boliviano parecían haber sido redactados a propósito para rebatir de antemano las acusaciones del convertido de Florencia.

Dando fin a su digresión sobre el problema cultural de la América, René-Moreno entra a analizar la obra poética de Bustamante. Después de un exordio empieza con «Armonía fúnebre» que califica como «la peor de todas en su versificación», la cual analiza verso por verso con examen del sentimiento a expresarse y si es oportuno o no y si corresponde al momento y sitio, etc., etc. El examen detallado que hace René-Moreno es sin lugar a duda fundamental y sólido.

* * *

Pero donde René-Moreno hace lujo de su espíritu crítico es en la oda a Bolívar. Todos saben que Bustamante sacó el premio con esa composición en el concurso convocado por el gobierno de Bolivia para la inscripción que llevaría el mármol que en homenaje al Libertador debía colocarse sobre su tumba en Caracas. La analiza casi diríamos letra por letra, no solamente verso por verso; y dice que «sus conceptos no pasan de una elevación poco menos que mediana y que su principal mérito estriba únicamente en la riqueza de su rima y en la cadencia de sus versos». Largo sería el copiar aquí el detalle de esta crítica que como se decía va de los conceptos a las palabras mismas. Vale la pena recordar una vez más a aquellos críticos de René-Moreno que sin haberlo leído a fondo, lo juzgan y aprecian tan falsamente.

Relata un caso de coincidencia poética en este mismo asunto entre Manuel José Cortés y Mariano Ramallo; sigue con Bolívar como tema poético, y hace una catalogación de las principales composiciones escritas en su honor, para concluir con esta opinión: «Pero en nuestro humilde juicio no han hecho todavía los poetas americanos más que la pintura exterior y aparente de Bolívar y no han alcanzado a expresar las ideas más profundas y los sentimientos más íntimos que éste ha debido inspirarles. Han entonado himnos triunfales y tiernas elegías para expresar lo que la multitud y los contemporáneos sienten; pero no han sabido ser los inspirados sacerdotes de las musas, que penetran en los secretos del alma para iluminar la historia, e interesar y conmover a todos los hombres. Han visto desde lejos las irrupciones del volcán; pero no han tenido valor para subir hasta el cráter a escuchar el mugido de las corrientes interiores».

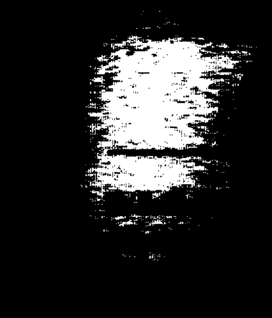
Alguna vez se ha dicho que René-Moreno en sus escritos históricos ha demostrado poca admiración por Bolívar. Lo que pasa es que como hombre completamente centrado, no se desata en enloquecidos ditirambos de adulación. Juzga como escritor los hechos y da el fallo que su conciencia le dicta, pero en todo caso siempre que se ha presentado la ocasión, ha dejado traslucir la profunda, la honda admiración que le causa Bolívar, como consta en los párrafos copiados; censura todas las composiciones, pues ninguna halla digna de la grandeza del genio, e incluso llega a decir que nada valdría más que aquellos versos de Muñoz:

> ¡Fuera toda inscripción! Ninguna encierra
> Harto valor, grandeza y energía.
> ¿Queréis honrar al grande de la tierra?
> Poned: Bolívar, en su tumba fría;

imitando así el maravilloso epitafio de Napoleón en los Inválidos.

Analiza René-Moreno la «Oda al General Ballivián», entrando en el detalle mismo de los versos, y haciendo caer en su censura únicamente sobre el punto de exageración a que llegó, exageración muy propia del temperamento y de la mentaliad de los hombres de esa época. Para concluir, indica que esta última poesía, el «Grito de desesperación». «Al 16 de julio de 1809» y «Página enviada al álbum de un amigo», son las mejores composiciones de José Ricardo Bustamante, y las que por consiguiente le merecen más elogios.

No cabe duda que este estudio es de los más sesudos y enjundiosos de Gabriel René-Moreno. Hay en su contenido substancia, apreciación completa y general de la obra, comprensión del medio y de la época, análisis frío y detallado de la arquitectura de las composiciones al par que apreciación emotiva



de su belleza. Se ve fuera de ello, al sociólogo e historiador que familiarizado con estas disciplinas, aprecia y juzga de los hechos y cosas y hombres de nuestra América con pleno conocimiento de causa. Hay madurez de juicio y solidez de criterio, al mismo tiempo que optimismo y sana crítica.

X

Manuel María Caballero.

Hombre de relieve en la cultura boliviana de mediados del pasado siglo fue don Manuel María Caballero; había nacido en Vallegrande en 1819 y falleció en Sucre en 1866. Estudió en Santa Cruz y Sucre, y en esta última ciudad el 4 de agosto de 1844 se recibía de doctor en ambos derechos y de abogado cuatro años más tarde. Estudiante aún fue nombrado profesor de Religión y Gramática en el Colegio Junín. «A las 24 horas de su abogacía empezó a desempeñar el profesorado del tercer año de la Facultad de Derecho. Profesor de francés en los Colegios Junín y Seminario; interino de Literatura y fundamentos de Religión del Junín, habiendo obtenido por oposición la cátedra en 1851. Consejero de la Universidad. Censor segundo de la Academia de práctica forense y celador fiscal de la misma. Miembro secretario de la facultad suplementaria de humanidades de Sucre; juez de letras de la provincia de Cinti; vocal fundador del tribunal de partido de Sucre; profesor del 2° año de Derecho en la Universidad; del 4°; cancelario accidental». (Samuel Velasco Flor. *Vidas de Bolivianos Célebres*, Potosí, 1871).

Caballero, con su conducta austera y su talento, impúsose en Sucre desde los primeros momentos, a pesar de la campaña que en su contra abrieron los elementos conservadores motejándolo de ateo. La juventud lo consideraba como «Maestro», pues tal era el título que le daban todos. Enfrascóse en la lectura de Kant, Hegel, Schelling y tantos otros filósofos, y de allí salió con ideas opositoras a las corrientes. Con su compañero y paisano Angel Menacho profesaban el materialismo, del cual parece adquirieron las primeras nociones en la nativa Santa Cruz de la Sierra. A pesar de que ambos en su labor educacional jamás hicieron proselitismo, en privado predicaron y tuvieron discípulos convencidos.

De un trabajo que hace años publicara quien esto escribe, se copia lo siguiente:

«El 24 de mayo de 1851 se fundaba en Sucre la Sociedad Filética, cuyo objeto era 'el repaso de las ciencias y letras y el estudio de las artes en cuanto tiendan a perfeccionar aquellas'. En el sistema de estudios que adoptó se nota

la influencia positiva que presidía como ideario doctrinal dicha sociedad. En el artículo 11 se establece que no es un centro de enseñanza sino un grupo de jóvenes que aprenden. Bella declaración de modestia que revela la índole misma del espíritu de sus fundadores que en nada desmerecían de los asistentes a los jardines de Academos en la Grecia clásica».

«En el artículo que proclama el predominio de las ciencias de la experimentación y el método inductivo, está la profesión de fe positivista de la sociedad, las corrientes de Comte acababan de aparecer en Europa y ya tenían aquí su repercusión inmediata en estos soñadores. La filosofía de la evolución comenzaba sus balbuceos; de las intuiciones de Lamarck pasábase a las conclusiones un poco precipitadas de Darwin, para tener sostenedores tan apasionados como Ernesto Haeckel y Herbert Spencer. Esa ideología la vemos presentarse como sistema de estudio antes que como cátedra de doctrina en esta Sociedad Filética. Ansiosos buscadores de la verdad y no dogmáticos propaladores de ella. Sus componentes eran: Manuel María Caballero, Angel María Menacho, Julián Eladio Justiniano Chávez, Tristán Roca, Francisco Caballero, Ramón Menacho, Manuel José Jiménez Aponte, Juan Calvimontes, Hilarión Nava y Fermín Merisalde». (*Datos sobre el aporte cruceño a la cultura boliviana*, La Paz, 1938).

De estos diez, el más entusiasta y el corifeo del grupo juvenil era Merisalde. En el discurso de inauguración de la Sociedad Filética, el presidente que era Caballero, dijo: «Si como perseveraron nuestros padres de la independencia, perseveramos, conforme ellos triunfaron, triunfaremos».

Esta asociación, la persona de Caballero y esas palabras, fueron el toque de generala para los espíritus conservadores. Muy en breve y como cuenta René-Moreno en su estudio sobre Tovar, se instaló con toda solemnidad la Sociedad Católico-Literaria en el Oratorio de San Felipe Neri el 8 de junio de 1851, bajo la presidencia de don Jaime Zamorano. Don Mariano Baptista, casi un adolescente, pues apenas contaba 19 años, se estrenó con una pieza oratoria; corifeos de esta institución eran Miguel de los Santos Taborga, don Pedro de la Llosa, Manuel José Tovar, Daniel Calvo y otros; el órgano de prensa fue *El amigo de la verdad*.

Pero, conforme dice René-Moreno y todos sus biógrafos, Caballero no hacía profesión de fe irreligiosa en su cátedra, y de allí que nadie pudiera acusarle. Con todo, sabíanse sus ideas y por ello se le combatía. Por su parte la Sociedad Filética silenciosamente trabajó en el terreno de los hechos y al poco tiempo tenía un pequeño museo de productos bolivianos en todos los reinos de la naturaleza y un volumen de disertaciones sobre tales temas.

* * *

Este hombre, don Manuel María Caballero, introductor de las ideas irreligiosas en Bolivia y fundador de la Sociedad Filética y de muchas otras instituciones similares, era un escritor de gusto. Baste recordar su estudio «Algunas ideas sobre la literatura de Bolivia», publicado en 1863 en *La Aurora Literaria* de Sucre. Hay allí ideas y conceptos, que en Europa aún no habían aparecido y que después Taine habría de popularizar. En las columnas de ese mismo periódico publicó Caballero una traducción en prosa de un poema de Wolfe, atribuido a Lord Byron, titulado «A la muerte del General Juan Carlos Moore», que es una verdadera belleza; dice así:

I

No se oyó ningún tambor ni ninguna nota funeral, cuando llevábamos su cadáver a la muralla: ningún soldado dijo adiós cerca de la tumba donde sepultamos a nuestro héroe.

II

Lo sepultamos de noche, en silencio, cavando el musgo con nuestras bayonetas a la luz brumosa de los rayos de la luna que luchaban con el pálido resplandor de nuestra linterna.

III

Ningún féretro inútil contenía su pecho, ni lo llevamos en paño o sudario; sino que estaba echado, como un guerrero que descansa, envuelto en su capote de guerra.

IV

Raras y cortas fueron las preces que hicimos, y no pronunciamos ni una palabra de dolor; pero contemplamos con ojo firme el semblante del muerto, y pensamos con amargura en el día siguiente.

V

Pensamos, al cavar su angosto lecho, al preparar su almohada solitaria, que el enemigo y el extranjero marcharían sobre su cabeza, y que nosotros estaríamos ya lejos sobre el mar.

VI

Ellos hablarán con ligereza del hombre que nos ha dejado, e insultarán a sus frías cenizas; pero él estará sordo a sus injurias, con tal que lo dejen dormir en la tumba donde un inglés lo ha colocado.

VII

Apenas habíamos acabado la mitad de nuestra
tarea dolorosa, cuando sonó en el reloj la hora
de la retirada, y oímos a lo lejos el ruido de la
artillería enemiga.

VIII

Lo depusimos en tierra, lenta y tristemente, sin
enjugar la sangre de sus heridas gloriosas; no
grabamos ninguna línea, ni levantamos ninguna
piedra, sino que lo dejamos solo con su gloria.

Todo el sentido, toda la fuerza, todo el sentimiento del poema inglés está transportado aquí a la prosa española en forma tal, tan plástica, que parece a ratos armonía imitativa.

Aunque Caballero no era dado a las obras de imaginación, escribió una novela, o mejor dicho una leyenda, la misma que tituló «*La Isla*», que apareció en su primera redacción en *La Aurora Literaria* y que envió a su discípulo Gabriel René-Moreno a Santiago de Chile para su publicación. Años después de muerto Caballero, cumplió René-Moreno el encargo en el volumen VI de la *Revista Chilena* de 1876, antecediendo ese ensayo literario de un prólogo, que por el tema que trata con muchísima propiedad debería titularse *El Materialismo en Bolivia*.

El prólogo es una preciosa página en la que dentro del marco severo del estilo vibra la emoción contenida del recuerdo para quien fuera maestro respetado. Cita a Marco Aurelio para hablar de la serenidad de espíritu de Caballero; habla de lo que fue y en seguida de lleno se adentra en especificar la introducción del materialismo por obra de Manuel María Caballero y Angel Menacho. Lo hace con conocimiento de causa, ya que por esos años René- Moreno era estudiante en Sucre y debe haber recordado perfectamente todo lo que allí pasaba en tales terrenos. El dato es interesantísimo y sirve para jalonar en la historia de las ideas y de la cultura en Bolivia ese hito indicador de cuándo y por quiénes se introdujeron esas ideas en nuestra tierra.

Para ambos maestros, Caballero y Menacho, tiene René-Moreno palabras de nobleza y de elogio, fisonomizando muy bien su situación cuando dice que «en la democracia tumultuaria de las plazas, pasaron sin ser notados, y que murieron pobres y respetados de todos». La muerte de Caballero fue un duelo; Samuel Velasco Flor en su citada obra hace un relato vívido: «En frente del templo de San Miguel, en Sucre, hay una casita que con su modesta fachada parece anunciar que no la habitan personas ricas. En esa casita cuyos corredores y patio se hallaban literalmente llenos de gente, y en las calles del contorno,

se veía multitud de jóvenes llorosos que acudían agitados y confundidos. Al amor de la sombra que prestan los sauces y el floripondio que está junto a la puerta del atrio, se agrupaban otros que no habían podido penetrar; la salita tiene un balcón que domina la acera; en él se estableció una telegrafía oral destinada con su extensión y velocidad a satisfacer la creciente ansiedad del pueblo. Ocurría esto el 14 de mayo de 1866; a las 9 y 45 de la mañana la voz de ¡El Maestro ha muerto! arrancó el más profundo y sincero ¡ay! del noble pecho de la juventud. Ese grito de dolor general anunciaba que el señor Caballero acababa de dar el solemne adios a la humanidad».

Murió pobre, dejando siete huérfanos que no recibieron ninguna ayuda de parte del Estado, no obstante el reclamo que en tal sentido hiciera el Cancelario de la Universidad don Ricardo Mujía. Pero murió como un estoico y de acuerdo a las convicciones que había creído menos erróneas, ya que no abjuró en ningún momento, ni en el supremo de la muerte de sus ideas filosóficas.

XI

La literatura fúnebre.

Como una reacción contra cierta actitud conservadora del oficialismo imperante en Chile, José Victorino Lastarria el 29 de marzo de 1873 fundó la Academia de Bellas Letras, cuyo primer principio era el siguiente: «La Academia de Bellas Letras tiene por objeto el cultivo del arte literario, como expresión de la verdad filosófica, adoptando como regla de composición y de crítica, en las obras científicas, su conformidad con los hechos demostrados de un modo positivo por la ciencia, y en las sociológicas y obras de bella literatura, su conformidad con las leyes del desarrollo de la naturaleza humana. En sus estudios dará preferencia al de la lengua castellana, como primer elemento del arte literario, para perfeccionarla, conforme a su índole, y adaptarla a los progresos sociales, científicos y literarios de la época».

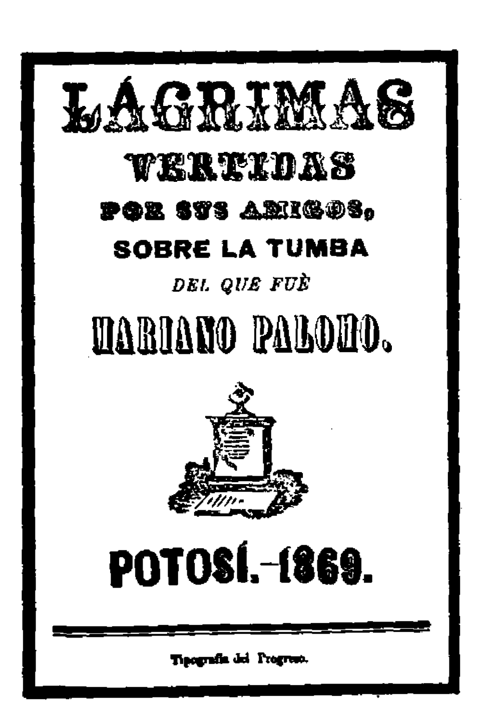
Entre los académicos fundadores tenemos a Gabriel René- Moreno, al lado de Amunátegui, de Barros Arana, de Eduardo de la Barra, de Vicuña Mackenna, de Marcial Martínez, etc., es decir lo mejor de lo mejor que Chile tenía entonces en lo intelectual y social. Entre los propósitos de la Academia estaba el de las lecturas y lecciones públicas, las que según el principio sexto, debían ser remuneradas con una suma no menor de 20 pesos.



GUIRNALDA FÚNEBRE
CONSAGRADA A LA MEMORIA
DEL ESCLARECIDO CIUDADANO
GENERAL
QUINTIN QUEVEDO.

COCHABAMBA, SETIEMBRE DE 1876.
Imprenta de Gutierrez.

30 160 x 100; 39 p.



LÁGRIMAS
VERTIDAS
POR SUS AMIGOS,
SOBRE LA TUMBA
DEL QUE FUÈ
MARIANO PALOMO.

POTOSÍ.-1869.

Tipografía del Progreso.

31 143 x 95; 11 p.

los últimos llegados a sus manos, los que se imprimieron en memoria del político y estadista Lucas Mendoza de la Tapia. Con referencia a éste, hace resaltar la forma como su ciudad natal le honró: «Basta saber que sin contar los rasgos biográficos y las necrologías escritas, y prescindiendo de la que se peroró en otros lugares o ciudades con motivo de sus exequias, pasan de cuarenta las arengas de su entierro. Habiendo salido a las tres de la tarde de la casa mortuoria el cortejo, no llegó al panteón sino muy entrada la noche, por causa de los discursos. Fue menester dejar todavía insepulto el cadáver. Al día siguiente hubo discursos hasta las doce del día. La parte versificante fue corta. Discursos hubo entrecortados por sollozos e interrumpidos por el llanto. Para esos, todo respeto y consideración».

Con ese su afán de crítico literario y de bibliógrafo a la vez, René-Moreno indaga el origen mismo del género, y así declara que si la primera pieza es la referente al Obispo Indaburu en 1844, la *Guirnalda fúnebre de Rigoberto Torrico*, que aparece en Cochabamba diez años más tarde, es la primera colección que con estricta propiedad pudiera reputarse obra de la nueva generación. «Nombre, forma tipográfica, porte versificante, índole literaria, todo en ella es nuevo y señala el origen de la actual guirnalda o corona fúnebre de la prensa boliviana. Es como la semilla de una planta indígena que actualmente se cultiva con esmero, que se propaga y ya tapiza todos los cementarios de Bolivia. Es verdad, la literatura sepulcral existía de antemano; pero era estrictamente oral y fugitiva, o si lograba la estampa, era debido al generoso hospedaje de las gacetas políticas. Ella se sintió mal avenida con esta condición humilde y precaria; no quiso andar vagando por ahí como pordiosera; aspiró a la honra y al bienestar siempre gravoso de la independencia tipográfica. Por este medio se encaró también a la crítica. Consiguió su intento; y desde entonces la literatura sepulcral se multiplica y vive como señora de su casa en su opúsculo propio y exclusivo».

La oratoria fúnebre llegó a ser una verdadera plaga, adquiriendo en Cochabamba caracteres épicos. De allí el famoso epigrama que a este propósito sacaron en Sucre con esa picardía socarrona tan propia de la capital de la República:

-Temo ¡ay! amigo Morales
Morirme aquí en Cochabamba.
–Pero ¿que temes? –Caramba!
Los discursos funerales. (3).

*

3. Este epigrama fue escrito por el poeta Mariano Ramallo después de una permanencia en la capital del valle. Don Melchor Terrazas contestó desde allí, haciendo un anagrama con el apelllido de Ramallo: →

Apreciando el valor mismo del género dice René-Moreno: «No es natural en el corazón humano convertir la muerte en tesis oratoria y poética. Este perdurable y estrepitoso *de profundis*, mañana y tarde cantado a toda orquesta desde lo alto de las imprentas bolivianas, suele ser un artificio tan aparatoso como estéril, de los sentimientos individuales que pretenden erigirse en sentimientos públicos. Es también una depravación del gusto y del espíritu literario».

Refiérese a la colección de guirnaldas fúnebres que anduvieron vagando en sus clasificaciones, hasta que con su reiterada presentación adquirieron personería propia y llamaron la atención del coleccionista, y que mientras esperaban turno, «tocóles quedar algún tiempo junto a un rollo macizo de constituciones políticas, que también significan en Bolivia fragilidad, muerte y disolución». Hay una acerba ironía en esa comparación entre las guirnaldas fúnebres y las constituciones políticas de Bolivia. Después se ve la profunda y emotiva fruición del bibliófilo, cuando vuelve a sus queridos libros; hay placer sensual en esta manera de apreciar y juzgar los volúmenes, placer que sólo el aficionado puede comprender.

«Pero aquí los tengo ya delante de mi mesa de trabajo (la lámpara en medio de ellos) a mis dos queridos y acariciados volúmenes, de pie como dos sauces llorones sombreando una existencia que alentando se confunde. Hélos aquí, después de una corta ausencia en casa del empastador, a los dos camaradas predilectos, que no sin frecuencia he visitado en mis excursiones solitarias por las catacumbas de la bibliografía boliviana. Con su flamante portada hechiza, sus lustrosos recortes, su lomo dorado y matizado con los colores nacionales, he aquí que ahora se presentan de parada a formar con sus hermanos en las filas de la patria, y he aquí que en el fondo vuelven cual se fueron, frívolos con gravedad, entre otros hijos del terruño que por su lado son siempre tan sesudos como chocarreros; los dos inocentemente falaces y cortesanos, al lado de muchos escritos que allá o son hipócritas por cálculo o son los sinceros de la casa, pero los sinceros hasta la temeridad y la indecencia. Plaza de honor a los recién venidos, que ahí están ellos acorazonados contra el tiempo y acicalados como para hacer frente a mis interminables interrogatorios y a mis escrutinios

---

Morralla, en verdad te digo
No te aflijas por tu mal
Que no rezará contigo,
Ni el recuerdo de un amigo
Ni un discurso funeral

Hemos tomado esta información del libro de Santiago Vaca Guzmán *La literatura boliviana. Breve reseña*, Buenos Aires, Imp. Coni, 2da. ed., 1884; 136.

Estos choques entre literatos, tan frecuentes en Bolivia en el siglo pasado y en el presente, merecen un estudio, sobre todo, cuando se expresan en verso. En general son sumamente ingeniosos.

indiscretos; plaza de honor, que ahí están con su inagotable fraseología retórica y sus hipérboles altisonantes, salmodiando sus lloriqueos en verso y sus parcas, guadañas y sus *¡como ha de ser!* en prosa; pero siempre y a pesar de todo, insinuantes y apacibles en el modo, y acariciados volúmenes, los dos amigos predilectos y nunca olvidados de mi estudio, entre tantos otros de la boliviana estirpe, indiferentes al sentido y ominosos por demás al alma».

Después viene la apreciación crítica general a la esencia misma de la literatura fúnebre encerrada en esos volúmenes de guirnaldas y coronas. «¿Para qué negarlo? No todo allí se acuerda ciertamente con el respeto y majestad de la tumba. El dolor suele vestir su luto con atavíos prestados y chillones, prorrumpiendo a veces en deprecaciones melodramáticas. En esta literatura de jeremiadas anida más de una vez lo grotesco; ciertas contorsiones de la gramática asustan; algunos harapos de la ortografía apestan; una sonrisa involuntriamente burlona se asoma de cuando en cuando a los labios del lector».

* * *

Se inicia el desfile escogido al azar de las guirnaldas fúnebres: le toca el turno al Obispo de La Paz primero, y de Santa Cruz después, Francisco León de Aguirre; describe el panorama de la ciudad con su campiña, en la cual tenía el prelado su palacio episcopal. Relata las dificultades que tuvo en Chile con el Obispo Vicuña, y cómo al requerimiento de éste a que dejase a una monja que de muy antiguo cuidaba de su salud achacosa, respondía el prelado cruceño que tampoco él pensaba nada de la mulata Pancha «que tanto ascendiente tenía en lo interior del Palacio episcopal de Santiago». Continúa la revista a muchas otras páginas de varias coronas; cita a don Tristán Roca, periodista cruceño fusilado en el Paraguay por el tirano López.

Casi al finalizar el trabajo cuenta René-Moreno las emociones propias de la lectura de estas páginas tan varias en su valor y en su arte. «No es raro en los opúsculos que nos ocupan dar con algunos rasgos patéticos, esparcidos aquí y allá como perlas en las arenas del mar. El grito del alma, el ímpetu irresistible del sentimiento, la transparencia sincera de la expresión, suelen de repente quebrantar de un golpe nuestra empedernida indiferencia. Las guirnaldas se vengan entonces de las burlas del lector castigándole justamente en el cuerpo y en el alma. Al tocar con ciertos pasajes, un estremecimiento general se apodera de nosotros, un frío sube de las extremidades hacia la cabeza, brasas de fuego queman los ojos ¡cosa extraña! hasta humedecerlos, y la página de la guirnalda se nubla y obscurece por unos momentos. Es que la naturaleza humana acaba de ser contagiada por la emoción de la naturaleza humana. ¡Eficacia admirable de las formas que aciertan a reflejar la verdad del sentimiento! Cuantas veces uno vuelve, con intención o por descuido, a pasar la vista

por los mencionados pasajes, otras tantas el fenómeno fisiológico se produce y el corazón se conmueve por el dolor».

Aquí se nos presenta un René-Moreno casi desconocido, ya que se muestra capaz de sentir y expresar en forma externa la emoción íntima. Su fotografía y lo que de su carácter se sabe, no dan mucho pábulo para imaginarlo así, y más bien se le ha creído un hombre hasta duro en ciertos momentos. Pero aquí, él mismo nos lo dice, cómo hasta se le humedecían los ojos con la lectura de algunos de esos arranques patéticos de los discursos fúnebres. Según sus propias palabras, era «la naturaleza humana contagiada por la emoción de la naturaleza humana».

Para terminar, da una especie de juicio sintético vívido de esta literatura, de ese manojo de deprecaciones que constituyen las guirnaldas fúnebres: «Los lamentos por los viejos no conmueven nunca; los lamentos por los próceres políticos dan todos grima; los lamentos por los jóvenes no son siempre patéticos; pero los únicos lamentos patéticos son arrancados por la juventud bella, pura, inteligente, que cae en la huesa, amortajada con los ricos presentes de la vida!».

Hay algo como un canto dionisiaco a la vida y a la juventud en estas últimas frases. René-Moreno tenía 37 años cuando escribía estas líneas; hallábase en ese mismo *mezzo del camino* del poeta inmortal, y se nota la euforia de vida, la plenitud que reina en su espíritu, incluso al tocar un tema tan macabro como el que dio margen a este extraño cuanto precioso estudio.

Una palabra aún: entre las notas, cuenta René-Moreno que el ejemplar del folleto del Obispo Aguirre *Dos cartas, etc.*, editado en Lima en 1858, fue robado de la Biblioteca del Instituto Nacional en 1869. «Los empleados tienen certidumbre moral acerca del biblio-pirata que consumó este abuso de confianza, no el único. Aseguran que él goza de sus rapiñas lejos de aquí».

XII

La Academia Literaria del Instituto Nacional.

En la tercera y última parte de la presente publicación se han incluido unos estudios que si bien es cierro no pertenecen al acervo cultural boliviano, son ensayos de crítica literaria de gran valor, y por tanto perfectamente bien ubicados dentro del conjunto de este volumen.

Es el primero el *Discurso de inauguración de la Academia Literaria del Instituto Nacional.* No se olvide que René- Moreno fue casi toda su vida Director de la biblioteca de dicho establecimiento, y que cúpole reemplazar

a don Miguel Luis Amunátegui en la cátedra de literatura. El *Discurso* de referencia, pronunciado en sesión solemne el 2 de junio de 1877, se publicó en la *Revista Chilena* coetánea.

Comienza planteando los propósitos de la Academia, cuales son los ejercicios prácticos del estilo y los ensayos de la composición literaria, «en una hermosa palestra de juveniles esfuerzos». En cuanto a la lucha que en las lides intelectuales se han de desarrollar, deja constancia que han de ser fieras, pero caballerescas ante todo, y que no se otorgará «como premio la humillación de nadie».

En seguida plantea las normas generales, recalcando el purismo y el cultivo y respeto a las formas gramaticales, y citando la *República Literaria* de Saavedra Fajardo, habla que la recién fundada Academia también tendrá sus fosos, sus murallas y sus aduanas del buen gusto. Alude a renglón seguido lo libre que allí será el espíritu, lo que confirma el profundo sentido liberal de René-Moreno.

Ofrécese como guía de los jóvenes académicos en una labor de seminario; les señala amplios horizontes internacionales para el vuelo de sus gustos, pero les llama la atención sobre España como fuente prístina de inspiración. Dedica un párrafo a lo que es la juventud fresca y lozana en sus primeros frutos, y la pluma de René-Moreno adquiere tonalidades eglógicas que revelan su sano y jocundo cariño por la juventud estudiosa. Termina con una preciosa cita de los diálogos platónicos relativa a la belleza.

La obra que desarrolló René-Moreno en el Instituto Nacional y en su Academia, sobre todo, fue fecunda y así la apreciaron sus contemporáneos. En el número 194 correspondiente al 25 de octubre de 1886, del diario santiaguino *La Libertad Electoral,* se publica una felicitación que le dirigen por esa labor.

XIII

Arcesio Escobar.

El estudio que sigue al *Discurso,* está dedicado a analizar un poco la vida y la obra de un poeta colombiano, injustamente olvidado hoy: se trata de Arcesio Escobar, quien nacido en Medellín en 1832, falleció en alta mar en 1867 cuando se dirigía a Europa. En 1860 y los siguientes, habíanse conocido en Santiago de Chile donde Escobar desempeñaba una situación diplomática, y el conocimiento transformóse en íntima amistad que se mantuvo epistolarmente

hasta lo último a prueba del tiempo y la distancia. En la biblioteca de René-Moreno, actualmente en Sucre, se hallan varias publicaciones del vate colombiano.

El referido estudio consta de dos partes, habiéndose publicado la primera en la *Revista de Santiago,* volumen II, de 1872, y la segunda en la *Revista de Artes y Letras* de Santiago, volumen II, de 1884. Parece que la intención de René-Moreno era dedicar al vate colombiano una biografía, la misma que se quedó en estos dos fragmentos tan sólo.

René-Moreno de suyo tan huraño para manifestar sus afectos y sentimientos, en este ensayo acerca de Arcesio Escobar, se deja llevar de lo hondo y bueno de su espíritu y llega en ciertos momentos a una emotividad que si bien no era rara en él ni mucho menos, pero que no gustaba de hacerla pública. Revelan estas páginas una profunda y delicada sensibilidad, una ternura amistosa y una lealtad al compañero muy noble y muy digna de todo elogio. En medio de los juicios un poco agrios en que abunda René-Moreno, lo que dice de Arcesio Escobar parece un oasis de purificación.

Enuncia rasgos biográficos del poeta y habla de Medellín su tierra natal y en la evocación nostálgica de Escobar, se ve la añoranza que el propio René-Moreno también tiene del terruño, de su Santa Cruz de la Sierra que ama con tanto fervor. Relata ciertas anécdotas de la vida amorosa de Escobar; refiérese a sus traducciones de Lord Byron que es por lo que más se le conoce y se le recuerda. Cuenta de sus paseos y diálogos en comunión con la naturaleza de los alrededores de Santiago.

El párrafo que dedica René-Moreno a la tertulia de José Victorino Lastarria en Alto del Puerto, de la cual con Escobar eran asiduos concurrentes, así como el ambiente intelectual que allí reinaba, es una página sencillamente maravillosa; hay verdadera plástica en la evocación y un realismo auténtico. Ni el propio Lastarria en sus *Recuerdos Literarios* ha escrito nada mejor sobre aquel cenáculo que tanta influencia tuvo en la vida intelectual de Chile. Incluso el desfile de los personajes que allí actuaban, las características del ambiente, son todo un documento que un día apreciarán en todo su valor los historiadores de la cultura chilena.

Habla de la burla, la crítica mordaz, la ironía sutil, que allí servían de impuesto a los novatos o poco avisados que adentrábanse en tal ambiente, y de paso dedica René-Moreno todo un elogio al arte de conversar. Jaime Mendoza y muchos otros nos han pintado a René-Moreno como bastante reservado en un principio, pero que después, cuando adquiría confianza, convertíase en un conversador admirable.

Dedica después largos párrafos a confrontaciones técnicas de las traducciones que Arcesio Escobar había hecho de Lord Byron, las mismas que para

mejor juicio compara con el original inglés, idioma que había llegado a aprender y conocer profundamente.

XIV
Francisco de Rioja.

Cuando se lee la *Literatura preceptiva* que en 1891 publicó Gabriel René-Moreno para uso de los alumnos del Instituto Nacional, se puede apreciar todo el buen gusto que le caracterizaba, al ver la clase de trozos escogidos como ejemplos, así como también se juzga de cuán profundo era su conocimiento de la literatura clásica española.

No extraña por consiguiente el que haya dedicado un ensayo corto a Francisco de Rioja, ilustre vate sevillano que floreció en el siglo XVII, estudio que se publicó en la revista *La Estrella de Chile,* en 1878. Parte del hecho de haberse comprobado ser de Rodrigo Caro la paternidad de la famosa «Canción a las ruinas de Itálica», y deja sentado que Rioja no necesita de ella para su gloria. Entra en seguida en el análisis de su obra según la publicación pertinente a cargo de Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado.

Razón sobraba a don Alberto Gutiérrez al juzgar que el presente estudio de René-Moreno sobre Rioja era una de las mejores páginas que había escrito. Efectivamente, el estilo es inmejorable y sobre todo, pleno de emoción estética; incluso se siente a través de sus frases pulidas y elegantes, todo el refinamiento sibarítico del eximio catador de lo bueno y de lo bello.

Hondo análisis del espíritu de cuanto escribió Rioja, comprensión fina de toda su obra y sobre todo apreciación sabia y erudita al par que delicada de su contenido y de su forma. «Lo que caracteriza la obra poética del vate sevillano, es ese fondo moral donde campea gallardamente la vivacidad de sus afectos y convicciones íntimas; es ese cielo apacible y sereno que, como una cortina bienhechora, se extiende sobre la profundidad del valle para templar sus ardores y estivos reflejos». Este juicio, refleja el íntimo pensar y sentir de René-Moreno, ya que así era él mismo en su prosa tan pulida y tan brillante, al mismo tiempo que mesurada y discreta, y encerrando en tan artística envoltura toda la profundidad de su pensamiento.

De paso hace una comparación de Rioja con Jorge Manrique, Fray Luis de León y sus contemporáneos, comparación de la cual sale muy airoso el poeta hispalense. Entra de inmediato al estudio preciso del carácter y colorido de la poesía de Rioja, demostrando gran conocimiento no sólo de su obra, sino de la dificil técnica del género. No es un simple aficionado el que tal empeño

emprende, sino al contrario, un docto en la materia, que conoce todos sus secretos. En el párrafo que dedica a la poesía amatoria de Rioja, se siente vivir, cálido y jocundo el sentido dionisiaco de la vida que palpita en toda la acción y la obra de René-Moreno, y termina con una evocación al hondo contenido filosófico que deja en el alma la poesía del vate español, rematando su trabajo con una alabanza a aquello que estimó, admiró y practicó más Gabriel René-Moreno en su vida toda: la belleza encerrada en la sencillez.

XV

Crítico teatral.

No son muchos que digamos los estudios dedicados a la multiple labor de polígrafo de René-Moreno, ellos se han concretado a muy determinados aspectos y dejado otros en el absoluto desconocimiento.

Hay algo que nadie parece conocer: su actividad como crítico teatral. Este cariz de sus aficiones intelectuales no es mencionado por nadie y parece ser enteramente desconocido. Hace años, don Adrián Harriague, sobrino del gran historiador, refería al que estas lineas escribe que René-Moreno era *habitué* consagrado en los principales teatros de Santiago, y que publicaba artículos de crítica que generalmente no firmaba (4).

No consta en ningún ensayo esta labor de crítico de teatro y menos el detalle bibliográfico de su producción en este terreno.

En octubre de 1886, la insigne Sarah Bernhardt que ha ennoblecido el arte francés, visitó Chile. Venía a bordo del *Cotopaxi,* y el día 5, después de una triunfal recepción en Valparaíso, arribó a Santiago, donde «al llegar al Hotel advirtió el desaparecimiento misterioso de su reloj» cuenta Victor Silva Yoacham en el prólogo que ha puesto a la edición chilena de *Mi doble vida. Memorias de Sarah Bernhardt,* Santiago, 1923 (5).

---

4. Por nuestra parte no alcanzamos a registrar en la Biblioteca Nacional de Chile, hace ya muchos años, los artículos de crítica teatral del autor de *Ultimos días coloniales*, posiblemente no suscritos. Solo registramos el que ahora se comenta.

5. No hemos podido consultar el libro del señor Silva Yoacham. Pensamos que la descripción de los trajes que usó Sarah en *Adrienne Lecouvreur* pertenecen a dicho autor, porque HVM. al referirse a la crónica, de Silva Y., en el original consultado, dice:

«Permítasenos aquí copiar el detalle de los trajes que Sarah Bernhardt usó esa noche y que tomamos de la misma crónica».

En la edición de 1956, *Estudios de literatura boliviana,* de René-Moreno, citada, aparece tal descripción como perteneciente a René-Moreno, lo que no consta en la copia del artículo de prensa hecha por HVM. y, por lo demás, es ajena al estilo literario del importante historiador y crítico.

Por estar ocupado el teatro Municipal, actuó Sarah en el teatro de la calle Dieciocho, y sus últimas cuatro funciones las dio en el Municipal. El 9 de octubre se estrenó en *Fedra.* Hubo un incidente sobre ciertas noticias de falsos movimientos sediciosos que se dijo fueron trasmitidos en clave por la Bernhardt a París.

La prensa conservadora de Santiago rodeó a Sarah de la conspiración del silencio, pues no cuadraba a la índole ultramontana de su cuerpo de redacción, el liberal espíritu de la artista. Preciso fue que se preocuparan de reconocer sus verdaderos méritos los hombres que entonces se consideraban directores del libre pensamiento. *La Libertad Electoral,* diario de la tarde, órgano de este grupo intelectual, fue el paladín de Sarah, y quienes escribían allí se constituyeron en sus comentaristas apasionados. Silva Yoacham cuenta así las cosas:

«El día del estreno de la artista, reuniéronse los señores Diego Barros Arana, José Victorino Lastarria, Augusto Matte, Miguel Luís Amunátegui, Gabriel René-Moreno, y procedieron a repartirse las piezas sobre las cuales habrían de escribir. Me dicen que cada uno de estos señores eligió aquella pieza que más se amoldaba con su carácter y sus gustos. No se que habría en ello de cierto, pero es el caso que la repartición quedó hecha en la siguiente forma: Don Miguel Luís Amunátegui, *Fedora;* don José Victorino Lastarria, *Hernani;* don Diego Barros Arana, *Fedra;* don Augusto Matte *Frou-Frou;* don Gabriel René-Moreno, *Adrienne Lecouvreur*».

El martes 12 de octubre de 1886, subió a las tablas el drama de Scribe y Legouvé llamado *Adrienne Lecouvreur.*

Al día siguiente en página de preferencia, en *La Libertad Electoral,* aparecía el artículo de crítica a cuyo pie iba la firma que lo ennoblecía «G. René-Moreno». Pieza es esta que se puede considerar como desconocida, y repitiendo una frase del propio bibliografo podríamos decir que estaba «sepultada bajo la mole enorme de la prensa ya difunta».

«¿Quién no ha visto por acá en nuestros teatros principales alguna *Adriana,* personificada por alguna actriz trágica más o menos distinguida? Puede afirmarse que toda artista dotada juntamente de inspiración y de reflexión, o cuyo talento se esfuerce en llegar a un feliz consorcio con la verdad por medio del estudio, no deja de ver una excelente gimnasia de arte y a la vez una piedra de toque para aquilatar dotes nativas, en aquella habilísima obra de ingeniería teatral que se titula *Adrienne Lecouvreur...*»

«Apreciamos debidamente en Sarah Bernhardt los procederes simples y naturales de su voz y de su mímica; pero hemos querido tomar nota de aquéllos que eran fruto de una combinación experta de diversos medios tanto prácticos

como declamatorios. Era cabalmente lo nunca visto en su expresión más perfecta en el escenario de Santiago».

El drama que la artista había representado era obra del romanticismo propio de la época. Fue escrito en colaboración por Agustín Eugenio Scribe (1791-1861) y Juan Gabriel Legouvé (1807- 1903), especialmente para la artista Elisa Rachel, quien puede decirse que fue la ascendiente directa de Sarah Bernhardt en el teatro francés.

Preciso es hacer constar aquí la ponderación del juicio de René-Moreno al hacer esta crítica teatral, tan parco en el ditirambo pero al mismo tiempo lleno de la intensa emoción que la obra le había producido. Contrasta su serenidad con el delirio que se traducía en los demás artículos de *La Libertad Electoral,* los de Miguel Luís Amunátegui y Augusto Matte, especialmente (6).

---

6. HVM. escribió este trabajo en 1937, mayo, con el título de «René-Moreno crítico de Sarah Bernhardt»; tenía el ánimo de publicarlo como un prólogo al artículo de René-Moreno «Adrienne Lecouvreur». Creemos que ambos trabajos no se publicaron. Posteriormente en el libro *Estudios de literatura boliviana* de René-Moreno, t. II, 1956, p. 371-378 se editó el trabajo de René-Moreno referente a la gran actriz, sin la presentación de HVM. y solamente con unas Notas.

Lo que ahora de publica es el trabajo completo de nuestro autor.

CAPITULO TERCERO

PAPELES INEDITOS DE GABRIEL RENE-MORENO (*).

I. Antecedentes. II. Las Adiciones de Abecia. Los pliegos sueltos. III. Notas sobre periódicos. IV. Disolución de la Confederación Perú-Boliviana. La Restauración. V. Bolívar y Buenos Aires. VI. Las notas que faltan a la Biblioteca Peruana de 1896. VII. Casimiro Olañeta.

I

Antecedentes.

Hacer resaltar la personalidad de Gabriel René-Moreno es tarea ociosa si se piensa que siendo el primero de los hombres de letras e historiógrafo que ha tenido Bolivia, es de sobra conocido fuera de la República más aún que dentro de ella. Baste recordar que el colombiano Max Grillo lo calificaba como «sabio y torvo historiador» para agregar que era el «primero de los escritores de Hispano-América» y que constituye «un caso de los más interesantes que registra la historia literaria del mundo». Es así que dejando de lado el personaje, vamos a ocuparnos de algunos de sus papeles inéditos.

Emilio Finot en su ensayo bio-bibliográfico publicado en 1910, catalogaba 20 piezas como pertenecientes a la pluma de René-Moreno. A esta lista habría que agregar el *Segundo Suplemento* a su *Biblioteca Boliviana,* obra póstuma, la reedición en un volumen de dos ensayos de los varios que constituían *Bolivia y Perú. Nuevas notas históricas y bibliográficas,* hecha en Madrid por Blanco

---

Notas de (G.O.)

*. a) *La Razón*, 1943, may. 30, con ligeras modificaciones, b) *Papeles inéditos de Gabriel René-Moreno. Casimiro Olañeta. Esbozo de biografía.* Ediciones Banco Central de Bolivia, Academia Boliviana de la Historia, 1975: 150 p.

La actual edición está tomada de la de 1975, compulsada con el original mecanografiado.

En este trabajo HVM., hace referencia al hecho de tener en su poder estos escritos inéditos de René-Moreno. Al preparar la edición de estas Obras completas hemos revisado todo lo que quedó de la biblioteca y archivo que perteneció a HVM y no hemos encontrado tales papeles inéditos.

Fombona en su Editorial América, los *Ultimos días coloniales en el Alto Perú,* reimpresos en 1940 por el Ministerio de Educación y sus estudios de crítica literaria que habiendo aparecido en diversas revistas de Chile y Argentina, el Departamento de Cooperación Intelectual de la Cancillería tiene en curso de publicación a base de las copias proporcionadas por José y Humberto Vázquez-Machicado, como por la Embajada de Bolivia en Chile y la Dirección de la Biblioteca y Archivo Nacionales de Bolivia (1).

Todo lo anterior, refiérese a la obra del historiador que vio la luz pública sea en forma de libro, folleto o artículo de revista. Pero, ignorábase todo lo referente a que hubiere dejado papeles inéditos. Existían, sin embargo, poseídos por persona particular en Santiago de Chile de cuyo poder fueron comprados por cuenta del distinguido caballero argentino Antonio Muniz Barreto, gran bolivianista y cruceñófilo por excelencia, quien poco después hizo obsequio de ellos al autor de estas notas, encomendándole la tarea de revisarlos, ordenarlos y ver si podían ser publicados. Conste aquí la más pública gratitud de quien esto escribe por tan gentil cuanto valiosa donación la que fue completada poco después con algunos otros papeles y duplicados que reconociendo el mismo origen, le hizo llegar el Coronel chileno José María Santa Cruz Errázuriz, a quien se hace extensivo el reconocimiento consiguiente.

Preciso es advertir que una parte de esos papeles ya habían sido vendidos con anterioridad al doctor Bautista Saavedra, quien personalmente en Santiago de Chile, en marzo de 1937, ratificaba al autor tal adquisición, explicándole tratarse de la cronología de 1809, con detalles de las fuentes bibliográficas y documentales en las cuales basarse. No cabe duda que aquello era el guión para continuar sus inimitables *Ultimos días coloniales en el Alto Perú* que como se sabe, no pasaron de 1808.

En el prólogo del volumen segundo de esa obra que consta de los documentos anexos al primero, publicado algunos años antes y de un nuevo aporte, dice el propio René-Moreno: «Al punto de estar ya hechos los queridos años de 1807 y 1808, el cronista se vio incapacitado para sentar el pie más adelante. Acababa de perder el amor de su asunto. ¿Los motivos? Meramente personales, exacerbados años más tarde, y que a nadie interesan». Esos motivos fueron los insultos recibidos por su patriótica actuación durante la guerra del Pacífico y que amargaron su existencia hasta el último día. Si bien decía haber perdido el amor al asunto, no lo olvidaba y seguía con tesón acumulando datos y haciendo cronología documentada cual significa ese guión hoy en poder de los

1. No se publicó nada en el Departamento de Cooperación Intelectual de la Cancillería.

[illegible] del ex-Presidente Saavedra, esqueleto de una obra maravillosa que desgraciadamente quedó trunca (2).

Con estos antecedentes entremos a estudiar cómo son y qué contienen esas piezas inéditas que han sido cuidadosamente ordenadas y articuladas por quien esto escribe, en la medida de lo posible.

II

Las Adiciones de Abecia. Los pliegos sueltos.

Los papeles inéditos que dejó al morir don Gabriel René-Moreno, son originales de variada índole y en diversos tipos de papel. El ilustre bibliógrafo, tenía la [illegible] muy común en los del gremio, de escribir a la espalda de hojas ya [illegible] en un solo lado. Partes del movimiento diario de la Biblioteca del [illegible] Nacional que [illegible] a su cargo, papeletas inutilizadas de libros de la [illegible], apuntes [illegible] sin valor etc., etc., todo era destinado a borradores [illegible].

Su [illegible] [illegible], a veces un poco temblona, corre nítida y clara; las [illegible] [illegible], [illegible], demostrando que era allí en el mismo [illegible] que las hacía, ya que ocupan la línea inmediata; otras hay que [illegible] [illegible] y fruto de una segunda lectura y madurez de juicio y generalmente llevan como señal de llamada al margen unas cruces y signos parecidos, casi todos con caracteres rojos, teniendo en cuenta que René-Moreno escribía siempre con tinta negra.

Gran parte de esos papeles fueron ordenados por su autor y colocados dentro de sobres procedentes del extranjero en su mayoría. En esta carátula o [illegible], sea con tinta o lápiz azul o rojo, se ve la letra clara de los títulos en definitiva del estudio emprendido o bien genérico del tema que trataba. Ellos han servido de ayuda para la ordenación del caso y para articularlos unos [illegible].

[illegible] [illegible] [illegible], por ejemplo: «Asamblea Piesdeplomo»; ya sabemos que así [illegible] René-Moreno a José María Pérez de Urdininea, cual [illegible] *Nuevas Notas*. Otro: «García del Río y Paroissen», «Iriarte, Felipe [illegible], cura de Tinguipaya. Rectificaciones». «Escuadrón Urdininea. Apuntes no utilizados o [illegible]». «Bibliografía sobre la expedición Arenales al Alto Perú», etc., etc.

---

2. Estos papeles están hoy en la Biblioteca de la Universidad de la ciudad de La Paz.

René-Moreno había publicado en 1879 el catálogo de su biblioteca boliviana, dándole ese título; en 1900 publicó el *Primer Suplemento* de la misma; ambas comprendían exclusivamente la sección «Libros y folletos». Llenando lagunas del primer trabajo de los nombrados, don Valentín Abecia, desde Sucre, y con carta de 16 de noviembre de 1898, envióle sus *Adiciones*, las mismas que se editaron en 1899 con un apéndice de Enrique Barrenechea, subalterno de René-Moreno en la Biblioteca del Instituto Nacional y su inmediato sucesor en la dirección de la misma, a la muerte de éste, acaecida en Valparaíso el 28 de abril de 1908.

Entre las *Adiciones* de Abecia, había algunas que correspondían a la sección «Pliegos sueltos», y que por tanto no se editaron en el volumen; estas papeletas sobrantes e inéditas llevan el siguiente epígrafe general: «Unas 27 hojas sueltas remitidas por Abecia, copiadas del catálogo manuscrito de éste y que fueron excluidas al publicarse las Adiciones por no deber figurar entre Libros y Folletos».

Estas fichas de los «Pliegos Sueltos» de la Biblioteca Boliviana de René-Moreno, no llegaron a publicarse y constituirían un respetable volumen; están en hojas grandes, nuevas, y de letra al parecer de algún auxiliar. Es increíble el tesoro de referencias que allí se encuentra. A pesar de no tener más que el título enunciativo del suelto, sólo eso ya, da idea del riquísimo material que significa para la historia social y política de Bolivia.

La mayor parte de estos «pliegos sueltos» son de índole batalladora: acusaciones y defensas de los hombres públicos de tal o cual acto suyo; otros de índole privada: acusaciones y defensas particulares acudiendo al «tribunal de la opinión pública», etc. Lástima que estas fichas no hayan sido revisadas por su autor, cual lo dice una nota de la carátula; carecen de año y difícil labor fue a puro conjeturas, el situarlas cronológicamente, mientras pueda hacerse en Sucre, donde está la Biblioteca de René-Moreno, en vista de las propias piezas, la ordenación definitiva.

Hay también notas sueltas acerca de Antonio José de Sucre, cuya correspondencia poseía en gran parte y que fue destruida en un incendio que ocurrió ausente de Chile René-Moreno. Apuntes sobre Buenos Aires; sobre el congreso de juristas de Montevideo en 1888/1889, con un dato acerca de un incidente desagradable en esos días ocurrido, etc., etc.

III

Notas sobre periódicos.

El año 1905, publicó René-Moreno su *Ensayo de una bibliografía general de los periódicos de Bolivia,* en el cual consignaba por años, todas las gacetas de nuestra patria que tenía en su poder, pues preciso es hacer constar que al revés de muchos falseadores de la historia y de la bibliografía, sólo catalogaba lo que tenía en mano, agregándole incluso las cifras y datos de ubicación en estante y volumen respectivo.

La enumeración es escueta, apareciendo rara vez algunos detalles sobre la vida que tuvo tal hoja periodística y aún más rara acerca del carácter de la publicación o de sus redactores. Entre sus papeles inéditos hay un grueso legajo, de diverso formato perfectamente dentro de sobres, de notas y apuntes relativos a la bibliografía periodística boliviana.

Entre los de 1825, se hallan noticias acerca de *El Cóndor de Bolivia* y la sumamente rara *Gaceta de Chuquisaca,* más interesantísimas notas sobre el *Registro Oficial* de la época y varios pliegos perdidos del mismo; igualmente referencias sobre *El Mosquito,* eventual y *El Eco de La Paz,* que posiblemente sea el primer periódico que apareció en dicha capital en 1828. Largo sería detallar aquí todo lo a este importante tema referente.

Gabriel René-Moreno,
bibliógrafo boliviano

Por
Gunnar Mendoza L.

1954
Sucre, Bolivia
Universidad de San Francisco Xavier

32 170 x 120; 76 p.

GUILLERMO FELIU CRUZ

GABRIEL RENE - MORENO
(1834 - 1908)

La bibliografía boliviana-peruana con relación a la chilena

ENSAYO



BIBLIOGRAFOS CHILENOS

Santiago de Chile
1969

33 200 x 128; 29 p.

La época del decenio del General Santa Cruz interesa mucho a René-Moreno, tanto que existe una nota suelta acerca de este personaje de 1825 a 1828 y que parece estaba destinada a algún estudio de mayor envergadura. Entre la bibliografía periodística glosa largas y largas columnas de *El Boliviano* con los hechos principales de tal gobierno. Copia René-Moreno las noticias de más interés que en tal periódico se publicaban y las comenta a su manera, con ese su lenguaje tan expresivo y brillante a la vez.

Al relatar las crónicas del viaje de Santa Cruz al puerto de Cobija, dice que conociendo la gente que tenía a su lado, llevó consigo al General José Miguel de Velasco y al doctor Casimiro Olañeta, pues temía mucho que apenas vueltas las espaldas, le hagan una revolución y que no descansó hasta ver a Olañeta embarcado, rumbo a Francia, a cargo de la representación diplomática de Bolivia cerca de la corte de Luis Felipe. Al referirse al carácter de Velasco y Olañeta, con su suprema autoridad no vacila René-Moreno en calificarlos de «incordios indurados y refractarios a emolientes y detergentes», pues tal cosa eran para el suspicaz Mariscal de Zepita. Es increible la cantidad de datos que acerca de la vida social de la época allí se encuentran; son cuadros vivos, tomados del natural, cual eran las crónicas periodísticas condimentadas con la sal y pimienta del comentario propio, original de René-Moreno.

Copiemos algunas, al azar:

«*El Boliviano*, Chuquisaca 1833, julio.- Fallece de viruela, un párvulo, hijo del presidente Santa Cruz; el 'infante Pedro Octavio', dice *El Boliviano*. Dice también que iba a ser este niño un gran boliviano; la conformación del cráneo, vivacidad de los ojos y lo que Gall tiene establecido al respecto en su sistema, bien hacen pensar que este pequeñuelo de 20 días no habría sido con el crecimiento inferior en cacumen al autor de sus días».

«El 19, oficio solemnísimo en la Catedral. Todas las corporaciones en procesión, el vice-presidente Velasco a la cabeza, llevan de noche la urna funeraria al cementerio. Pasan por calles iluminadas exprofeso, seguido el gentío por la enternecida música del batallón Primero de Línea».

«En una lápida de la capilla de aquel cementerio se leía no ha muchos años y debe suponerse que todavía, un epitafio que dice así:

> «Su estirpe SANTA CRUZ, su nombre Octavio:
> nace, y ve de la vida el turbio cáliz,
> y al punto aparta su inocente labio».

«*El Boliviano*: Chuquisaca, 1834. Enero 16 y 17. En oficio a las más altas corporaciones de la ciudad, el prefecto del departamento Hilarión Fernández, cortésmente avisa: de orden suprema fecha del 4 pasa con igual carácter

que en Chuquisaca a sacrificarse por el servicio de la patria en Potosí. La Suprema Corte, la Corte Superior, la Contaduría General, el Capítulo Metropolitano, el Gobierno eclesiástico, el Colegio de Junín, el de Ordenandos, contestan conmovidos del suceso: que aquel departamento va a ser muy dichoso con que rija sus destinos un ciudadano de tales cualidades y tantas partes, como, etc., etc. Publicóse todo en un suplemento (enero 23) al número 46 de *El Boliviano*».

«Ya antes de ahora Fernández había producido una arenga eucarística, arenga del género oratorio que Aristóteles llamaba 'demostrativo'. Tal es su oficio aceptador del nombramiento de prefecto de Chuquisaca».

«¡Oh empleo público! ¡Oh ascenso a destino con mayor sueldo! Griegos y latinos vengan a explicar vuestra sublimidad boliviana».

«*Conscupiscentia carnis superbia vitae*», dice San Pablo. Esto mismo antes, no se hoy, el empleo público en aquel país».

Otra de algunos años más tarde:

«*La Discusión*, Potosí, 1857. El 27 de noviembre el artesano Juan de la Cruz Barrios, enfurecido en una riña y ebrio de añadidura, cargó contra la fuerza pública que quería contenerlo. En el cuartel se lanzó sobre el centinela para desarmarle. Con esto, al cepo. Vino el intendente de policía, teniente coronel Ignacio Ceballos, y es recibido por Barrios con toda suerte de injurias. Ceballos mandó aplicar al ebrio 25 azotes a nalga pelada. Y aquí *La Discusión*: «¡Las flajelaciones, castigo de los esclavos! ¡Abajo los avances de la autoridad!».

Y así, por el estilo. Basta con lo copiado y sigamos.

IV

Disolución de la Confederación Perú-Boliviana. La Restauración.

Entre estos papeles inéditos hay algunos ensayos, no concluidos desgraciadamente, pero que dejan lo suficiente como para saber cual era la intención del autor y sus principales ideas acerca del tema. Así por ejemplo uno relativo al movimiento político que sucedió al General Santa Cruz y que se conoce con el nombre de la «Restauración». Parece que sobre este asunto, René-Moreno quería escribir un estudio completo y al efecto tiene como guión la cronología de 1839, más la bibliografía periodística a consultarse y diversas notas sueltas tomadas de la prensa de la época.

Como capítulos componentes de tal ensayo pueden considerarse los que llevando el título de puño y letra de René-Moreno, se denominan «Idea general

de la Restauración», que es un maravilloso exordio del tema, para seguir con «Los caudillos de la Restauración», donde tanto José Miguel de Velasco, como José Ballivián son juzgados con severidad.

Este asunto de la «Restauración» es bien poco conocido y nuestros cronistas e historiadores pasan como sobre ascuas al tratarlo, por la sencilla razón de no haber profundizado la materia. Es por ello oportuno el conocer aquí algunos acápites sueltos de este ensayo trunco.

«En Bolivia llaman Restauración al movimiento general revolucionario que en Febrero de 1839 antes de saberse allí la derrota de Yungay, desconoció la autoridad legítima de D. Andrés Santa Cruz, como Presidente de la República. Esta revolución restableció la céntrica unidad autonómica del gobierno y la plenitud que su independencia externa tenía antes de 1836».

«Todo sin derramamiento de sangre, dondequiera encabezado o apoyado todo por la fuerza pública infiel de las guarniciones y del ejército, con estallido de odios y venganzas terribles, para entre los vítores de la turbulenta y seguidora plebe mestiza, que ayer desde abajo, siguiendo a los de arriba, aclamara como glorias de la patria, en el Perú las batallas de Yanacocha y Socabaya y las asambleas de Sicuani y Huaura».

«Los directores de la Restauración saltaron a derrocar a Santa Cruz ¿Cuándo? en el momento calculado preciso, que la bandera nacional y el ejército boliviano, a las órdenes de aquel mandatario de Bolivia, avistaban para una gran batalla al enemigo exterior».

«Parte del pueblo peruano, el gobierno argentino y todo el pueblo chileno, cual mucho, cual más, cual poco, tuvieron que ver y se interesaban en la caída de Santa Cruz. Pero una vez caído, Chile, la Argentina y el Perú hubieron necesariamente de estremecerse al ver el furor que en Bolivia gastaban contra aquel mal jefe supremo suyo, que Bolivia no había sabido ni siquiera intentado por sí sola derrocar. Los anatemas que le fulminaban la prensa, el gobierno y el congreso de la Restauración, si hemos de atender hoy a su letra y espíritu, hicieron temblar de espanto a los réprobos de los profundos infiernos».

Esto por lo que se refiere al tema de la Restauración en general. Veamos ahora en un solo párrafo cómo juzga a los caudillos de ese movimiento, en un capítulo que así lo denomina el propio René-Moreno:

«A la verdad, ni a Ballivián ni a Velasco abonaba en la carrera de las armas su fe militar. Realistas mata-patriotas primeramente, y después patriotas

mata-realistas, ni uno ni otro abrazaron la causa de su país en la primera hora de los corazones intrépidos y generosos» (*).

Como se ve, ninguno de los dos caudillos sale muy bien librado del juicio del ilustre historiador.

Es sabido que René-Moreno consideraba como un verdadero timbre de gloria el haber nacido en Santa Cruz de la Sierra «ciudad solo de blancos» como decía, pero este cruceñismo no iba hasta nublar su criterio histórico y su severidad de opinión al juzgar el pasado; su paisano y puede que hasta pariente Velasco, es víctima también al igual que todos, de su austeridad y probidad histórica; no vacila en llamarlo «simplonazo» y tratarle como trataba a todos por igual, sin preferencias ante la rectitud de su conciencia.

Sirva este dato para los que creen que René-Moreno sólo juzgaba inexorablemente a los del Altiplano. Como complemento, en la página 442 de *Matanzas de Yáñez,* podrá encontrarse un duro concepto contra otro conterráneo suyo, el Coronel Antonio Vicente Peña, autor de la revolución de Oruro el 8 de septiembre de 1857 que encumbró a Linares en el poder; dice así: «Hora de vértigo para Antonio Vicente Peña, hombre bien nacido, de raza caucásea, culto, educado para el honor. Su propia conciencia le abatió desde el día siguiente la cabeza. No estaba hecho para avilantez pretoriana. No levantó más la frente. Desde entonces vivió en la oscuridad el que llevaba una carrera brillante. Murió sin valimiento y retirado en Santa Cruz, su suelo natal».

Los demás capítulos se refieren a la actuación de Velasco, al motín de Ballivián el 7 de julio de 1839, las vacilaciones de don José Miguel para atacar al caudillo rebelde, el mal éxito de la Restauración y los amagos de Gamarra para invadir Bolivia. Hay varios capítulos que carecen de titular, pero se refieren a uno y otro aspecto del tema. Si bien es cierto que inconcluso, con algún cuidado puede articularse y aunque fragmentario, servir de valioso aporte a la interpretación de ese interesantísimo período de nuestra historia, casi desconodido para nosotros.

En cambio, los apuntes sueltos sobre la invasión de Gamarra en 1828, no pueden considerarse una tentativa de ensayo, pues apenas son una relación

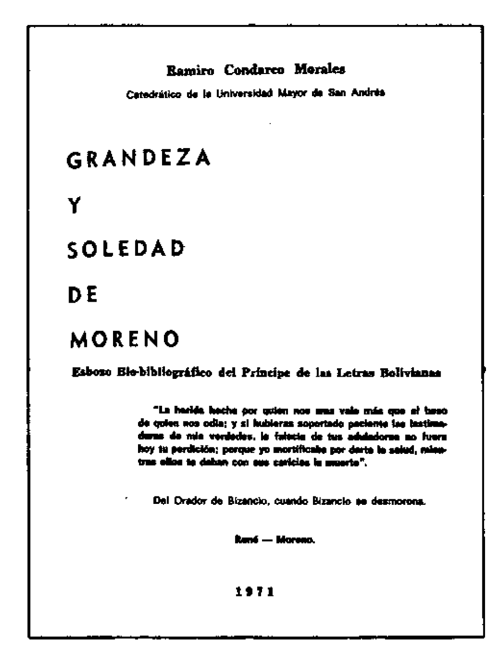
* No ha de tomarse las palabras de Moreno sobre Velasco, y más aún sobre Ballivián, sino como expresión de la severidad que el enjuiciador solía poner en sus sentencias, cuando hallaba poco simpático al reo. Por lo que hace a Velasco, realista y españolista en la iniciación de su carrera militar, se dio de alta en el ejército patriota año antes de la derrota final y la expulsión del poder español en el Alto Perú, y fue, durante ese año, un leal soldado al servicio de la emancipación americana. El caso de Ballivián es muy distinto: prisionero virtual de los españoles, quedó bajo las banderas de éstos por haberlo entregado aún cuando era un adolescente, y mientras le fuera imposible fugar de los cuarteles realistas. Incorporado por su voluntad, y a precio de una escapatoria audaz, en las montoneras del guerrillero Lanza, fue hasta el final de su vida un servidor ejemplar de la revolución americana. (Nota de los editores de la publicación de 1975).

bibliográfica, con destino, quizá, a servir de base inicial a una intentona del género apuntado, tentativa que no pasó del primitivo embrión.

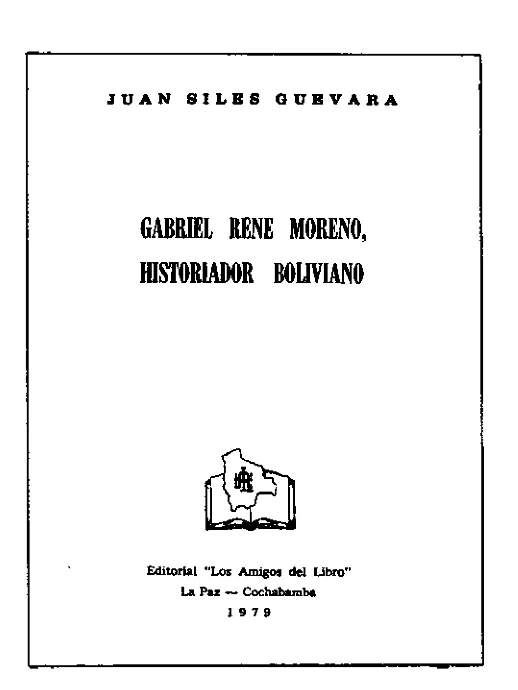
V

Bolívar y Buenos Aires.

El legajo más voluminoso de estos papeles inéditos es aquel que en tamaños diferentes están agrupados bajo una tapa de cartón con el título de letra de René-Moreno que dice: «Bolívar y Buenos Aires». Son partes constituyentes de un largo ensayo escrito en muy distintas épocas, pues hay párrafos que por las referencias que hace, datan de 1870 al 75, otros de alrededor del 90, y hasta del presente siglo. La articulación de estos dispersos apuntos es sumamente difícil, pues muchas páginas se han perdido y hay párrafos y capítulos que parece fueron concluidos en su tiempo, pero que hoy están irremisible y completamente truncos.



34 168 x 110; 446 p.



35 152 x 104; 119 + una p. de índice.

Cuando René-Moreno publicó en 1907 sus *Nuevas notas históricas y bibliográficas* como tercer tomo de la serie con el título común de *Bolivia y Perú*, en la página 21 dice: «De un libro a medio escribir y que probablemente no acabaré de escribir nunca, saco lo que sigue, notas marginales y todo».

Pues bien, ese libro a «medio escribir», es el intitulado «Bolívar y Buenos Aires», pues aparecen allí algunas hojas entresacadas, las que por algunas frases restantes, prueban ser las transcritas en la referida obra de página 21 a la 26, que se cierra diciendo: «Hasta aquí lo copiado del inconcluso manuscrito».

Sabemos muy bien que los escritores y hombres públicos del Plata en los días del apogeo de la gloria bolivariana, no eran muy afectos al Libertador y este antagonismo se refleja en todas las gestiones diplomáticas de la época. Cuando la Argentina constituyó su primera Legación en el Alto Perú, los plenipotenciarios General Carlos María de Alvear y doctor José Miguel Díaz Vélez, encontraron el primer momento alguna resistencia para ser reconocidos en calidad de tales por el Libertador. Al relatar a su gobierno los enviados argentinos, estas dificultades de la primera audiencia en Potosí el 8 de octubre de 1825, dicen a la letra:

> «S.E. tomó entonces la palabra, explicando los deseos que le asistían de hacer mayores servicios a la causa de América; los ataques que se habían hecho a su opinión, la crítica del *Argos* y otras indicaciones que dieron a los Ministros un rayo de luz para conocer que todo lo preñado de lo que había acontecido en la conferencia dimanaba de un secreto resentimiento contra el Gobierno de las Provincias Unidas, en virtud de lo cual se le expuso que la opinión de un periodista en las Provincias Unidas no podía influir de ningún modo en el descrédito de una reputación que estaba fuera de todo reproche; que los principios liberales que regían al gobierno de las Provincias Unidas y la absoluta independencia de la libertad de imprenta daba derecho para que cada ciudadano pueda expresar sus opiniones como mejor le pareciese; que el goce de esta misma libertad había hecho ver al General que suscribe y podía asegurarle a S.E. que en las provincias Unidas era donde sus servicios habían sido más admirados, que su Gobierno por una ley de su Congreso mandaba una Legación para felicitarlo, paso que no había sido dado por ninguna de América; que por este hecho público podía juzgar S.E. cual era la sinceridad y buena fe que animaba al Gobierno de las Provincias Unidas respecto a su persona; que en virtud de la franqueza que el que habla había protestado tener al principio de la conferencia, no podía menos que manifestarle que veía con dolor que S.E. estaba influido por siniestros informes; que la Legación podía asegurarle de la buena fe de su Gobierno; que se le permitiese dejar para otra sesión el instruirle detalladamente y convencerle de la ninguna influencia que el Gobierno tenía sobre los papeles públicos; que S.E. podía estar bien persuadido de que en el carácter y dignidad de las personas que componían la Legación no cabía encargarme de ella, si no estuviesen seguras de la legalidad de su Gobierno, etc., etc.».

A estas rivalidades bolivariano-rioplatenses, René-Moreno ha dedicado largas y nutridas páginas tales como aquel ensayo titulado «¡Qué porteños aquellos» que cursa en *Mas notas* de 1905 y en *Nuevas notas* de 1907 y el estudio acerca de la fundación de Bolivia que llama «Ayacucho en Buenos Aires» que se publica en *Nuevas notas* de 1907, habiendo sido el último, reimpreso en Madrid por Rufino Blanco Fombona. A pesar de estos estudios,

la profundidad misma del tema, la esencia de la rivalidad del Libertador con Buenos Aires y el estudio de sus antecedentes y consecuencias, se hallan en estas páginas inéditas tratados con toda amplitud.

La poca voluntad que en la Argentina se tiene al Libertador, se ha visto reflejada hasta en los tiempos que corren. Rectificando conceptos de Mitre, Blanco Fombona abrió una polémica violenta allá por 1912 o 13 y últimamente hemos visto cómo la cuestión de la entrevista de Guayaquil ha originado nuevamente debates acalorados.

VI

Las notas que faltan a la Biblioteca Peruana de 1896.

Don Gabriel René-Moreno catalogó los libros y folletos peruanos existentes tanto en la Biblioteca del Instituto Nacional, de la cual era director, como en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile. El catálogo apareció en dos macizos volúmenes el año 1896; ellos son un verdadero monumento de erudición e indispensables para todo el que quiera estudiar con algún provecho historia sudamericana, muy en especial las relaciones entre Perú, Bolivia y Chile. Todos los libros y folletos que merecen algún comentario, lo tienen con aquella prolijidad y sapiencia que sólo René-Moreno poseía; cuando la nota era demasiado larga, la cortaba, ligándola por un número entre paréntesis, con su continuación al fin del segundo volumen.

Pero el lector siente dolorosa impresión, cuando al final de este, encuentra que faltan muchas notas y la explicación está en la advertencia de la página 382 que dice: «Como el catálogo ha abarcado la mayor parte del presente volumen se han suprimido algunas notas. Se halla en este caso toda nota cuyo número de reclamo allá en el catálogo no tiene correspondiente aquí en este Apéndice».

Algunos años después, en 1905 en *Más Notas*, apareció el importantísimo estudio acerca de «Mariano Alejo Alvarez y el silogismo altoperuano de 1808» y en nota, al explicar que el subtítulo, que no es sino la ficha bibliográfica que lleva la cifra de 537, dice: «Número de inscripción en este opúsculo en mi *Biblioteca Peruana*, catálogo de libros y folletos publicado en 1896. Tijera inexorable, pero muy atinada, la del secretario que se encargó de poner en orden y compartir en dos volúmenes, con destino a la imprenta, los originales de la referida *Biblioteca Peruana*. Tenía que conservar la integridad del Catálogo a toda costa, y cortar sólo en la carne de las notas ilustrativas. Hecho así, parte de las sobras fue destruida inmediatamente; otra salvó guardada en unas

cajas. De ahí se saca la presente sobre Alvarez. Un volumen macizo se podría formar tipográficamente con los originales de recortes que quedan sobre diversos asuntos».

Triste destino el de esas valiosas notas; las destruidas, el autor no las rehizo jamás; aquellas que dice se salvaron en unas cajas, las tengo aquí, a la vista. René-Moreno califica de «atinada» la inexorable tijera del secretario encargado de la selección. No es posible compartir tal criterio, pues entre estos papeles inéditos, hay notas de un valor inapreciable para las letras históricas que de todas maneras debieron ver la luz pública; ya tendremos ocasión de citar algunas.

La compulsa cuidadosa de estos materiales inéditos nos da el siguiente resultado: los dos tomos de la *Biblioteca Peruana*, tienen indicadas 179 notas bibliográficas; el Apéndice del tomo II solo trae 111, habiéndose suprimido 68. En mi poder existen 55 de esas notas, faltando 13, que pueden considerarse como perdidas definitivamente; se exceptúa alguna como aquellas sobre Mariano Alejo Alvarez, otra sobre Calancha, etc., que aparecieron posteriormente en otros libros de René- Moreno. Algunas hay duplicadas, pues parece que parte se publicó y algunos fragmentos suprimidos, permanecieron inéditos.

Basta saber a René-Moreno para decir que un macizo volumen se podría editar con esas notas sobrantes. Lo poseído por el que esto escribe alcanza para un tercer tomo de la *Biblioteca Peruana*, aproximadamente del mismo formato y grueso, de los publicados.

Decía que entre estas notas inéditas habían cosas sumamente valiosas. Decía también que René-Moreno era el hombre de las *notas*; al margen de la glosa, dejaba desbordar todo cuanto sabía sobre el tema y de allí que su lectura y comprensión, debido a esta forma de arquitectura de su obra, no sea tan sencilla. Entre estas notas inéditas hay algunas que son verdaderos libros, ensayo completos, siempre bajo esta forma modesta de mera apuntación o glosa bibliográfica.

Por ejemplo, la pieza 680 es el folleto de Bernardo Monteagudo; *Ensayo sobre la necesidad de una federación jeneral entre los estados hispano-americanos y plan de su organización*. Tiene la nota 80, no publicada. Los originales son un legajo voluminoso en el cual se glosa un enorme número de libros y folletos acerca del tema común de la «Unión Americana». Si bien es cierto que llevan el apunte y la característica de estar destinados a la *Biblioteca Peruana*, parecen ser a su vez componentes de un estudio que René-Moreno quería emprender en concreto e independientemente, pues lleva escrito de su puño «Bibliografía de la Unión Americana. Borradores de redacción». Puede que al ser rechazada esta nota, pensara ampliarla en un libro, ya que incluso lo escrito da para

extensas y nutridas páginas. Teniendo presente que René-Moreno trabajó mucho en esta cuestión cuando la loca tentativa española de 1866, no es de extrañar su predilección por tal tema.

Pero hay algo sumamente interesante: los fragmentos biográficos sobre el doctor Casimiro Olañeta.

VII

Casimiro Olañeta.

En los perfiles de nuestra Historia, vemos una cantidad de leyendas, de lugares comunes de falsedad; dioses de barro, ídolos de plomo, ornan por todas partes los altares del cívico sentimiento. La tradición mendaz y los orgullos provincianos han exaltado y convertido en divinidades a quienes no fueron sino vulgares actuantes de dobles y tenebrosos papeles en nuestra vida institucional. Y esa floración cancerosa, por su misma indole, ahoga el verdadero mérito y los grandes valores positivos que hemos tenido y que desaparecen ante la avalancha de la perfidia y de la inconsecuencia perpetuados en nuestros anales.

Pero entre todos ellos, ninguno más múltiple por sus veleidosas pasiones, intrigas y deslealtades que don Casimiro Olañeta. Desde antes de la fundación de la República hasta siete lustros más tarde, lo vemos actuar en medio del fragor de nuestras luchas partidistas y a la luz de los fogonazos de los asaltos de cuartel. Contradictorio siempre, no se sabe nunca qué fue lo que pensó ni lo que creyó en definitiva.

Nuestra historia aún no le ha hecho justicia; siguen alrededor de él las leyendas y el estrépito de su fama, como su oratoria de mala ley que parece resonar aún por encima de los epítetos denigrantes que le adjudicaron sus contemporáneos.

Nuestra generación no puede vivir de mentirosas leyendas y la conciencia histórica se rebela aceptar a quienes no merecen que la posteridad rinda el homenaje de sus respetos, antes que su reprobación merecida.

Quienes hemos ahondado un poco en los tormentosos anales de nuestra patria con el suficiente criterio de independencia y la entereza moral de no aceptar esos lugares comunes y prejuicios consabidos, sino la verdad palpitante del fondo de los hechos que se estudian, deber tenemos de despejar esas incógnitas y destruir esos fetiches, para dejar sentado que en la mayor parte de las veces, antes que hombres símbolos, tuvimos un pueblo símbolo, que a pesar de las flaquezas de aquellos, supo forjar y sostener nuestra nacionalidad.

El mito de Olañeta es preciso revisarlo, reducirlo a su verdadero lugar, a su verdadero rol, a su verdadero tamaño: ni más alto ni más bajo de lo que fue; retrato de cuerpo entero, pero nada más. No tenemos historia, pues lo que llamamos tal no es sino una mal zurcida trama de mentiras convencionales imposibles de tocar por miedo a las venganzas personales o lugareñas. De una vez rasguemos esa tela burda y laboremos algo positivo con el hilo de la verdad en las manos.

Personaje notable en nuestra accidentada historia este don Casimiro. Graduado doctor en la Universidad de Charcas, supo ser el espécimen más perfecto de tal grado y clase intelectual en lo que tuvo de malo y de perverso. La doblez y la falsía fueron siempre sus características; verbosidad, arrebatos, grandilocuencia, sus armas principales. Cinismo atropellador y descaro en sus acciones, hacían de él un individuo peligroso a quien muchos de nuestros caudillos temían, prefiriendo su amistad a sus intrigas en las cuales era un consumado maestro. ¡Cuán grande y provechoso a la patria hubiera sido este hombre si todas sus pasiones las hubiera puesto al servicio de los altos ideales de cultura que pudo haber bebido en los claustros de la Universidad de San Francisco Xavier, en vez de aprender sólo lo malo que tenía como resabio de [illegible] y carcomidos sistemas!

Un estudio acerca de Olañeta, abarcando su papel preponderante en nuestra agitada vida institucional aún no se ha hecho (3). Pero tan interesante figura no podía pasar desapercibida a René-Moreno. Conocía al hombre a través de los propios y ajenos escritos y habíase convencido de encontrar en él al prototipo del político altoperuano –no inferior ni superior en calaña a sus colegas del resto de Hispano-América–, con sus bajezas, intrigas, conspiraciones, inconsecuencias, etc. Dedicóle no poca atención.

Analizando estos papeles inéditos, puede afirmarse que René- Moreno tenía resuelto escribir una biografía de don Casimiro Olañeta. Bosquejos de su figura general se hallaban ya concluidos, actuaciones estudiadas dentro de diferentes fases de la historia de Bolivia, estaban terminadas. Faltaban los últimos años, que más que de político, son de jurisconsulto; para ésto, el material hallábase listo.

3. Arnade, Charles W. *The emergence of the Republic of Bolivia*, University of Florida Press, Gainesville, 1957. Aunque no está dedicado exclusivamente a Olañeta hace muchas referencias a él.
Guillermo Ovando-Sanz. «Documentos inéditos sobre Casimiro y Pedro Olañeta» *El Diario*, La Paz, 1959, abr. 5.
Gantier, Joaquín. *Casimiro Olañeta*, La Paz, 1955; 476 p.
Gómez de Aranda, Blanca. *Casimiro Olañeta diplomático*, (1824-1839) Instituto Boliviano de Cultura, La Paz 1978: 121 p.
Roca, José Luis. *Casimiro Olañeta, artífice de Bolivia*, Ed. Los Amigos del Libro, La Paz, 1978.
En estos trabajos, posteriores a la muerte de HVM., se nota una posición pro-Olañeta en los estudios de Gantier, Arnade y Roca y lo contrario en el de Ovando-Sanz.

Labor de ordenación, de escalonamiento y de selección faltaba a estas páginas que bajo el rubro azul de aún no temblona letra, había agrupado el propio René-Moreno, con el título de «Olañeta». La muerte le sorprendió sin haber dado cima a trazar en definitiva la figura del hombre que ocupó con su veleidosa actuación y su perfidia, medio siglo de la vida boliviana.

Ahí quedaron esos borradores inconclusos, pero con la suficiente hilación como para que después de un prolijo trabajo poderlos ordenar y sacarlos en volumen. A ello dedicó quien estas líneas escribe, largas y pacientes horas, cumpliendo así el encargo del donante de tales papeles don Antonio Muniz Barreto.

Fue así como a párrafos sin intitulación, hubo de ponérsele la que pareció más adecuada, tratando de identificarse lo más posible con el pensamiento del autor. Cuando lo hubo, se respetó siempre el título de René-Moreno. En cada caso se deja constancia expresa de una y otra cosa. A estos apuntes, se agregó por la comunidad y continuidad del tema, la nota 56, correspondiente a la pieza 390 de la *Biblioteca Peruana*, que aunque se refiere al *Contramanifiesto* publicado por Santa Cruz refutando el argentino que trataba de justificar la declaratoria de guerra a la Confederación Perú-Boliviana, en realidad trata de don Casimiro Olañeta más que de otra cosa.

Listo hallábase el volumen y así fue ofrecido a varias instituciones para su publicación, sin más gastos que los meramente editoriales; unas veces por miedo a las crudas verdades de René-Moreno y las más por indiferencia a tal clase de trabajos culturales, no se interesaron por su impresión. Ha tocado a la culta Universidad Simón Bolívar de Cochabamba, haciendo honor a su noble tradición, prohijar este trabajo que bajo el título de «El doble doctor Olañeta», aparece hoy como valioso aporte histórico (**).

Y he aquí el presente volumen, como el primero que se ofrece de los escritos inéditos del gran polígrafo. El prologuista tenía la intención de entrar en algunos detalles más acerca del personaje central objeto de estas páginas, pero considera superfluo el hacerlo, cuando han de seguirle las páginas inimitables del más castizo y documentado de nuestros historiadores. Algo más;

**. La Universidad Simón Bolívar de Cochabamba, fue efectivamente auspiciadora de la publicación de este volumen. Circunstancias insalvables malograron aquel propósito, postergando esta edición, hasta la presente oportunidad en que la casa editora «Guillermo Kraft Ltda. S.A.», la hizo factible, bajo los auspicios del Ministro de Estado en la cartera de Educación, Mayor D. Jorge Calero que, como personero del Gobierno de Bolivia, presidido por el Tcnl. D. Gualberto Villarroel, dio efectividad a la plausible iniciativa editorial de Guillermo Kraft Ltda. S.A.
Nota del Director de la Biblioteca Nacional Boliviana. (Nota de los editores de la publicación de 1975).
La Universidad de Cochabamba no publicó el presente trabajo y tampoco la Editorial Kraft de Buenos Aires.

abriga una pretensión: la de algún día poder dedicar un estudio especial, suyo, al mismo personaje: al movedizo y tránsfuga don Casimiro Olañeta (4).

Y ahora, dejemos hablar la admirable prosa del Gran Maestro.

La Paz, mayo de 1943.

4. HVM., no alcanzó a escribir el trabajo que aquí indica tener el deseo de realizar.

CAPITULO CUARTO

LA VERSION FRANCESA DE ULTIMOS DIAS COLONIALES

I. Un crimen cultural de la UNESCO. II. La UNESCO explica el carácter de la edición que hizo de la obra de Gabriel René- Moreno. III. La UNESCO y René-Moreno.

I

Un crimen cultural de la UNESCO (*)

Elegantemente editado por la casa Nagel en París, acaba de aparecer *Les derniers jours de la colonie dans le Haut Pérou* o sea el famoso libro de Gabriel René-Moreno, la más alta e indiscutida cumbre de las letras bolivianas. Este volumen forma parte en su serie americana de la colección de obras representativas que con muy loable propósito cultural está haciendo publicar la UNESCO. Según datos que constan en el dicho libro, tal colección se hace en virtud de un convenio entre la UNESCO y la Organización de los Estados Americanos.

La traducción ha corrido a cargo de Francis de Miomandre, conocido escritor francés y de gran conocimiento de la lengua castellana, cualidades ambas que ha puesto de manifiesto en numerosas oportunidades con magníficas traducciones a su idioma nativo. En esta ocasión ha lucido el señor Miomandre una vez más sus condiciones de hábil traductor y elegante estilista, ya que la forma y modo como ha sido hecho el trabajo, es digno de todo elogio. Y este elogio es muy merecido si se tiene en cuenta lo dificultoso de la tarea, ya que la prosa de René-Moreno, tan elegante, tan castiza, se resiente a veces de retorcimientos barrocos que constituyen verdaderos rompecabezas para quien trate de trasladarlo a otro idioma, por más que sea el francés, un poco afín al nuestro por su raigambre latina. Una nota asegura que la presente traducción,

*. *El Diario*, 1955, mayo 3.

de acuerdo con los reglamentos de la UNESCO, ha sido revisada por Charles V. Aubrum.

El propio traductor Miomandre, hace preceder el volumen de una introducción especialmente escrita, tratando de explicar lo que se llamaría el «caso René-Moreno», o sea su aislamiento y lo desconocido que ha pasado, no obstante sus grandes condiciones de historiador y estilista, que le colocan entre los primeros de nuestro continente. Miomandre considera que ese aislamiento intelectual de René-Moreno, está secretamente ligado, o es una representación, del aislamiento de la propia Bolivia, y que la modestia con que se encubría, llamándose «cronista» y no historiador, es también una faceta del mismo fenómeno. El estudio preliminar de Miomandre comprende además una enumeración de la obra varia de René-Moreno.

La traducción francesa que nos ocupa constituye un tomo de 350 páginas de formato corriente, mientras el original castellano de Santiago de Chile de 1896, es un volumen de formato mucho más grande y de casi quinientas páginas. Cabe aquí preguntarse cómo es posible esta aparente contradicción. Muy sencillo. La traducción francesa ha suprimido todas las notas de pie de página que tiene el original, y que son numerosísimas, hasta casi competir con el texto mismo. Y el caso es tal que involuntariamente provoca e impone el que se hagan algunas reflexiones al respecto.

Las citas en materia histórica, son esenciales. Se trata de investigaciones y de relatos y éstos deben estar sostenidos por un andamiaje documental que muestre a todos de dónde y cómo se han obtenido tales referencias. Pasaron esos tiempos de la historia clásica, al estilo de Herodoto o Tácito, que no tenían más autoridad que sus propias palabras. La ciencia moderna exige pruebas, y ellas hay que presentarlas juntamente con el texto, ya que nadie cree en las afirmaciones personales del autor.

René-Moreno era ante todo y sobre todo un escritor científico. Imbuido en los principios positivistas de Hipólito Taine, cuando afirmaba un hecho, daba de inmediato su fuente, a fin de que se sepa dónde y cómo había obtenido el dato y si la forma de interpretarlo es la correcta o no. De allí que sus *Ultimos días coloniales en el Alto Perú*, obra a la cual consagró más de veinte años de trabajo, está documentada hasta el último detalle, documentada precisamente, para demostrar la solidez de sus cimientos y de antemano responder dudas y críticas.

Pero ahora resulta que, al suprimirse las notas, se ha quitado a la obra toda su fundamentación. Los asertos, opiniones, juicios, y en fin todo lo que constituye el relato histórico, queda como simples afirmaciones de René-Moreno, afirmaciones que por más respeto que nos merezca su autor, no estamos

obligados a creer bajo la única garantía de su palabra, sin las pruebas respectivas. La seriedad de la obra del gran escritor boliviano ha sufrido pues, en esta traducción de la UNESCO un golpe muy rudo, cuanto injustificado.

Pero no es esto sólo. En la obra de René-Moreno las notas de pie de página, no son únicamente fuentes de documentación, sino datos e informes con valor propio y de grandísima importancia y que, por sí solas tienen personería y complementan el texto a tal punto que el uno sin el otro, son cuerpos muertos. Trátase en realidad de dos hermanos siameses literarios que no pueden separarse sin grave y hasta mortal peligro para cada uno. Al suprimir las notas la traducción que comentamos se ha cercenado más de la mitad de las noticias que contiene el libro y por tanto lo ha truncado miserablemente.

Una rápida ojeada sobre el texto original de *Ultimos días coloniales en el Alto Perú*, comparado con *Les derniers jours de la colonie dans le Haut Perou* nos demostrará la verdad de lo que afirmamos. Vamos a cuentas. Las notas de la página 5, contienen referencias acerca de la población de Chuquisaca y sus gremios en 1802 y 1807. Las de la pág. 14, referentes al lujo y derroche de los mineros potosinos. En la 38, relativas al Arzobispo Martín de Villodres y sus conflictos con el Mariscal Sucre. En la 43, opiniones de Moxó, sobre el atraso intelectual de España. En la 53, referente a la influencia de Santo Tomás de Aquino en la Universidad de San Francisco Xavier. En la 55, los crueles castigos en Charcas a los sublevados de 1781. En la 57 y 58, antecedentes ideológicos de la revolución emancipadora. En la 64, sobre Bernardo Monteagudo y su tesis doctoral. En la 65, acerca de los prosélitos de la emancipación que antes de 1802 salieron de Charcas para La Paz. En la 99, referencias sobre Manuel Aniceto Padilla, célebre cochabambino al servicio de los ingleses cuando las invasiones de Buenos Aires.

Y todos estos datos importantísimos que como ya queda dicho, sirven de obligada complementación al texto, han sido suprimidos sin piedad juntamente con las notas marginales. Y conste que sólo hemos tomado las cien primeras páginas, ya que el extender nuestra enunciación a todo el libro hubiera sido tarea larga y monótona.

Apenas como remate de esto, podríamos citar las notas de página 175, con detalles específicos acerca de la Academia Carolina, las de 189, que contienen referencias preciosas relativas a la sátira política de 1808. De sobra sabido es que el movimiento emancipador de las colonias españolas estalló con la careta de defender estos dominios de los peligros por los cuales atravesaba la metrópoli y mantener los derechos del cautivo Rey Fernando VII. Para esto, los americanos, y más concretamente, los doctores de Charcas, hicieron uso de un silogismo tendiente a justificar la actitud asumida.

GABRIEL RENÉ MORENO

LES DERNIERS JOURS DE LA COLONIE DANS LE HAUT-PÉROU

INTRODUCTION ET TRADUCTION
DE
FRANCIS DE MIOMANDRE



LES EDITIONS NAGEL, 7, RUE DE SAVOIE, PARIS-VI^e

36 178 x 100; 350 p.; 1954.

Al respecto, oigamos al propio René-Moreno. «El silogismo con que los Doctores hicieron la revolución altoperuana, y cuya fuerza peripatética hizo saltar a la arena pública a todos los audaces de su gremio y a no pocos tímidos incautos fue el siguiente: *Mayor*: El vasallaje colonial es tributo debido no a España sino a la persona del legítimo rey borbónico de España: *Menor*: Es así que nuestro legítimo y recién jurado rey y señor natural don Fernando VII abdicó junto con toda la familia borbónica de España y 'ya no volverá'; *Consecuencia*: Luego la monarquía está legal y definitivamente acéfala por vacancia del trono, debe ser desobedecido el rey Bonaparte o cualquier otro que España quiera darse, deben cesar en sus funciones los actuales delegados y mandatarios de la extinta autoridad soberana, y deben en este caso proveer por sí misma las provincias altas a su propio gobierno supremo, con calidad de *por ahora* mientras no constare auténticamente la muerte de nuestro amado rey don Fernando VII, y hasta que se presente legítimo sucesor al señorío de estas Américas. La aplicación positiva que se divisa al través de toda esta escolástica no debería ser otra cosa que ésta: De España, independencia completa luego al punto». (Nota en página 385 y que correspondería a la 291 de la traducción de la UNESCO).

Pues bien, todo este silogismo, básico para la interpretación del pensamiento revolucionario, se halla no en el texto de René- Moreno, sino en una nota. La importancia es tal que el traductor ha suspendido su radical exclusión de las notas por su cuenta, resume a René-Moreno, recortándolo y mutilándolo miserablemente. Esta es una de las escasísimas notas, que en total no llegan a una docena que se hallan a lo largo de la traducción, cuando el original debe tener más de quinientas.

Basta todo lo apuntado para demostrar que en verdad, con la traducción de los *Ultimos días coloniales en el Alto Perú* de Gabriel René-Moreno, la UNESCO ha cometido un verdadero y horroroso crimen cultural, con todas las agravantes de premeditación y alevosía, ya que todo ha sido preparado cuidadosamente, y se ha abusado de estar muerto el autor ha muchos años.

Un crimen de esta índole no se justifica nunca, pero sería explicable en alguna editorial poco escrupulosa y con ansias mercantilistas y nada más. Pero no es este el caso presente. La UNESCO es una institución esencialmente cultural, y por tanto, no tiene disculpa alguna, pues tampoco es empresa de lucro. Vuélvese a repetir que se trata de un crimen cultural imperdonable y que clama venganza. *¡Nekam Adonai!*

Estamos seguros que los directores superiores de la UNESCO no han reparado en este crimen que debe haber sido cometido por personal subalterno, cuyo criterio y nivel intelectual debe estar muy por debajo de la suela de los

zapatos que calzan. Es por ello que hay que apelar a esos hombres cultos que dirigen tan docta institución. Si aún les resta un átomo de pudor y de decoro espiritual, no pueden por menos que mandar recoger esta traducción tan desgraciadamente truncada, y mandar hacer una publicación nueva, completa, con la totalidad de su texto y notas.

Solo así se harán merecedores del perdón, y reconquistarán el buen concepto a que tienen derecho. De lo contrario, los estudiosos miraremos con tristeza cómo una entidad organizada para tan altos fines, está en un nivel muy inferior de los ideales que presidieron su creación, y de las legítimas esperanzas que en ella se fundaron.

La Paz, mayo de 1955.

II

La UNESCO explica el carácter de la edición que hizo de la obra de Gabriel René-Moreno (*).

La UNESCO -como se sabe- editó en francés la obra de Gabriel René-Moreno *Los Ultimos Días Coloniales del Alto Perú* y el señor H. Vázquez Machicado escribió un artículo titulado «Un Crimen cultural de la UNESCO», en el que había aseverado que la edición no incluía las notas históricas fundamentales de aquella importante obra de historia.

La UNESCO se ha dirigido a la Cancillería de la República para explicar la naturaleza que tienen sus publicaciones.

La UNESCO sostiene lo siguiente para aclarar el carácter de la edición de *Los Ultimos Días Coloniales del Alto Perú.*

EXPLICACION

La Serie Iberoamericana de la Colección UNESCO de Obras representativas de ningún modo se propone la traducción de obras de carácter científico o erudito. Tiene por objeto poner al alcance del público las obras maestras de las diferentes literaturas de la América Latina. La serie comprende hasta el presente y comprenderá en el porvenir, de acuerdo con la lista de títulos que la Organización de los Estados Americanos ha establecido después de consultar diferentes expertos de países interesados, selecciones de poemas, de ensayos y más generalmente de novelas, exceptuando aquellas obras que por su naturaleza no pueden interesar sino a los especialistas. La crónica de Gabriel René-Moreno es a la vez meticulosa. Está constituida por una narración de gran sentido

*. *Ultima Hora*, 1955, julio, 8.

histórico, pero al mismo tiempo susceptible de ser leída como una novela por el público al que la colección trata de llegar. Es este último carácter el que ha permitido incluirla en la misma.

La crónica en efecto está respaldada por más de 500 notas críticas destinadas en su mayoría a permitir al lector que se remonte a las fuentes utilizadas por Gabriel René-Moreno. Se puede decir que en su conjunto estas notas no ofrecen interés sino para los historiadores. Ahora bien los historiadores que se interesan por la América Latina no leen generalmente la obra de Gabriel René-Moreno en la traducción. La leen en el texto original y cada vez que lo necesiten utilizan las notas que la acompañan. Por otra parte, la introducción en una colección destinada a hacer conocer al gran público las obras literarias de los literatos iberoamericanos de una obra cuya mitad aproximadamente estuviera ocupada por referencias de carácter erudito, habría sido contradictoria en los términos. Es por esa razón que las notas no figuran en la edición, que de ningún modo ofrece el carácter científico que parece exigir de ella el artículo del Sr. Humberto Vázquez Machicado.

Cuando la edición se agote, el Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas, por una parte y la Organización de los Estados Americanos por otra parte, lo juzgan deseable y si el editor lo estima posible teniendo en cuenta el público al que se dirige la Colección, la UNESCO tendrá el agrado de proceder a una segunda edición que incluiría las notas que justifiquen para el historiador la narración de Gabriel René-Moreno.

III

La Unesco y René-Moreno (*).

En estas mismas columnas de *El Diario*, publiqué hace algunas semanas un artículo titulado «Un crimen cultural de la UNESCO», en el cual censuraba a éste, por muchos aspectos respetable organismo internacional, el haber editado una traducción francesa de *Ultimos días coloniales en el Alto Perú* de Gabriel René-Moreno sin las notas de pie de página que lleva el libro, truncando así en forma inaudita e irresponsable, tan preciosa obra literaria e histórica.

La UNESCO ha respondido en una comunicación que dice haber enviado a nuestra Cancillería, y que han publicado tanto *Ultima Hora* como *El Diario*. La disculpa que da para su delito cultutral no puede ser más pueril, viniendo como viene de una institución de tan alta jerarquía. Dice que su objeto es

*. *El Diario*, 1955, jul. 24.

«poner al alcance del público las obras maestras de las diferentes literaturas de la América Latina» exceptuando «aquellas que por su naturaleza no puedan interesar sino a los especialistas». Agrega que la obra de René-Moreno «es a la vez meticulosa», pero que «es susceptible de ser leída como una novela por el público al que la colección trata de llegar», y por último con referencias a su material de notas, «se puede decir que en su conjunto estas notas no ofrecen interés sino para los historiadores».

Cuando escribí mi artículo de protesta, califiqué el atentado como «un crimen cultural», y tratándose de una organización de tanta categoría lo supuse obra de «personal subalterno cuyo criterio y nivel cultural deben haber estado muy por debajo de la suela de los zapatos que calzan». Si estos conceptos pudieron haber parecido entonces como exagerados y un poco fuertes, hoy con la tentativa de rectificación de la UNESCO, se ve que aún se quedaron muy cortos en los calificativos. Vamos a cuentas.

Si la intención de la UNESCO hubiera sido el editar libros sin notas de pie de página, pudo entonces haber escogido en el enorme acervo publicado del príncipe de las letras bolivianas, alguna de sus tantas obras que carecen de esas notas consideradas fastidiosas. Por ejemplo la últimamente reeditada por Armando Alba en Potosí, *Matanzas de Yañez,* que por su tema, análisis y prosa está a la misma altura de *Ultimos días coloniales* o bien *Mojos y Chiquitos,* que siendo un catálogo de documentos, en sus introducciones se caracteriza por un sabor literario maravilloso a tanto que a veces el estilo adquiere una elegancia y una belleza, que en nada desmerecen de los mejores clásicos de habla castellana. O bien *Ayacucho en Buenos Aires,* que trata del proceso de la fundación en Bolivia, y que incluso mereció una reedición de la Biblioteca Ayacucho que hace años dirigía en Madrid Rufino Blanco Fambona, y que a la fecha está totalmente agotada.

Pero, escoger precisamente una obra como *Ultimos días coloniales,* en la cual el texto está tan unido a las notas como «dos hermanos siameses», cual lo decía, y sencillamente, truncarlas, es, y no me cansaré nunca de repetirlo, un verdadero crimen cultural que no tiene perdón ni disculpa. Sería como si a la obra de Tucídides le quitaran los tantos y tantos discursos que tiene intercalados en el texto, y que tanto carácter dan a su narración.

Refiriéndose a la parte truncada la UNESSCO agrega: «en su conjunto estas notas no ofrecen interés sino para los historiadores». No podría hacerse declaración más desgraciada, pues precisamente esas notas tienen especial interés para el público corriente, cual lo demostraremos. Con tal afirmación la UNESCO no ha hecho más que demostrar una crasa ignorancia del tema que trata, es decir, no haber leído ni mucho menos el libro que ha editado en

francés y que única y exclusivamente lo conoce de oídas, extremo éste vergonzoso para una organización esencialmente cultural.

Con todo ello la UNESCO comprueba que, habiendo aceptado la sugerencia de traducir *Ultimos días coloniales,* así lo dispuso, sin conocer el libro ni por consiguiente sus características, *a priori,* ordenó cortar todas las notas, ignorando en forma absoluta la íntima y esencial unión que hay entre ellas y el texto. El resultado ya lo sabemos: una miserable y vergonzosa mutilación.

El estilo del texto de *Ultimos días coloniales* es muy elegante, pero está impregnado de la severidad científica propia del tema que enfoca. En cambio en las notas, René-Moreno se deja llevar de su buen humor y hasta de los cáusticos comentarios en que era tan maestro. Y son, precisamente estos acápites de desenfado agradable y ameno, los que más gustan al lector corriente y son esos lo que ha quitado la tan mentada traducción de la UNESCO. En una palabra, le ha privado al libro de toda su sabrosa sal y pimienta.

Ya en mi artículo de crítica mencionábanse algunas de esas notas como muestra de lo tan ligadas que estaban al texto. Hoy daremos otras para demostrar que no se hallaban destinadas tan sólo a especialistas, sino al grueso público lector, y que incluso éste, a veces, gustaría más de ellas que del texto mismo.

Por ejemplo, en la página 10 de la edición en español al hablar de la soberbia satánica de los oidores de Charcas, hay una transcripción de Mariano Moreno que dice: «Tal vez no era tan peligroso desagradar al soberano que residía en Madrid, como a alguno de los empleados que se sentaban a su nombre a administrar justicia en una audiencia del Perú». La cita de la página 14 sobre los derroches de los mineros acaudalados; la de página 18 sobre las rentas fabulosas del Arzobispado de la Plata; la de página 53 sobre la influencia de Santo Tomás de Aquino en los estudios universitarios; la de páginas 57 y 58 sobre el espíritu sedicioso en el Alto Perú; la de páginas 64 y 65 acerca de Bernardo Monteagudo y su tesis doctoral, así como el espíritu revolucionario de otros doctores.

Como por esos años no había imprenta en el Alto Perú, el panfleto anónimo, así como la propaganda revolucionaria clandestina, hacíase en manuscritos que circulaban de mano en mano. Al efecto, cuenta René-Moreno en nota de la página 189 que en Chuquisaca «había escritorios abiertos para copiar 'como en letra de molde' y circular estas piezas en prosa o verso cuando no eran obscenas o difamatorias. Un tal Duarte o Iriarte, cotagaiteño o tupiceño, cosechaba renta con este oficio [...] este crédito provenía de la buena letra o menos que de la discresión incorruptible de Duarte. Este honrado pendolista fomentó enormemente la tendencia a la duplicidad, la cual tiene por armas el disimulo y la simulación, armas fáciles de manejarse en escritos anónimos.

Solía exclamar: '¡Jesús, María y José! si yo hablara no creerían y era *trucidado* esa misma noche'».

Enseguida se copia el comienzo de una «ensaladilla» que dice:

> «Llegó de calzón mahon,
> las botas hasta el calzón
> Casaquín azul con vueltas,
> anchas solapas abiertas,
> de fino cuero el tahalí
> con ribetes carmesí,
> los guantes blanco de leche,
> el brigadier Goyeneche...»

¿Acaso lo copiado no tiene un intenso y ameno sabor? ¿Acaso no interesa al lector corriente que así en un detalle agradable y ligero ve de un golpe la sociabilidad de Chuquisaca en esos postreros años de la colonia? ¿Acaso estos detalles pintorescos y con gusto anecdótico no son precisamente para el gusto del grueso público? Y conste que nos detenemos en la página 189, y no seguimos las tantas y tantas notas de este carácter que llenan el volumen de cuatrocientas y pico de páginas.

Esto nos prueba una vez más que quienes dispusieron esa publicación en francés sin las notas, sin esas notas que «no ofrecen interés sino para los historiadores», sencillamente no sabían lo que se traían entre manos. Y tal ignorancia, lo repetimos por enésima vez, no es, no puede ser disculpable en un organismo cultural por esencia como es la UNESCO.

Y concluimos reiterando. El truncar de notas a *Ultimos días coloniales* de Gabriel René-Moreno es sencillamente cometer una mutilación monstruosa; el dicho libro hay que editarlo con sus notas o no editarlo. De allí que el crimen cultural de la UNESCO no tenga perdón y que la explicación que ha tratado de dar no haga sino empeorar esta situación, pues acusa no tener la menor idea de lo que hace. «Peor es meneallo», dijo don Quijote.

Y basta.

La Paz, 1955, julio

En el Centenario de L'Avenir de la Science de Ernesto Renan



E. Renan.

EN EL CENTENARIO DE L'AVENIR DE LA SCIENCE DE ERNESTO RENAN

SUMARIO (*)

I. Orígenes del libro. II. El saber, la verdad y los orígenes del cristianismo. III. La ciencia y el sabio. IV. Objetivos de la vida. V. El problema social. VI. Aspectos de psicología política. VII. La influencia de Renan en América. VIII. Renan en Bolivia.

I

Orígenes del libro.

En un día gris de otoño, el 6 de octubre de 1845, un joven bretón que habíase destacado excepcionalmente en las aulas de los seminarios de Saint Nicolas du Chardonnet y en el de Issy primero, y últimamente en Saint Sulpice, París, abandonaba para siempre la religiosa y docta casa y alojábase en el pequeño hotel que de índole monástica también y casi como un anexo al seminario existía en la misma plaza, frente al costado lateral de la iglesia de su nombre, al comienzo de la rue de Saint Sulpice. Ese joven que acababa de dar paso tan trascendental en su vida contaba apenas veintitres años y se llamaba Ernesto Renan.

Hondas dudas y dilacerantes inquietudes espirituales habían invadido su alma en el curso de esos dos años que llevaba en aquel seminario, donde según propia confesión, el aprendizaje del alemán y sobre todo del hebreo, cambiáronlo todo, pues fueron como dos puertas que se le abrieron a sus infinitas ansias de crítica y verdad.

Allí en ese pequeño y discreto hotel de Madame Céleste, se produjo su transformación exterior, acerca de la cual el propio Renan dice: «La transición del hábito eclesiástico al traje de laico, es como el cambio de estado de una

*. *La Razón*, 1949, jun. 26 - oct. 2.

crisálida: necesita un poco de sombra». Después de quince días de funciones de regente de estudios en el Colegio Stanislas de la rue de Notre Dame des Champs, dejó todo lo que tuviese tinte religioso, para colocarse como repetidor particular, sin sueldo fijo, instalándose en una pequeña pensión de la rue Abée de l'Epée, en las inmediaciones de la iglesia de Saint Jacques des Haut Pas, no lejos del jardín del Luxembourg.

Allí vivía Renan como un monje laico practicando con verdadero placer la máxima aprendida en su seminario: *Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti summus,* atendiendo a su subsistencia con los pocos ingresos de sus lecciones que le permitían no tocar aquellos 1.200 francos que fueron la ayuda material para su salida de Saint Sulpice, y que le fueran remitidos desde Polonia por su hermana Enriqueta, a la cual el propio Renan calificó como «columna maravillosa que marchaba delante de él». Los problemas inmediatos de su vida material estaban resueltos, pero los de la espiritual seguían allí más sangrantes que nunca, atravesando trances y crisis agudas. «Como un círculo encantado, el catolicismo estrecha la vida con tanta fuerza, que cuando uno se siente privado de él, todo parece insípido», nos dirá el filósofo. Esta su condición de seminarista, de quien, al menos en primera intención, ha sido consagrado a Dios, no se le quitará nunca, como no se le quita a nadie que haya vestido sotana; Renan mismo lo reconoce al decir: «Aquel a quien Dios ha tocado, será siempre un ser aparte; haga lo que haga, él estará siempre fuera de lugar entre los hombres, señalado por un signo».

Discípulo y vecino de habitación a la vez, era un joven de diez y ocho años, lumbrera después de la ciencia francesa: nada menos que Marcelino Berthelot, quien andando el tiempo sería colega de Renan en el Colegio de Francia. Tiernas páginas de *Souvenirs d'enfance et de Jeunesse* dedica a su amistad con el sabio, amistad tan íntima, tan valiosa, y que según sus propias palabras, nunca descendió a la materialidad de solicitarse un servicio y «ni un consejo siquiera». A la manera de los filósofos de la Grecia clásica, ocupábanse únicamente de las ideas, estudiándolas y comentándolas.

Dicen así sus palabras textuales: «Nuestras discusiones no tenían fin; nuestras conversaciones renovábanse siempre. Pasábamos parte de la noche investigando, trabajando juntos. Al cabo de cierto tiempo, Berthelot habiendo terminado sus matemáticas especiales en el Liceo Henri IV, regresó a la casa de su padre que vivía al pie de la Torre de Saint Jacques de la Boucherie. Cuando él venía a verme a la calle de l'Abée de l'Epée, charlábamos durante horas; después yo le acompañaba hasta la torre de Saint Jacques; pero como de costumbre, la discusión estaba lejos de haberse agotado cuando llegábamos a su puerta, y entonces retornábamos, haciéndome compañía hasta Saint Jacques

des Haut Pas, para retornar nuevamente; y este movimiento de ir y venir, se repetía numerosas veces».

Temas de filosofía y actualidad ocupaban esas discusiones en los recorridos de cerca de dos kilómetros que hay entre las dos iglesias de Saint Jacques. Comenta Renan: «Es preciso que las cuestiones sociales y filosóficas sean bien difíciles, para que nosotros no las hayamos resuelto en nuestros esfuerzos desesperados. La crisis de 1848 nos conmovió profundamente. Ninguno de nosotros debía resolver los problemas que este año terrible había planteado. Pero mostró la caducidad de una multitud de cosas tenidas por sólidas, y fue para los espíritus jóvenes y activos, como el descorrerse de una cortina de nubes que ocultaba el horizonte».

En las jornadas populares del 23 al 25 de febrero de 1848 cayó del trono de Francia Luis Felipe de Orleans. En la mañana del 25, cruzando las barricadas que defendían las calles, avanzaba por ese inmortal Quartier Latin, un joven de 26 años que con toda serenidad, como ajeno a todo lo que pasaba y como si no tuviera más objetivo ni razón de ser en la vida que la ciencia, dirigíase al Colegio de Francia, en su edificio de frente a la Sorbona. Ese joven estudioso era Ernesto Renan e iba acompañado de su querido maestro Eugenio Burnouf, quien tenía a su cargo la cátedra de sánscrito en el Colegio de Francia.

Cuenta el propio Renan que encontraron su sala transformada en cuerpo de guardia y que fueron recibidos como sospechosos. Ese día, añade, se preguntó si no había nada mejor a hacer que consagrar al estudio y al pensamiento todos los momentos de su vida. Y que después de haber consultado su conciencia y de haberse reafirmado en su fe en el espíritu humano, respondióse muy resueltamente con un nó! que significaba la afirmación de toda su vida; que no había nada mejor en la vida que la ciencia. Renan atravesaba por ese entonces, como ya se ha dicho, una grave crisis espiritual. El mismo declara que el año 1848 tuvo sobre él una influencia extraordinaria viva. Había dedicado su tiempo a un trabajo sobre el estudio del griego en la edad media, había pasado su concurso de agregación de filosofía en septiembre y alrededor de octubre se encontró frente a sí mismo. Si bien es cierto que habíase preocupado mucho de las diversas cuestiones de actualidad, jamás había pensado hasta entonces en los problemas del socialismo que ese año dejaron oir sus ruidos en toda Europa.

En estas circunstancias, durante los dos últimos meses de 1848 y los cuatro o cinco primeros meses de 1849, escribió lo que el propio Renan llama la fe nueva que en su espíritu reemplazó al catolicismo. Un extracto publicó *La Liberté de Penser*, como de próxima aparición, lo cual no ocurrió por consejo de algunos amigos como Agustín Thierry, el sabio historiador, M. de Sacy,

etc., y también por haberse absorbido Renan en otros trabajos y estudios. Por fin, al cabo de cuarenta años, el viejo manuscrito, olvidado tanto tiempo, vio la luz con el título de *L'Avenir de la Science,* al cual agregó como subtítulo explicativo aquello de *Pensamientos de 1848.* Pero, como queda dicho, el libro fue gestado y escrito en las postrimerías de 1848 y en la primera mitad de 1849. Estamos pues, justo en el centenario de tal libro.

La época de entonces era demasiado movida y demasiado interesante para no haber producido, como en realidad produjo, una honda impresión en un espíritu tan cultivado y tan abierto a las corrientes del siglo cual era el de Renan. La Francia de entonces que había dado el ejemplo de los levantamientos, era la Francia de Augusto Blanqui, de Pedro José Proudhon, de Constantino Pecquer, de Louis Blanc. El delicado Alfonso de Lamartine dejaba sus versos para tomar parte en esa revolución de febrero de 1848 que con todos sus resultados burgueses, fue obra del proletariado que se lanzó a las calles y en las barricadas venció al ejército que defendía el conservantismo de la casa de Orleáns.

Ese año de 1848 señala un hito notable en la historia de las luchas sociales. Hacía tiempo que el fermento venía incubándose en medio de la miseria de las masas y la consabida incomprensión de las clases gobernantes. En Roma, no obstante la constitución promulgada por Pío IX, habían comenzado las revueltas que no pararían hasta la proclamación de la República mientras el Papa era obligado a huir. En Nápoles sentíanse disturbios que apenas podía contener el Rey Fernando II; en Viena caía estrepitosamente de su pedestal que parecía eterno el ultramontano Metternich. En Alemania, el liberalismo agitóse intensamente reclamando libertad de prensa y parlamento e incluso Ricardo Wagner complicábase en la revolución de Dresde.

Carlos Marx por esos días en Bruselas, redactando con Federico Engels los teoremas de su *Manifiesto comunista,* fue víctima también de las represiones reaccionarias. Trasladado a París, comienza su campaña sobre la Alemania del Rhin, pretendiendo llevar a cabo la soñada revolución. El predominio burgués en Viena y Berlín concluyeron con sus ilusiones; triunfantes los reaccionarios en Francia, Marx hubo de buscar refugio en Inglaterra, asilo consabido de los perseguidos políticos del mundo entero. Poco antes de las jornadas de junio de 1848, en las que el General Cavaignac ametralló a las masas, en París circularon ejemplares de una traducción francesa del *Manifiesto* que sólo dos años después se publicaría ampliamente en Londres.

Este era el clima social y político en el cual Renan hubo de concebir los pensamientos y juicios de su libro *L'Avenir de la Science,* a cuyo centenario asistimos.

II

El saber, la verdad y los orígenes del cristianismo.

Considera Renan que la filosofía no es una ciencia especial, sino una fase, un aspecto de todas las ciencias, y piensa que «la historia de la filosofía debería ser la historia de los pensamientos de la humanidad», y definiendo la filosofía como «la cabeza común, la región central del gran haz de los conocimientos humanos», o sea exactamente el concepto que de la teología tenían los escolásticos de la Edad Media, San Agustín, Santo Tomás, etc., quienes apreciaban a la teología como la reina de las ciencias mientras Renan, por reacción a las disciplinas dogmáticas de su seminario, piensa que ella «es el más embrutecedor de todos los estudios, el más destructor de toda poesía y de toda inteligencia». Con esto olvidaba Renan que más tarde habría de decir que allí donde haya conocimiento, había belleza, y por tanto, también la poesía y la inteligencia pueden coexistir con los estudios teológicos.

Teniendo tan amplio concepto de la ciencia, el hombre debe ser de una curiosidad infinita, «el gnóstico que en el sentido primitivo y elevado de la palabra; el pensador, cualquiera que sea el objeto que guía su pensamiento». En este sentido nada hay más bello que los versos de Juan María Guyau, quien poco antes de morir a los 33 años, decía con augusta serenidad:

> Voir c'est peut-etre-mourir
> N'importe, ô mon oeil, regarde.

Hace Renan un análisis de la filología como ciencia, cuyo valor debe irse a buscar precisamente en el seno de la filosofía, dándonos aquí un hermoso postulado: «No hay estudio por insignificante que parezca su objeto que no traiga su rayo de luz a la ciencia del todo, a la verdadera filosofía de las realidades. Los resultados generales, únicos que tienen valor por si solos y son la *finalidad* de la ciencia, no son posibles, más que por el *medio* del conocimiento, y del conocimiento erudito de los pormenores». Es estas ideas, que como ya se dijo, desmienten su apasionado y peyorativo concepto de la teología, vemos al enamorado del detalle, de aquel detalle que en su insignificancia, nos puede dar la clave de todo un problema, de toda una realidad, ya que para eso está el cerebro del pensador, para saber establecer las correlaciones y sacar las consecuencias del caso. «Un montón de datos no es una ciencia, como un montón de ladrillos no es una casa», ha dicho el gran sabio Henri Poincaré.

Así dentro de este conjunto, de esta unidad filosófica, juzga Renan que el problema del origen de la humanidad corresponde resolverlo a ciencias de individualidad diferente pero tendiendo todas al mismo fin; ellas son: la etno-

grafía, la fisiología, la psicología y la historia. Cada una de estas, dentro de su especialidad, llegarán a conclusiones unilaterales, pero reunidas y compensadas nos darán la clave de ese problema tan complejo que el hombre trata de resolver desde que tuvo conciencia.

Habla Renan del valor de las obras artísticas, considerando que «las literaturas de una época son las que pintan o las que expresan». Concepto amplio que encierra en sí todo lo que el historiador necesita para hacer la historia del pensamiento artístico; si son las artes plásticas las que simbolizan mejor el sentimiento y la idea de un pueblo y de una época, precisamente ellas son «las que pintan o las que expresan», cual lo desea Renan. En cuanto a que «una obra no tiene valor sino en su marco y que el marco de una obra en su época», no hace sino adelantarse a los positivistas que con Taine a la cabeza habían de proclamar solemnemente poco después estos principios juzgando todo en función del medio y de la época, único criterio valedero, precisamente por su misma relatividad.

Ernesto Renan no fue un filósofo en el estricto sentido de la palabra; ante todo y sobre todo, fue un historiador, que al hacer historia, hacía también filosofía. De allí que haya dicho que «la historia es la verdadera filosofía del siglo XIX», y a renglón seguido: «Nuestro siglo no es metafísico. No hace caso de la discusión intrínseca de los problemas. Su mayor preocupación es la historia, y, sobre todo, la historia del espíritu humano. Se cree o no se cree en la humanidad según el sistema que cada cual se ha formado de su historia. Si la del espíritu humano no es más que una sucesión de sistemas que se derriban unos a otros, hay que arrojarse en el escepticismo o en la fe. Si esa historia es la idea hacia la verdad, entre dos oscilaciones que restringen cada vez más el terreno del error, hay que tener esperanza en la razón».

Lo peor del caso es que Renan no nos dice aquí ni en ninguna parte cual es la verdad, aquella que busca la ciencia. El terrible interrogante *¿Quid est veritas?* de Pilato, sigue hoy tan trágico como ha dos mil años y como siempre, y es una pregunta que en sí encierra el contenido de la humanidad toda. *¿Quid est veritas?* y al decir de Oswald Spengler ésta es la única frase que en todo el Nuevo Testamento tiene «raza», pues en ella se «encierra el sentido de toda la historia universal». *¿Quid est veritas?* dijo Pilato y en ese momento «la más emocionante escena de la historia de la humanidad, el mundo de los hechos y el mundo de las ideas se enfrentaron sin remedio ni aveniencia posibles», según expresa, conmovido casi, el autor de *La Decadencia de Occidente.* Ni Renan ni nadie, en nombre de la ciencia, hasta hoy ha podido absolver el tremendo, el angustioso interrogante *¿Quid est veritas?* que perdurará cuanto como el mundo.

Por esos años de 1848 y 1849, Ernesto Renan ya había superado la fe de su seminario, pero no la había reemplazado por ninguna otra, como no llegó a hacerlo nunca, a pesar de haberlo proclamado campanudamente. Vivió siempre atormentado por la duda y se refugió en el escepticismo que es una posición intelectual pero no una fe. Y Renan, espíritu esceptico y analítico por excelencia, siente en sí mismo hasta dónde y hacia adónde nos lleva tal inclinación. «El análisis no sabe crear. Un hombre sencillo, sintético, sin crítica, es más poderoso para trastornar el mundo y atraer prosélitos que el filósofo inaccesible y severo. Es una gran desgracia haber descubierto en sí mismo los resortes del alma; siempre se teme ser engañado por sí mismo; sospecha uno de sus sentimientos, de sus alegrías, de sus instintos. El sencillo anda de frente, en derechura y con poderosa energía».

Este es precisamente el secreto de los grandes caudillos, religiosos o político-sociales. Carecen de análisis; creen en «su verdad», como algo definitivo, fuera de la cual nada existe, y aferrados a ella, se sienten tan fuertes que destrozan todo lo que se les opone. Mahoma, Lenín, no son otra cosa que monstruosas deformaciones de la fe que precisamente es lo contrario del análisis, y que han pretendido imponerse a la humanidad. El sabio, el que estudia, el que cada vez se ahonda mas en el misterio de las cosas, duda siempre, pues jamás ha podido resolver todos los problemas, y ese análisis que es lo que lo hace grande, pues lo hace sabio, también lo hace débil, pues le quita la fe indispensable para conseguir prosélitos. Pero, precisamente esa debilidad es su fuerza; sin ella no sería sabio.

La vocación de Renan de «nazareno», como él mismo se apellidaba, se nota desde su primera época, desde San Sulpicio incluso y lo dice así: «El libro más importante del siglo XIX debería llevar como título *Historia crítica de los orígenes del cristianismo*. Obra admirable que envidiaré a quien la realice y que será la de mi edad madura, si la muerte o tantas fatalidades exteriores, que tantas veces hacen desviar las existencias, no me lo impiden». No se lo impidió nada ni nadie, y así pudo de 1864 a 1881, escribir sus siete volúmenes que comprenden el consabido tema. Su prisa era tal, que tenía miedo a que la muerte le sorprendiese antes de haber terminado lo que siempre consideró su *opus*. Solo después, acometió la de su *Historia del Pueblo de Israel* que terminó en 1891, y que en realidad, por razón cronológica debería preceder a la otra.

La obra de Renan levantó revuelo desde el primer momento. Su *Vida de Jesús* que fue el primer volumen, se tradujo a todos los idiomas y fue combatida en forma violenta; en cierta oportunidad, el Papa Pío IX llamó a Renan «el blasfemo de Europa», debiendo hacerse presente que la obra tiene un hondo sentido de veneración y de amor por la figura de Jesús. Conste aquí que en

1866, un franciscano español, pero que al decir de René-Moreno con justicia su obra pertenece a la bibliografía peruana, Fr. Pedro Gual, publicó una refutación tan valiosa que lo colocaron a la altura de los primeros controversistas del tema.

Decíase que la *Vida de Jesús* está escrita con verdadero y hondo fervor, pese a lo que afirman los detractores de Renan; y a este propósito vale la pena recordar aquí la anécdota que relata Pompeyo Gener. En 1878, el escritor catalán frecuentó en Ginebra los cursos de Ganneval sobre la personalidad de Jesús; Ganneval sostenía que ningún texto contemporáneo del Salvador hablaba de él, y que por éstas y muchas y muy otras razones, se podía deducir que no había existido, siendo en realidad no otra cosa que un mito solar de origen greco-judío, que adquirió figura y existencia humana por obra y gracia del Concilio de Nicea, el más importante de la historia de la Iglesia, reunido por mandato de Constantino el Grande en el año 325, bajo el pontificado de San Silvestre, y con el principal objeto de resolver el problema de la herejía de Arrio.

Cuando Pompeyo Gener regresó a París, Renan interrogólo ansioso sobre las conferencias de Ganneval, cuyas ideas ya le eran conocidas; informado de sus puntos de vista, el antiguo seminarista, el que había escrito una *Vida de Jesús* con verdadera unción y en estilo maravillosamente poético, se sintió profundamente afectado, y solo atinó a responder al escritor catalán: «Es verdad, y no se puede negar, que en todo esto hay un gran fondo de verdad. Efectivamente, no hay texto directo alguno contemporáneo de Cristo. El pasaje en que Flavio Josefo habla de Jesús, no está escrito por dicho historiador, sino que fue, evidentemente, interpolado en una época bastante posterior. Pero con todo, aunque no hayan habido documentos más próximos a Jesucristo que las cartas y lo que escribió o dictó San Pablo treinta años después, sin haber conocido directamente al Maestro más que por referencias, debo decirle a usted que yo lo siento y lo veo palpitar en aquellos escritos, y el día en que se probara de una manera que no dejara ninguna duda, la no existencia de Jesús el Nazareno, lloraría amargamente porque vería desaparecer de la tierra la única estrella brillante, ese sol sin mancha alguna, y creería que la Humanidad es incapaz de producir un individuo moralmente perfecto. Jesús de Nazareth y Francisco de Asís son los dos únicos hombres que por su infinito Amor a todo lo que vive, a todo lo que respira, hacen perdonar a la raza humana tanto criminal coronado, tanto ambicioso estúpido y lleno de fortuna, tanto imbécil sanguinario y dilapidador elevado al poder, como ha producido nuestra especie en su evolución histórica». Y luego, pensativo, añadió: «Es igual. Si no hubiese existido..., tendría que haber existido de todos modos, puesto que uno u otro lo han concebido, y el que lo ha concebido era igual a él, él mismo era el

ideal que transcribió, pues las grandes ficciones de la Historia, las más de las veces, no son más que autobiografías».

Confirmando este pensamiento en su célebre y maravillosa invocación a Jesús muerto en la cruz, ya había dicho Renan «llegarás a ser hasta tal punto la piedra angular de la humanidad, que el arrancar tu nombre de este mundo, sería conmoverlo hasta en su fundamentos». Todo ello nos demuestra hasta dónde y cuán profundamente encarnada en la persona y en el alma de Renan estaba la figura de Jesús.

El éxito de la obra de Renan fue sencillamente extraordinario, y aquí viene bien lo que él mismo decía: «Un libro no tiene éxito próspero más que cuando responde al pensamiento secreto de todos; un autor no destruye creencias; si sus ataques las hacen caer es porque están muy apolilladas». Tal pasó con su *Historia de los orígenes del cristianismo*, a cuyo éxito verdaderamente clamoroso, fuera de su valor intrínseco, contribuyeron dos cosas: el ambiente preparado ya por las obras de David Federico Strauss y la escuela de Tuebingen y las alharacas de la clerecía.

III

La ciencia y el sabio.

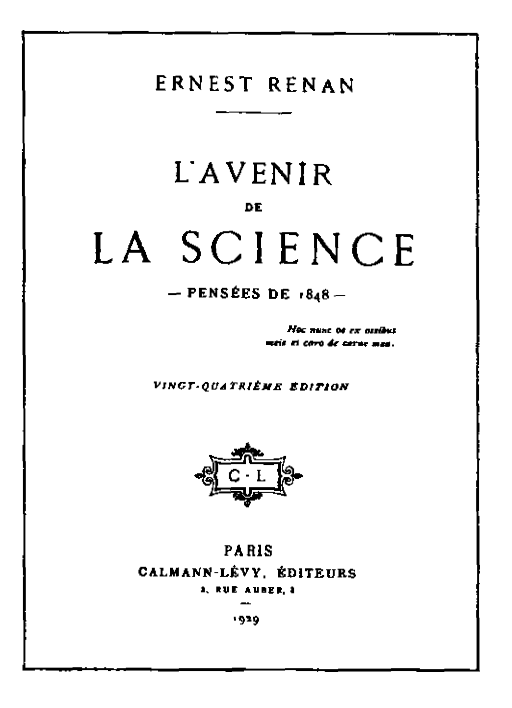
A pesar de que el libro está perfectamente dividido en capítulos y llevar un índice enunciativo, no es algo estructurado metódicamente a la manera de los demás trabajos de Renan. Se nota que son reflexiones diversas más o menos concatenadas y armónicas, pero que no impiden que los temas estén en realidad distribuidos a lo largo de toda la obra. Todo está lleno de originalidad y de fuerza y si se fueran a hacer resaltar los pensamientos más sabios y vigorosos, habría que copiarse el volumen íntegro. Apenas se ha de intentar aquí un análisis de alguna que otra idea, tomada al azar entre tantas y tan valiosas, coordinándolas dentro de cuatro aspectos: la ciencia, la filosofía, el hombre y el problema social, puntos ejes alrededor de los cuales en realidad gira todo el libro.

Considerando a la ciencia en tan alto lugar, Renan piensa que «saber es iniciarse en Dios», para después decir que «la ciencia es la primera necesidad del género humano». Convencido como el más de lo que vale la sabiduría, sostiene que la ciencia, fuera de dar a la vida moderna todas sus mejoras, tiene su valer propio, por sí misma, al igual que la moral, concluyendo con estas audaces palabras: «La ciencia que gobernará el mundo no será más la política. La política, es decir la manera de gobernar la humanidad como una máquina,

desaparecerá como arte especial en cuanto la humanidad deje de ser una máquina. La ciencia suprema, la soberana de entonces, será la filosofía, es decir la ciencia que busque el fin y las condiciones de la sociedad. Organizar científicamente la humanidad, es la última palabra de la ciencia moderna. Tal es su audaz, su más legítima pretensión».



37 Ernesto Renán.



ERNEST RENAN

L'AVENIR
DE
LA SCIENCE

— PENSÉES DE 1848 —

VINGT-QUATRIÈME ÉDITION

C · L

PARIS
CALMANN-LÉVY, ÉDITEURS
RUE AUBER

1929

38 153 x 87; XX + 541 p.

Esta tendencia se presenta hoy mismo en los postulados de cierta escuela sociológica llamada *Behaviorista* que a base de la psicología social, pretende «conducir» a la sociedad, guiar sus instintos, etc. Fundándose en los estudios de Pavlov y Watson sobre los llamados «reflejos condicionados» en animales, y por Krasnogorski en seres humanos, creíase que las reacciones serían iguales en lo social y por tanto, a determinado acto, respondería determinada reacción. Conste que esta tendencia está muy en boga entre los sociólogos norteamericanos, armonizando ellos lo que el propio Renan decía que «la naturaleza humana no consiste sino en instintos» y que «hasta el presente no ha sido la razón la que ha gobernado el mundo, sino el capricho o sea la pasión». Precisamente a guiar esa «pasión» tiende la antedicha escuela sociológica.

Y la ciencia como fuerza, o entidad suprema, precisa estar fuera de toda coacción, de todo dogmatismo. «No concibo la alta ciencia, la ciencia que comprende su objeto y su fin, sino fuera de toda creencia sobrenatural». Parece que recordando melancólicamente sus años de seminarista, la fe a la cual

pensaba consagrarse y la lucha que hoy emprende, afirma Renan que «la suerte de todos aquellos que combaten los prejuicios, es la de ser olvidados, apenas desaparecen los prejuicios», y embistiendo a sus viejas creencias, no olvidadas ni mucho menos, con verdadero ímpetu dice: «La fe estará siempre en razón inversa del vigor del espíritu y de la cultura intelectual. Detrás de la humanidad está aguardando sus instantes de desfallecimiento para recibirla en los brazos y afirmar después que la humanidad se lo entregó. ¡Vergüenza para los tímidos que tienen miedo! ¡Vergüenza para los cobardes que explotan nuestras miserias y esperan para vencernos que la desventura nos haya vencido ya a medias!» Se nota aquí la reacción inmediata y violenta del seminarista que aún siente sobre sí el peso de las imposiciones dogmáticas.

La ciencia en su función altísima es por esencia crítica, y por lo tanto completamente independiente y sin contemporizaciones. Así nos lo dice Renan: «la ciencia verdaderamente digna de este nombre no es posible sino a condición de la más perfecta autonomía. La crítica no conoce respeto alguno; para ella no hay prestigios ni misterios; ella rompe todos los encantos; ella desgarra todos los velos. Esta potencia irreverente llevará a todas las cosas su ojo firme y escrutador, es en esencia misma culpable de lesa-majestad divina y humana. Es la autoridad sin control». Si bien es cierto – afirma–, que la ciencia hasta ahora no ha hecho sino destruir para llegar a su fin constructivo, «debe seguir su camino, sin mirar lo que arrolla».

Continúa enseguida analizando lo que ha sido la crítica a través de la historia y cómo ha derribado «los ídolos de la ciencia incompleta, las supersticiones del pasado», citando entre ellos a Aristóteles, a Platón y a Homero. Se nota la embriaguez cientificista de Renan cuando cree desterrados los prejuicios para siempre y muertas las supersticiones, cuando de sobra sabemos que viven y vivirán siempre junto con el espíritu humano; por un Renan que se alza orgulloso en su escepticismo, hay cien mil que necesitan creer en algo, por más absurdo que sea, y no será la ciencia la que les corrija, pues no es cuestión de saber sino de creer, no es de sabiduría sino de fe, de aquella debilidad del alma si se quiere, pero que ha sido el más grande soporte de pueblos y de civilizaciones.

Y con referencia a la crítica, a aquella crítica que como un verdadero maestro aplicó y teorizó Hipólito Taine y que ha sistematizado Emilio Hennequin, Renan nos dice que las verdaderas razones críticas son advertidas por intuición, y no por conocimiento lógico. «Los resultados de la crítica no se *prueban*, se perciben», lo cual podría a su vez aplicarse precisamente a la fe, que no se prueba sino que se percibe, se intuye, incluso por encima de las pruebas visibles y palpables en contrario.

Un estudioso como Renan, un analista de libros y papeles, no podía menos de deplorar el tiempo perdido en la búsqueda fatigosa en archivos no clasificados ni ordenados; días y semanas de investigación para al fin, sacar muy poco o no sacar nada. De allí el grito angustioso: «En el estado actual de la ciencia, el trabajo más urgente es el de un catálogo crítico de los manuscritos de las diversas bibliotecas»; es decir facilitar al estudioso su labor, ponerle los materiales al alcance de la mano para que los maneje y con ello construya el edificio de la ciencia. ¿Qué podríamos decir de eso en Bolivia en cuyo Archivo Nacional, en la capital de la República, apenas ha poco tiempo un Director inteligente y abnegado como Gunnar Mendoza ha dado comienzo a tan valiosa tarea?

Aquí entre nosotros, el que quiera estudiar algo a fondo, pierde la mitad del tiempo o más en la búsqueda del material y tanto que cuando lo ha encontrado y analizado, casi no le queda tiempo para hacer su obra. De lo contrario y es lo que sucede más frecuentemente, se busca apenas lo que se halla publicado y sea fácil de obtener y de leer y nada más, resultando de ello que nuestros ensayos en su mayor parte se resienten de una superficialidad e inconsciencia que aterran verdaderamente. Y caen también en otro yerro.

Un historiador del valer de Renan, a pesar de sus veintiseis años, no podía menos de insistir sobre la investigación original, sobre los trabajos de primera mano. Ya Alcides Arguedas aquí acusó a nuestros cronistas que no hacían sino copiarse servilmente unos a otros, sin acudir a fuentes primigenias ni usar de criterio propio. A esto puede replicarse que si bien es cierto que la mayoría de nuestros ensayos históricos adolece de ese defecto capital, al menos ya hay algunos con verdadera conciencia y método que saben cumplir con esa exigencia de ética científica. Conste aquí que en mucho sirve de disculpa a aquellos que se copian unos a otros al decir de Arguedas, el que no hay archivos ordenados ni catalogados para la búsqueda, dando así razón sobrada al pedido de Renan al respecto.

Según Renan la misión del sabio es específica: «su objeto no es que lo lean, sino llevar una piedra más al gran edificio. Los libros científicos son hechos; la vida del sabio puede compendiarse en dos o tres resultados, cuya expresión tal vez no ocupará más que algunas líneas, o desaparecerá completamente en fórmulas más adelantadas. Quizá consigne sus investigaciones en tomos abultados que no leerán más que los que recorran el mismo camino especial que él. No está ahí su inmortalidad; reside en la breve fórmula en que compendió su vida, y que más o menos exacta, entrará como elemento en la ciencia del porvenir».

Expresión de profunda modestia, propia del verdadero y positivo saber. Los tratados de Arquímedes o Pitágoras, no llegan a un volumen de regulares

dimensiones. Las obras completas de Tácito, el máximo historiador de la antigüedad clásica, no significan ni la décima parte de la producción de cualquier profuso historiador moderno. La Divina Comedia vale más que millares de poesías; las leyes de Kepler y de Newton se pueden resumir en unas cuantas fórmulas matemáticas. Evaristo Gaulois, aplazado dos veces en su examen de ingreso a la Escuela Politécnica, en una sola noche, la víspera de un duelo que habría de serle mortal, en una carta trazó nada menos que la teoría de los grupos, llave indispensable hoy para el ingreso a las regiones de la matemática superior. Si Dostoyewski no hubiera escrito nada más que *El Gran Inquisidor*, que es apenas un capítulo de su obra maestra, le hubiera bastado para quedar en bronce, así como a Otto Weininger, el trágico judío suicida de Viena, le fue suficiente el haber producido a los veinte años *Sexo y Carácter*, para pasar a la inmortalidad. Una cantata de Bach, la Novena Sinfonía o la Marcha Fúnebre de Sigfrido, son suficientes para la gloria de Juan Sebastián, Beethoven o Wagner. No es la cantidad, sino la calidad la que vale ante la ciencia y por la ciencia.

Protesta Renan de que el verdadero sabio pierda el tiempo en labores administrativas, cuando se debe sólo y exclusivamente a la ciencia; esto es sólo dable en países altamente cultivados como los de Europa, en que el estudioso puede vivir exclusivamente de la ciencia y así poderse dedicar a ella enteramente, sin otras preocupaciones de orden material. Con todo hay también sus grandes excepciones y se han visto a muchos hombres de valer esterilizar su talento en otras actividades. Pero esto que es una excepción allí, es lo ordinario y consabido en países como el nuestro. Y vamos a cuentas.

La más alta cumbre de nuestras letras, Gabriel René-Moreno, pasó toda su vida de bibliotecario en el Instituto Nacional de Santiago de Chile. En medio de los libros y para los libros pudo desarrollar sus maravillosas condiciones nativas, sin preocuparse del pan cotidiano. Don Alberto Gutiérrez y don Alcides Arguedas pudieron hacer la obra que han dejado porque siempre tuvieron más que suficiente independencia económica. Don Franz Tamayo, ¿Sería lo grande que es si hubiese tenido necesidad de frecuentar nuestras mínimas escuelas fiscales, y después ser empleado de comercio y lo peor, funcionario público, para poder vivir y costearse sus estudios?

Estos nuestros países aún no son climas propicios al estudio y a la investigación pura, a lo que se llamaría la ciencia por la ciencia. El que a ello se dedique merece la famosa dedicatoria de uno de los libros de Julio Vallés: «a todos los que alimentados de griego y latín han muerto de hambre». Aquí lo primero que hay que hacer es asegurarse el sustento y sólo como un *hobby*, la ciencia. Un joven ensayista de nuestros días y de valer positivo, llamó ya

la atención sobre la influencia de la independencia económica en la calidad de muchos trabajos literarios (Reinaldo López Vidaurre).

Si Renan protesta porque el sabio se distraiga en una labor que debe a la humanidad, protesta aún más contra los que en su mérito científico fundan pretensiones políticas, considerando que ello «es indicio de alma mezquina, de ser hombre que no comprende la belleza de la ciencia». Si eso decía Renan de Francia, ¿que podríamos decir de algunos hombres de entre nosotros? Hubo un escritor, conocido como tal en el exterior más aún que en Bolivia, y que sin embargo, vivía amargado y resentido porque nunca lo habían nombrado ministro de estado. ¡Y nada menos que ministro de estado, en estos tiempos en que tal función no es honra para nadie!

Es tal el respeto y culto que la ciencia merece a Renan, que justifica y defiende el que se mantenga en sus alturas y que no descienda al común de los mortales. «La ciencia de salón se parece a la verdadera ciencia tan poco como la de los tratadillos para el pueblo. La ciencia se degrada en cuanto se rebaja a agradar, a distraer, a interesar, en cuanto deja de corresponder directamente, como la poesía, la música y la religión, a una necesidad desinteresada de la naturaleza humana». Y aún va más lejos cuando afirma: «La ciencia pierde toda su dignidad cuando se rebaja a esos marcos infantiles y a un lenguaje que no es el suyo. Para hacer inteligibles para el vulgo las altas teorías filosóficas, hay que despojarlas de su forma verdadera, hay que sujetarlas a la estrecha medida del buen sentido, hay que falsearlas. Sería muy de desear que la masa del género humano se elevase hasta entender la ciencia, pero la ciencia no debe rebajarse para ser comprendida».

Aquí, más que nunca se ve el espíritu archiaristocrático de Renan, pero esa su posición es lógica en él. Siendo como era un mimado de la ciencia por mérito propio, no quiere verla descender de su alto pedestal a mezclarse en el bajo mercado de la vulgaridad. Orgullo intelectualista y señorío del saber.

IV

Objetivos de la vida.

El primer tema que aborda Renan en su libro es el del objetivo y fin de la vida, el mismo que según él, debe dividirse en dos: el material, vulgar y el espiritual o elevado; éste consagrado al bien, a la verdad, a la belleza, a la bondad moral. Era el mismo pensamiento clásico que intuyeron los sofistas y que Sócrates habría de encausar por los caminos que muy luego seguirían Platón y Plotino. Dice Renán: «Dios mismo, tocado, percibido, sentido bajo

sus mil formas por la inteligencia de todo lo que es verdadero y el amor de todo lo que es bello»; todo lo cual no es otra cosa que la contemplación intuitiva de Dios que para Spinoza era «el bien incomparablemente supremo y el fin último de toda actividad».

Y así tenemos que «la vida superior, la vida ideal es todo, y que la vida inferior, la vida de los intereses y de los placeres es nada. Vivir la vida del espíritu, aspirar el infinito por todos los poros, realizar la belleza, alcanzar lo perfecto, cada uno según sus medios, es la única cosa necesaria. Todo el resto es vanidad y aflicción del espíritu». Todo lo que es patrimonio del alma es sagrado, y la belleza, la verdad y el bien, no son sino un todo armónico. «El fin del hombre no es saber, sentir, imaginar, sino ser perfecto, es decir ser hombre en toda la extensión del vocablo; es ofrecer en un tipo individual, el cuadro resumido de la humanidad completa, de mostrar reunidos en una potente unidad todas las fases de la vida y que el género humano ha trazado en tiempos y lugares diversos». Todos estos bellos pensamientos se ven coronados por otros que dicen que «la vida más perfecta es aquella que representa lo mejor de toda la humanidad», y que «es uno hombre cuando posee cultura intelectual y moral».

Opone siempre Renan el hombre como valor superior, como valor moral, a la fuerza, a la violencia, por la cual siente profundo desprecio. «El hombre culto, cuya vida tiene un valor real, la estima demasiado para exponerla al acaso. La fuerza bruta le parece tal extravagancia, que se rebela contra tan absurdos medios y no puede determinarse a luchar con armas que un salvaje maneja mejor que él. En los combates groseros, la conciencia más obscura es la mejor; la personalidad, la reflexión, son causas de inferioridad. Por eso, la libertad de pensar ha sido hasta ahora poco favorable a empresas que exigen que masas de individuos renuncien a su individualidad para uncirse al yugo de un gran pensamiento, y arrastrarlo majestuosamente por el mundo».

Es la voz del hombre de ciencia, de pensamiento, un exponente de la cultura intelectual el que se expresa así. El predominio del espíritu sobre la materia, del cerebro sobre el músculo, y que viene bien en nuestro tiempo en el cual por una lamentable subversión de valores, se rinde culto ciego e idolátrico a los campeones de atletismo, de futbol o de box, y en fin a todos los que representan fuerza y violencia, como si fueran fetiches de una nueva y degenerada religión propia de hombres verdaderamente abyectos.

En cuanto a la vida interior del hombre de ciencia y los medios de vivir, se inclina Renan por aquellos de orden netamente material, cual son los oficios de artesano, y no por las profesiones llamadas liberales, pues dice que «la mayor parte de estas absorben todos los instantes y, lo que es peor, todos los

pensamientos, mientras que, como oficio no exige reflexión alguna, ni atención, deja al que lo ejerce vivir en el puro mundo espiritual» y añade estos hermosos pensamientos: «La individualidad profesional no borra la moral e intelectual, sino cuando ésta es efectivamente poca cosa», y este otro tan noble: «al genio no le humilla trabajar con las manos». El caso es muy distinto cuando se entra en el servicio público del Estado.

Habla Renan de la relación entre el hombre de ciencia y los cargos públicos, y dice: «Toda posición oficial es un molde más o menos estrecho; para penetrar en él hay que romper y doblegar a la fuerza toda originalidad. La enseñanza es ahora casi el único recurso de los que, con vocación para los trabajos del espíritu, están reducidos, por necesidades de la fortuna a tomar una profesión exterior. Pero la enseñanza es muy perjudicial para las grandes necesidades del espíritu; la enseñanza absorbe, gasta, ocupa infinitamente más que un oficio manual».

Hasta cierto punto tiene razón Renan; la enseñanza en su tiempo y con su persona, era un verdadero grillete, cual lo es hoy en nuestro país, donde los maestros constituyen poco menos que una colectividad de mendigos. Pero de esos años acá, en las naciones cultas, la enseñanza, sobre todo la universitaria, ha venido a ser la mejor y más grande ayuda del intelectual y del hombre de ciencia, pues le facilita todos los medios de investigación y de estudio, además de asegurarle el sustento con superabundancia, y todo ello a cambio de esfuerzos y sacrificios que no pesan, pues son dentro de la especialidad.

En toda la abstracción de su espíritu de estudioso, Renan da tanto valer a la vida interior, con preterición casi absoluta de lo externo, que dice: «El hombre verdaderamente elevado es altivo por dentro. Hacer caso de la humillación exterior es demostrar que se da importancia a algo que no es el alma. El esclavo embrutecido, que se sentía inferior a su dueño, soportaba los golpes porque los creía procedentes de la fatalidad, sin pensar en encolerizarse. El esclavo culto, que se sentía igual a su amo, tenía que odiarle y maldecirle, pero el esclavo filósofo, que se sentía superior a su señor, no le parecía humillante el servirle. Irritarse, habría sido igualarse a él; era preferible despreciarle interiormente y callar. Regatear respetos y sumisiones, es tomarlas en serio. No es uno sensible más que a las ofensas de los iguales; las injurias de un gañán molestan a sus semejantes, pero a nosotros no nos alcanzan».

Y aquí puede aplicarse lo que Renan decía de las religiones, que «las más bellas nacen entre lágrimas; no se compra muy cara la belleza cuando se adquiere con el dolor». Educado desde niño en la disciplina férrea de sus seminarios, Renan no sentía la necesidad de la libertad material, bastándole la del pensamiento; admite a los déspotas que oprimen el cuerpo, con tal que dejen en libertad el pensamiento. De allí que en *Souvenirs d'enfance et de*

jeunesse haya dicho que «por el bien de la pobre humanidad en su hora de desamparo, se resignaría a servir a un tirano filántropo, instruido, liberal». Y ello no es sino confirmación de lo que hizo, ya que fue uno de los hombres de la intimidad y favor de Napoleón III.

Renan con todo su talento inmenso y su fe en la ciencia, no fue un buen oteador político; así como fracasó todas las veces que quiso llevar al parlamento la representación popular, fracasó también en su predicciones políticas. Cuando publicó estas páginas que se comentan, cuarenta años después de escritas, decía así respecto de ellas mismas.

«El principio nacional ha tomado desde 1848 un desarrollo extraordinario. El gobierno representativo se ha establecido casi en todas partes. Pero se muestran en el horizonte signos evidentes de la fatiga causada por las cargas estaduales. El patriotismo se ha convertido en local y el arrebato nacional disminuye. Las naciones modernas se asemejan a esos héroes agobiados por sus armaduras: cuerpos raquíticos bajo las mallas de hierro. Francia, que ha marchado a la cabeza en los caminos del espíritu nacionalista, será según la ley común, la primera en reaccionar contra el movimiento que ella ha provocado. Dentro de cincuenta años, el principio nacional estará en baja. La horrible dureza de procedimientos mediante los cuales los antiguos estados monárquicos obtenían los sacrificios del individuo, será imposible en los estados libres; no se castiga uno a sí mismo. Nadie tendrá el menor gusto en servir de materiales para esas torres construidas con cadáveres, como las de Tamerlán. Hoy está claro que la felicidad del individuo no está en proporción a la grandeza de la nación a la cual pertenece, y como ocurre ordinariamente, una generación hace poco caso del porqué la generación precedente ha ofrendado su vida».

Quien habría de decirle a Renan de cuán lejos estaba de acertar en sus previsiones y que ese nacionalismo que creía llamado a disminuir, habría de aumentar hasta lo inconcebible precisamente en estos momentos del centenario de estas páginas que comentaba; que todos soportarían cargas mil veces mayores que aquellas de su tiempo; que Francia continuaría su política nacionalista y la extremaría más aún; que todos, en el mundo entero, siguen brindándose gustosos a servir de ladrillos humanos en las macabras pirámides del guerrero asiático, y que generación tras generación seguirían muriendo por los mismos prejuicios por los cuales se había ofrendado en cruento sacrificio la generación anterior! La profunda, la inmensa fe de Renan en la perfectibilidad moral del espíritu humano, hubiera sufrido rudo golpe con las dos guerras pasadas y la situación caótica y desesperada del mundo de hoy. La muerte fue piadosa con él y le cerró los ojos antes de ver la ruina de todo cuanto creía bueno y bello.

Por lo demás, la ideología de Renan era plena y fundamentalmente humana, y así se manifiesta cuando habla del amor y dice: «el amor guardará

siempre su carácter incoercible y sagrado», e inflamándose en su ardor místico impregnado de los jugos y esencias primigenios de la Vida, considera el amor con sentido verdaderamente religioso, exclamando: «¿Quién había de pensar, que este antiguo resto de parentesco con la Naturaleza, la frivolidad y la tontería humanas hayan logrado hacerlos considerar como residuos de la animalidad, y como un pecado? ¿Es posible que un fin tan santo como el de continuar la más superior de las especies haya sido unido a un acto culpable o ridículo? Esto sería suponer en el Eterno, una intención grotesca, una verdadera chocarrería».

La índole profunda y eminentemente mística del espíritu de Renan se trasunta aquí, pues sintiendo todo lo grande y sublime del más poderoso y noble de los instintos, y cómo en si encierra el secreto de la verdadera eternidad, proclama su esencia eminentemente religiosa.

V

El problema social.

El eco de las ansias reivindicatorias llega hasta el alma de Renan, y ante las dos clases sociales que en Francia se acusan mutuamente de materialismo y de culpabilidad, hace recaer las responsabilidades sobre los ricos y poderosos a quienes increpa con acritud: «¿Conque os parece mal que deseen aquello que disfrutáis? ¿Queréis predicar al pueblo la claustración monacal y la abstinencia de placer, cuando el placer es toda vuestra vida y tenéis poetas que solo eso cantan? Si esa vida es buena ¿por qué no han de desearla? Si es mala ¿porque disfrutáis de ella?» Cuarenta años más tarde diría Renan que escribió todo esto bajo el influjo del momento y así lo manifiesta en el prólogo puesto precisamente a este libro: «La idea de una civilización igualitaria, tal como resulta de estas páginas, no es otra cosa que un sueño. La desigualdad está escrita en la naturaleza; ella es una consecuencia de la libertad, pues la libertad del individuo no es sino un postulado necesario del progreso humano». Aquellas ideas, que Renan consideraba como errores, las achaca a un exagerado optimismo que entonces lo dominaba por completo y quizá a un resto de sus ideas y sentimientos católicos.

Analiza comparativamente las condiciones propias del espíritu francés y del espíritu alemán; reconoce que a sus compatriotas les falta religiosidad, pues de tenerla, se habrían hecho protestantes, y habla de esa lijereza que por huir de la pedantería, muchas veces les hace caer en la superficialidad, al revés

de los [illegible], que se aburren y divierten metódicamente, pero que son serios hasta la pedantería.

Tiene Renan un pensamiento grandioso, que si no existiese la prueba de haber sido escrito hace un siglo, creeríase de hoy, de los momentos palpitantes de actualidad. «La masa es la que crea: porque la masa posee en grado eminente y con espontaneidad mil veces superior, los instintos morales de la naturaleza humana». De aquí resulta que en realidad la obra de arte, la expresión del espíritu individual, no es más que un exponente de la masa; la masa crea, la masa produce, y el resultado aparece por obra del individuo, agente inconsciente en este caso de esa labor.

Tal es en el fondo a su vez la doctrina de los modernos marxistas. Jorge Plejanov, uno de sus teóricos más destacados, considera que el arte está profundamente influenciado por la vida social, la cual lo amolda o lo deforma, según los casos, pero siempre ejerciendo sobre él una gravitación directa; en una palabra, el arte no es otra cosa que una función del medio social. Mucho más preciso en sus conclusiones, Lunarscharsky afirma que «el arte no es sino un aparato del trabajo, es también una ideología», y que «las ideologías nacen de las realidades y llevan el sello de estas realidades. Cada ideología recibe su [illegible] de la realidad; las actuales formas de la realidad controlan las ideas e [illegible] de los pensadores quienes nunca pueden librarse de los intereses sociales definidos»; para concluir con estos magníficos conceptos: «el arte es hasta cierto punto el coordinador del pensamiento social. En sí mismo es un instrumento especial para captar la realidad».

Nada más evidente que todo esto; las formas actuales de la vida artística, no son otra cosa que manifestaciones, a su manera y en su propia expresión del desconcierto de la vida social y de la anarquía de valores que existe actualmente. El signo de los tiempos es la confusión y ello se nota, si corremos la mirada al conjunto abigarrado de las escuelas y tendencias artísticas, tan dispares y tan anárquicas. El Renacimiento fue un siglo de guerras y novedades en todo orden, semejante al presente, pero el signo era el de la armonía pagana y así pudo aparecer y fructificar un arte que aún hoy se lo siente con sabor a pámpanos y a vino dionisiaco.

Así como nuestro siglo es trágico, el Renacimiento fue pagano, en su sentido más hedonista, sin que ello impida lo que la Reforma y la Contrarreforma significaron, y conste que avanzando en el terreno de las comparaciones, el molinosismo quietista no tuvo éxito, no saliendo de determinado círculo, mientras que hoy el existencialismo pasa por ser la filosofía propia de este siglo; de las academias y cenáculos ha invadido la novela, el teatro y hasta el periodismo. Es el signo de la hora.

«¡Desdichado del que hace las revoluciones! ¡Dichoso de quien las aprovecha! ¡Felices, sobre todo, aquellos que, nacidos en mejor época, no necesitarán, para que la razón triunfe apelar a medios irracionales y absurdos!» exclama Renan y parece que estuviese mirando lo que ante sus ojos pasó con la revolución de 1848. El proletariado de París la hizo, y la burguesía conservadora aprovechó, para de allí a poco implantar el Segundo Imperio. Y sobre todo, como conjunto general, anhela una época mejor en que no se necesite de la violencia. Crédulo como el que más en la perfectibilidad humana, Renan soñaba que muy pronto llegaría esa etapa maravillosa.

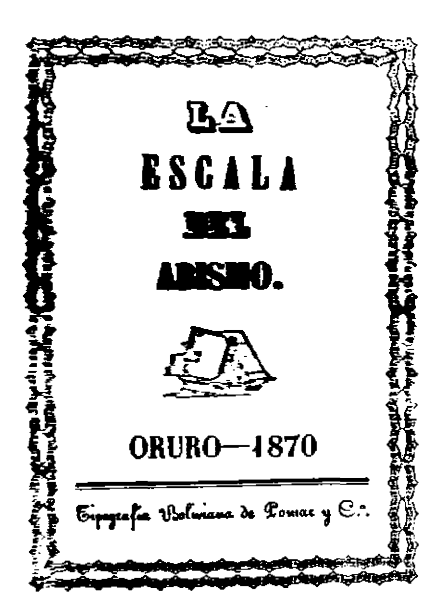
Piensa en la situación de las clases inferiores y dice: «Hay que renunciar a contener el pueblo con ideas viejas. Queda la fuerza. Pero no hay que fiarse mucho de ella. Los ilotas en minoría son aún los más fuertes. Bastará con un tropezón, con un mal paso para que os empujen, os derriben y os aplasten. Pensad que están ahí, detrás de vosotros aguardando el momento. Además, eso es inmoral e intolerable. La dicha que disfruto la debo a la depresión de una parte de mis semejantes. Si se afloja por un momento la violencia de los perros que guardan la puerta del ergástulo, ¡infeliz de mi! ¡se acabó!».

El moralista que siempre hubo en Renan se escandalizaba no ante la desigualdad en sí misma que consideraba de derecho natural, sino en el extremar esas situaciones, que con criterio de historiador no tenían otra defensa que la fuerza y la violencia, y de allí esa su advertencia, que no oyeron entonces ni oyen hoy las clases privilegiadas, advertencia que remacha con esta sentencia: «Nunca he comprendido la seguridad en un país amenazado por la invasión de las aguas, ni la dicha moral en una sociedad que supone el envilecimiento de parte de la raza humana».

Ya se dijo que Renan consideraba la desigualdad de derecho natural, pero es preciso explicar que esta su interpretación es desde el punto de vista social y sus palabras son: «Desde el punto de vista individual, la libertad y la igualdad absolutas son de derecho natural. Desde el punto de vista de la especie, se comprenden el gobierno y la desigualdad. Más vale alguna brillante personificación de la humanidad como el rey o la corte, que una medianía general. Alguien tiene que llevar vida noble puesto que no es posible que la lleven todos. El privilegio sería odioso si no se atendiese más que al goce del privilegiado: deja de serlo si se ve en ello la realización de una obra humanitaria. Más valdría indudablemente que todos fueramos grandes y nobles. Pero mientras esto sea imposible importa que la tradición de la hermosa vida humana persista en lo selecto. Los chicos no se harán grandes porque los grandes se rebajen hasta su nivel. La igualdad será un derecho cuando todos puedan ser perfectos *en su medida*. Y digo *en su medida*, porque la igualdad absoluta es

tan imposible en la humanidad como lo sería la igualdad absoluta de las especies en el mundo animal».

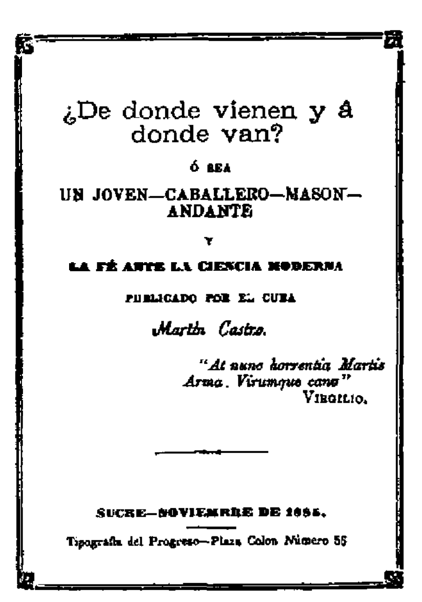
El aristocratismo intelectual de Renan lo hace pensar así; encerrado en su torre de marfil, entre sus libros y sus códices, le repugna todo lo vulgar del pueblo. Olvida Renan que precisamente los actuales privilegiados, son los que menos merecen serlo, pues carecen de las verdaderas condiciones morales e intelectuales para ello, y por tanto, se hace mucho más odiosa la desigualdad, y así podríamos aplicar a nuestra época sus acusaciones contra la plutocracia a la cual define como «ese estado de la sociedad en que la riqueza es el nervio principal de las cosas, en que nada puede hacerse sin ser rico, en que el objeto principal de la ambición es enriquecerse, en que la capacidad y la moralidad se avalúan generalmente (y con más o menos acierto) por la fortuna». Así era la sociedad de su tiempo y así y aún peor es la nuestra actualmente.


LA
ESCALA
DEL
ABISMO.

ORURO—1870

Tipografía Boliviana de Tomas y C.ª

39 163 x 97; 65 p. En este trabajo escrito por Donato Vásquez, se ocupa de Renan.


¿De donde vienen y á donde van?

ó sea

UN JOVEN—CABALLERO—MASON—ANDANTE

y

LA FÉ ANTE LA CIENCIA MODERNA

PUBLICADO POR EL CURA

Martín Castro.

"At nunc horrentia Martis Arma. Virumque cano"
VIRGILIO.

SUCRE—NOVIEMBRE DE 1885.

Tipografía del Progreso—Plaza Colon Número 55

40 167 x 93; 91 p. En este trabajo M. Castro se ocupa de Renan.

Ya sabemos que cuando hace un siglo, Renan escribía estas páginas que se comentan, el socialismo había comenzado ya a actuar en forma activa y hasta violenta; para un hombre como el ex-seminarista de San Sulpicio, aquello no podía ser nunca de su agrado, por más que proteste contra las injusticias sociales. Intoxicado de intelectualismo, nada quiere conceder a la masa, sino lo que él cree que se merece, dejando a los capaces, a los inteligentes, a los cultivados, la dirección y conducción; de allí sus palabras: «los obreros suelen cometer una falta verdaderamente imperdonable; la de abandonar el género en

que podrían sobresalir para tratar asuntos en los cuales carecen de competencia, y que exigen más cultura que la de los libros de la escuela».

En cuanto al porvenir de las doctrinas mismas, dice: «Mi convicción es que algún día se dirá del socialismo lo que de todas las reformas: ha alcanzado su objeto, no como querrían los sectarios, sino para mayor bien de la humanidad. Las reformas no triunfan nunca directamente; triunfan obligando a sus adversarios, para vencerlos, a aproximarse a ellos. Es una tempestad que arrastra hacia atrás a quienes quieran oponérsele, un río que arrastra a los que afluyen a él, un nudo que aprieta cuando se le quiere aflojar, un fuego que toma incremento cuando se sopla encima para apagarlo. La humanidad, como el Dios bíblico, unce su voluntad por los esfuerzos de sus enemigos. Examinad la historia de todas las grandes reformas. A la primera ojeada parece que han sido vencidas. Pero la creación que las resistió no ha triunfado de ellas realmente más que cediendo en lo que era justo y legítimo. Podría decirse de las reformas como de las cruzadas. Ninguna tuvo próspero éxito; todas lo lograron. La derrota es su victoria; mejor dicho, nadie triunfa en esas grandes luchas más que la humanidad, que aprovecha de la enérgica iniciativa de los innovadores y de la reacción que, sin querer, corrije y mejora lo que intenta ahogar».

Nadie mejor que quien conocía a fondo la historia de las religiones para pensar así; acostumbrado a auscultar el proceso íntimo de las revoluciones y reacciones consiguientes, había llegado a ese concepto que casi calificaríamos de transaccional, y que no es otra cosa que un equilibrio energético y puede que regido por el teorema del paralelograma de las fuerzas. Es de sobra sabido que el cristianismo de hoy no es el duro y tiránico en sus intransigentes principios de la primera generación, y ni siquiera el que predicó San Pablo. La Reforma del siglo XVI tuvo que amoldarse a los tiempos; la revolución francesa, del exceso del jacobinismo tan fustigado por Taine, hubo de transformarse en la burguesía suave y acomodaticia del Consulado y del Imperio. El propio Lenín, el más sectario e intransigente de los marxistas, hubo de rectificar varias veces sus líneas de conducción, cuando ya le cupo ejecutar prácticamente sus ideologías.

Y, precisamente, Renan, poniéndose por encima de las exigencias socialistas de su tiempo, condena enérgicamente su materialismo y dice: «El error común de los socialistas y de sus adversarios consiste en suponer que el problema de la humanidad es un problema de bienestar y de goces. Horrible es que un hombre se vea sacrificado al goce de otro. La desigualdad no puede concebirse ni justificarse más que desde el punto de vista de la sociedad moral. Si no se tratase más que de gozar, más valdrían sopas de ajo para todos, que delicias para unos y hambre para otros. No valdría la pena de sacrificar la vida y la dicha al bien de la sociedad, si todo se limitase a procurar insípidos goces a

algunos necios satisfechos que por su propia voluntad se hacen extraños a la humanidad para vivir más a gusto».

Desgraciadamente, la actual constitución de nuestra sociedad, es esa plutocracia de que hablaba el propio Renan y por tanto, como todo lo que quieren es disfrutar dentro de ese hedonismo, justifican la reacción consiguiente de las clases desposeídas; y en este caso, el materialismo de la concepción, ha venido de arriba, pues esas fuerzas y potencias que tenían en sus manos no se emplearon en el mejoramiento de la humanidad, sino en procurarse goces subalternos.

VI

Aspectos de psicología política.

Renan hace un cuadro de la baja politiquería, anatematizando a los que explotan la necedad del pueblo para sus bajos fines. «Si no hubiese imbéciles de quien burlarse, desaparecería pronto el oficio de sicofantes y aduladores del pueblo. Los medios inmorales de gobierno, policía maquiavélica, restricciones de ciertas libertades naturales, etc., han sido hasta ahora necesarios y legítimos. Dejarán de serlo cuando se componga el Estado de hombres inteligentes y cultos». No parece sino que Renan hubiera querido retratar lo que son actualmente estas democracias mestizas que como la nuestra, no son sino una vulgar y grotesca caricatura del gobierno de sí mismos por sí mismos, y más bien una permanente y salvaje dictadura de un grupo cuya alternabilidad en el poder por otros grupos tan bárbaros como aquel, se hace generalmente por la violencia de un militarismo brutal e ignorante.

Como ideólogo, Renan se aferra a sus ideales culturales: «El problema de la reforma gubernamental no es político ya; es moral y religioso; el Ministerio de Instrucción Pública es el más importante de todos, o mejor dicho, el único importante. Recórranse todas las antinomias necesarias de la política actual y creo que se reconocerá que la rehabilitación intelectual del pueblo es el más importante de todos y las instituciones más liberales». En esto se le parece mucho un escritor argentino, Agustín Alvarez, quien hasta la saciedad repetía y repetía que el problema hispano-americano o de *South America*, como se nos llama en el mundo anglo-sajón, era de «moral ante todo». y Renan, hombre de ciencia y de estudio, como fuente de moral y de progreso no ve otra cosa que la cultura.

En su aristocratismo científico y según propia expresión, juzgando las revoluciones actuales como aquellas de la antigua Roma, opina Renan por las minorías selectas que en el caso de una insurrección triunfante significa mejor

criterio que la mayoría numérica y añade: «Porque la mayoría está a veces formada con gente nula, inerte, a la cual solo su reposo interesa, y que no merece ser contada como humanidad, mientras una opinión capaz de sublevar a las masas y, sobre todo de darles el triunfo, manifieste de ese modo su fortaleza. El escrutinio de la batalla vale tanto como otro cualquiera, porque en éste no se mentan más que las fuerzas vivas, o más bien, se calculan la *energía que la opinión da a sus partidarios*».

Pero ante todo y sobre todo, y pese a su aristocratismo intelectual, Renan era un hombre de justicia y con ese su criterio agudizado por el estudio de las civilizaciones desaparecidas, exclama rotundamente: «La medida de las violencias que un poder se ve obligado a emplear para sostenerse, y, sobre todo sus violencias, es la medida de su ilegitimidad». Una mirada a la historia de Bolivia nos mostrará que aquellos gobiernos que se caracterizaron por su violencia, fueron así precisamente porque eran impopulares; incluso el gran Linares, que subió al poder rodeado de delirios de simpatía, su dictadura y violencias coincidieron con el apartamiento de sus partidarios.

Precisamente, el profundo conocimiento que Renan tenía de la historia, era lo que lo hacía pensar así, e incluso no creer en la eficacia decisiva de las revoluciones y afirma: «Al día siguiente de una revolución se siembra el germen de otra. De allí la popularidad de todo partido que no ha pasado aún por pruebas. Pero en cuanto triunfa se ve tan apurado como los demás, porque no sabe más que ellos; de allí procede la impopularidad necesaria de todo poder y la fatal posición en que se ve todo gobierno, porque se le exige inmediatamente lo que no puede dar y lo que nadie posee, la solución del problema del momento. Todo gobierno, por la fuerza misma de las cosas, es blanco de todos los ataques y queda condenado a no poder llevar a cabo su misión. Es táctica desleal achar en cara a los gobiernos lo que han dicho y prometido en la oposición y ponerlos en contradicción consigo mismos, porque la contradicción es necesaria y los que declaran firmemente que obrarían de otro modo en el poder, sufrirían la misma necesidad y procederían lo mismo».

Estas reflexiones de psicología política vienen muy bien a nuestros ambientes en los cuales se usa y abusa de las ofertas y promesas durante la oposición, al par que se exige lo imposible del gobierno, y para una vez en él no poder cumplir lo prometido con tanta euforia como irresponsabilidad. En este terreno, ninguna de las fracciones personalistas que con el nombre de «partidos» se conocen y se han conocido en Bolivia, puede arrojar la primera piedra, pues todas ellas han errado y muy gravemente en este terreno.

Y aquí viene la concepción teórica de la sociedad y del estado que profesa Renan: «El objeto de la sociedad es la mayor perfección posible para todos, y

el bienestar material no tiene más valor que el ser en cierto modo la condición indispensable de la perfección intelectual. El Estado no es ni una institución de buen gobierno, como pensaba Smith, ni una oficina de beneficencia o un hospital, como opinan los socialistas. Es una máquina de progreso. Todo sacrificio individual que no es una injusticia (o sea el despojo de un derecho natural), está permitido para alcanzar ese fin, porque en este caso, el sacrificio no se consagra al goce de otro, sino a la sociedad entera. Es la idea del sacrificio antiguo, del hombre para la nación».

Y aquí llegamos a uno de los puntos cardinales del pensamiento de Renan, y es el de hasta que punto, desde el aspecto ideológico, pudo habérselo considerado como un antecesor del fascismo italiano, según frase propia de Benito Mussolini, ya que precisamente la característica de los regímenes y sistemas totalitarios, es la dedicación y sumisión absoluta del individuo al Estado, tal cual se lo exigió en la Esparta clásica y a la cual hace alusión Renan.

Se ha buscado la confirmación de esa actitud en los siguientes pensamientos de Renan: «La masa no tiene derecho a gobernar más que cuando se supone que sabe mejor que nadie qué es lo mejor», tomando pie de aquí para atacar el sufragio universal, considerando que es de espíritus superficiales el suponer que «el gobierno no es más que la expresión de la voluntad de la mayoría, de modo que el sufragio universal será de derecho natural, y una vez adquirido el sufragio, no habrá más que dejar libre expresión a la voluntad del pueblo. Demasiado sencillo sería eso. Unicamente pedantes de colegio, espíritus superficiales, pueden dejarse engañar por la aparente tendencia de la teoría *representativa*. En realidad, el sufragio universal solo es legítimo cuando puede apresurar las mejoras sociales. Un déspota que realizase estas mejoras contra la voluntad de la mayoría, estaría en su perfecto derecho. Venga el Napoleón que necesitamos, el gran organizador político, y podrá pasarse sin la bendición papal y sin la sanción popular». Insistiendo aún más en el tema, añade: «El voto del pueblo inculto no traerá más que la demagogia o la autocracia nobiliaria, nunca el gobierno de la razón».

Repetidas veces se ha dicho en el curso de estas páginas cual era la actitud de Renan ante el mundo; desconocedor de él, según sus propias palabras, ya que apenas había vivido los ambientes de sus seminarios y de sus salas de estudio, se aislaba orgullosamente en la ciencia y despreciaba al pueblo ignaro, no concediéndole el derecho de mandar. En esto no se diferenciaba de los sabios de su época, ya que Hipólito Taine su coetáneo, es de los que afirma que «diez millones de ignorancias no hacen un saber». Era pues una posición típicamente intelectual y que nada tenía que ver con un ideario político, cual se ha pretendido casi un siglo después.

Y como prueba de esta posición intelectual, está el concepto que del gobierno tenía Renan, aquel que deseaba para la humanidad perfecta con la cual soñara: «El gobierno ideal sería el científico, con hombres competentes y especialistas que trataran los problemas gubernamentales como asuntos científicos y buscasen racionalmente su solución. Hasta ahora, el nacimiento, la intriga o el privilegio del primer ocupante han conferido los grados a los gobernantes. Al primer intrigante que logra instalarse frente a una mesa de despacho se le califica de *hombre de Estado*. Acaso, un día en una u otra forma se establecerá algo análogo a la institución de los letrados chinos, y el gobierno corresponderá a los hombres competentes, a una especie de Academia de Ciencias Morales y Políticas. La política es una ciencia como otra cualquiera, y exige también estudios y conocimientos».

Y aquí tenemos ya una contradicción con lo que sostiene el fascismo, cuyo régimen de violencia y autoridad, no se basa sino en la fuerza y en el cual según la definición mussoliniana, la política es arte y no ciencia. Se vuelve a repetir, el aristocratismo de Renan, su desprecio por la masa y por el sufragio universal, es una posición intelectual, muy lógica en su manera de ser, de pensar y de vivir, y en ningún caso un ideario político.

VII

La influencia de Renan en América.

La personalidad de Renan ha sido una de las más inquietantes del siglo XIX. Por donde pasaba era abriendo brecha y originando luchas y disputas sin cuento; su nombre sólo era algo así como una clarinada de combate, y ya sea en favor o en contra de sus tesis, todos se arremolinaban en actitudes nada pacíficas. Nunca pudo hacerse acerca de Renan un estudio sereno y ponderado, sino con pasión y bajo el signo de la violencia. Y lo curioso es que Renan no fue nunca un polemista de esa clase ni un escritor del virulento calibre de sus adversarios. Sin duda el tema religioso que trataba, servía de provocación a los intransigentes, provocación que estaba muy lejos de haber abrigado Renan en sus intenciones.

El autor de *L'Avenir de la Science*, fue siempre un hombre tranquilo, no sólo en su obra, sino en su vida. Pompeyo Gener que frecuentó su amistad intelectual alrededor de 1879 y 1880, nos lo describe así: «Tenía un aire patriarcal que encantaba. Su aspecto era el de uno de esos abates franceses, amables y bien educados, para los cuales la cortesía y el bien hablar, son como una parte integrante de su religión. Era gordo, obeso, de nariz tuberosa, de

ojos pequeños, pero muy vivos; iba todo afeitado y llevaba los cabellos largos cortados al nivel de la nuca y echados detrás de las orejas, todo lo cual daba a su fisonomía un aire de unción mística, de bonhomía patriarcal. Vestía de negro, muy limpio aunque algo descuidado. Su palabra atraía. El tono de su voz era como apagado por algo; como si hubiese sido una voz vibrante y sonora, que a fuerza de dominio de sí mismo hubiese tomado una entonación más mansa que la suya natural primitiva. Pero en cuanto hablaba de alguna cuestión filosófica o religiosa, se animaba, sus ojos brillaban y su voz volvíase melodiosa como el sonido de una flauta. En sus momentos de entusiasmo llegaba incluso a ser atenorada. En su frase entonces había un *no sé qué* de cautivador, de femenino, de dulce, que hacía que sus discursos recordaran ciertas arias de tenor de las grandes óperas».

En cuanto al espíritu de tolerancia de Renan, característica de su liberalismo filosófico, el mismo Pompeyo Gener añade: «Respetaba las opiniones de todos; no intentaba hacer prosélitos; las opiniones de los demás eran para él sagradas. A veces ni siquiera exponía las propias para no herir las de otros, cuando éstas opinaban contrariamente a lo que él. Acogía a todo el mundo con benevolencia, tratando a cada cual por lo que era y por lo que valía, y casi nunca contradecía a nadie. Si os contradecía, o bien os reprendía, o alababa, ya podíais bien decir que erais su amigo y que habíais entrado en comunicación directa con su fuero interno. Pero hasta en las objeciones y en los juicios críticos más severos, empleaba un estilo tan amable que nadie podía darse por ofendido, sino que, al contrario, invitaba a corregirse».

Consta ya que *L'Avenir de la Science*, si bien escrito en 1848 y 1849, sólo se publicó cuarenta años más tarde. Para ese entonces, el prestigio de Renan y su fama de escritor eran tan inmensas que habían dado ya la vuelta al mundo. Cuando escribía sobre cuestiones orientales o sobre la filosofía de Averroes, no pasaba de ser conocido y apreciado entre los eruditos, pero cuando apareció en 1863 su *Vida de Jesús*, adquirió renombre universal. El libro levantó polvareda y de todas partes llegaron las contradicciones. Ya se dijo que una de las mejores fue la del P. Pedro Gual, que aunque español, se lo considera como perteneciente al acervo cultural del Perú. Menéndez y Pelayo se duele de que «en la gran controversia promovida en toda Europa por el [illegible] [illegible] de Renan, la teología española dio escasas muestras de sí». Efectivamente, fuera de la obra del P. Gual, nada de valor puede apuntarse al respecto en la bibliografía hispánica coetánea.

Algo así como tres lustros más tarde de la aparición de la *Vida de Jesús*, Renan dio fin a su monumental *Historia de los orígenes del cristianismo*, cuyo séptimo y último volumen se titulaba *Marco Aurelio y el final del mundo antiguo*. En estos quince años sufrió diversas persecuciones, y hasta fue desti-

tuido de su cátedra en el Colegio de Francia. Pío IX lo llamaba «el blasfemo de Europa». Pero su obra se leía febrilmente tanto en su idioma original como en las infinitas traducciones que de inmediato se hicieron a todos los idiomas.

Razón le sobra a Brunetiére para decir que «todo lo que el francés de cultura media sabe del antiguo oriente, de religión comparada, de exégesis, procede directa o indirectamente de Renan». Y es que el sabio filósofo y orientalista, sin despojarse de su erizada erudición, la humanizó y habló un bello lenguaje literario y con él puso su difícil ciencia al alcance no del público corriente, sino de los espíritus cultos, que atraídos por su elegancia de estilo, alimentábanse con su gran sabiduría. Benedetto Croce lo llama «historiador poeta» y Agustín Calmet afirma que «Renan fue uno de los más admirables escritores que haya habido jamás, no sólo en Francia, sino en el mundo entero». Paul Groussac habla del «peligroso atractivo de un canto de sirena, cuya virtud de encantamiento y fluxuosa dulzura céltica no se igualaron jamás». Pese a las diatribas de sus enemigos, pese a las condenaciones de la iglesia, Renan era leído y releído por el mundo entero y ejercía una influencia honda en las mentalidades, estilo e ideales de todas las generaciones que se formaron en la segunda mitad del siglo XIX. Y esta influencia se dejó sentir mucho más en América que en Europa en el lapso que va más o menos de 1870 a 1910.

Miguel Cané, escritor y diplomático argentino, que se había formado en las lecciones de Alejo Peyret, maestro francés en Buenos Aires, hallábase influenciado por Renan desde niño. Cuenta sus impresiones al verlo por primera vez en 1881 en una sesión pública de la Academia Francesa, y el contraste que halló entre la figura ascética que había soñado y la realidad que encontró; dice así:

«Un vago enjambre de recuerdos viene a mi memoria y agitan mi corazón. La influencia de aquel hombre sobre mis ideas juveniles, la transformación completa operada en mi ideal de arte literario por sus libros maravillosos, la música inefable de su prosa serena y radiante, aquella *Vida de Jesús*, libro demoledor que envuelve más poesía cristiana que los *Mártires* de Chateaubriand, libro de panegírico; sus narraciones de historia, sus fantasías, sus discursos filosóficos, toda su labor gigante, había forjado en mi imaginación un tipo físico característico. Ese hombre tan odiado, contra el cual truena la voz de millares de frailes, desde millares de púlpitos, debía tener algo del aspecto satánico de Dante cruzando solitario y sombrío las calles de Ravena; alto, delgado, grave y severo, con ojos de mirar intenso, cuerpo consumido por la constante excitación intelectual... ¡Era un prior del siglo XV el que hablaba! Su ancha silla no podía contener aquellos miembros voluminosos, repletos; un tronco obeso y prosaico, un vientre enorme, pantagruélico... y la risa rabelaisiana, franca, sonora, que sacude todo su cuerpo. La cara ancha, sin barba,

reposando sobre un cuello robusto, con una triple papada, la mirada viva y maliciosa, los ademanes sueltos y cómodos». Hay vida y emoción en estos recuerdos personales de Cané.

Un hombre cuya figura al correr del tiempo se agiganta por lo que valió para su tierra peruana y para la América en general, don Manuel González Prada, fue otro de los que sufrió muy hondo la influencia de Renan. Cuando en 1891 se instaló en París, fue uno de los más asiduos concurrentes a sus conferencias. Su biógrafo, Luis Alberto Sánchez, dice al relatar esa época de su vida.

«Don Manuel realizó una de sus grandes ilusiones: conocer a Renan». Añade que jamás faltaba al Colegio de Francia los miércoles y sábado «porque Renan dictaba sus lecciones». Afirma que «nadie le atraía como Renan, al que calificaba de escéptico y demoledor. Los sábados exponía las críticas sobre las leyendas relativas a Moisés; los miércoles, desarrollaba su explicación del libro de Isaías. La frente prominente, las gruesas narizotas sensuales, los ojos miopes; calvo el cráneo en la parte superior, pero con una blanca peluca [illegible] demás; desmadejado y lento en el hablar, Renan disertaba ante [illegible] o [illegible] [illegible] —no muchos más—, reunidos en torno a una larga mesa, en la Sala de Lenguas Orientales. Don Manuel no perdonaba la clase de Renan. Renan hablaba con calma, deteniéndose a menudo para hallar una palabra precisa, paseando su mirada sobre el grupo atento. La mayoría eran judíos. Renan se dirigía a menudo a él, como seguro de que encontraba, tras ese discípulo silencioso e impasible, la adhesión de un familiar. Arrellenado en cómoda poltrona, tras un parapeto de biblias en griego, latín y hebreo, destejía Renan el hilo de su disertación, interrumpiéndola a veces para leer un párrafo ilustrativo mezclando a la disertación reticencias, ironías, que saboreaba entre los labios con delectación de *gourmet*». Un año después, el 2 de octubre de 1892, fallecía Ernesto Renan.

Enrique José Varona, la más alta cumbre del pensamiento cubano, al igual que cuarenta años más tarde lo haría José Ortega y Gasset, escribe y comenta a Renan. Y conste que Ortega declara que los libros de Renan le han acompañado desde niño, que en muchas ocasiones le han servido de abrevadero espiritual y que más de una vez han calmado ciertos dolores metafísicos que acometen a los corazones mozos sensibilizados por la soledad. Añade que considera que asimismo algunos españoles de su tiempo le deben gratitud.

En su conocida *Historia de la Literatura Argentina*, Ricardo Rojas habla del influjo que Ernesto Renan ejerció sobre la mayor parte de los hombres de la llamada «generación del 80» y aún posteriores a ella. Así puede citarse a José María Ramos Mejía, médico e historiógrafo positivista y galano escritor.

Igual cosa podría decirse de los libros de Agustín Alvarez, moralista laico de esa misma época y también imbuido de muchas de las ideas de Renan y muy especialmente de su liberalismo religioso.

Pero esta influencia se deja sentir con más fuerza aún en el notable ensayista uruguayo José Enrique Rodó, quien sigue a Renan no tanto en lo religioso, sino en lo literario; su famoso libro *Ariel*, está íntegramente impregnado del espíritu de Renan a quien cita con frecuencia. Refiriéndose a este libro, un crítico español Leopoldo Alas, el famoso «Clarín», decía: «Se parece por el carácter, por ejemplo a los diálogos de Renan, pero no es diálogo; es un monólogo, un discurso en que un maestro se despide de sus discípulos. Se llama *Ariel*, tal vez por reminiscencia y por antítesis del *Calibán* de Renan».

Esta opinión la comparte también Alberto Zum Felde quien afirma concretamente que la lectura del *Calibán* inspiró *Ariel* y añade que este ensayo «es, en gran parte una respuesta –y quiere ser una solución–, a los problemas planteados por Renan en esa obra; y especialmente al conflicto entre la democracia y la cultura».

En otro lugar, el mismo Zum Felde comenta: «De todos modos en Renan quien más íntimamente armoniza con su idiosincracia; el joven escritor encuentra en él la pauta de si mismo; y desde ese instante el maestro que posee como ninguno entre los modernos el arte de enseñar con gracia, será su guía seguro en aquella oscura selva laberíntica de la cultura contemporánea, tan rodeada de problemas».

Al hablar de la influencia del propio Rodó en determinado momento de la vida intelectual de nuestro continente, intoxicado hasta la médula de positivismo, dice Zum Felde: «En tal situación Rodó trajo a América el espíritu armónico y gracioso de Renan, cuyo culto de la ciencia no era incompatible con el culto estético del helenismo ni con la sentimentalidad cristiana. El espíritu de Renan, transfundido en *Ariel* venía a poner una sonrisa amable y espiritual en el árido rostro del positivismo spenceriano, y a coronar de rosas paganas la frente descarnada de la ciencia».

Preciso es hacer constar que Rodó no sigue a Renan en el camino de su liberalismo religioso; de allí que cuando apareció *El Mirador de Próspero*, Francisco García Calderón haya podido escribir: «No es suya la muelle ironía de Renan sino el calor de una fe invulnerable». Con todo la ideología de Renan y sobre todo, su posición intelectual, hicieron mella en Rodó y así lo afirma el francés Camilo Le Senne, cuando afirma: «No era contradecirse, sino complementarse con Renan, Guyau, Emerson, ejerciendo Amiel, también una influencia notable». Dejando de lado ciertos aspectos conservantistas de Rodó,

la influencia que sobre él ejerció Ernesto Renan es absolutamente indiscutible, a tanto que en realidad se impregnó completamente de su espíritu.

VIII

Renan en Bolivia.

Por lo que respecta a Bolivia, la figura de Renan fue muy discutida y zarandeada en la época del liberalismo teorizante, cuando empezaba a criar cuerpo como partido político. Por datos de Mariano Baptista, sabemos que alrededor de 1848, un grupo de jóvenes que profesaban ideas liberales y constitucionalistas en política, trataron de formar un partido de reacción contra el bárbaro militarismo imperante, agrupándose alrededor de la máxima figura del civilismo de entonces: el doctor José María Linares.

Por esos años también, en 1850, nos cuenta Gabriel René Moreno, don Angel Menacho y don Manuel María Caballero, introducían en Sucre capital de Bolivia las ideas irreligiosas. Caballero se había imbuido de Hégel y sus [illegible] y [illegible] le [illegible] a renegar de toda creencia católica y a no aceptar ningún dogma de los admitidos hasta entonces; apóstol callado y retraído, hizo clase en el fondo de su cenáculo de escogidos y sentó las bases de una corriente librepensadora que muy luego habría de luchar por las libertades públicas al lado incluso de conservadores constitucionalistas.

Según las referencias de don Antonio Quijarro, en 1853, en su curso de la Universidad Mayor de San Francisco Xavier de Sucre, el doctor Manuel Ignacio Salvatierra comenzó a popularizar las ideas de Krause, que conocía a través de su propagandista Enrique Ahrens. No hay que olvidar que esta doctrina, de tercera categoría en Europa y de tanta fama y trascendencia político- educacional en España, en Bolivia se la armonizaba con las creencias católicas y en esa forma era profesada. Con todo de esta especie de contubernio ideológico, preparaba los espíritus para la prédica del libre pensamiento.

Dentro de nuestra vida política, los constitucionalistas del 48 de que habla Baptista, los irreligiosos del 50, de Caballero y Menacho, y los krausistas de Salvatierra del 53, se unieron y formaron todos la corriente política que alentó las treinta y tres rebeliones de José María Linares, durante los gobiernos de Belzu y Córdova, que acompañó al férreo dictador en sus tres años de gobierno, y que a su caída y muerte en 1861, constituyeron el partido *rojo* tan célebre en nuestra historia por su rebeldía, su quijotismo y sus románticas intransigencias. Permítasenos copiar aquí y a este respecto algo de lo que en otra parte ha escrito el autor de estas líneas.

«A pesar de la diversidad de creencias religiosas, todos los componentes de esas tres generaciones se hallaban uniformes en cuanto al credo político que está inspirado en el krausismo; los rojos fueron los luchadores contra la anarquía y desgobierno de Achá, como contra la sangrienta tiranía de Melgarejo. Muchos murieron en cadalsos, los combates de nuestras guerras civiles, la prisión o el exilio, pero sobre todas las cosas, supieron mantener siempre enhiesta la bandera del legalismo constitucionalista».

«Sostenedores de Adolfo Ballivián y Tomás Frías, los rojos se vieron nuevamente en el llano de la oposición a raíz del asalto al poder de Daza el soldado mandón». Pasado el desastre de la guerra del Pacífico, y cuando por el imperio mismo de tan dolorosa lección, hubieron de organizarse ideológicamente las agrupaciones políticas, los rojos se dividieron, y entonces los baptistinos de 1848 constituyeron el partido conservador y los otros el partido liberal que tuvo en los materialistas de 1850 su ala izquierda y en los krausistas en 1853 su ala derecha» (1).

Fue en estas circunstancias que se produjo la lucha ideológica en la cual los conservadores con Mariano Baptista a la cabeza y Miguel de los Santos Taborga de segundón, comenzaron sus ataques en los cuales a cada paso salía a relucir el nombre de Ernesto Renan entre imprecaciones airadas y gritos de rabia maldiciente.

Baptista manejaba con sin igual maestría la oratoria, la epístola privada, el artículo periodístico, el libro y también la acción directa de su influencia personal; político por naturaleza, fue el corifeo del conservantismo, al cual muy hábilmente supo quitar su aspecto odioso de obscurantismo y su antipático olor a barato sebo de sacristía. Baptista era un gallardo campeón y la causa que defendía ganó mucho con este hombre que se sacrificó tanto por ella, y al que de cuando en cuando, en medio de los brotes de su lirismo verboso se le escapaban inconscientes puntas y ribetes liberales, que muy presto sabía controlar.

Basptista conocía desde joven el idioma francés y había residido en Francia en la época de la aparición de la *Vida de Jesús* de Renan al cual gustaba en su idioma original y al cual comentaba como «muy leído hasta por nuestras damas», añadiendo: «es más soportable la befa volteriana que el homenaje vulpino de este hombre. Con su invariable marcha en zig-zag, me repugna ese literato de blasfemia untuosa, seco de alma, de insondable egoísmo, hábil estilista, rico de imaginación, que ha pervertido almas jóvenes, lanzándolas en la indecisión, idiotamente distraídas, sin fuerzas para arrastrar y resolver

---

1. Véase «Glosas sobre la Historia Económica de Bolivia. El hacendista don Miguel María de Aguirre (1798-1873)». Capítulo Séptimo, Parágrafo XIII de estas O.C. (G.O.).

el terrible problema de sus destinos». En este sentido consideraba a Renan como el enemigo número uno del catolicismo.

En su opúsculo *Las correspondencias del viernes*, en el cual reune una serie de artículos, se da el lujo de citar opiniones de Renan con las cuales ataca a los liberales; copia un párrafo de *Marco Aurelio y el final del mundo antiguo*, en que se elogia a la iglesia; después otros fragmentos publicados en la *Revue des deux Mondes* de 1876 y 1888, en los cuales Renan advierte los peligros del liberalismo y de la falsa ética, y reconoce en los católicos mayor consecuencia ideológica.

Siguiendo su plan de usar las propias armas del adversario, al referirse a la divinidad de Jesús, dice: «Oid otro eco y otra ciencia. Enemigo del Cristo es Renan; pues bien, él es quien hablando de Jesús dice»: Y a renglón seguido copia la famosa invocación de Renan que comienza: «Descansa ahora en la gloria, etc.», y cuya belleza sólo puede compararse en la dedicación de esa misma *Vida de Jesús* al alma pura de su hermana Enriqueta o a su oración a la Acrópolis. Conste que esta traducción de Baptista es mucho mejor y más auténtica que la de la edición española corriente.

Bueno que Baptista se ocupe de Renan en la forma que lo hace, aunque ya sabemos el concepto que le merecían sus elogios a Jesús. En esa misma campaña, Baptista señalaba como peligro ideológico el plagio doctrinal del cual vivía Bolivia y opinaba literalmente: «Como nuestros mayores hicieron su biblia de Voltaire y de Rousseau, muchos jóvenes lectores del día buscan generalmente la infalibilidad en Proudhon, Renan, Darwin, Draper y el resto. Lo que en ellos ven es la ciencia y el progreso. Darwin es para aquellos toda la paleontología; quizá consideran a Draper como toda la antropología; Renan es la crítica histórica absoluta; Proudhon es la cuestión social, etc., etc.»

Haciendo eco a la campaña de Baptista, con mucha menor cultura y poco elegante estilo, son los trabajos del cura Martin Castro, quien les dio el título de *¿De dónde vienen y adónde van?* (el noveno folleto de tal título es de 1887), en los cuales se estrella sobre todo contra la masonería. En esas páginas el nombre de Renan aparece a cada momento junto a los de Proudhon, Diderot, Taine, Littré, etc., a quienes considera como racionalistas, «poseídos de la locura del orgullo». En otro párrafo dice: «Pero lo que hoy tiende a prevalecer, y que es tal vez más peligrosa todavía que la atrevida brutalidad de nuestros antiguos profesores de ateismo, es el racionalismo insípido, de moderadas apariencias, deferentes para con el Cristianismo y titulándose lleno de respeto hacia la Religión. Es la serpiente que reemplaza al oso, y que es más hábil, más fino, más peligroso y más civilizado. *El Journal des Débats* es su periódico, y MM. Cousin, Taine, Littré, Renan y otros por el estilo son los tipos de esa

peligrosa especie de doctores; imposible sería el decir los estragos que causa este método de hipócrita incredulidad. Temible es sin duda un torrente, pero *no hay agua peor que el agua mansa*. ¡Tengan cuidado los ratoncillos de nuestras escuelas con los gatos de la ciencia moderna!».

Enfocando el aspecto religioso mismo de la persona de Jesús y cómo se la pone en duda sacrílegamente, dice el padre Castro: «Evidente prueba de ello son los ataques que la incredulidad contemporánea dirige a la veracidad de los hechos y de los milagros del evangelio. Strauss, Salvador y Renan no son a la verdad unos ignorantes; saben mucho y han trabajado largos años; han sudado sangre y agua para terminar sus libros; y esos libros ¿qué son? Una porción de alegatos sin pruebas, de insolentes negaciones y de increibles puerilidades: en cada línea se descubre la mala fe acompañada constantemente de la blasfemia; abundan en ello las contradicciones, y no sólo abundan, sino que por añadidura se combaten victoriosamente unas con otras».

Concretando el ataque, añade Castro: «La última dentellada, la de Renan, ha experimentado la misma suerte que las otras, y ya los quebrados dientes de la serpiente, se clavan en la tierra bajo nuestros pies. Este impío decía hablando del Señor: «Por de pronto está ya muerto y enterrado», y ha sido él, infeliz quien se ha encontrado casi instantáneamente enterrado bajo el peso del ridículo y humillado bajo el desprecio de la verdadera ciencia». Como podrá verse, la persona y las ideas de Renan provocaban en Bolivia ataques violentos y no siempre ajustados al buen estilo y ponderación que debe primar en estas lides.

El escritor Donato Vázquez, muy aficionado a publicar larguísimos poemas místicos con pretensiones de filosóficos, de pésima factura literaria, en uno de estos, titulado *La Escala del Abismo* (Oruro, 1870), después de hacer un recorrido por toda la historia de las religiones, dice:

Y hasta Renan hoy día se contenta
Con ser más sabio que Jesús; pues dice
Que aquel creía en diablos y milagros,
Como ese vulgo rudo e infelice.

Y aquí una llamada expresando en la cita marginal lo siguiente: «Ernesto Renan en el capítulo 3° de su *Vida de Jesús*, obra en la que, bajo el aparato de una crítica científica, no hace más que amontonar errores cien veces pulverizados; pues todavía pretende, que San Juan fue un ebionita, cuando escribió su evangelio para destruir los errores de Ebión». Y por este estilo sigue; y por ese estilo eran todos los ataques a Renan.

Si Ernesto Renan era muy leído allá por los años de 1870, 80 y subsiguientes, en su idioma original, es para imaginarse cómo lo fue cuando se tradujo

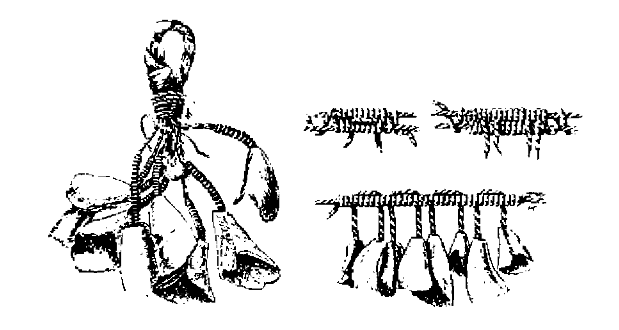
al español. Como la violencia de la lucha había pasado, ya no se repitieron las invectivas de antes. Por el contrario, el historiador Alcides Arguedas cuenta de un ilustre jurisconsulto de Cochabamba, ya en pleno siglo XX, que se atrevió a terminar un artículo religioso de Viernes Santo con la ya citada invocación de Renan: «Reposa en tu gloria, etc.» y con la agravante de que trató de hacerla pasar como fruto de la propia cosecha.

La generación que comenzó con el siglo su vida universitaria, bajo los dictados de Daniel Sánchez Bustamante y Bautista Saavedra en La Paz, y de Benjamin Fernández, Valentín Abecia y Samuel Oropeza en Sucre, se imbuyeron de Renan hasta la médula, pero no hicieron campaña en el sentido religioso y la influencia dejó sus huellas más profundas en el estilo literario y en la deificación de la ciencia. Pasada esa generación, las que vinieron posteriormente olvidaron un poco al viejo maestro francés. Nuevas corrientes, nuevas ideas arrastraban a los estudiosos y los alejaban de los libros ya un poco anticuados de Renan.

Hoy que se ha cumplido una centuria en que el gran maestro escribió *L'Avenir de la Science*, que publicaría sólo cuarenta años más tarde, un admirador suyo, uno de sus lectores más asiduos y un admirador también de su obra literaria e histórica –por mas que reconozca las fallas que tiene–, le rinde su más férvido homenaje en estas notas que no tienen más pretensiones ni deseos que provocar un poco la atención de la moderna juventud hacia el injustamente olvidado Ernesto Renan, figura que siempre será modelo glorioso de saber, de estudio, y sobre todo, de consecuencia consigo mismo. Y esto sólo es ya un modelo a seguir por las modernas generaciones.

La Paz, mayo de 1949.

El XXIV Congreso Internacional de Americanistas Hamburgo 1930



EL XXIV CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS.

HAMBURGO 1930

SUMARIO (*)

I. Antecedentes. II. Participación de Bolivia en los Congresos de Americanistas. III. El XXIV Congreso. IV. El Barón de Nordenskiöld y el Profesor Carl Troll.

I

Antecedentes.

La iniciativa de los Congresos Internacionales de Americanistas se debe a la *Societé Americaine de France*, habiéndose reunido por primera vez en Nancy en 1875. No podría decirse que existe una disciplina científica con características concretas y definidas bajo el nombre de «americanismo»; es más bien un conjunto de diversas ciencias que con un objetivo común constituyen el bloque de estudios conocido con ese nombre; dentro de su amplio concepto entran todas aquellas ramas de especialización, que por su propia índole objetiva contribuyen al mejor conocimiento y mayores luces de la ciencia americanista.

Una ligera idea de los principales puntos de estudio, que sin abarcar todas sus secciones, forma algo así como la espina dorsal de este conjunto de investigaciones científicas, nos mostrará lo amplio e importante de sus própositos. Los aborígenes americanos, su relación de procedencia y origen con respecto de las demás razas; costumbres y hábitos indígenas; lenguas autóctonas y filología comparada de ellas; hallazgos arqueológicos y cálculos acerca de su edad; problemas geográficos, geológicos e históricos; estudios comparativos de la etnología americana; historia de la América precolombina; conquista, colonización; instituciones sociales y culturales, etc.

---

*. Inédito. Con excepción del parágrafo IV que se publicó en *El Oriente*, Santa Cruz, 1931, enero 6.

Por esta somera enumeración de algunas de sus más importantes ramas, se podrá juzgar todo el inmenso campo de actividades dentro del cual, cada uno, en la medida de sus inclinaciones de estudio e investigación, contribuye a formar el andamiaje científico sobre el cual asentar las conclusiones menos erróneas con respecto de la muy complicada alma de la joven, y al mismo tiempo muy vieja, América.

Aún hay algo más. Es ya un lugar común aquello de que el medio americano con sus inagotables riquezas, sus condiciones climatéricas, y sobre todo el fenómeno único en la historia de un mestizaje rápido, y en tan grande proporción, de todas las razas del planeta, está llamado a generar un nuevo ciclo de cultura que Vasconcelos denomina «cósmico». Ahora bien, la influencia que para la formación de las actuales modalidades colectivas y las futuras; la explicación de determinados fenómenos políticos e históricos de nuestros países; la resolución de sus problemas sociales, étnicos, políticos y económicos; todo ello tiene en la ciencia americanista un enorme caudal de documentación para facilitar su estudio y la mejor comprensión de nuestro espíritu social.

El ocaso de la cultura tipo nórdico o anglo-sajón que se ha dado en denominar «occidental», la quiebra de los grandes ideales colectivos que en el pasado siglo se tenían por inconmovibles y que la gran guerra ha destruido, inclinando a los hombres hacia los extremos de derecha e izquierda -que en el fondo no representan sino la regresión al absolutismo despótico de los viejos regímenes, y el avance revolucionario a una superación de la actual democracia-, han llevado al mundo a un estado de desesperación ideológica y espiritual que indica a las claras los fenómenos primarios de la formación y el nacimiento de una nueva «*Weltanschau*», que será la idea directriz de ese ciclo de nuestra América. Son los sabios europeos los que mejor y más concienzudamente nos estudian, pero valga la ocasión para decirlo: Europa no «siente», no comprende nuestra psicología americana. Si Spengler dice que los hombres de la cultura occidental son incapaces de comprender a un griego del siglo de Pericles, por pertenecer a culturas fundamentalmente distintas, igual afirmación puede hacerse de los europeos con respecto de nosotros. Para ellos, ligados irremisiblemente, uncidos por decirlo así, a los prejuicios de un pasado muy glorioso, pero en bancarrota, los americanos continuamos siendo la llamada *South America*, considerada como país de salvajismo o de caricatura. Son muy raros espíritus que con visión lejana, o mejor dicho, intuición del futuro, los que saben que no es ni lo uno ni lo otro, sino un mundo que se prepara a decir su palabra y tomar su sitio en la historia de las culturas. No ha mucho que el Conde Keyserling, afirmaba que es allí en América donde se librará la gran batalla definitiva entre el viejo tradicionalismo de occidente y las nuevas fuerzas ideológicas de la cultura americana en formación, cuyas orientaciones y funda-

mentales características aún no puede predecirse hacia qué horizontes irán encaminadas; lo único cierto es que ello será algo muy grande y único en la historia del mundo; venciendo las fuerzas juveniles y renovadoras a la carcomida cultura nórdica, que ha tenido como esencia misma el capitalismo destructor del espíritu y exaltador de la técnica comodona y esclavizante al mismo tiempo.

II

Participación de Bolivia en los Congresos de Americanistas.

Los estatutos del Congreso Internacional de Americanistas, establecen que debe tener lugar cada dos años, alternándose la sede de sus sesiones entre el nuevo y el viejo mundo, cosa que se ha cumplido más o menos regularmente a partir del X Congreso. Hé aquí una lista de los celebrados hasta hoy:

I.	1875, Nancy.	XIII.	1902, Nueva York.
II.	1877, Luxemburgo.	XIV.	1904, Stuttgart.
III.	1879, Bruselas.	XV.	1906, Quebec.
IV.	1881, Madrid.	XVI.	1908, Viena.
V.	1883, Copenhague.	XVII.	1910, Buenos Aires- México.
VI.	1886, Turín.	XVIII.	1912, Londres.
VII.	1888, Berlín.	XIX.	1915, Washington.
VIII.	1890, París.	XX.	1920, Río de Janeiro.
IX.	1892, Huelva.	XXI.	1924, La Haya-Gotemburgo.
X.	1894, Stockolmo.	XXII.	1926, Roma.
XI.	1895, México.	XXIII.	1928, Nueva York.
XII.	1900, París.	XXIV.	1930, Hamburgo.

Delegados oficiales del gobierno de la República de Bolivia sólo han habido en cuatro Congresos: El señor Kuhnen van Stichel en el de Bruselas de 1879, el señor E. Herrero, numismático, en el de Madrid de 1881, el Prof. Ing. Arturo Posnansky en el de Londres de 1912, y el Dr. Luis Postigo, y Humberto Vázquez- Machicado, en el presente Congreso de 1930. En el que tuvo lugar en Buenos Aires en 1910, el ya nombrado señor Posnansky, representó a la Sociedad Geográfica de La Paz, y el señor José Benjamín Burela a la Sociedad de Estudios Geográficos e Históricos de Santa Cruz de la Sierra. En el efectuado en La Haya-Gotemburgo, en 1924, el mismo señor Posnansky representó a la Sociedad Geográfica de La Paz, y la Universidad Mayor de San Andrés de la misma ciudad.

Por vía de curiosidad damos la lista de los que sin ser delegados se inscribieron como miembros bolivianos del Congreso Internacional de Americanistas en diversas ocasiones.

1875, Nancy. M. Artola Cónsul General y Encargado de Negocios en París; Fernando Bolívar, París y José Rosendo Gutiérrez, La Paz.

1879, Bruselas. Cleómedes Blanco, doctor en Medicina; Francisco María del Granado, Obispo de Cochabamba; Jil de Gumucio, José María Santiváñez, economista; y Augusto de Ugarte, ingeniero agrónomo; todos de la ciudad de Cochabamba.

1881, Madrid. Joaquín Eusebio de Herrero, Madrid y E. Lysen, Cónsul del Ecuador en Lieja.

1888, Berlín. Luis Salinas Vega, Ministro Residente de Bolivia en París.

1890, París. André Bresson, Ingeniero Civil, Cónsul, París; Arístides Moreno, E.E. Y Ministro Plenipotenciario de Bolivia en Francia, París; José Manuel Paz, Secretario de la Legación de Bolivia, París; Miguel de los Santos Taborga, Sucre; Albert Verchenin, Vice Cónsul en Niza.

1900, París. Alejandro Dorado R., Adjunto a la Legación de Bolivia, París.

1904, Stuttgart. A. de Urioste, Secretario de la Legación de Bolivia, París.

1910, Buenos Aires. Abdón S. Saavedra, La Paz.

1924, Gotenburgo. Gustavo Sandström Cónsul General de Bolivia en Gotenburgo.

1930, Hamburgo. Dr. Ingeniero Arturo Posnansky, La Paz.

Es de hacer presente que todos estos datos referentes a los delegados oficiales, como a los simples miembros, y a los trabajos presentados, que detallaremos más adelante, tienen que ser forzosamente incompletos, pues no existen las actas del VII Congreso de Turín el año 1886, y las actas de los Congresos XX y XII, no nos ha sido posible obtener.

No en todos los Congresos se han presentado trabajos relativos a Bolivia en concreto, y aquí damos una lista sacada de las actas que hemos podido consultar, y que estudian a Bolivia en diversas modalidades, siendo sus autores de diversa nacionalidad y estando escritos en distintos idiomas. Para no alargar demasiado esta lista, no se han consignado los trabajos, que muy numerosos por cierto, se han presentado sobre el Perú precolombino, que por la fuerza de haber formado con parte de Bolivia el imperio incaico, tiene también que abarcar a nuestra patria.

I. Nancy, 1875. M. Moore. *La lengua atacameña;* M. V. Henry. *Le Quichua est-il une langue aryenne? (Examen critique du livre de Don V. F. López: Les races aryennes au Perou)*

III. Bruselas, 1879. José Fernández Nodal. *Comparaison de l'aymara, du quichua et du dialecte de Quito.*

VII. Berlín, 1888. Entre los libros presentados al Congreso: Gabriel René-Moreno. *Mojos y Chiquitos;* Bertonio. *Arte de la lengua Aymara y Vocabulario de la lengua aymara; Arte Vocabulario de la lengua guaraní; Tesoro de la lengua guaraní y Catecismo de la lengua guaraní* por Ruiz de Montoya; todos reeditados por Platzmann en Leipzig y remitidos al Congreso.

VIII. París, 1890. Th. Ber. *Ruines de Tiahuanacu;* Dr. R. F. Seybold. *Linguistique Guaraní.*

XI. México, 1895. Raoul de la Grasserie. *Langue Junga* (copia de los textos en la Biblioteca de París).

XII. París, 1900. Samuel A. Lafone Quevedo. *La lengua tacaná de la región del río Madre de Dios.*

XIII. Nueva York, 1902. Leon Douay. *Contribution a L'etude du mot Kerka ou Titicoca ou Titikaka.*

XIV. Stuttgart, 1904. Graf Eric von Rosen. *Die Chorotes des Bolivianischen Chacos.*

XVI. Viena, 1908. Manuel González de la Rosa. *Les deux Tiahuanaco, leurs problemes et leur solution.*

XVII. Buenos Aires-México, 1910. Samuel A. Lafone Quevedo. *Las lenguas tipo Guaycurú y Chiquito comparadas*; A. Posnansky. *Tiahuanacu y las razas y monumentos prehistóricos del Altiplano Andino;* José Benjamín Burela. *Contribución al estudio de la etnografía boliviana. Distribución geográfica de los indígenas actuales del departamento de Santa Cruz;* Salvador Debenedetti. *Excursión del XVII Congreso Internacional de Americanistas a Bolivia y Perú.*

XVIII. Londres, 1912. A. Chervin. *Aymaras and Quichuas: a study of Bolivian Anthropology;* A. Posnansky. *El signo escalonado en las ideografías [illegible] con especial referencia a Tiahuanacu;* Salvador Debenedetti. *Influencia de la cultura de Tiahuanacu en la región noroeste argentina.*

XXI. La Haya-Gotemburgo, 1924. Arturo Posnansky. *Kulturvorgeschichtliches und die astronomische Bedeutung des grossen Sonnentempels von Tiahuanacu in Bolivien.* Entre los libros presentados: Erland Nordenskiöld. *Forschungen und Abenteuer in Südamerika; The Ethnography of South Ame-*

rica seen from Mojos in Bolivia, 3 vol. A. Posnansky. *El signo escalonado; Ein neues Kraniometrisches Instrument und seine Verwendung zur Herstellung von Messbildern: Una metrópoli Prehistórica en la América del Sud; signos mongoloides en algunos tipos étnicos del altiplano andino; Templos y viviendas prehistóricas; Bosquejo biográfico de don Manuel Vicente Ballivián; Führer durch die Geographiche-Industrielle Ausstellung Bolivia.*

XXIV. Hamburgo, 1930. Dr. Humberto Vázquez-Machicado. *El Problema Etnico de Bolivia;* Otto Aichel. *Ergebnis der Untersuchung an 200 Künstlich deformierten Schädeln* Erland Friherr von Nordenskiöld. *Das Gewichtssystem der peruanischen Indianer:* Dr. Carl. Troll. *Die Geographischen Grund-lagen des Inkareiches;* R. Wegner. *Die Mojos Indianer; Die Qurugua und Siriono.*



41 Erland Nordenskiöld.

Es una verdadera lástima que tantos como importantísimos trabajos sean casi desconocidos por los estudiosos de nuestra patria debido a una doble circunstancia: el ser muy difícil la adquisición de los volúmenes en que se hallan publicados y estar la mayor parte en idiomas extranjeros. Sería de desear que las Sociedades Geográficas de las diversas capitales de Bolivia, así como el Centro de Propaganda y Defensa Nacional, el Rotary Club y las *Universidades sobre todo,* auxiliadas por las diferentes entidades científicas y con el apoyo económico del gobierno y del pueblo, se preocupen de publicar algo así como

«Anales Científicos», en los cuales verían la luz pública todos estos estudios traducidos al español, para el mejor conocimiento de nuestra estructura social e histórica. Un Comité especial podría obtener de los autores el permiso de traducción y publicación que sería únicamente con fines culturales bolivianos y no de lucro. Hé aquí una idea que podría hacer suya la juventud de Bolivia que está dando pruebas de sus ansias inextinguibles de estudio y de renovación.

III

El XXIV Congreso.

A invitación del Senado de la Ciudad Libre y Hanseática de Hamburgo, el XXIII Congreso Internacional de Americanistas reunido en Nueva York, resolvió que la sede del próximo Congreso sería en dicha ciudad de las orillas del Elba, del 7 al 13 de septiembre del presente año de 1930. Es el primero que se reúne en Alemania después de la guerra mundial. La ciencia alemana, que constituye una de las más grandes contribuciones de este pueblo a la cultura del mundo, ha contado y cuenta con grandes americanistas. Bastará citar a Humboldt que puede decirse que fue el precursor de la sistematización científica de estos estudios. El senador Rapp de Hamburgo, es también un gran americanista ya que hasta ha descifrado algunos códices mejicanos y donado obras preciosas a la biblioteca hamburguesa, siendo el continuador de sus investigaciones, su hijo político, el señor Strebel quien tiene obsequiadas al Museo de Etnografía de Hamburgo, notables piezas arqueológicas.

En la noche del día 6 tuvo lugar la sesión preparatoria en la gran sala del *Curio Haus*. Representados oficialmente por delegados sólo estaban los gobiernos de Alemania, Argentina, Austria, Bélgica, Bolivia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, Francia, Gran Bretaña, Guatemala, Holanda, México, Panamá, Perú y Suecia. De entre todos ellos, se designó por unanimidad de votos a los profesores Salvador Debenedetti (Argentina), y Antonio Ballesteros y Beretta (España), para que lleven la palabra al día siguiente en la sesión inaugural, en respuesta al saludo del Burgomaestre de la ciudad.

En dicha sesión inaugural tuvimos ocasión de saludar al profesor argentino Dr. Ernesto Quesada, quien abandonando su retiro de «Villa Olvido», en Spiez, vino a tomar parte en este Congreso del cual había sido ya miembro cuando tuvo lugar en Bruselas en 1879. Le encontramos más rejuvenecido que cuando le vimos en La Paz en 1926, dando su conferencia en la Universidad acerca de la filosofía spengleriana. Tanto él como su señora esposa, hicieron muy buenos recuerdos de su visita a Bolivia, agradecidos como estaban por la

cordial hospitalidad que se les brindara y las atenciones recibidas. Aprovechamos la ocasión para interrogarle acerca de sus estudios y de su conferencia en la cual decía que el Altiplano Andino, donde tuvo su cuna la cultura más vieja de América, posiblemente sería la matriz del ciclo por venir.

«Mi conferencia levantó mucho ruido -nos dijo-, las conclusiones a que yo arribé fueron recibidas con alboroso por los intelectuales bolivianos, y todos ellos comprendieron que he sido yo el único que he sabido poner el dedo en la llaga con respecto al problema étnico y aunque en la práctica aún nada se ha hecho, alégrame sí, y mucho, el saber que la Junta Militar gobernante del país después de la revolución de junio de este año, haya insertado en su programa, como punto básico, la incorporación del indio a la vida nacional. Esto ya es algo prometedor, pues en realidad, el único país que ha tomado el toro por las astas ha sido México con su legislación social tan avanzada y sus trabajos tan importantes para la cultura del indio y su elevación espiritual y material».

Después nos presentó al profesor Sapper de la Universidad de Würzburgo, quien al día siguiente debía de leer una conferencia muy importante acerca de *Der Kultur Zustand der Indianer vor der Berührung mit den Europäern und in der Gegenwart* (El estado de cultura de los indios antes del contacto con los europeos y en el presente).

En la mañana del día 7 se inauguró el Congreso en el local destinado a sus sesiones: el Museo de Etnografía (Museum für Völkerkunde). Saludó el Burgomaestre, contestando los delegados de Argentina y España que habían sido designados al efecto. Después el Dr. Ernesto Quesada dirigió breves palabras en idioma español, saludando a todos los congresistas, pasando enseguida a leer un trabajo en idioma alemán en el cual abordaba diferentes aspectos de los problemas de América, haciendo referencias a los trabajos de su padre, el distinguido publicista Dr. Vicente G. Quesada, e hincapié en los suyos propios sobre todo, extendiéndose largamente sobre sus estudios y publicaciones.

Esta exaltación del YO es una característica muy notable del viejo profesor Quesada cuya labor intelectual merece todos los aplausos. Más de medio siglo de labor docente; publicaciones innúmeras sobre los temas más diversos atestiguan su gran amor al estudio y sus esfuerzos por la cultura; pero sobre todo, la donación que ha hecho de su biblioteca de más de 80.000 volúmenes, casi todos sobre cuestiones americanas, al Instituto Ibero-Americano de Berlín, demuestra su gran espíritu de desinterés y su deseo de que nuestra América sea mejor conocida y estudiada por los sabios europeos, de lo que es al presente.

Pero por encima de todos estos indiscutibles méritos del profesor Quesada, y justamente por ellos mismos, choca demasiado tanta megalomanía. No puede hablar dos palabras sin hacer resaltar su YO, enorme y fuerte como la robusta salud y el plácido optimismo con que lleva sus setenta y pico de años. Un dato más; en la sesión vespertina del día 10, en la sección de etnografía sudamericana, el profesor Ulloa refutaba al delegado ecuatoriano ciertas conclusiones optimistas respecto del porvenir de los indios y Quesada pidió la palabra ocupando largos minutos, en hablar nada más que de Congresos en los cuales el había tomado parte, de resoluciones firmadas por él, y de un libro acerca de los indios que calificó como el mejor sobre la materia, escrito por un yanqui, y cuyo principal mérito quizá consista en estar dedicado al profesor Quesada... Después repitió los principales tópicos de su exposición leída en la sesión inaugural, pues este señor tiene el vicio de plagiarse a sí mismo; páginas y páginas de sus propios libros, los reúne en un nuevo volumen articulado, y lo lanza al público como producción nueva; de allí que tenga casi doscientos folletos publicados; y los que aún le faltan! Con un título llamativo y que rara vez corresponde al sentido del libro, hace un verdadero bluff editorial. Como pensador carece de originalidad y es más bien un buen popularizador de lo que otros han pensado, y su idea del próximo ciclo americano, por seguir la cultura el sentido de la rotación de la tierra, y que trata de oponer a la tesis spengleriana del próximo ciclo eslavo, quien sabe de donde la habrá copiado; por lo pronto cualquiera puede encontrar esa idea claramente expuesta al final de *Roma* de Emilio Zola. Después de todo, este anciano profesor, de cabeza cana, pero fuerte aún, es un gran erudito y si su labor como publicista desaparecerá por su falta de consistencia, su obra cultural, será lo que de él quede como monumento imperecedero.

El autor de estas crónicas presentó al Congreso, en su calidad de Delegado del Gobierno de la República de Bolivia una memoria acerca de *El problema étnico de Bolivia*; en dicho ensayo, después de analizar las diversas características raciales de nuestra constitución étnica, llega a aplicar, para nuestra República en particular, las conclusiones que con carácter generalizador tiene escritas Vasconcelos en libros demasiado conocidos por el público estudioso y las juventudes universitarias. Con alguna semejanza en las premisas y materia de estudio, aunque arribando a conclusiones distintas, era la monografía del delegado ecuatoriano Dr. Carlos A. Zambrano: *Los indígenas del Occidente de la América del Sur y su incorporación a la vida civilizada*, trabajo de gran valor tanto por su enjundia científica, como por la valentía con que afronta el problema ya no étnico del indio, sino social, llegando a extremos que un buen burgués podría calificar de «rojos».

Merecen mencionarse algunos trabajos más, tales como *Das Gewichtssystem der peruanischen Indianer* por el Profesor de la Universidad de Gotemburgo y Director del Museo de la misma ciudad, Barón Erland de Nordenskiöld, acerca del sistema de pesas y medidas de los indios peruanos; *Die Geographische Grundlagen des Inkareiches* (Los fundamentos geográficos del Imperio Inca), por el Dr. Carl Troll, Profesor de la Universidad de Berlín. Estos dos distinguidos sabios han recorrido casi por entero todo el territorio de Bolivia y dada su alta competencia y seriedad, sus trabajos son de gran interés e importancia. El célebre profesor Wegner de Francfort, cuyas afirmaciones acerca de haber encontrado una tribu con lenguaje aún no articulado en las selvas del Oriente de Bolivia, son tan discutidas, también leyó dos trabajos: *Die Quruaga un Siriono* y *Die Mojos Indianer*. El Barón de Nordenskiöld movía incrédulo la cabeza y afirmaba que el profesor Wegner carecía de pruebas verdaderamente científicas para probar sus asertos sobre su famoso e increíble descubrimiento, cuya veracidad ha sido no solamente puesta en duda, sino negada por la prensa científica alemana, sin que el profesor Wegner haya podido probar sus afirmaciones.

Allí en los pasillos del Museo de Etnografía, sede del Congreso, conocimos al Dr. Luis Ulloa, que presentó también un notable trabajo titulado: *La pré-découverte de l'Amerique par Colom et sur des nouveaux documents concernant la personalité du découvreur.* Este estudio no es sino exposición sintética del trabajo que anteriormente había presentado al Congreso de Historia de Sevilla y que con amplia documentación se halla editado en francés y muy recientemente en español. El Dr. Ulloa sostiene la tesis de que Colón era catalán y que en compañía de corsarios daneses había pre-descubierto la América alrededor del año 1477, por la vía de Islandia, Groenlandia, El Labrador, Terranova y Florida, y que el absolutismo monárquico y teocrático de la Corte española ha mantenido hasta hoy oculta esta verdad.

Las actuaciones sociales redujéronse a la recepción de estilo, de rigurosa etiqueta, en el salón de honor del *Rathaus* (Municipio), dada por el Senado de la Ciudad Libre y Hanseática de Hamburgo, ofreciéndola el Burgomaestre Dr. Ross, y agradeciendo a nombre del Congreso el profesor Boas de la *Columbian University* de Nueva York, en su calidad de Presidente del Comité Directivo. La noche del día 10 un baile en los salones del *Uhlenhorsterfährhaus,* y el día 12 una recepción en la Biblioteca Warburg. El día 11 el Dr. Rodolfo Grossmann, Director del Instituto Ibero-Americano de Hamburgo y Secretario General del Congreso, ofreció un té en su residencia particular en honor de los delegados hispano-americanos. En agradecimiento por sus actividades en el Congreso, así como por sus esfuerzos de acercamiento e intercambio intelec-

tual entre América y Alemania, los delegados Ibero-Americanos le obsequiaron un pergamino en honor de su amplia y esforzada labor cultural.

En la sesión plenaria del viernes 12, se tomaron diversos acuerdos, entre los cuales merecen citarse los siguientes: La necesidad de la conservación de los monumentos arqueológicos de América con intervención de la Liga de las Naciones; los profesores Boas y Nordenskiöld expresaron que dicha intervención debe hacerse de manera que no lastime las susceptibilidades de los gobiernos americanos. El profesor Sapper se lamentó especialmente de que los monumentos de la civilización maya- quiché en Guatemala y Honduras, estén en vías de desaparecer, sepultados por la lujuriosa vegetación del trópico, habiendo el Dr. Sinforoso Aguilar, delegado guatemalteco ofrecido a nombre de su gobierno tomar las medidas necesarias de conservación. Asimismo resolvióse emprender una acción eficaz para la conservación y estudio de las lenguas indígenas y la formación de un atlas de ruinas prehistóricas; a propuesta del Barón de Nordenskiöld se resolvió solicitar se cree en el Colegio de Francia una cátedra de «Americanismo». Los gobiernos de México y Argentina invitaron a que la sede del próximo Congreso sea la capital de los Estados Unidos Mexicanos y la ciudad de La Plata, respectivamente; por 26 votos del total de 44, resolvióse aceptar la invitación del gobierno argentino. El Barón de Nordenskiöld a nombre de los delegados europeos y el profesor Debenedetti a nombre de los ibero-americanos, agradecieron las atenciones recibidas, contestando el Profesor Thilenius, Presidente del Congreso, dando por terminadas las labores del XXIV Congreso Internacional de Americanistas.

IV

El Barón de Nordenskiöld y el Profesor Carl Troll.

Muy corteses y gentiles los Barones de Nordenskiöld y el Profesor Carl Troll de la Universidad de Berlín, aceptaron la invitación que nos habíamos permitido hacerles. Almorzando en tan ilustre compañía en los comedores del hotel *Vier Jahreszeiten* gozamos de una *causerie* inolvidable.

Del Barón Erland Nordenskiöld habíamos oído hablar mucho en Santa Cruz de la Sierra, por haber estado allí en la primera década de este siglo, y conocíamos su nombre ilustre entre los científicos americanistas; con estos antecedentes no desperdiciamos la ocasión del conocimiento; el primer momento nos confundió con un hermano nuestro que residiendo en Munich había mantenido con él nutrida correspondencia científica. Alto, un poco tostado, de cabello entrecano, a pesar de sus lentes, representa una edad muy inferior

a la que en realidad debe tener; su esposa, la Baronesa Olga, compañera en su expedición a la América del Sud en 1912-1914, de una gracia y una simpatía muy *freundlich*. Al profesor Troll le habíamos conocido en La Paz por indicación del doctor Víctor Muñoz Reyes para quien llevara una carta de presentación de nuestro hermano José; supimos después que cuando estuvo en Santa Cruz, visitó nuestro hogar; doble motivo de reconocimiento a su gentileza.

Como buenos sabios y de verdadero mérito, ninguno tiene ese empaque de erudición y jactancia que tanto molesta en los seudo- científicos; antes al contrario, de una sencillez y cordialidad verdaderamente notables y su lenguaje desprovisto en lo absoluto de esa aridez que a veces traen los estudios científicos: eran dos *causeurs* admirables.

Ambos tienen estudios acerca de Bolivia; Nordenskiöld ha publicado algo más de diez volúmenes en los cuales habla de nuestra patria, su situación actual y futuro en términos tan optimistas que deberían de ser conocidos y popularizados en Bolivia, tierra de la cual conserva gratos recuerdos. El Dr. Troll está preparando una grande obra que contendrá los resultados de sus exploraciones y estudios en Sud América, y hasta hoy sólo tiene publicados artículos y monografías acerca de Bolivia en diversas revistas científicas.

Al sabernos de Santa Cruz, Nordenskiöld nos preguntó por José Benjamín Burela sabio naturalista cruceño, más conocido por profesores y sabios extranjeros que por sus propios conterráneos, y por don Casiano Gutiérrez, esforzado industrial que tanto le ayudó en sus exploraciones, y para quien obtuvo después una condecoración del Rey de Suecia; lamentó mucho el fallecimiento de dicho señor.

Habló largo y con mucho cariño de Bolivia, tierra hospitalaria e hidalga como pocas y de un porvenir que «ni ustedes mismos sospechan», dijo textualmente. Nos permitimos recordarle su libro *Forschungen und Abenteuer in Südamerika,* publicado en Stuttgart en 1924, libro casi en su totalidad dedicado nada más que a Bolivia; sonrióse cuando le hablamos de un párrafo acerca de ciertos procedimientos un poco violentos sobre mejor derecho a unos terrenos de la familia Ugarte de Cochabamba, y la dificultad que tenía dicha familia de obtener pronta justicia, debido a que un miembro de la nombrada familia era en el Congreso un caudillo opositor (Oppositionsführer); le interesó la noticia de que el tal caudillo opositor cuyo nombre no consignó, era hoy candidato a la Presidencia de la República de Bolivia, por voluntad de todos los partidos políticos.

El profesor Troll nos interrogó acerca de la posibilidad de obtener las obras del Obispo Nicolás Armentia sobre Caupolicán, y Nordenskiöld se exten-

dió largamente sobre los méritos de dicho Prelado y su valiosa contribución a la ciencia boliviana.

-«Me ayudó mucho en mis trabajos –dijo–, y cuando fui a despedirme de él para continuar mi viaje por las provincias de La Paz, díjome que me daría una carta-circular para que me ayudasen todos los párrocos de los pueblos pertenecientes a la jurisdicción de su diócesis, agregando a ella una lista de dichos curas, con la explicación de que aquellos que estaban marcados con una cruz eran sacerdotes de muy mal vivir y que no servían para nada, y que esto era necesario tenerlo presente para evitar rozamientos en su trato con ellos. ¡Cuál no sería mi asombro – dice riendo el Barón–, cuando observé que de la larga lista que me dio Armentia, sólo pocos, demasiado pocos, no tenían marca alguna, y todos los demás, la consabida cruz indicadora de licenciosas costumbres».

-«El famoso Fuerte del Inca, cerca de Samaipata, de que Ud. me habla, es algo tan interesante y de una importancia tal su estudio, que es una lástima que hayamos sido tan pocos los que hasta él hemos llegado; constituye sin disputa uno de los monumentos más notables que ustedes tienen y revelador de una gran civilización precolombina; marca el extremo límite adonde llegó, por esta parte, la dominación efectiva de los incas, pues más allá se extendían las diversas razas y tribus salvajes de la selva oriental».

-«Es muy grato para mí poder manifestar a Ud. –agregaba entusiasmándome con sus recuerdos–, lo admirable del nivel cultural de su patria, dadas las deficiencias de educación, el gravísimo problema étnico y las dificultades de comunicación con el extranjero y aún más con el interior mismo de la República. Una nación, encerrada, por decirlo así, como es Bolivia, da pruebas de una grande potencia intelectiva y de una gran vitalidad, al ser lo que es a pesar de todas las fatalidades, geográficas, étnicas e históricas; mi admiración culminó cuando al visitar su terruño: Santa Cruz, ciudad perdida entre las selvas del oriente de la República, encontré allí una sociedad culta y personas estudiosas e inteligentes; todo ello es una gran esperanza para el futuro de Bolivia».

-«Ah! los buenos Padres del Colegio Franciscano de Tarija! Diariamente los visitaba y saboreaba un licor producto de las cosechas de su huerto que era un verdadero néctar de los dioses. Creo el Padre Pierini ha llegado hasta el Arzobispado; ya me lo imaginaba yo... era tan diplomático, tan inteligente, tan suave y tan apreciado por las damas... que forzosamente... tenía que llegar, a tan alta situación...» Como quiera que los Barones de Nordenskiöld sonrieran socarronamente, inquirimos curiosos detalles y aclaraciones, pero se limitaron a cambiar breves palabras en sueco y a continuar sus sonrisas sin querer contestar

a nuestras interrogaciones, quizá un tanto imprudentes, dada la alta situación que ocupa el aludido.

-«Los puntos de vista de su tesis respecto del porvenir de los indios de Bolivia no me parecen del todo ciertos y yo declaro que a la mayor parte de dichos autóctonos los considero capaces de adaptarse a la civilización y sobrevivir sin vital necesidad de mestizajes; hago excepción de los indios netos de los bosques orientales, que por carecer de agricultura como otras tribus del Chaco, viven miserablemente, y aunque hercúleos en apariencia, quizá no resistan mucho la concurrencia vital con las otras razas».

-«El acto de barbarie cometido por el Cabildo de Santa Cruz que Ud. me cuenta, al vender al peso la preciosa ornamentación de plata de los templos de Mojos, obra de los indios, no me extraña; a mí mismo, muchos curas de allí, me ofrecieron venderme casi por la nada toda la plata que existía en la iglesia que tenían a su cargo. Es una verdadera lástima que el clero no haya sabido conservar tan preciosas obras de arte; si algo todavía ha llegado hasta nuestros días, se debe a la resistencia de los mismos indios que defendían esos tesoros obra de sus manos bajo la dirección de los jesuitas, y se oponían a que se los llevasen los extraños; en su ingenuidad nativa los pobres indios cuidaban más y mejor los tesoros de su iglesia que los curas que para ello estaban».

-«Los *cambas* del oriente de Bolivia son muy inteligentes y tienen rara habilidad para los trabajos manuales; despiertos y muy vivos. Ellos me recuerdan siempre a otros indios que conocí en Panamá, que son marinos y se contratan con buques de toda nacionalidad y muchas veces dan la vuelta al mundo; conocen diversos idiomas y con varios hablé en alemán, inglés y francés, y me dijeron haber uno que sabía el sueco, pero no tuve ocasión de verlo».

El Profesor Troll agregaba: «Esa raza de indios panameños es verdaderamente notable; cuando yo estuve allí, encontraba siempre las huellas del Barón que mucho antes me había precedido en esas exploraciones; encontré cartas y otras varias huellas de su paso. A ese indio que hablaba sueco le conocí yo y tuve ocasión de comprobar que poseía un exacto conocimiento de la geografía de las tierras y mares de la Europa nórdica; para probarlo, le afirmaba yo que Bremen era un puerto de las orillas del Mar del Norte y él replicaba que aquello no era cierto, y me daba perfectos detalles acerca de Bremerhaven y la ubicación de Bremen a orillas del Wesser. Estos indios merecen estudios más concienzudos que los que hasta hoy les han dedicado, pues es notable que no obstante su contacto con la civilización, al regresar a su terruño, vuelven a emprender sus antiguas constumbres, hasta que nuevamente se embarcan y así sucesivamente, sin que estos viajes influyan en nada en sus hábitos primitivos y los transformen».

Era hora ya de regresar al *Museum für Völkerkunde,* a la sesión vespertina del Congreso y tuvimos que interrumpir tan interesante charla. Al darnos la mano, despidiéndose díjonos Nordenskiöld: «Cuando escriba Ud. a Santa Cruz manifieste a ese pueblo lo grato que estoy de su hospitalidad que conservo entre los mejores recuerdos de mis expediciones; salude Ud. a Burela, mi buen amigo que me escribe siempre, asimismo como a todos aquellos que me ayudaron tan gentilmente en mis estudios y trabajos». El profesor Troll agregó: «Todo lo que el Barón nos ha contado hoy es tan interesante que no debe de quedar entre nosotros solamente; publique Ud. algo en Bolivia, pues vale la pena». Así lo prometimos.

Pocos días después, carta muy atenta de Gotemburgo, agradeciendo Nordenskiöld la remisión de la obra completa de Mujía sobre nuestros límites con el Paraguay, y enviándonos con dedicatoria autógrafa, más de doce volúmenes de estudios etnográficos en su mayor parte referentes a Bolivia. Más tarde, de Berlín, el profesor Troll con autógrafo igualmente, los fragmentos que tiene publicados de su obra grande en preparación y que se refieren a nuestra patria; agradecidos, gustosos accedimos al pedido de enviarle las obras de Armentia sobre Apolobamba.

Hemos querido recordar en esta crónica a estos dos hombres de ciencia que tanto escriben sobre nuestra patria, y cuyas obras desgraciadamente son casi desconocidas por estar en idiomas extranjeros, siendo necesario y urgente su traducción y reparto en todo Bolivia para el mejor conocimiento de nuestra estructura y de nuestro espíritu. Ojalá que se emprenda una verdadera campaña en este sentido, pues ello representaría un gran paso en los avances de nuestra cultura.

Gräfelfing b/ München, noviembre de 1930.

Santa Cruz en Europa



Del carnet de un vagabundo.

SANTA CRUZ EN EUROPA

I

El amor al terruño, ese sentimiento generador del patriotismo que nace al calor del afecto de los seres queridos y en medio de los recuerdos infantiles, pone en el espíritu una nota de alegría y de recuerdo, al encontrarse en lejanas tierras con quienes se compartió –de cerca o de lejos–, las alegrías y tristezas de la vida del campanario (*).

Cuando se ambula por playas extranjeras atormentado por la nostalgia del hogar ausente, en medio de la «cortés indiferencia de los extraños», como decía René-Moreno, es cuando más se aquilata lo que vale ese sentimiento y el departir sobre cosas de la tierra con quien las ha vivido como uno, es un placer que sólo comprende quien por ello ha pasado. De ahí que hayamos querido transparentar en esta crónica un pálido reflejo de ello, al rememorar los momentos en que la andaluza ciudad de Ñuflo de Chávez volvía vívida a nuestra mente en el entusiasmo de los recuerdos y la febril impaciencia de mutua comunicación de dos que se hallan fuera del hogar tradicional.

II

Hacía nueve años que no veíamos a nuestro hermano José, y apenas llegamos a Hamburgo, sólo unas horas para arreglos indispensables, nos metimos en el tren para cruzar Alemania de norte a sur, hasta Munich donde se hallaba José, sin la más remota sospecha de tal viaje.

Llegados a la Atenas del Isar, inmediatamente a su casa y allí nos vimos en menudos aprietos para podernos hacer entender en una jerigonza: mezcla de español, francés y alemán; ante la imposibilidad de comprender tal idioma de nuestra exclusiva invención, la *Wirtin*, que nos había abierto la puerta, optó por hacernos pasar a la habitación de su huésped. Profunda emoción al

---

*. *El Oriente*, interdiario, Santa Cruz, 1931, feb. 7.

reconocer los recuerdos familiares en fotografías ornadas de crespones de luto, que abrieron heridas no cicatrizadas nunca; allí había libros y periódicos de la tierra, y a pesar de la ausencia de quien la habitaba, en el cuarto se sentía el ambiente de la patria y del hogar lejano.

Mímica expresiva y la eficaz ayuda de unos diccionarios, nos sacaron de aprietos, y al fin pudimos hacer entender a la patrona que necesitábamos con urgencia hablar con el dueño de la habitación, guardándonos sí muy bien de decirle qué lazos nos unían. Guiados por ella atravesamos las calles de Munich hasta el número 80 de la *Sendlingerstrasse*, introduciéndonos en las oficinas de la *Alemania Ilustrada*; aguardamos en un pasillo cerrado por una galería de cristales, a través de los cuales se veía a un señor escribiendo en una máquina y que volvió la cabeza a la derecha para responder a la patrona que entraba; su perfil no nos engañó: ¡era él!

Le dijeron que un joven que ignoraba el alemán y seguramente hispanoamericano, quería hablarle. Solícito y atento salió a prestar su ayuda a quien se la pedía, con aquella buena voluntad que se tiene siempre entre los que hablan el mismo idioma y se hallan en país extranjero.

Habían pasado nueve años y el estudiante de humanidades que José había dejado en Santa Cruz de la Sierra, era hoy abogado y tenía un cargo en la representación de Bolivia en el exterior-, y no le fue posible reconocer en el primer momento al hermano menor, lo que aumentó aún más, si cabe, la efusión del abrazo fraternal. Eran las cuatro de la tarde de un día lleno de nieve y frío en enero de 1928.

Las nueve de la mañana del día siguiente nos sorprendió aún en las evocaciones del hogar y de la patria: los años de la adolescencia y la Universidad, las luchas, triunfos, desengaños, miserias morales, alegrías, todo lo recordamos extasiándonos ante detalles que en otras circunstancias hubieran sido nimios, pero que en ese lugar y en ese momento eran de gran valor: físico de las personas evocadas, configuración de las calles, etc., en una palabra, Santa Cruz fue trasladada a Munich por la fuerza del recuerdo de dos de sus hijos que desde tan lejos sentían la nostalgia de ella.

III

«Antes de viajar a Italia, debes de escribir a Dionisio Foianini para convenir un encuentro», fue el consejo que nos diera José ya a bordo del trasatlántico que lo retornaba a la patria. Así lo hicimos y pocos días más tarde telegrama afectuoso de Pavía donde nos esperaba. Corta permanencia en Wiesbaden el

famoso balneario, inolvidables excursiones en los preciosos cantones suizos y por fin llegamos, un día de agosto de 1929, a Pavía; la falta de oportuno aviso nos impidió encontrarnos el primer momento, y ambos habíamos coincidido al mismo tiempo en Lugano, sin saberlo ninguno, pero a las pocas horas ya nos abrazábamos con quien habíamos jugado juntos en la plaza de Santa Cruz, en compañía de Mario Suárez Landívar, Darío Mercado, Alfredo Dermit y Héctor Suárez Santistevan, en los años de nuestra adolescencia.

Nos veíamos de siete años, encontramos al mismo Dionisio de siempre, afectuoso y serio, y al mismo tiempo nos fue grato comprobar la gran cultura adquirida en su estadía en el viejo continente, tanto por estudios librescos, como por innumerables viajes de un extremo a otro de Europa que conocía como la palma de su mano, tanto en sus grandes capitales, como en sus ciudades y pueblos históricos e interesantes, estaciones de verano e invierno, villas industriales, etc. Tenía en la memoria hasta los horarios de los ferrocarriles, indicaciones de alojamiento, museos y curiosidades; ah! sobre todo museos. En materia de escuelas de pintura y escultura poseía un conocimiento digno de un verdadero erudito; no era sólo un admirador, algo más: un conocedor. Pocos hombres hemos conocido que a la edad de Dionisio Foianini hayan viajado tanto y con tan positivo provecho; es un muchacho que hace honor a la juventud de Santa Cruz.



42 De izquierda a derecha en la fotografía: Humberto Vázquez-Machicado, Baronesa Olga Nordenskiöld, José Vázquez-Machicado, Barón Erland Nordenskiöld. Dalbyoe-Suecia, Junio 1931.

Una cosa nos llenó de admiración y alegría. A pesar de siete años de ausencia del terruño y haber recorrido centenares de ciudades, conservaba de Santa Cruz el recuerdo más perfecto; no había olvidado ni una casa, ni una calle, ni ninguna persona; todo vivía claro en su recuerdo como si hubiera abandonado ayer la ciudad natal.

Ambos, y Víctor Díaz Romero, fuimos juntos a Génova a pasar allí el 6 de agosto y visitar al Cónsul General de Bolivia, conprovinciano nuestro, el Dr. Feliciano Lijerón. Alegre y llena de reminiscencias pasó nuestra fiesta patria. Después regresábamos de Roma y Florencia y en Pavía encontramos a Lijerón que se hallaba visitando a Dionisio, y allí el ambiente cruceño estaba aumentado por Angel Foianini que había venido de sus vacaciones de estío en las montañas de la Valtelina, sólo para encontrarnos. Vivíamos allí, a orillas del Ticino en plena Santa Cruz. A Lijerón tuvimos ocasión de encontrarlo en dos ocasiones más: en Hamburgo y en Munich, bajo el hospitalario hogar de los esposos Gasser-Sanz.



43 HVM. con Gebhard Gasser en Munich, Alemania (1930).

Habían pasado algunos meses, encontrándonos en España, nos dirijimos otra vez a Foianini; respuesta amable encontramos en Barcelona, combinando el encuentro en Niza; ello no fue posible por ignorar nosotros mismos la fecha precisa de nuestra llegada a la Costa Azul. Pasamos encantados por la Riviera, lugar único que reune al bullicio mundano y vicios de las grandes urbes, la

tranquilidad paradisiaca de esa bendita tierra de Provenza digna cuna de los troveros medioevales. Así con todo, mediaba enero de 1930 cuando llegamos otra vez a Pavía, haciendo paréntesis a un viaje demasiado largo, gozando del inefable placer de los recuerdos y las remembranzas, en la amena y chispeante charla de Dionisio. Con verdadero dolor nos separamos, pero nuestra estadía no era posible prolongarla más; faltándonos aún por visitar las preciosas orillas del lago de Ginebra y tantas otras ciudades de Suiza y Sud de Alemania, antes de regresar a nuestra habitual residencia. De Barcelona nos escribió Dionisio avisándonos que se hallaba ya en viaje de regreso a Bolivia, y sentimos que algo de nuestro propio ser se fue hasta el otro lado del Atlántico.

IV

En abril de 1929, en el puerto de Hamburgo saludamos a Horacio Vázquez, que llegaba juntamente con el Capitán Lucio Luizaga con la atrevida idea de cruzar el Atlántico en avión. Vázquez comprendía que en esta audaz empresa importaba sobre todo el conocimiento de la meteorología y la náutica aérea, y de lleno se entregó a su estudio. En Warnemünde, en las preciosas orillas del Báltico, donde se trasladó a estudiar le visitamos; era todo un trabajador y nuestra presencia no fue óbice para que dejara de atender sus lecciones acostumbradas, luchando y venciendo las innúmeras dificultades del difícil idioma alemán que muy pronto dominó regularmente. Después en Hamburgo, viviendo en la misma pensión, compartimos juntos nuestra alegrías y nuestras pobrezas en una fraternal camaradería bohemia.

En octubre de 1929, abrazamos a Cástulo Chávez, acompañado de su hija Edith, de regreso del Congreso Comercial Interparlamentario que se reunió en Berlín, y en el cual formó parte de la delegación de Bolivia. Muy gratos los cinco días de espera de la fecha del embarque de regreso; visitas a las curiosidades hamburguesas, los museos, y los alrededores. Cástulo siempre con su buen humor habitual que tuvo ocasión de lucir en una comida de despedida que se le daba al Dr. Claudio Calderón Mendoza, que era trasladado a París, al mismo tiempo que se saludaba al nuevo Cónsul General Dr. Luis Postigo. La tradicional gracia andaluza de nuestra ciudad estaba allí dignamente representada por Cástulo que nos hizo pasar horas inolvidables.

París, abril de 1930. Habíamos perdido un autobús en la *Place de l'Opera*, y un poco malhumorados por el contratiempo nos disponíamos a tomar un taxi, cuando una figura conocida pasó a nuestro lado sin vernos. Lo tomamos por el abrigo, llamándolo por su nombre de pila: ¡Oswaldo! Grata fue la sorpresa de un encuentro tan inesperado después de siete años de no haber

visto a Oswaldo Vaca Díez, hijo. Tomando el té en el *Lido* de los Campos Elíseos y después de la cena en el *Folies Bergeres*, hemos reído mucho recordando nuestros entrenamientos futbolísticos en el solar del Tambo del Sol, y nuestras alegres excursiones campestres con Héctor Suárez Santistevan en La Morita. Hallamos al igual que en Foianini, un muchacho estudioso y preocupado del porvenir; su seriedad, sus ideas tan claras de los deberes profesionales y ciudadanos nos dieron una nota de esperanza de lo que puede significar una juventud que cuenta con tales hombres.

V

Regresábamos de un viaje por Viena y Praga y nos detuvimos en Munich, donde nuestro hermano José nos esperaba con una nueva muy alegre: había obtenido la dirección de los esposos Gasser-Sanz, que vivían en un pueblo residencial de los alrededores de la capital bávara. Larga conversación por teléfono y dos días después nos encaminábamos con José a Gräefelfing a la invitación a cenar que tan gentilmente se nos había hecho.

En el número 12 de la *Grosostrasse*, está la preciosa villa, propiedad de la familia Gasser. La acogida no pudo ser más amable y afectuosa, y animado por ella José, no pudiéndose contener más, dijo a la señora Gasser: «Ya que estamos en un ambiente cruceño, hablaremos *en cruceño*», y bromeando siguió la conversación matizada intencionadamente de esos términos tan gráficos de nuestro lenguaje popular.

Posteriormente hemos sido varias veces huéspedes de la villa Gasser: de paso a una excursión invernal por el Tirol, la alta Italia y la Rhética suiza, estuvimos allí juntamente con Feliciano Lijerón. Antes de emprender un largo viaje por Yugoslavia, Hungría y Checoslovaquia, nos detuvimos también a pasar allí unos días en ese ambiente tan caro a nuestro amor al terruño.

El señor Gebhard Gasser es demasiado conocido y estimado en Santa Cruz, en la cual ha vivido un cuarto de siglo; la patria boliviana la ha recorrido en todas direcciones y Santa Cruz y Beni los conoce mejor que un explorador de profesión y allí en Santa Cruz de la Sierra ha formado su hogar. Su cruceñismo es acentuadísimo; en medio del lujo severo, pero de muy buen gusto, de su mansión, se ven los recuerdos del terruño distribuidos por todas partes: fotografías, bibelots, cuadros, etc., mostrando con la elocuencia muda de los pequeños detalles, el amor a la tierra de los señores de la casa. Innumerables fotografías de Gertsmann, tan populares en Bolivia por su nitidez y maravillosa perfección, ornan las paredes y muchas de ellas ha hecho reproducir el señor

Gasser por un pintor de nota, en grandes y valiosos cuadros al óleo, tales como: el paso del Piray, la Pascana, Duraznillo, el Illimani, etc.

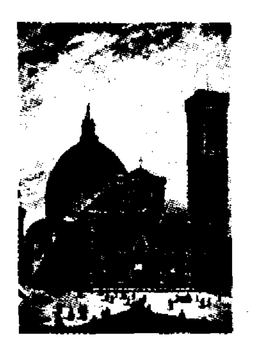
El ejemplo de la familia Gasser, es algo que debe ser conocido. Este alemán que ha querido respetar la bandera bajo la cual nació, al no querer cambiar su nacimiento, es mucho más boliviano que otros que se nacionalizaron y que alardeando un mentido patriotismo que no sienten, sólo aprovechan las «ventajas del éxito presente». Sus valiosas informaciones a la Cámara de Comercio de Munich y a todo el que las solicita, son la mejor propaganda que se puede hacer de nuestras riquezas en el exterior, pues no está fundada en vaguedades ni en huecas alabanzas, sino en los detalles concretos de la estadística numérica, que es la que convence y alienta a quien quiere arriesgar capitales y esfuerzos. Su labor en este sentido es digna de todo aplauso y sea ésta una ocasión para consignarla públicamente.

En su casa se respira el ambiente de la felicidad doméstica y con esa franca hospitalidad, sin reservas, tradicional de nuestra gente, es recibido el que a su hogar llega; su gentil y distinguida esposa, adornada de toda aquella aureola de la matrona clásica del hogar bien –cual corresponde a su abolengo ilustre–, con ciertas finezas, trata aún de hacer más vivo el ambiente cruceño que allí reina. Con José saboreamos allí el exquisito «manjar blanco», y con Lijerón el clásico dulce de «motojobobo», traído de Santa Cruz y guardado como oro en polvo, reservándose sólo para estas ocasiones.

Todo aquel que sea de Santa Cruz o de Bolivia en general, tiene siempre abiertas las puertas del hogar Gasser-Sanz, en el que encontrará hospitalidad generosa y atenciones tan gentiles que tan raras son en el mercantilizado ambiente de la vieja Europa. Hemos querido consignar todo esto para que la sociedad de Santa Cruz de la Sierra sepa, que el señor Gasser, que formó parte de ella y en cuyo seno buscó compañera para su hogar, es un amante sincero del terruño cruceño cuyo recuerdo perpetúa cariñoso en su casa y en sus relaciones.

Baden-Baden, verano de 1930.

Lirio de Toscana

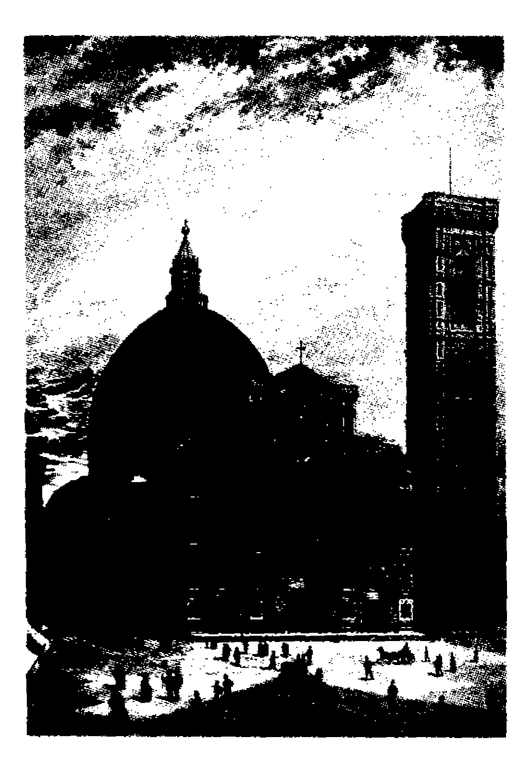


Del vagabundaje artístico.

LIRIO DE TOSCANA

A Dionisio Foianini.

Noble y culto espíritu, compañero de inquietudes y vagabundajes.



44 Florencia.– Iglesia de Santa María «Del Fiore», cuya nueva fachada inauguraron SS.MM. los Reyes de Italia, el 12 de Mayo de 1887.

ADVERTENCIA

Las notas que componen estas páginas fueron escritas en recuerdo y homenaje de las emociones estéticas experimentadas en las numerosas visitas que el autor hiciera a Florencia, lirio maravilloso cual la flor simbólica de su escudo de la tierra sagrada de Toscana. Leyendo y admirando por sí mismo, el autor sintió cuanto consta aquí. Que ello tenga o no valor e importancia, le tiene absolutamente sin cuidado.

La Paz, diciembre de 1936

SUMARIO

I. Apología del Baedecker. II. Farinata degli Uberti. III. Una Anunciación Olvidada. IV. Joaquín y Ana. V. Nacimiento y Presentación de María. VI. Tres Magdalenas del Palacio Pitti. VII. Los proletarios del arte. VIII. Filosofía del vagabundaje.

I

Apología del Baedecker (1).

El género de la crónica viajera ha sido muy explotado y con diversa fortuna. Cada individuo que se echaba a rodar por los caminos del mundo y se creía con aptitudes para escribir, consideraba puntillo de honra el hilvanar sus crónicas sobre lo que veía en sus paseos; notas, impresiones, estudios, toda una gama de variedad infinita, ofrecen al lector como una policromía, las diversas interpretaciones del paisaje humano, telúrico o artístico que ha pasado por delante de los ojos de estos trotamundos pluma en ristre.

Todos ellos, sin excepción alguna, para ir de una ciudad a otra, para seguir una ruta entre el bosque monumental de las viejas ciudades europeas, para aprender algo del contenido de las maravillas que contemplaban, para saber de las obras de arte principales en medio de las atestadas salas de los museos, todos ellos, han apelado a la guía ilustrativa, hablada o escrita, al Baedecker de papel o de carne y hueso; pero de preferencia al primero, comunmente así llamado generalizando el nombre de la editorial alemana especializada en esta clase de libros. El Baedecker les ha servido de cicerone y les ha enseñado lo que sus ojos presurosos, cansados o ignorantes no hubieran acertado a ver.

Pero todos ocultan vergonzosamente esta entrega de sus espíritus al Baedecker; todos pretenden que en cada ciudad, por mas que sea la primera vez

---

Notas de (G.O.).

1. Inédito

que en ella estén e ignoren de su historia y distribución monumental, ellos se han guiado por sí mismos, por el talento intuitivo que Dios le dio y por su sensibilidad artística que les hacía admirar lo que era genuinamente bello, pero sin que nadie se los indicara como tal.



45 Dionisio Foianini Banzer.

Todos abominan del Baedecker y cada vez que pueden dejan resumar bilis y sarcasmos de barata ironía contra el burgués turista que apela ingenuamente a esa guía para sus paseos y viajes. Proceden como el poeta consabido que en lo más oculto de sus bártulos, allí donde nadie puede adivinarlo, guarda celosamente escondido el «Diccionario de la rima», al cual acude con mas frecuencia de la que podría pensarse y desearía el hijo predilecto de las musas.

Los diarios de Hispano-América están llenos de esas crónicas sobre paseos por el viejo continente, calcados y hasta literalmente plagiados de los Baedecker que utilizaron sus corresponsales; cuentan detalles de una ignorancia y de una *naïveté* que hacen sonreir, y las narran en un tono de grandilocuencia que revela el poco fondo de conocimiento artístico o histórico de que pueden disponer. Otros escriben como si Europa fuera una tierra salvaje, absolutamente desconocida, por ellos recién descubierta.

ción admirando como haya podido saber tantas cosas que ellos ignoraban. Cuando en una función popular lleguen a escuchar adormilados las melodías del *Charfreitagzauber*, el motivo de las «Campanas de Montsalvat», o del «Dolor de Amfortas», al ver las flores convertirse en mujeres de tentadora belleza tratando de seducir al hijo de Herzeleide, evocarán el artículo que ha tiempo leyeron en su periódico dominical.

Otro vaga por St. Moritz, un poco huraño e incómodo entre el público *rasta* que allí va a lucir su mundanidad antes que gozar de las maravillas de esa estación invernal. Entre epilépticos *jazz*, patinajes sobre el helado lago, bailes en el Carlton Hotel, buscan el motivo de una crónica. Ambulando por los alrededores sube hasta Sils-María y allí, o lo lee en el Baedecker o alguien le indica que en la casa del que fue Burgomaestre, vivió un extraño y solitario alemán, muy pobre y que dicen haberse hecho muy famoso; va hasta la casa misma y se encuentra con una placa indicadora de haber residido allí muchos veranos, nada menos que Federico Nietzsche. Motivo para una crónica, averiguando a quienes lo recuerden aún, anécdotas y rarezas del ilustre profesor de Basilea. Conste que el cronista que estas líneas escribe estuvo allí, no a la pesca de noticias y motivos para un artículo, sino en religiosa peregrinación ante esa casa que tuvo la suprema gloria de haber albergado al sublime y genial creador de Zarathustra.

Viajan otros por la España de hoy y la de ayer, que por mas que se diga lo que se diga, sigue siendo venero fecundo de cuentos y chascarrillos que hacen sonreir a quienes conocen su verdadera realidad. Si por casual accidente en la calle de Sierpes alguien les pidió limosna, apuntan en su carnet que «todos los sevillanos ejercen la mendicidad». Si por las estrechas calles de Córdoba o Granada o ante la churrigueresca fachada de la catedral de Santiago de Compostela, alguna dama de ligeras costumbres esbózales una sonrisa de incitación y de promesa, afirman que «todas las mujeres de España acostumbran ofrecerse al forastero». Creen que las gitanas como la Carmen de Merimée, musicalizada por Bizet, y toreros como su afortunado amante, constituyen el noventa por ciento de esa población española que es tan distinta de como se la pretende pintar.

Y así; los unos por acuciocidad de un novedoso material, los otros por repetir lo mismo dicho hace cien años, todos pecan de redundantes y errados. Y todos han apelado al Baedecker, sea aquel encuadernado en tela roja y lleno de planos, mapas, etc., o aquel otro de la boca mentirosa de un guía tomado al azar en las puertas de un monumento o en la plaza delantera del hotel en que se hospedan. Uno y otro significan lo mismo: Baedecker escrito o hablado, con la diferencia –ya notable de por sí–, de que el escrito muy rara vez se equivoca y el otro, miente tanto como los tradicionales que ambulaban por la

Roma del Quinientos, que nos retrata Gobineau en sus cuadros del Renacimiento.

Pero unos y otros no serían nadie sin el calumniado y vilipendiado Baedecker. Parece que por un complejo de inferioridad lo odiaran tanto y anatematizaran contra él. Y sin embargo a él acuden siempre en demanda del dato preciso, de la ubicación exacta o de la referencia abreviada sobre tal cuadro o tal monumento.

Esto no quiere decir que la sensibilidad estética del viajero deba estar sometida y supeditada a los asteriscos del Baedecker; no, mil veces no. Es una simple guía, todo lo preciosa que se quiera, pero que no hace sino mostrar a los ojos llevándonos como de la mano. La interpretación, el análisis, el juicio, la sensación misma, dependen del gusto y la cultura del turista.

Uno de los que más ha utilizado el Baedecker, no para artículos, sino como orientación, el cronista de estas líneas, quiere tener la franqueza de confesar lo tanto que debe a sus indicaciones y pretende ser tan sincero que hasta se ha atrevido a escribir bien o mal esta Apología del Baedecker como un homenaje de agradecimiento a sus servicios y como un desagravio a los vilipendios que recibe.

II

Farinata degli Uberti (2).

Abrumados por el amontonamiento de tantas obras de arte en la Loggia del Lanzzi, hemos buscado algo de brisa refrescante; una ojeada al Perseo de Benvenuto, otra a la Fuente de Neptuno, obra de 1575 de Ammanati (1515-1592), evocación de Savonarola ante la broncínea placa que en el pavimento perpetúa el recuerdo de la incineración del extraño fraile (23 de mayo de 1498) y abandonamos esta única Piazza della Signoria para buscar en las orillas del cercano río un poco de reposo.

Hénos aquí apoyando la cansada espalda en los pretiles del Arno, contemplando el pórtico de los Uffizi que frente a nuestra vista se ofrece con sus estatuas semejantes a muchos centinelas de tanta maravillosa belleza como la que encierra en sus salones. Allí a nuestra diestra vemos una figura imponente en su pétrea grandeza; obra de Enrique Pazzi (1819-1899), representa a un guerrero medioeval con la mano derecha dentro de su guantelete de hierro sobre el pomo de la espada en ademán de requerirla, mientras que con la

2. Inédito.

izquierda, extendida en señal y gesto de suprema protección cubre el escudo que un poco detrás de él se halla ostentando el lirio simbólico de la ciudad medicea; el pie derecho un poco adelantado le da un aire de atrevimiento y de fiero heroismo. Es Farinata degli Uberti, florentino, y que merecidamente figura en este areópago de grandes ciudadanos. Interesante el conocer algún fragmento de su vida.

Las guerras civiles azotaban la Italia del Doscientos y más aun la bella Toscana. Los florentinos acababan de vencer a los de Pistoia y dominados por el partido güelfo, proscribieron de la propia ciudad a los principales elementos gibelinos, entre los cuales se contaba a Farinata degli Uberti, de nobilísima familia. El simbólico lirio blanco sobre fondo encarnado, fue transformado en lirio rojo sobre fondo blanco en las armas de la ciudad de las flores.

Pero los gibelinos no podían resignarse a su derrota y en 1258 fraguaban una conspiración dirigida por los Uberti, conspiración abortada que trajo como consecuencia nuevos asesinatos, deportaciones y hasta el tormento y decapitación del Abad de Vallombrosa, con lo cual incluso las iras del Papa cayeron como anatema sobre Florencia.

Los gibelinos empuñaron las armas y se hicieron fuertes en Siena, capitaneados por Farinata degli Uberti, quien a la valentía guerrera supo unir la habilidad maliciosa que hizo caer a sus enemigos en las redes de sus vengativos planes, y el 4 de septiembre de 1260 se libró la batalla de Montaperti en la cual fue tanta la carnicería que ensangrentó las aguas del río Arbia, haciendo exclamar a Dante:

> Lo strazio e il grande scempio
> che fece l'Arbia colorata in rosso.
>
> INFERNO. X. 85. 86.

Los fieros vencedores dedicáronse a la partija del botín guerrero y recién el 16 de septiembre entraron a Florencia, esta vez completa y absolutamente en sus manos, pues todas las familias güelfas habían ya tomado el camino del exilio voluntario huyendo de las iras de los seculares e implacables enemigos.

Farinata dice que los suyos desterraron por dos veces a la familia de Dante, a quien reconoce como enemigo, replicando el poeta que ello era cierto, pero que volvieron, mientras que la familia del condenado interlocutor no aprendió el arte de saber retornar:

> Fieramente furo avversi
> A me, ed a' miei primi, ed a mia parte:
> Si che per due fiate gli dispersi.

S' ei fur cacciati, ei' tornar d' ogni parte,
Rispos' io lui, l' una e l' altra fiata;
Ma i vostri non apresser ben quell' arte.

INFERNO. X. 46. 51.

Posesionados de la ciudad, entregáronse al saqueo y destrucción de los solares de las familias enemigas con aquella saña y furia que sólo en las guerras civiles sabe verse, en las cuales el odio es aún mayor e implacable que contra el enemigo internacional.

Omnipotentes los coaligados gibelinos reuniéronse en Empoli para resolver las radicales medidas que habían de tomar con objeto de abatir para siempre el poder güelfo, y no hallaron cosa mejor que destruir y arrasar la bella Florencia, monstruosa idea esta que halló sostenedores hasta en algunos de los propios florentinos.

En medio de la deliberación alzóse la férrea figura de Farinata degli Uberti, quien con gesto fiero y ademán violento, increpó a la Asamblea:

«¿Habré yo acaso soportado tantas fatigas y vístome en tamaños peligros para destruir y no para recuperar la patria mía? ¿A mí, no digo italiano ni toscano, sino florentino y antiguo florentino, afligiría el ánimo inmensamente ver con estos mis ojos derribar las murallas de Florencia, cual si fuesen un vil castillo del Piamonte o de Lombardía? ¿Será acaso fruto de nuestra victoria del Arbia que celebremos las exequias y la ceremonia fúnebre de tan noble ciudad? ¿O acaso porque en estos últimos años fueron llevados al patíbulo Schiattuzzo y Uberto Caini de mi familia y algunos de diversas otras, será tal vez lícito vindicar injurias privadas con las públicas? ¿Y será tan vil y de corto precio la ciudad de Florencia que ella tenga que perecer por la muerte de cuatro o seis de sus ciudadanos? Aleje Dios esta mancha de nuestra sangre y que jamás llegue a pronunciarse que Farinata degli Uberti, cualquiera que sea la razón que otros aduzcan, consintió un instante con sangre fría a la ruina de su patria. Y siendo así, entre los muchos trabajos y miserias que por ventura ella podría cargar a mi familia, acepte por lo menos, sino hubiera otro ninguno, este único beneficio capaz de cancelar todas las ofensas y daños sufridos, cual es el que mientras yo respire con vida y tenga fuerzas para valerme de esta espada, nadie será bastante osado para poner la mano sobre aquellas murallas. Por lo tanto, si estuviera ya decretado en el cielo que Florencia debe caer, muerte honrada será la mía, cayendo yo junto con ella».

El gesto heroico tuvo su resonancia; la aterrada Asamblea cambió de opinión y Florencia conservó sus murallas y monumentos que hoy son el regalo más glorioso que Toscana pudiera hacer al peregrino que ansioso de belleza ambula por sus hermosas campiñas.

Dante, enemigo político de Farinata por tradición familiar, colócalo entre los condenados al infierno, señalando su presencia como de un incrédulo y completamente dedicado a los placeres materiales al estilo de un puro hedonista:

Vedi la Farinata, che s' é dritto:
Dalla cintura in su tutto il vedrai.

INFERNO. X. 32. 33.

Pero si fue pecador, todos sus errores y faltas le están perdonados con su gesto glorioso. Farinata degli Uberti, gran capitán y noble patriota, prefirió la muerte antes que la destrucción del terruño querido, de la ciudad maravillosa en que se meciera su cuna y fuera viejo solar de su patricia familia. Giotto, el gran maestro del Trescientos, quiso honrar su memoria y en la historia de Job del Campo Santo de Pisa, nos ha dejado un retrato del ilustre caudillo.

El viajero que a las orillas del Arno, ante la estatua de Farinata evoca estos fragmentos de su historia, contempla con admiración y respeto su marmórea figura que merece el honor que Florencia le dispensa al recordar agradecida a su protector y defensor colocándolo en el Walhalla de sus ciudadanas glorias.

III

Una Anunciación olvidada (3).

Sobre los viejos cimientos de un antiguo templo, comenzóse a construir la iglesia de Santa María Novella según el plan de dos dominicos; el 8 de octubre de 1278 el Cardenal Latino, Legado del Papa Nicolás III, bendecía su primera piedra y en 1375 estaba terminada en su cuerpo principal; su fachada que da sobre la plaza del mismo nombre que la iglesia, fue comenzada en 1350 y en 1478 se le ponían los últimos detalles según los diseños de Leone Battisti Alberti.

Contemplando esta fachada no se siente de ninguna manera esa emoción estética que sobrecoje el ánimo delante de otros monumentos del arte cristiano. Un crítico dice que «aunque el conjunto produzca impresión armónica y de grandiosidad, aún de cierta elegancia, no deja por eso de ser frío y escasamente devoto». Se ha detenido un momento el viajero en el atrio, en los mismos sitios donde ha más de medio siglo, un esteta inglés no podía copiar los detalles

3. Inédito.

de las arcadas góticas ni los relieves de los escudos grabados sobre las tumbas que ornamentan el basamento, debido a los pilluelos florentinos que arrojaban piedras y molestaban al crítico y artista.

Desprendiéndose de esas evocaciones el viajero ha entrado por la puerta que tiene a su izquierda y entre esta y la puerta principal, ha concentrado su atención sobre un fresco representando un motivo religioso merecedor que Venturi, –el historiador monumental del arte italiano–, le consagre un volumen especial: *La Anunciación*.

De este fresco nadie hace caso, excepto el espíritu fino y sutil de Ruskin, quien lo clasifica entre los pertenecientes a la «escuela de decoradores y ornamentistas que siguieron al Giotto»; consecuente con esto, afírmase que ha sido pintado «al estilo de Angel Gaddi», el cual nacido y muerto en Florencia (1333-1396), aprendió de su padre Tadeo, compañero del Giotto, las características de esa escuela.

El inquieto vagabundo dedica su atenta curiosidad al fresco de la Anunciación pretendiendo desentrañar los detalles que constituyen su esencia estética en medio de la borrosa pátina que el tiempo, la incuria y la barbarie de los hombres le ha dado.

El marco de la escena está ricamente decorado con aquellos adornos de que muy en breve habría de abusar el renacimiento italiano; puede decirse de su autor lo mismo que del Ghirlandaio en su fresco del coro de esta misma iglesia representando la visita de María a Santa Isabel, que fueron diseños traídos de Roma.

Sobre el suelo alfombrado de ricos tapices de Oriente, hay un facistol con su libro: en un sillón de lujosas decoraciones está la Vírgen con su túnica rosa llena de estrellas y de flores de oro, y cubierta con un manto de azul muy obscuro. Nótese que la escasa longitud del asiento se presta admirablemente a dar un sello de encantadora naturalidad a María que curva un poco las espaldas para escuchar mejor y con más recogimiento el mensaje celeste; las manos cruzadas sobre su regazo le dan un aire de modestia infinita. Las líneas puras de su rostro virginal escuchan atentas, sin comprender aún, sin poderlo creer, el destino que Dios le ha señalado.

El ángel, con el pie derecho en el umbral mismo de la puerta, con las manos sobre el pecho, devotamente inclinado, ha cumplido ya su misión. Los pliegues de su blanco ropaje indican amaneramiento y elegancia en la postura; las manos con ser finas (la derecha pésimamente retocada), no tienen la gracia de las de María. Sobre fondo azul muy obscuro –como en los frescos del Sepolcreto–, se ve al Creador rodeado de angeles y con el índice de la mano derecha extendido en el gesto supremo del *fiat* de la encarnación: *Et Verbum*

caro factum est, representado por el Espíritu Santo que se encuentra a poca distancia de la cabeza de la Virgen.

Los cortos y dorados cabellos de María están reunidos encima de la frente por un sujetador de piedras preciosas y los del ángel, asimismo, por un simple broche, del cual salen rubias trenzas que le caen sobre la espalda. El ala derecha parece estar mal adaptada al cuerpo del cual debe formar parte. Con todo, este ángel es bastante expresivo, aunque no tanto como el de Juan y Humberto van Eyck del *Kaiser Friedrich Museum* de Berlín, el cual contemplando a la Virgen, con su dedo indicador y su silencio solemne, parece decirlo todo sin necesidad de palabras.

En el muro del fondo, se ve la puerta del dormitorio apenas velado por los castos cortinajes que lo rodean enteramente, dejando ver el lecho de cubierta roja y a los pies una especie de caja con dos pequeños adornos. Sobre los muros artesonados y esbeltos, álzase una terraza defendida por cornisas y barandas; aquí recién es posible encontrar las ojivas que faltan en el resto de la composición, pero aparecen disimuladas, casi perdidas entre los detalles de la ornamentación clásica. Nótese bien que según las líneas de la perspectiva arquitectónica, no corresponde ni mucho menos el concebir como dentro de su conjunto armónico esta alcoba cuyos detalles interiores se ven por su abierta puerta; podría creerse que ha sido agregado después, sin para nada tener en cuenta las proporciones mismas dentro de las cuales debía ubicarse. Hay asimismo diferencia entre el capitel de la derecha y aquel de la izquierda de los que sostienen la puerta.

Debajo, encerrados en cuadros octogonales hay tres escenas de la vida de Jesús; de derecha a izquierda del observador, están el nacimiento, la epifanía y el bautismo. Son de distinta mano que el fresco principal y enormemente inferiores en calidad artística, y para colmar la medida, han sido retocados y tan mal, que hoy son casi deformes; por ejemplo, el Cristo del bautismo parece un infeliz sacrificado, mientras que San Juan tiene todo el aspecto y aire de un torpe y feroz victimario.

En las partes centrales de los frisos superior e inferior del fresco, hay dos santos con pergaminos en las manos imposibles de descifrar, así como de identificar a sus portadores; el de abajo lleva una corona de agudos hierros como la que acostumbran a colocar en algunas figuras de los antiguos reyes godos.

Con ser uno mismo el tema, hay diferentes maneras de expresarlo; en no muy buen estado se conserva una Anunciación de Murillo en el Museo Provincial de Sevilla, en la cual es notable la sorpresa de la Virgen y la silueta de Gabriel convencido de su misión. En los Uffizi está el interesante trabajo de Simone

el *Sepolcreto*. Allí ha pasado largas horas de examen e interpretación de unos frescos desconchados ya, y que hoy nadie mira; años hace, alguno de ellos llamó la atención de Ruskin, pero hoy se sumergen día a día en la tiniebla paulatina que la incuria y el tiempo van poniendo sobre sus colores.

Estos frescos están pintados bajo bóvedas góticas y cada uno ocupa un cuarto de círculo en las arcadas; dos representan escenas de la vida de San Joaquín y Santa Ana y los otros dos de la correspondiente a la Vírgen María. Pertenecen a la misma mentalidad creadora de los que adornan los muros y bóvedas de la Capilla de los Españoles y en general a los de esta iglesia parroquial del Giotto: al prerrafaelismo. Veamos los dos primeros.

San Joaquín, insultado por la maldición que pesa sobre él, al no tener descendencia, ha huido al desierto a pedir a Dios el perdón de sus pecados y gracia en su desamparo. y he aquí que viene la celeste anunciación, motivo del primer fresco que puede adivinarse con alguna dificultad por lo borroso que está.

Un ángel avísale desde el cielo que Dios ha oído sus plegarias y que «su nombre será grande y todas las razas le proclamarán bienaventurado». La actitud del enviado de Dios es mas bien de mando, imperativa, antes que de sugestión y Joaquín, incorporándose, la rodilla izquierda en tierra aún, escucha gozoso la orden del retorno.

Sobre suelo verde, allá lejos, como una evocación, se ve la ciudad y en un ventanal a Santa Ana que escucha el anuncio del ángel: «He aquí que tu marido llega; levántate, ve a buscarle y recíbele con alegría». Ante esta nueva, ella, la esposa que ha llorado tanto la ausencia de Joaquín, junta las manos en acción de gracias mientras su rostro está lleno de beata y divina alegría.

A la derecha se ve una mano con gesto de asombro admirativo, pero nada mas; el fresco está destruido en esta parte, aunque viejas reproducciones hagan aparecer aquí una figura completa. A la derecha, cabritos y ovejas cuidados por un perro negro. El cielo azul, casi negro, como el de todos estos frescos; el ángel de la izquierda con su mano siniestra da la orden a San Joaquín y con la derecha indica de donde viene el mandato; de Dios, de lo Alto, de lo Increado; la curva de su cuerpo es armoniosa; el otro ángel, muy deteriorado, con las dos manos parece indicar a Santa Ana que le porta algo; el esposo ausente y añorado tanto.

Los dos árboles que se ven uno sobre la roca pelada y el otro un poco más lejos, no corresponden al agreste campo. Las hierbas que aparecen en la composición de arriba esas sí están de acuerdo con el panorama árido: pero estos árboles no; árboles entecos, sin césped circundante, como enclavados en la roca viva, no armonizan de ninguna manera. Los pintores del Trescientos

no eran paisajistas ni mucho menos; pintaban almas, sentimientos, ideas, pero no paisajes ni horizontes.

Dentro del mismo conjunto son dos escenas distintas y que más o menos se corresponden en el tiempo: el anuncio a ambos esposos y anuncio de origen celeste. Es la realización pictórica de los versículos 2 y 3 del capítulo primero del Evangelio Armenio de la Infancia, que trata de seguir al *Protoevangelium* y al igual que aquel está clasificado entre los llamados Apócrifos.

El mandato divino ordenábales a Joaquín y Ana el encontrarse mutuamente en la Puerta de Oro; «*Ad portam quae aurea vocatur*», cual reza el Evangelio del Pseudo-Mateo (Cap. III, vers. 5.). Allí fue el encuentro de ambos esposos aún cuando el detalle del fresco corresponde a la relación del Evangelio de la Natividad de María por algunos atribuida a San Jerónimo.

Ha llegado San Joaquín a la Puerta Dorada y allí se encuentra con la añorada esposa. El abrazo que se dan es casto y en la actitud de Ana hay una especie de reserva púdica, pero a la vez de dulce reproche por el abandono: su brazo diestro extendido no pretende tomar al esposo, sino busca apoyo en él para desfallecer, y Joaquín trata de sostenerla.

En la actitud de Joaquín hay un ansia respetuosa y al mismo tiempo [illegible], como si se sintiera culpable ante su cónyuge a la cual desearía besar en un ímpetu de pasión mal contenida. Un ángel los reúne y parece querer juntar las dos cabezas en un ósculo supremo; la curva de su cuerpo, como proveniente del cielo, es graciosa y elegante. A este respecto, Ruskin comenta que esta actitud del ángel aparece aquí «por primera vez en la pintura propiamente italiana», siendo la idea etrusco-griega.

Dos sirvientes contemplan la escena haciendo sus comentarios. El uno, portador de pichones, ofrenda de paz, con un capuchón al estilo de la Florencia del Trescientos, lleva sobre el hombro el bordón del peregrino y parece haber dudado de la reunión de los esposos, y el compañero, con gesto facial y el ademán de su mano derecha pretende indicarle la realidad presente como una cosa que ya él había previsto. El crítico oxoniense extraña la presencia y actitud de estos dos sirvientes, pues no admite que correspondan a tal lugar, y esta extrañeza se debe a una errada interpretación de los personajes ya que juzga que hablan entre sí de «Juana la Salope, su marmita o cualquier cosa por el estilo». Un atento estudio de la expresión nos dará la clave de que el tema de los diálogos es el mismo que constituye el fresco.

En la Puerta de Oro, dos personajes asisten impasibles a la escena, la cual ni les sorprende ni les alegra; parecen actuantes del coro de la tragedia griega en una evocación bíblica y trasplantados por arte mágico a estas paredes de la Florencia medioeval.

La Puerta Dorada, así como las murallas, tiene almenas y decorados al estilo de las fortificaciones de la época en que el fresco fue pintado; a lo lejos se ve la ojiva de una torre. El cielo obscuro, el paisaje rudo y agreste con unas cuantas pequeñas plantas que tímidas y escasas brotan del rocoso suelo.

Ya se han encontrado ambos esposos; la voluntad divina debía cumplirse. Es el inmediato preludio de la Inmaculada Concepción.

V

Nacimiento y presentación de María (5).

Al frente de las escenas de Joaquín y Ana y en igual disposición con respecto a bóvedas y arcos, están representados dos pasajes de la vida de la Virgen María: el Nacimiento y la Presentación en el templo; el Nacimiento, cuya fecha precisa, 8 de septiembre, nos da el Evangelio Armenio de la Infancia (Cap. II. vers. 7), haciendo aparecer a María como sietemesina, ocupará primeramente nuestra atención.

Por mandato divino, Joaquín y Ana se han reunido en la Puerta de Oro y saben que tendrán sucesión pues Dios ha oído sus ruegos y el ángel les ha anunciado los grandes destinos a que está llamada la criatura que perpetuará su nombre. He aquí que se ha cumplido la promesa divina y Santa Ana ha dado a luz a la Inmaculada.

En un rincón de la alcoba, parece haberse construido una especie de dosel, en parte sostenido por las paredes formando ángulo y el resto por delgados pilares de madera y con una baranda superior que en nada corresponde a la totalidad del cuadro, así como el dosel mismo que a su vez es superfluo.

Dentro se halla el lecho donde reposa Santa Ana con una mano sobre los cobertores y la derecha sosteniendo su cabeza; está en ansiosa y admirada contemplación del ser que acaba de dar al mundo. La Virgen completamente vendada, como una momia egipcia, ha sido lavada y se halla sostenida cariñosamente por la niñera quien tiene una posición muy natural; otra sirviente acaricia a la recién nacida y los cuerpos de esta criada, como de la niñera y de la que se halla al pie del lecho, están muy mal retocados, dando hoy la impresión de ser deformes, toscos y faltos en lo absoluto de elegancia.

En la puerta misma de la alcoba una visita contempla extática a María; la contempla entre seria y admirada, pues *sabe* el destino que espera a la

5. Publicado en *Revista de Bolivia*, La Paz, 1937, noviembre, N° 5; 13.

[illegible]. Una sierva, alegremente emocionada sostiene un ánfora, mientras que la matrona mira atenta y ansiosamente a Santa Ana, con aire de inquietud cuidadosa.

De líneas rudas en general la expresión alegre y confiada de la Virgen, como sorprendida, pero sin aún sospechar el destino glorioso y trágico que le esperaba en su paso por esta tierra y cuya primera luz veía. Hay algo de sublime grandeza en esta confianza con que entra a la vida sin saber el papel que le iba a tocar.

Ruskin adjudica este fresco al Giotto, lo cual no pasa de ser uno de los tantos errores de comprobación del ilustre crítico, como aquel de seguir al viejo Vasari en su leyenda de atribuir a Cimabúe, maestro de Giotto, la Madonna Rucellai de la capilla familiar de este nombre en el crucero sud de Santa María Novella, cuando últimas investigaciones parecen comprobar que es obra de Duccio Buoninsegna de la escuela de Siena.

El otro fresco representa la presentación de María al Templo, cumpliendo así el mandato divino y la oferta hecha al concebirla sin mancha ni pecado. En el templo debía conservarse para ignorar las impurezas de este mundo y entrar en el trance necesario a que estaba llamada.

El Gran Sacerdote, que según el Evangelio Armenio de la Infancia era llamado Eleazar, extiende las manos en gesto de recibir a María; detrás de él, tres sacerdotes, de los cuales, aquellos que se encuentran de derecha a izquierda, tienen un gesto de asombro, en especial el de la siniestra; el Gran Sacerdote Eleazar con su luenga barba aparece con rostro tranquilo y paternal.

San Joaquín, asombrado aún, *acaba de descubrir* la santidad de la Virgen mientras que su esposa *ya lo sabía*. No obstante las palabras del ángel, Joaquín ignoraba, según el pintor trescentista, el destino a que estaba llamada María. Detrás un sirviente está mas embebido en los ropajes de oro y la tiara sacramental del Gran Sacerdote que en otra cosa, y aquel cuyo rostro apenas se ve entre Joaquín y Ana, contempla arrobado de adoración a la Virgen adolescente. El de hábito color amarillo sucio, fulminado por la revelación que acaba de descubrir sobre la beatitud de María, ha caído súbitamente de rodillas y hace un esfuerzo hasta alcanzar la orla de su vestido y besarla.

En cuanto a la Virgen María, es toda una mujercita ya, no obstante sus pocos años: con el cuerpo recto, majestuoso, sube lentamente los, para ella, demasiado altos peldaños de la escalera, teniendo que hacerlo con dificultad y colocando un pie después del otro en cada escalón. El Evangelio del Pseudo-Mateo, dice que la Vírgen colocada sobre la primera grada subió corriendo la escalinata. El Evangelio de la Natividad de María afirma que «subió todas las gradas sin mano alguna que la condujese». El Protoevangelio de Santiago el

Menor, al igual que el Armenio de la Infancia, refieren que fue colocada en el tercer escalón.

María sostiene con su mano izquierda un libro y con la derecha hace un gesto magnífico al Gran Sacerdote, como diciendo: «Héme aquí». El vestido escotado hasta los hombros; los rubios cabellos en grandes ondas echados hacia atrás; los ojos un poco cerrados y el gesto de la boca lleno de unción solemne y *consciente* de su propia santidad. María al ser presentada en el templo, *sabía ya* su alta misión sobre la tierra.

El retoque de la cara de la Virgen ha estado tan mal hecho que ha endurecido no poco sus rasgos, convirtiéndolos en recios, fuertes, como aquellos de la restaurada muerte de Francisco de Asís en Santa Croce; pero con todo, aun se puede juzgar el primitivo valor de la belleza original.

La ventana del templo, a la izquierda del sacerdote, de arco con doble ojiva interior, separadas por una columnita que divide la ventana en dos. El cielo es de ese mismo azul de los otros frescos; casi negro, llenando el espacio restante dentro del cuarto de círculo en que está pintado. Es un azul que ha debido tener su época de belleza al ser pintado en el Trescientos, pero que con el tiempo y los retoques se ha vuelto un poco desagradable.

La escala quizá con mala perspectiva, pero bella, muy bella. Las gradas visibles pueden contarse hasta diez, adivinándose algunas más hasta el suelo. El Evangelio del Pseudo-Mateo habla de catorce peldaños y el de la Natividad dice: «Y había alrededor del templo, según el número de los salmos graduales, quince gradas que subir» (Cap. VI. vers. 1). en el fresco del Sepolcreto, con toda la imaginación que se tenga, máximo llegarán a doce, y no puede ofrecer catorce y menos quince escalones que hubiera tenido que subir la Virgen.

Comentando esta escalera, dice Ruskin que podría tomarse como un *Rechaufée* del Tiziano, agregando: «el muchacho que tanto ha trabajado para dibujar esta escalera en perspectiva, ha sido enterrado doscientos años antes de que el Tiziano hubiera dado sus primeros pasos en Cadora. Pero tan cierto como que Venecia mira al mar, Tiziano miró esto y llevó el reflejo consigo durante toda su vida».

Al analizar estos frescos, repetidas veces se ha hecho referencia a varias de esas leyendas cristianas llamadas «Evangelios Apócrifos», y que han tenido que consultarse, ya que ninguno de los cuatro «canónicos», considerados como «oficiales» trae mayores referencias sobre la vida de María y sus progenitores. Estos frescos, como se ha visto, fueron pintados más o menos según esas leyendas que en esa época debieron ser creídas y aceptadas, una vez que el mismo Giotto en la capilla de la Arena de Padua, ha repetido punto por punto

el relato del Protoevangelio de Santiago en sus frescos maravillosos sobre estos mismos temas: Joaquín y Ana.

Y ahí quedan esos frescos del Sepolcreto, olvidados de todos, encerrando en sus hoy desconchados colores todo el espíritu místico del Trescientos toscano, lleno de sencilla al par que luminosa belleza.

VI

Tres Magdalenas del Palacio Pitti (6).

El Palacio Pitti, modelo de arte florentino en las rudas líneas de su arquitectura sobria pero grandiosa, fue proyectado y comenzado por Brunelleschi en 1440 para Lucas Pitti, habiendo sido comprado por los Medicis, desde 1549 constituyó residencia palaciega de los Grandes Duques de Toscana. Ambulando por sus quince salas que reúnen alrededor de quinientos cuadros, los más de ellos obras maestras, el viajero se ha querido detener ante tres Magdalenas que adornan sus muros ennobleciéndolos.

La pecadora del evangelio, la que según el Talmud era esposa de Pappus, doctor de la ley y que llevaba el nombre de Magdala, la ciudad epónima de sus desórdenes, dicen que es la misma hermana de Marta y Lázaro el Resucitado, aquella que sobre la cabeza de Jesús derramaba perfume de nardos y devotamente sentada a sus pies los ungía; la misma compañera de la Dolorosa al pie de la cruz y la del *Noli me tangere* de la Resurrección.

Poco importan las disputas al respecto. Si es la misma de Naim a quien se le perdonaron sus muchos pecados por haber amado mucho, o la de Betania, o cualquiera quien sea, es un motivo religioso que se ha explotado frondosamente en el arte, sobre todo en su fase del arrepentimiento. Veamos cuáles han sido aquellas que han detenido la arbitraria curiosidad del vagabundo.

Una de Ludovico Cardi, florentino de la segunda mitad del Quinientos (1559-1613). Con la única vestidura de sus propios cabellos está sobre una roca en el desierto. Las piernas entrecruzadas sostienen sobre el muslo izquierdo un libro entreabierto, entre cuyas páginas se posa su mano derecha; la siniestra descanza sobre una especie de cojín en el cual se halla un cráneo humano y detrás del brazo está el crucifijo.

El fondo obscuro, verdoso, parece envolver una tragedia; sus largos y sedosos cabellos rubios le caen en ondas, cubriendo en parte la belleza de sus formas desnudas; la boca ligeramente entreabierta, la cabeza un poco levantada

6. Inédito.

y los ojos fijos en un punto perdido del espacio, *pero no en el cielo;* la actitud general de su cuerpo es de cansancio infinito, cansancio moral más que todo. Es una Magdalena *arrepentida de haberse arrepentido,* pero que no tiene fuerzas ya, ni ánimo, para volver a los placeres del mundo y se deja llevar por el destino, sea él próspero o adverso, sin protestas, sin lucha, y sin voluntad.

Cualquiera imaginaría que ha sido el diabólico espíritu de Petrucelli della Gattina quien inspiró esta concepción rara de la Magdalena; si el autor de las célebres *Memorias de Judas,* hubiera vivido en el Renacimiento, habría podido pensarse que a él se debía esta idea que motiva la esencia misma del espíritu de la Magdalena de Cardi, la cual es mucho mas expresiva, dentro del mismo concepto de la que parece animar a la del luquense Pompeyo Batoni (1708-1787), de la Real Galería de Dresde.

La segunda es de un contemporáneo de Cardi: Cristofani Allosi (1577-1621) y hace *pendant* con la otra Magdalena, estando cada una a derecha e izquierda de una visión de la Virgen de San Luis de Tolosa por Carlos Dolci (Florentino, 1616-1686). Lo mismo que la anterior, en el desierto, pero sin cráneos ni crucifijos; sus cabellos de un rubio castaño, ondulados, cubren sus desnudeces; recostada sobre el flanco izquierdo, tiene las manos entrecruzadas como en resignada espera.

Su cabeza un poco levantada es de un óvalo perfecto; sus ojos se dirigen al cielo en muda súplica; es la pecadora arrepentida, pero aún no perdonada. No llora ni se agita; espera simplemente de la divina bondad y del divino amor; el fondo negro, apenas deja ver un ángulo de tonos azulados de esperanza; la redención ya está cerca. Sabe que ha pecado, pero por amor, no por vicio, y el amor redime y ennoblece siempre.

Encierra en sí, dentro de su misticismo, un concepto dionisiaco; sabe que será perdonada, pues en el fondo de todo, no ha hecho sino seguir el impulso primario del instinto; dominada por el sexo pecó contra las leyes artificiales, pero no contra las naturales, y en todo fue una esclava del amor que dignifica y no del vicio degradante. Por eso es que este cuadro no tiene ese aire de congoja implorante, de angustiosa súplica que se nota en el de Guido Canlassi (1601-1681), de la *Alte Pinakotheke* de Munich.

La de Tiziano, soberbia hembra desnuda; los abundantes cabellos de rubio claro están en parte recogidos sobre la parte derecha del vientre con la mano izquierda; la diestra sujeta el resto para cubrirse el pecho; las manos de gran delicadeza, los brazos quizá un poco gruesos.

El gesto general de la figura no es de pudor por su desnudez; la forma de cubrirla es como realzándola, aumentando aún mas, si cabe, el supremo encanto de su belleza; es un gesto de coquetería antes que de pudibundez; la

cabeza hacia atrás, los labios entreabiertos, van a musitar ya una plegaria que pugna por brotar en medio de su incrédula desesperanza. Sus ojos vueltos hacia el cielo, no tienen aún la luz de la confiada espera; está arrepentida pero ignora en lo absoluto el poder de la redención, la posible gracia de ser perdonada; se cree pecadora y nada más pero no ha caído por voluntad de pecar, sino por una fatalidad del destino, y de allí que su alma no vislumbre el ser redimida, y que si lo es, será también por una fatalidad, como podría por lo mismo ser condenada *ad-aeternum*.

A su derecha está una pequeña ánfora con los ungüentos perfumados de que habla la leyenda evangélica, y allí la firma del artista: «Titianus»; el fondo es obscuro y en la azulada lontananza, entre nubes, comienza a destrenzar la luna su pálida luz; ella es un alivio, un consuelo, pero no es una esperanza ni una promesa para la pobre pecadora arrepentida.

Es trágica esta Magdalena en su aparentemente quieta serenidad, ignorante de su perdón; tiene mucho de aquel aire de profundidad, de vida interior de arrepentimiento que revela la del Greco de la Galería Rusiñol. Está muda esta Magdalena del Tiziano; parece no querer y no saber nada de la gracia que le ha sido concedida, pero sin embargo está arrepentida. Revela ello un sentido de realización pictórica del:

No me mueve, mi Dios, para quererte,
El cielo que me tienes prometido;
Ni me mueve el infierno tan temido,
Para dejar por eso de ofenderte.

El espíritu del Renacimiento, ateo en el fondo, retrátase allí al no creer Magdalena que será perdonada. Su arrepentimiento es obra de la razón, no de la esperanza en una vida futura, no por ansia o temor a premios y castigos. El hecho primario, absoluto y único es el arrepentimiento en sí y por sí, tanto que podría aplicársele la frase de Goethe: *Im Anfang War die Tat*. Es conciencia pura, no misticismo crédulo. Al nebuloso creador del imperativo categórico de Koenigsberg o a Blas Pascal, habría que retratarlos con ese aire de la Magdalena del Tiziano en el Palacio Pitti.

VII

Los proletarios del arte (7).

El vagabundo ambula por los maravillosamente ricos museos de Florencia. La Academia, el Palazzo Vecchio, el Bargello, San Marco, con el obligado remate

7. *La Noche*. 1937, septiembre 2.

de los Uffizi y el Palacio Pitti, a través del túnel bajo el Ponte Vecchio que tanto interés tiene para el turista. Notable es en ellos, pero sobre todo en los Uffizi y el Palazzo Pitti, la presencia de los proletarios del arte.

Mal trajeados, de caras famélicas y gesto implorante y temeroso, allí están con sus caballetes y sus cajas de pintura, copiando y copiando las obras de arte de quienes fueron gloriosas cumbres irradiadoras de belleza.

Sin rasurarse, con el cuello de la camisa de muy dudosa blancura, con ojo atento y curvada espalda, se empeñan en penetrar el secreto enigma del cuadro que tienen delante, para tratar de trasponerlo en su misma esencia al lienzo en el cual trabajosamente van dibujando las concepciones de otros más grandes, infinitamente más grandes que ellos.

Tratan en toda forma de reproducir los *capolavori* que allí tanto abundan; si el cuadro es pequeño, procuran ampliarlo; si es grande, pretenden hacer miniaturas. Con sus manos manchadas de aceite y pintura, trabajosamente luchan por obtener la pincelada mágica, aquella que dará la expresión difinitiva de parecido con el original. Fijan sobre este la mirada escrutadora y casi con odio, empeñados en desentrañar el misterio de la composición y del colorido. El cuadro primitivo contempla impasible el secreto rencor del copista y lo atormenta semanas y semanas, hasta que al fin, quiere darle, bien o mal, su anhelada inspiración, que hará la ansiada semejanza.

Estos pintores que llenan las salas de los museos, no son inteligencias creadoras, sino simples repetidores de manos hábiles. El cerebro fecundo o de pensamiento original estudia los grandes maestros, pero no se pasa la vida copiándolos. Estos proletarios del arte demostraron allá en la lejana y solitaria aldea, disposiciones para la pintura y a costa de quién sabe cuantos sacrificios familiares, comenzaron sus estudios ya en Roma o en esta misma Florencia; la habilidad artesana de sus manos no estuvo alimentada por la chispa del numen cerebral y allí quedaron relegados, retrasados y pisoteados por el ímpetu de los luchadores que venían detrás y que los arrollaron sin misericordia, sin una mirada, y sin una palabra de aliento o de consuelo.

Allí quedaron en este estadio, sin ánimo para perseverar, sin fuerzas para cambiar de rumbo y de objetivo a sus vidas rotas y descentradas. Vencidos y maltrechos, buscan en su propia y limitada capacidad los medios desesperados para hacer frente a la miseria. Sus patronas allá por los barrios de atrás de Santa Croce, les exigen impacientes el pago de atrasadas pensiones, y ellos luchan tratando de obtener esa ansiada libertad económica para ver si con ella la inspiración divina se digna descender hasta sus mentes afiebradas.

Y se los ve en los grandes y luminosos salones de los museos, acercarse al turista y con gesto tímido, con mirada de súplica anhelante, con sonrisa

que sabe a miseria, ofrecerle las copias en miniatura que llenan sus bolsillos o las cajas de pintura, y agregando que allá en el depósito, tiene reproducciones grandes, como para adornar el palacio que seguramente es la digna morada del feliz mortal que está en Florencia por solo paseo y no para ganarse la vida.

Viene la hora de cerrar; tristes, cabizbajos y humildes, empaquetan sus efectos y se marchan ahogando un suspiro de desaliento; se marchan en busca de alguna *trattoria* de extramuros donde si pueden, tomarán por pocos centavos unos humeantes *spaghetti* para entretener sus desfallecientes organismos. Los ricos ingleses o americanos –todos los modestos turistas que gozan de las maravillas de la ciudad medicea, deben aparecérseles como auténticos millonarios–, no han querido comprarles hoy nada y allí van cargando sobre sus encorvadas espaldas el peso de sus miserias.

¿Cuántos de éstos tienen en algún nido pobre y obscuro una esposa resignada e hijos que demandan el sustento diario aguardando ansiosos la llegada del padre que les traerá el pan material para sus estómagos hambrientos? Nadie sabe cuántas tragedias calladas, cuánto dolor y cuánta desesperación se ocultan tras la oferta insinuante de los salones del museo!

¿Cuántos de estos también, no tiene alguna novia cándida y feliz que cree en sus méritos y les alienta a seguir hasta que al fin pueda producir su opus, el de la definitiva celebridad y que juntamente con la fama les traerá el dinero? ¿Cuántos no creen en su auténtica genialidad al escuchar tristes y plebeyos coros a sus opiniones y juicios sobre arte y estilos? Aun dentro de su miseria, siquiera la hija de la portera o el dependiente de la tienda del barrio les alentará en sus ilusiones hace tiempo marchitas y sólo sostenidas por un aparente milagro de exteriorización.

Vinieron hace muchos años cargados de idealidades y de esperanzas; el porvenir les sonreía y todos soñaban con ser los rivales afortunados de Leonardo. Poco a poco se fueron agotando las reservas de ilusiones después de haber resistido valientemente los aguijoneos de muchas hambres y los fríos de muchos inviernos y magüer la virgiliana frase de que cuando del árbol de la ilusión se arranca una rama, inmediatamente brota otra nueva, hoy se hallan vencidos y cansados, y ya no les aguarda nada mas en el mundo que el triste vegetar de una existencia sin relieve.

Pobres e infelices proletarios del arte! Mas de uno créese genio incomprendido y guarda celoso la propia producción en espera de mejores tiempos y más inteligentes generaciones; puede que muchos sean admirados después, cuando ni sus huesos ya en el polvo de su reintegración a la madre tierra sientan el estremecimiento de la gloria tardía; hoy mientras tanto pasan allí en esas salas, rozando con la indiferencia y hasta con la brutalidad de los filisteos que vagan

por esos templos del arte con la misma curiosidad que si eso fuera una feria o un cabaret.

El arte, con toda su sublimidad, es el que más tristes proletarios cuenta en su haber; por su propia índole o se es una cumbre o una miseria; no hay mediocridades; el mundo artístico, la institución y sociabilidad artísticas no reconocen clase media y se van a los extremos; no tienen otros polos que la aristocracia máxima o el ínfimo proletariado. Los unos crean y dirigen; los otros siguen y copian humildemente, sin mayores pretensiones.

¡Cuántos sacrificios hechos representa cada uno de estos copistas de las largas y blancas salas de los museos! La familia esperanzada en el párvulo genial que amamantaban, se sacrificó toda entera en aras de su formación cultural para que al fin de cuentas sea un miserable fracasado mas que agregar a la lista de los tantos y tantos que se rompieron la vida en las zarzas y abrojos del camino.

Pobres se han vuelto hasta de intelecto; antes creían en algo, en alguna idea, en alguna teoría, adoraban algún ídolo; hoy no creen en nada, no piensan en nada, ni adoran nada; las diversas escuelas de pintura, los problemas estéticos de cada una, sus contenidos íntimos y anímicos y en fin todo aquello que significa el mundo intelectual artístico, todo ha perdido su sentido para ellos. La pintura, el arte, no les representa sino un medio, muy duro, muy trabajoso y muy difícil de ganarse un mísero *minestrone*. ¿Que puede importarles la ideología mística de Cimabúe, Giotto o Fra Angélico en comparación de las terrenas figuras del Tiziano o el Veronese? Nada. Cuál puede ser más facilmente copiado y mas ventajosamente vendido; *voilá tout*.

Nuestra dura sociedad materialista ignora a estos proletarios del arte, los mas dignos de lástima que todos, pues son los pobres vergonzantes de este mundo de miserias. Pasa a su lado con alegre indiferencia sin saber nada de la tragedia que tan cerca está.

Almas vencidas, espíritus apocados, fueron arrollados implacablemente en la lucha por el vivir que exije energías templadas y aquello que Nietzsche llamaba *der Wille zur Macht*. Tampoco tuvieron el hábil poder de la simulación y allí se están los pobres vendiendo sus copias, ofreciendo al turista el triste espectáculo de sus miserias y sin pensar que quien sabe cuántos de esos envidiados vagabundos no son a su vez fracasados en alguna otra ideología o anhelo grande y sin embargo aparentemente son más felices, acariciados blandamente por la suerte!

Como sombras, como figuras de un trágico guignol, pasan los proletarios del arte por las salas y pasillos de los museos ofreciendo vergonzantes su

mercancía de copias, y allí van encorvados y tristes alejándose por las estrechas calles de la ciudad de las flores.

VIII

Filosofía del vagabundaje (8).

Hemos dejado Florencia y sus maravillas de arte y emprendemos el camino de las alturas de Fiésole, ubérrima ciudad predilecta de Fra Angélico, el admirable decorador de San Marco. El mágico panorama que tiene a sus pies no puede ser más bello ni más digno de esta tierra sagrada de Toscana, que parece haber querido ser un vergel de delicias de todo lo más grande y más hermoso de la creación. El valle del Arno muéstrase al curioso con todas sus perspectivas; la vista se recrea encantada y no se sabe si admirar más la naturaleza en sí de la patria florentina o el arte estilizado por la obra humana que la adorna.

Allí, junto a una cornisa que mira hacia el paisaje, hay un rústico banco donde descansar los fatigados miembros; el banco lleva una leyenda italiana en la cual consta que es un obsequio de ha mas de medio siglo que un turista inglés hace a sus hermanos los innúmeros viajeros de todos los países.

Nada más sencillo ni nada más expresivo. El vagabundaje tiene su filosofía propia. No se emprenden viajes por nada, sino por una inquietud interior que nos impulsa a ir lejos, siempre lejos; a veces con objeto y a veces sin objeto, pero partir, partir siempre.

En todo errante peregrino hay una «nostalgia de la lejanía», un impulso no se sabe hacia donde, pero que lo empuja a buscar añorante nuevos horizontes para sus pupilas ansiosas de infinito; ya lo decía el divino poeta que también fue un peregrino, a la fuerza si se quiere, pero peregrino al fin:

> Gli occhi miei ch' a mirar eran intenti,
> per veder novitadi, onde son vaghi.
> PURGATORIO. X. 103, 104.

Hay mucho de trágico en este sino, dentro de su aparente envoltura de superficialidad e indiferentismo, pero también mucho de grandeza.

El eterno viajero es un insatisfecho; nada le contenta, y deja una ciudad, un paisaje y va en busca angustiosa de lo que no hallará nunca y que quizá ni adivina su porqué ni su esencia: la paz interior, aquella de la cual decía Sánchez Rivero que «es la vida misma del alma que se hace posible por un salto

8. Inédito.

liberador que arranca el alma a todas las presiones exteriores. Es una conciencia alegre de la soledad del alma consigo misma: una conciencia de la fuerza de esta soledad: al mismo tiempo es una sensación profunda de compañía, porque por primera vez el alma se siente en compañía de sí misma».

Cuando se ha visto ponerse el sol en variadas latitudes, cuando los ojos anhelantes de forma y belleza a contemplar se han hartado de policromías, siempre sintiendo el aguijón interior del «anda, anda», se puede juzgar y comprender la psicología del vagabundo. La vida errante tiene una dolorosa voluptuosidad especial que una vez gustada no se pierde nunca; así como don Juan busca la mujer inasible en medio del repetirse cotidiano de las aventuras, así va el viajero de ciudad en ciudad, de panorama en panorama, sin hallar ninguno que tenga la virtud de detenerlo y aprisionarlo.

Todas son postales que la retina fija en la memoria del vagabundo, quien ansía más y cada vez más, insatisfecho Casanova del turismo cosmopolita. Parece que nada le atrae para ir a un sitio, pero hacia allí se encamina por el supremo goce de andar, de ver, de intuir, semejando un loco afán de desentrañar el secreto misterio de civilizaciones o de pueblos que se fueron o que se están fomando, pero siempre una inquietud, tan eterna como es eterno el andar.

¿Será una fuga de sí mismo? Puede que sí; unos buscan el huir de lo «trágico cotidiano», o de los complejos interiores en alguna manía, en algún refugio de engañosa apariencia y de turbador espejismo; éste en los negocios, aquel en la política, muchos en los libros, la música o el dilettantismo; tantos en el alcohol, el juego o los paraísos artificiales, y los más en nada, pues no teniendo a nadie dentro de sí, no tienen de quien huir. Una forma de fuga es también el vagabundaje; el kaleidoscopio de las visiones que pasan por los ojos produce una intoxicación tan fuerte o más que los peores venenos de nuestra decadente civilización. Razón sobrada tenía Baudelaire al decir:

> Pour n'être pas changés en bêtes, ils s'enivrent
> D'espace et de lumiére et de cieux embrasés,
> La glace qui les mord, les soleils qui les cuivrent
> Effacent lentement la marque des baisers.

El viajero inglés de Fiésole debe haber gustado y comprendido todo esto, y por ello sintióse ligado a todos los que como él se hallaban atormentados por eso que clínicamente un moderno llamaría «manía ambulatoria». Sabía que errantes por los caminos del mundo vagaban millares de seres a quienes el destino había puesto el veneno de la insatisfacción viajera en las venas, veneno que los condenaba a errar sin rumbo por las vías de todos los países o cuando ello les era materialmente imposible, a sufrir la congoja y tormento supremos del grillete atroz de la inmovilidad urbana.

El anónimo donante del banco de las cornisas de Fiésole, debió ser un gran espíritu; entendió el sentido de su soledad y que en ella tenía a muchos compañeros dispersos por todo el planeta; las maravillosas bellezas que contemplaba puede que hayan puesto una tregua de paz a sus inquietudes y entonces comprendió su sino y el de sus hermanos los demás viajeros y se sintió unido a ellos por los lazos del común destino y quiso perpetuar ese vínculo en el rústico banco y la sencilla expresión de su leyenda.

Raro monumento el de un vagabundo a sus hermanos los demás vagabundos del orbe: un banco! Es todo un símbolo; el banco por esencia significa el descanso pasajero de minutos de un viandante y no el definitivo apoltronamiento del que habita una ciudad. Por eso mismo simboliza al vagabundo que no pudiendo conseguir quietud jamás, apenas si aspira al reposo transitorio de unas horas de su vida en un banco que le brinda un recodo del camino de su eterno andar. El monumento es trágicamente expresivo.

Quien ha sentido sobre sí la pesada losa sepulcral de la soledad de las grandes urbes; quien se ha pasado lo mejor y más granado de sus años mozos en medio de la «cortés indiferencia de los extraños»; quien lejos, muy lejos, ha sido herido por la furiosa nostalgia del hogar y del terruño y que una vez en él ha añorado visiones lejanas y vivencias raras de extranjeros países, esos, saben lo que es y lo que significa la filosofía del vagabundaje.

Los filisteos, los de cómoda butaca invernal y veraneo fijo, los que aman la tranquilidad opaca y sin relieve de sus vidas simbolizadas en las curvas de sus vientres satisfechos, esos no comprenderán jamás el porqué del vagar y vagar; ante estos, el errante peregrino siente aquel lo que decía Nietzsche: «La emoción, la piedad de sí mismo ante la cultura inferior, es el signo de la cultura superior; de donde resulta que ella no ha aumentado en nada la felicidad. El que quiera hacer en la vida una cosecha de dicha y tranquilidad, que se aparte siempre de las vías de la cultura superior».

Trenes, vapores, aviones, medios rústicos y primitivos de locomoción, todo lo gustará el errante viajero por el placer en sí de de transponer horizontes y de gozar de variaciones en la contemplación de la naturaleza que le rodea.

No es el utilitarismo frío el que impulsa al viajero a cambiar de situación en el espacio; es un idealismo si se quiere, pero idealismo al fin, noble y desinteresado. La enseña de las armas de Bremen, la vieja ciudad hanseática y que fue la divisa de Colón, también puede llevarla como mote de su escudo el vagabundo. Rodar, vagar, conocer; paisajes eternamente renovados; visiones que pasaron y que vuelven a nuestros ojos; variedad de impresiones, ajetreo de muchedumbres desconocidas, sabor arcaico de antigüedades, placer ansioso de

novedades, todo ello atrae en sí el vagabundaje y la incesante búsqueda del inasible horizonte final.

Cada uno, conforme a su temperamento, a su gusto, a su inteligencia, va dando un barniz de objetividad a sus viajes. Algunos admiran o censuran los progresos o atrasos de la técnica del urbanismo; otros las reliquias arqueológicas, los viejos recuerdos del pasado; muchos, las bellezas de un horizonte, una pradera, de un valle o de la montaña esbelta y majestuosa; otros estudian sus condiciones económicas, étnicas, culturales o comerciales; muchos coleccionan diversiones y placeres y gustando caricias o locuras carnavalescas, van vagando y vagando siempre, paseando por el mundo sus ansias insatisfechas y nostálgicas. Así cada uno vive «su mundo» en cada visión que contemplan sus ojos.

Aquellos que no conocen esa vida, consideran a los errantes peregrinos como seres felices a quienes una buena suerte ha deparado tal dicha. Grave error; si se viaja, si se camina siempre sin obligación exterior premiosa para ello, es porque se lleva dentro de sí la angustia de un complejo, de una incomprensión o de un ansia insatisfecha.

Hay mucho de tortura y de tristeza en la vida del errante vagabundo. La eterna soledad en que se vive es un dogal de hierro que atenaza el alma; aviones, ferrocarriles y vapores con su público cosmopolita y bullanguero no hacen sino molestar sus nervios; los hoteles y los coches comedores de los grandes expresos con su personal servil según la propina, amarga el espíritu y lo alimenta de tristezas, haciéndole evocar dolorosamente el recuerdo del hogar tranquilo y feliz, sin inquietudes y sin nostalgias.

La tortura de los viajes es un demonio que se apodera de nuestra alma para no soltarla más; nos hace sus esclavos y nos sacude continuamente sin piedad y sin descanso. Es el secreto de una grandeza de alma, como de una vida desgraciada.

Por eso, ante la sencilla inscripción del banco de Fiésole, ante esa dedicatoria emotiva del anónimo inglés a sus hermanos los viajeros de todos los continentes, sentía el vagabundo la profunda fatalidad de un destino, de una hermandad efectiva que lo unía a aquel, que quién sabe con cuantas amarguras en el alma dióse a vagar y vagar en un loco y ciego afán de huir de sí mismo.

Y el viajero pudo asi compartir su admiración entre el hermoso panorama que su vista contemplaba y las evocaciones que a su espíritu traía la sencilla y conmovedora leyenda escrita en el bando de Fiésole, enviando a su desconocido y generoso autor el triple homenaje de su simpatía, afecto y fraternidad.

Florencia, 1932 - La Paz, 1936

Visión de Roma Meditaciones del Pincio



Del carnet de un vagabundo.

VISIONES DE ROMA.

MEDITACIONES DEL PINCIO (*)

A Luis Rodríguez-Embil.

Lentamente se pierden los últimos grupos de burgueses paseantes que han venido a pasar un rato de solaz esparcimiento en este jardín encantador; mientras las sombras de la tarde inundan las magníficas lontananzas, queda el Pincio deliciosamente solitario. Allí, apoyado en sus balaustradas, embriagado de suprema belleza, el vagabundo deja correr sus pupilas ansiosas de infinito por el soberbio panorama que se extiende sobre la ciudad sagrada. La gama de mil colores envuelve los lejanos contornos del horizonte dando proporciones mitológicas a las innumerables cúpulas que hacia el cielo dirigen su simbólica muestra de una creencia religiosa.

Agita aún su mente la reciente lectura del libro que conserva entre sus manos; son las impresiones de un viajero que pensador y artista a la vez, contemplaba esta misma visión ha más de un cuarto de siglo. Arrogante y fuerte como un Dios antiguo, traía esa briosa potencia de los potros semisalvajes de la infinita pampa argentina, y el cerebro tallado en las violentas aristas del monismo científico que profesaba en su cátedra de la Universidad de Buenos Aires.

José Ingenieros a quien con justicia se lo considera un conductor de juventudes en Hispano-América, pasó por aquí en ocasión de su primer viaje a Europa y en estos mismos jardines, ante idénticas evocaciones, traducía en sus notas, la «loa de glorificación y holocausto» de Gabriel D'Annunzio en homenaje a Federico Nietzsche. Recordemos también aquí las remembranzas dannunzianas.

«Tu sol, tu sol, ¡Oh Italia! iluminó su frente, maduró su fuerte sabiduría, trocó en oro el hierro de sus saetas. El Bárbaro peregrino escuchó bajo tu cielo alcioneo el canto del coro alado de tus selvas aulentes, embalsamadas de

(*) *La Palabra*, interdiario, Santa Cruz, 1932, abr. 9.

perfumes y de músicas. ¡Oh Italia! él bebió el ambriosiaco néctar de tus viñas; cogió la miel de tus panales, las rosas de tus rosales, llenos de abejas y de tórtolas. Sus pies se alijeraron sobre las tiernas praderas llenas de violetas».

«La adamantina serenidad que se enarca sobre las nieves de los yermos Alpes aplacó sus furias. Las rocas que avanzan sobre el mar de Liguria, como esfinges coronadas de flores, le propusieron enigmas. Como un nuevo Hermes sin caduceo él cargó sobre sus hombros a Dionysio joven, en las termas de Caracalla, en el Foro, en el Coliseo. Meditó sus problemas en la Sombra marina, iluminado por los oros de San Marcos, como Heráclito en el templo de Efesio. Y el viento suave distendió su vela en los mediodías estivales, entre Sorrento y Cumas, sobre el golfo donde humea el Vesubio».

Allí quería verle enterrado el prodigioso estilista. «Le cantaremos en coro una oda, midiendo su ritmo por la respiración del mar. Cantaremos: Aquí duerme, en la sagrada Italia, sobre el mar de las Sirenas, sobre el Mar Nuestro, frente al arca cumea, donde arribó el hijo de Venus, Eneas, trayendo los Penates de Troya y los Hados de Roma; aquí duerme, frente al fuego destructor y creador que irrumpe del corazón de la tierra, velado por las antiguas Miras, hijas de la Noche, árbitras del nacimiento y de la muerte, ¡oh prole de los Helenos!; aquí duerme, aplacadas sus iras después de tanta guerra, el Bárbaro enorme que volvió a levantar los serenos dioses de la Hélade sobre las vastas puertas del porvenir».

El joven argentino, que fue arrancado temprano a la vida, como los amados de los dioses, sueña con otro túmulo para el gran Apóstol: «Su tumba egregia y digna está en Roma, bajo el domo augusto del Panteón; la muerte y el homenaje tienen su lógica. Sólo allí podría dormir con gloria; así, el otro gran Bárbaro sólo puede estar cómodo bajo el oro convexo de los Inválidos».

Enardecida su mente como el violento curso de los ríos de su patria, toma pie aquí para simbolizar en las cúpulas de San Pedro y el Panteón las dos morales que para él polarizan el pensamiento y la conducta humana: Cristo y Nietzsche, declarando que sobre la cristiana pesan todas las inferioridades y que la única grande y sublime, es la que predicara Zarathustra.

Ve así mas noble y mas digna la cúpula del Panteón que la de San Pedro, y considera que ésta solo protege la intriga, la moral de los siervos, de los inferiores, de los vencidos; filosofía del fracaso, de la humillación y de la impotencia; mientras que en Nietzsche está la de los fuertes, de los alegres, de los grandes. Predice así que después de la negra noche que significa el cristianismo, se abre luminoso renacer de espléndido y radioso día con Federico.

Ingenieros no vino a Roma, como el pensador teutón atormentado hasta lo infinito por el demonio de la duda, de la «trasmutación de todos los valores»,

y la creación de su formidable edificio filosófico de *der Wille zur Macht*. El joven profesor argentino, lleno de salud y exhuberante de fuerza, había ya cortado el nudo gordiano de la duda trascendente con el materialismo científico que había aprendido del positivismo de Comte y del evolucionismo spenceriano. Olímpicamente sereno juzgaba ambas morales sin llegar a penetrar en el oculto sentido de sus complejos simbolismos.

La moral niestzscheana en su acepción más pura e íntima, no es opuesta a la de Jesús, ya que ambas son exaltadoras de la fuerza; la una para esta tierra, con principio y fin en ella, y la otra con principio más alto y fin más alto, pero desarrollada aquí entre los mortales. Ambas culteranas de la fuerza del espíritu y de la infinita superación del hombre a sí mismo, por sí mismo. El carpintero de Galilea no es responsable de que los mercaderes de su doctrina la hayan abaratado y adulterado para ponerla al servicio de sus protervos fines, como el pensador de Sils-María en la Engadina, no puede ser culpable del megalómano imperialismo germánico.

La moral de Jesús en lugar de significar un ocaso precursor prematuro de una noche lóbrega protectora del obscurantismo y de la debilidad, representó aurora esplendorosa de brillante jornada en la cual sería el espíritu la suprema potencia y el principio y fin de toda cosa. Fue símbolo gloriooso de redención y de esperanza; luminoso guía de una desgraciada especie que ha perdido el recuerdo de sus orígenes y que ignora o no quiere saber su meta postrera.

La moral de Jesús representó la inextinguible sed de infinito de los hombres y su ansia suprema de lo trascendente, y la moral de Nietzsche tuvo igual significado, aunque oculta y contradicha quizá por obscuros fundamentos materialistas. Su filosofía es mucho más trascendente de lo que parece a primera vista, y en ella se resuma esa misma exaltación del espíritu que fuera la esencia misma de la doctrina de Jesús. ¿Que otra cosa puede significar el *Uebermensch*, sino esa superación de nuestra actual envoltura por otra forma más grande y más sublime de nuestro propio espíritu? ¿Y que otra cosa predicó Cristo que la superación de nosotros mismos?

En medio del caos del siglo XIX, descreído y escéptico, apareció Nietzsche como otro Mesías y con sus humanos errores, también señaló a los hombres sus destinos y el objeto y fin de la vida. La humanidad había llegado a ser nada más que una grotesca parodia de la tragedia griega: luche el hombre y trabaje, sea bueno sea malo, o esté «más allá del bien y del mal», el coro trágico le repetía desde antes de comenzar a vivir el desesperante *ritornello* de que nada tenía sentido de acción infinita, ya que todo tenía su origen y objeto en este paso fugitivo por la tierra. Federico enseñó que todo ello tenía su objetivo, cual era la superación y así abrió campo sin fin a la energía, acción, conducta y pensamiento humano, tanto como el abierto por Cristo.

Parecen dos polos antitéticos, ya que Federico estrelló toda la furia de sus pensamientos y de su prosa admirable contra Cristo, y es justamente un italiano, Papini, el que ha descubierto en esta fobia Nietzscheana contra Jesús, la profunda admiración que éste infunde al genial teutón; recuérdese que la última carta escrita por Federico, ya bajo el imperio de la locura, dirigida a Brandes, está firmada por «El Crucificado». Por distintos caminos, con muy distinto lenguaje y objetivos de finalidad trascendente, llegaron a la misma suprema Verdad los dos Mesías.

Ambos tuvieron su Calvario. Las tres horas de la crucifixión de Jesús, que al decir de Renán, no pudieron abatir la sublime grandeza de su espíritu, son apenas un pálido reflejo del Gólgota de Nietzsche, que según Sánchez-Rivero, fue el martirio más atroz que hayan visto los siglos, al estar doce años enclavado en la cruz de su locura irremediable.

La tumba de estos dos apóstoles no puede estar ni en Jerusalén ni en Weimar, como tampoco en San Pedro o el Panteón. El único lugar digno de ambos, es el espacio infinito y sereno, allí donde toda dimensión carece de sentido, donde el *ewige Wiederkehr*, no es más que inmovilidad absoluta, y donde sólo el espíritu, la Energía, la suprema esencia de la vida, reina sobre la materia y el tiempo sin fin.

Y si Ingenieros en esa puesta de sol del Pincio, en la primavera de 1905, vio perderse en las negruras del horizonte crepuscular, la cúpula de San Pedro, mientras emergía aún el domo del Panteón, como «símbolo en esa hora, presagio de los siglos», el vagabundo que tales cosas meditaba, vio desaparecer entre las brumas de la tarde el domo del Panteón, mientras allá a lo lejos, al otro lado del Tíber, se recortaba aún nítida la gigantesca mole de San Pedro: símbolo también en esa hora, presagio en los siglos.

Roma, enero de 1932.

El Obispo José Belisario Santisteban (1843-1931)


LA VISITA PASTORAL

Una Página Histórica

DEL

EPISCOPADO

DE

Monseñor Santistevan.

Yotaú

[illegible]

191[illegible]

EL OBISPO JOSE BELISARIO SANTISTEBAN (1843-1931) (*).

Constituyó el símbolo más alto de la gloriosa tradición de todo un pueblo; el sublime desinterés del sacro apostolado de Jesús tuvo en él su más consagrado exponente. La virtudes de sus abuelos, los fieros conquistadores, en el transcurso de siglos vinieron a trocar en su sangre el hierro fuerte de sus lanzas homicidas por las bondades supremas del amor y de la caridad, y el orgullo de su aristocrática estirpe no fue en él sino pan de humildad y de beneficencia para los pobres y los desgraciados.

Su nombre glorioso llena los ámbitos de medio siglo de historia cruceña, y aún más allá de los horizontes de su diócesis, las trompetas argénteas de la fama tañían sonoridades heroicas llevando el eco de sus supremas virtudes.

Su egregia figura estaba tallada en ese mármol puro de los primitivos mártires de la cristiandad; pastor de almas, supo ser padre amantísimo de sus fieles y con igual majestad y sublime bondad de alma posaba su planta evangélica en las altivas casas de los poderosos, como en los humildes hogares de la pobreza.

Venido al mundo en época y lugar en que no es el simple sacrificio de la humana vida el más alto don que se pueda ofrecer a un apostolado, ofrendó a él todo su espíritu, su ser entero, su fortuna. En las aulas de su Seminario: la más grandiosa de sus obras, se educaron múltiples generaciones que bajo el augusto soplo de sus enseñanzas y el ejemplo de su austera vida de santidad, aprendieron a ser hombres y así llevar a la patria el contingente de sus esfuerzos en pro de su mejoramiento.

El temple acerado de su alma no se detuvo ante ningún sacrificio y así por todos pasó en el cumplimiento de los preceptos evangélicos que creyera los más ciertos y los más grandes. La voluntad de su esfuerzo abatió todas las dificultades y alzó el soberbio edificio de su obra cultural y religiosa a base de amor, de paz, de comprensión y de tolerancia, haciéndose adorar de las generaciones que pasaron a la vera de su camino con rumbo a lo desconocido y que en él tuvieron siempre el norte supremo de todo ideal de grandeza

---

*. Inedito. Monseñor Santisteban fue Obispo de Santa Cruz de 1891 a 1931.

Conocemos una rarísima publicación: *Homenaje al gran mitrado cruceño Dr. José Belisario Santisteban con motivo de la celebración de sus bodas de plata episcopales el día 5 de abril del presente año. Santa Cruz octubre de 1916. Bodas de Plata*, Trinidad, Tip. de la Democracia, 1916; 84. (G.O.).

espiritual y el padre cariñoso en cuyo corazón late el fuego sagrado que abraza sin quemar a los señalados con la predestinación divina de la santidad.

Su obra no puede estar ni en volúmenes, ni grabada en marmóreos monumentos; ni las iglesias, ni la soberbia catedral que a él deben su creación, son bastantes para significar su esfuerzo y su trabajo; ella está forjada en la carne viva de un pueblo que supo moldear con cincel de evangélico artífice y en la conciencia colectiva de esas generaciones que bajo sus augustos dictados aprendieron la ley de la vida; las ovejas de su grey diocesana, fueron para él carne de su carne y en el cultivo de su alma y en inculcarle conocimientos culturales, desveló sus horas, fatigó su humanidad, sacrificó sus medios de fortuna y vencido al fin, por tantos años de lucha y de esfuerzo, cayó como caen los héroes y los santos: con absoluta fe en su Dios y firme en su puesto del diario batallar.

Como peregrino predicador de verdades recorrió los ámbitos de su dominio diocesano, llevando hasta los más apartados rincones de las selvas milenarias el prestigio de su apostolado y la unción divina de su inimitable palabra que adquiría sublimes tonalidades mesiánicas; su verbo evangélico, lleno de verdad y de vida, derramaba por doquiera formas gloriosas de la estatuaria griega, talladas en la roca viva de su corazón y de su alma que la daba toda entera cuando se dirigía al pueblo y a sus discípulos en ese torrente conmovedor lleno de inspiración y de ciencia, de virtud y de fe, de belleza y armonía, que hacían de Monseñor Santisteban el supremo artífice de la palabra.

Nunca supo lo que era detenerse en el duro laborar por la Fe y la Ciencia; guiado por esa fortalecedora luz de los convencidos y de los santos, creía como el Emperador de Bizancio que el signo sublime de la Cruz era supremo símbolo del vencimiento y de triunfo. Su mano que empuñaba el cayado, como cetro de su ministerio divino, cuando se extendía sobre sus fieles en el sublime acto de la bendición, parecía sembrador generoso de virtudes de paz y de amor, y ante su gesto callaban las bajas pasiones, más de una vez desencadenadas, y todas las cabezas se doblegaban, vencidas sin lucha y sin esfuerzo ante la mirada serena, llena de piedad y de compasiva humildad que brotaba de ese santo varón que supo ser grande entre los grandes, humilde entre los humildes y santo entre los santos, y que después de haber asistido vivo a su propia glorificación, ni los homenajes ni las adoraciones pudieron conmover la profunda modestia de su espíritu.

Hoy que su voz ha callado para siempre, que su mano no se levantará más para bendecir sus fieles ovejas, ni sus ojos llorarán ante los infortunios de su rebaño, no serán sólo las campanas votivas las que giman desoladas la desaparición definitiva del Gran Maestro; resonará dolorosamente el yunque

46 Obispo Santistevan.

LA VISITA
PASTORAL.

Una Página Histórica
DEL
EPISCOPADO
DE
Monseñor Santistevan.

Yotaú
Tipografía «Guabayá».
1916.

47 156 x 92; ocho + 215 + dos p.

HOMENAJE
Al gran Mitrado cruceño
Dr. José Belisario Santistevan
Con motivo de la celebración de sus Bodas de Plata Episcopales, el día 5 de Abril del presente año.
Santa Ana, octubre de 1916.

BODAS DE PLATA

[illegible]

48 163 x 113; II + 84 p.

en lúgubre martilleo en la forja del humilde obrero, como temblará de emoción la pluma del pensador y vestirán luto del alma los pobres y los ricos, y en todos los pechos, ya bajo elegantes hábitos como tras rústica blusa, resonará el doloroso retumbar de los sollozos, mientras las lágrimas de todo un pueblo agradecido a tanta virtud y santidad, formarán la aureola suprema que ornará su frente al presentarse a las puertas de esa gloria de que fuera merecedor.

Nada mejor para adornar su urna funeraria que el acero inquebrantable de la fe, cual su creencia, el libro de la ciencia y la cultura de que fue abnegado apóstol y el yunque simbolizador del trabajo y del esfuerzo que enseñara con su ejemplo y sus virtudes de Maestro. Y sobre estos atributos de su obra, la Mitra, símbolo de su investidura, será la digna corona que remate esos votos, ya que nunca existirá otro capaz de portarla con tanta aureola de santidad, de bien y de virtud.

Vayan estas palabras de homenaje como última ofrenda de un peregrino que pleno de nostalgia de la lejanía, en su inquieto vagar a millares de leguas de su terruño, lleva siempre impresa en el alma, junto con la añoranza del hogar y de la patria, la figura augusta del Maestro cuyas lecciones escuchara conmovido en los bancos de su Seminario, siguiendo así la tradición de su familia, y muy viva en el alma la lámpara votiva del recuerdo, su bendición y sus sabios consejos en la última entrevista, el día ya lejano de la partida, y que ostenta orgulloso, como el supremo título que pudiera aspirar: el haber sido uno de los seminaristas de Santisteban.

Sorrento, invierno de 1932.

El Dr. Julio Salmón

EL DR. JULIO SALMON

Los universitarios de Bolivia, cumplen en estos momentos uno de sus más sagrados deberes; el reconocimiento del mérito a alguien que se ha desvelado en su educación y que con su ciencia y con su vida supo señalarles los altos ideales del estudio como supremo objetivo del mejor servicio de la Patria (*).

Cuenta una vieja leyenda germánica, que allá en las raíces mismas de Yggdragssil, el fresno sagrado del mundo, se encontraba también la fuente de la sabiduría pero que no le era permitido a nadie el beber de sus aguas, sino a condición de cruentos sacrificios. Esa es la ciencia, que no se da sino a quien siente profundo culto por ella y que está dispuesto a sacrificarse en aras de sus altos destinos y a fin de obtener sus maravillosos dones.



49 Julio Salmón.

---

*. Discurso en el acto de proclamación del Maestro de la Juventud Boliviana, doctor Julio Salmón. Publicado en *La Universidad*, interdiario, Santa Cruz, 1950, ago. 24.

Y este es, el simbolismo del presente acto. El doctor Julio Salmón a quien en estos momentos se proclama Maestro de la Juventud Boliviana, ha sido uno de esos sacrificados. Sembrador de ideas y de ideales, en siete lustros de educación no ha tenido otro norte que ése: La Ciencia al servicio de la Patria, a fin de que las jóvenes generaciones que se formaban bajo sus dictados, aprendan a dar de sí lo mejor y lo más grande para el servicio del país.

Salmón como los hoplitas griegos nunca supo de los peligros ni de los desengaños. Sabía de su deber y lo cumplía con aquella serenidad que los filósofos de la Hélade sabían inspirar. Bien pudiera haber profesado en la tierra sagrada de los misterios órficos. Cultivador de la ciencia por la ciencia misma, no buscó en ella ni situaciones ni riquezas, sino la satisfacción que da el saber, y algo más: el poder propagarlo.

La sabiduría en la antigüedad fue hierática y en sus cenáculos no se admitía sino a los iniciados. Ello era necesario para poder perpetuar el despotismo, porque nada ni nadie nos puede librar de tamaña desgracia sino el saber. Pero Salmón, al estilo de esos sabios del Renacimiento, adquirió la ciencia, precisamente para eso, para hacerla extensiva a sus discípulos, para que ellos la aprendan y por ella sean lo que él fue y lo que debe ser toda persona de intelecto: un ser libre. Salmón fue siempre hombre de derecho y por tanto un cultor de la libertad.

Allá en la lejana y solitaria Santa Cruz de la Sierra, que hoy apenas si está saliendo de su aislamiento secular, Salmón supo despertar ansias de estudio y de superación, poniendo para ello la enseñanza de su palabra y de su ejemplo, cumpliendo así el más alto fin de la educación, que al decir de un escritor es «sugerir ideales». Y esos ideales fueron de nobleza y de estudio; nobleza de ideales y de propósitos, y estudio tesonero a fin de adquirir altos quilates de mejoramiento espiritual.

Quizá en su romanticismo cultural, Salmón soñara con ese gobierno de filósofos de que hablaba Juan Bautista Vico o esa aristocracia del talento que decía Renan. En todo caso, si no la vio realizada, él procuró vivir conforme a su sueño.

Alta honra significa para este humilde ciudadano el representar en estos momentos solemnes a su tierra natal Santa Cruz de la Sierra, y a su Alcaldía Municipal, y es un honor cumplido con tanta mayor emoción, cuanto le cabe realizarlo a alguien que ha sido discípulo de Julio Salmón y su amigo de siempre.

A este homenaje se asocia también el *alma mater* donde el doctor Julio Salmón ha sembrado sus doctrinas: la Universidad Gabriel René-Moreno de Santa Cruz, que se hace también presente por intermedio de mi débil palabra, y deja constancia del honor que ella recibe con esta distinción a quien fuera

desde hace siete lustros uno de sus más preciados miembros y a quien hoy con tanto talento como acierto dirige sus destinos como Rector.

El pueblo todo de Santa Cruz de la Sierra, su Alcaldía Municipal y su Universidad, hoy tan justamente jubilosos, se enorgullecen de poder dirigirse al doctor Julio Salmón, proclamado Maestro de la Juventud Boliviana y con las palabras del gran patricio y pensador nacional decirle: «Tu gloria es mi propia gloria», reverenciándolo por siempre con la fórmula sagrada de los estudiantes medioevales:

Salve Magister!

La Paz, 11 de agosto de 1950.

El Fallecimiento del
Dr. Pablo E. Roca,
Ilustre Patricio Boliviano

EL FALLECIMIENTO DEL DR. PABLO E. ROCA, ILUSTRE PATRICIO BOLIVIANO

En apacible ocaso acaba de extinguirse la vida de un viejo y noble servidor del país. En su solar nativo, Santa Cruz de la Sierra, ha muerto el Dr. Pablo E. Roca, rodeado del respeto unánime de todo un pueblo que veía en él un representativo de las virtudes de su raza y de su genio (*).

Mediaba el pasado siglo cuando nació el doctor Roca; su infancia acalló sus balbuceos infantiles con el estruendo de nuestras guerras civiles; en ese ambiente de incertidumbre, en medio del humo de la pólvora de los combates, y de las proclamas de la beodez galoneada encaramada en el poder, deslizó su adolescencia; por eso supo del dolor de la patria desde la cuna y ese dolor profundo sintió el supremo desgarrón del desastre del 79. Por eso quizá el doctor Roca puso siempre en toda su vida un algo de supremo desencanto que se advertía en él, incluso en medio de su cordial jovialidad.

Su formación cultural se hizo bajo los auspicios de los románticos; los rojos fueron sus maestros y en ellos aprendió ese idealista concepto de la política que los convertía en «ebrios de constitucionalismo», según frase de René-Moreno. El Dr. Roca conoció a Quijarro, a Baptista y esa filosofía romántica aplicada a la ciencia y arte de gobernar, influyó en su espíritu de por vida.

No fue un luchador en el sentido desesperado que da Nietzsche al concepto; no, antes que dionisiaco, era apolíneo, pues como Marco Aurelio, creía que el sentido supremo de la vida era la serenidad. Y su vida fue serena como un mármol de Hélade. Las pasiones desencadenadas en todo su furor vesánico no conseguían arrastrarlo; la violencia nunca fue su sistema y a la manera de los filósofos antiguos creía en la omnipotencia de la bondad. La bondad fue su culto y fue su norma.

Creyente convencido, profesaba el catolicismo de sus antepasados con esa fe sencilla y grande a la vez que conmueve por su fuerza; pero jamás fue intolerante y para las creencias u opiniones ajenas siempre tuvo su palabra de respeto profundo a todo lo que significaba una conciencia. Fue así que en medio del catolicismo militante de la «Sociedad Católica Literaria» que a fines

---

*. *La Noche*, 1945, abr. 17. No está suscrito por HVM. Una anotación mecanografiada de nuestro autor deja constancia de que el artículo le pertenece. (G.O.).

del pasado siglo y principios del actual luchaba contra las tendencias liberales en incontenible avance, el Dr. Roca no haya podido hacer de corifeo. Su culto por la libertad no se lo permitía.



50 Pablo E. Roca.

Y, sin embargo, un día la conciencia cívica del Dr. Roca, esa conciencia que jamás se había doblegado, que prefirió la honrada pobreza a los oropeles del poder, se sintió con derecho a la violencia; creyó llegada la hora de la acción armada y así lo vemos presidir un movimiento revolucionario, cuyo fracaso lo llevó al destierro. Pero ni en medio de ese rugir de reivindicaciones y apetitos, supo perder la que fuera divisa y enseña de su vida toda: la serenidad.

Y esa serenidad veíasela brillar en medio de la oratoria de Roca; pues tenía el dominio de la palabra, no del vocerío populachero de las plazas públicas, sino de la academia culta y exigente. Su palabra torneada con fino cincel sabía deslizarse insinuante llevando la semilla de la idea y con fuerte corriente de emoción.

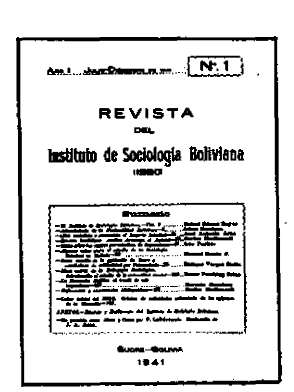
Curioso es constatar que todas estas cualidades que podríanse considerar como negativas para la vida política, hacían del Dr. Roca un temible adversario, que más de una vez supo derrotar al oficialismo director de los actos plebiscitarios.

El Dr. Pablo E. Roca era de ilustre abolengo; descendía directamente del tronco señorial de los Salvatierra, cuya progenie ilustre ennoblece los anales de Santa Cruz de la Sierra.

A este su derecho de cuna, Roca añadía exquisitas condiciones de sociabilidad que hacían de él figura de primer orden en el trato social de los estrados. Lejos ya la fogosa juventud y tramontada la edad madura, el Dr. Roca, sabía llevar con gallarda elegancia su venerable ancianidad, que a la manera de las preclaras figuras de los políticos ingleses, es aureola de dignidad y de fuerza, antes que senil decadencia.

Abogado, catedrático, político, orador, parlamentario, ministro de Estado, el Dr. Pablo E. Roca no escatimó su esfuerzo por servir a su patria y así pasó por la vida pública rodeado del profundo respeto que su honradez inspirara, para morir sin dejar tras sí más patrimonio que su espíritu y su ejemplo.

Homenaje Postumo a José Antonio Arze



Nº 1

REVISTA

DEL

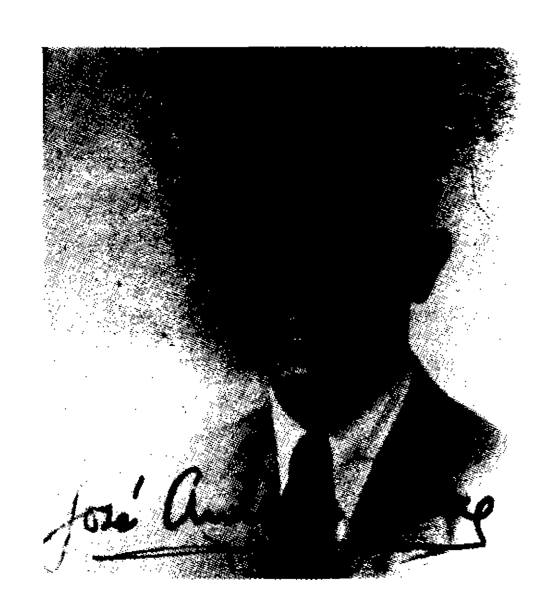
Instituto de Sociología Boliviana

SUCRE—BOLIVIA

1941

HOMENAJE POSTUMO A JOSE ANTONIO ARZE

La intelectualidad toda de la patria boliviana se halla de duelo. Uno de sus más grandes y más legítimos exponentes se ha ido para siempre. El Ateneo de Bolivia y la Sociedad Boliviana de Filosofía han querido sumarse a este homenaje que se rinde a quien fuera un valor consagrado en nuestras letras. Homenaje muy merecido, ya que se rinde a quien su vida toda consagrara a la lucha por la cultura, lucha de suyo improductiva y que sólo da a la postre sabor de desengaños en medio de los abrojos del camino (*).



51 Retrato y firma de José Antonio Arze.

JOSE ROBERTO ARZE

Ensayo de una Bibliografía del
Dr. JOSE ANTONIO ARZE

Cochabamba– Bolivia
1968

52 138 x 82; 81 p. + 16 ilustraciones.

José Antonio Arze fue un ejemplo clásico del intelectual puro. Nutrido de ciencia que halló en su talento el mejor campo de cultivo para el saber, consagró sus energías a las labores intelectuales. Su obra vasta y múltiple será señalada como uno de los sillares de la historia del intelecto boliviano, y deber

---

*. Posiblemente inétido (G.O.).

de nuestra juventud es el exaltarla y hacerla conocer cual lo merece, tanto por lo que significó en sí, cuanto por lo que representa para esa misma juventud.

Un solo aspecto quisiera yo apuntar. En medio de la amplitud de conocimientos que poseía Arze, en medio de esa su erudición tan enorme, había una dedicación, una debilidad, si se permite el concepto, por los estudios históricos. Y conste que no lo hacía por ser la historia un instrumento en la modalidad de su credo científico y político. No por ser lo que sus dioses penates llamaban «la historia de la lucha de clases», No. Amaba la historia por lo que era en sí, por su esencia íntima, por su sentimentalismo si se le quiere llamar, por su propia e intrínseca belleza.

Y esto es una muestra más de lo que fue ese gran espíritu que hoy evocamos. Nadie como José Antonio Arze para saber lo que fue nuestra historia en todo su complejo y convulsionado mosaico y nadie también quien supiera amarla con cariño de hijo y comprensión de sabio. Solo teniendo criterio verdaderamente histórico se puede aprender a amar nuestro pasado y entenderlo en su hondo y ejemplar significado. Fue así que por primera y única vez en los años de vida que llevan nuestras universidades, se vio a alguien interesado en lo que se ha denominado Derecho Indiano, del cual hizo programa y profesó cátedra con todo aquel brillo y eficiencia que sabía poner en sus actuaciones.

Por todo lo que fue, por todo lo que hizo, por su gran ejemplario de vida dedicada a la ciencia y al estudio, su memoria debe significarnos una ruta a seguir y un modelo que imitar. La juventud universitaria de la que fuera indiscutido maestro conservará su nombre con el cariño y el respeto que se merece.

Una vez más, en este homenaje, quede constancia del rendido tributo de pleitesía que el Ateneo de Bolivia y la Sociedad Boliviana de Filosofía rinden al Maestro que si bien se nos ha ido de nuestro lado en forma material, vivirá siempre en nuestro recuerdo y en nuestro afecto.

La Paz, 1° de septiembre de 1955.

La Moral y Disciplina del Oficial de Filas
y
Homenaje Póstumo a dos Oficiales de Reserva



LA MORAL Y DISCIPLINA DEL OFICIAL DE FILAS

I

La guerra es un fenómeno biológico ante cuya cruda y brutal realidad no tenemos más remedio que inclinarnos. Es la manifestación en grande, por medio de entidades colectivas de la lucha por la existencia, del *struggle for life*, que es la condición misma de la vida. La concurrencia vital de las especies o de los grupos humanos impone esta realidad dolorosa y trágica a cuyo imperativo no nos es dable escapar (*).

El ataque y la defensa son las dos formas primarias de esa lucha que se presenta desde los seres rudimentarios; desde la amiba en las primeras manifestaciones de la vida animal, hasta el hombre.

De los clanes y las tribus en lucha con todo lo que los rodeaba, pasamos a la ciudad antigua donde ya se sistematiza por entidades definidas contra enemigos que atentataban directamente la existencia de la urbe o resistían su expansión. La ciudad antigua como la ciudad medioeval sólo conocieron la guerra o bien por el soberano o por la ciudad misma, ya que el sentimiento colectivo de nación –en el concepto moderno–, no existía aún, comprendiendo apenas la visión de tierra que dominaba su circunscripción o el horizonte visible desde el campanario que presidió siempre la vida ciudadana del medioevo. El imperio romano no fue otra cosa –al igual que sus similares–, que el predominio central de la urbe del Lacio sobre todo lo conocido por el mundo antiguo. La ideología de la guerra en el concepto de hoy, aparece en el Renacimiento, ya que al decir de Spengler, desde entonces se muere por una línea imaginaria que se llama frontera.

Y hoy tenemos, como reacción del idealismo de Kant y los metafísicos alemanes de principios del ochocientos, popularizados por el romanticismo subsiguiente, la filosofía de la fuerza, con el endiosamiento de aquello que Nietzsche llamó *Der Wille zur Macht*: la voluntad de potencia. Siendo la fuerza la manifestación de la vida, el sistema de relación de las sociedades humanas tiene que regirse por la fuerza y el Derecho, o sea la regla y norma

---

*. Inédito, Se trata, al parecer, de una intervención de HVM. en la inauguración de la Escuela de Oficiales de Reserva, durante la guerra con el Paraguay. en dicha Escuela salió como Subteniente de reserva. (G.O.).

de esa vida, no es otra cosa que la sistematización de la fuerza, tal como la definió Bunge.

II

Las sociedades humanas en el complejo de sus instituciones, necesitan velar por su seguridad como condición de su propia existencia y han entregado este sagrado deber al ejército. El ejército como depositario de la fuerza armada, tiene sobre sí el más grave de los deberes y la máxima responsabilidad consiguiente.

Al ejército entrega el Estado su propia seguridad exterior y la estabilidad de sus instituciones. Los ciudadanos dedicados a las diversas actividades de la vida, confían en el ejército como garantía de su existencia e intereses, y el ejército tiene que responder a esa confianza que en él se deposita.



53 HVM, de Subteniente, durante la Guerra del Chaco.

Su antigua formación por levas o enrolamientos respondía al criterio de defender la causa o intereses de un soberano o una entidad, que en muchos

casos no eran la Nación. El ejército moderno, al salir de la masa común de todos los ciudadanos corresponde a la totalidad del Estado en sus diversas clases y representa la completa expresión de sus componentes. La guerra, por consiguiente, es nacional y exige el máximum de sacrificios de la patria toda, por la cual se vive y por la cual se muere.

III

El cuerpo de oficiales es el cerebro conductor de ese ejército y a ese cuerpo está confiada la suerte de las tropas y con ello de la Nación toda. Desde el Comando Superior hasta el último oficial, forman un todo homogéneo en el cual se funden las energías vitales de una raza en la firme voluntad de triunfar.

Es pues el oficial de filas, la última expresión del comando consciente de la operación en la guerra; su mentalidad le dicta su forma de acción de acuerdo a las órdenes recibidas, y su voluntad de dominio y dotes de mando hacen que se ejecuten conforme se requiere. Tiene a su cargo un mayor o menor grupo de hombres de cuyas vidas y suerte es responsable ante sus superiores, ante sí mismo y ante la patria toda; a su capacidad de mando y de ejecución está librada la suerte de sus subordinados, y el afecto y confianza de ellos, son la mejor garantía. Lleva en sí la representación de la patria y ese honor de la sociedad en que se ha nacido.

IV

Es demasiado grave la responsabilidad que pesa sobre el oficial de filas y de allí las altas condiciones de moralidad, disciplina y carácter que debe poseer. La primera condición del oficial es la de ser caballero. Un caballero en el sentido épico de la palabra, cual el legendario Bayardo, *Chevalier sans peur et sans repproche:* sin miedo y sin tacha.

El apego a la vida, la angustia suprema del peligro de muerte, desaparecen en el oficial que serenamente debe afrontar esa muerte, ya que así lo exige su deber como un imperativo moral y patriótico. El dominio de sí propio, de sus impulsos vitales, sobreponerse a ellos para con serenidad afrontar el peligro en la absoluta voluntad de vencer o morir, pero morir gloriosamente.

La superación de sí mismo en los instantes de mayor peligro y la abnegación sin límites, son las mejores aureolas del oficial. «Firmeza y luz como cristal de roca», cual reza el adagio. El dolor y la desesperación le deben ser desconocidos; la impasibilidad ante la tragedia suprema debe ser su condición, ya que

V

Como base esencial de la institución armada está la disciplina que es su nervio de acción y ejecución. Si la patria se ha puesto en el dilema de Grocio: *ultima ratio regum* (1), preciso es que la eficiencia de la institución armada esté absolutamente garantizada por la disciplina de sus componentes. La disciplina, lejos de ser anulante de la personalidad, es su máxima exaltación, ya que es la subordinación consciente del propio yó a otro que sabe y tiene el objetivo del mando; es una delegación voluntaria de la personalidad para el fin común. Tiene que ser absoluta y sin restricciones, debiendo tenerla el oficial para consigo mismo, para así poderla inculcar a sus subordinados.

Al derecho de mandar corresponde el deber de obedecer, y la compenetración de estos principios constituyen la disciplina. Inscrita está en el Ministerio de Instrucción Pública de Roma, en ese atrio de estudiantes, la frase consabida: «No se puede pretender el grave y duro derecho de comandar, sin antes haber aprendido el glorioso y sagrado deber de obedecer».

La historia nos muestra un ejemplo -entre tantos-, de lo que es la disciplina y hasta qué extremo de estoicismo puede llegar. De centinela en una de las puertas de Pompeya se hallaba un soldado romano: uno de esos legionarios que pasearon triunfantes por el mundo antiguo la orgullosa águila de los hijos del Tíber; se hallaba precisamente en la puerta que miraba de frente a la montaña trágica, al Vesubio. Desde su puesto vio la erupción de cuya horrible realidad apenas nos pueden dar una pálida idea las cartas de Plinio el Joven y las ruinas que hoy admira el viajero. Vio avanzar sobre la ciudad maldita la ola de fuego y no pensó ni un segundo en abandonar su puesto de centinela. La disciplina le ordenaba estar allí hasta que fuera relevado y allí permaneció. Cubrióse los pies con su escudo y bajóse la visera del casco e impasible esperó el fin. La ola de lava candente cubriólo por completo y allí quedó, firme en el puesto del deber, para atestiguar siglos más tarde la disciplina y fuerza del soldado romano. Su carbonizada momia es todo un símbolo.

VI

Estos son los principales deberes del oficial de filas. Faltar a ellos es faltar a la patria, traicionarla y traicionarse a sí mismo y el anatema de la nación toda debe caer implacable sobre los que así falten a su sagrado deber. Dante nos cuenta haber visto en el infierno el vívido dolor de Ugolino, encerrado en una

1. Ultimo argumento de los reyes.

torre por sus conciudadanos de Pisa, a quienes él traicionó, y condenado a devorar a sus propios hijos en el horrible tormento del hambre. Sírvanos este recuerdo y no olvidemos a quienes nos traicionen.

VII

Para terminar. Vivimos en estos momentos horas trágicas y supremas y ello requiere supremas resoluciones. La actual campaña nos ha puesto en el dilema shakespeariano y es hora de definirse. Los intelectuales y no intelectuales de este curso, hemos venido aquí a aprender lo que debe ser un oficial y como tales venimos también a compartir responsabilidades.

Debemos formarnos un código de deberes de acuerdo a la realidad de la hora presente. Ejemplos sobrados de virilidad y heroismo tiene nuestra historia para que no sepamos donde hallar la fuente generadora de impulsos que nos lleven a corresponder a nuestra gloriosa tradición. Y aún más, tenemos de instructores a jefes y oficiales que en las horas de dolor y de sacrificio por las cuales pasamos, supieron poner a prueba el temple de sus almas. Para ellos nuestro más férvido agradecimiento.

La guerra puede durar mucho o poco. Nada importa ello. La voluntad de vencer ante todo y sobre todo, para retornar después a recibir el cálido aliento del hogar hoy lejano y reposar en él con el mejor galardón a que puede aspirar un hombre: haber cumplido su deber. La fatalidad no nos amedrenta y sabremos dejar en todo caso, aquí sobre la estepa triste y desolada del paisaje chaqueño, como eterna y gloriosa expresión de fuerza, aunque sea sobre un montón de cadáveres, por hoy y por siempre, el supremo gesto viril de nuestra raza.

Y por último, como directiva única de nosotros mismos ese evangelio de fe, de disciplina y de acción, que deberá ser siempre el de todo oficial y de todo soldado: «Creer, obedecer y combatir».

Puesto Saavedra, 12 de mayo de 1934.

HOMENAJE POSTUMO A PABLO CUELLAR Y FEDERICO VALENZUELA, OFICIALES DE RESERVA MUERTOS EN LA GUERRA

Camaradas:

La sencillez de este homenaje tiene el marco severo de una ofrenda votiva cuyo simbolismo encarna los más altos quilates de las virtudes cívicas de un pueblo (*).

La Escuela de Oficiales de Reserva -cuya representación traigo-, ha dado ya dos de los suyos en holocausto patrio en la breve pero intensa vibración de temples varoniles en los días que han pasado. La Escuela, y el Ejército todo y con él el consenso de la Nación, quieren que este acto recordatorio, dentro de las líneas del rito religioso, sea la oración sagrada, plena de amor y de compañerismo para los caídos, y sea el beso de despedida para quienes en el cumplimiento del sagrado deber, nos precedieron en el viaje sin retorno.

Pablo Cuéllar y Federico Valenzuela fueron nuestros camaradas, -nuestros hermanos mejor dicho-, en medio de las penalidades de la campaña, y el destino quiso que nos tocara compartir la vida bullanguera en apariencia, pero profundamente seria y grave de la Escuela de Oficiales, donde se quería forjar el nervio de conducción de nuestras tropas. Convivieron y compartieron con nosotros horas de alegría y dolor, y al tocar ya la finalización del breve curso, las necesidades de la campaña ante cuyo imperativo sacro nada puede detener a nadie, hizo que volviéramos a empuñar el fusil momentáneamente abandonado y fuéramos a ocupar un puesto de combate en la línea misma en frente del enemigo. Allí cayeron.

No es la ocasión ni el momento de hacer el historial de méritos y virtudes de cada uno. Baste decir que cayeron por la Patria. Es la mejor coronación de una vida. Han caído jóvenes, pero no olvidemos que según Menandro los amados de los dioses mueren temprano. Y han caído jóvenes, con la sana alegría y el optimismo de los primeros años, cuando aún la vida es panal del monte Himeto y no hiel ni carbón de desengaños.

Cuenta la leyenda wagneriana que las Walkirias hijas de Wotan, tenían como misión recoger del campo de batalla a los héroes caídos, para llevarlos

*. Inédito.



54 Soldado del valle de Cochabamba. Cururenda, Agosto 1934. Del libro de Jesús Lara *Repete*. Ilustración de Raúl G. Prada.



55 Jacinto Vacaflor, chaqueño, guía de las fuerzas bolivianas. Ballivián, 1934. Del libro de Jesús Lara *Repete*, 4ª Ed. Edit. Juventud, 1978. Ilustraciones del artista Raúl G. Prada.



56 Bautismo de fuego. Frente de la IV División. 1934. Del libro *Repete*. Ilustración de Raúl G. Prada.



57 Un prisionero paraguayo con guardamontes. Cañada Cochabamba, 1934. Del libro *Repete*. Ilustración de Raúl G. Prada.

como sagrada guardia del Walhalla de los dioses. Allí están los hermanos hoy secundados, así como los que cayeron antes que ellos en esta lucha del heroísmo contra la barbarie. Les fue dado ver la sombra alada que corona la cabeza de la hija de Erda y se marcharon con esas amazonas del aire a formar parte de la legión que custodia el Walhalla de nuestros más caros afectos: la Patria!

Semillero fecundo de gloriosas enseñanzas, ruta luminosa de futuros destinos, norte supremo de heroicidades, constituyen las muertes a cuyo memento patriótico asistimos. Renan ha dicho que la muerte por la patria es la más gloriosa de todas, y estemos seguros, que allí, al «otro lado de la Gran Serenidad», nuestros hermanos anteriormente caídos, han presentado las armas en el silencio de la Nada, como militar homenaje a estos dos bravos muchachos, antes de darles el abrazo de la bienvenida.

El mundo romano tenía como culto básico los dioses lares, los antepasados, la tradición del hogar. Estos son hoy nuestros dioses lares, los muertos caídos por la patria. Para ellos nuestras oraciones, y para ellos nuestro culto. Y si hoy nuestra sagrada bandera la empuña con férrea mano nuestro viril ejército, en las infinitas praderas del Más Allá, nuestros muertos, empuñan también la tricolor como eterno símbolo de heroísmo y de triunfo.

Asistimos al rito de una religión que fue evangelio de amor y de paz predicado desde la cruz del calvario, pero ante la trágica crueldad del momento que vivimos, eso no basta. Hay que ser fuertes, al estilo nietzscheano, y si queremos amar nuestra patria por encima de todo, debemos también aprender a odiar, pero odiar férvidamente. El odio es noble, el odio es santo, cuando es por una causa justa y así tenemos que odiar al enemigo «cósmicamente», si es permitido el concepto.

Han caído aquí, sobre las arenas abrasadas del Chaco, sin el cálido aliento hogareño, sin que las manos piadosas de una madre cerraran sus ojos plenos de juvenil ilusión; sin la postrer caricia de la amada o el cariñoso beso de la hermana. Han caído sobre la tierra sedienta del Chaco, y aquí duermen, sobre el patrio lar que defendían. Y sus carnes de bizarros mancebos, como aquellos mosqueteros de antaño, fecundan hoy la tierra triste y árida de este confín de la patria.

Así han caído, pero qué importa! Giotto, en uno de sus frescos inmortales, ha simbolizado el místico desposorio del Poverello de Asís, con la Madonna Pobreza, y estos dos bravos muchachos, Pablo Cuéllar y Federico Valenzuela, al abrazarse a la Muerte en servicio de la patria, se han desposado con la gloria.

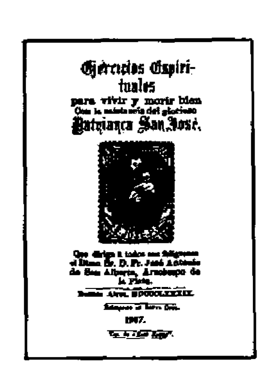
Sangre, sangre juvenil y heroica es la que riega el paisaje chaqueño, y esa sangre es generosa. De su reintegración a la Madre Tierra, principio y fin de la eterna creación, brotarán rosas fragantes, que a las caricias de la brisa

esparcirán perfumes de amor y de recuerdo; de valor y de heroismo y cantarán en la infinita música atómica del universo en su eterna creación y evolución, el Himno dionisiaco de la Gloria.

Gloria y memento a nuestros hermanos caídos, por hoy y por siempre!

Puesto Coronel Manchego, 29 de junio de 1934.

Orígenes de la Imprenta en Santa Cruz de la Sierra



Ejercicios Espiri-
tuales
para vivir y morir bien
Patriarca San José.

1907.

ORIGENES DE LA IMPRENTA EN SANTA CRUZ DE LA SIERRA

I

Tarde llegó la imprenta a Bolivia, ya que en forma definitiva y permanente ella es contemporánea de la constitución de la República en 1825. Pero más tarde aún llegó a Santa Cruz de la Sierra, donde aparece en 1864 bajo el gobierno del General José María de Achá y la prefectura departamental del Dr. Tristán Roca, poeta y periodista fusilado en el Paraguay como una de las tantas víctimas del tirano López (*).

En un raro y curioso folleto: *Programa del impresor de Santa Cruz,* publicado en dicha ciudad en 1871 por su autor y editor Cayetano R. Daza, éste afirma que fue ese año de 1864 cuando «se planteó por primera vez» la imprenta por cuenta del Estado, y que a él le cupo ser su primer administrador. En el número 3 de *La Montaña,* correspondiente al 25 de mayo de 1864, se publicó un comunicado suscrito por Manuel José Salvatierra en el cual afirma haberle dicho el Prefecto que la imprenta había sido costeada de su propio peculio; el prefecto era don Tristán Roca, conforme queda dicho ya.

No es creíble este aserto, y sin duda se trata de alguna referencia del Prefecto Roca a los muchos esfuerzos, sacrificios y empeños que le costó la obtención de esa imprenta del Estado, referencia que ingenua o maliciosamente fue erradamente interpretada por su interlocutor y enemigo Manuel José Salvatierra. La afirmación expresa del administrador, la circunstancia de llamarse del «Estado», y el hecho de que siempre tuvieron intervención en ella las autoridades, demuestran plenamente que dicho establecimiento era en realidad oficial.

II

La imprenta debió llegar a Santa Cruz a comienzos de 1864, ya que en los primeros meses de dicho año la encontramos en pleno funcionamiento. Ese año, Santa Cruz contó con tres periódicos: *La Estrella del Oriente, La Montaña*

---

*. *La Razón*, 1948, oct. 3.

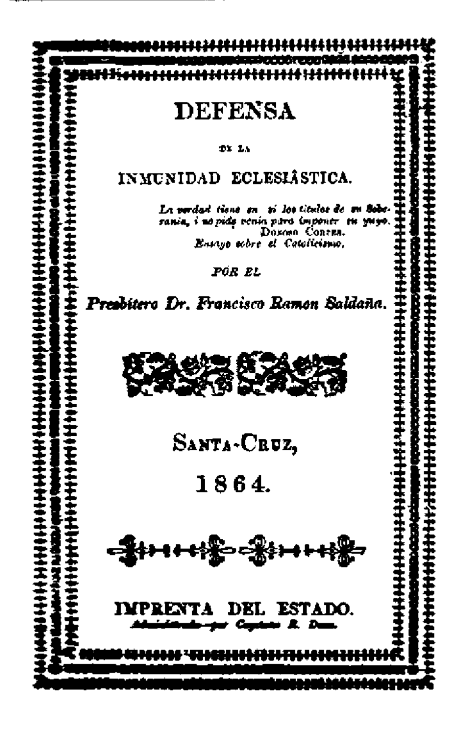
y *El Independiente*. Parece que el primero en aparecer fue *La Estrella del Oriente*, en el cual escribían don Tristán Roca, don Rafael Peña de Flores, don Aquino Rodríguez, etc. El autor de estos apuntes apenas ha conocido los números 20 al 24, de 19 de agosto al 15 de octubre de 1864, y que se conservan en la sección René-Moreno de la Biblioteca Nacional, en Sucre. Dicho periódico decíase quincenal, lo que remontaría su aparición a comienzos de noviembre de 1863, lo que no es creíble. Quizá su primer número salió en enero o febrero y fue semanal en un comienzo. *La Estrella del Oriente* era de tres columnas y de 375 x 232 mm. de formato.

Se tienen en este momento a la vista y en regular estado de conservación los seis primeros números de *La Montaña*, correspondientes al 26 de marzo, 11 de abril, 25 de mayo, 8 de julio, 22 de octubre y 2 de diciembre de 1864. Además hay un *Alcance al Nº 2*, que parece ser del 19 de abril. El primer número consta de cinco páginas; el segundo de cuatro; el alcance de dos; el tercero de seis, el cuarto de cinco, el quinto y sexto de cuatro páginas. El formato era de 255 x 155 mm. a dos columnas.

Era publicación eventual y como editor responsable aparece Manuel Tomás Saavedra Melgar, a pesar de que la casi totalidad de los escritos y artículos eran firmados. Desde el número segundo, en el frontispicio llevó la indicación siguiente: «Suscripción por 10 ejemplares, 8 reales. Ejemplar suelto 1 real. Suscripción por 4 meses a un ejemplar por cada número y dos números al mes importa un peso. Avisos a precios convencionales. Artículos sueltos 12 reales por columna». Desde este número también el lema de Lammennais, «Amáos los unos a los otros y no temáis a los Principes ni a los grandes y a los Reyes».

El editorial del primer número lleva el título de «Prospecto», y está suscrito por Carlos Melquíades Barbery, quien parece ser el director y autor de la mayoría de los artículos que se publicaban. El nombre del periódico lo arranca del grupo extremista de ese nombre en el parlamento de la Revolución Francesa, pero que ya hoy dice tener otra misión, etc., etc. Repetidas veces se ven también las firmas de Miguel Antonio Ruiz, diputado melgarejista al Congreso de 1868, Manuel José Salvatierra G., y otros.

Los primeros suscriptores del periódico aparecen en el primer número y son: Dr. Manuel José Justiniano, Miguel Antonio Ruiz, Carlos Melquíades Barbery, Manuel José Salvatierra, Comandante General Marcelino Gutiérrez, Sr. Hipólito Rosales, Lorenzo Arano, Benigno Gutiérrez, Juan Ignacio Heredia, Francisco Ramón Saldaña, Cura Juan de Dios Egüez, Cnl. Antonio Vicente Peña, Cnl. Domingo Ardaya, Cura Pedro N. Villarroel, Sr. Miguel Chávez, Francisco Monasterio, Simeón Alvarez, Mariano Zambrana, Pedro Salvatierra



DEFENSA
DE LA
INMUNIDAD ECLESIÁSTICA.

La verdad tiene en sí los títulos de su Soberania, i no pide venia para imponer su yugo.
Donoso Cortes.
Ensayo sobre el Catolicismo.

POR EL

Presbitero Dr. Francisco Ramon Saldaña.

SANTA-CRUZ,
1864.

IMPRENTA DEL ESTADO.
Administrada por Capitan R. [illegible]

58 160 x 100; 11 p.

REFLEXIONES
SOBRE
LA CONTRA-RENUNCIA
DEL
Sr. PRESBITERO DON RAMON BARBA
DE LA
Prebenda de Media racion de este Coro, provista en mi persona por renuncia que hizo de ella el Sr. Cura Don Toribio Ignacio Vaca.

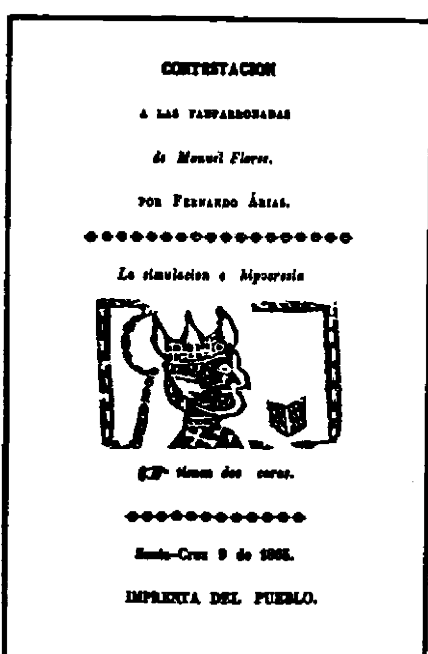


SANTA-CRUZ, 1865.

IMPRENTA DEL ESTADO.

ARRENDADA POR DON EULOJIO VILLEGAS.

59 155 x 95; 14 p.



CONTESTACION
A LAS FANFARRONADAS
de Manuel Flores,
POR FERNANDO ÁRIAS.

La simulacion e hipocresia

tienen dos caras.

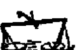
Santa-Cruz 9 de 1865.

IMPRENTA DEL PUEBLO.

60 152 x 97; 16 p.

CARTA
DE P. V. DE CLAUDIO
AL D D JUAN DE LA CRUZ MONTERO.
DEFENSA
DE LA IGLESIA, DE SUS LIBERTADES I ESTÁTUS

Pugnad en defensa de la Iglesia, de sus libertades i estatutos, no por cosas frívolas, i si por esto se levantasen turbaciones i si os conjurasen trabajos, persecuciones e ignominias, sufridlos con constancia, dareis una prueba de vuestro catolisismo.
El Card. Espinola.



SANTACRUZ
NOVIEMBRE 10 1867.
Imprenta del Pueblo.

61 170 x 106; 17 p.

Bozo, Gabriel José Moreno, Mariano Vargas, Gregorio Palacio, Penitenciario Ramón Rodríguez, Sr. Francisco Antonio Montero, Ildefonso de Jordán, Dr. Juan de la Cruz Montero, Pío Perdriel, Angel Justiniano, Juan Francisco Parada, Pbtro. Vidal Justiniano, Sr. Antonio Pérez, Dr. Aquino Rodríguez, Cnl. Lucas Rodríguez, José Antonio Antelo, Jacinto Zambrana, Pedro Pablo Cuéllar, Tristán Hurtado, Carlos Santistevan, Cnl. Antonio María Velasco y Dr. Pío Loza. Aunque ofrecíase continuar la lista, no prosiguió.

III

El 30 de junio de ese año anterior de 1863, habíase creado la Corte Superior de Justicia de Santa Cruz, siendo sus magistrados en 1864 el Dr. José León Justiniano como Presidente, los Drs. Fernando Roca, Rafael Peña y Manuel Eusebio de Velarde, vocales; Dr. Miguel Santos Rivero, fiscal; Dr. Ricardo Arias, secretario; Manuel Jesús Justiniano Soverón y Braulio Mercado, plumarios; y Gregorio Roca, portero.

Según el derecho procesal de la época, existía un tribunal de Partido, que correspondía más o menos, en sus funciones y atribuciones a los jueces de igual denominación en la actualidad. Este Tribunal de Partido en Santa Cruz ese año estaba compuesto por José Manuel Justiniano como presidente, Miguel Antonio Ruiz y Carlos Melquíades Barbery como vocales; Benigno Gutiérrez como Fiscal; Nicanor Bravo como secretario; Manuel Tomás Saavedra como secretario de comercio; Angel Justiniano e Isaac Gutiérrez, plumarios, y Francisco Salvatierra, portero.

Este Tribunal de Partido se hallaba en abierta y furente pugna con la Corte Superior, y el objeto casi exclusivo de *La Montaña* era atacar e insultar a la recién fundada Cámara de Apelaciones. La mayor parte, por no decir la totalidad de los artículos no responden a otro fin, llevando las firmas de Barbery, Ruiz y otros.

La causa de tal discordia que degeneró en ataques personales de burda índole, era la constante divergencia de criterio jurídico entre el Tribunal de Partido y la Corte Superior, divergencia que se manifestaba en las constantes revocatorias de los autos del Tribunal. A tanto llegó la cosa, que el 12 de mayo de 1864 renunciaron a sus cargos los señores Justiniano, Ruiz y Barbery, renuncia motivada en las sobredichas razones y llamando la atención de que ellas no se producían cuando dependían de la Corte de Cochabamba. Por Resolución Suprema de 4 de junio, el Ministerio rechazó la dicha renuncia.

PRECIO—
5 Centavos N.°

LA LECHUZA.

AJENCIA ÚNICA—
Botica del Sr. Valenzuela.

Periódico nocturno. *Santa Cruz, Febrero* 4 *de* 1882. *Núm.* 11.

LAS CARETAS.

No sin alguna razon dicen los materialistas que el hombre obra, como todos los animales, por instinto, i nada mas; pues hai ciertos hechos que, con mas o menos razon, nos hacen pensar mal de ese otro sujeto que llevamos à cuestas, i que los teólogos llaman ALMA INMORTAL.

Ejemplo:—las caretas.

El hombre (i por supuesto la mujer) ha nacido sin-vergüenza: ¡Oh! què sin-vergüenzas del sin vergüenza lechucero, dirán muchos lectores i lectoras, al ver esta premisa:

Mas, voi à probarlo:

Hombres i mujeres salimos à dar el primer grito de insubordinacion, del cuerpo, al salir, en cueros. Hè ahí la primera sinvergüencez, ó vice-versa, he ahí la primera señal de que no tenemos vergüenzas............

A medida que crecemos hasta llegar a la mayoridad, nos hacemos mas vergonzosos; salvo ecepciones; pues algunos caminan en sentido contrario; lo cual me hace presumir que esos han sido dados à luz, por lo ménos con pantalones.

I tanto caminamos en el primer sentido, que despues de forrarnos los piés i las manos, con los botines i guantes, sin pizca de vergüenza, ó talvez con mucha, llegamos á cubrirnos el rostro con un antifaz: Si bien es cierto, que, por instinto, lo hacemos pocos dias antes de la cuaresma, en los cuales los señores cuaresmeros nos dicen lo primero que se les ocurre.

Si a esta tendencia natural del hombre, (es decir la de cubrirse, i no a la de hablar lo primero que le ocurre,) no se le llama instinto, que venga Picolomini i lo resuelva.

Queda resuelto, «POR CONSIGUIENTE» que la careta es un adminículo esencialmente necesario, en cierto estado de nuestra vida; ó mejor dicho, en cierta estacion del año.

I nótese que hasta aquí solo he hablado de las caretas que nos colocamos por delante de esa otra que llamaremos careta al natural, para diferenciarla de las postizas.

En tratándose de esta otra la cosa pasa de castaño á pardo (no siempre ha de ser á oscuro): La careta al natural la llevamos de diario.

La careta al natural concurre à todos los actos de la vida; la llevan todos los individuos, sin distincion de sexos, de razas.

Careta lleva el respetable majistrado; por qué tras ella oculta sus pasiones i sus venganzas, sus ódios i su envidia;

Careta lleva el Juez circunspecto i al parecer rijido; porque tras ella esconde la injusticia, la tortura de la conciencia, los productos de la venta de su probidad.

La lleva, el humilde i virtuoso sacerdote, porque muchas veces, oculta bajo su careta el ódio, la injuria i la corrupcion.

La lleva tres veces puesta el militar honrado, el heroe de muchas jornadas; porque con la careta de su honradez i su heroicidad oculta su cobordia refinada, i, su extraordinaria aficion a las traiciones i a lucro con los dineros del Estado.

La lleva a cada instante el amigo

62 Periódico, 181 x 140; 4 p.

IV

El más injuriado de todos a quienes atacaba *La Montaña,* fue el doctor Rafael Peña, que con los años llegó a ser primer vice-presidente de la República y hasta encargado interino del mando presidencial. Una disertación académica que publicó fue tachada de plagio del tratadista Rossi y cuando en *La Estrella del Oriente* comenzó a aparecer su *Flora Cruceña* que sólo en Sucre en 1901 habría de salir completa en volumen, se dijo que era plagio de una obra similar del Dr. José María Bozo, que manteníase y aún se mantiene inédita, dándose a entender que Peña habíase apropiado de esa obra por una copia que tenía don Esteban Rosas cuya viuda era su cuñada, etc., etc.

Como curiosidades en estos seis primeros números de *La Montaña,* tenemos un artículo del conocido papelista cruceño don Victorino Rivero, titulado «Congreso Americano» y que apareció en el número 3. Es lo único serio entre tanta diatriba y parece ser la iniciación periodística del autor a juzgar por sus propias palabras. Los números 5 y 6 propician la candidatura presidencial del General Sebastián Agreda y para concejales en Santa Cruz a los señores Francisco Ibáñez, Manuel José Salvatierra, Pastor Baca, Urbano Franco Vargas y Jacinto Zambrana. El doctor en medicina y cirugía, Rafael Alvarez Toledo, en la casa de la señora Pastora Zarco de Rivero ofrece sus servicios de 9 a 10 de la mañana añadiendo que «asistirá gratis a los pobres, y en hora de la noche se le encontrará dispuesto al socorro de los enfermos».

En cuanto al periódico *El Independiente* no es posible dar mayores referencias por no conocerse sino los números del 5 al 10 del 8 de octubre al 25 de diciembre de 1864. Según René- Moreno era eventual de 375 x 230 mm. de formato a tres columnas. Todos estos periódicos, enemigos entre sí, se editaban en la misma Imprenta del Estado administrada por Cayetano R. Daza.

V

En *La Montaña* se dice que con anterioridad a su aparición circularon volantes sueltos con diferentes motivos; desgraciadamente esas hojas no han llegado hasta nosotros. En cuanto a libros y folletos, creemos que la pieza más antigua de la bibliografía cruceña es un folleto de 11 páginas titulado *Defensa de la inmunidad eclesiástica,* del año 1864, siendo su autor el presbítero Dr. Francisco Ramón Saldaña. Se reduce a quejarse de un auto del Provisor y Vicario Eclesiástico de la sede vacante José Manuel Aguilera, auto en que se negó a plantear competencia ante la autoridad civil en defensa de Saldaña enjuiciado criminalmente por calumnias; el Vicario fundó su negativa en el artículo quinto

de la constitución vigente que había abolido los fueros. Se queja Saldaña de que se ha atentado contra la inmunidad eclesiástica y que incluso ha sido llevado con fuerza armada a la cárcel pública y que aún se encuentra detenido; se halla fechado el 7 de mayo de 1864. Este Saldaña ocupó después situaciones elevadas en el coro catedralicio.

La segunda pieza de la bibliografía cruceña es la *Exposición que hace el cura propio de S. Miguel de Chiquitos Presbítero Juan de Dios Egüez, sobre la escena de violencias y alboroto popular, ocurrido en este pueblo; contra el administrador principal don Augusto Ortega y el Corregidor D. Carlos A. Toledo el día 11 de junio del año que corre.* En esta portada dice que el alboroto tuvo lugar el 11, en la página primera que fue el 14 y el folleto está suscrito por Egüez el 10, todo lo cual demuestra como andaba la cabeza del autor. Con todo, parece que los hechos se realizaron el 14.

El alboroto de referencia no fue otra cosa que una poblada contra el administrador Ortega y el Corregidor Toledo, poblada en defensa del cura Egüez y a todas luces azuzada por éste. Se queja el señor cura de las persecusiones de que fue víctima de parte de los nombrados y que incluso Ortega llegó a apoderarse de una habitación de la casa parroquial, cuyos corredores había convertido en pesebrera «forrajeando en ella una bestia coceadora a cuyos pies una noche de obscuridad por poco no quedé finado» dice textualmente. Conociendo las costumbres y moralidad de esos curas de provincia y aún de la capital, más bien cabe imaginarse que otra clase de «mula», sería la bestia coceadora que casi mata al cura Egüez, y así más bien no sería algo parecida a doña Juana de Dios Pereira, que antes moraba en esa habitación de la casa parroquial usurpada por Ortega y que «salió de allí por sospechosa y escandolosa», según dice el corregidor Toledo en documento oficial.

VI

Todo marchaba muy bien cuando el 4 de febrero de 1865 se posesionó de la prefectura en lugar de don Tristán Roca, la nueva autoridad melgarejista Cnl. José Martínez, alias el *Colachueca,* vallegrandino y recientemente rehabilitado en el servicio. El flamante prefecto que lo era por segunda vez en dicho departamento, expulsó violentamente a Cayetano R. Daza de su cargo de administrador de la Imprenta del Estado, sin que le valiese el que sus servicios fueron tomados por contrato constante en instrumento público.

El propio Daza en su ya citado folleto dice: «Pobre y forastero me resigné a sufrir tan escandaloso atentado. En esta crítica situación muchos vecinos patriotas condolidos de mi desgracia me proporcionaron algunos fondos para

La Estrella del Oriente.

DIARIO DE LA TARDE. REDACTOR—Gil Antonio Peña.

Año IV. Santa Cruz, Juèves, Noviembre 30 de 1882. Num. 290.

La Estrella del Oriente.

Se publica todos los dias, esepto los domingos.

SUSCRICION:

Por 26 números (un mes) 3$.
Nùmeros sueltos............1 rl.

REDACCION:

Calle de Sucre, Nº 8 i 9, Plaza de la Concordia.

A los suscritores se les reparte à domicilio, à horas 6 de la tarde.

Se publican remitidos garantizados, à 3$ columna, en tipo entredos.

Los remitidos de los suscritores se publican á 2$ 4 reales columna.

Para todo lo concerniente al diario, deben entenderse con el Redactor.

inbuyan en tales ò cuales ideas que él las conceptua mas ó menos acertadas, por que tal ó cual Ministro del ramo haya gustado mas de las doctrinas de uno ú otro autor.

Para que la instruccion sea verdaderamente libre, es necesario que la enseñanza se haga libremente. Los opúsculos debe señalarlos el Profesor respectivo.

Lo único que puede i debe hacer el Estado es inspeccionar todos los establecimientos i exijir que los grados se obtengan mediante la exhibicion de las pruebas correspondientes, ante el Tribunal creado para el efecto. Tribunal que no debe ser compuesto por los profesores de la instruccion oficial, á fin de evitar las hostilidades que se egecutan con los alumnos de los establecimientos libres i viceversa.

Se ha pretendido probar la inconveniencia de la instruccion libre por medio del mal resultado obtenido en algunos establecimientos de empresa particular, pero ¿no es cierto tambien

un mismo tiempo, inclusive á la muger de mi mozo.

Mas el Intendellte Sr. Federico Bueno, sin hacerse cargo de la urgencia del asunto i sin querer atender mis indicaciones, quiso primero convencerse de que si realmente se hallaban los individuos acusados en esa Capital......i despues ordenó la captura de mi expresado mozo, dando así lugar con su negligencia, ignorancia ó què se yó.........á que la muger del mozo i los otros delincuentes fugasen con todo el dinero robado.

El mozo Indalecio fuè puesto à la Càrcel, con todas las comodidades necesarias como para que emprenda la fuga.

En efecto: en ese local existian unas vigas que, colocadas junto á una ventana, á la que le faltaban dos de sus barrotes, servian de fàcil i cómoda escala para la fuga del preso.

Sucedió lo que debió suceder: el presó fugó i el Sr. Intendente se contentó con capturar á la muger del

Botica de turno. Para la primera quincena de Diciembre la del Sr. Salvatierra Bozo.

Médicos de turno Para el mes de Diciembre los Sres. Demetrio Soruco i Manuel Saucedo.

Salto. En el segundo acápite de nuestro editorial de ayer el cajista suprimió la palabra ESTÁ, dejando así imcompleto su sentido.

Festividad de San Andres. Hoi se ha celebrado solemnemente la festividad del apóstol San Andres, en el Templo de su nombre; del cual es capellan el Presbítero Sr. Octavio Pozo, á cuyos esfuerzos i entusiásmo se debe el buen èxito conseguido.

Lo felicitamos sinceramente i deseamos que continúe con igual actividad para establecer las mejoras que se propone verificar en ese pobre Templo, que se sostiene con la limosna de los feligreses.

63 390 x 252; fundado por Tristán Roca.

establecer otra imprenta pidiendo tipo del interior y trabajada la prensa por mi mismo. Luego dio a luz sus publicaciones y por gratitud la llamé 'Imprenta del Pueblo'».

Ya tenemos dos establecimientos tipográficos en Santa Cruz; la Imprenta del Estado administrada por Eulogio Villegas, reemplazante de Daza y la Imprenta del Pueblo a cargo de este último. Parece que la Imprenta del Estado fuera de las activas manos de Daza cayó en completa decadencia, ya que publica muy poco y de allí a los dos años no se la oye nombrar más. De 1865 sólo se conoce el folleto del prebendado Francisco Ramón Saldaña titulado *Reflexiones sobre la contra-renuncia del Sr. Presbítero Don Ramón Barba de la prebenda de Media Ración de este Coro, provista en mi persona por renuncia que hizo de ella el Sr. Cura Don Toribio Ignacio Vaca*. Consta de 16 páginas y está datado el 8 de abril de 1865. Es el caso que nombrado prebendado el presbítero Ramón Barba, no aceptó, designándose entonces a Toribio Ignacio Vaca quien también renunció, siendo reemplazado éste por Francisco Ramón Saldaña; a los tres meses de haberse Saldaña posesionado y hallándose en pleno ejercicio, Ramón Barba declara nula su renuncia y reclama su prebenda. Se insertan documentos.

En 1866 apareció en la misma imprenta el folleto titulado *El gobierno de Sancho Panza*, de 12 páginas. Se reduce a publicar un edicto disciplinario del Vicario Ramón Rodríguez, y a comentarlo en forma agresiva. La pieza 5584 de la *Biblioteca Boliviana* de René-Moreno, se titula *Tres palabras. Contra las reflexiones del titulado Prebendado Dr. D. Ramón Saldaña publicado con fecha 8 del corriente, sobre la contra renuncia del señor Prebendado Don Ramón Barba, por Manuel Flores*, de 14 páginas, no es conocida del autor de estos apuntes y por su enunciado se ve que es réplica a la citada más arriba, y esta réplica sacó a su vez una contra-réplica, que se detallará más abajo. No se conoce más publicaciones de la Imprenta del Estado arrendada por Eulogio Villegas.

VII

En cambio en la Imprenta del Pueblo menudean los folletos, pero no los periódicos. Conste que durante el gobierno Melgarejo de 1865 al 71, no salió ningún periódico en Santa Cruz. Sólo en este último año y en la Imprenta de Daza, volvió a salir *El Independiente*. La Imprenta del Pueblo se llamó así y después de Cayetano R. Daza, sin otro apelativo.

La pieza más antigua que haya salido de la Imprenta del Pueblo, es el folleto de 16 páginas titulado *Contestación a las fanfarronadas de Manuel*

Flores por Fernando Arias. La simulación y la hipocresía tienen dos caras. Grabado tosco de la cara de un sacerdote con bonete y una manecilla. Está suscrito el 4 de junio de 1865. Se refiere a la publicación, sin duda del 31 de mayo, del ya citado Flores en defensa de Barba. Arias sostiene el punto de vista del prebendado Saldaña.

La segunda pieza es de 28 páginas, 16 de texto y 12 de notas, titulada: *La Verdad demostrada. Defensa de las santas leyes y disciplina de la Iglesia y de la legítima autoridad que inviste el Vicario Capitular de esta diócesis, Sr. Arcediano Dr. José Ramón Suáres.* Está suscrita el 20 de julio de 1866 por José Manuel Aguilera. Se refiere a una especie de cisma que se produjo en Santa Cruz por esos años, y que tenía como principal causa, intrigas, ambiciones y rencillas en el coro capitular de la sede vacante. Habla aquí cómo por orden del Vicario Saldaña, el cura Mariano Justiniano fue llevado a la cárcel por la fuerza pública y guardado con centinela de vista. Por lo visto los señores prebendados usaban y abusaban de la cárcel.

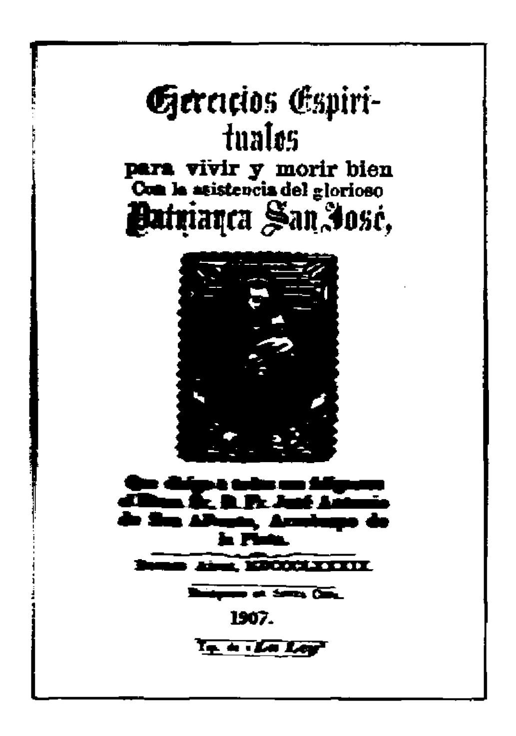
Esta cuestión eclesiástica de Santa Cruz hizo trabajar mucho a las dos imprentas que entonces existían y por sí sola ocupa casi las dos terceras partes de las publicaciones de la época. La iglesia cruceña vivía en plena anarquía y sólo se calmaron las ambiciones y las prepotencias cuando en 1870 se posesionó de la diócesis Francisco Xavier Rodríguez, nombrado obispo a fines del año anterior.

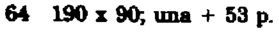
VIII

De mejor calidad que las nombradas imprentas, tanto en la clase de tipo, como en la nitidez de la impresión, fue la tercera imprenta que llegó a Santa Cruz y que fue propiedad del señor Ricardo Chávez, administrada por Miguel Ignacio Melgar. De este establecimiento la más antigua publicación es de 1873 y se titula *Refutación a la «Defensa ante la Opinión»*; consta de 10 páginas y está suscrita el 6 de julio, llevando en la portada fecha 10; su autor era el Dr. Rafael Peña. Su objeto es atacar a don Francisco Ibáñez con motivo del folleto que indica en el título mismo.

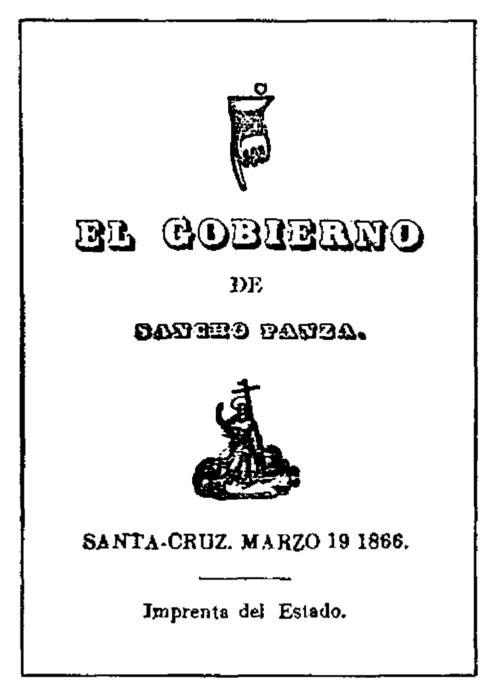
Preciso es dejar constancia que si bien la mayor parte, por no decir casi todas las primeras publicaciones de la imprenta cruceña obedecieron a fines netamente personalistas, también se vio algún interés por lo cultural. Así tenemos unas *Anotaciones a la lei principal que regla el uso del papel sellado*, de 1868; 8 páginas, editadas en la Imprenta del Pueblo; su autor Mariano Vargas; y sobre todo, el primer libro editado en Santa Cruz de la Sierra, pues todos los anteriores son folletos de reducido número de páginas; se trata del

Derecho *Natural o filosofía del Derecho* de José Silva Santistevan; se editó en 1867 en la misma Imprenta del Pueblo y en 171 páginas en 4°; es una reimpresión de la tercera edición anotada del manual del tratadista peruano que había resumido las doctrinas del krausista Ahrens. Dada la calidad de la imprenta y demás elementos de que en ese entonces disponíase en Santa Cruz, esas 171 páginas representan un esfuerzo editorial y tipográfico plausible y que dice mucho y bien del interés cultural de la juventud estudiosa, interés perfectamente comprendido y alentado.





64 190 x 90; una + 53 p.



65 Garantiza Pedro M. Sierra; 155 x 94; 12 p.

IX

Para terminar estos apuntes permítase al autor un recuerdo personal de su infancia. Allá por los años 1915 o 1916, en el barrio de «atrás de San Andrés», observaba una tarde con curiosidad la impresión rutinaria y lenta de un periódico denominado *El Lucero*, asombrándose de lo primitivo de su sistema y sobre todo de su prensa. El obrero que hacía el trabajo, díjole entonces que ésta era la primera prensa que había llegado a Santa Cruz. Se ignora cual será el actual paradero de ese artefacto que por su forma y manera de imprimir, significaba muy poco adelanto sobre las prensas de Gutemberg del siglo XV.

Estos son los datos más antiguos que se tiene sobre el origen de la imprenta en Santa Cruz de la Sierra. Ojalá que los estudiosos llenen las tantas lagunas de este trabajo, hecho sólo a base de los elementos que posee el coleccionista. Sobre todo, fechas exactas podrían obtenerse en el diario minucioso que llevaba don Victorino Rivero, manuscrito inédito actualmente en poder del escritor y magistrado Dr. Plácido Molina M. Mientras tanto, aquí va este grano de arena como una contribución para la historia de este aspecto de la vida cultural (1).

La Paz, septiembre de 1948.

Notas de (G.O.).

1. El manuscrito de don Victorino Rivero Egüez fue publicado en 1978 por la Fundación Cultural Ramón Darío Gutiérrez en la Editorial Serrano de Cochabamba con el título de: *Historia de Santa Cruz durante la 2ª mitad del siglo XIX*, 189 p. con un prólogo de Félix Bascopé González.

De mucho interés es el trabajo de Emilio Finot «A propósito de un libro» en *Boletín de la Sociedad de Estudios Geográficos e Históricos*, Santa Cruz, 1906, t. III, N° 10-12; 336-346.

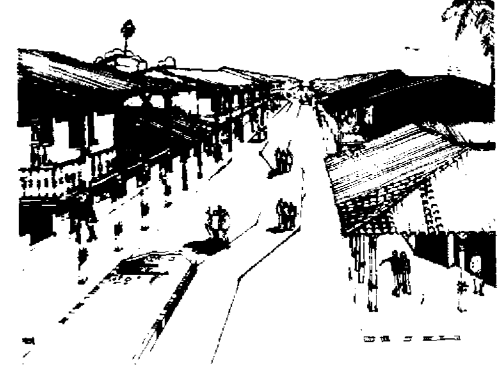
Emilio Finot adiciona en este meritorio estudio varios periódicos no registrados en René-Moreno, Gabriel. *Ensayo de una bibliografía general de los periódicoos de Bolivia (1825- 1905)*, Santiago de Chile, 1905; 2da. ed., Buenos Aires, 1974.

Es recomendable el Libro de Eduardo Ocampo Moscoso. *Historia del periodismo boliviano*, La Paz, Ed. Juventud, 1978; 714 + seis.

Conocemos gracias al señor Antonio Paredes C. un importante y rarísimo libro de Manuel Rigoberto Paredes *Datos para la historia del arte tipográfico en La Paz*, La Paz, Litografía Americana, 1898. El ejemplar que hemos visto no tiene la portada y lleva correcciones y adiciones manuscritas de M.R. Paredes. Llega sólo hasta la p. 112.

La Ciudad y el Campo en la Historia del Oriente Boliviano

PRO-COTOCA



LA CIUDAD Y EL CAMPO EN LA HISTORIA DEL ORIENTE BOLIVIANO

Ciudad y campo son dos facetas en la vida social cuando ella pasa de las formaciones primarias de tribus y clanes a su desarrollo máximo hasta su descomposición definitiva. No son antitéticas, sino complementarias. Representan, sí, dos modalidades de pensamiento y acción con raigambres y objetivos diferentes, aunque en la realidad misma concurran y se confundan en una misma finalidad en el sino del pueblo de que forman parte (*).

La ciudad asume un carácter representativo, la autoridad reside allí, es el centro de las actividades comerciales, es el lazo de unión de los campos esparcidos en sus aledaños y en sus lejanías; algo así como un órgano de transformación dentro de la economía del espacio circundante. Es un flujo y reflujo de actividades y de mutuas prestaciones, a tal punto que la una sin el otro no podrían vivir ni tendrían razón de existencia lógica.

La ciudad antigua, al decir de Fustel de Coulanges, concentró en sí el culto público, con lo cual se estableció una especie de hegemonía religiosa. El cristianismo con las intransigencias de Tertuliano, parecía inclinar las costumbres hacia el campo hasta que aparecieron interpretaciones más liberales que se fundaban en Plotino y los neoplatónicos que tanto lustre han dado a la escuela de Alejandría, y después vino la libertad de conciencia y de creencia que fue defendida nada menos que por San Ambrosio.

El culto del campo no es el «aurea mediocritas» del latino Horacio, como tampoco el infecundo retiro de los solitarios de la Tebaida, llámense ellos San Jerónimo o Pafnucio, el monje conversor de la Thais de Anatole France. Es algo más positivo y a la vez mas íntimo; es la comunión de la tierra con el hombre, o del hombre con la tierra al estilo del Cincinato de la Roma clásica; es el arado mismo que Federico Barbarroja hizo pasar sobre Milán, que fecundiza el campo y lo pone apto para recibir la generosa simiente.

* * *

---

*. Inédito. Este ensayo encontrado en el archivo del autor, escrito en borrador, parte mecanografiado y parte manuscrito, consideramos que es muy significativo porque demuestra un cambio substancial en las ideas racistas de HVM, heredadas de René-Moreno y que caracterizan, en parte, los primeros trabajos históricos del autor (G.O.).



66 Vida campesina en Santa Cruz. Notese la vivienda rodeada de corredores (1920).

Interesante a este respecto es bosquejar a grandes rasgos lo que ha sido la ciudad y el campo a través de la historia de los llanos bajos de Bolivia.

Los contrafuertes montañosos andinos parecen haber fijado un límite a la penetración de aimaras y quechuas. La selva con sus misterios y su embriaguez tropical no incitó mucho a estos pueblos agricultores, pastores y mineros. La floresta permaneció virgen y apenas poblada por esa raza fiera que dividida en multitud de tribus nómadas dominaba desde el Río de la Plata hasta las Guayanas.

Vino la conquista europea, la hora cósmica de este continente, y los rudos segundones de España no respetaban misterios ni peligros. Dos fueron las corrientes que la conquista trajo a estas tierras y siendo ellas diferentes, fueron dos también los sistemas colonizadores.

La conquista del Perú y de Charcas fue minera en su esencia, pues encontró a su paso minas de fácil trabajo y demasiado reproductivas; la colonización de los adelantados del Río de la Plata no fue superior ni inferior en catadura moral ni en prácticas guerreras a la otra, pero le correspondió actuar en unas tierras que no tenían metales preciosos y sí sólo campos fertilísimos. Por la fuerza de estas circunstancias hubo de convertirse en agrícola y ganadera. La condición geográfica y geológica del suelo determinó así el carácter de ambas.

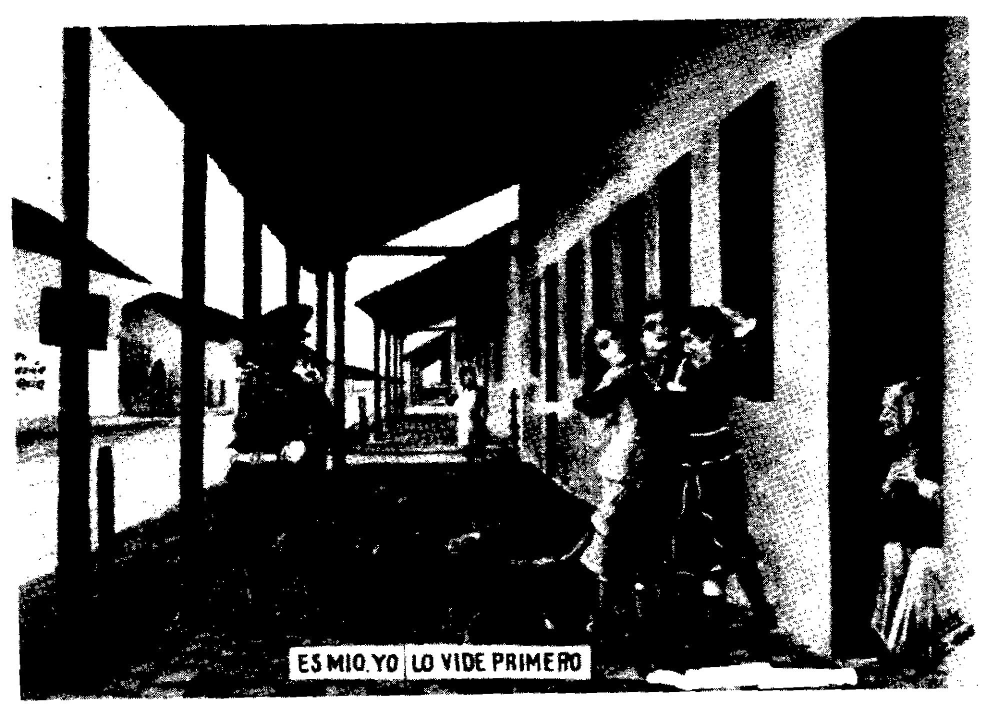
Los conquistadores de los llanos tropicales señalaron como jalones de sus marchas la fundación de ciudades; pasada la laguna de los Xarayes y en busca de la fabulosa Sierra de la Plata, del Imperio del Enín y otros eldorados quiméricos que ni la imaginación de Edgar Allan Poe pudo igualar jamás, venían fundando poblaciones tales como Santa Cruz de la Sierra, la antigua, en las faldas de la serranía de San José de Chiquitos, La Barranca, la Nueva Rioja, Cotoca y Santa Cruz la nueva. Posteriormente vino la extraordinaria obra evangelizadora de la Compañía de Jesús que fundó los numerosos pueblos que como un reguero de estrellas se esparcen y perduran en todo el Oriente boliviano desde el río Bermejo al Parapetí y al Madera.

La fundación de ciudades estuvo determinada primeramente por la voluntad de los descubridores, pero no tanto que no siguieran ciertas determinaciones y principios que después plasmaría en pragmática legal la Recopilación de Indias; ellos eran la cantidad de vecinos, el número de vacas y de puercas de vientre que habían de tener. Parte y muy importante era el reparto de los indios de encomienda que servían a cada uno de los vecinos.

Sobre la inmensa selva y praderas del Oriente boliviano surgió Santa Cruz de la Sierra como la ciudad cabecera de los pueblos jesuíticos que fundara posteriormente el celo religioso de los hijos de Loyola; estos pueblos, no obstante eran nucleos urbanos en formación, sin un asentamiento radical en



67 Campesinas moliendo en un tacú. Cuadro de A. Jordán.



68 Escena en la ciudad de Santa Cruz. Cuadro de A. Jordán.

el suelo. Cuando vino la expulsión de los jesuitas, ¿cuál fue el resultado? Fue el despoblamiento y la ruina de una parte de ellos. Solamente los que tenían ya un espíritu, embrionario si se quiere, pero ya definido, pudieron sobrevivir, y lentamente, seguir una vida vegetativa en busca de mejoras que tardaban demasiado; la inercia de la población y la incuria gubernamental completaron la decadencia y de allí tenemos el fenómeno de que sólo hoy, en un siglo de maquinismo, se trata de resolver en horas lo que fuera problema de siglos.

Vino la sangrienta guerra emancipadora. La ciudad, Santa Cruz, fue en su elemento más representativo partidaria de la fidelidad al Rey de España, a pesar de las excepciones que se podrían citar como confirmación de la regla; en cambio el campo fue ardiente y entusiasta partidario de la patria nueva. Eran campesinos de «afueraelpueblo», de las antiguas misiones chiquitanas, y de la cordillera chiriguana, los componentes de las guerrillas de Ignacio Warnes, Mercado y Alvarez de Arenales; eran campesinos dicharacheros y animados los que acompañaban a Cañoto, el trovero y guerrillero lengendario, en sus correrías. ¿Cuántos de esos hijos de las rientes y cálidas campiñas no pagaron su fe en un destino que creyeron mejor, en el patíbulo que Landívar, «el [illegible]», al igual que el férreo y temible Aguilera levantaran en Santa Cruz? El campo fue, pues, el principal sostenedor de la «buena nueva» durante la epopeya de los quince años.

* * *

En el declinar de las civilizaciones, la ciudad se vuelve un monstruo que devora hombres: el *Steinkolos* de la terminología spengleriana, exige y exige hombres y es el campo el que tiene que proveerlos. Y cuando el campo ya no puede darlos, se produce de inmediato la agonía de esa cultura.

La mentalidad de la ciudad es una mentalidad ciudadana y la del campo es campesina; esta perogrullada tiene su razón de ser; la ciudad es generalizadora, si se quiere, pero la mentalidad del campo es más sutil y particularista. Esto no es un defecto sino una modalidad impuesta por el medio mismo; el campesino ve más el detalle, por su naturaleza acostumbrada a arrancar los secretos de la tierra; ve mucho donde el ciudadano no ve nada.

No existe, pues, una antinomia entre ciudad y campo, sino al contrario una compenetración y una complementación entre ambos, aunque los fundamentos de su ética sean también diferentes. Por esencia la ética del hombre de la ciudad se rige por un imperativo cual lo quiere Kant, y el hombre del campo por el instinto y la razón natural, cual lo pretendería la escuela eglógica del siglo XVIII con Rousseau a la cabeza.

Este instinto y esta razón natural son una fuerza en el hombre del campo y le dan esa superioridad primitiva, en potencia, sobre el habitante de la ciudad. Podría decirse que de esa fuerza, la mayor parte acumulada en el subconsciente que llamara Freud, podría plasmarse ya una protoforma del *Übermensch* de Nietzsche.

El positivismo de Comte, llevó al terreno de la filosofía las doctrinas del transformismo de Lamarck convertidas en evolucionismo darwiniano; Ernesto Haeckel y Herbert Spencer les dieron todo un andamiaje biológico, mientras Anmon y Vacher de Lapouge las transportaban al campo de la etnología. Las divagaciones de Gobineau tan celebradas por Ricardo Wagner, parecieron dar el último toque al edificio de donde se sacó toda una teoría de la raza abstraída del medio, que convertía al hombre en un producto abstruso de una ontogenia hierática sin raigambre alguna en el suelo donde se nace, se vive y se muere. La filosofía moderna, con el auxilio de los últimos descubrimientos biológicos sobre la estructura misma del protoplasma, han enterrado para siempre toda esa sociología del siglo pasado. La ciencia contemporánea ha rehabilitado al hombre en su origen y enraizamiento con la tierra; es así que el campo volvió a ser factor poderoso para la intelección de la sociabilidad humana.

En estas tierras ha podido constatarse un fenómeno sociológico de índole muy curiosa: la presencia de una raza dominadora sobre otra vencida y sobre la cual pesa ya una servidumbre de cuatro siglos, servidumbre que la economía de nuestro país ha contribuído a afianzar aún más de lo que estaba en la colonia. Los señores españoles han desaparecido y hoy siguen con esa hegemonía sus mestizos descendientes. Conste que empleo el término «mestizo» con sentido propio, pues es el calificativo exacto que se nos debe dar a todos los que hemos nacido y vivimos en estas Américas y que más o menos tenemos tres generaciones enraizadas en ella. Hablar de pureza de sangre hispánica al estilo de los ya hoy olvidados y enterrados sociólogos del pasado siglo no pasa de ser una ingenuidad trasnochada como tantas otras. Un americano de nuestros días, tiene en estos cuatro siglos de colonización española y vida republicana, por lo menos algo así como medio millón de antepasados; es ante esta realidad biológica que yo me pregunto, ¿en ese medio millón de antepasados como tiene cada uno de nosotros, cómo es posible que no haya entre ellos un noble español y un indígena neto? Es así que con igual derecho podemos pretender descender de nobles, como descender de indios; para las dos genealogías hay de sobra antepasados.

Por otro lado, aunque no hubiera influencia directa de la sangre, está la influencia telúrica que es más decisiva aún. Ya el Arzobispo de Charcas, Antonio José de San Alberto decía a fines del 700 que en estas sierras de



69 Un *buri* en Santa Cruz. Cuadro de A. Jordán.



70 Escena campestre. Cuadro de A. Jordán.

Charcas «los españoles se hacían de la naturaleza del indio». Y ello más que jeremiada archiepiscopal, es una verdad de profundo sentido bio- sociológico.

Este sistema de colonización y esta sujeción del indígena al servicio de sus dominadores que hemos apuntado ya, no pudo ser más funesta para la psicología del propio señor. El español que allá en la Península no era otra cosa que un bracero destripaterrones que tenía que sudar el año entero sobre la tierra para sostenerse él y su familia, o bien un mísero soldado sin paga efectiva y las más veces viviendo de la rapiña, acá en estas Américas se vio de la noche a la mañana convertido en un señor feudal con esclavos a sus órdenes para el duro trabajo, sea el laboreo de las minas o el de la tierra.

Esta circunstancia creó una mentalidad muy especial cuya característica gravita sobre nuestra idiosincracia con el peso de sus cuatro siglos de tradición. El español, el criollo su descendiente, más o menos mestizo, siguió igual procedimiento y, hoy, en pleno siglo XX no hemos variado de sistema.

El aldeano, el campesino europeo o yanqui, trabaja él mismo la tierra, la ara, la siembra y la cosecha con sus propias manos y sólo cuando sus recursos le permiten comprar más terrenos, acude a la ayuda de personal asalariado. Aquí no; con una hectárea de terreno, nuestro agricultor, blanco o blancoide, no piensa jamás en trabajarla por sí mismo; inmediatamente busca lo que llama «personal» para que haga dicho trabajo, reservándose la dirección y las utilidades. Si a alguien se le ocurriera hacer él mismo de peón, lo mirarían como a un desequilibrado. De allí que cuando se pregunta por la decadencia de la agricultura la respuesta es ya sabida: no hay «personal», o éste está muy maleado. Y precisamente ese «personal» está compuesto por la raza vencida.

Esto es gravísimo, pues a más de las proyecciones de índole socio-económicas que puede traer tal régimen, significa un divorcio del hombre con la tierra, divorcio del cual siempre saldrá perdiendo el hombre, pues la tierra, como madre que es, sólo pide un poco de cariño para dar de sí los mejores frutos.

En vista de todo ello, en estos trazos ligeros sobre un problema de suyo tan grave y que requiere un amplio estudio muy meditado, me permito invocar lo que yo llamaría «la vuelta al campo». Nuestro hombre, el boliviano oriental del siglo XX, antes que dedicarse desorbitadamente al maquinismo de una pseudo *Kraftwangenkultur*, debe ir a buscar en la tierra misma una fuente de renovación y de fuerza. Compenetrarse con ella íntimamente, poseerla con verdadera sensualidad, ya que de esa cópula maravillosa saldrá madura la generosa simiente del porvenir de nuestros pueblos y así un día agradecidos



71 **Mateo Flores, famoso compositor y ejecutor de música popular cruceña.**

72 **Un político en actividad electoral. Cuadro de A. Jordán.**





73 Curiosos, "mosqueteros" viendo un baile de Carnaval.



74 Proyecto de los Arquitectos: Marcelo Franco B. y María Luisa Vázquez (hija de HVM).



75 Proyecto de los Arquitectos: Marcelo Franco B. y María Luisa Vázquez (hija de HVM).

dirigiéndonos a esa misma madre común, llenos de euforia panteísta, podremos repetir el verso virgiliano:

Salve magna parens frugum Saturnia tellus magna virum (1).

* * *

Ese criollo blanco o blancoide de nuestro Oriente lleva metida en la sangre la característica caballeresca, no en el sentido romántico, sino en el material de jinete sobre cabalgadura. A los trabajos de la agricultura prefiere los ganaderos, quizá porque estos le permiten lucirse gallardo sobre su caballo.

La tendencia conquistadora y andariega del hombre de Santa Cruz ha tenido curiosas derivaciones. Llevólo al Moxos legendario, en cuyas praderas cambió el caballo por la canoa, que en cierta manera es una cabalgadura que se maneja. Y en la época moderna lo ha lanzado incontroladamente hacia el servicio de transportes. Un joven de la sociedad cruceña de muy mala gana acepta trabajar en el campo mismo, pues lo considera inconcientemente como algo degradante, pero lleno de satisfacción se lanza a manejar camiones, algo que también se conduce y guía.

Y no es el aspecto de la pereza o mayor comodidad el que produce este fenómeno. Nuestros pésimos caminos hacen que el servicio de transporte en vehículos motorizados sea tan terriblemente duro que deja muy atrás al de labrar la tierra. Y sin embargo, el cruceño se siente feliz, pues está de señor antes que trabajando con menos sacrificio sobre la tierra.

A esto debe añadirse otro aspecto: la nostalgia de la lejanía. Hombre de llanos calientes, el cruceño siente el embrujo de la selva y la pampa que con sus misterios y sus horizontes invitan a caminar sin descanso. De allí el espíritu errante y atrevido de este hombre sea de la ciudad o del campo. Fueron ellos los que poblaron Moxos y los que se extendieron a la cordillera chiriguana. Quien recorra el territorio oriental en su arco maravilloso de Bolpebra al Abuná, del Chapare al Iténez, de los contrafuertes andinos al río Paraguay, como del Rapirrán al Pilcomayo y al Bermejo encontrará la misma unidad y característica cruceña.

El campo y la ciudad de Santa Cruz dieron generosamente su sangre para aquella difusión étnica.

Todo esto dice mucho y bueno del espíritu de trabajo y empresa progresista del cruceño. Empero, mientras no se reconcilie con la madre tierra y vuelva nuevamente a ella a trabajar amorosamente en su seno fecundo, no será completo, no habrá encarado el aspecto integral de la vida y del destino.

San Ignacio de Velasco, septiembre de 1942.

1. Salve Saturno, padre de las mieses.

Realidades de Santa Cruz de la Sierra



REALIDADES DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA

La fecha fundamental de esta patria boliviana es el 15 de febrero de 1560 en la cual el Virrey del Perú, Marqués de Cañete designó a Nufrio de Chaves Teniente de Gobernador de la provincia de los Moxos, uniendo así, mediante un acto jurídico, los dos componentes de la nacionalidad que ese día se creaba: el Oriente tropical y el Altiplano andino y minero. Su inmediata consecuencia fue la fundación de ciudades y poblamiento de la zona como acto positivo de dominio (*).

En el año de gracia de 1561, el 26 de febrero, el Capitán extremeño don Ñuflo de Chaves fundaba Santa Cruz de la Sierra en las inmediaciones de la actual población de San José de Chiquitos. Como muchas de las ciudades españolas coloniales, tuvo una infancia bastante andariega. Sin contar que de su seno se sacó gente para fundar La Barranca Segunda, Santiago del Puerto, San Lorenzo y San Francisco de Alfaro, ella misma, la propia ciudad anduvo por Cotoca en 1604 para en 1621 ser trasladada definitivamente a San Lorenzo en la Punta de San Bartolomé, habiendo subsistido el nombre de Santa Cruz de la Sierra.

Tanto la ciudad chiquitana como la de los valles de Grigotá tuvo como finalidad expresa servir de extrema avanzada de los conquistadores castellanos contra las belicosas tribus chiriguanas que dominaban la región. Y a la vez que avanzada era también fortaleza defensiva de las tierras de Charcas con el legendario Potosí al centro, de las atrevidas incursiones de esas tribus. Con estas dos características, constituía, pues, la base de toda penetración a las zonas que hoy se llaman genéricamente Oriente boliviano.

A más de estas razones, la especialísima ubicación de Santa Cruz de la Sierra en el corazón de la América del Sud, le dio una importancia tal que un autor alemán, Ernest Samhaber cree en nuestros días, que tal fundación constituyó uno de los hitos de la historia continental. Era también, y preciso es no olvidarlo, la puerta de entrada a las misiones jesuíticas de Mojos y Chiquitos

---

Nota de (G.O.).

*. En un original mecanografiado existente en la biblioteca de HVM. este artículo aparece suscrito en la Paz el 24 de sept. de 1955. Es muy posible que se publicó en alguno de los diarios de La Paz. No hemos encontrado tal artículo.

Posteriormente, en 1958, apareció en la Revista *Abriendo Surcos*, Santa Cruz, año III, Nº 3, 18-23.

De 1955 a la fecha las realidades a que se refiere el autor, han cambiado favorablemente.

que se fundaron en los siglos XVII y XVIII, así como para las de Cordillera de las postrimerías de la colonia.

Siendo como había sido fundación hecha con gentes venidas tanto del Río de la Plata, como del Perú, por ello como por su ubicación geográfica y estratégica, Santa Cruz vino a ser algo así como el gozne de unión entre las corrientes conquistadoras y colonizadoras del Perú y del Plata. Cuando con el correr de los siglos, en 1776 se fundó el Virreinato de Buenos Aires, Santa Cruz de la Sierra remachó ese su entiguo cometido que ahora le tocaba ejercer entre las dos entidades del Estado colonial.

La función económica de Santa Cruz de la Sierra, fue siempre de gravitación hacia lo que por entonces se llamaba «el Perú», o sea el Altiplano. El algodón, el azúcar, la cecina, tantos otros productos y sobre todo, la mano de obra indígena, desde las serranías de Chiquitos primero, como desde los llanos de Grigotá después, iban a parar al gran mercado de la época, al Potosí legendario que, al decir de un magistrado español, era un monstruo que devoraba todo cuanto se producía en centenares de leguas a la redonda.

Es en el siglo XVII y sobre todo en el XVIII en su primera mitad cuando la Orden jesuítica entra en intensa actividad en las regiones desconocidas que se extendían al este y al norte de Santa Cruz; las misiones de Mojos y Chiquitos fueron convertidas, a raíz de la expulsión de la Compañía de Jesús, en gobiernos militares. Santa Cruz fue así la puerta de entrada y salida de tan ricas regiones que volcaban todos sus productos en el Alto Perú. La vida republicana no cambió mayormente este ritmo, a pesar de la creación del Departamento del Beni en 1842. Cuando en la época de Belzu, alrededor de 1853 vino una grave interdicción comercial con el Perú, precisamente se exhortaba al Beni y Santa Cruz a producir más, para atender las necesidades de la República.

* * *

En las últimas décadas de la pasada centuria los ferrocarriles del Sud del Perú, pusieron al alcance del Altiplano una economía tropical más barata por razón de transporte, desplazando por completo los elementos que hasta entonces había proveído Santa Cruz. Esta región no lo sintió, pues, automáticamente se le había abierto el mercado del Beni, zona en la cual la explotación de la goma elástica exigía proveerse de fuera, como lo hacían las minas. La caída de la goma en 1914 trajo un colapso económico al Beni que arrastró consigo a Santa Cruz; la misma que debió resignarse a una vida completamente vegetativa, cubriendo apenas sus necesidades internas.

A pesar de todo, D'Orbigny en 1831, Castelnau en 1845, que visitaron la región, previeron su gran porvenir, el mismo que es ratificado en forma



76 Antiguo trapiche para moler caña.



77 Detalle de un trapiche.

verdaderamente visionaria por Eliseo Reclus quien señala ya los altos destinos que esperaban a Santa Cruz para el día en que las corrientes del progreso, por medio de caminos llegasen hasta sus llanos y bosques; y algo más, señaló también su función internacional.

La primera reacción se siente cuando más o menos en 1928, se construye el primer camino carretero a Santa Cruz, sólo viable cuatro meses del año, pero que se esterilizó debido a la gran crisis de los años 29 y 30. La guerra del Chaco, 1932-1935, actualizó Santa Cruz, por su condición de país productor cercano a la zona de operaciones y la necesidad de buscarlos dentro del propio país, por la escasez de divisas extranjeras para adquirirlos fuera. Gran parte de la nacionalidad se volcó hacia la región del Sudeste y pasó por Santa Cruz, con lo cual se produjo el curioso fenómeno de haber «descubierto» una región fabulosamente rica de la cual apenas si se tenía un vago y lejano conocimiento, no obstante 400 años de unidad.

El transporte motorizado comenzó a desplazar la clásica y soñolienta carreta y despertó a los mismos cruceños. Las cosas se fueron precipitando y hubo que afrontar nuevas realidades. La aparición de nuevos problemas y nuevos horizontes económicos de gran trascendencia interna y externa señaló a Santa Cruz una función primordial en la nacionalidad boliviana.

El petróleo, riqueza que hasta entonces no había significado mayor cosa en Bolivia, adquirió de súbito todo su valer y toda su fuerza al extremo de dictar normas para tratados internacionales y para enderezar al gobierno hacia una política que nunca se hubiese sospechado. La creación de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (Y.P.F.B.) y la nacionalización de los hidrocarburos, puso al Estado boliviano en situación de hacer obra efectiva y decidida en la zona. Las perspectivas agrícolas que se presentaban eran tales que atrajeron hasta la atención del coloso del Norte. El informe Bohan con su precisión técnica abrió los ojos a todos para que sepan lo que era y lo que podía ser Santa Cruz. La hora de la decisión había llegado.

Ese tesoro dormido durante cuatro siglos se ofrecía ahora listo a dar sus riquezas en bien del país todo y del robustecimiento de su economía hasta entonces monoproductora minera. La agricultura, el algodón, la ganadería, la madera, el petróleo y los metales estratégicos que poseía Santa Cruz adquirieron de súbito un valor por nadie imaginado de entre los estadistas del país. A más del ahorro de divisas que ello significaba para la patria, estaba la posibilidad de su exportación como fuente de ingresos en moneda extranjera.

Convergieron entonces sobre Santa Cruz diversas actividades y aspiraciones. Comenzáronse a construir los ferrocarriles del Brasil por Corumbá de un lado, como de la Argentina, por Yacuiba, de otro, teniendo como punto de



Iglesia de San José de Chiquitos. Fotografía de Willy Kenning.

conjunción la ciudad de Santa Cruz. Las necesidades de la defensa continental, obligó a los Estados Unidos a preocuparse de estos países y entonces, el ferrocarril Cochabamba-Santa Cruz, verdadera vertebración de la nacionalidad boliviana y por el cual los cruceños habían batallado fieramente en su angustia bolivianista, fue temporalmente reemplazado por una carretera asfaltada que de momento unía en forma efectiva el trópico al Altiplano. A su conjuro mágico, surgieron las posibilidades del hierro de Mutún, los aceites vegetales, el tanino y tanta otra riqueza que allí se vislumbraba. El capital, siempre despierto, apresuróse a acercarse a Santa Cruz viendo un porvenir reproductivo superabundantemente, y a corto plazo.

* * *

El gobierno actual en su plan de diversificación económica encauzó tal corriente y desplegó una actividad enérgica y decidida a fomentar el Oriente boliviano, poniendo a su disposición los elementos necesarios, como decir tractores, créditos, etc., a fin de que la función económica de Santa Cruz no sea lirismo romántico sino realidad positiva y tangible. La transformación comenzó a efectuarse en una forma tal que ha asombrado hasta a los más previsores y que ha avasallado a la propia Santa Cruz, que vio cambiarse, como por encanto, el ritmo de su vida.

La falta de mercados y el encerramiento habían llevado a Santa Cruz a un modo de vivir que no era tal, sino de vegetación decadente. La juventud tenía como capítulos principales de actividad el reunirse en las tardes y las noches a pasear en la plaza principal comentando las novedades del día y preparar con un semestre de anticipación las fiestas del carnaval. El resto del año había que pasarlo arbitrando los recursos para pagar los gastos que tales fiestas habían significado.

Pero ello no era indiferencia ni pereza. Era la falta de mejor empleo de las energías del cruceño. En cuanto se presentó la oportunidad del trabajo y la acción fecunda, volvió a relucir esa fuerza y esa osadía que estaban solamente dormidas. La fiereza y valentía de los conquistadores castellanos que la habían fundado, el tezón y espíritu de sacrificio de sus colonizadores, de esos estupendos pioneros, así como la soberbia indómita del ancestro guaraní, salió a relucir y se presentó a la altura de su noble tradición y de las necesidades que imponía el momento.

De una ciudad dormida económicamente, Santa Cruz se ha convertido en la ciudad de mayor movimiento financiero de la República después de La Paz. El arroz, el maíz, el azúcar, el petróleo, la madera, todo se trabaja y todo fluye hacia el centro natural de su consumo cual es el Altiplano. Cumple

el Oriente maravillosamente el fenómeno de complementación de la nacionalidad boliviana que ya el destino le marcó en los lejanos días de 1560.

Centenares, por no decir millares de camiones, recorren a diario e incesantemente los caminos de Cochabamba a Santa Cruz y de esta última ciudad hacia el norte o sea la zona agrícola y maderera por excelencia. Los grandes equipos motorizados del Punto IV de la ayuda de los Estados Unidos roturan la selva virgen, derriban de cuajo bosques milenarios y siembran la semilla del bienestar y del progreso. El retorno no es menos lisonjero. Fluyen al Oriente maquinarias, mercaderías y elemento humano que va allí en busca de mejor bienestar y de riqueza.

Desde Camiri, el centro productor del petróleo nacional, ubicado en Santa Cruz, hay oleoductos que llevan el precioso líquido hacia Cochabamba y hacia Sucre para subvenir a las necesidades del mercado andino, y lo que es más, no se detienen allí; están en pleno trabajo de llegar al Pacífico para ponerse en el mercado mundial, mientras otro oleoducto hacia la frontera argentina lleva al vecino país combustibles de que harto necesita.

Toda esta actividad, así desbordante como es, da trabajo a gran cantidad de gente, al punto que Santa Cruz en cinco años ha duplicado su población, llegando hoy a los 50.000 habitantes. Y aún más, todos los brazos que hay allí y que siguen llegando, son insuficientes para las necesidades de su múltiple actividad. Hay que aumentar la producción y poblar el agro y ello requiere de un número cada vez mayor de gente.

Técnicos, electricistas, mecánicos, choferes, albañiles, carpinteros, operarios en general, tractoristas, labriegos, todos ellos son necesarios, pues la obra de mano escasea en forma verdaderamente angustiosa. En ninguna parte de Bolivia en estos momentos el trabajo humano es mejor remunerado que en Santa Cruz y sin embargo hay campo para infinita mayor actividad, sin que pueda hablarse de competencia, pues el trabajo sobra y los brazos faltan.

Santa Cruz de la Sierra, la ciudad legendaria, la de la vida apacible, colonial y patriarcal, ha despertado de golpe. Durante más de un siglo habíamos sido considerados como «el porvenir de la patria», pero esto no pasaba de ser frase lírica de la literatura oficial, cuando en realidad no éramos sino pueblo de leyenda.

* * *

Hoy es todo lo contrario; la realidad del progreso con todo su cortejo de acción y de movimiento ha llegado allí y ha sentado sus reales. Y todo ha sido tan

brusco, tan violento que la ciudad ha sido en realidad atropellada por ese progreso, a tanto que no ha tenido tiempo de prepararse para recibirlo.

Falta todo en Santa Cruz desde el punto de vista urbano. No hay agua potable, ni teléfonos, ni electricidad en forma suficiente, sus calles arenosas carentes de pavimentación y de alcantarillado. No hay viviendas para responder al creciente aumento de la población y no se tiene cemento ni materiales de construcción para fabricarlas.

Diariamente se da el caso vergonzoso de vehículos que desde la ciudad de la Paz han viajado alrededor de mil kilómetros sin mayor tropiezo, y que al llegar a la misma ciudad de Santa Cruz, se enfangan en sus principales y más céntricas calles al punto de tenerlos que sacar con la ayuda de tractores. Y esto sucede con los lodazales en tiempo de lluvia y con la arena profunda en tiempo seco.

Durante cuatrocientos años esas calles no habían conocido sino el rodar de los lentos y pesados carretones de bueyes, las familias tenían suficiente agua con las norias y los aljibes caseros, así como con las velas de sebo y la cocina a leña. Para las comunicaciones bastaban los mensajes verbales a cargo de las cunumis del servicio doméstico. En el campo, la obra era toda a mano, pues el tiempo no contaba; las cosechas así obtenidas abastecían con superabundancia las necesidades del mercado lugareño, ya que otro no había.

Pero ha llegado el progreso. Rugen los potentes motores de trimotores y cuatrimotores que cada hora cruzan su cielo, tanto en servicio local, como en internacional de paso al Brasil, a la Argentina, al Paraguay. Los tractores con su figura de tanques marchan llevando en su mole de acero la vida industrial. Camiones y automóviles desfilan sin descanso y llega gente de todas partes, ansiosa de trabajar.

Y no hay por donde puedan caminar esos vehículos, no hay donde se aloje toda esa gente, y el ser humano carece de elementos para vivir decentemente, con agua suficiente, con buena luz y con comunicaciones.

Todos necesitan tener donde alojarse cómodamente, necesitan bañarse por higiene propia como por lo cálido de su temperatura tropical, necesitan transitar a pie o en auto por buenas aceras y calles asfaltadas y comunicarse telefónicamente para sus relaciones comerciales o personales. Todo eso falta.

El gobierno nacional se ve frente a un verdadero momento crítico por el que atraviesa Santa Cruz y a la solución de todos estos gravísimos problemas que se presentan con caracteres de angustiosa urgencia. Nos hemos abocado todos a un plan de diversificación económica y en su cumplimiento Santa Cruz con sus riquezas en potencia y con el esfuerzo personal de sus hijos está poniendo



78 Transporte de leña en carretón.



79 Un carretón con 4 yuntas de bueyes, en la región de Chiquitos. El que va adelante montado en un buey caballo es un bisnieto de Alcide d'Orbigny. El hijo de Alcide d'Orbigny murió en Las Petas, frontera boliviano–brasileña a edad muy avanzada. Del libro de Arthur Chervin, *Antropologie Bolivienne*, París, 1908, p. 71.

toda su más patriótica y vehemente contribución. Pero para ello necesita ponerse en condiciones de hacer frente al momento histórico que está viviendo; de nivelarse con el progreso y las normas civilizadas para que sea aún mayor esa su obra de redención nacional.

* * *

Sólo levantando ese standard de vida, podrá vivir el pequeño productor y el pequeño comerciante, al igual que el gran industrial y el capitalista, pues para todos ellos hay sobrado campo. La persona humana, como la tierra misma, necesitan mejorarse en sus condiciones de vida para poder producir el máximum de su potencia y de su capacidad.

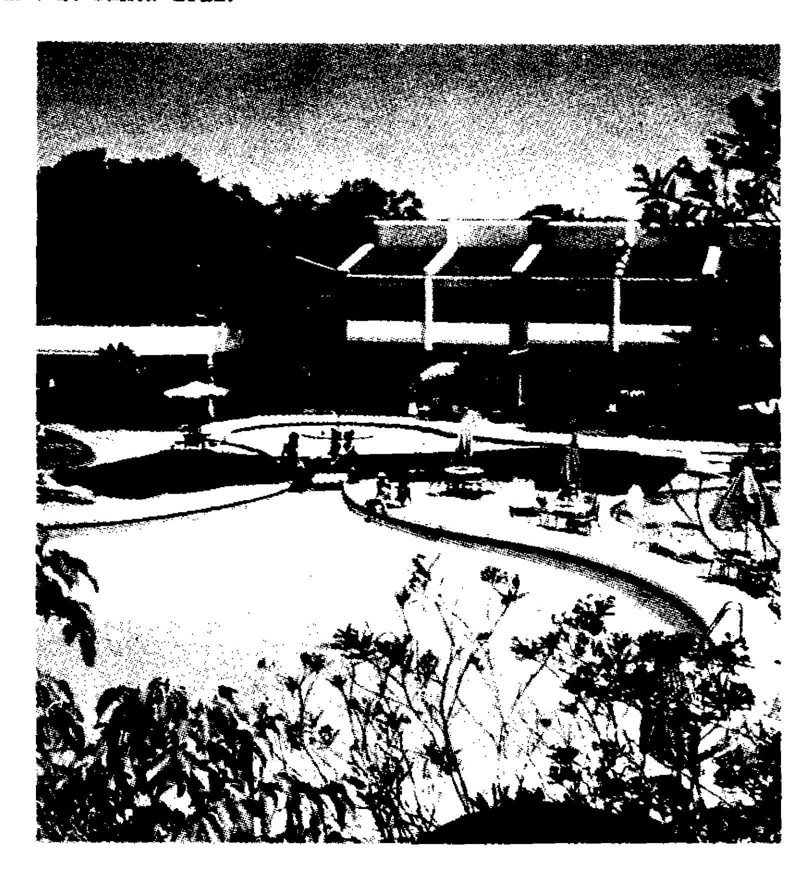
Pero, si nos hemos referido a las obligaciones del gobierno, no ha sido porque creamos que a costa de los reducidos y paupérrimos recursos de nuestro menguado presupuesto nacional se hagan todas esas obras urbanas de Santa Cruz; no y mil veces no. Santa Cruz no necesita mendigar nada a nadie. Con sus propios recursos puede hacer frente a toda esa obra que así gigantesca y costosa como es, está virtualmente financiada con sus propios y regionales recursos. Vamos a cuentas.

La producción de petróleo de Camiri está hoy limitada por falta de almacenamiento, y aún así con estas restricciones, rinde más o menos 1.350 toneladas de hidrocarburos diariamente, lo que hacen 492.750 toneladas anuales, las mismas que al precio medio en el mercado internacional de 30 dólares la tonelada, significan 14.782.500 dólares.

Ahora bien; por ley de 5 de julio de 1938, de la Convención Nacional votada a pedido de la representación cruceña y promulgada por el Presidente Gral. Germán Busch y Dionisio Foianini como Ministro de Minas y Petróleo, el 11% de esa producción corresponde al Departamento de Santa Cruz. Ese 11% representa 1.343.863.66 dólares. Ya por sí sola, esta suma, así saneada como es, perfectamente financia un empréstito de *veinte millones* de dólares, que sería el costo aproximado de esos servicios urbanos urgentes de Santa Cruz. Y aún más.

La producción de Camiri, restringida como se halla, se ha de duplicar el año próximo y continuará aumentando año tras año, pues se siguen descubriendo nuevos y muy ricos horizontes petroleros en el Departamento. Es así que aumentará cada día más la garantía y la solvencia de ese empréstito al cual nos hemos referido. Incluso, gran parte de esos gastos tales como jornales y algunas materias del lugar, tendrán que pagarse en moneda boliviana, para lo cual hay recursos y los habrá más aún, con los impuestos a tal fin destinados

y de carácter netamente departamental, pues afectan sólo a la industria y actividad de Santa Cruz.



80 Hotel «Los Tajibos» en Santa Cruz.

Por consiguiente, la misión del Supremo Gobierno, es encarar el problema en grande y a base de esos recursos única y exclusivamente cruceños, financiar los *quince o veinte* millones de dólares que se requieren para las obras tantas veces citadas, las cuales serán pagadas por sí mismas, cuanto por esos recursos propios de Santa Cruz.

Santa Cruz de la Sierra cumple hoy el CXLV aniversario de su primer grito de libertad. Durante cuatro siglos no hizo sino dar su contribución de trabajo y sangre a la nacionalidad, y jamás pidió nada, pues cuando lo hizo e incluso en la forma vehemente propia de nuestra ardiente sangre tropical y de nuestro ancestro hispánico, fue para vincularse aún más con el resto de la patria, para ser cada vez más boliviana.

Ahora le ha llegado a Santa Cruz también la hora de pedir, pero no de pedir una limosna, sino un derecho; el derecho a la vida y a la civilización.

Tiene con qué obtener aquello que necesita, pero le es preciso la colaboración del gobierno nacional para prohijar y llevar a buen término esas negociaciones. Santa Cruz no mendiga un mendrugo sino que se le haga justicia. Al gobierno nacional toca cumplirla para con ello forjar la Bolivia grande, fuerte y próspera con la cual todos soñamos en nuestra angustia patriótica.

Nota. Agradece el autor al Dr. Dionisio Foianini y al señor Jorge T. Lavadenz por la valiosa colaboración que le han prestado para la redacción de los presentes apuntes.

La Paz, 24 de septiembre de 1955.

LA SITUACION DE SANTA CRUZ (*).

El viejo caudillismo y los jóvenes ex-combatientes. Planteamiento de la lucha. Los valores cadúcos deben someterse o desaparecer.

Algunos órganos de la prensa local se han ocupado editorialmente de la situación de Santa Cruz, la cual es pintada con los colores más negros y con la consabida culpabilidad de sus actuales gobernantes y de cuyo cambio depende la felicidad de ese pueblo digno de mejor suerte.

Dichos artículos revelan absoluta incomprensión del fenómeno cruceño, incomprensión que en ningún caso puede ser imputable a malas intenciones.

El fenómeno cruceño, la actual situación de ese pedazo de la patria, es una lucha, lucha sin cuartel y lucha inevitable. Si vamos a usar los términos de un pensador, diríamos que «es el choque de dos generaciones con mentalidad antípoda, separadas por el sangriento corte de la guerra».

Los jóvenes que pasaron por la prueba de fuego del Chaco han llegado a Santa Cruz, han tomado el poder y están gobernando. Los viejos caudillos, los eternos censuradores de la obra ajena, los aprovechadores de siempre, se han sentido heridos en sus intereses creados y de allí sus quejas. De allí también que se diga que no se trata de enemigos del gobierno. Es lógico; ellos pretenden hacerse hoy los adherentes al régimen para reinvindicar sus viejas prebendas.

La situación está muy clara: de un lado el caudillismo caduco y del otro las jóvenes mentalidades de los ex-combatientes. Es lucha de generaciones, lucha de principios que no puede ser comprendida por quienes no forjaron su nueva ideología en el crisol de la tragedia.

Pero cuando se presenta esta fundamental diferenciación de conciencias y principios que no admite soldadura de componendas al estilo de los contubernios de siempre, el más elemental de los deberes es el silencio ante un fenómeno que no puede ser comprendido, que no se lo siente en carne propia por pertenecer ya a otros hombres más jóvenes y más viriles.

Los políticos, como los divos y los toreros, como todos aquellos que viven del aplauso barato de las muchedumbres, no conocen la psicología de las

*. *Ultima Hora*, 1937, jun. 5.

multitudes e ignoran que éstas van siempre tras lo novedoso. De allí que no sepan retirarse a tiempo de la lucha y dejar el paso a quienes los siguen.

Es el caso de los caudillos de Santa Cruz. De un golpe se han visto desplazados por los jóvenes ex-combatientes e ignorando ese supremo buen gusto del romano antiguo de retirarse a la vida privada, pretenden continuar su hegemonía no haciendo otra cosa que muecas y contorsiones ridículas de payasos en plena menopausia.

El golpe ha sido rudo pero inevitable. No estuvo en las manos de uno ni otro el detenerlo; con precisión matemática se produjo el fenómeno sociológico de toda post-guerra. Y esos politiqueros profesionales, por carecer de cultura intelectual o por capricho, no quieren así comprenderlo. Peor para ellos.

A estos trasnochados caudillos hoy lagrimeantes invocadores de libertades perdidas y de garantías enajenadas, habría que decirles que están como los pecadores empedernidos que esperan llegar a viejos para dar consejos, pues ya no se hallan en edad de dar malos ejemplos.

No pretendemos que las actuales autoridades de Santa Cruz sean infalibles. No. Son hombres y están sujetos al error. Pero allí hay acción. Por encima de la inercia del ambiente se hace y se labora sin importarse de la alharaca de los intereses creados. Se podrá errar, pero se obra, y se obra honradamente. Los que desde hace un cuarto de siglo pretenden ser los representantes de Santa Cruz y no hicieron nada, no tienen derecho a quejarse de esas autoridades de hoy. La más elemental decencia les impone el deber de callar.

La lucha está planteada pese a quién pese, sin que nada ni nadie pueda detenerla; no es la lucha política ni de partidos; es de generaciones y de mentalidades.

Los jóvenes virilmente proclaman el lema de «con nosotros o contra nosotros», y al viejo caudillismo cruceño no le queda sino un dilema: someterse en silencio o desaparecer por la fuerza.

La Paz, mayo de 1937.

ZELLER MOZER, EL PULPO QUE AHOGA A SANTA CRUZ, PRETENDE ADUANA LIBRE EN PUERTO SUAREZ PARA ARRUINAR EL MERCADO DE LA PAZ (*).

Es preciso desplegar acción enérgica de parte de las autoridades y del comercio paceño.

La prensa local viene publicando sugestiones acerca de habilitarse Puerto Suárez, como aduana libre, para así favorecer a esas regiones y sobre todo a Santa Cruz de la Sierra. Nada más patriótico ni desinteresado que tal punto de vista del diarismo paceño, que agradezco como oriental; pero es preciso que se conozcan los entretelones secretos que ello trae consigo.

Quienes tales propagandas fomenta hoy es la casa Zeller Mozer, el pulpo funesto que ahoga la economía cruceña, valiéndose para ello de la máscara de favorecer a Santa Cruz y sacando a relucir con malévolos propósitos la triste situación de ese pueblo. A dicha entidad comercial, Zeller Mozer, bien le vendría en este caso -si fuera cierta su intención-, el decir español aquel de don Juan de Robres que hizo un asilo, pero que primero hizo a los pobres...

El verdadero objeto que persigue la tristemente célebre firma comercial es el siguiente y sobre ello hay que poner en guardia al comercio todo y al Gobierno. Declarado Puerto Suárez aduana libre, importar por allí algunos millones en mercadería y traerlas a vender en La Paz a los precios bajos que le permite el no pago de impuestos de internación y arruinar así al honrado comerciante paceño que paga derechos de aduana y por tanto tiene que vender mas cara la mercadería.

Algo más; con este régimen de aduana libre en Puerto Suárez, Santa Cruz no se beneficia absolutamente, pues la mercadería esa, importada sin derechos, no hace sino pasar por la ciudad, con dirección a Cochabamba, Oruro y La Paz, en cuyos mercados producirá el pánico y la bancarrota consiguiente.

Existe ya el precedente de estos dolosos procedimientos de la firma Zeller Mozer y Cia. Vamos a cuenta.

---

*. *La Calle*, 1937, may. 25.

Años ha que el diputado por Chiquitos señor Alfredo Flores, creyendo hacer un bien a la provincia que representaba y a la tierra cruceña, luchó denodadamente y obtuvo la aduana libre para Puerto Suárez. Fue un triunfo que creyó de beneficio positivo para el Oriente Boliviano.

¿Qué pasó? La firma Zeller Mozer importó mercadería por valor de cuatro millones de pesos bolivianos aprovechando enormes ventajas, tales como el alto precio de nuestra moneda entonces y la crisis europea que originaba ventas de exportación con castigos que iban del 50 al 70 por ciento del precio corriente en fábrica.

Acumulada esa mercadería en galpones a lo largo del camino Puerto Suárez-Santa Cruz, la firma Zeller Mozer, haciendo uso de los medios indecorosos de que siempre ha echado mano, gestionó y obtuvo que se suspenda la liberación de aduana por Puerto Suárez. El diputado Alfredo Flores luchó inútilmente con quienes recibieron coimas pagadas por la firma millonaria y fue vencido. Puerto Suárez se cerró.

Toda esa mercadería comprada a precios irrisorios en Europa y sin pagar aduanas, fue trasladada a La Paz a competir con los que honestamente procedían y llevarlos a la ruina. Santa Cruz no se benefició absolutamente en nada, pues todo fue transportado a las ciudades del Altiplano.

Vino la guerra y Zeller Mozer pedía y pedía divisas para la importación de mercaderías, divisas que no hacían sino fugar su capital, pues comenzó a vender a precios once veces más caros lo que compró tan barato años atrás. La utilidad era de más o menos el dos mil por ciento.

Este pulpo tenebroso que se llama la casa Zeller Mozer, no vacila ante ningún medio. Con tal de ganar, bien puede dejar morir en la miseria a todo Santa Cruz; poco le importa la moral. Contra toda ley es mayorista y minorista al mismo tiempo; vende cominos y pimienta al centavo, al igual que máquinas agrícolas por miles. La locura de esta firma por el dinero es tal que nada de extraño sería el verle mañana convertida en proxeneta, si ello le ha de reportar ganancias.

Santa Cruz gime en medio del absorcionismo de esta firma y se impone una acción enérgica. Si el pueblo cruceño haciendo un acto de reivindicación social asaltara sus almacenes y se los repartiera, habría dado un ejemplo grandioso de dignidad y de justicia.

Hoy esta firma millonaria inventa al regionalismo cruceño para ponerlo ante el gobierno como un peligro que se hará desaparecer con la aduana libre de Puerto Suárez. Ese fantasma regional lo mueve la Casa Zeller Mozer para enriquecerse y desprestigiar con ello a su eterna víctima que es Santa Cruz.

Como cruceño, como conocedor de los problemas de mi pueblo, declaro que la aduana libre de Puerto Suárez, no beneficia a Santa Cruz, sino a la firma Zeller Mozer y Cia. Antes bien, perjudica al Erario Nacional y a todo el comercio de La Paz, Oruro y Cochabamba. Las Cámaras de Comercio de estas ciudades, deben oponerse a tal intriga de Zeller Mozer.

Hemos de seguir relatando aspectos diversos de la criminosa historia de la firma millonaria.

El Mulo de Filipo

EL MULO DE FILIPO (*).

Un pueblo obscuro, que dio un solo y grande chispazo guerrero para hundirse después en la nada, se atreve a enfrentarse con la cumbre más alta del pensamiento humano: son los macedonios que invaden la Hélade sagrada. Detalles interesantes contiene este proceso de conquista del cual fueron los principales causantes los propios atenienses. Como antecedentes de la conquista de Alejandro, vino la penetración de Filipo a fuerza de dinero. La venalidad de los atenienses al venderse al enemigo, fue la que precipitó la caída de ese pueblo que Rodó llamara «eternamente joven».

Uno solo no fue vencido por el soborno: Demóstenes, el grande, el patriota. Filipo decía con amargura admirativa: «Es el único que no figura en mi lista de pagos». Fue al único a quien no pudo comprar y a quien al fin logró vencer por medio de sus propios conciudadanos puestos a su servicio por buen sueldo. La pluma vigorosa de Clemenceau nos describe la figura del gran orador con relieves en los cuales pone mucha de su propia personalidad.

Entre las máximas que allí constan como sistemas de conquista, hay una de Filipo que vale por sí sola y por su aplicación en todos los pueblos y todos los tiempos. Dice así: «Ninguna fortaleza es inexpugnable si logramos que penetre en ella un mulo cargado de oro». Hoy nos encontramos ante un caso igual, más de dos mil años más tarde y en los casi antípodas de la tierra helena.

El Gobierno de Bolivia aplicó a la Standard Oil la penalidad establecida en el contrato que la propia compañía aceptó: la caducidad de sus concesiones y pérdida de bienes, como castigo de cualquier fraude que cometiera. Se comprobó la actuación fraudulenta con diez años de tardanza y ante la confesión de la propia Standard. La sanción se aplicó tal cual se había establecido: la Standard perdió sus concesiones y bienes.

Hoy aparecen como sombras, desde la obscuridad, fuerzas ocultas que pretenden paralogizar el criterio público y hasta la firmeza gubernamental, hablando de una necesaria y posible indemnización a la Standard. Se alega para ello que nuestra actitud perjudica nuestro crédito, que provoca abstención de capitales y que por último es de política el proceder así, para evitarnos roces difíciles con el gobierno de la Unión.

*. Inédito, 1938.

BOLIVIA

Y

THE STANDARD OIL COMPANY

EL JUICIO CONTENCIOSO Y CONTENCIOSO-ADMINISTRATIVO SEGUIDO CONTRA EL ESTADO

SUCRE - BOLIVIA

81 1938; 160 x 104; II + 148 p.

Para ello se habla de un «acuerdo equitativo», frase feliz con la cual se envuelve toda una secuela de inconfesables intereses.

De sobra se puede comprender que estas sugestiones, disfrazadas del más puro y abnegado patriotismo, del mejor servicio y de los sagrados intereses del país, han sido inspiradas en New Jersey y han venido con un buen lastre de dólares oro que se aprecian y cotizan bien en todas partes.

La sola proposición de tales cosas es un insulto al gobierno y pueblo boliviano, ya que si se indemniza a la Standard o se le reconoce su inocencia, quedaríamos en la más triste y vulgar de las situaciones: descarados chantajistas y nada más. Pondríase a la vista que la intención de Bolivia al dictar su Resolución Suprema el 13 de marzo de 1937, era simplemente negociar con ella. Vendríamos a quedar como groseros asaltadores de caminos, en lugar de gobierno enérgico y cumplidor de las leyes.

La famosa fórmula del «arreglo equitativo», no es otra cosa que el mulo de Filipo el cual cargado de oro ya ha entrado en la fortaleza. Está dentro de nosotros y comienza su influjo corruptor. Primero fueron abogados venales y sin conciencia, los que la vendieron por tres cominos dictaminando en contra del Estado. Después, insinuaciones veladas, y hoy por último, la franca proposición de «arreglar» con la Standard.

Nuestra situación jurídica e internacional es inexpugnable. No tiene un resquicio por donde el enemigo pueda tomarnos, pero esta fortaleza así inex-

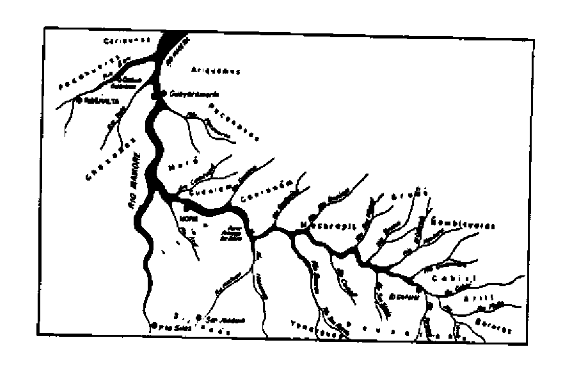
pugnable como es, ha dejado entrar al mulo de Filipo, con todo el oro que representan elegantes cheques girados en moneda extranjera.

Mientras los Demóstenes del patriotismo boliviano luchan desesperadamente por defender la patria y sus intereses, los atenienses vendidos conspiran contra ella y figuran en la lista de pagos de Filipo, que aquí y ahora se llama Standard Oil. Algo peor. A semejanza de los atenienses del siglo IV antes de Cristo, estos vendidos de hoy, se prosternan ante el altar del civismo para vender mejor a la tierra que los vio nacer.

Ojalá salgan a la lisa y de frente lucharan al servicio de la Standard. Al contrario, en grupos de club, en los corrillos políticos, en las conversaciones callejeras, dejan caer la especie, la insinuación, deslizada al azar y sin darle mayor importancia para que el «canard» circule mejor y con más cautela, produciendo mayor efecto. La cobardía de sus conciencias de traficantes los hace comportarse así.

Un escritor dijo que «los cascos del caballo de Alejandro no deshonran los pueblos que pisan pero si los cascos del mulo de Filipo». Hoy estamos ante ello. Podrá el enemigo invadir con sus armas nuestros campos; si es más fuerte se impondrá, pero no nos causará deshonra. En cambio el enemigo ha entrado con el mulo de Filipo cargado de oro y nos vemos manchados de vil ignominia. La Standard antes que el hierro, ha sabido emplear el oro y el oro aquél está señalando la frente de estos traidores quienes no merecen otra cosa que el repudio y el castigo más severo.

El Judío Errante en el Río Iténez



EL JUDIO ERRANTE EN EL RIO ITENEZ (*).

I

Resulta una verdadera perogrullada el hablar de las bellezas naturales de Bolivia; pero se quedaría corto el más exagerado de los ditirámbicos, si pudiera admirar toda la gama kaleidoscópica de los paisajes, desde la montaña nevada y el Altiplano, hasta los risueños valles, la llanura infinita y el bosque milenario.

Entre estas bellezas, una de las visiones más encantadoras y que llenan el alma de mística arrobación, está la del río Iténez en la región noreste de Bolivia y que en la casi totalidad de su curso, sirve de frontera con el Brasil. Allí, al arrullo de sus ondas, en uno de sus más hermosos lugares, sobre la margen boliviana que es la que reune mejores condiciones para colonización, se alza la localidad de El Cafetal, lugar donde puso por primera vez la planta en 1901, el industrial cruceño don Augusto Toledo, acompañado de su hijo apenas adolescente, José Agaparco, y de personal de peones.

Este don José Agaparco Toledo, único sobreviviente de esos tiempos, es un personaje sumamente interesante; de gran coraje personal, no sabe lo que es el miedo a los innumerables peligros de la selva que no tiene secretos para él; espíritu inquieto y vagabundo, conoce al dedillo todo el río Iténez, así como sus afluentes, tanto bolivianos como brasileños. De conversación chispeante, Toledo es un inagotable narrador de historias y aventuras propias y extrañas, cuentos, «casos», consejos populares y tradiciones, etc., que prodiga a granel, en cuanto encuentra auditorio propicio. Sábese inteligente y por lo mismo se da cuenta de su falta de lecturas y conocimientos culturales; refiriéndose a ambas cosas suele decir con su buen humor habitual: «Si yo hubiera estudiado, esta es la hora en que Bolivia tendría puerto.....»

Cúpole a José Agaparco Toledo acompañar y colaborar valiosamente a la Comisión Boliviana Demarcadora de Límites con el Brasil en 1940 y 1945, en sus dos exploraciones al río Verde, el más aislado y desconocido de los ríos de Bolivia. Una tarde, y para mayor precisión, el domingo 7 de octubre de 1945, en el campamento de la confluencia del río Itacuatiara con el río Verde, en uno de esos atardeceres maravillosos, como sólo allí se ven, José Agaparco

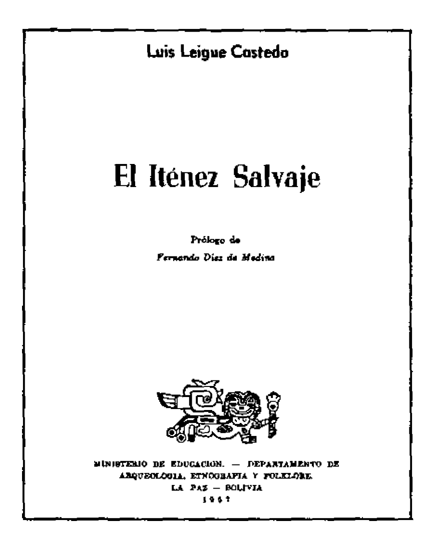
*. *La Razón*, 1948, may. 23, con ligeras variantes sin importancia.

narró una historia que por lo extraño de sus características resultó muy interesante, a tanto, que vale la pena el consignarla, tal cual brotó de sus labios.

II

Allá por el mes de marzo de 1919, en Laranjeiras, puesto en la desembocadura del río Corumbiara -afluente brasileño del Iténez–, vivía un negro llamado Feliciano Leite Ribeiro. Un día de esos, hallábase en su rústica choza, dedicado a la muy importante tarea de destilar aguardiente, que en su mayor parte estaba destinado al consumo propio, cuando se le presentó un extraño personaje. Representaba alrededor de cuarenta años de edad y vestía sencillamente; no llevaba cama, ni equipaje ni arma alguna; no tenía más arreos que un tarro pequeño atado a la cintura y un rústico bastón en el cual apoyaba su cansada humanidad.

Recibido cordialmente y preguntado de dónde llegaba, respondió que de Vilhena, de donde añadió haber venido a pie. La aseveración no pudo menos de causar hilaridad al negro Leite Ribeiro, ya que la tal población de Vilhena hallábase a centenares de kilómetros de distancia, con una selva espantosa por su soledad y peligros de por medio, y sin caminos. Creyólo loco de atar, cuando agregó que se dirigía a Porto Velho, puerto brasileño sobre el río Madera, algo así como mil kilómetros más abajo del lugar donde tenía efecto la conversación. De allí a poco, el misterioso personaje desapareció sin saberse cómo ni el momento en que lo hizo.


Luis Leigue Costedo

El Iténez Salvaje

Prólogo de
Fernando Diez de Medina

MINISTERIO DE EDUCACION. — DEPARTAMENTO DE
ARQUEOLOGIA, ETNOGRAFIA Y FOLKLORE.
LA PAZ — BOLIVIA
[illegible]

82 166 x 100; XIV + 184 p. + siete ilustraciones. Un libro muy interesante.

Algunos días más tarde, el mismo personaje se presentaba en El Cafetal, puerto boliviano en el río Iténez, al sud de Laranjeiras. Acercóse medrosamente a las casas del señor Augusto Toledo y se recostó en el suelo de un galpón, dispuesto a pasar la noche así. Nadie se preocupó por él, y apenas un sirviente dio parte del caso al patrón, quien respondió que se le dejase descansar tranquilamente y que al día siguiente averigüaríase adonde iba. Con gran sorpresa, al amanecer constatóse que el extraño huésped había desaparecido sin dejar huellas, ni ser visto por nadie.

III

A poco llegó la noticia de que en el camino de El Cafetal a los centros gomeros, como a cinco kilómetros de aquel punto, dos peones cruceños: Eustaquio Bazán y Bailón Herrera, encontraron al personaje; a sus preguntas respondió que iba a Porto Velho, dando pábulo para que se crea tratarse de un demente, ya que a la advertencia de que se encaminaba al sud, cuando Porto Velho estaba al norte, prosiguió impertérrito su andar en la dirección que llevaba.

Algo más tarde, se supo que más al sud aún, en el valle de San Simón, legendaria serranía aurífera, en el puesto de un porquero, durmió el mismo hombre del bastón y el tarro vacío. A las preguntas por su destino, contestaba invariablemente que Porto Velho, causando hilaridad y dejando la impresión de extravío mental, ya que como queda dicho, Porto Velho estaba al norte y él se dirigía siempre al sud. No hay que olvidar que para haber llegado a ese puesto del porquero, debió atravesar toda una floresta inmensa, cosa que parecía imposible para un viajero que como el misterioso personaje, no llevaba equipo, víveres de ninguna clase, ni elementos o armas para procurárselos.

Tan misteriosamente como de los anteriores lugares, desapareció el personaje; pocas horas después, el porquero desde una altura, divisaba a su huésped, siempre al sud, subiendo el cerrito de las Boca Minas, y con rumbo a lo desconocido, pues en esa dirección no existían habitantes de ninguna clase.

Nada más se supo del raro caminante que intrigó a los habitantes de la región con su rostro severo, su aire tímido y su muy escaso hablar, ya que apenas contestaba con monosílabos a la alegre e investigadora charla de los pobladores de la comarca; sobre todo, preocupaba el que no se le haya visto aceptar alimento alguno y no llevar equipaje ni recursos consigo, el pernoctar calladamente y desaparecer siempre sin ser visto ni sentido de nadie, y antes del amanecer; su viaje a Porto Velho cuando marchaba siempre en dirección contraria, etc., etc.

IV

Siendo una zona que tiene como principal arteria de comunicación el río Iténez, pasajeros a pie son raros, ya que las distancias por tierra son inmensas, sembradas de peligros y muy poco provistas de recursos de subsistencia. De allí que el insólito viajero haya llamado la atención, y sobre todo, su persona misma. Aunque dominaba corrientemente los lenguajes usuales en la región, notábase en su hablar un ligero acento extranjero que coincidía con sus facciones que demostraban por su color y rasgos, no ser oriundo de esas tierras.

Pero no era esto sólo; ante la figura del extraño peregrino, los sencillos pobladores de la comarca no podían reprimir un estremecimiento involuntario; sus rasgos fisonómicos correctos llevaban hondas y prematuras arrugas que parecían indicar profundos y acerbos dolores; sus ojos, dulces en el mirar, tenían un dejo de tristeza tal que producía escalofríos; las inflexiones de su voz, muy regulares y corrientes, causaban la sensación de que hablaba como a la fuerza y de que mil veces hubiera preferido no hacerlo; su lento y pausado andar, siempre igual y firme, dejaba sin embargo, la impresión de un cansancio infinito, como de alguien que hace siglos camina sin detenerse jamás.

Nada había en ese hombre que inspirase miedo o repulsión, pues hasta su sencillo traje no se diferenciaba mayormente del de un poblador vecino, y a pesar de todo las gentes mirábanlo con cierta temerosa sorpresa no exenta de religioso respeto. Las almas sencillas de esos campesinos adivinaban que se trataba de una persona no común y corriente. Algo tenía ese hombre que parecía decirles que en su vida había un dolor, una tragedia íntima de tal naturaleza, que nadie podría conocerla jamás, pues quizá su solo enunciado podría ser fatal. Hay abismos del alma a los cuales no se puede asomar nadie impunemente, y el caso de este hombre parecía uno de esos.

V

La hospitalidad proverbial de los habitantes de la región hace que ella se franquee a todo el mundo sin limitaciones y sin averigüar mayormente de quien se trata, si el huésped no lo dice de su propio y natural impulso. Y así este misterioso personaje pasaba de un lugar a otro sin pedir nada, sino apenas un pedazo de techo bajo el cual pasar la noche, recostado sobre el duro suelo, ya que no aceptaba en lo absoluto cosa alguna. Por otra parte, su aspecto y manera de expresarse y comportarse, detenían a respetuosa distancia cualquier pregunta impertinente o cualquier confianza.

Todas estas gentes son de natural alegre, tanto por el gran porcentaje de sangre andaluza que tienen, cuanto por el ancestro indígena; y es así que llevan siempre la risa retozona en los labios; y justamente al raro huésped que habíaseles aparecido sin saber ciertamente cómo, jamás se le había visto reir. El rictus duro de su boca llevaba estereotipada tal amargura, que bien podía afirmarse que ese hombre o hacía muchos años o nunca, supo lo que era una sonrisa siquiera.

Y para esos simples aldeanos, nada hay más trágico que el no poder reir; antes que el Zarathustra nietzscheano, ellos proclamaron sagrada la risa. De allí que mirasen a aquel forastero con profunda piedad y lástima, al verlo y sentirlo incapaz de gozar del supremo y magnífico don de la vida que es la risa.

VI

Algunos meses habían transcurrido, cuando se explicó el caso. Plagas en el ganado, sequías, destrucción de sembradíos, cayeron sobre la zona como una maldición celestial. Y coronando trágicamente todo este cuadro de horrores, la grippe, la terrible grippe que por esos tiempos de 1919, causó en el mundo muchísimas víctimas más que la primera guerra mundial. Las gentes hallábanse poseídas de terror, y en su angustia comenzaron a buscar la causa de tantas calamidades y desgracias. Fue José Agaparco Toledo quien entonces dio la razón y causa de todo ello.

Se trataba nada menos que del Judío Errante, de Ashverus o Ashaverus, que según una leyenda bizantina del siglo IV, zapatero en Jerusalén, negó descanso al Salvador cuando con la cruz a cuestas caíase de cansancio en el camino del Calvario. Jesús condenóle entonces a vagar errante hasta la consumación de los siglos, o sea hasta que El retorne a la tierra a juzgar a los vivos y a los muertos.

El Padre Feijóo, en una de sus *Cartas Eruditas y Curiosas*, sin aceptar la veracidad de la leyenda, resume todo lo que en su tiempo se sabía acerca del Judío Errante, sea por los datos de Mateo de París del siglo XIII, el cual le da el nombre de Catafilo primero y José después de su conversión, y dice que como portero de Pilatos obligó a Cristo a caminar, incluso pegándole de puñadas, sea por los de Barnage, Calmet, etc., etc., indicando que «el año 1229 apareció en Inglaterra; el año 1547 en Hamburgo; el de 1575 en Madrid; el de 1599 en Viena de Austria; el de 1610 en Luebeck; el de 1634 en Moscovia; el de 1643 en París; el de 1672 en Astracán y pocos años después en Londres».

VII

La principal propagación de esta leyenda es debida a fantasías literarias; de los temas del Antiguo y Nuevo Testamento, los escritores, tomando unos de la fuente original y otros de tercera o cuarta mano, han transformado su aspecto e índole hasta hacerla casi desconocida. Llega al extremo de formar todo un tipo especial de poderosísima influencia sobre la mentalidad del procomún, llegando al punto de constituir toda una certidumbre indiscutida. Y esta influencia sobre cerebros sencillos y sin mayor cultura, puede hasta producir casos de psicosis colectivas e incluso de criminalidad de las muchedumbres exaltadas por la doble influencia de la pasión y del fanatismo, como el caso siguiente.

Ricardo Palma cuenta en una de sus amenísimas tradiciones, que allá por 1856, el tifus hizo estragos en el departamento del Cuzco y que achacaron tal plaga al Judío Errante, personaje de la novela de tal título de Eugenio Súe, muy popular por esos años en el Perú, tanto por «alguna edición económica que con profusión circulaba en el país», procedente de Madrid o Barcelona, cuanto por el folletín que habíase ya publicado en *El Comercio* de Lima.

Agrega Palma que en Zurite, población a ocho o diez leguas del Cuzco, identificaron al Judío Errante en la persona de un español, Francisco Anselmo de Mendoza, que enfermo de los pulmones habíase sanado en Jauja y no quería abandonar tan maravillosa tierra sin antes visitar la grandiosa capital de los incas. Mendoza fue apresado y no obstante sus protestas, quemado vivo en la plaza del mencionado pueblo, pagando así con su vida un lamentable parecido con la descripción que del físico de Ashverus hace Eugenio Súe y la superstición ignorante de ese pueblo de tierra adentro.

VIII

Precisamente la leyenda popular afirma que el paso del Judío Errante por cualquier comarca se señala por pestes y calamidades de todo género, tal aquéllas que azotaron las apacibles riberas del río Iténez en 1919. El Judío Errante era el culpable de todo ello, pues él y sólo él, podría ser tan raro peregrino que pasó entonces por allí en circunstancias tan extraordinarias como las relatadas.

No se fijó nadie si los zapatos del extraño personaje imprimían la huella de una cruz, cual lo dice la leyenda, pero todos estaban seguros -contagiados por la fe con que así lo afirmaba José Agaparco-, que esa su tristeza y su eterno vagar, no obedecían a otra cosa que al mandato divino que le repetía

tiránico el «Anda! Anda!» con que él mismo había expulsado al Cristo Redentor, sea de la sombra de su casa o del palacio de Pilatos.

No cabe duda que el narrador del episodio y autor como era también de esta interpretación, para calificar a ese peregrino como el Judío Errante, se inspiró en *El Mártir del Gólgota*, del español Enrique Pérez Escrich, obra romántica de mediados del siglo pasado y que hizo llorar a las generaciones de su tiempo y aún a las actuales. Allí el Judío Errante está denominado como Samuel Beli-Beth, y tal cual la leyenda, simboliza al pueblo hebreo, eterno errante del mundo.

La fe con que José Agaparco narraba los hechos parecía contagiarnos, a pesar de nuestro natural escepticismo; era ya noche cerrada y no teníamos más luz que la de la luna. A pocos metros de nosotros, los ríos Verde e Itacuatiara, juntábanse y su arrullador susurro semejaba una canción de amor. Esas aguas corrían también eternamente, sin descanso alguno, como el Judío Errante y la existencia del hombre, al igual que esas aguas que saltaban por las 325 cascadas del río Verde, no era otra cosa que un loco despeñarse hacia la muerte. El mito del Judío Errante, más que símbolo del pueblo hebreo, parece ser el de nuestra propia vida.

La Paz, marzo de 1948.

La Vocación de Nuestros Historiadores

MEMORIAS
PARA
LA HISTORIA DE
BOLIVIA
DESDE
EL AÑO DE 1808
POR
[illegible]
EN LA
CIUDAD SUCRE
AÑO
DE 1849



LA VOCACION DE NUESTROS HISTORIADORES (*).

El significado verdadero y originario de la palabra «vocación», es teológico y se refiere a la gracia divina que toca a alguna criatura humana para encaminarla con rumbo a determinado fin dentro del plan de la voluntad de Dios, y muy en especial con objetivos religiosos. El uso ha generalizado el concepto dándole amplitud pedagógica, ya que implica la aptitud o inclinación hacia determinada profesión, estudios o actividad humana.

Dentro de esta generalidad, cabe el preguntarse en qué forma y cómo se ha manifestado o se ha desarrollado y desarrolla y cumple en Bolivia, la vocación del estudioso de la historia, o más propiamente hablando, de historiógrafo.

Un técnico del género, Guillermo Bauer, catedrático de la Universidad de Viena, en su libro *Introducción al estudio de la Historia*, respecto a la vocación dice: «Quien se entrega a la ciencia debe entregarse a ella sin condiciones. La ciencia no reconoce dioses a su lado. Exige de sus fieles la tensión de todas las fuerzas efectivas y espirituales y les pide, ante todo, disciplina de pensamiento. Los caprichosos y fanáticos no tienen cabida en sus aulas. La Historia aleja gustosamente de sí a quien estudia sólo para ganarse la vida o a quien se le acerca porque, mediante ella quiere proporcionar armas a un partido político o religioso. No sirve tampoco a la vocación histórica quien sólo atiende a la exterioridad de los sentidos y únicamente busca las distracciones y goces de la vida».

Si aceptamos los conceptos anteriores como un canon fijo para juzgar y apreciar a todos quienes han escrito sobre historia boliviana, resulta que nadie, o casi nadie, puede encajar dentro de sus limitaciones y exigencias.

En un medio como Bolivia, cuya incipiencia en todo orden por fuerza obliga a dejar de lado los aspectos culturales y las especulaciones intelectivas, el escribir historia por sí misma, como un fin exclusivo, es un lujo tal que casi nadie podría permitírselo. Aquí donde la enseñanza universitaria con todos los nobles y denodados esfuerzos hechos hasta hoy, aún no puede garantizar la independencia económica del catedrático, obliga a quien se siente con la vocación de la historia, a tener que supeditarla a otras actividades más positivas,

*. a) *La Razón*, s. l. 1948, enero 11 y en b) *Facetas del intelecto boliviano*, Oruro, 1958; 30-34.

y a hacer de aquella apenas una especie de lo que hoy llamamos *hobby,* en nuestra manía anglicista.

Si admitimos dar el nombre de historiadores a todos los que se han ocupado de tal materia en Bolivia, tenemos que para todos ellos, la historia no ha sido otra cosa que una labor suplementaria, al margen de sus actividades habituales, y de sus medios propios para ganarse el sustento diario. Sea que hayan tenido o no la vocación y las dotes naturales, no pudieron dedicarse por entero al género histórico. Y vamos a cuentas.

* * *

El más antiguo de nuestros cronistas republicanos, el doctor Manuel María Urcullu, publicó en Sucre en 1855 sus *Apuntes para la Historia de la revolución del Alto Perú hoy Bolivia* ocultando su nombre bajo el seudónimo de: «Unos Patriotas». Urcullu fue ante todo un jurisconsulto y un político, y desde los primeros años de la fundación de la República, le cupo el desempeño de destacadas actuaciones en tales actividades; fue Ministro de Estado, vocal y Presidente de la Corte Suprema de Justicia. Sus medios de vida fueron pues los de un abogado y los de un funcionario administrativo y judicial, y su libro o sus aficiones históricas, jamás le reportaron ni dinero, ni gloria.

Don Manuel Sánchez de Velasco, contemporáneo de Urcullu, cuyas *Memorias* históricas ha pocos años que han visto la luz pública, fue igualmente un magistrado y tal función significó su medio de vida; tuvo devaneos poéticos muy poco felices, y en sus ocios escribió ese libro cuyo manuscrito conservó y publicó la Sociedad Geográfica «Sucre».

Manuel José Cortés, fue político y abogado; Juan Ramón Muñoz Cabrera, político y periodista, y sus aventuras tan interesantes, nos han llegado por intermedio de René-Moreno. Ni uno ni otro pudieron dedicarse por entero al cultivo de la ciencia histórica.

Ramón Sotomayor Valdés era diplomático chileno y pudo así, al amparo de la independencia económica del cargo, desarrollar sus brillantes y excepcionales dotes de historiador. Modesto Omiste era abogado; Jenaro Sanjinés, magistrado y abogado; Luis Paz, magistrado; Jaime Mendoza, médico; Nicanor Mallo, debatiéndose entre innúmeras dificultades y Agustín Iturricha, robando horas al bufete o a la Fiscalía General de la República para escribir su *Historia de Bolivia bajo la Administración del Mariscal Andrés Santa Cruz,* y así por el estilo, todos han tenido que dedicar lo mejor de sus energías a ganarse el sustento diario en actividades diversas, y apenas el remanente a la labor historiográfica.

MEMO
PAR
LA HIST
BOL
EL AÑO
POR
EN L
CIUDAD S
DE 18

83 Reproducción
tula de las
Velasco, dibujada
se conserva en el
ción se hizo en S
XVIII + 401 p.

ENS

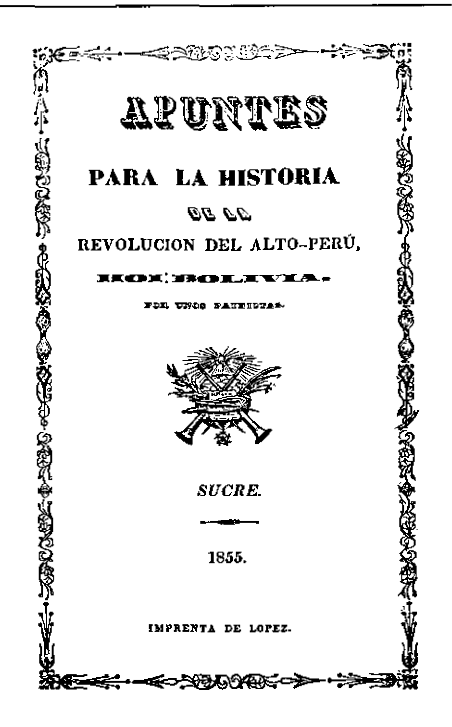


85 155 x 95

MEMORIAS
PARA
LA HISTORIA DE
BOLIVIA.
DESDE
EL AÑO DE 1808
POR
El C.no Manuel S. V.
EN LA
CIUDAD SUCRE.
AÑO
DE 1848.



83 Reproducción fotográfica de la carátula de las Memorias de Sánchez de Velasco, dibujada por él mismo, y que se conserva en el manuscrito. La edición se hizo en Sucre, 1938; 185 x 110; XVIII + 401 p.



APUNTES
PARA LA HISTORIA
DE LA
REVOLUCION DEL ALTO-PERÚ,
HOY BOLIVIA.
POR UNOS PATRIOTAS.
SUCRE.
1855.
IMPRENTA DE LOPEZ.

84 178 x 100; III + 212 p. Atribuido a Manuel María Urcullu.

ENSAYO
SOBRE LA
HISTORIA
DE



Bolivia
POR
Manuel J. Cortés.
SUCRE 1861.
Imprenta de Beeche.

85 155 x 95; IV + 316 p.



86 José María Camacho, autor de una *Historia de Bolivia*, muy resumida.

Mención especial merecen Luis Mariano Guzmán y Luis S. Crespo; educador el primero y periodista el segundo, tuvieron más oportunidad que otros para dedicar mayor número de horas a sus estudios e investigaciones, con todo de tener que luchar con grandes estrecheses económicas. Y valga aquí la oportunidad para rendir un tributo de admiración a esos hombres que con todos los factores adversos que hubieron de vencer, aún tuvieron los arrestos de producir sus historias que, con todos sus defectos, son aportes valiosos al acervo cultural de la nación.

A la incompleta lista ya anotada, cabe agregar a Gabriel René-Moreno y Alcides Arguedas que, precisamente, constituyen la excepción de la regla indicada. René-Moreno y Arguedas han sido los únicos que hayan podido dedicarse por entero, con todos sus sentidos y potencias a la obra historiográfica, en la forma y modo integral que exige Bauer.

René-Moreno se pasó casi toda su vida de Director de la Biblioteca del Instituto Nacional de Santiago de Chile, y por lo tanto, pudo trabajar a sus anchas y en el medio más propicio para sus aficiones historiográficas. De allí que el edificio de su obra sea enorme, no sólo por el talento y esfuerzo que significan, sino también por el material de que pudo disponer y que supo aprovechar en las condiciones ya indicadas.

Alcides Arguedas, hombre de gran fortuna privada, pudo dedicar sus energías a escribir la historia de algo más de la mitad de la primera centuria de nuestra vida independiente. El mismo cuenta que estando en Europa, rompió con su carrera diplomática y regresó a Bolivia para dedicarse de lleno a tales trabajos. Posteriormente los prosiguió con la valiosa ayuda económica de don Simón I. Patiño, y un cargo consular del gobierno de Bolivia.

De allí que sean estos dos: René-Moreno y Arguedas, quienes se distingan por su mayor fecundidad en el producir, cualquiera que sea el criterio con que se juzgue la obra de cada uno. Tuvieron el tiempo y la oportunidad de poder leer y escribir, exclusivamente cosas de historia, de la propia vocación, sin distracciones perturbadoras de tener que buscarse el pan cotidiano, sea en el ejercicio de una profesión u oficio o en el desempeño de algún cargo de abrumador consumo de energías.

* * *

De todo ello resulta que no haya que extrañarse de que Bolivia no cuente aún con una *Historia,* en el sentido verdadero del concepto, ya que lo dicho sobre los escritores fallecidos, podría extenderse también a los aún vivientes, incluso con sus excepciones. Por más vocación y afición que se tenga, si no

se dispone de recursos propios o del cargo adecuado, la rudeza de la lucha por el vivir, por fuerza nos aleja de lo que es más caro a nuestras aficiones y gustos individuales.

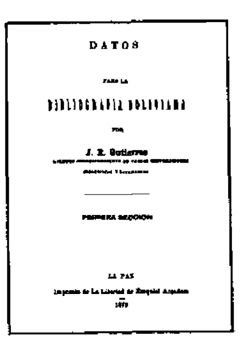
Esta circunstancia y la índole de labor que los trabajos históricos requieren en Bolivia, donde tantas dificultades significan la obtención y consulta de las fuentes, imponen pues una actitud al respecto de parte del Estado. Ernesto Renan en *L'Avenir de la Science* decía: «Los individuos no pueden construir observatorios, ni crear bibliotecas o establecimientos científicos. Los individuos no pueden emprender y publicar por sí solos ciertos trabajos. El Estado les *debe* subvenciones. Ciertas ramas de la ciencia (las más importantes), no pueden proporcionar a quienes las cultivan lo más necesario para la vida; el Estado (en una u otra forma) debe ofrecer a los trabajadores que los merezcan, los medios necesarios para que continúen pacíficamente sus trabajos, a salvo de necesidades importunas».

Dentro del aspecto de la investigación científica encaminada a los estudios históricos, constituirían ayuda positiva en el sentido que indica Renan, los cargos en bibliotecas y las cátedras universitarias; pero como uno y otra están tan demasiado mal rentados a consecuencia de la subestimación política en que se los tiene, dentro del concepto bárbaro de las necesidades del país que impera en nuestra tierra, están muy lejos tales funciones de poder dar al estudioso esa independencia material que permita al espíritu entregarse de lleno y por entero a las labores del intelecto.

Cuando tales funciones por sí solas consulten la idoneidad y eficiencia que le son precisas, correspondidas por la retribución adecuada, entonces podrá crearse una agrupación selecta que tocada de la vocación histórica pueda poner al servicio de ella todas sus capacidades y arrestos, para mayor gloria y provecho de la cultura boliviana.

La Paz, diciembre de 1947.

El Libro y la Cultura Boliviana



DATOS

PARA LA

BIBLIOGRAFIA BOLIVIANA

POR

J. R. Gutierrez

LA PAZ

EL LIBRO Y LA CULTURA BOLIVIANA (*).

El libro es una creación mágica o un símbolo esotérico; dentro de la sencillez de su formato, de la obligada limitación de sus dimensiones, encierra todo un mundo; a la manera del roble sagrado o el humo misterioso de los oráculos de la Hélade, de sus entrañas se obtiene el secreto de las cosas. Desde los ladrillos de Assurbanipal en el siglo VII antes de nuestra era, hasta las modernas bibliotecas del siglo actual, el libro representa la concreción en preceptos de las conquistas del saber y del sentir. Como esas fórmulas matemáticas que dentro de las líneas generales de la integración y diferenciación, resumen leyes e interpretaciones del universo, así en el libro, todo el mundo del espíritu, reducido a fórmulas también, se encierra y guarda como supremo presente de los dioses para la humanidad toda.

Pero el libro, así en su sacrosanta misión, no nos fue propicio en Bolivia sino muy tarde. La primitiva civilización que se alzara en estos suelos, en lugar de folios manuscritos, grabados o impresos, nos dejó construcciones milenarias, como si su grandeza fuera tal, que solo podía confiarse a ciclópeas páginas de piedra. Y esas páginas en su mutismo hierático, guardan hasta hoy el secreto de sus progenitores, cual si a nosotros, atrevidos intrusos en sus tierras, no se nos considerase dignos de merecer la suprema revelación. Allí se están, demostrando en su callada inmovilidad que los hombres de hoy, somos verdaderos pigmeos ante los superhombres que fueron capaces de forjar semejante civilización.

Nuestro siglo y nuestro hombre, que no vacila en penetrar los secretos más sagrados, ante tamaña grandiosidad háse detenido, sobrecogido de espanto y de respeto místico, como ante aquellos arcanos de las leyendas antiguas que castigaban con la muerte a los osados que se atrevían a profanarlos. Respetemos el misterio y que la sombra augusta de sus monumentos, nos sea propicia, y que dentro del eterno correr de la vida, orienten nuestros pasos hacia la verdad suprema, para que cuando seamos dignos de poseerla, también ellos a su vez, nos digan su secreto milenario.

---

*. *Facetas del intelecto boliviano*. Oruro, 1958; 13- 29.

CARTA PASTORAL

QUE EL ILUSTRISIMO SEÑOR

D. F.R JOSEPH ANTONIO

DE SAN ALBERTO,

ARZOBISPO DE LA PLATA,

DIRIGE

A SUS AMADOS HIJOS LOS
Curas à la entrada de su gobierno
en el Arzobispado.



BUENOS-AYRES MDCCLXXXIV.

EN LA REAL IMPRENTA DE NIÑOS EXPOSITOS.

Con las licencias necesarias.

87 177 x 103; 202 + cuatro p.



Jph Ant.º de S.n Alberto
Arzob.º de la Plata

88 **Retrato y firma de San Alberto.**

Mientras tanto, tratemos de ver, aquí dentro de nuestros límites geográficos, encuadrados en tiempos que llamamos históricos, lo que fue y lo que valió el libro en la cultura boliviana.

El libro como elemento de cultura aparece tarde en nuestra historia, pero tarde desde un punto de vista relativo, ya que coincide con nuestra emancipación política. Casi diríamos que por un azar muy especial junto con la libertad y la autonomía, nos vino también la libertad de pensar, de escribir y con ella el libro. La imprenta en Bolivia, como todos sabemos, es cosa de comienzos del siglo pasado, y más concretamente del tercer decenio, y significó para nosotros algo así como un espaldarazo cultural.

En efecto; durante la colonia no teníamos imprenta, no obstante de tener una universidad tan afamada como la de Charcas, unas minas tan valiosas como las de Potosí y Oruro y una región tan poblada y tan rica como la de La Paz. Después de todo ¿Qué hubiéramos hecho con la imprenta en la colonia? Bien poco, si miramos las cosas desde nuestra posición actual, pero mucho como elemento de difusión si nos identificamos con el espíritu del tiempo, con el zeitgeist que llama Leopoldo von Ranke. Quizá por un decreto del destino no se quiso que hubiese imprenta en el Alto Perú antes de la emancipación, pues bien pudiera que de haberla tenido, el año 1809 con todo su significado patriótico, se hubiese adelantado en algunos decenios...

Pero la ausencia de imprenta, cuando hay materia prima intelectual, no es un óbice para la obra y la acción misma con todas las limitaciones que dicha ausencia implica. Y así tenemos que en este nuestro Alto Perú, la cultura florecía y se desarrollaba modesta y calladamente, pero con todo empeño buscando siempre un camino de superación que el gesto mismo de nuestras montañas, llanos y bosques, parece señalarnos con la fuerza de un imperativo telúrico.

Dejando de lado la literatura precolombina, cuya autenticidad literal es difícil de discriminar hoy en día, mezclada como se halla con leyendas e interpolaciones coloniales, tenemos que conformarnos con tratar de los escritores de la época posterior a la conquista.

Así aparece el remoto Juan de Caxica, doctrinero de Larecaja, de quien nos da referencias Calancha, como fecundísimo escritor cuatrilingüe, ya que sus obras eran en español, quichua, aimara y chinchaisuyo, y de quien en Lima en el convento de su orden agustina se conservaban 32 cuerpos de escritos, todos ellos sobre asuntos y temas de su ministerio religioso. Igual al destino de muchos de los escritores altoperuanos, aún se conserva inédito, o quizá perdido para siempre.

El libro famoso, aunque lleno de faltas, de Ruy Diaz de Guzmán, *La Argentina,* sabemos positivamente que fue escrito en La Plata, cual consta en su portada y dedicatoria. El autor residió allí muchos años, ausentándose después para ir a morir a la tierra de su nacimiento, Asunción del Paraguay. Paul Grousaac, en sus notas a la publicación que hace de dicho libro, dice que los seis ejemplares que se conocen del manuscrito, todos ellos son copias del siglo XVIII. Pues bien, aquí en La Paz se tiene uno que perteneció a una antigua familia de Charcas y que es del siglo XVII. Siendo el códice más antiguo que hay en tal libro, contemporáneo de la época de su redacción, o sea los primeros doce años del siglo XVII, debe ser consiguiente o el manuscrito original mismo o una de las primeras copias. Dicho códice pertenece a la Biblioteca de don Enrique Finot, hoy propiedad del Banco Central de Bolivia, biblioteca que por este solo ejemplar, adquiere un valor incalculable.

Honra de la iglesia americana por su talento, su temple de carácter y por las persecusiones de que fue víctima es Fr. Bernardino de Cárdenas, autor de libros tan valiosos como el *Memorial y relación verdadera,* etc. publicado en Madrid en 1634. La ciudad de La Paz que tanto sabe honrar a sus hombres ilustres, bien puede hacer el esfuerzo de reeditar esta obra que contiene datos y referencias muy importantes sobre el estado del Alto Perú en su época.

En la *Historia de la literatura boliviana* de don Enrique Finot, sin disputa lo mejor que hasta hoy se ha publicado sobre el tema, hay referencias a más de dos docenas de escritores eclesiásticos que escribieron aquí en el Alto Perú sobre temas que sin perjuicio de su carácter religioso, tienen atingencia con las cosas de esta nuestra tierra. La mayor parte de ellos son desconocidos, por tratarse de ediciones limitadas que ha tiempo solo son patrimonios de muy contadas colecciones. Así aparecen allí Fr. Alonso de Herrera, Francisco de Alfaro, Alonso Ramos Gavilán, Andrés de San Nicolás, Francisco de San José, Antonio de la Rentería, Fernando de Montesinos, Sebastián de Sandoval y Guzmán, etc., etc.

Mención especial merece Fr. Antonio de la Calancha, tanto por su calidad de nativo, cuanto por el valor intrinseco de su obra de *Cronica moralizada,* fuera del objeto para el cual estuvo escrita, encierra valiosísimos datos sociológicos sobre Charcas que nadie o casi nadie ha explotado hasta hoy.

El Arzobispo San Alberto, autor de un catecismo regio, deja toda su ciencia y experiencia de lo que era el Alto Perú y sus habitantes en sus famosas *pastorales,* que al decir de René-Moreno, no son meras piezas de contenido religioso o de disciplina eclesiástica, sino verdaderos tratados sociológicos sobre el país y sus pobladores. El paraguayo Cañete y Domínguez, cuya principal foja de servicios buena y mala corre en los ámbitos de lo que hoy es Bolivia

ocúpase de Potosí, al igual que su antecesor en el tema Martínez y Vela, habiendo ambos alcanzado a ser editados en nuestros días (1).

Ese privilegio no lo ha merecido Victorian de Villava, el hombre de derecho más insigne que vino al Alto Perú en las postrimerías de la colonia. Celoso cultor de lo que era la personalidad humana, defendió a los infelices y torturados indios contra los crueles principios que sostenía el Gobernador de Potosí Francisco de Paula Sanz y su asesor Cañete. Amó entrañablemente a los hombres del Alto Perú y luchó por ellos; sin embargo, nosotros no nos hemos acordado de él ni siquiera con su nombre honrando alguna calle, mientras héroes de revuelta y de motín, con sus galones empapados en sangre fratricida se perpetúan por todas partes. En la República Argentina han sido más consecuentes; se ha estudiado a Victorian de Villava, se ha editado sus diversos escritos y nada ménos que Ricardo Levene le ha consagrado un ensayo en que lo proclama como a un grande jurista y digno por toda su actuación de merecer el respeto y homenaje de la América toda.

Largo y cansado sería el continuar detallando, aunque fuera a modo de catálogo, los autores que se ocupan de estas tierras altoperuanas. Y ello nos demuestra una cosa, lógica en cierta manera, como paradojal en otra; es la existencia de un ambiente cultural, aquí donde se carecía de imprenta, y hasta diríamos que a pesar de no tenerla. Pero, cuando hay en la calidad intrínseca del material humano, fuerzas intelectuales en potencia, ellas tienen que demostrarse, a pesar de las condiciones negativas del medio circundante.

Y así pasa con nosotros. Carentes del vehículo principal cual el prodigioso invento de Gutenberg, la cultura busca su manifestación y a la manera de esas poderosas raíces que irrumpen sin que ningún obstáculo les valga, se muestra y manifiesta. Es así que en ese nuestro pasado colonial, tenemos que el libro busca en las prensas de Lima o Madrid y después Buenos Aires el lugar de salir a luz, para aparecer refulgente irradiando su saber.

Y no es esto sólo; gruesos manuscritos, libros enteros, se escriben incesantemente en el Alto Perú, los temas son sus riquezas, manera de explotarlas, datos sobre su historia, costumbres de sus habitantes, régimen de gobierno y sugerencias de reformas, todo lo cual duerme sueño secular en los anaqueles de los archivos españoles, a la espera de la mano piadosa que los saque del olvido.

Nota de (G.O.):

1. En 1952 la Editorial Potosí de esa ciudad editó el texto completo de la *Guía geográfica, física, política, civil y legal del Gobierno e Intendencia de la Provincia de Potosí*, de Pedro Vicente Cañete, en un excelente libro de 837 p. (G.O.).

La *Historia de la Villa Imperial de Potosí* de Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela se publicó en una esmerada edición a cargo de Lewis Haenke y Gunnar Mendoza por la Universidad de Brown, Providence, Rhode Island, en 1965 en tres voluminosos tomos. La presentación del libro a cargo de los dos estudiosos citados, es un trabajo de alta categoría.

La ley I, del Título XXIV del libro I de la *Recopilación de Indias* establecía expresa prohibición de que en América se impriman libros que de ella trataren sin la previa aprobación del Consejo; la ley II prohibe que libros impresos en España sobre lo mismo, pasen a las colonias, ni siquiera los de lenguas indígenas, sin la misma aprobación previa. El celo era tal, que la ley V establecía que los registros de libros permitidos que se embarcaban para estos países, no se hagan en forma global, sino en detalle especificado, para ver si no burlaba la vigilancia alguno de los prohibidos.

Y, naturalmente, toda esa cantidad de libros escritos en el Alto Perú y sobre el Alto Perú, tenían que ir previamente a España en originales, antes de poder imprimirse; y allí chocaban con la incompresión o miedo del Consejo de Indias, o con la inercia de los funcionarios, que por pereza no seguían los trámites del caso y dejaban estar esos manuscritos sin leerlos nunca, los mismos que hasta hoy permanecen a la espera de la tan ansiada autorización, mientras sus autores, ha siglos que murieron aguardándola.

Repetimos que la cultura altoperuana brotaba fuerte y vigorosa, rompiendo vallas, e imponiéndose, a pesar de todos los obstáculos que le eran contrarios y que por una u otra circunstancia pesaban sobre sus ansias de mejoramiento.

* * *

Y recordemos aquí de paso a unos escritores olvidados ya que la crónica bibliográfica no los menciona en ninguna parte.

Finalizaba el siglo XVIII; en Europa el enciclopedismo habia ganado los espíritus conduciéndolos hacia la incredulidad; hallábase de moda entre cierta gente de elevada cultura y nacimiento el profesar un escepticismo elegante que las más de las veces lindaba con el ateísmo. Acá en América, algunos de esos libros heréticos violaban sigilosamente la severa consigna de la metrópoli e ingresaban en determinadas bibliotecas privilegiadas. Pero la influencia que estos libros ejercieron fue netamente en el terreno de la ideología política y no en el de la religiosa, a tanto que, mientras vacilaban los sacrosantos principios de la fidelidad al soberano, manteníanse integramente los dogmas de las creencias católicas.

Y como prueba, aquí mismo en La Paz, aparecen brotes de esa religiosidad en forma de escritos de factura simple, pero que revelan una modalidad y un anhelo muy propios de la época y del medio. Autor de tales inquietudes y director espiritual de ellas era el agustino Fray Manuel Mazo de Cárdenas. Ocupando situaciones destacadas en las jerarquías eclesiásticas de la ciudad, dedicóse con empeño al cultivo de una literatura muy en boga entonces y de acuerdo a su sagrado ministerio. Y así resulta autor de varias novenas, trisagios,

etc., que debían rezarse en homenaje a determinados santos de la corte celestial. Nicanor Aranzaes en su conocido *Diccionario biográfico*, después de decir que Mazo de Cárdenas fue «muy distinguido en su época», añade que en 1780 redactó una novena del Señor de la Pretina, imagen que se veneraba en el templo de San Francisco y que debía su nombre a cierto soñado milagro.

En la biblioteca particular de quien escribe estos apuntes, constan tres piezas más del mismo género y autor; dos impresas en Lima en 1774 y la otra sin pie de imprenta. Además consta otra pieza, también impresa en Lima en 1784 y de la cual aparece como autor doña Petronila Graneros y Hunco. Hay de notable en estas piezas, un hondo sentido religioso, limpidez de estilo y correcta redacción gramatical. Como podrá verse, estos brotes altoperuanos en sus ansias culturales, buscaban su expansión y hasta Lima acudían en busca de editores.

No existe uniformidad de opiniones acerca de la fecha de introducción de la imprenta en Bolivia, aunque parece que la más cercana a la realidad es la de 1823. A *El Telégrafo*, periódico realista de escasa vida, siguen en 1825 a 1828, ya bajo el régimen republicano, *El Cóndor de Bolivia* y *La Gaceta de Chuquisaca* en la nombrada ciudad y en La Paz *La Gaceta del Gobierno*, *El Eco de La Paz* y el *Correo Mercantil*, de La Paz de Ayacucho. Pero dejemos a la prensa periódica que no entra en el plan de estas notas, y volvamos al libro en Bolivia.

Dentro del criterio bibliográfico, toda pieza que tiene más de cuatro páginas impresas, deja de ser un simple «suelto», para ascender a la categoría de folleto, o bien de libro si su volumen ya así lo justifica. Teniendo en cuenta la escasez de recursos, la mentalidad de la época, y lo reducido de las imprentas, por fuerza las primeras publicaciones en Bolivia fueron simples «sueltos» y en el mejor de los casos, folletos que no llegaban ni mucho menos a un centenar de páginas.

Según José Rosendo Gutiérrez, es posible que el primer folleto impreso en Bolivia haya sido un *Catecismo* masónico, para la instrucción de los H.'.H.'. de la logia «Perfecta Unión». La edición es de 1825 en esta ciudad de La Paz. Nada de extraño tiene esto, pues las logias masónicas habían inundado todo el continente. Siguiendo el ejemplo y modelo de las que presidieron los movimientos liberales de España, aquí en América se constituyeron innumerables logias, sobre todo entre el elemento militar, sea con los mismos fines de aquellas o de aspiraciones emancipadoras, teniendo éstas como antecesoras legítimas a las que se formaron en el último tercio del siglo XVIII. Es sabido que los ejércitos libertadores por donde pasaban iban instalando logias, y,



89 Benjamin Fernandez (1830–1891). Guillermo Francovich se ocupa de él en su libro, *El pensamiento universitario de Charcas y otros ensayos*. Veasé el comentario de HVM. a este libro.



90 Santiago Vaca Guzmán (hijo).



91 Tomas O'Connor d'Arlach.



92 Nicolás Aranzaes.

precisamente este catecismo de la orden masónica, coincide con la presencia de las tropas colombianas en La Paz.

Por esos mismo días de 1825, Leandro Ozio, Notario de minas de Potosí, sometía a la consideración del Mariscal Sucre un proyecto para disminuir el valor de la moneda con ganancias para el estado acuñador, proyecto que desechado por Sucre, fue puesto en práctica por el Presidente Santa Cruz en 1829. El proyecto Ozio se publicó en 1832, sin pie de imprenta, pero probablemente editado en Chuquisaca. Este es el primer estudio de materia económica que aparece en Bolivia, y al cual sigue, impreso en La Paz en 1832 el titulado *Cuestiones de Economía Política*, que contiene el programa de 400 proposiciones al cual deberían sujetare los postulantes a regentar la cátedra correspondiente en la recién fundada Universidad Mayor de San Andrés.

Coetáneo del anterior y reconociendo el mismo origen y objeto es el titulado *Materias y cuestiones de Bella Literatura*, que es a su vez el programa para los postulantes a esa cátedra; contiene también 400 proposiciones, revelando gran cultura en sus autores que eran Facundo Infante, José Ignacio de Arduz, José Manuel Coronel Loza y Manuel Díaz de Pareja.

El primero de los nombrados, don Facundo Infante, es una figura injustamente olvidada en Bolivia; militar español, tuvo destacada actuación en las luchas liberales de la península, viéndose obligado a emigrar cuando la reacción absolutista de 1823. Llegado al Alto Perú, vínculos masónicos y afinidades ideológicas acercáronlo al Mariscal Sucre quien utilizó sus servicios, en la secretaría de su gobierno llegando así a ser el primer Ministro de Relaciones Exteriores y de Instrucción Pública que tuvo la flamante República de Bolivia. En calidad de tal defendió airosamente la dignidad de la nación, al par que inicio reformas educacionales de gran importancia. Vuelto a España ocupó allí altas situaciones como gobernador militar de Madrid y dos veces el ministerio de Guerra, falleciendo en 1873.

A las directivas de Infante se debe la adopción oficial de la *Ideología* de Destutt de Tracy, y en consecuencia tenemos que dicho texto se reeditó repetidas veces en Bolivia, sirviendo en los planteles de segunda enseñanza hasta la reforma Frías de 1845. Como es de sobra sabido y Guillermo Francovich lo deja muy en claro, Destutt de Tracy era filósofo de mediocre categoría en Europa y se hallaba inspirado en el sensacionismo de Locke y Condillac.

Con este autor hay que observar un fenómeno bien curioso y muy significativo. El materialismo que Destutt de Tracy y Holbach –también adoptado oficialmente–, implicaban, no tuvo asidero en el alma de la juventud boliviana, ni dejó huellas notables. Esto prueba dos cosas. La solidez de las creencias

católicas y la agudeza de espíritu del altoperuano que no se dejó subyugar por una filosofía de tercera mano.

La presencia en Bolivia de José Joaquín de Mora, español como Infante, deja un rastro fuerte. Fue el introductor del romanticismo que después sería complementado por Mitre y los emigrados argentinos y por Ricardo José Bustamente. Pero la huella más perdurable de Mora es en la educación universitaria, y así tanto en La Paz, como en Chuquisaca, se editan sus textos de enseñanza, tales como los de derecho natural y de gentes, el de ética, el de derecho romano, el de lógica y el de literatura. La forma reducida y didáctica de estos manuales, hizo que perduraran muchísimo más que el auge de las doctrinas de la escuela escocesa que profesaba. Mora y su hijo publicaron también diversas poesías en loor del Presidente Santa Cruz y de su esposa, así como de los triunfos militares en las guerras de la Confederación.

* * *

El gobierno Ballivián se presenta como fecundo en el terreno de la producción intelectual. René-Moreno señala el año de 1845 como el crucial en tal clase de actividades y a la ciudad de La Paz como el centro principal de esas inquietudes culturales. En efecto; se fundan sociedades literarias en todas las capitales de departamento y hasta en la lejana Santa Cruz de la Sierra se habla y discute sobre asuntos del saber.

Un catedrático de la Universidad Mayor de San Andrés, el Dr. Juan de la Cruz Cisneros, publica anónimamente unas notas sobre filosofía divididas en dos folletos; Pedro Terrazas traduce y edita la primera parte de la *Historia de la filosofía moral del siglo XVIII* de Víctor Cousín. Se reedita en un volumen de regulares dimensiones un derecho romano anónimo siguiendo las interpretaciones de Heinecio, así como en 1844 el primer tomo del derecho público de Ramón Salas, catedrático de Salamanca, sirviendo para ello la edición limeña de 1827.

Un escritor y educador de grandes méritos intelectuales y morales, olvidado hoy, es don Luis Velasco, quien publica textos de derecho público y de derecho natural; apartándose del antiguo sistema de simples definiciones, escribe verdaderos tratados, tanto por su contenido, como por el número de páginas de que constan. Un discurso de Andrés María Torrico en 1841 haciendo el elogio de la jurisprudencia es imitado por Mariano La Torre y José Manuel Loza. Con este motivo, en Sucre y Potosí aparecen unos diálogos satíricos con el titulo de *Los Dos Pepes* que según René-Moreno son las primeras publicaciones del género de la crítica literaria en Bolivia.

El nivel cultural de la República había alcanzado ya un grado de notable madurez y comienza a fijarse en los propios problemas nacionales. Julián

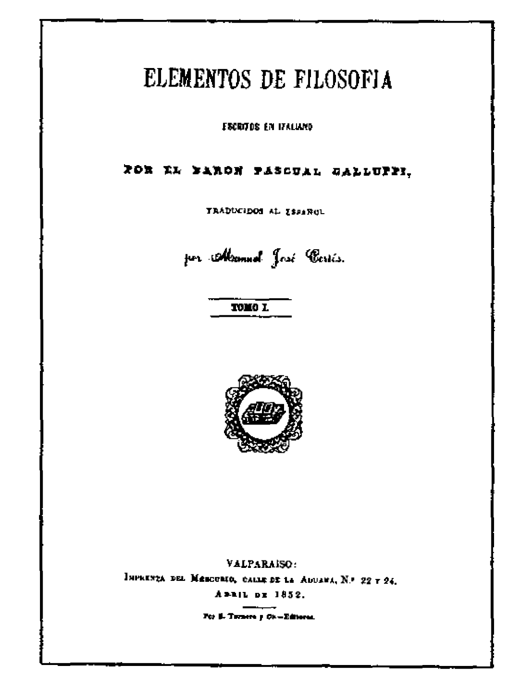
Prudencio con el seudónimo de «Un ciudadano», publica en 1842 dos estudios titulados *Reseña del estado ruinoso de Bolivia*, el cual es todo un tratado sociológico, en el cual analiza nuestras lacras, tales como la empleomanía, inconsistencia política, analfabetismo, embriaguez, ociosidad, etc. Completando su obra en 1845 da a luz unos *Principios de Economía Política aplicados al estado actual y circunstancias de Bolivia*, en cuyas páginas se siente la influencia de Sismondi, considerado como antecesor de la escuela histórica y notable por sus controversias con Juan Bautista Say y por sus criticas al dogmatismo liberal.

Aunque escrito en 1848, fecha limite hasta la cual llegan sus informaciones, en 1851 aparece el *Bosquejo Estadístico de Bolivia* del benemérito don José María Dalence. Si bien es cierto que muchos de sus datos son errados y otros meramente aproximativos, la obra es muy meritoria, siendo la primera en su género y la única durante más de medio siglo.

El diario *La Epoca*, el primero en Bolivia, de propiedad y redacción de los emigrados argentinos, introdujo a su vez el famoso «folletín» o sea una novela publicada fragmentariamente y en forma de poder recortarse y en esa forma constituir libros. Así aparecieron *Soledad* de Mitre, como sus traducciones de *Colombá* de Próspero Merimée y *La Rosa Amarilla* de Carlos de Bernard. Igualmente *Pascual Bruno y Ascanio* de Alejandro Dumas, así como *La Venganza de los muertos* de autor anónimo y *Rosa y Gertrudis* de R. Topffer, traducidas estas últimas por Mariano Ramallo. Estas son las primeras publicaciones en este género y también las de mayor volumen, significando gran esfuerzo editorial.

El año 1850 es señalado por un acontecimiento de gran importancia para la cultura. En esa fecha Manuel María Caballero y Angel Menacho abandonan Santa Cruz de la Sierra, su solar nativo, y llegan a Sucre donde comienzan en cenáculos y cerrados círculos a propagar ideas y principios irreligiosos; imbuidos de la filosofía hegeliana negaron los dogmas de las creencias católicas. Y lo curioso es que el enciclopedismo y la Ideología en las postrimerías de la colonia y el comienzo de la República, no pudieron abrir brecha en este sentido y sí pudo y muy honda las enseñanzas de Caballero y Menacho. ¿Influiría aquí la alta calidad personal e intelectual de los propagandistas?

Dos años después, en 1852, otro cruceño, Manuel Ignacio Salvatierra, en Sucre también, comienza a profesar en su cátedra las doctrinas del filósofo alemán Krause conocidas a través de su vulgarizador Enrique Ahrens, enseñanzas que medio siglo predominaron hasta que al fin de la pasada centuria fueron reemplazadas por el tardío positivismo spenceriano. Y el libro, el maravilloso libro como vehículo de cultura populariza esas corrientes krausistas y así



ELEMENTOS DE FILOSOFIA

ESCRITOS EN ITALIANO

POR EL BARON PASCUAL GALLUPPI,

TRADUCIDOS AL ESPAÑOL

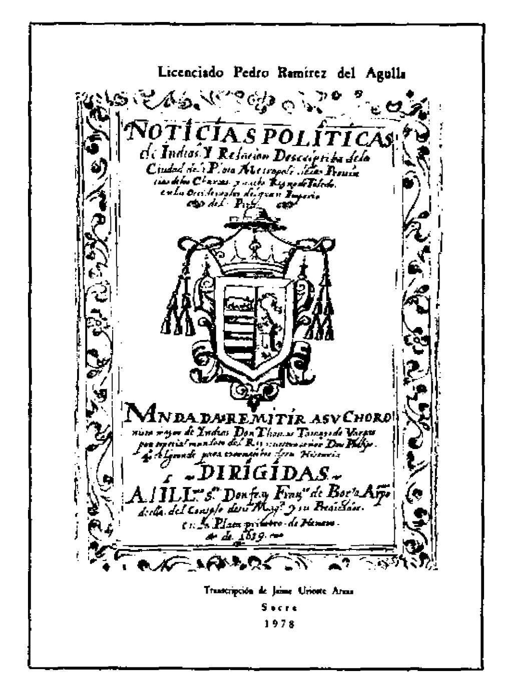
por Manuel José Cortés.

TOMO I.

VALPARAISO:
IMPRENTA DEL MERCURIO, CALLE DE LA ADUANA, N.º 22 Y 24.
ABRIL DE 1852.

Por S. Tornero y Ca.—Editores.

93 180 x 97; 338 p.



Licenciado Pedro Ramírez del Agulla

NOTICIAS POLITICAS de Indias Y Relación Descriptiva de la Ciudad de la Plata Metrópoli de las Provincias de los Charcas y nuevo Reyno de Toledo en las Occidentales del gran Imperio del Pirú.

MANDADAS REMITIR A SU CHORO...

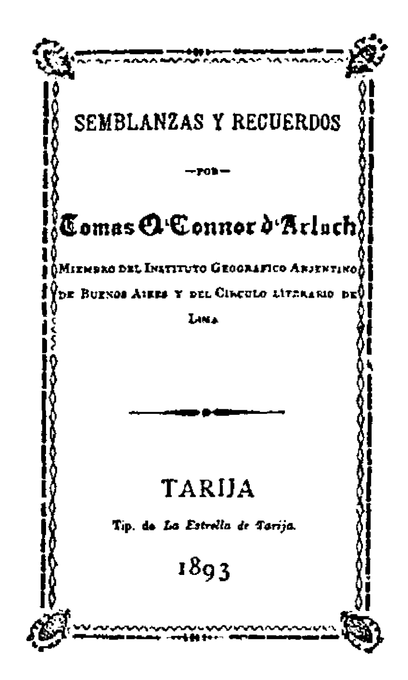
DIRIGIDAS

Transcripción de Jaime Urioste Arana

Sucre

1978

94 190 x 118; 186 + veinte p.



SEMBLANZAS Y RECUERDOS

—POR—

Tomas O'Connor d'Arlach

MIEMBRO DEL INSTITUTO GEOGRAFICO ARJENTINO DE BUENOS AIRES Y DEL CIRCULO LITERARIO DE LIMA

TARIJA

Tip. de La Estrella de Tarija.

1893

95 128 x 74; 248 p.

NICANOR ARANZAES

Diccionario Histórico

DEL

Departamento de La Paz

Expedientes matrimoniales, libros de bautizos, archivos oficiales é historiadores contemporáneos consultados.

BOLIVIA-LA PAZ

CASA EDITORA TALLERES GRAFICOS "LA PRENSA" | DIRECTOR Y PROPIETARIO JOSE L. CALDERON

1915

96 158 x 85; 813 p.

tenemos que los textos de José Silva Santistevan, que resumen aún más a Krause, se reeditan en Santa Cruz y en La Paz.

Preciso es hacer constar que ciertos jóvenes imbuidos de constitucionalismo, al decir de Mariano Baptista, comenzaron en 1848 a agruparse alrededor de la persona y prestigios de José María Linares, los cuales con los materialistas de Caballero y Menacho de 1850 y los krausistas de Salvatierra de 1852, fueron lo que colaboraron en la política del Dictador y a su muerte formaron el partido rojo, ideólogo por excelencia que tanto debía luchar contra el despotismo de Melgarejo. Llegados al poder con Adolfo Ballivián y Tomás Frías, se vieron de nuevo en el llano de la oposición por obra y gracia del militarismo abyecto encarnado entonces en Hilarión Daza el «soldado mandón». A raíz del desastre de la guerra del Pacífico, se dividieron entre los dos partidos principistas que entonces se fundaron: el liberal y el constitucional.

La filosofía jurídica se manifiesta con publicaciones de Manuel José Cortés, Telmo Ichaso y José Ramón Más. La literatura en sus formas poéticas y dramática da sus frutos en volúmenes de Ricardo José Bustamante, Manuel José Cortés, Néstor Galindo, Daniel Calvo, Felíx Reyes Ortiz, Luis Pablo Rosquellas, Benjamín Lenz y tantos otros a quienes sería imposible enumerar. En el terreno de la novela, la primera es *Soledad* de Mitre, a la cual siguen después, José Simeón de Oteiza, Sebastián Dalence, Santiago Vaca Guzmán, Mariano Ricardo Terrazas y Joaquín Lemoine.

Los libros traducidos revelan también la inquietud cultural boliviana. El General Ballivián hace traducir y publicar unos relatos de viajes por todas partes del mundo; después Pedro Terrazas edita en dos macizos volúmenes su traducción de las *Armonías Económicas* de Federico Bastiat; Juan Fernández de Córdova hace lo mismo en París con *La Soledad*, estudio filosófico-ético de Zimmermann, a la cual hace preceder de un interesante prólogo. Manuel José Cortés a quien con justicia se considera como mejor estadista y jurisconsulto que poeta, traduce y edita apesar de su gran volumen en 1852, en Valparaíso, los *Elementos de Filosofía* de Pascual Gallupi.

Fuera de los propósitos de estos apuntes sería el examinar la influencia del libro extranjero en la cultura boliviana y por eso apenas si se ha de citar uno que tuvo trascendencia política; fue el célebre estudio *Bases* de Juan Bautista Alberdi, aparecido en 1852. En dicho libro, Alberdi hace referencias a nuestra patria fundándose en informaciones de los emigrados bolivianos residentes en Valparaíso. El libro tuvo un gran éxito en Bolivia y sus conclusiones fueron glosadas y comentadas profusamente, haciéndose de ellas un arma contra el gobierno de entonces. Belzú se sintió aludido y encargó una refutación a José María Molina, quien la hizo en forma grotesca y sin ningún valor.



97 La ciudad de La Plata en 1609. Dibujo en el libro de Pedro Ramirez del Aguila de 1639.

Intencionadamente no se ha hecho mención alguna de las publicaciones de índole política, por cierto las más abundantes de nuestra producción bibliográfica. Si bien es cierto que son los brotes candentes de las pasiones enfurecidas, frutos de la intransigencia y de la violencia, llenas como están de hiel y odio, ellas prestan valiosa contribución a la historia nacional, ya que por lo que dicen, y las más de las veces por lo que no dicen, se reconstruye períodos de nuestro pasado. Si no se las toma en cuenta en estos simples y deshilvanados apuntes, es porque en su totalidad son simples folletos, sin que nunca hayan alcanzado la categoría de libro.

Vale la pena de citar aquí a Manuel María Urcullu, Manuel Sánchez de Velasco, Manuel José Cortés, José Rosendo Gutiérrez y Zoilo Flores, quienes publican algunos libros de historia patria. Sabemos que el de Urcullu apareció con el seudónimo de «Unos patriotas», que el de Zoilo Flores consta de unas efemérides, ejemplar rarísimo y casi imposible de obtener y el de Sánchez de Velasco, que tiene el nombre de *Memorias* y alcanzan hasta 1848, se editó casi un siglo más tarde; exactamente en 1938.

Henos aquí por fin en el término de nuestro trabajo. Las forzosas limitaciones que la propia índole de esta disertación imponen, han obligado a que la rápida e incompleta excursión que por los campos librescos de la cultura boliviana hemos hecho, haya tenido forzosamente que circunscribirse a los primeros cincuenta años de nuestra vida republicana. Y al finalizar permítase el añadir algunas reflexiones que el tema mismo sugiere.

¿Que fue o pudo ser la cultura boliviana en esa media centuria que acabamos de recorrer?

La mayor parte de quienes se han ocupado del tema, con muy raras y honrosas excepciones, largan deprecaciones pesimistas, verdaderos trenos dolorosos, no reconociendo nada que valga la pena y hasta negando la existencia de la cultura entre nosotros. Parece consideraron esa época como un erial inhóspito en el cual no pudo enraizar nunca la cultura que por su propia esencia requiere de terreno y clima propicios.

Y sin embargo, no es así. Cuando se ha estudiado a fondo nuestras viejas publicaciones, cuando se ha leído cuidadosamente esos brotes pequeños o raquíticos si se quiere de nuestro acervo intelectual; cuando se los ha auscultado, pesado, numerado y hecho las comparaciones del caso; cuando se ha ahondado en la cantidad de estudios que cada uno de ellos representa; cuando se ha visto a través de citas y referencias el volumen de lecturas que los respaldan, y cuando todo ello se lo ha puesto en términos de correspondencia y homología con similares elementos de otros países de la misma índole que el nuestro, se

LA LITERATURA

BOLIVIANA

BREVE RESEÑA

POR

SANTIAGO V. GUZMAN

ESCRITORES EN VERSO. — ESCRITORES EN PROSA. MEDIOS DE PUBLICIDAD. — ORATORIA. — INFLUENCIA DE LAS RAZAS EN LAS LETRAS ALTO-PERUANAS.

SEGUNDA EDICION

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE PABLO E. CONI, ESPECIAL PARA OBRAS
60, Calle Alsina, 60

M DCCC LXXXIII

98 146 x 83; 206 + una p.

ENRIQUE FINOT

HISTORIA

DE LA

LITERATURA BOLIVIANA

(DIBUJOS ORIGINALES DE JOSE ARELLANO FISCHER)



LIBRERIA DE PORRUA HERMANOS Y COMPAÑIA
ESQ. ARGENTINA Y JUSTO SIERRA
MEXICO, D. F.
1943

99 160 x 110; XXIX + 474 p.; ilustraciones. Hay varias ediciones.

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

LITERATURA
BOLIVIANA

INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LAS LETRAS NACIONALES. — DEL TIEMPO MITICO A LA PRODUCCION CONTEMPORANEA

ALFONSO TEJERINA - LIBRERO EDITOR
La Paz - Comercio 322
1953

100 158 x 109; 376 p.

COLECCION PANAMERICANA

3

Gabriel René Moreno

Ultimos Días Coloniales
en el
Alto Perú

Reseña de la Historia
Cultural de Bolivia
POR
Adolfo Costa du Rels

W. M. JACKSON INC.
EDITORES
BUENOS AIRES
New York — México — Habana — Caracas — Bogotá — Lima
Santiago de Chile — Montevideo

101 1946; 152 x 97; XXXII + 534 p.

puede ver con orgullo que no íbamos muy en zaga, aunque así no lo parezca en la deformada historia que se nos enseña hasta hoy.

Y aún más. Cuando se compulsan todas las dificultades que la vida intelectual ha tenido que vencer para poder llegar y fructificar entre nosotros; cuando se piensa en los factores – todos ellos negativos–, que significan nuestra configuración telúrica, nuestras razas y el caos caudillesco en que siempre hemos vivido, es verdaderamente para asombrarse de las profundas, de las grandes capacidades culturales de nuestro pueblo. Alberdi en sus ya citadas *Bases* decía que entre Valparaíso y Chuquisaca había tres siglos de distancia. Y sin embargo, por encima de eso y a pesar de eso, la cultura imponíase.

Cuando hoy en nuestros días, salimos al extranjero y recorremos otros países de uno y otro hemisferio, nos sentimos sobrecogidos de espanto al ver cuan lejos de todas partes y cuan aislada se halla nuestra Bolivia. Y si eso ocurre hoy en que las líneas férreas y los transportes aéreos han acortado las distancias, es para pensar lo que era ese aislamiento y lejanía en la época que hemos recorrido. Para darnos una idea de ello basta citar la anécdota consabida. El Presidente Belzu en Sucre, preguntó al representante de un país anglo-sajón que le presentaba credenciales, por cual camino había llegado hasta la capital. «Por ninguno», respondió con toda verdad el diplomático.

Cuando analizamos en toda su pavorosa fuerza negativa lo que son nuestras fatalidades y antinomias geográficas, étnicas y políticas, no podemos menos de pensar en una maldición, en un sino implacable que como el coro de la tragedia griega, pesa inexorable sobre nosotros y que pareciera habernos condenado a no ser nada ni nadie.

Pero el mito griego también nos muestra a Prometeo robando el fuego sagrado de Zeus para darlo a los hombres, símbolo grandioso de esa nuestra lucha perenne en que como el condenado del Cáucaso, encadenados en nuestro encerramiento mediterráneo, nos debatimos luchando con toda energía por vencer cueste lo que cueste y pese a quien pese. Ojalá que la revista, así incompleta que hemos hecho sirva de aliciente en esta sagrada pugna en que nos hallamos empeñados todos.

Y si después de pesar todo lo que esto significa, miramos lo que ha sido el libro y la cultura en Bolivia, no podemos menos que admirar profundamente al ver cómo, la voluntad humana, la capacidad innata y propia de nuestro pueblo ha vencido esa maldición y se ha impuesto a pesar de ella y por encima de ella.

Y por último, cuando examinamos atentamente la trayectoria del libro boliviano, al comparar causas y efectos, resistencias y productos, no es posible menos de proclamar que Bolivia abofetea victoriosa al destino y a las fatalidades,

y que por sobre ellas, edifica fuerte, sobre granito eterno pues es carne de nuestra carne, el gran edificio de nuestro progreso y de nuestra cultura.

La Paz, 27 de Octubre de 1949.

Juicios añejos sobre nuestra Literatura

FACETAS DEL
INTELECTO
BOLIVIANO

JUICIOS AÑEJOS SOBRE NUESTRA LITERATURA (*).

Nuestra historia literaria es posible que sea el aspecto más desatendido en el conjunto de las actividades culturales bolivianas; dejando de lado antologías sin mayor significación como la de José Domingo Cortés por ejemplo, como historia o crítica literaria, tenemos que remontarnos a Santiago Vaca Guzmán en su poco conocido volumen de 1883. Después aparecen los estudios de Emilio Finot, de Abel Alarcón y el último de carácter completo de Enrique Finot. Mención muy especial merecen los diversos ensayos que al respecto dedicó Gabriel René-Moreno, que reunidos, en realidad constituyen todo un tratado de conjunto sobre los poetas bolivianos de la primera mitad de nuestra vida republicana.

Los primeros estudios críticos en Bolivia, según René-Moreno, fueron los anónimos que como diálogos de *Los dos Pepes*, aparecieron en Potosí en 1845, con motivo de la publicación de un célebre discurso de don Andrés María Torrico titulado *Elogio de la Jurisprudencia*. El asunto llamó la atención y el discurso motivó estas críticas y las consiguientes réplicas, todas ellas anónimas.

En ese mismo año, Manuel José Cortés pronunciaba una conferencia sobre «El espíritu y carácter de la literatura hispanoamericana». De allí a poco, en las columnas de *La Epoca* de La Paz, aparecía el estudio sobre el mismo tema del español Antonio Alcalá Galiano y la réplica que a sus conceptos hiciera desde Montevideo el argentino Esteban Echeverría.

Pero estudios directos y concretos sobre nuestra literatura, no conocemos otros más antiguos que los de Manuel María Caballero y Jorge Delgadillo de 1863, anteriores en un año al de René- Moreno titulado *Introducción al estudio de los poetas bolivianos* (Santiago, 1864). Y es sobre estos ensayos de Caballero y Delgadillo que nos vamos a permitir hablar.

Caballero era un filósofo al estilo de la antigua Grecia; su ideología estaba encaminada «hacia el positivismo experimental de las ciencias naturales», y

---

*. a) *La Razón*, 1947, abril 13 y 27.
b) En *Cuadernos de Cultura. Juicios añejos sobre nuestra literatura*, Ediciones UMSA, 1956; 63. El artículo de HVM., p. 3-18.
c) *En Facetas del intelecto boliviano*, Oruro, 1958; 225- 235.

de ello había ya dado pruebas con su prédica y con la fundación en 1851 de la «Sociedad Filética», cuyo objeto era «el repaso de las ciencias y letras y el estudio de las artes en cuanto tiendan a perfeccionar aquellas», teniendo un carácter acentuadamente materialista.

De Caballero dice René-Moreno: «Su estoicismo y su positivismo se avenían en él con las hermosas ocupaciones. El enseñaba muy bien a leer en Platón para toda la vida. En su plática grave y razonada trascendía cierta expansión hacia lo ideal en las bellezas del arte y aún del amor. Era como si Epicteto hubiese asistido al banquete en casa de Agaton, para sacar de allí radiante su austeridad adornada como las obras de Fidias con el resplandor de lo verdadero. Un día alguien le preguntó ¿cuál es el soberano bien? y contestó: Serenidad. Era un espíritu sereno».

El 14 de septiembre de 1862, se fundó en Sucre bajo la presidencia de Caballero, una entidad cultural con el nombre de «Sociedad del Progreso» y que parece que después se llamó simple y llanamente «Sociedad Literaria»; secretario de ella don Jorge Delgadillo. Organo de la sociedad fue la revista *La Aurora Literaria* que en esta su primera etapa alcanzó diez números, del 1° el 4 de octubre de 1862, al 10° el 30 de diciembre de 1863. En esta revista, en sus números 2, 3 y 4, apareció el estudio de Caballero titulado: «Algunas ideas sobre la literatura de Bolivia» y después en los 7, 8 y 10, el de Jorge Delgadillo: «Breves reflexiones sobre nuestra literatura», que no es sinó un comentario y glosa del anterior.

El carácter objetivo del estudio de Caballero se conoce desde el pensamiento en francés de V. de Mars que le sirve de epígrafe, y que traducido dice: «Es difícil que un pueblo pueda producir alguna cosa grande, cuando su existencia política es incompleta y cuando a la vez se halla desheredado de su pasado e incierto en su porvenir». René-Moreno nos ha pintado a Manuel María Caballero como un filósofo materialista, y aquí ya en estas líneas que escogió como pie de su estudio sobre la literatura boliviana, se ve al positivista observador de la realidad social, que no alienta optimismo patriotero de lo que fue o es la literatura de su patria.

En efecto, si hoy, casi un siglo más tarde de que se escribieron esas palabras, nuestra vida política es incompleta, que vacila, entre la renunciación al pasado y la incertidumbre hacia el porvenir, ¿qué podría pensar en 1863 un hombre del talento de Manuel María Caballero? Mitre afirmaba que «la América Meridional no tiene literatura o la que tiene no constituye ni las simples muestras de sus múltiples formas y géneros», considerándola apenas como material de la que en el futuro será. Consecuente con aquella idea, Caballero no se hace muchas ilusiones respecto de nuestras letras.

Comienza aceptando el principio que la «literatura de un país representa el grado de su civilización», para a renglón seguido definir lo que entiende por literatura: «Eco de las ideas dominantes, pintura casi siempre exacta de las costumbres e instituciones, repertorio en que se guardan algunas reminiscencias del tiempo pasado, y aún se consignan las aspiraciones y proyectos de que se hallan preocupadas las inteligencias distinguidas de la época, la literatura no puede ser menos que la mejor página de la historia contemporánea de un pueblo, y aún página que revela lo que ese pueblo fue, y lo que puede llegar a ser, en el movimiento incesante de la humanidad». Ese era el concepto positivo de lo que era la historia literaria y tal idea la hallamos en Guizot, anterior a Caballero y en Taine, contemporáneo suyo.

Pasada esta introducción, entra a averiguar lo que fue o pudo ser la literatura primitiva o precolombina, concluyendo que «cuando faltan datos, es necesario resignarse al silencio que vale más que un juicio imprudentemente aventurado». Con todo, deja sentado que los españoles que vinieron no traían ni mucho menos la intención de dedicarse a estudiar la literatura peruana y que Garcilaso, influido ya por su educación europea, ve en todo a Cervantes y a Virgilio, y que contempló a su raza ya conquistada y esclavizada. En cuanto a que el antiguo Perú no conoció ni la epopeya ni el romance, ni la oda, ni el drama, ni la historia, dice: «Todo esto puede ser cierto en el sentido clásico, porque es probable que los peruanos del siglo X no hayan leído ni la Retórica de Cicerón ni el Arte Poético de Horacio; pero ¿cuáles eran los equivalentes que cultivaban? ¿Qué es lo que para entusiasmar a la multitud producían sus bellos- ingenios?». Como podrá verse la lógica positivista de Caballero era absolutamente precisa.

De dos brochazos define la actividad intelectual de la colonia, ya que califica esos trescientos años como «tiempo de profundo sueño para la América meridional; época de la más calculada esclavitud, y de la más franca explotación de hombre a hombre», para concluir con el manido concepto de que «un pueblo esclavo tampoco puede tener literatura». Posiblemente en 1863 no se estaba en condiciones de afirmar lo contrario, más por ceguedad anti-hispánica que por ignorancia. Ya sabemos hoy lo que fueron Calancha, Bernardino de Cárdenas, Escalona y Agüero, etc., etc., en la cultura colonial de lo que hoy es Bolivia.

Define Caballero la situación del que pretende escribir sobre literatura boliviana. «En efecto, pueblo recién aparecido, o mejor dicho, renovado, resucitado de trescientos años a esta parte, sufriendo la influencia de las varias fuerzas que obran en todo trabajo de organización, no hemos tenido el tiempo suficiente para demostrar nuestro carácter y tendencias de una manera definitiva, ni nuestros artistas han dispuesto del que necesitaban para tomar nuestros

perfiles y relieve». Concluye, que quien tal empresa acometa apenas si podrá trazar un bosquejo «en el que la indecisión de los toques será el carácter dominante». Y es, precisamente, esta indecisión de toques lo que caracteriza el corto estudio de Caballero que estamos glosando; no cree firmemente en nuestra literatura, cual lo deja traslucir desde el comienzo, y de allí esa indefinición.

Continúa señalando a la imitación como características de nuestra producción literaria. «Nuestros poetas, -dice-, olvidando el clima y posición central del país que habitan, suelen hablarnos del abril florido, de los labios de coral, pequeñas negligencias que provocan la sonrisa del observador». Pero este defecto, como muchos otros defectos de nuestra psicología social, no es exclusivo de Bolivia; esa imitación, ese abril florido, esos labios de coral, se leen en todas las composiciones poéticas de Hispano-América, de México al Cabo de Hornos. El mal que censura Caballero, no era patrimonio de Bolivia sola sinó de todo el Continente, al igual que el militarismo y las revoluciones periódicas que son su natural consecuencia.

Igual fenómeno imitativo -que el francés Gabriel Tarde estudiara tan bien como factor social-, se ve en el duelo y el suicidio que Caballero considera como exóticos en nuestro medio. En Hispano-América, tanto el uno como el otro, se practicaron con verdadera manía -manía imitativa-, sobre todo, el suicidio llegó a ser casi una moda en un neo-romanticismo enfermizo que unía los dolores de Werther a la bohemia de Rodolfo, y en que enamorados de una Carlota o una Mimí, enlutaban sus liras y dolidos de sus desdenes buscaban la paz en los paraísos artificiales, o la definitiva en el revólver o el veneno.

Nuestro continente, en busca de su propia personalidad, ha comenzado por imitar; ya está saliendo de ese estadio, y ya se encontrará a sí mismo. No de otro modo sucedió con la poesía latina, según lo afirma Taine.

Remarca Caballero, que la literatura boliviana ha dado buenos oradores; naturalmente; países de facundia como los nuestros, rodeados de una naturaleza exhuberante, educados en el peripato de la Academia Carolina, por fuerza, la poca o mucha inteligencia habría de desviarse hacia la oratoria, falso espejismo del talento con que nuestros politiqueros han engañado siempre al pueblo, mientras el burdo militarismo lo oprimía con su bota insolente. Igual cosa puede afirmarse de la prosa política, que Caballero dice estar muy desarrollada en Bolivia. Hermana legítima de la oratoria, en un país sin industrias como el nuestro, ambas han sido el «opio del pueblo».

II

Se refiere también a que «la historia se ha ensayado con mal éxito». Caballero se abstiene en lo absoluto de dar nombres propios, pero en este caso, fácil es saber que sin duda refiérese a Manuel José Cortés, que acababa de publicar en 1861 su *Ensayo sobre la historia de Bolivia*, bastante deficiente y apasionado sobre todo en lo que se refiere al régimen belcista, pero con todo, para su época, bastante bien escrito y en todo caso muy superior a los *Apuntes* de Urcullu de 1855, que no pasan de una simple y mal pergeñada crónica.

El tercero y último artículo de Caballero, trata de lo que será algún día la literatura boliviana y estudia los factores concurrentes a su formación. En primer lugar, el idioma, reconociendo que hemos adelantado ya muchos años, al tener una lengua hecha definitivamente ya, cual es la española, tan rica y expresiva, y no estar pasando por el muy largo proceso de formación por el cual han atravesado otros pueblos. Pero esta ventaja queda disminuida al pensar que, precisamente por ello, nuestra literatura será muy semejante a la española, casi como hija suya.

Otro factor que Caballero considera en la formación de la literatura boliviana, es el de las instituciones y costumbres; piensa que las españolas que heredamos se están modificando «por los libros y comercio que recibimos y mantenemos con otros pueblos, sin contar con lo que nos pertenece exclusivamente».

Pero el factor al cual da más importancia Caballero, es al influjo de la naturaleza, «que está llamada a modificar profunda y radicalmente nuestra literatura». Piensa que es absurdo «que se vaya a buscar el interés y el entusiasmo en reminiscencias de lecturas, cuando nos rodea, nos toca y nos penetra cuanto hay de más bello en la creación. Contemplad nuestras montañas gigantescas, eternamente cubiertas de nieve y de verdura, seguid el curso majestuoso y prolongado de nuestros ríos, escuchad el ruido solemne de las grandes aguas, penetrad en nuestros bosques antiguos como el mundo, o extraviaos en nuestras vírgenes y graciosas florestas, aspirad el viento etéreo que surca nuestros desiertos, a los que una bondad infinita ha suprimido lo triste, dándoles sólo lo imponente; y cuando todo esto nos haya saciado de ideas sublimes, elevad vuestras miradas a ese cielo que no conoce nubes, o empapaos en nuestro aire que no es más que el aliento de una infatigable primavera. No se exija de vosotros sino que *dejéis obrar* sobre vuestro ser al espíritu que preside a todas estas cosas, bien así, como el ilustre Goethe lo hacía para producir sus creaciones inmortales, y cuando sintáis la transfiguración, calcularéis mejor que ahora cuánta ingratitud ha habido en descuidar por tanto tiempo, este pequeño mundo de maravillas».

Hemos copiado, así largo como es, este párrafo de Caballero, tanto por la belleza plástica de la descripción, cuanto por el pensamiento que encierra. Se nota en lo copiado, el profundo sentido religioso del autor, que siendo como era un materialista empedernido, por fuerza tenía que manifestarse en la forma panteísta de que está impregnado el párrafo transcrito.

El estudio concluye diciendo: «La literatura boliviana está llamada, seguramente, en un porvenir no muy lejano, a un magnífico destino. Son materiales con los que elevará sus monumentos, las costumbres apacibles de un pueblo que no ha llegado todavía ni al desencanto ni a una refinada corrupción; instituciones en cuyo fondo está el principio de libertad que ha inspirado las grandes cosas en todos los tiempos, una naturaleza bella como podría soñarla el poeta, y por último, un idioma que ya casi perfecto puede prestarse a todas la exigencias del pensamiento más aventurero». Como últimas palabras, Caballero hace un llamado a la juventud para que coopere a esa obra.

Un ligero prejuicio que entrelíneas se vislumbra en Caballero contra el idioma, puede que tenga su origen en lo que de él dice su discípulo predilecto René-Moreno: «Cuando todos odiaban el latín, Caballero lo amaba traduciéndolo garbosamente; pero lo amaba sin predilección sistemática, inclinando más bien sus preferencias del lado inglés para la poesía en los tres géneros nacionales y del lado francés para la gran prosa de los hermosos tiempos. España no entró nunca en su reino sino para los menesteres domésticos de la gramática. Se contentaba con pedir cierta limpieza en el lenguaje. Contra la integridad del mote académico, no se cuidaba nada ni del esplendor ni de la fijeza».

Los materialistas y positivistas del siglo XIX estaban todos imbuidos de un prejuicio antihispánico. La política obscurantista que caracterizó a España en esa época, unida a su tradición intolerante, no la hacían simpática al resto del mundo. En América, vivos todavía los resquemores de la guerra de la independencia, se la veía aún bajo el aspecto que le habían dado los demagogos de la revolución y que habían justificado los españoles con sus desatinadas crueldades. Los hombres cultos como Caballero que sabían inglés, se hallaban bajo la influencia de Buckle, cuyo libro aparecido en 1857 y en 1861, había marcado época en los estudios socio-históricos. Como complemento de este aserto, está otro materialista cruceño de esos tiempos, Nicomedes Antelo, quien era otro imbuido de las conclusiones de Buckle respecto a España.

Como podrá verse por todo lo que se ha dicho, el juicio de Caballero está perfectamente encuadrado en el positivismo que profesábase en esa época en Europa, pero que apenas si había tenido tiempo de llegar a Bolivia. Monista en su concepción del cosmos, ajeno a toda creencia en poderes extraterrenos que obren sobre la naturaleza y la conducta humana, Caballero buscaba en la

vida y la realidad misma la razón y el por qué de las cosas. Se nota en él, al asiduo lector de Mostesquieu, como de Holbach, de Locke, de Diderot, de Condorcet y Lamarck. Sus conclusiones de 1863, aparecen con un año de anticipación a la *Historia de la Literatura Inglesa* de Hipólito Taine y con tres a la *Filosofía del arte* del mismo, que es donde mejor vemos estudiada esta influencia del medio, la raza y las instituciones sobre la obra de arte. Si las fechas no estuvieran tan claras en sus datos, con certeza concluyente, creeríamos a Caballero un discípulo directo de Taine.

En los números 7, 8 y 10 de *La Aurora Literaria* de 1863, como comentario y glosa al ensayo de Manuel María Caballero, se publicó el ya referido trabajo de Jorge Delgadillo titulado «Breves reflexiones sobre nuestra literatura». De acuerdo con los tópicos y conclusiones de Caballero, Delgadillo no hace sino puntualizar algunos aspectos de nuestra obra literaria, llamando la atención en primer lugar, sobre el lirismo que la caracteriza, y tal cual se manifiesta en los versos de Loza, Cortés, Bustamante, etc.

Se queja de que la comedia no haya aparecido entre nosotros, al igual que la epopeya, la tradición y la leyenda «a pesar de que nuestras tradiciones populares nos ofrecen asuntos verdaderamente poéticos». En cuanto al drama, dice que se ha ensayado con éxito «principalmente por la juventud paceña», pero que esas obras son poco conocidas en la capital de la República; cita a Félix Reyes Ortiz, como a uno de los principales cultivadores del género.

Se queja enseguida de la falta de crítica, que considera indispensable para corregir y enderezar nuestra producción literaria. Traza un cuadro de lo que publican las gacetas y dice: «Todos saben que entre la multitud de periódicos que podemos registrar en nuestros archivos, son muy pocos los artículos y composiciones poéticas que en rigor pueden figurar en la línea de las producciones correctas; el descuido completo de las reglas gramaticales y muy especialmente las faltas ortográficas; los galicismos y neologismos que se cometen y la falta de propiedad y precisión con que se usan las expresiones, hasta por personas que entre nosotros gozan de reputación literaria, han contribuido a desvirtuar la naturaleza e índole propias del idioma del inmortal Cervantes y del divino Herrera».

Concluye Delgadillo su estudio señalando la influencia ejercida en nuestra literatura por la española y la francesa, para terminar con este juicio: «Cierto es que las producciones americanas serán todavía por mucho tiempo cuadros que revelen los colores de otras paletas; pero siempre en el fondo de ellas se reflejará nuestra originalidad, se dará a conocer el genio americano, melancólico y casi sombrío cuando lamenta las desgracias, tierno, apacible cuando desahoga los sentimientos del corazón y majestuoso y sublime cuando se lanza entre los mundos en alas de la inspiración».

Curioso es constatar que hoy, ochenta años más tarde que Manuel María Caballero y Jorge Delgadillo, no es mucho lo que tenemos que apartarnos del juicio de esos hombres acerca de nuestra producción literaria; eso sí, repetimos lo antes dicho: que los defectos apuntados no son propios y exclusivos nuestros, sino patrimonio de todos los pueblos hispano-americanos. Incluso los más notables: la imitación y el lirismo, nos tocan a todos por igual y ya sobre el tema en 1943, nos habló Enrique Finot llamando la atención acerca del fenómeno. Todo ello está trasmutándose. La tendencia vernacular, nueva en el continente, se ha extendido también a nuestro país, y después de las naturales exageraciones, tratará de particularizarse hasta encontrar la verdadera alma de nuestra tierra. Sea en una forma neo-indígena, o en otra del viejo y glorioso cuño hispánico, Bolivia ha de fisonomizar su personalidad literaria en un resumen de su varia naturaleza, de sus diversas razas y de sus propias tradiciones.

La Paz, julio de 1946.

Comentarios Bibliográficos

ARTURO COSTA DE LA TORRE

CATALOGO DE LA
BIBLIOGRAFIA BOLIVIANA

TOMO SEGUNDO

[illegible]

[illegible]

La Paz — [illegible]

COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS

I. Autores bolivianos. *II. Autores extranjeros. III. Varios autores en conjunto. IV. Revistas.*

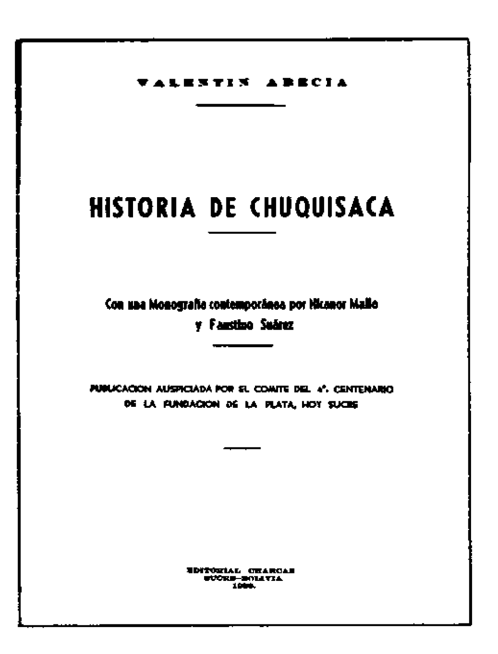
I

AUTORES BOLIVIANOS

ABECIA, Valentín: *Historia de Chuquisaca*, con una *Monografía Contemporánea por Nicanor* **Mallo y Faustino Suárez. Publicación auspiciada** *por el Comité del 4° centenario de la fundación* **de La Plata, hoy Sucre. Ed., Charcas, Sucre.** 1939; 445 p. con numerosas ilustraciones **intercaladas en el texto (1).**



102 Valentín Abecia (1846–1910).



VALENTIN ABECIA

HISTORIA DE CHUQUISACA

Con una Monografía contemporánea por Nicanor Mallo y Faustino Suárez

PUBLICACION AUSPICIADA POR EL COMITE DEL 4°. CENTENARIO DE LA FUNDACION DE LA PLATA, HOY SUCRE

103 205 x 124; 445 p.

A pesar de su profesión de médico, el doctor Valentín Abecia, fue un político destacado que llegó hasta la segunda vicepresidencia de la República. Sus principales actividades se desarro-

1. a) *Revista de Historia de América*, México, 1939, N° 7; 135-36. b) *La Razón*, 1949, abr. 10.

llaron en el ramo de las letras históricas; publicó unas *Adiciones a la Biblioteca Boliviana* de Gabriel René-Moreno, de gran valor histórico y bibliográfico; sus folletos de refutación a los estudios históricos de Monseñor Taborga y otros de la misma índole, lo acreditaron como inteligente cronista.

Casi treinta años después de su muerte –falleció en 1910–, y con motivo del cuarto centenario de la fundación de su ciudad natal: La Plata, Charcas, Chuquisaca, hoy Sucre, aparece este macizo y lujoso volumen, con gran cantidad de ilustraciones, bajo el título de *Historia de Chuquisaca*, obra del doctor Abecia.

Es una valiosa contribución a la bibliografía histórica nacional, ya que la edición se hace integra, sin recortes, tal cual el autor la dejó. Se ha agregado, al final, previa la advertencia del caso, una monografía contemporánea de Sucre, propia de los señores Nicanor Mallo y Faustino Suárez, con la cual el libro queda completo.

Hay dos cosas de excepcional importancia en este libro de Abecia: la crónica de la colonia, en lo que toca a la Universidad Mayor Real y Pontificia de San Francisco Xavier, que tenía su sede en dicha ciudad, como la que le sigue inmediatamente, la del primer chispazo revolucionario que originó el incendio de la emancipación. No cabe duda que la primera intentona, abogadil pero enérgica del 25 de mayo de 1809 en Chuquisaca, fue el toque a rebato para la libertad que se realizó más de quince años después y como emergencia de la batalla de Ayacucho.

Hace años, en 1914, el doctor Luis Paz había publicado una Historia de la Universidad, pero demasiado deficiente y tomada literalmente de muchos autores apropiándose la paternidad de ajenas investigaciones y de ajenos estilos. Aún así, tal historia no alcanzaba a dar una idea cabal de lo que fue en su tiempo ese célebre centro dé cultura de donde irradió el pensamiento revolucionario a todo el virreinato.

El caso es ya distinto con la obra de Abecia, pues en ella se copian los documentos de su creación e instalación, sus constituciones y una cantidad enorme de datos sobre los estudiantes que por esas aulas pasaron. Sin ser completo el cuadro –que dista mucho de ello, por haberse quemado gran parte de la documentación de la Universidad–, el lector puede ya formarse una idea del ceremonial, estudios, características, etc., de la vida estudiantil o mejor dicho intelectual de la Charcas de ese entonces.

ALARCON, Abel. *Cuadros de dos mundos*, La Paz, Gisbert y Cía., 1949; 161 p. (2).

El género de la crónica turística es uno de los más socorridos y fecundos. Periodistas y corresponsales a porfía rivalizan en escribir artículos acerca de lo que ven en el curso de sus viajes; por lo general, la mayor parte de esa literatura está inspirada en el clásico *Baedecker*, que todos repudian en público, pero que en privado, todos consultan acuciosamente y saquean en provecho propio. Muy distinto es el caso de quien viaja por placer cultural y de quien con amor aprecia lo que observa a través de su temperamento y para su propia recreación apunta sus impresiones.

Tales reflexiones vienen a la mente con motivo de la lectura del libro de don Abel Alarcón, *Cuadros de dos Mundos*, editado el presente año de 1949 por la Librería Gisbert de esta ciudad de La Paz en los talleres de la imprenta López de Buenos Aires.

---

2. *La Razón*, 1949, agos. 7.



[illegible] *Abel Alarcón* ([illegible])

ABEL ALARCÓN

[illegible]

CUADROS DE DOS MUNDOS

LIBRERIA "LA UNIVERSITARIA"
GISBERT Y CÍA.
LA PAZ • BOLIVIA
1949

105 168 x 96; 161 p.

El autor don Abel Alarcón, actualmente el patriarca indiscutido de las letras bolivianas, es un escritor de polifacéticas actividades. Fino y exquisito poeta, prosista gallardo, catedrático notable; por encima de todas estas cualidades de intelectual, tiene la muy suya, muy personal, de su gran señorío, de su delicadeza de sentimientos, de su caballerosidad a toda prueba y de su hombría de bien que ha sabido imponer veneración aquí en Bolivia, donde nuestra intransigencia criolla no respeta nada ni a nadie.

Y, precisamente, como hombre de verdadero valer, Alarcón se caracteriza por una sencillez que a ratos tiene puntas y ribetes de unción apostólica. Así lo vemos pasar por las calles de La Paz, enfundado en su traje negro y con un chambergo que cubre la crespa melena en la cual los años y la vida ya dejaron sus huellas de nieve. Su andar suave es interrumpido con frecuencia al detenerse a departir con los numerosos amigos que con todo respeto y afecto se le acercan a saludarle.

Nadie como Abel Alarcón para haber inspirado tanta devoción y cariño, pues ha sabido ponerse muy por encima de nuestras pasiones pueblerinas y comprendiéndolas y por consiguiente, perdonándolas, ha tenido el supremo buen gusto de cubrir nuestras lacras con una sonrisa de bondad. Alguna vez en charla íntima, dijo al autor de estas notas que consideraba que la maldad, la envidia y otras pasiones bastardas, no eran propias de la naturaleza humana, sino efectos de un hígado enfermo, para añadir sonriendo apaciblemente, que él era muy sano del hígado, pues tales sentimientos dañinos, los conocía por los libros, pero no por haberlos abrigado alguna vez.

Ahora, Abel Alarcón nos regala este libro de crónicas de viaje. El tema no le es extraño a quien en la evocación histórica nos ha dado *En la Corte de Yahuar Huacac* que ha tenido

necesidad de reeditarse, y en *Era una vez*... sin disputa la mejor imagen novelada del legendario Potosí de la colonia, y para quien también ha escrito *California la Bella*.

Cuadros de dos mundos titula Alarcón sus crónicas pues efectivamente son mirajes y evocaciones de Europa y América. Melancólicamente, cual si fuera un testamento, ha puesto en su primera página: «Algo de lo que he visto que todos podrán ver. Algo de lo que he visto que nadie verá más». Muy cierto; hay cuadros allí que todos podrán admirar como Río de Janeiro, el Escorial, California, etc. Pero también está Nuremberg con su palacio de la época de los Staufen y el Alcázar de Toledo, de los cuales parece que hoy no queda nada más que escombros.

El libro empieza con un prólogo del culto escritor Carlos Gregorio Taborga, prólogo en el cual se diseña la personalidad de Alarcón y se hace un análisis de su obra. Sigue después con el castillo de Schoenbrunn, cuya riqueza describe, no dejando de colocar la nota fúnebre de la sombra del Aguilucho paseando sus sordos anhelos de dominio entre las maravillas de su dorada prisión.

Sigue Gratz, a la cual el propio Alarcón llama «La perla de Styria», y que tanto admiró como que le ha dado tema para un libro anunciado de próxima aparición. Una palabra de elogio para Peter Rossegger, el novelista de Styria, a quien compara con José María de Pereda. La descripción que hace del museo es notable, y nos transporta a pleno siglo XVII, incluso con sus cuentos y leyendas. La Armería Real de Madrid detiene la atención del viajero y las evocaciones se atropellan: Carlos V le trae enseguida a la memoria el maravilloso Potosí en la patria lejana, y don Juan de Austria a Lepanto.

A propósito de este grande y tan admirado por Alarcón, don Juan de Austria, que como todos saben era hijo ilegítimo de Carlos V, nuestro autor trae estos versos:

Mi pobre madre llora mis penas
y cuando quiere calmar mi mal,
Llorando dice que por mis venas
Corre un torrente de sangre real.

Y añade como explicación: «No sabemos dónde, cuándo ni cómo hallamos esta popular joya literaria; pero si la guardamos y ahora sale por primera vez del cofre de nuestra memoria». Si Alarcón se hubiese remontado en recuerdos a las primeras lecturas románticas de su infancia, hubiera encontrado el olvidado origen de esos versos; forman parte de la canción que Enrique Pérez Escrich en su popularísima obra *El mártir del Gólgota*, pone en boca de Boanerges «El Hijo de Trueno», en su serenata a María de Mágdala; Boanerges aparece aquí como hijo bastardo de Antípatro, que a su vez era hijo de Herodes el mal llamado el Grande; de allí la alusión a la sangre real que corre por sus venas. Pero sigamos con los interesantes relatos y descripciones de Alarcón.

El capítulo sobre el Escorial es precioso; se detiene el relato en lo que es como monumento, y en cuatro palabras nos resume cómo cuánto de más bello tenía Europa se volcó para su construcción: «Jaspes rojos de Burgo de Osma y Espeja; los verdes de la ribera del Genil; los obscuros de Aracena; los mármoles de Filabres; los cristales y oros de Milán; los brocados de Florencia; los damascos y terciopelos de Granada; las esculturas toledanas, todo fue a dar al Escorial y repartióse para suntuoso ornamento de su sacristía, de su coro, de sus salas capitulares y de su palacio».

Pero Alarcón no se deja deslumbrar por lo exterior y el alma misma de esa gigantesca maravilla la capta cuando con toda delicadeza nos dice al final de su capítulo: «Grande es el Escorial, pero, quien sabe lo es más aún el recuerdo que en él flota del sufrir de los sufrires de aquel en cuyos Estados no se ponía el sol....» Efectivamente; sobre esa montaña de granito tallado que es el Escorial flota hasta hoy y puede que por siempre, el espíritu sombrío de Felipe II, a quien se lo evoca en sus torturas atroces que aun hoy hacen estremecer al leer sus descripciones. Thomas Walsh en una biografía notable nos describe esa agonía en forma tal que justifica plenamente la frase de Alarcón «el sufrir de los sufrires....»

Toledo, Sevilla, la Alhambra de Granada, Córdoba. Allí está gran parte del Medioevo español, el mismo que aún continuaba vivo seis siglos después. Recuerdos de la Posada de la Sangre o Mesón del Sevillano, en el cual en 1932, quien estas líneas escribe tuvo oportunidad de saborear una excelente «paella», en compañía de Guillermo Francovich, actual Rector de la Universidad de Charcas y uno de nuestros más grandes escritores. En el interior de la Posada de la Sangre hay un cuadro que representa a Cervantes escribiendo «La ilustre fregona», y todo ello emociona al turista y le hace prorrumpir en elogios al inmortal Cervantes, cuyo nombre evoca junto con el de su solar nativo La Paz cuyo corregimiento pidió el Manco sublime.

La sombra del Greco gravita sobre Toledo como la de Felipe II sobre el Escorial. Theotocopuli es Toledo, tal cual nos lo ha dicho Mauricio Barrés. Alarcón habla de sus recuerdos que el Conde la Vega de Inclán reuniera con maestría y cuidado sin igual. Sevilla [illegible] nos trae a la memoria la lejana América. Aquí en los malecones del Guadalquivir, sobre la Torre del Oro, arribaban los famosos galeones de Indias trayendo el oro que fue la ambición de España, y aquí también se embarcaban rumbo al Nuevo Mundo y en busca de fortuna, los íberos cuya sangre ennoblece nuestra estirpe.

Alarcón confiesa ser un creyente y lo hace con toda fe y convicción; pero ello no llega que le haga creer en supersticiones. De allí su sonrisa de franco excepticismo ante las cruces de la Casa de Pilatos que se asegura ser de la misma madera de la cruz del Calvario; con un deseo de malicia y contagiado quizá del espíritu picaresco de Andalucía, evoca nada menos *La Reliquia* de Eça de Queiroz.

En la Alhambra hay aire de gitanerío y de recuerdos morunos; Boabdil y Washington Irving. En Córdoba se extasía Alarcón ante la famosa mezquita de Abderraman I en el siglo VIII y que es asombro del mundo; cuenta simple y llanamente que la Catedral católica se alza en medio del bosque de columnas del templo musulmán, pero se olvida decir que el comentario de Carlos V a los profanadores de esa maravilla del arte árabe fue: «Habéis construido lo que se puede encontrar en todas partes, y habéis destruido lo que era único en el mundo».

En Alemania, Nuremberg quizá podría corresponder a lo que en España son Toledo o Granada; semejantes en tradición y en recuerdos arquitectónicos, se hermanan también en el destino histórico. En medio del tráfico y actividad comercial modernos, en Nurenberg, parece que aún vivieran Hans Sachs el zapatero maestro cantor y Alberto Durero el genial pintor. Con las maravillosas planicies de Holanda, la tierra de los tulipanes y sus campos hermosos, concluyen las visiones del Viejo Mundo.

América nos la presenta Alarcón por su punto neurálgico, el corte de los dos continentes y el centro de un tráfico mundial: Panamá. Sigue Nueva Orleans con su origen galo y su importancia actual para el comercio del golfo de México. Después California en varios de sus aspectos; Nueva York, Río de Janeiro y el Palacio Torre Tagle en la capital del Perú que cierra con llave de oro este precioso volumen de panoramas y evocaciones.

Y es que aquí precisamente radica el valor del libro. No es uno de descripciones tediosas sea por su superficialidad o por lo exageradamente eruditas. Aquí en este libro se nota una finísima sensibilidad para aprehender en cada punto aquello que es su alma y saberlo apreciar con conocimientos que revelan gran cultura histórica y artística. Y la descripción es tal cual elegante, con ese estilo tan pulido y galano de Alarcón y con su nota de saber que a fuerza de discresión se deja caer suavemente y no cansa en ningún momento.

En una palabra, pocos libros como el presente de Abel Alarcón, tan rico en emociones evocativas y escrito con tanta finura de ingenio como elegancia de estilo.

La Paz, julio de 1949.

ALBA, Walter. *La contribución de Bolívar al Derecho Internacional,* Potosí Ed. Atenas, 1939; folio, cuatro + 24p. (3).

Walter Alba, universitario potosino, ha muerto en la flor de la edad, cuando mucho esperábase de su talento y de la seriedad de sus estudios. Sólo deja este ensayo cuya publicación hace su hermano, el distinguido intelectual Armando Alba, verdadero mantenedor de la cultura en tierras del Potosí. Folleto pequeño, pero lleno de fuerza y de comprensión inteligente.

La personalidad del libertador del nuevo mundo es demasiado compleja y cada día que pasa se le encuentran nuevas y muy originales facetas. Una de esas es ésta analizada por Alba. Estudia al héroe máximo de las Américas desde el punto de vista del derecho internacional; su pacifismo, a pesar de ser un duro y hábil guerrero, sus ideas sobre el derecho de gentes, cual se resume de tantos documentos y cartas privadas; el Congreso de Panamá y por último, tópicos precisos, cuales son el principio de solidaridad internacional, el de arbitraje, el *uti-possidetis juris,* etc., etc.

Ensayo corto, pero valioso el de Walter Alba. Lástima que como los amados de los dioses, al decir de Menandro, se nos haya ido joven. Después de leer esta su interpretación de Bolívar, había derecho a esperar algo muy grande del joven estudioso.

La Paz, septiembre de 1939.

ALBORTA VELASCO, Oscar, *En la ruta de Ñuflo de Chávez. El Oriente Boliviano,* La Paz, Ed. Universo, 1953; V + 309+dos p. (4).

El panorama geográfico y económico de la República de Bolivia se nos presenta como un conjunto de zonas diversas que a pesar de ello, constituyen un todo homogéneo, precisamente por esa diversificación que no hace sino complementar entre si esas diferentes regiones. Entre la alta montaña que esconde en las nubes sus cimas cubiertas de nieve eterna, y los bosques tropicales con su lujuriosa vegetación, hay toda una gama de variaciones infinitas que se presentan como una sinfonía maravillosa de colores y como un muestrario de riqueza en todos los órdenes de la naturaleza.

3. *La Razón,* 1949, feb. 20 y repetido en abril 10.

4. El presente trabajo se publicó como prólogo al libro citado.

OSCAR ALBORTA VELASCO

EN LA RUTA

DE

ÑUFLO DE CHAVES

(El Oriente Boliviano)

Edición financiada por "Premio Simón I. Patiño" a la Cultura Boliviana.
Concurso de 1952.

LA PAZ-BOLIVIA
1953

106 153 x 100; V + 309 + dos p. Este libro lleva prólogo de HVM.

Resumiendo en sus grandes síntesis, tenemos a Bolivia dividida en sus tres zonas: la minera o altiplánica que es la más desarrollada; la valluna en plena transformación y la tropical con sus enormes riquezas en potencia aún.

Los infinitos bosques y llanuras del Oriente boliviano con su clima tropical y su suelo virgen ofrecen incalculables posibilidades tanto en la producción misma, cuanto en la mecanización de la agricultura que allí no encuentra obstáculo alguno, ya que puede desarrollarse por miles de kilómetros cuadrados sin mayor dificultad que la extensión misma.

De allí que la zona minera, la más poblada y esencialmente consumidora, tiene que complementarse con la producción de la zona tropical, cumpliéndose en esta forma lo que ya se ha dicho por ilustres tratadistas: que el Oriente tropical es la integración del Macizo Boliviano, o viceversa.

Planteada así, en su prístina sencillez esta tesis queda, pues, fuera de toda duda que cualquier intento por vincular estas dos partes componentes de Bolivia, sea en lo material de las vías de comunicación como en lo espiritual de su mejor conocimiento mutuo, es digna de todo encomio y merece no sólo el aplauso sino la colaboración esforzada de todos y cada uno de los bolivianos ya que esa unión es el sostén más fuerte de la nacionalidad.

Y, precisamente en este terreno y con estos propósitos aparece este libro *En la ruta de Nufrio de Chaves*, de que es autor el Ingeniero Agrónomo señor Oscar Alborta Velasco, quien tanto en el campo periodístico como en el de la acción práctica viene trabajando de antiguo por un mejor conocimiento y una más estrecha vinculación entre Oriente y Altiplano, para así forjar la gran Bolivia del futuro con la cual todos soñamos.

Al ingeniero Alborta Velasco le viene de lejos la vocación que trasunta en estas páginas; tanto por el lado paterno como por el materno, cuenta con hombres de trabajo y de letras que constituyen una progenie de altos quilates para su espíritu inquieto.

Oscar Alborta Velasco, nacido y educado en la región minera, llegó un día al Oriente tropical y cayó bajo el embrujo que irradian sus bosques y sus campos. Hombre práctico al fin y técnico en el ramo, pronto el ensueño poético se transformó en ansia de trabajo y labor para volcar toda esa riqueza en potencia a los más lejanos ámbitos de la nacionalidad que harto la necesita para robustecer su estructura económica y por ende la internacional.

Fruto de esas inquietudes es este libro en el cual en amable consorcio alterna las evocaciones históricas, la descripción literaria y el tecnicismo del economista. Aunque el propio autor niegue toda pretensión literaria, el libro tiene su gran mérito en este aspecto, pues la agilidad del estilo y la emoción puesta en las descripciones le dan sabor de fruto natural y tierno. En cuanto a su información científica, ya es otra cosa, pues Alborta Velasco, como profesional concienzudo, trata de documentar sus asertos en la forma más sólida posible. Todo ello se tomó en cuenta para recomendar su publicación a la Fundación Universitaria «Simón I. Patiño», que es quien realizó esta obra.

Justamente tierras ignotas que más parecen de leyenda que otra cosa, cual las de Santa Cruz, necesitaban un libro así: una presentación grata y ligera, para enseguida adentrarse a los problemas de la producción, la distribución y el consumo que forman la esencia científica del libro. Con esto el curioso analista, como el comerciante interesado encontrarán en sus páginas aquel material que buscan para recreo dilecto o para información positiva.

Y esto lo necesita Santa Cruz. Estamos hartos de que la literatura oficial y profana derroche el ditirambo cantando glorias de lo que fue y de lo que podrá ser. El verso eglógico, como el discurso político ya no tienen eco en nuestra mentalidad de cruceños, pues se ha abusado tanto de unos y otros para adormecernos, que han perdido ya su sentido.

Santa Cruz quiere ser parte de la vida actual, en toda su rudeza. Por eso pide acción específica; obra tangible y no palabras ni promesas vanas; sabe lo que es y lo que vale, y boliviana hasta la médula, quiere tomar el sitio que le corresponde en los derechos y deberes patrióticos que le incumben dentro de la nacionalidad. Su patriotismo tiene una tradición cuatro veces secular que las páginas rojas de nuestra historia no hacen sino confirmar.

Cuando en Lima el 15 de febrero de 1560, el Virrey Don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete nombraba a Nufrio de Chaves Teniente de Gobernador de la provincia de Moxos que tal era el nombre genérico del actual trópico boliviano, no sabía que estaba señalando el hito inicial de la nacionalidad boliviana, pues en virtud de tal acto gubernativo, el Oriente se incorporó a la jurisdicción charquina y las fuerzas económico-administrativas sellaron para siempre su unión al núcleo central minero-político: Potosí-La Plata alrededor del cual durante los tres siglos de la colonia se fue gestando, callada pero seguramente, la conciencia nacional de eso todo que hoy es Bolivia.

Factores de orden caminero e internacional, volcaron a Bolivia por entero al Pacífico, olvidándose del Oriente. Las transformaciones de la economía mundial, así como de los medios de transporte, al par que dolores y desgracias íntimas han hecho que Bolivia se busque a sí misma: que vaya hasta sus alejados rincones a pedir la obra de conjunto de todos sus hijos, para subsistir y triunfar. Y entonces ha llegado también la hora de Santa Cruz, que es la hora de la patria toda.

Por lo mismo, cuando es el momento de preguntarse qué es y qué puede ser Santa Cruz, aparece este libro a responder a ese interrogante y a mostrar como en un mosaico lo que significa esa tierra y la gente que la habita como contribución a la obra común de hacer patria.

Y este mérito, es el mejor elogio que pudiera hacerse del libro de Oscar Alborta Velasco. De ardiente fe nacionalista, es un sillar hondo en la obra de conocernos y unirnos más. Y es bastante.

La Paz, 10 de febrero de 1953.

ALCAZAR, Moisés. *Crónicas parlamentarias. Publicaciones financiadas por la Fundación Universitaria Simón I. Patiño*, La Paz, impresa en Talleres Ayacucho, Buenos Aires, 1946; 246 p. (5).

MOISES ALCAZAR

CRONICAS
PARLAMENTARIAS

PUBLICACIONES FINANCIADAS
POR LA FUNDACIÓN UNIVERSITARIA
SIMÓN I. PATIÑO

LA PAZ - BOLIVIA
1946

107 162 x 96; 246 p.

La historia de Bolivia, tan accidentada y tan romántica como es, necesariamente tiene que tener parlamentarios muy interesantes. País de antinomias en todo sentido, en el cual el despotismo anda del brazo de la demagogia y en donde un mosaico de razas y de climas origina polimórficos temperamentos, la vida congresal tiene que ofrecer mucho y muy valioso anecdotario. Labor meritoria ha hecho Moisés Alcázar al recoger en sus *Crónicas Parlamentarias*, todo ese material que un día servirá de precioso documento para la explicación e interpretación de nuestra historia. El libro está lleno de vida y de acción; acucioso investigador como es, une a la veracidad del dato, la amenidad descriptiva, dando así a su libro un encanto y un interés que no decae un momento. Alcázar ha ganado con este trabajo legítimos lauros como escritor y como cronista del pasado boliviano.

ANAYA, Ricardo *Nacionalización de las minas de Bolivia*, Cochabamba, Imp. Universitaria, 1952, VIII + 353 p., incluidos 6 cuadros estadísticos del 1 al 6. (6).

---

5. *La Razón*, s. l., 1949, nov. 13.
6. *Revista Iberoamericana de Bibliografía*, Washington, 1953, vol. III, N° 2; 163.

R I C A R D O   A N A Y A

NACIONALIZACION
DE LAS MINAS
DE BOLIVIA

IMPRENTA UNIVERSITARIA
COCHABAMBA BOLIVIA S.A.
1 9 5 2

108 150 x 100; VIII + 353 p.

En Bolivia, país minero por excelencia, desde la época de la colonia, existía la paradoja, común a todos aquéllos que son productores de materias primas, de exportar enormes riquezas, mientras el país se debatía en una pobreza fiscal crónica y una miseria colectiva que hacía estremecer. Precisamente una escritora americana Margareth Marsh, encontró la frase gráficamente felíz para definir esta situación: «un mendigo que duerme sobre un lecho de riquezas».

En pueblos que se hallan en este estado, prende con mucha facilidad la llama de los extremismos, llámense ellos nacionalistas o comunistas. La incomprensión que ha sido el signo de las empresas capitalistas en Bolivia, no ha hecho sinó aumentar esa predisposición y arrojar más carbón aún a la hoguera, la misma que se concretó contra el grupo de las tres más grandes compañías mineras del país, la Patiño, la Hochschild y la Aramayo, a las que denominaban el Superestado.

Comenzó pues, desde mucho tiempo atrás la prédica para nacionalizar estas empresas, las mismas que debían pasar a propiedad del Estado, descutiéndose el procedimiento o los procedimientos para llevar a la realidad tal plan, el mismo que se ha hecho efectivo con el decreto de 31 de octubre de 1952.

Poco antes de la promulgación de esta medida gubernamental y como elemento de juicio al respecto, apareció el libro que comentamos. Su autor, don Ricardo Anaya, es un conocido político de filiación netamente marxista; hábil parlamentario, catedrático estudioso y formidable polemista, coloca todas estas sus capacidades al servicio de su tesis y valga la pena de decirlo que con una inteligencia y una fuerza verdaderamente admirables.

Comienza estudiando los orígenes de la penetración imperialista a Bolivia y sus características, para seguir con el planteamiento de la situación que se creó con tal motivo y la necesidad de modificarla. En el capítulo tercero estudia el problema en sí de la nacionalización de la gran minería, estudiándola en sus fundamentos jurídicos, a base del Código de Minería boliviano, de suyo antiguo y que contempla la propiedad del subsuelo anexa a la soberanía,

principio éste de honda raigambre hispánica, anterior a la conquista de América en más de dos siglos.

Naturalmente que, dada la filiación doctrinal del autor, no es de extrañarse que se pronuncie por la expropiación sin indemnización, argumentando con textos de derecho constitucional boliviano, así como de las leyes secundarias, todas ellas, por supuesto, interpretadas desde su punto de vista marxista.

Concluye con una especie de programa o de proyecto de lo que debería hacerse con todas esas empresas una vez que hayan pasado a propiedad del Estado, coincidiendo en todo con su línea doctrinal ya apuntada.

Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre este problema, no puede desconocerse la gran competencia y dialéctica del doctor Anaya y sus datos valiosos contenidos en numerosos cuadros estadísticos que van anexos al volumen. Será un documento importante para servir en el juicio definitivo que dará la Historia sobre este paso trascendental de la vida boliviana.

ANONIMO. *El gobierno de Sancho Panza,* Santa Cruz, Imp. del Estado, 1864; 19 p. Suscribe como garante Pedro M. Silva (7).

Simple anotación bibliográfica sin ningún comentario.

ARGUEDAS, Alcides *Historia de Bolivia. La fundación de la República,* La Paz, Don Bosco, 1920; XVIII + 442 + seis + 13 + tres p. (8).

Nuestra pobre bibliografía ha sido enriquecida desde algún tiempo a esta parte con valiosas producciones que, al lado de una porción de libros de pacotilla, hechos por escritorzuelos mediocres con ínfulas de sabios, comienzan a elevar el nivel intelectual de Bolivia que parece que está en vias de imitar el ejemplo de los demás pueblos de América Latina. Aunque los intelectuales de Bolivia están en minoría, tienen por guías a sabios maestros: Daniel Sánchez Bustamante, Bautista Saavedra, Alberto Gutiérrez, Alcides Arguedas, Rigoberto Paredes, Eduardo Diez de Medina y otros más que con el ejemplo de su trabajo incansable en pro de la cultura boliviana trazan huellas luminosas por las cuales se están encaminando un pequeño grupo de utopistas que alejados de esas luchas fáciles del éxito, buscan un poco de ideal.

---

7. «Bibliografía Cruceña», *El Registrador,* periódico, Santa Cruz, 1923, nov. 28, Nº 2.

Se trata de contradicciones entre curas de Santa Cruz (G.O.).

8. *El País*, interdiario, Santa Cruz, 1921, nov.4, 9, 18, 26.

Notas de (G.O.).

Este artículo fue escrito cuando HVM tenía 17 años. Es explicable, en consecuencia el interés que despertó la obra de A. Arguedas en un joven totalmente influenciado por la lectura de las obras de G. René-Moreno.

Arguedas tuvo, indudablemente, una época de prestigio en la literatura y en la historiografía americana, prestigio que llegó hasta España. Su libro *Pueblo enfermo* fue ensalzado especialmente por los enemigos de Bolivia y su obra histórica aplaudida por quienes no conocían la historia de Charcas. Nosotros apreciamos la obra de Arguedas por el esfuerzo que ella significa, pero no estamos de acuerdo con sus ideas, sus intentos de interpretación de la Historia de Bolivia y mucho menos con sus errores. No es el momento de combatirlos, por eso preferimos transcribir, aunque sea en forma incompleta las opiniones de dos distinguidos escritores no bolivianos: argentino el primero, Ciro Torres López, autor de un libro interesante y olvidado, *Las maravillosas tierras del Acre*, La Paz, 1930, y norte- americano el segundo, Charles W. Arnade.

Escribe C. Torres López en la p. 393 de su valiosa obra:

«Arguedas, especialmente, sociólogo de pared cuadrada, enteramente falto de probidad, que no conoce su país y escribe de él, no obstante, como si lo hiciera en su totalidad, callando, sin embargo, sobre las dos terceras partes

→

El pasado año de 1920 ha traído a la historia nacional tres magníficos presentes como valiosa contribución a su estudio: el volumen primero de la *Historia de Bolivia bajo la administración del Mariscal Andrés Santa Cruz*, del reputado jurisconsulto Dr. Agustín Iturricha, *La guerra de 1879. Nuevos esclarecimientos*, del literato y distinguido publicista don Alberto Gutiérrez, muy conocido en todo Hispano América, y la que motiva estos comentarios: *La fundación de la República* de Alcides Arguedas.

Arguedas es un intelectual de nota; en Bolivia no lo sabemos apreciar porque somos incapaces de comprender el valor que representa un cerebro tan cultivado como el suyo. En el extranjero, donde existen élites intelectuales, Arguedas es conocido y le rinden merecidos homenajes a su talento. Aquí, en Bolivia, los intelectuales como Arguedas no hacen patria; los que la hacen, los que aquí los calificamos pomposamente como «intelectuales de carrera», cuando en realidad no son más que pedantes que con escribir cuatro estrofas mal zurcidas y peor rimadas, repitiendo y plagiando lo que todos, desde nuestro padre Adán hasta el presente, han dicho sobre el amor, se creen con más títulos y pergaminos que un Benavente o un Ricardo León. En cambio, el estudioso serio que no malbarata su tiempo en literaturas pedestres, que se propone investigar los secretos y las enseñanzas fecundas del pasado, «que es toda la Experiencia», o interrogar el nebuloso porvenir, buscando algo que calme sus ansias idealistas, sólo recibe en pago el desprecio y la guerra sorda y cruel de los hipócritas, que sólo buscan el éxito fácil para saciar sus bajas pasiones, hambrientas siempre de todo cuanto sea burdo, grosero y embrutecedor.

En 1910, Arguedas publicó un libro, *Pueblo enfermo* lo tituló, y en el analizaba todos nuestros males con un criterio tan sereno y tan fina crítica que mereció el aplauso de sociólogos de la talla de Max Nordau, Unamuno, Posada y otros. Aquí este libro fue recibido con

---

del mismo: el Chaco, Tarija, Santa Cruz, el Beni, El Noroeste, buena parte de La Paz, de Cochabamba, de Chuquisaca, con absoluto silencio sobre los guaraníes, todo lo cual, precisamente, constituye no sólo la Bolivia afirmativa, sino la nación del porvenir, ya que la Bolivia actual del occidente está asistiendo a los últimos días de su relativo esplendor. Arguedas, que no ha vivido, ni observado, ni meditado, ni auscultado, ni interpretado la verdadera existencia campesina de Bolivia –tan excepcionalmente variada–, y que la refiere, sin embargo, en juicio contundente por los fragmentos que ha visto de ella en la ciudad hibridizante y deformadora de lo rural; que no ha espigado en la base de la psicología colectiva de cada comarca, ahondando sus diferentes matices, según sus conglomerados sociales, viviendo entre ellos y rastreando sus más ajustados elementos de juicio, como son la folletería, panfletería, volatinaje y periodismo de las distintas épocas, en los cuales esta realmente el signo colectivo, eminentemente pasional y trágico de la nación –que tan admirablemente supo bucear y salvar René-Moreno–, y que sin haber hecho nada de eso, sin embargo, con toda soltura lanza apreciaciones contundentes de psicología colectiva [...] ¿Y por qué tal incongruencia? Pues, porque ese hombre está fuera del corazón de su país, porque no se siente él mismo como un elemento constitutivo y menos aún representativo de su nación, y porque él es un mero repetidor de René-Moreno, que escribía con la unilateralidad y los prejuicios raciales de su época, treinta y cinco años antes. Puesto frente a su tierra y no dentro de ella, criticastro frío y no humanista comprensivo, recio de vanidad y no jugoso de amor, Arguedas, convertido en sociólogo europeo del siglo XIX, teorizante, clasificador y despreciador de lo sudamericano, ha pretendido desconocer algunas en apariencia pequeñas, pero en realidad definitivas circunstancias, que tienen inexorablemente que volverse contra él y contra su obra [...]»

Torres López pide a los bolivianos que reconozcan «que si ya era falso el miraje de René-Moreno reproducido por Arguedas, treinta y cinco años después, esa ideología moreno-arguediana [.....] es mucho más inexacta aún porque no en vano han transcurrido cincuenta y ocho años sobre la vida de este país y en un fin de siglo y principio de edad eminentemente ecuménicos y civilizadores a cuyo influjo Bolivia no puede ni podría substraerse enteramente, aún con la muralla china de su resistencia antiextranjerista y suspicaz [...]»

Hasta aquí la opinión de un escritor que en 1930 vio a Bolivia con ojo zahorí, con cariño y con amor.

Veamos ahora la opinión de un historiador, la de Charles W. Arnade, autor de un libro que aunque tenga algunos errores de interpretación, será por muchos años una indispensable fuente de consulta. (*The emergence of*

protestas airadas, denuestos e imprecaciones y para su autor insultos infames que dejaron una nota negra en las páginas de la crítica, que siempre es enseñanza, jamás injuria.

Iguales ideas se advierten en una substanciosa dedicatoria a los señores Rufino Blanco Fombona, Francisco García Calderón y Hugo D. Barbagelata, que forma el prólogo del libro de Arguedas; es un lamento contra la bancarrota intelectual y por consiguiente moral de la juventud boliviana; lo cual es extraño en la juventud que siempre marcha a la vanguardia de la cultura, ya que la despreocupación de «los hombres de estudio» es probervial en todo cuanto se refiere al trabajo intelectual. Utiles lecciones de moral y de cultura se encuentran allí, es por eso que no resistimos al deseo de copiar algunos párrafos. Que nuestra juventud los aproveche y sepa hacia qué horizontes encaminar sus energías:

> «El escritor en Bolivia tiene la desventaja por hoy irremediable, de trabajar en un medio ya en vías de industrializarse y en el que si se comienza a leer con igual empeño que en otros países calificados de cultos en América, todavía no se conoce la suma de esfuerzos y de paciencia que exige toda labor intelectual honestamente realizada, llegando a confundir a veces y aun a equiparar la tarea del gacetillero despreocupado e ignorantón con la obra del autor diversa en sus fines».
>
> «El libro en Bolivia, y por desgracia en la mayor parte de los países de este Continente, es un valor casi negativo, y nada o muy poco significa a los ojos de las gentes semicultas. Antes que adquirirlo o comprarlo como compran una corbata, una cinta o una pasta para las uñas, se lo piden de obsequio al autor».
>
> «Y un hombre que ha consumido su vida en el estudio y la meditación, tiene que regalar su obra para que la lean; y así, a más de gastarse en una labor que no tendrá acaso mañana y haber mermado la herencia de sus hijos, o roído el pan de su vejez, todavía...»

---

the *Republic of Bolivia*, University of Florida Press, Gainesvile, 1957. Se tradujo al castellano con el título de *La dramática insurgencia de Bolivia*, Ed. Juventud, La Paz, 1964; 297 p.). Las frases que transcribimos corresponden a otro estudio de Arnade: «The historiography of colonial and modern Bolivia» *The Hispanic American Historical Review*, vol. XLII, 1962, N° 3, p. 333-384, publicada en su versión española en Revista *Cultura Boliviana*, Universidad de Oruro, N^{os} 5- 12; 1964-1965:

«Alcides Arguedas understood that to diagnose the ills of Bolivia he needed to know Bolivian history. He realized that Bolivia had no worthwhile histories - the texts were inadequate and the specialized monographs were few. Arguedas himself wrote a history of Bolivia in several volumes, but he failed to cover the whole sweep of Bolivia's past. He also summarized the several written and projected volumes into a survey which remains the best-known history of Bolivia [...]»

«It is not a research history, for Arguedas was not a research historian. He lacked specialized monographs, and he was not a man enchanted by dusty documents. He had no historical methodology, and his work contained many errors [...]»

La traducción castellana es la siguiente:

«Alcides Arguedas sabía que para diagnosticar los males de Bolivia era necesario conocer su historia. El estaba convencido de que Bolivia no tenía una verdadera historia; los textos eran inadecuados y las monografías especializadas muy pocas. Arguedas escribió una historia de Bolivia en varios volúmenes, sin abarcar todo el pasado boliviano; resumió sus volúmenes proyectados y escritos en un libro que resultó la más conocida historia de Bolivia [...]»

«No es una historia de investigación, porque Arguedas no fue un historiador-investigador. No dispuso de monografías especializadas y no era un hombre interesado en los viejos documentos. No tenía una metodología histórica y su trabajo contenía muchos errores».

Tales errores fueron oportunamente señalados por dos historiadores bolivianos de prestigio: José Macedonio Urquidi y Marcos Beltrán Avila, y un escritor, Octavio Salamanca.

protestas airadas, denuestos e imprecaciones y para su autor insultos infames que dejaron una nota negra en las páginas de la crítica, que siempre es enseñanza, jamás injuria.

Iguales ideas se advierten en una substanciosa dedicatoria a los señores Rufino Blanco Fombona, Francisco García Calderón y Hugo D. Barbagelata, que forma el prólogo del libro de Arguedas; es un lamento contra la bancarrota intelectual y por consiguiente moral de la juventud boliviana; lo cual es extraño en la juventud que siempre marcha a la vanguardia de la cultura, ya que la despreocupación de «los hombres de estudio» es probervial en todo cuanto se refiere al trabajo intelectual. Utiles lecciones de moral y de cultura se encuentran allí, es por eso que no resistimos al deseo de copiar algunos párrafos. Que nuestra juventud los aproveche y sepa hacia qué horizontes encaminar sus energías:

> «El escritor en Bolivia tiene la desventaja por hoy irremediable, de trabajar en un medio ya en vías de industrializarse y en el que si se comienza a leer con igual empeño que en otros países calificados de cultos en América, todavía no se conoce la suma de esfuerzos y de paciencia que exige toda labor intelectual honestamente realizada, llegando a confundir a veces y aun a equiparar la tarea del gacetillero despreocupado e ignorantón con la obra del autor diversa en sus fines».
>
> «El libro en Bolivia, y por desgracia en la mayor parte de los países de este Continente, es un valor casi negativo, y nada o muy poco significa a los ojos de las gentes semicultas. Antes que adquirirlo o comprarlo como compran una corbata, una cinta o una pasta para las uñas, se lo piden de obsequio al autor».
>
> «Y un hombre que ha consumido su vida en el estudio y la meditación, tiene que regalar su obra para que la lean; y así, a más de gastarse en una labor que no tendrá acaso mañana y haber mermado la herencia de sus hijos, o roído el pan de su vejez, todavía... »

---

the Republic of Bolivia, University of Florida Press, Gainesvile, 1957. Se tradujo al castellano con el título de *La dramática insurgencia de Bolivia*, Ed. Juventud, La Paz, 1964; 297 p.). Las frases que transcribimos corresponden a otro estudio de Arnade: «The historiography of colonial and modern Bolivia» *The Hispanic American Historical Review*, vol. XLII, 1962, N° 3, p. 333-384, publicada en su versión española en Revista *Cultura Boliviana*, Universidad de Oruro, N^{os} 5- 12; 1964-1965:

«Alcides Arguedas understood that to diagnose the ills of Bolivia he needed to know Bolivian history. He realized that Bolivia had no worthwhile histories - the texts were inadequate and the specialized monographs were few. Arguedas himself wrote a history of Bolivia in several volumes, but he failed to cover the whole sweep of Bolivia's past. He also summarized the several written and projected volumes into a survey which remains the best-known history of Bolivia [...]»

«It is not a research history, for Arguedas was not a research historian. He lacked specialized monographs, and he was not a man enchanted by dusty documents. He had no historical methodology, and his work contained many errors [...]»

La traducción castellana es la siguiente:

«Alcides Arguedas sabía que para diagnosticar los males de Bolivia era necesario conocer su historia. El estaba convencido de que Bolivia no tenía una verdadera historia; los textos eran inadecuados y las monografías especializadas muy pocas. Arguedas escribió una historia de Bolivia en varios volúmenes, sin abarcar todo el pasado boliviano; resumió sus volúmenes proyectados y escritos en un libro que resultó la más conocida historia de Bolivia [...]»

«No es una historia de investigación, porque Arguedas no fue un historiador-investigador. No dispuso de monografías especializadas y no era un hombre interesado en los viejos documentos. No tenía una metodología histórica y su trabajo contenía muchos errores».

Tales errores fueron oportunamente señalados por dos historiadores bolivianos de prestigio: José Macedonio Urquidi y Marcos Beltrán Avila, y un escritor, Octavio Salamanca.

«Esta no es una queja, mis amigos, tampoco un reproche. Es cuando más un dato que el historiador consigna para fijar un aspecto, quizás el mas sugestivo, de la vida boliviana en el primer tercio de este siglo de dolor y que si lleva el sello de la experiencia personal aungustioso acaso para uno mismo, puede quizás ser de positiva utilidad para los cronistas de mañana. Acaso constituya también una advertencia saludable para los estudiosos que sin contar con sólidos caudales, cometen la imprudencia de recluirse en el gabinete y dar su cerebro a los otros para no recibir en retorno sino el estudiado despego de los políticos profesionales, la enconada y plebeya odiosidad de los gacetilleros, la inocente indiferencia de las masas sin cultura, y, como resumen de todo, la miseria sin entrañas para sí y los suyos, sombría, fatal, dura...»

* * *

A continuación nos trae Arguedas una mención por demás honrosa para ese ilustre historiador que se llamara Gabriel René-Moreno, el que fuera insultado tan villanamente por la prensa de toda la República y que hasta aquí, en el lugar que meciera su cuna, fue calificado de «traidor». Y si hay alguien que todavía se resista a creer semejante infamia, puede consultar el N° 1, del 16 de febrero de 1881 de *El amigo del país*, p. 54, y *La Ley* de 21 de enero de 1900, N° 612.

En otra ocasión (*La creación de Bolivia*, por Sabino Pinilla, Prólogo y notas de Alcides Arguedas, Madrid, 1917) expresó don Alcides que René-Moreno era insuperado y que «es el historiador boliviano más cumplido y meritorio de cuantos haya producido esta patria». Esto mismo, de que Moreno era el hasta hoy único historiador boliviano lo dice un eminente publicista, Rufino Blanco Fambona, de fama hispano-americana, en opinión sobre el libro que motiva estas líneas, publicada en la *Revista del Círculo de Bellas Artes*, La Paz, N° 2, abril del presente año. Las honrosas expresiones de Arguedas son un natural complemento de sus observaciones sobre el nivel intelectual de Bolivia, criterio que por cierto no es muy optimista.

«Quiero evocar a este propósito –dice Arguedas–, el recuerdo de don Gabriel René-Moreno, escritor boliviano de estirpe castiza y uno de los mejores de nuestro Continente hispánico, sin duda».

«René-Moreno gastó su vida escribiendo sobre cosas de su patria y vivió pobre, desdeñado, obscurecido. Gaceteros de pacotilla y portaliras oficiales aliados a la gentuza de la política militante, se confabularon para hacerle la conspiración del silencio, esa gran infamia que sólo se ve cuando en un pueblo medran periodistas de casta inferior o dominan políticos ignorantes y casi iletrados que se imponen a fuerza de bajezas o de audacia y que para ocultar su nulidad o su ignorancia, se ven forzados a fingir desdén por el poder creador del estudioso discreto que repugna invenciblemente descender a la feria de la plaza rebosante de payasos con oropeles sonoros o de simuladores enriquecidos de cualquier manera y que en la actuación electoral creen encontrar la culminación de su vida infecunda aunque agitada. Unos y otros, a porfía y con la silenciosa zaña de esclavos libertos que aún no han podido ahogar la pesadilla de malos recuerdos, se coaligaron para enterrarle en vivo no hablando nunca públicamente de sus libros pero denigrándole en corrillos privados, no mentándole en ninguna ocasión, pero reventando de envidia contra su talento, no llamándole para nada a él, tan capaz para todo. Sus mismos conterraneos le querían mal. Y todos le llamaban gozosamente

traidor porque en un momento terrible para Bolivia supo adelantarse a los tiempos y ver dónde y de qué lado estaba el enemigo tradicional e irreductible de su patria...»

«En vísperas de morir no faltaron todavía protervos que le insultaron con el mote vil».

«Y ese hombre que durante su larga vida no dejara de pensar un solo momento en su tierra hostil, en su patria ausente, murió pobre amargado y entristecido. Y sólo después de muerto hubo loas y honores para él, cuando ya no podía hacer sombra a nadie, y nuevas gentes con ansias electorales querían alzar sus figuritas sobre las fecundas cenizas del muerto...»

En vivo, René-Moreno sólo hubo uno que le recordara con cariño y le rindiera fervoroso culto como publicista, como bibliófilo y como literato, ese hombre fue Emilio Finot, muerto en la flor de sus años y cuando la intelectualidad boliviana esperaba mucho de sus luces (9).

El año 1905 publicó un libro de poesías titulado *Rosas*, que fue dedicado a Moreno, y cuando don Gabriel murió, dedicó un folleto a analizar sus libros. (*Gabriel René-Moreno y sus obras*, por Emilio Finot, Santa Cruz, 1910; 49 p.).

A la muerte de Moreno un distinguido literato de La Paz, don Julio César Valdez, escribió: «llamaron traidor al patriota» como dice Arguedas «cuando ya no podía hacer sombra a nadie ...»

En el prólogo de Arguedas después de lo anteriormente copiado, hay algo muy interesante: su opinión sobre las «historias» que de Bolivia se han escrito. Después de citar las dificultades que tiene que vencer el historiador en Bolivia, dice:

> «Todo esto, reunido, contribuye para que Bolivia, de entre todos los pueblos del mundo, ofrezca el caso singular de no tener una verdadera historia escrita por autor nacional, pues los contados estudiosos que se propusieron redactarla para usos de las escuelas y con propósitos manifiestamente industriales, no han hecho sino copiarse rutinariamente unos a otros, sin darse el trabajo de examinar los hechos por cuenta propia, con la curiosa circunstancia de que todos, sin excepción se han preocupado ya no únicamente de la historia política que abarca múltiples aspectos de la vida colectiva, sino de la militar hablándonos con preferencia de los cambios en el personal superior del gobierno, de las revoluciones y movimientos de cuartel, de los encuentros entre los innumerables caudillejos, sin cuidarse nunca de mostrarnos la masa misma de la Nación, sin elevarse a considerar los diversos aspectos que ofrece la vida de cualquier grupo humano con sus preocupaciones de orden material, con sus tendencias éticas predominantes y sus ansias del día o eternas, es decir, sin mostrarnos el aspecto mismo de la vida boliviana en todas sus manifestaciones y que por razones de diversa índole expuestas a lo largo de esta obra, tiene ciertas peculiaridades que no se manifiestan en los otros pueblos de nuestro Continente».

---

9. Emilio Finot, si bien escribió el primer trabajo dedicado a nuestro historiador *Gabriel René-Moreno y sus obras*. Santa Cruz, Tip. Comercial, 1910; 49 p. y posteriormente «Biblioteca Boliviana, sección de libros y folletos adiciones a tres catálogos de René-Moreno y a las Adiciones de Abecia, 1604- 1908» en *Boletín de la Sociedad Geográfica «Sucre»*, Sucre, 1913, t. XIV, N^{os} 155-57; 90-125, no fue el único que comprendió a René-Moreno. Otro eminente bibliográfo, José Rosendo Gutiérrez, amigo primero y después enemigo del autor de *Mojos y Chiquitos*, le tenía mucho respeto. Valentín Abecia, Nataniel Aguirre, Tomás Frías, Daniel Calvo, Nicolás Acosta y tantos otros tenían por René-Moreno una alta estima.

Le sobra razón a Arguedas al decir eso de nuestros historiadores que han escrito la historia de Bolivia «para uso de las escuelas» pero no la tiene en cuanto a los autores que han hecho la historia de épocas determinadas, los cuales la han hecho teniendo en cuenta esa observación, y para comprobarlo citaremos algunos: don Luís Mariano Guzmán, que ha escrito textos de historia tiene también un folleto que le hace ascender de la categoría de mero cronista a la de historiador: *Bolivia y sus disenciones intestinas*, Cochabamba, 1874. En este opúsculo se analizan todas las causas que influyen para que Bolivia sea un país de tantas revueltas y motines; Gabriel René-Moreno con sus *Ultimos días coloniales en el Alto Perú*, Santiago, dos tomos, 1896 y 1901, y sus tres volúmenes de *Bolivia y Perú. Notas históricas y bibliográficas*, Santiago, 1905, 1906 y 1907, y en la que más se nota al historiador sociólogo, *Matanzas de Yáñez*, Santiago 1886. Después está don Alberto Gutiérrez con sus dos volúmenes sobre la *Guerra de 1879*, París 1914 y 1920 y la que culmina su larga labor de publicista distinguido El melgarejismo antes y después de Melgarejo, La Paz, 1913.

Todas estas son verdaderas obras que a la manera de Hipólito Taine hacen la verdadera historia, con inducciones sociológicas y políticas, análisis profundo sobre el estado intelectual y moral del agregado social en relación al lugar o la época en que se la estudia, y de allí sacar enseñanzas útiles para el futuro, esa es la verdadera misión del historiador. En una palabra, la historia debe ser un «breviario de moral cívica», como dice José Ingenieros. Y a propósito de este autor, puesto que ya pusimos la planta en la vía de las disgresiones, continuemos en ella, Ingenieros, decíamos escribió un libro *La evolución de las ideas argentinas*, tres volúmenes, Buenos Aires, 1918. En el prólogo del primer tomo, *La Revolución*, dice que «sirviéndole de cañamazo la historia el autor expone lo que sabe acerca de las ideas en lucha: políticas, sociales, religiosas, filosóficas, educacionales, de su genealogía, de sus hombres representativos, de su función militante, de sus correlaciones invisibles». He ahí una orientación fecunda para los que escriben la historia.

Arguedas intenta seguir ese método al escribir su historia. Es la primera intentona sistemática que se hace con generalización a toda la historia de Bolivia, pues los arriba citados, no se refieren sino a pasajes de nuestra accidentada vida. La intentona no le sale mal a Arguedas, aunque no es un estudio completo, bajo las fases antes anunciadas, pero es el análisis de la mentalidad boliviana al lanzarse el primer grito subversivo, es bastante acertado y aunque no sea todavía «el juicio imparcial de la historia» merece aplausos por la sincera atención que ha puesto en su libro y sobre todo porque esclarece ciertos puntos tan oscuros de esa época de guerrillas en que los héroes aparecían con rapidez, a los cuales la imaginación popular, asentada en la tradición, consagra idolátrico culto, a muchos de ellos inmerecido, según se verá en el capítulo segundo del libro, con don Pedro Domingo Murillo.

Arguedas trata en el primer capítulo de su interesante historia, de la génesis y evolución del movimiento subversivo del 25 de mayo de 1809 en La Plata. Analiza «el momento histórico», que diría Taine. Estudia de una manera rápida y sumaria, los factores concurrentes al levantamiento entre los cuales y en primer lugar, situa los «intelectuales, políticos, morales y económicos» y coloca entre los «de carácter acaso más secundario, pero no menos eficaces, la desigualdad de castas, el acaparamiento de los empleos públicos y los abusos que cometían las autoridades peninsulares». Arguedas da una excesiva importancia al factor intelectual y deja en segundo orden otro de una importancia superior a aquel: la raza. Dice «Intelectualmente la Universidad hizo la revolución en el Alto Perú». Esto está ajustado a la verdad, sólo por lo que respecta a la insurrección de Chuquisaca, pues los demás levantamientos, a pesar de que se efectuaron por las instigaciones de los *doctores* de La Plata tuvieron como principalísima causa la abyección, villanía y doblez de la raza mestiza, preponderante en todo el Alto Perú.

Todas las prédicas de aquellos doctores, hubieran sido completamente inútiles si no hubieran tenido un vasto campo de germinación en el odio secular e irreconciliable de la casta mestiza a la blanca; tal propaganda se hubiera estrellado en la indiferencia innata del indio puro o en la lealtad del blanco para no ir contra la causa de sus mayores. Dejemos un momento a los mestizos y su influencia en la guerra de emancipación y pasemos a conocer a los *doctores* de La Plata.

* * *

Al decir de René-Moreno y de Arguedas, estos simpáticos doctores eran herederos legítimos y por línea directa del casuísmo untuoso de los escolásticos de la Edad Media, y que en Europa estaba ya desterrado por el Renacimiento, el libre examen, y por último con el filosofismo precursor de la Revolución Francesa. Cualquier tema, de la clase que fuera, tenía la suficiente importancia para que se lo discutiera con la seriedad que corresponde a grandes pensadores entre los estudiantes y doctores de Chuquisaca, «porque si alguna ocupación tenían los doctores y estudiantes de la Universidad, era discutir de todo», dice Arguedas, y René-Moreno escribe:

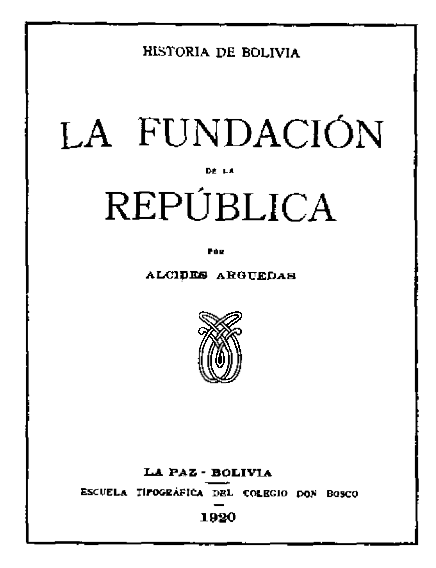
«En Chuquisaca se disertaba en el pro y en el contra, de palabra y por escrito todos los días; se argüia y redargüia de grado o por fuerza entre sustentantes y replicantes, a lo largo de los corredores, dentro del aula, en torno a la cátedra solemne, ante las mesas examinadoras y desde los bancos semiparlamentarios de la Academia Carolina disputar y disputar. Donde quiera que se juntaran dos o tres estudiantes, se armaba al punto la controversia por activa y por pasiva en todas las normas de la argumentación escolástica». Don Luís Paz en *La Universidad de San Francisco Xavier*, Sucre, 1914, analiza también aquellas costumbres de los doctores de la Universidad de la capital de Charcas, de cuya generación salieron Juan José de Segovia, Casimiro Olañeta y tantos otros. Conocidos ya los abogados volvamos al factor racial en la revolución.

En todo el territorio que hoy forma la República de Bolivia, sólo dos ciudades podían ostentar con la pureza de la sangre hispánica de la mayoría de sus habitantes: La Plata y Santa Cruz de la Sierra. La primera era asiento de la Audiencia, tenía Universidad donde se educaban los blancos, pues a los mestizos se tenía cuidado de no darles instrucción; además era ciudad cabecera de las provincias de Charcas, y por todos estos motivos los criollos y españoles estaban en mayoría, y los mestizos en minoría, que se debe tener en cuenta al estudiar los factores concurrentes al levantamiento del 25 de mayo de 1809, que solamente el intelectual, debido al espíritu levantisco e indisciplinado de los doctores, espíritu que tenía su origen en las disputas eternas y ociosas que eran su única profesión.

Según cuenta René-Moreno en *Mojos y Chiquitos*, Santiago, 1888 y en *Notas biográficas*, Santiago 1901, la ciudad de Santa Cruz estaba formada de blancos, pues se había tenido especial cuidado en que las razas no se mezclen y para ello todos los indios que no habían huido a los lejanos bosques, estaban en misiones bien organizadas; de aquí la ausencia de mestizos en Santa Cruz. Esta es la causa para que los levantamientos de estas dos ciudades, hubieran sido ocasionados por los blancos y no se haya visto escenas de barbarie y venganza como en las otras ciudades en que el elemento mestizo era el preponderante.

Los exaltados doctores, enviaron emisarios a todos los ámbitos del país. Fuera de las ciudades arriba citadas, en las demás el elemento mestizo los recibió con alborozo, pues comprendía que era llegada la hora de la venganza. Pecaríamos de criterio unilateral si quisiésemos atribuir única y exclusivamente al factor racial el levantamiento de las provincias

altoperuanas; no; él dependió de multitud de factores fuera de la raza. Todas las poblaciones de Charcas, se encontraban aptas para recibir la revolución como un bien, no porque el estado actual sea satisfactorio, no, sino porque existía una intuición secreta de que algo grave iba a pasar, era la conciencia social que estaba alerta; sin saber ella misma por qué. Esta intuición de los pueblos solo puede explicarse por el determinismo universal del cual ni los individuos ni las colectividades logran escaparse. Tal era el estado de los pueblos al lanzarse el grito subversivo de Chuquisaca; estaba en una efervescencia latente, que estallaría a la primera señal. Estas causas se agregan al factor de la raza y tenemos los principales causantes de la revolución, pues la modalidad económica, intelectual o moral, no eran sino manifestaciones de una estructura social tan compleja como era la de estos pueblos.


HISTORIA DE BOLIVIA

LA FUNDACIÓN DE LA REPÚBLICA

POR

ALCIDES ARGUEDAS

LA PAZ - BOLIVIA

ESCUELA TIPOGRÁFICA DEL COLEGIO DON BOSCO

1920

109 157 x 100; XVIII + 442 + seis + 13 + dos p.

Los emisarios de La Plata tuvieron espléndida acogida en La Paz, en esta ciudad los mestizos formaban mayoría que con la propaganda revolucionaria encontró al fin la anhelada ocasión de poder satisfacer su odio secular a la dominación española y el 16 de julio estalló la revolución. El principal ejecutor de ella, miembro prominente de la Junta Tuitiva, cuando esta se disolvió, fue dueño de la situación, Pedro Domingo Murillo fue un exponente de los mestizos y demostró tener un espíritu aleve, por salvar su cabeza (10). Su conducta ha sido honrada y glorificada. En 1918, don Agustín Iturricha publicó en el *Boletín de la Sociedad Geográfica «Sucre»*, de esa ciudad, una serie de documentos que demostraban que Murillo había ofrecido a Goyeneche entregarle la ciudad, las fuerzas y ponerse a sus órdenes.

> «Y es que Murillo –dice Arguedas– pertenecía a esa casta de los agitadores populacheros que en la vida privada suelen presentar profundas taras morales, y ser

10. En estos párrafos, HVM, sigue las afirmaciones de A. Arguedas. La conducta de Murillo, a nuestro juicio, no fue la que señala el autor de *Pueblo enfermo* y la prueba está en que Murillo fue ahorcado por orden del jefe realista peruano el Brigadier José Manuel de Goyeneche.

HVM, ha publicado varios trabajos que se reeditan en estas O.C. con opiniones muy favorables al mártir de la revolución de 1809.

mentirosos, y aparentar ante el público, en discursos y con gestos teatrales, justamente lo contrario de lo que son; tipo divulgado y mantenido en el Alto Perú, con más persistencia que en ingún otro país, acaso porque su encerramiento dentro del Continente y su falta de actividad industrial solo ofrece en la política campo suficientemente amplio para conquistar prestigios locales y pasable modo de vivir. Murillo era, déspota, dominador, absorvente y algo pérfido».

De esta sublevación nace una época tormentosa de luchas épicas, en que los héroes aparecían con rapidez. Muchos de estos héroes tienen hoy una gloria que no la merecen y otros oscuros e ignorados eran dignos de figurar en el *Poema del mio Cid*, o de que sus nombres se inscriban con letras de oro en las páginas de la historia, para enseñanza y ejemplo de las generaciones jóvenes. Era una época en que la barbarie fue el estado natural de los pueblos. En luchas cruentas realistas y patriotas hicieron lujo de valor y fiereza en la batalla y de crueldad y furor después de la victoria para satisfacer las venganzas que de uno y otro lado se ejercitaban. Nos saldríamos del marco que nos hemos impuesto, si quisieramos hacer el análisis de esa época; ello además de ser largo, resultaría cansado por estar repitiendo hechos que están en la conciencia de todos.

Nuestro autor es por hoy el primero que emplea el verdadero método histórico en la narración de esos acontecimientos; además la descripción de esa época está hecha en lenguaje literario, como corresponde a la justa fama que como estilista ha obtenido con su novela *Raza de bronce*, La Paz, 1909. Son dignas de un maestro las pinturas que hace de esos cuadros de miseria, dolor, ignorancia y agotamiento producidos por la guerra. Hacen vivir al lector esas terribles descripciones.

> «La guerra adquirió caracteres de dureza y crueldad inauditas en el Alto Perú. Dispersos sus habitantes y perseguidos, desposeídos de sus tierras, acorralados por todas partes, víctimas fatales de la angurria invasora de uno y otro bando que en su afán de lucro y provecho no tenían más deseos que enriquecerse, se vieron forzados a combatir de consuno contra el enemigo implacable, hasta el punto de que aún quienes se mostraban indiferentes o tibios, tenían que pelear a la fuerza para poner a salvo la vida y si se podía, la hacienda. Y ardió la guerra en el Alto Perú con inaudita voracidad; y quienes aumentaban furioso combustible a la hoguera eran los sacerdotes y las mujeres de toda clase y condición, pues la inseguridad del honor era patente y no había más remedio que entregarse a la lucha, con pasión, sean cuales fueran sus resultados».

No sólo como literato se puede admirar a Arguedas, sino como analista; el estudio del estado de los pueblos durante la guerra emancipadora es verdaderamente sociológico. En lugar de atiborrar su libro de detalles técnicos sobre las batallas, o evoluciones, marchas y contramarchas de los ejércitos en campaña, se va al fondo de los hechos, y como verdadero historiador siguiendo los dictados del método que indicara en su introducción, nos muestra la vida social, tal como se vivía en esa época, con todos sus sobresaltos y fatigas, suertes y adversidades. *Al lado de las batallas está la demostración del estado de los pueblos*, de sus ideas dominantes, en fin, la historia cual debe ser.

Cinco son los capítulos que nuestro autor dedica al estudio de ese lapso comprendido entre la intervención de San Martín y Bolívar en el Perú y el reconocimiento de la independencia de la República Bolívar por el Libertador. Todos los cronistas que hasta hoy se han ocupado de borronear sobre la historia de Bolivia, han estado conformes en que el verdadero fundador de la República fue el Mariscal de Ayacucho. *Esta opinión no tendría valor alguno si no estuviese apoyada por dos verdaderos historiadores, Gabriel René-Moreno y Sabino Pinilla.*

Arguedas en el prólogo que puso al libro de Pinilla *La creación de Bolivia*, Madrid, 1917, en un estudio crítico al mismo, manifestó ya las ideas que tenía al respecto, ideas que repite en su libro; muestráse partidario de que a ambos corresponde la gloria, pues ellos han sido los fundadores de la patria y no Sucre solamente. Don Alberto Gutiérrez en su libro *Las capitales de la Gran Colombia*, París, 1914, nos muestra las ideas que tenía Bolívar sobre las confederaciones que quería formar de las nacientes nacionalidades americanas, para librarlas de la anarquía; ésta es la clave de explicación de las dificultades que Bolívar ponía a la constitución del nuevo estado, dificultades que eran la causa para que los cronistas bolivianos y los historiadores citados, no den gran mérito a Bolívar. El juicio de Arguedas es muy imparcial y hecha por tierra las malas ideas que sobre Bolívar habían popularizado los cronistas de Bolivia. Por ello es que Blanco Fombona en su citada opinión, *Revista del Círculo de Bellas Artes*, N° 2, La Paz, 1921, dice que «presenta un Bolívar nuevo, un Bolívar desde el punto de vista en la Bolivia moderna, con criterio moderno y científico, un Bolívar boliviano». Arguedas, pues, ha restaurado al héroe.

ARIAS, Fernando. *Contestación a las fanforronadas de Manuel Flores*, Santa Cruz, Imprenta del Pueblo, 1865. 4°; 16 p. (11).

AVILA, Federico. «La aventura del Capitán Tarifa», *Revista Universitaria*, Universidad J. M. Saracho, Tarija, 1949, N° 1 (12).

F E D E R I C O A V I L A

BOLIVIA
EN EL CONCIERTO
DEL PLATA

EDITORIAL CVLTVRA • MEXICO
1 9 4 1

110 195 x 127; VI + 341 p.

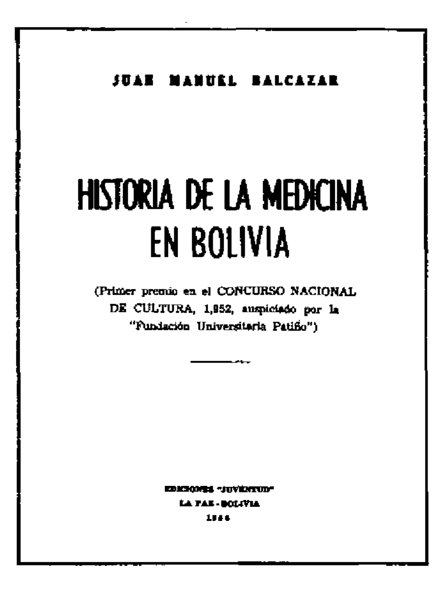
11. «Bibliografía Cruceña», *El Registrador*, periódico, Santa Cruz, 1923, nov. 28, N° 2, p. 2, como simple anotación bibliográfica.

12. *La Razón*, 1950, set. 3.

Se trata de unos cuantos pliegos que han sido separados de la *Revista Universitaria de Tarija*, sin carátula y por tanto sin designaciones. Se narra aquí lo que el mismo título trae, o sea la aventura del Capitán don Francisco de Tarifa, desde el pueblo de su nombre, hasta morir a manos de los chiriguanos, después de haberse enervado en las lujuriosas vegas de Tarija. El autor deja constancia de que el apellido Tarifa no fue el que dio nombre a la región de Bolivia de aquel apelativo, pues «el nombre toponímico Tarija, que los españoles escribían, de acuerdo a la ortografía de la época, TARIXA, era conocido ya en los documentos coloniales, muchos años antes de la llegada del Capitan Tarifa a estas tierras».

El autor de este trabajo, Federico Avila, es un estudioso de mérito; tiene publicados numerosos libros y es conocido por su dedicación a la historia y problemas sociológicos nacionales. Con este ensayo, escrito en forma novelada, agrega un lauro más a los que ya tiene conquistados.

BALCAZAR, Juan Manuel. *Historia de la medicina en Bolivia. Primer premio en el Concurso Nacional de Cultura, 1952, auspiciado por la Fundación Universitaria Simón I. Patiño*, La Paz, Ediciones Juventud, 1956; XVI + 721 p. (13).


JUAN MANUEL BALCAZAR

HISTORIA DE LA MEDICINA EN BOLIVIA

(Primer premio en el CONCURSO NACIONAL DE CULTURA, 1,952, auspiciado por la "Fundación Universitaria Patiño")

111 160 x 104; XVI + 721 + cuatro p.

Al concurso de carácter general convocado por la Fundación Universitaria «Simón I. Patiño», la intelectualidad boliviana ha respondido en una forma notable. Cuarenta y nueve trabajos presentáronse abarcando la más amplia variedad de los géneros, los mismos que fueron clasi-

13. *El Diario*, 1954, mar. 14, con el título: «Para una bibliografía médica boliviana». En este artículo HVM. se refiere al libro del Dr. Balcázar escrito en 1952, premiado en un concurso de ese año y publicado en 1956. HVM. fue miembro del jurado en el concurso de 1952. El año 1954 escribió el presente artículo. El Dr. Balcázar adicionó su bibliografía con algunas de las indicaciones de HVM., sin citarlo y sin indicar que estos manuscritos y publicaciones están en la Biblioteca de la UMSA. (G.O.).

ficados en la siguiente forma: once novelas, diez colecciones de poesías; siete piezas de teatro; seis cuentos; seis biografías; cinco relaciones históricas; dos ensayos; y dos sin clasificación precisa. Esta enumeración revela una inquietud cultural en nuestro medio, que si bien no es notable a primera vista, se deja sentir a poco que se ahonde en el ambiente.

El veredicto del Jurado, por unanimidad de votos asignó el premio al trabajo titulado *Historia de la Medicina en Bolivia* suscrito con el seudónimo de Kallaguaya, que resultó ser el Dr. Juan Manuel Balcázar. Es a esta obra a la que habremos de referirnos.

A más de la novedad del tema, que por primera vez se lo aborda así en forma completa, tiene méritos propios cuales son el estudio largo y paciente que revela a través de una concienzuda investigación, fuera de la cantidad de substancia gris que ha tenido que poner en la apreciación de los hechos y en la redacción del libro.

Abarca desde los tiempos primitivos hasta el día, dividiendo su trabajo en cinco partes que comprenden 82 capítulos. Es de notar la disconformidad entre el título general de *Historia de la Medicina en Bolivia*, con el contenido, que es exclusivo sobre la región andina, existiendo un lamentable olvido de la región oriental de Bolivia, como si no fuese parte constituyente de la nacionalidad desde el siglo XVI. Apenas en la época republicana hay vagas referencias, que aumentan a partir de la iniciación del presente siglo.

Naturalmente que está lejos de nuestro ánimo señalar esta laguna como algo premeditado, sino simplemente llamamos la atención acerca de ello, precisamente para que sea salvada. Una investigación seria, como la que el Dr. Balcázar, ha realizado en los cronistas peruanos de la conquista, pero esta vez dedicada al descubrimiento y conquista del Río de la Plata, Paraguay y Oriente Boliviano, así como a la copiosa bibliografía jesuítica misional, le habría proporcionado los datos que aquí se extrañan.

Esta deficiencia bibliográfica se nota en forma clara, pues el autor al final de su libro ha colocado dos listas que comprenden las obras nacionales consultadas y las extranjeras. Por tales referencias, podemos, pues, juzgar las fuentes e informaciones que ha tenido a la vista para la redacción de su libro.

Concretándonos a lo boliviano, la lista es copiosa, lo que prueba seria investigación, pero está muy lejos de ser completa. El autor, al comienzo de la dicha lista dice textualmente: «en este capítulo hacemos la relación de todo lo que se ha publicado en el país en materia médica, o que puede tener relación con ella. Es de creer que muchas obras no han llegado a nuestro conocimiento, o se han agotado, o finalmente, no se encuentran en las bibliotecas públicas. Nuestra información debe pues, pecar de incompleta».

Tiene sobrada razón en lo que dice el Dr. Balcázar, excepto en aquello de las bibliotecas públicas.

Con respecto a éstas, existe el prejuicio corriente contra todo lo que es institución del Estado: que no sirven para nada, por más que nunca se haya tratado de utilizar sus servicios. Y es un prejuicio injusto, tan injusto como aquél de nuestros cronistas: que no hay fuentes para estudiar la historia boliviana.

Desde hace algunos años quien esto escribe, en forma expresa ha venido luchando por desarraigar ese prejuicio, demostrando incluso con la propia producción de cuanto material existe en nuestras bibliotecas para estudiar nuestro pasado; y no digamos de la Biblioteca y

Archivo Nacional de Bolivia, que bajo la inteligente y erudita dirección de don Gunnar Mendoza son un verdadero tesoro de materiales no explotados. Sin duda el escaso relieve intelectual de quien estas notas escribe y su ningún valer político, ha hecho que su campaña haya caído en el vacío, pues el prejuicio continúa cual lo demuestran las líneas del Dr. Balcázar más arriba copiadas.

Como quiera que la *Historia de la Medicina en Bolivia* hubo de ser conocida del borroneador de estos apuntes en su calidad de miembro del jurado que calificó las obras presentadas al concurso convocado por la Fundación Universitaria Simón I. Patiño, considera que una vez más debe insistir en demostrar lo falaz de tal juicio.

Y para ello nada mejor que complementar en la medida de lo posible, la lista del Dr. Balcázar y complementarla con libros que están aquí, al alcance de su consulta.

En efecto. En la Biblioteca de la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz, se guarda una muy buena colección de libros, folletos, tesis, etc., que no aparecen citados por el Dr. Balcázar.

En consecuencia a continuación se enumera aquellas piezas bibliográficas que no menciona el Dr. Balcázar en su libro y que se hallan aquí, en la Biblioteca Universitaria, y se las indican con la numeración del caso, para facilitar su búsqueda.

Manuscritos

29.705 Anónimo. *De la Cacoquimia en general.*

29.707 José Ma. Quiroga. *Lecciones de Fisiología dada por el catedrático de anatomía y cirugía y escritas por el alumno practicante José María Leonardo Benavides*, La Paz, 1836.

29.708 José Ma. Quiroga. *Curso de higiene dictado por el catedrático de cirugía en la Universidad Mayor de San Andrés*, La Paz, 1838.

29.710 José Passamann. *Adiciones a los cursos del año segundo del quinquenio de estudios médicos: Fisiología y patología, dictados por el Director Catedrático de Medicina*, La Paz, 1836.

29.711 José Passamann. *Curso de Pathología Especial dictado por el Director Catedrático de Medicina en la Escuela General de C. Médicas de Bolivia*, La Paz, 1837.

29.720 José Ma. Quiroga. *Curso de Cirugía Médica dictado en la Escuela General de Ciencas Médicas de Bolivia*, La Paz, 1837.

Publicaciones y Tesis en general

29.715 *Cuestión Médica o esplicación que dan al público de su conducta los dos médicos que asistieron a la hija de don Camilo Estruch*, etc. Cochabamba, 1867. Suscriben Mariano Virreira y Julio Rodriguez.

29.714 *Cuestión Médica. Segunda publicación.* etc. Cochabamba, 1867. Suscriben Mariano Virreira y Julio Rodriguez.

29.716 Casimiro Valenzuela. *Memoria refutando el folleto titulado «Cuestión Médica o Esplicación que dan al público de su conducta»*, etc. Cochabamba, 1867

28.397 *Instrucción metódica para la aplicación de la vacuna*, etc. Por el Prof. José Cordón. La Paz, 1833.

29.723 Eduardo N. del Prado. *Manual de Obstetricia*, Vol. I La Paz, 1867.

34.730 Raúl Guzmán Soriano. *Eritrosedimentación. Valor pronóstico y diagnóstico del «Indice de Katz»,* (Tesis). Cochabamba, 1944.

44.172 Luis Mealla Caso. *Consideraciones sobre la vida de los obreros en Bolivia y casos de neumoconiosis registrados en el Dispensario Antituberculoso de la ciudad de Oruro,* Cochabamba, 1945.

51.969 Nicanor Iturralde. *El cólera. Cartilla higiénica,* La Paz, 1887.

51.971 Mario Mostajo Bayá.*Aporte al estudio del alcoholismo y la alcoholemia.* (Tesis). Cochabamba, 1948.

29.719 *Estudio de profilaxia. El paludismo en Mizque. Bolivia.* La Paz, 1905.

Sin tiempo para la clasificación metódica del material antes detallado, allí va sin orden ni concierto alguno, tomado al azar de una ligera y por demás incompleta revisión de los catálogos de la Biblioteca Universitaria. Y conste que solamente se detallan aquellas piezas bibliográficas que el Dr. Balcázar no inserta en su libro. A pesar de todas las deficiencias y así en forma y a título de simple complementación, abrigamos la esperanza de que la lista que hoy se publica será de alguna utilidad informativa a los señores galenos y sobre todo, contribuirá a disipar el prejuicio de la inutilidad de nuestras bibliotecas públicas.

La Paz, octubre de 1952.

BALDIVIA G., José María *Cultura artística de La Paz, Reminiscencia. Arte y artistas paceños,* La Paz, 1949; 22, formato mayor. Ilustr. (14).

El autor del presente trabajo es un escritor conocido en nuestros círculos intelectuales por su poliédrica versación en asuntos jurídicos, internacionales, literarios y musicales, todo como aporte valioso a nuestra cultura. Dirige la *Revista Jurídica,* órgano del Colegio de Abogados; hace años hizo varias publicaciones muy bien documentadas acerca de la cuestión portuaria boliviana. Miembro componente del Círculo de Bellas Artes, hoy extinguido por la inercia del ambiente; llegó a presidirlo y publicó sus crónicas que son el mejor documento de una inquietud espiritual que floreció en mejores tiempos.

La portada de este trabajo ostenta las fotografías del Coronel José Baldivia M. y de su esposa doña Justa Pastora Galdo de Baldivia, padres del autor, y a cuya memoria está dedicado el estudio. Comienza el trabajo con ideas generales acerca del concepto de la música, para seguir con la enumeración de los principales cultivadores de dicho arte en La Paz. Entre ellos y como tales nombra a Lizárraga, Jurado, y Ledezma, como artistas antiguos de los cuales se tiene muy pocas noticias; Epalza, Lazo, Carlos Pérez, José Bravo, entre los compositores de música para bandas militares, y a Francisco Peña, Antequera, Tomás Paredes, Tomás Eduardo, Crispín Andrada, José Manuel Ramirez, entre los notables. Cita a Tirado como compositor de aires nacionales a base de motivos mestizos, ya que la primitiva música indígena, se hallaba fuertemente influenciada por la que importaron los conquistadores.

Hace la biografía de Adolfo Ballivián, estadista notable, músico por temperamento y autor de varias composiciones de salón algunas de las cuales fueron recogidas por Nicolás Acosta en sus *Escritos políticos y literarios de Adolfo Ballivián,* Valparíso, 1874. Baldivia, con toda razón hace hincapié en la ópera *Atahuallpa* «de la que sólo se conserva la marcha fúnebre y la danza de las ñustas».

14. *La Razón,* 1949, jun. 5.

Allí también figura doña Modesta Sajinés Uriarte, autora de poesías, leyendas históricas, gran pianista y compositora. «Cultora del arte clásico, sus autores predilectos, según se colige por un archivo, eran Mozart, Weber, Beethoven, Schubert y el romantico Bellini. Entre sus composiciones se cuentan bailables de su tiempo, valses, mazurkas, galopas, marchas, villancicos, con un sentido o característica singular, la del sentimiento nativo de melancólico acento», según afirma el propio Baldivia.

Hace la biografía de Manuel Norberto Luna, quien llegó a ser autor de algo mas de un centenar de composiciones, distinguiendose sobre todo en la música religiosa y en los bailables. Añade que «fundó la sociedad 'Hayden', en la que hicieron sus estudios los Zalles, Pinedo, Iturralde Abel, los Alborta, Pacífico Dalence, natural de Oruro, Bilbao, Villalobos Froilán, Benavente y otros jóvenes de la sociedad». Igualmente se hallan datos sobre don Eloy Salmón Ampuero, autor del himno paceño y de muchas otras composiciones. Termina este capítulo con sentidos versos del poeta y político José Santos Machicado, dedicados a Manuel N. Luna y a Eloy Salmón.

Entrando a las actividades artísticas de este siglo relata la fundación del Conservatorio Nacional de Música el 26 de febrero de 1907, y la fotografía que la ilustra documenta mejor aún el relato. Allí están Marcelino Adrián, Adán Sánchez, Hector Sanjinés, Emilio Bonell, Sidney C. Schepard, José M. Baldivia G., Luís Weill, Fernando Muñoz Ondarza, Julio Sagárnaga, Francisco Suarez, Carlos Polar, Oscar Núñez del Prado, William Kwin, Néstor Muñoz Ordoñez, Italo Chiavelli.

De la Sociedad Filarmónica que alrededor del novecientos auspiciaba el inquieto y culto escritor Don Zoilo Flores, el escritor Baldivia nos enumera en su sección musical a Manuel Norberto Luna, Juan José Arana, Octavio Polar, Cordíglia Lavalle y en su sección artística a Peregrina y Elena Flores Lemaitre, Leonor y Esther Perou Cusicanqui, Sara Grundi, María y Jesús Lopera Loza, Casta Baldivia Galdo, Tomasa y María Cusicanqui, Angelita Sanjinés Uriarte, Rosa Núñez del Prado Zeballos, Bethsabé Iturralde, Daría y María Corral, Mercedes y Natividad Pizarrozo. El coro de caballeros los constituía Juan Perou C., Manuel Nza (sic) Adelio del Castillo, Moisés, Alfredo, y Ricardo Ascarrunz, Carlos Núñez del Prado, Jorge y Celso Sáenz Cordón, Néstor y Emilio Zalles, Jorge Frick, Manuel y Enrique García Pacheco, A. Bartlems, Pedro Bernachi, Bernardo Zailer, Cristián Brener, Francisco Arce Ballivián, Lorenzo Andreotti y otros más. Director era Juan Perou Cusicanqui. Hay una fotografía de un grupo musical que en 1910 se reunía privadamente; allí están Alberto Cornejo, Eduardo Saénz Flor, José E. Rivero, Carlos Zalles Ballivián, Jorge Zalles, José M. Baldivia, Arturo Zalles Ballivián, Alfredo del Carpio, David H. Molina, Hugo Zalles, Juan Muñoz Reyes y Rodolfo Zalles.

Al tratar del Círculo de Bellas Artes cuya presidencia ocupó Baldivia en 1924, dice: «Institución que alcanzó alto grado de prestigio y cuya labor hasta hoy es de grato recuerdo. En sus diez y seis años de vida dio las pruebas más elocuentes de su eficiencia artística, que han dejado huella imperecedera e imborrable en el historial de la evolución cultural de La Paz. Constituído por elementos selectos de la intelectualidad, fue el cenáculo en el que convivieron y trabajaron en íntima camaradería, poetas, escritores, músicos, pintores y escultores. Organizaba mensualmente veladas de arte clásico cuyos programas eran la expresión del alto rango artístico de sus componentes y en las que se dictaban conferencias sobre temas distintos de carácter literario, histórico, artístico, filosófico, etc.».

Por su escenario luminoso desfilaron con brillo y lucidez, haciendo gala de talento, arte, genio y sincero propósito de difundir en la sociedad la educación artística, pianistas de alta

escuela como Enriqueta Medina de Sanjinés, Hortensia Diez de Medina de Zalles, Cristina Soria Galvarro de Zuazo, María Teresa Torrico Lemoine de Carrasco, Elena y Lucila Flores Alaiza, Carmela Reyes Ortiz, genial e incomparable, Adela Adrián Ruiz, Emilia Bustillos Chopitea, M. Luisa Eulert Farfán, y en la sección literaria y recitación: Irene Gutierrez Vea Murguía, Elena y Tita de la Oliva Sáenz, Alicia y Cristina Contreras Ruiz, Yolanda Muñoz Castillo, Celeste Pérez Castillo y Ada Carvajal».

«En la sección de caballeros actuaron músicos como: Waldo Alborta, Carlos Berdecio, Héctor Sanjinés, José e Isaac Tamayo, Genaro Sáenz Rivero, José Samsó, Pietro Bruno, G. Ditmer, José María Porcallas que fueron directores de orquesta, José Salgado, A. Benavente, Eduardo Caba; violinistas eximios como Adán Sánchez, Marcelino Adrián, Pacífico Dalence, Ernesto Peñaranda. La sección literaria contó en su seno a los mas altos valores de la intelectualidad nacional, figuran entre ellos: Alcides Arguedas, Alberto Diez de Medina, Armando Chirveches, Gregorio Reynolds, José Eduardo Guerra, Benjamín Guzmán, Juan Francisco Bedregal, Alfredo Otero, Federico More, que ya desaparecieron del escenario de la vida. Sobreviven de esa generación: Eduardo Diez de Medina, Abel Alarcón, Juan Capriles, Raúl Jaimes Freyre, Luis Felipe Lira Girón; muchachas como Quica Estenssoro Machicado que aun adolescente publicó su libro *Violeta de oro,* cuentos, prologado por el representante diplomático de la Argentina Horacio Carrillo, y su bella novela *Beatriz*; Maty Carmona Rodo, directora de la revista femenina *Aspiración*, que la fundó y sostuvo muchos meses. Pintores de la jerarquía de Luís Toro Moreno, Norberto Galdo, Ezequiel Peñaranda, Indaburo, Roberto Bustillos Chopitea e Isaías Pacheco Jimenez».

Naturalmente que en un trabajo como el que se comenta, que modestamente lleva el subtítulo «Reminiscencias», no es posible exigir listas ni enumeraciones completas, y de allí que es de lógica suponer que a los nombres citados haya que agregar muchos otros. Pero en la sección musical, hay dos que son de primera categoría y que es preciso mencionarlos: son los de la señora Elena Sagárnaga de Ernst y de Humberto Viscarra Monje. Por su virtuosismo, por la gran calidad de su arte y de su talento son altas cumbres en medio de tan brillante conjunto como era el que constituía el Círculo de Bellas Artes.

Habla Baldivia de la modestia de los componentes de ese centro cultural y cita el caso de Adán Sánchez que siendo Presidente de la Cámara de Diputados, apenas terminaba la sesión corría a ocupar su puesto de primer violín en la orquesta. A este ejemplo podría añadirse uno reciente cual es en el grupo actual llamado «Los amigos del Arte», donde se veía a Eduardo Sáenz García descansar de sus tareas de Ministro de Economía, tocando el violoncello.

Termina el libro con tres versos del mismo Baldivia dedicados a la música alemana, italiana y francesa y que pertenecen al libro *Fantasías Literarias* escrito por el señor Baldivia.

En esta nuestra tierra donde todo pasa sin dejar mayor huella y donde casi diríamos que el recuerdo no existe, trabajos como el presente son valiosísimos y sirven para dejar constancia escrita de aspectos tan importantes de nuestra vida cultural como los que se apuntan, y dejar constancia también de las personas que en tales actividades actuaron para mayor honra de ellos y de nuestra sociedad. Por eso el señor Baldivia que con *Un año de Arte en La Paz* que publicó ha tanto tiempo, ya se mostró celoso cronista de estos brotes espirituales, merece todo elogio.

En su importantísimo libro *Tupac Amaru el Rebelde* (Buenos Aires, 1943), Boleslao Lewin nos pinta un cuadro muy valioso de la época y cómo, sin tener participación en el movimiento indígena, la idea revolucionaria ya existía por todas partes. Nos copia pasquines del Río de la Plata, de Cochabamba, de La Paz, Oruro, etc. Conste que en esas postrimerías del siglo XVIII, cuando los doctores de Charcas sacaban conclusiones sobre la soberanía popular de los casuismos de la *Summa* del Angélico Doctor, en La Paz circulaban pasquines subversivos y en Nueva Granada se editaba clandestinamente *Los Derechos del Hombre.*

Como podrá verse el movimiento ideológico era continental, sin que nadie pueda atribuirse primacía ni exclusividades. Y cerremos este párrafo con las sólidas sentencias de Rafael Altamira, viejo y sabio catedrático de valer mundial: «La ley general de la civilización es la influencia recíproca y el magisterio mutuo. Unos enseñan a otros y son enseñados a su vez, en un flujo y reflujo continuo de sugestiones, rectificaciones, imitaciones y experiencias reflejadas, de que cada cual se aprovecha más o menos según el poder asimilador y la fuerza de reacción de su espíritu. Esta ley se cumple dentro de cada grupo de individuo a individuo, de individuo a colectividad y viceversa» *(Filosofía de la Historia y Teoría de la civilización,* Madrid, 1915; 96. En este entendido, tanto Charcas como La Paz, Buenos Aires, Quito, Bogotá o Caracas, etc., tuvieron su lugar y desempeñaron el papel histórico que les correspondía.



II

El señor Baldivia sigue hablando de Goyeneche y del enviado napoleónico al Río de la Plata, cuyo nombre escribe Santenay, erradamente por Sassenay, y afirma que juntos se embarcaron en Cádiz para América. Este es un craso error sobre el cual ha más de medio siglo que se ha escrito bastante y claro. Para concretarnos sólo a nuestra tierra, consta cuarenta años atrás que insistió en ello Monseñor Miguel de los Santos Taborga en los *Estudios Históricos* que publicó don Luis Paz en 1908, en Sucre. Extraño, por lo mismo, que ahora se caiga en estos yerros infantiles, despejados completamente.

Lo curioso es que el señor Baldivia en este estudio que se comenta, cita a Gabriel René-Moreno y a Carlos A. Villanueva. Pues bien, en la página 389 del tomo primero de *Ultimos días coloniales en el Alto Perú* (Santiago, 1896), hubiera encontrado que José Manuel de Goyeneche se embarcó en Cádiz el 25 de junio de 1808 en la goleta *La Carmen* al mando del alférez de navío Eugenio Cortés, chileno, y que llegó a Montevideo el 19 de agosto, y que al pisar tierra gritó «Viva España», para llamar sobre sí la atención de todos. En las páginas 205 y siguientes del citado libro de Villanueva *Napoleón y la independencia de América,* hubiera visto que Bernardo de Sassenay se embarcó en Bayona el 30 de mayo de 1808 a bordo del bargantín de guerra *Consolateur,* comandado por el teniente de navío Dauriac, y que perseguido por los ingleses hubo de encallar intencionadamente en las costas uruguayas, llegando Sassenay a caballo a Montevideo el 10 de agosto.

En este caso, solamente existe una coincidencia, y es que el mismo día 10 de agosto, cuando Goyeneche desembarcaba en Montevideo procedente de Cádiz, Sassenay también llegaba a Montevideo procedente de Buenos Aires, después de fracasar su misión con el Virrey Liniers, y fue arrestado por el Gobernador Elío. El señor Baldivia cita también a Mitre, y a mayor abundamiento la *Historia de Belgrano,* donde hubiera hallado igualmente todo lo anteriormente relatado, librándole de caer en tal error. En cuanto a la triple misión que trajo Goyeneche, es cosa aparte, que no vale la pena discutir aquí, pues nos llevaría muy lejos del tema que nos ocupa.

En las páginas 20 y 21 hay una referencia a las copias de los expedientes relativos a la revolución de 1809 en La Paz y afirma el señor Baldivia: «No hay constancia alguna de que hubieran sido remitidos a Chuquisaca, como afirma el autor del libro *El pensamiento universitario de Charcas.* Aunque el asunto no es de importancia, tal cual lo dice el propio señor Baldivia, conviene apuntar que en el volumen segundo de *Ultimos días coloniales* (Santiago, 1901), hay una referencia a que esas copias fueron hechas sacar por la Legación de Bolivia en Buenos Aires en 1895 (p. 292). Lo cierto es que copias de esos expedientes estuvieron en poder de don Carlos Bravo quien hizo un extracto de ellos, terminando su trabajo a las tres de la madrugada del día 22 de julio de 1898 en Sucre, cual consta en la nota que de puño y letra puso al pie del dicho trabajo. Puede consultarse el dato en la página 336 del referido volumen segundo de *Ultimos días coloniales,* y en el manuscrito de Carlos Bravo existente en la biblioteca particular de don Andrés de Santa Cruz en esta ciudad.

En reiteradas oportunidades en el curso de su trabajo, el señor Baldivia cita un libro editado en Londres en 1817 y en París en 1819, por «Un ciudadano de América», cita en cierto modo misteriosa, ya que no se dan mayores detalles; con todo, fácil es saber que debe tratarse de *Esquisse de la Révolution de l'Amérique Espagnole...* par un citoyen de l'Amérique Méridionale, Trad. de l'anglais, etc., 1817 8°, de 259 páginas. Esta obra fue atribuida a Andrés Bello, cosa que Emilio Vaïsse ha desmentido, creyéndose a la fecha que su verdadero autor es Manuel Palacio Fajardo.

A este libro le da el señor Baldivia una importancia excepcional, incluso la de, hasta cierto punto, haber influido sobre don Julio Méndez, el gran escritor boliviano, cuando dedicaba uno de sus estudios a la revolución de 16 de julio de 1809. Se funda el señor Baldivia en que el misterioso libro anónimo trae la famosa proclama del Consejo de Regencia de Sevilla a los americanos y que alguna semejanza tiene con la de la Junta Tuitiva, fragmentos de tal proclama, la cual copia Méndez. Comenta el señor Baldivia: «Conviene en este punto subrayar que, según se vé el Dr. Méndez conocía el libro publicado en Londres en 1817 o su reedición de París, por la transcripción que ha hecho del documento de la Junta de Regencia» (p. 23).

No hay tal. Esa proclama no necesitaba encontrarla Julio Méndez en el misterioso *Outlines of the Revolution in Spanish America* de 1817, ni en el Esquisse de su traducción parisina. Esa proclama está abundantemente publicada y entre otras fuentes don Julio Méndez pudo haberla encontrado en las páginas 209 a 214 del tomo primero de *Anales Históricos de la revolución de la América Latina, etc.*, que en 1864 publicó en París don Carlos Calvo. Además, en la página 17 del trabajo del señor Baldivia a esa proclama de Sevilla se le asigna la fecha de 10 de junio de 1810, cuando es de 12 de febrero. El error quizá provenga de que apareció el sábado 9 de junio de 1810 en la *Gazeta de Buenos Aires*, cual consta de la reedición facsimilar de 1910 que tiene a la vista quien estas líneas escribe.

Aunque el estudio del señor Baldivia no traiga una referencia concreta y expresa, de sus titulares y textos se desprende lo siguiente: el señor Guillermo Francovich, Rector de la Universidad de San Francisco Xavier de Sucre, ha publicado un libro titulado *El pensamiento universitario de Charcas*, en el cual afirma que la famosa proclama de la Junta Tuitiva de La Paz en 1810, y que es abiertamente emancipadora, fue redactada por Bernardo Monteagudo en Charcas y de esta ciudad remitida a La Paz. A refutar este aserto está destinada la conferencia del señor Baldivia editada en el presente folleto.

No conociendo el libro del señor Francovich, es imposible apreciar y juzgar los fundamentos en que asienta su tesis y ante ello, y a simple título general cabe afirmar lo siguiente. El señor Baldivia copia la frase de Goyeneche en su nota de 27 de diciembre de 1809 a Nieto,

Presidente de Charcas, en la cual afirma que el cura tucumano José Antonio Medina «es el autor de cuantas proclamas se han esparcido por la América». Esta era la opinión de la época; en su memorial acerca de la revolución del 16 de julio de 1809, suscrito en Arica el 6 de octubre del mismo año por don Jorge de Ballivián, Agustín de Alava, Benito Blas de la Abariega, Pedro González Rubín y José de Mendizábal e Imaz, se afirma del cura Medina lo siguiente: «Aficionado a la lectura de libros extranjeros, como ellos sean libertinos, inclinado a las ideas de independencia, que a La Paz vino oportunamente con el objeto de dirigirlos en la empresa demasiado ardua para un charlatán, pero que embaucados los revolucionarios con varios párrafos del derecho de gentes que les cita sin que él mismo comprenda lo que dice. Es quien dirige y extiende todos los oficios o los más de ellos, contestaciones, proclamas, bandos, etc., y es últimamente, el timón o piloto que creen los ha de salvar de la actual borrasca». (MS. de la Biblioteca Nacional de Madrid, en copia en poder del autor) (17).

El señor Baldivia advierte que tanto René-Moreno como Manuel María Pinto y Bartolomé Mitre, son de la opinión de que fue el cura Medina el autor de la proclama, trayendo las hábiles razones que con todo acierto argumenta Pinto; pero llama la atención que el señor Baldivia atribuya a Mitre la paternidad de un libro titulado *La revolución del 16 de julio* que nadie sabía hasta hoy que alguna vez hubiera escrito don Bartolomé. Y a este propósito, valga una advertencia de carácter general: cuando se escribe sobre hechos históricos, las afirmaciones deben estar perfectamente documentadas y las citas consiguientemente hechas con indicación de autor, título, lugar y año de la impresión, volumen y página respectiva. Es sabido que todo estudio moderno que no cumple con estos requisitos, automáticamente se hace sospechoso de poca seriedad y deficiente método de trabajo y exposición.

Dejando de lado las razones en pro y en contra de la paternidad de la referida proclama, existe un argumento que podría considerarse como decisivo, y es el estilo y la vehemencia de los principios proclamados. Mariano Moreno cuenta que el más violento en su prédica en los cenáculos secretos emancipadores en Charcas allá en los comienzos del siglo XIX, era el presbítero tucumano José Antonio o José Antonino Medina (de ambas maneras es indistintamente denominado), y esos conceptos los aprovecha a su vez René-Moreno en su tan valioso libro *Ultimos días coloniales en el Alto Perú*; en el volumen primero, (p. 67), dice a la letra:

«Cítase entre los más exaltados en este belicoso cenáculo al presbítero Dr. don José Antonio Medina, ocho años más tarde uno de los más enérgicos miembros de la Junta revolucionaria de La Paz, y autor sin duda alguna de la antedicha proclama de guerra a España por la independencia. Excedía a todos los circunstantes en vehemencia. Nadie le sobrepasó en fuego cuando condenaba la célebre fórmula de las reales cédulas o reales órdenes al derogar lo más sagrado y secular: 'no obstante de lo que prescriben las leyes en el particular *pues tal es mi voluntad*'».

«La pasión tribunicia del presbítero Medina remataba entonces con los acentos más solemnes y proféticos de la Escritura: 'Hé ahí, exclamaba, al déspota insolente, que hace alarde de su arbitrariedad. No dice: porque así es justo, porque así es necesario, ni siquiera porque así lo creo y me parece conveniente. Lo que dice es: mando lo contrario a las leyes porque así lo quiero, porque así se me antoja, *porque tal es mi voluntad*. Pero la hora de la reforma está por sonar y la revolución se acerca. *Audituri enim estis proelia et opiniones proeliorum. Videti ne turbemini. Oportet enim hoec fieri sed nomdum est finis.* Oireis

17. Con el título de «Una versión inédita de la revolución del 16 de julio» este manuscrito se publicó en la Revista *Khana*, La Paz, 1957, N° 1; 27-28; 123-143. Se reedita en estas O.C. (G.O.).

guerras y rumores de guerras, pero no os turbeis; pues todas estas cosas han de suceder, más el plazo no ha llegado aún'».

Es de sobra sabido que nadie ha superado y ni siquiera igualado en talento y fina agudeza para interpretar esa época de nuestra historia a don Gabriel René-Moreno; y precisamente con toda su capacidad y erudición, compara estas actitudes del cura Medina con la proclama de La Paz y dice en su citado libro:

«Esta proclama es en realidad un documento extraordinario porque en la primera hora declara sin embozo la guerra a España por la independencia. Contiene de esta suerte la fórmula categórica, a que en definitiva no vino a ajustarse la revolución americana sino después de mil incertidumbres en parte inevitables y naturales. Sus palabras de fuego, junto con precisar filosófica y políticamente las causales y propósitos del movimiento, están mostrando a las claras un encono antiguo y la fermentación lenta de ideas subversivas. Ahora bien, el individuo más exaltado entre los conjurados teóricos de Chuquisaca a que se refiere el doctor Moreno, es también, según los hechos uno de los miembros más exaltados de la junta que nueve años después lanzó en La Paz la proclama. La correlación retrospectiva de las ideas políticas arriba indicadas, es pues evidente» (vol. I, 66).

De allí nace el convencimiento íntimo de René-Moreno, la certeza absoluta, la convicción de un hecho histórico nítidamente preciso y demostrado, y que le hace decir rotundamente que el cura Medina es el «autor sin duda alguna de la dicha proclama», etc.

De todo esto resulta que aunque la proclama de marras esté fechada en La Plata y escrita en papel sellado de esa capital, y dirigida a La Paz, no cabe la menor duda que el autor de ella fue el cura tucumano José Antonio o José Antonino Medina.

Después de todo, mayor importancia no tiene la cuestión, ya que volviendo a lo que decíase al principio, todas estas son minucias que no afectan en nada al edificio grandioso de la gesta emancipadora. Además, si la cuestión de la paternidad de la famosa proclama está entre el cura José Antonio Medina y José Bernardo Monteagudo, se circunscribe la cuestión a dos tucumanos que a su vez eran primos entre sí, lo que dicho en buen romance equivale a «todo queda en casa». Y basta.

Para terminar este comentario, justo es hacer homenaje al señor José María Baldivia por su inquietud espiritual y preocupación de los temas históricos, así como por su estilo fluido y la altura y ponderación con que aborda esta polémica. Por ello merece toda suerte de elogios y felicitaciones.

La Paz, julio de 1949.

BELTRAN AVILA, Marcos. *La pequeña gran logia que independizó a Bolivia, 1823-1825*, Cochabamba, Atlantic, 1948; 168 (18).

El señor Marcos Beltrán Avila autor de este trabajo, es conocido de antiguo por su dedicación a las letras históricas, contando en su haber libros como *Capítulos de la Historia Colonial de Oruro; Historia del Alto Perú en 1810*, etc. Hoy aparece este ensayo destinado a aclarar y poner un poco de orden en las informaciones sobre una de las épocas más confusas y menos

18. *La Razón*, 1949, ene. 16.

estudiadas de nuestra gesta emancipadora: la que va de 1823 en que comienza la lucha entre los dos bandos realistas, y la proclamación de la independencia.

El estudio está hecho a base casi exclusiva de la valiosísima documentación contenida en los cinco macizos volúmenes de memorias y papeles del Conde de Torata, el General Jerónimo Valdés, que por su rareza bibliográfica pueden darse por desconocidos en Bolivia; aquí en la ciudad de La Paz no los posee ninguna biblioteca pública, y creo que no llegan a tres los particulares que cuentan con ellos.

El libro de Beltrán Avila se lee con agrado, no obstante la severidad y hasta sequedad de su estilo. Hay mucho esfuerzo de búsqueda, de informaciones, de concatenación de noticias, de verificación de ellas y de atisbo inteligente y zahorí sobre lo que dicen y lo que no dicen los documentos.



113 Marcos Beltrán Avila (1881–).

Marcos Beltrán Avila

LA
PEQUEÑA
GRAN LOGIA
QUE INDEPENDIZO
A
BOLIVIA
1823 - 1825

EDITORIAL E IMPRENTA ATLANTIC - COCHABAMBA 1948

114 162 x 92; 168 p.

Con gran conocimiento del tema, va acumulando los hechos, los juzga con gran independencia de criterio y agudo mirar histórico; penetra en su esencia íntima y saca de allí todos los hilos de la conspiración de lo que llama «pequeña Gran Logia», que atizó las rivalidades realistas para mejor servir la independencia del Alto Perú. Esa pequeña Gran Logia dice estar constituida por Casimiro Olañeta, Manuel María Urcullo (a quien repetidamente llama José María), Manuel José de Asín, en el Alto Perú y José Mariano Serrano en Salta.

Es un libro de gran valer como interpretación de los hechos, y si hay algo que lamentar es que, conforme dice el propio autor, esté enlazado con otros, aún inéditos, dando así la impresión de incompleto. Ojalá que pronto aparezcan esos ensayos en su conjunto, para así tener una visión panorámica general del tema, del cual lo publicado es ya un adelanto meritorio.

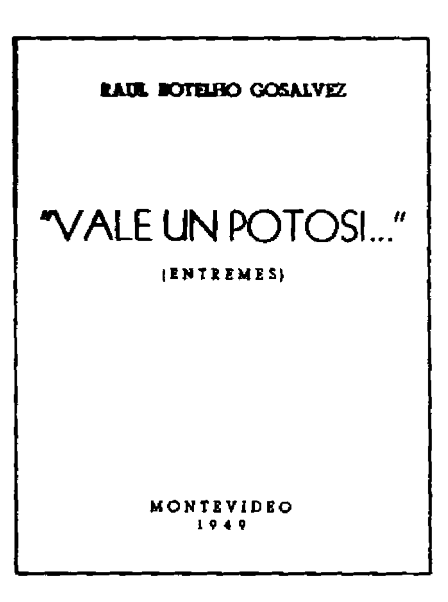
La Paz, diciembre de 1948.

[illegible] ÁVILA, Marcos. *Coronel Rodríguez de Herrera y Sebastián Pagador. (Polé-[illegible] 10 de febrero [de 1781] y el 6 de octubre de [1810]* (Paralelo histórico, Oruro, [illegible], 1944, 77 p. (19).

El conocido y documentado historiador M.B.A., publica en este pequeño volumen un estudio acerca de las personalidades del Coronel Jacinto Rodríguez de Herrera y Sebastián Pagador, lo que fueron y lo que significan para la historia colonial de Oruro. En realidad se trata de una polémica, en la cual y con una honestidad que honra al autor, reune tanto la propia como la ajena opinión, a fin de que el lector pueda formar juicio con propio conocimiento de causa.

Si bien es cierto que el tema pertenece a la historia netamente local de Oruro, la forma como M.B.A. enfoca el problema, es de caracter universalista, pues, darle esa altura y profundidad, a la vez que apasiona al lector, le interesa en su causa. Defícil sería dar un fallo en asunto no agotado como el presente. Posiblemente, con nuevos aportes documentales, ya se podría juzgar con mejores elementos. Mientras tanto, cumple felicitar al autor por su valiosa contribución a las letras históricas nacionales.

BOTELHO GOSALVEZ, Raúl. *Vale un Potosí...* (Entremés). Montevideo, 1949, 84. (20).



115 117 x 80; 81 + una p.

Conforme se indica en la página 7, se trata de una «ingenua novelita», que se remonta a 1941 en que apareció como folletín de *La Razón* y que hoy se reedita en volumen. Sirva la propia apreciación del autor de «ingenua novelita», que lo es en realidad, para disculpar el error del subtítulo que hoy lleva. En efecto, «entremés», según la definición consabida es

19. *La Razón*, 1949, feb. 6.
20. *La Razón*, 1950, ene. 1° y 8.

«pieza dramática jocosa y de un solo acto, que solía presentarse entre una y otra jornada, y primitivamente alguna vez en medio de la jornada de la comedia, para sazonar el espectáculo teatral». Y, precisamente, esta obra de Botelho Gosálvez es todo lo contrario del entremés clásico, ya que ni es pieza de teatro, ni jocosa, ni consta de un solo acto, ni se halla entre jornadas ni al medio de ninguna comedia. La arbitrariedad del nombre quizá se origine en que se trata de un relato corto, pero para ello existen los términos de «cuento», «romance corto», etc.

El protagonista de este ensayo novelístico es el Capitán español don Alfonso de Castro, que con un puñado de valientes emprende la conquista de Eldorado en busca de los fabulosos tesoros que se decía allí existir. Vuelve fracasado con sólo seis de sus compañeros y así, enfermos y maltraídos entran en el Cuzco entre las sonrisas mitad compasivas y mitad burlonas de sus opulentos habitantes. Toma parte después como Capitán en las guerras civiles de la época en las cuales se llena de oro, que saquea a los vencidos indios. Es ya otra vez el hidalgo soberbio de antaño y con tales humos se dirige a Potosí en ese entonces en el esplendor de sus legendarias riquezas.

Por esa época, Potosí se hallaba en uno de sus críticos períodos de lucha entre los célebres «vicuñas» y los no menos famosos «vascongados». El protagonista conoce al día siguiente de llegado a la familia del Marqués de Sanmillán, vascongado fiero, quien ha jurado vengar la muerte de su hijo asesinado por los vicuñas. Esa misma noche salva la vida del otro hijo y al día siguiente recibe de regalo unas espuelas de oro y la consabida invitación a la casa. Pocos días después en una justa don Alfonso de Castro conquista el laurel de oro y humilla a Ramiro de Carvajal que había retado a la familia Sanmillán.

Mientras tanto entra el amor de por medio entre Castro y la marquesita de Sanmillán. Una noche en que por fin obtiene el hablarle a través de la enrejada ventana, es asaltado por los vicuñas y a la puerta de la casona caen para siempre tanto Ramiro de Carvajal como Alfonso de Castro. María Cristina de Sanmillán, profundamente adolorida, se retira del mundo y va a terminar sus días en un convento.

Como se ve, el argumento es sencillo y caballeresco con olor a fresco romanticismo evocador del pasado. Aunque nada dice Botelho sobre la época misma en que se desarrollan los acontecimientos, indirectamente nos da una fecha fija. Al describir el torneo ocurrido en Potosí, incorpora a su texto con las comillas respectivas, fragmentos de un relato de los *Anales* de Arzans y Vela, tal cual constan en la página 380 del *Archivo Boliviano* de Vicente de Ballivián y Roxas (París, 1872). Como la justa allí descrita tuvo lugar en 1608, es pues esta la data precisa y exacta de los acontecimientos que forman la trama de esta novela.

La fértil imaginación del autor nos hace ver un Potosí portentoso y polícromo: «Escuchábase el gigantesco murmullo de la vida. De algunas posadas y mesones brotaba música de guitarras y bandolines y la rijosa zarabanda del jaleo al cantejondo, al fado, a la seguidilla, a la jota: las voces tenían dejos peninsulares: andaluces, gallegos, cántabros, portugueses. Por las angostas calzadas pasaban mulas tucumanas con jaeces de caireles y abalorios, con collares y ricas monturas chapeadas de plata, cual mera escena de gitanería. Bajo los portales, con tapada y madreñas, ocultas fisgoneaban viejas Celestinas, en espera de recados de Calixtos y Melibeas potosinos. Forasteros recién llegados atropellábanse en busca de albergue. Allí se veía el fez y el albornoz, el turbante y el sombrero de teja. Circulaban en río callejero, clérigos y monjes, comerciantes y chulos; soldados y alarifes, pintores y mendigos, esclavos y libertos. Sobre la muchedumbre potosina, en las estrechas callejas, mil ventanas faroleras fulguraban cada una con lumbre de cien candelas. El estridor de la gente iba disminuyendo a medida en

[illegible] la hora de la queda repicada por la gran campana de la Catedral y difundida en la villa por los serenos que portaban fanal y espingarda, amén de espada y coracina de [illegible]» (p. 19).

La descripción es muy real. Era la época precisamente de la zarabanda, introducida en España a fines del siglo XVI y a la cual ya se refiere Cervantes como «danza endemoniada», contemporánea de la seguidilla; en cuanto al jaleo es muy antiguo y la jota se remonta al siglo XII, estando su cuna al parecer en Valencia debida al moro Aben Jot de donde tomó el nombre, para extenderse por toda la península.

No así el fado, cuyo origen se cree hállase en las danzas africanas del Brasil pasando después a Portugal donde recibió fuerte influencia italiana. Si bien es cierto que a mediados del siglo XVI comenzó la importación de esclavos al Brasil, no es creíble que media centuria mas tarde ya existiera el fado como danza popular en Potosí. En lugar del fado, Botelho podía colocar a la chacona, contra cuyos movimientos lascivos protesta Lope de Vega; asimismo la jácara, la mogiganga, la capona y el rastreado, para no citar sino un corto número de los tantos bailes populares en boga en la España de entonces, bailes generalmente acompañados de guitarra, así como también por gaita y tambor. (Curt Sachs. *Historia Universal de la Danza*, Buenos Aires, 1944. Felipe Pedrell, *Las formas pianísticas*, Valencia, 1918).

Completamente inadmisible aquello de la promiscuidad de «el fez y el albornoz, el turbante y el sombrero de teja». Vamos a cuentas. Después de la toma de Granada en 1492, quedaron en la península muchos moros en ciertas condiciones de tolerancia que los Reyes Católicos fueron los primeros en violar; de allí el origen de muchos abusos y de las consiguientes rebeliones. Carlos V tomó medidas enérgicas y con la Junta de Granada, dispuso en 1526 la prohibición absoluta no solo de las prácticas religiosas, sino del idioma, costumbres, vestidos, hábitos, etc. árabes. En 1566 fueron reiteradas estas prohibiciones con mucha más severidad por Felipe II, dando nacimiento a una verdadera guerra sangrienta que terminó con el aniquilamiento de los moros de Granada y su reparto entre las demás provincias. Era el año de 1571.

Con semejantes medidas drásticas, es para imaginarse que nadie tendría empeño en usar prendas de vestir tan prohibidas. Algo más. Si las escenas de esta novela son de 1608, no hay que olvidar que precisamente en esos años se estaba gestando la expulsión completa de los moriscos de España, y que en 1608 ya fue resuelta definitivamente, ejecutándose el 22 de septiembre de 1609. (Modesto Lafuente. *Historia General de España*, Barcelona, 1888, vol. IX, 291; vol. X, 37; vol. XI, 137).

Podría objetarse que el propio Cervantes en el capítulo XXXVII de la parte primera de su obra inmortal, habla de un cautivo y una morisca que llegaron a la venta donde se hallaba don Quijote con Dorotea, Fernando, etc. No hay que olvidar que en dicho pasaje se dice: «en su traje mostraba ser cristiano venido de tierra de moros», y en la descripción que hace de su vestimenta no aparece ni fez, ni turbante, ni albornoz. Por lo demás, si en España existía cierta tolerancia por lo mismo de que los árabes se hallaban en grupos nativos, esa tolerancia no hubiese sido explicable en América, donde nadie habría querido presentarse con distintivos que eran propios de los «perros infieles». En las leyendas potosinas incluso se halla la del Capitán Zapata, quien siendo moro, nadie pudo descubrirlo, y así marchóse a su tierra con muchos millones, convirtiéndose allí en el Emir Sigala (Ballivián y Roxas, *Ob. Cit.*, 304).

La imaginación de Botelho le hace describir en Potosí una hostería en términos de un lujo propio de un palacio señorial de la Florencia renacentista. Finos manteles, cujas talladas y doradas, cortinajes de brocado, colcha lusitana con bordados de Cipango, tapices, espejos,

cuadros de las Danaides, bargueños incrustados de nácar, etc., son lujos que no se conocían ni remotamente en los mesones de Potosí, ni en los de España, y por último ni en todo el continente europeo. Basta leer las descripciones que hace Cervantes de las famosas ventas de la Mancha, para imaginarse, un poco mejoradas, como serían las posadas de las capitales.

La literatura de la época nos proporciona muchos datos sobre la mala calidad de estos establecimientos. Ludwig Pfandl dice: «Las casas de huéspedes recibían el nombre de fonda, posada y mesón cuando pertenecían al vecindario de aldeas y ciudades; el nombre de fonda se reservaba para las hospederías mejor acomodadas y de más distinción. Las relaciones contemporáneas están plagadas de las más acerbas quejas contra el estado deplorable de las hospederías españolas de aquellas décadas. En las fondas de las ciudades se proporcionaba al huésped cama, sal, aceite y vinagre, pero todo lo demás tenía que procurárselo el viajero por su cuenta y razón». (*Introducción al Siglo de Oro*, Barcelona, 1929; 204). Si esto pasaba en la península con una vieja tradición en materia de hospederías, no debía ser muy distinto en América, por más que se trate del propio y rico Potosí.

Constituye grave error y muy frecuente en los escritos de estas tierras de América el concebir evocaciones histórico- coloniales sobre ellas, sin relacionarlas con la España de la época. Nunca hay que perder de vista que la vida ciudadana de la colonia, si bien adaptada al medio, en líneas generales se regía por las costumbres y etiqueta de la metrópoli; y de allí que el estudio de la España de esos siglos sirva de positivo provecho para el conocimiento de la América coetánea.

Por lo que respecta a esta época de 1608 es una de las que mejores y mayores elementos tiene para ese estudio. Si se lee la literatura del Siglo de Oro, encuéntranse tal cantidad de datos y referencias, que con los debidos traslados, se pueden aplicar en su mayor número a las ciudades americanas. El estudio acucioso de los clásicos castellanos ahorraría muchos anacronismos a los que evocan nuestra colonia.

Tenemos entre la varia y prolífica bibliografía potosina a tres autores de renombre. Por orden cronológico, en primer lugar está don Nataniel Aguirre, que demuestra sus dotes en «La bellísima Floriana» incluída en el volumen *Varias Obras* (París, 1911), cuyo relato según propia confesión está tomado del libro *Castellanos y Vascongados* (Madrid, 1876), cuyo autor desconoce. Hoy todos sabemos ya que el cronista o editor de marras es Justo Zaragoza. Viene después don Julio Lucas Jaimes, conocido en el mundo de las letras por su seudónimo de «Brocha Gorda». Su libro *La Villa Imperial de Potosí* (Buenos Aires, 1905), está constituido por un precioso conjunto de leyendas, tradiciones, relatos, etc., de su tierra natal. Según el propio autor, la base de todo ese material se halla en los *Anales* que publicó en París en 1872 Ballivián y Roxas, pero dándole el cuño individual de su gran habilidad literaria.

Mención especial merece don Abel Alarcón, quien nos muestra un Potosí, su Potosí, en *Era una vez...* (La Paz, 1935 y sucesivas reediciones), que fuera de sus méritos estilísticos y como trama novelesca, es sin disputa la evocación más cabal, precisa y ajustada a la realidad histórica, que se hubiese hecho de la ilustre villa. En Aguirre se ve el ceñirse a los términos de los libros que le sirven de base; en Jaimes la elegancia de la forma dentro del marco de Arzans y Vela, y en Alarcón un cuidado erudito y refinado en la exactitud del detalle que llega hasta la minucia misma y que tanto relieve da a su obra. Fácil es ver en las interlíneas de tal libro a un lector familiarizado íntimamente con los prosistas españoles del siglo de oro, que traen todo un cuadro de su época. Incluso hay toques de la picaresca que es costumbrista, descriptiva y sociológica. Tan sólida la preparación le ha permitido a Alarcón ser casi un preciosista, sin caer en ningún momento en yerro o anacronismo.

Y es desde este punto de vista que no es dable admitir que en la página 43, Botelho haga a Don Alfonso de Castro ir a una invitación a almorzar nada menos que montado a caballo, cuando la distancia, según los detalles del relato no era nada más de diez cuadras entre la posada «La Alhambra» y el llamado palacete de los marqueses de Sanmillán. Y tan fuera de lugar resulta este detalle hípico, que al final del almuerzo el propio autor hace marcharse a Castro a pie, olvidándose de que llegó a caballo.

El almuerzo en casa del Marqués de Sanmillán, fue largo y copioso, cual correspondía a la alcurnia y dineros del anfitrión y a las costumbres fastuosas de la época y el medio. En la conversación, al referirse a las luchas del ambiente potosino, don Alfonso de Castro en tono de disculpa explica: «¡Esto es América, Señora!, etc., etc.» (Pag. 47). Según los eruditos datos de Roberto Levillier, en 1507, Waldseemuller, cartógrafo de Estrasburgo, por primera vez usa el nombre de «América» para el Nuevo Mundo; a mediados del siglo XVI, apenas uno que otro mapa español trae esta denominación muy común ya en el resto de Europa. Pero en España se usó siempre en el lenguaje oficial y corriente el término de «Indias Occidentales» en oposición al de «Indias Orientales» de los portugueses. Solo a fines del siglo XVII, es decir casi cien años más tarde de las escenas relatadas por Botelho, en 1681, en el tratado de Lisboa, por primera vez se usa el vocablo «América» en un documento oficial. (*América la bien llamada*, Buenos Aires, 1948, 2 vol.)

En la página 40, habla de las «cortes pequeñas y picarescas de Lima y Buenos Aires», como si fueran virreinales, sin recordar que por ese entonces solo Lima lo era, ya que el Virreinato del Río de la Plata fue creado en 1776. En 1608, época de los sucesos que nos ocupan, la hoy maravillosa y babélica Buenos Aires, era un villorio insignificante que apenas comenzaba a desarrollarse después de su segunda fundación por Juan de Garay el 11 de junio de 1580; apenas tenía veintiocho años de existencia.

La noche que muere don Alfonso de Castro, iba desarmado, siendo María Cristina de Sanmillán quien a través de los hierros de la ventana le proporcionó la espada de su hermano con la cual murió matando. Este detalle carece de verosimilitud. Todos los escritos de la época hablan de la tizona como complemento indispensable del traje, e incluso de allí proviene el nombre de «comedias de capa y espada». Hablan también de que la afición al arte y deporte de la esgrima no sólo era patrimonio de hidalgos, sino del procomún del pueblo.

Si esto pasaba en España, no es para pensar como sería en Potosí, donde la inseguridad personal hacía indispensable el andar siempre no sólo armado y bien armado, sino hasta acompañado por guardias personales, máxime de noche, en marcha a una cita amorosa y sabiéndose perseguido de muerte por osados y feroces enemigos. Incluso la propia condición de militar de Castro le imponía tal costumbre que por otra parte era general.

De igual manera podría calificarse la descripción en general del aspecto arquitectónico de Potosí, que en esta obra de Botelho aparece como monumental, lleno de palacetes con ventanas enfaroladas y grandes salones; amplias y lujosas hosterías, casonas enormes, calles empedradas, con aceras, iluminación nocturna, etc., etc. No es dable creer que haya sido verdad tanta belleza, dado el tiempo y las circunstancias.

Si nos atenemos a las crónicas de Arzans y Vela, en 1545 fue descubierto el cerro de Potosí, y añade que dos años después, en 1547 «se hallaban hechas 2.500 casas, donde habitaban 14.000 almas; continuábase la fundación con tanta prisa, que sin ahondar cimientos, proporcionar casas, ni nivelar calles, iba quedando muy mal formada la población» (Ballivián y Roxas, 293). Este relato nos proporciona dato precioso acerca del ritmo de la vida en Potosí.

La avalancha humana era tal que no había tiempo para construir, absortos como se hallaban todos en la tarea de enriquecerse. Los obreros hacían falta en las minas e ingenios, para estar pensando en ocuparlos en construir palacios. El número de forasteros era tal que superaba en mucho a las posibilidades de construcción de meros alojamientos.

Como sucede en todas las ciudades que se forman alrededor de la fácil riqueza, todo se hace provisional, pues no hay tiempo ni humor para más. A ello agréguese que los fríos temples de Potosí no invitaban a quedarse definitivamente; el ideal de todos era adquirir el máximum de fortuna en el mínimum de tiempo, para ir a gozarla en otra parte, sea de esta América o de la península. Así incluso lo demuestra la conversación en casa del Marqués de Sanmillán.

Resulta que en el Potosí de 1608, debía seguirse procediendo como en el de medio siglo atrás que describe Arzans y Vela. Resulta inverosímil que con todos estos factores negativos, en cincuenta años de febril actividad, haya habido la calma necesaria y los elementos, para construcciones particulares monumentales, como las que pretende Botelho existían en el tiempo de su relato. Y tan precario fue todo, que muy poco es lo que queda desde este punto de vista de aquella época de esplendor. Sin contar la actual Casa de Moneda, obra de la decadencia de las minas, monumentalmente hablando, Potosí es inferior a lo que pudo ser, dada la riqueza producida.

En este sentido, la novela de José Enrique Viaña *Cuando vibraba la entraña de plata*, cuyas escenas son de la misma época que la de Botelho, es mucho más realista y veraz, ya que nos pinta un Potosí de techos de paja y de pobre arquitectura que contrastaba con los millones que allí circulaban profusamente. Si en la obra de Viaña el argumento novelesco es frío y flojo, en cambio la descripción de la ciudad es muy buena y cabal, y en cuanto a la vida de los mitayos en los socavones y los ingenios, es de un realismo, de una plasticidad y de una hondura de sentimientos y de expresión, sencillamente maravillosas.

Con todo lo anotado y a pesar de ello, si se quiere, el libro de Raúl Botelho Gosálvez vale y vale mucho, revelando condiciones nativas en el autor como para producir en el género algo notable. En esta obra, que podríamos calificar como exclusiva de imaginación, ésta lo ha hecho todo, y en muchos casos sale muy airosa de sus intentos. Citemos un ejemplo tomado al azar. Al referirse a lo que de Potosí pensaba don Alfonso de Castro, dice:

«¡Cuantas cosas había escuchado de aquella ciudad rica y pecadora! Era Sodoma y Gomorra, Cartago y Roma cesárea, Babilonia y Alejandría. La omnipotencia de los sátrapas mineros parecía un sueño exagerado por la imaginación; las sumas a que llegaba el quinto del Rey, semejaban cifras astronómicas. Y la vida estaba bajo la égida del Becerro de Oro, bajo el signo de Venus, Baco y Mercurio. Todo ello era pasmo para propios y extraños» (p. 17).

Este brochazo tiene mucha plástica y nos demuestra que por lo menos, y superando a muchos cronistas, Botelho ha penetrado en lo hondo del alma del Potosí del siglo XVII. Por lo demás, el estilo es fluido y elegante; el tema desarrollado muy caballeresco y romántico, conforme queda dicho, y cual corresponde al Potosí colonial. Los personajes están muy bien diseñados, y en esto revela Botelho una excepcional capacidad. Sus hombres y sus mujeres superan en mucho al paisaje de sus estructuras noveladas.

Un análisis de la obra de Botelho nos mostraría que se trata de un formidable retratista espiritual. Parece que tuviera especial ojo zahorí para penetrar en el fondo mismo del alma que le interesa y rara habilidad literaria para presentarla al público. Estas condiciones hacen

de Raúl Botelho Gozálvez un gran biógrafo, género en el que seguramente, sería muy superior al novelista.

Y todo ello es mérito y no poco para el autor y es de justicia el reconocerlo.

La Paz, diciembre de 1949.

CALANCHA, Fr. Antonio de la *Crónica Moralizada Páginas Selectas.* Biblioteca Boliviana. Vol. I. Imp. Artística, Edición Oficial. La Paz, 1939; XXVII + 224 + una. (21).

I

Como primer volumen de la Biblioteca Boliviana y bajo el patrocinio del Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas de la República de Bolivia, aparece la reedición de la célebre cuando rara obra de Fr. Antonio de la Calancha *Crónica moralizada de la Orden de San Agustín en el Perú,* el volumen lleva un prólogo del Director de la indicada Biblioteca, señor Gustavo Adolfo Otero.

El referido prólogo nos trae noticias de segunda mano, tomadas sobre todo de René-Moreno acerca de los datos biográficos del P. Calancha, pero no aporta nada nuevo, ni siquiera en la interpretación, sobre lo que se publicó hace años. Por el contrario, acredita más bien que el prologuista y director de la publicación, no ha leído a Calancha, supliendo las fallas de su conocimiento con páginas imaginativas de hondo e interesante contenido.

Entre ellas, podemos citar con todos los elogios que merece, la referente a lo que significa la iglesia y el convento en la colonia, página que bien pueda compararse con la que Lucas Ayarragaray dedica a la plaza de la aldea en la misma época (22). Bien vale la pena de copiar aquí los conceptos del señor Otero; ellos dicen:

> «El templo es el sitio de reunión social y de recuerdo de los moradores de la ciudad naciente, es allí donde los hipócritas con su presencia tratan de ocultar la fechoría de la noche, donde los vanidosos alardean su moralidad, donde los caritativos lucen el esplendor de sus doblones entregados antes que al beneficio del pobre al comentario de la admiración o de la envidia; donde las mozas resplandecen en todo el prestigio de su belleza, expandiendo la sal de su gracia y las esencias de su juventud atesorada de luz, de plenitud y de gallardía, donde las autoridades pueden ostentar el poderío de su mando en medio de sus varas, sus terciopelos y sus golas, y en fin, donde la vejez que ha convertido su reumatismo en austeridad y crítica de las buenas costumbres, lanza sus anatemas contra los pecados de la juventud. Es en el templo o en sus atrios donde se comentan los hechos corrientes de la vida de la ciudad, las intrigas, las hablillas y los sucesos extraordinarios con algo de milagros y con mucho de imaginación y con no poco polvo de realidad. El convento siente pues el rumor de la calle y en el confesionario y en el atrio las moscas de la ciudad dejan escuchar el zumbido de sus hélitros. En la celda todo silencio y quietud, aromada por el sándalo

21. *La Razón,* 1949, abr. 24 y may. 1°, b) *Facetas*... Oruro, 1958; 35-46. En ambas ediciones con el título de «Una reedición del Padre Calancha».

22. Lucas Ayarragaray. *La Iglesia en América y la dominación española,* Buenos Aires, 1920; 140.

de las plegarias y estremecida por el rumor de cilicios y disciplina, los frailes se ganan el jornal de gloria eterna» (23).

Esta página, bella y sugestiva, contrasta con errores de coordinación, cronología e interpretación que demuestran a Gustavo Adolfo Otero como no especializado en estas materias que posiblemente le fueron conocidas en forma sumaria en los textos escolares de su infancia, pero que no tuvieron una posterior ratificación mediante serios y pacientes estudios. Vamos a cuentas.

II

Describe Otero muy brillantemente la ciudad de Chuquisaca, cuna de Calancha, deslizándose un error de caja al hacer aparecer a nuestro agustino como nacido en 1548, cuando lo fue en 1584. En medio de sus elegantes períodos literarios lanza esta afirmación rotunda: «La ciudad de Chuquisaca que fue fundada para sede de las autoridades de la Audiencia de Charcas, etc., etc.». Se nota de lejos que Otero sabe confusamente que en Charcas estuvo la Audiencia e ignora cuándo se fundó la ciudad y cuándo el tribunal, cayendo por ello en el error que se le apunta. Es difícil no recordar que la ciudad de los cuatro nombres fue fundada o en 1538 cual sostiene la Sociedad Geográfica «Sucre», o en 1539, según don Jaime Mendoza, ya que con motivo de esta diferencia de criterio en un año, hubo una polémica demasiado ruidosa. Si esta fecha no se olvida, fácil sería también saber que cuando don Pedro de Anzures alzaba los primeros muros de Chuquisaca, no soñaba con que veinte o veintiun años más tarde allí había de asentarse la Audiencia de Charcas creada en 1559. No tuvo idea en su fundación de hacerla para sede de sus autoridades cual afirma el señor Otero.

Continúa Otero hablando de lo que él mismo llama «clima espiritual en que transcurrieron los años mozos del futuro agustino Fray Antonio de la Calancha», y para ello se refiere al convento y la Universidad, y sobre la influencia que pudieron tener en la juventud de Calancha, dice: «en esta ciudad colonial, sede política de la Audiencia de Charcas, que realizaba su vida en la quieta paz de sus conventos, bajo la delicia de su clima inductor de la meditación y del estudio, comenzaba a funcionar la Universidad de Chuquisaca, la séptima de las fundadas en la América Hispana, que gozaba de idénticos privilegios que la de Salamanca, etc.».

Los años mozos de Calancha, a pesar de lo que afirma Otero, transcurrieron sin la influencia de la Universidad de San Francisco Xavier, pues cuando se fundó este centro de cultura, ya Calancha no era ningún mozo, sino hombre de edad madura con treinta y ocho años a cuestas. La Universidad de Charcas fue fundada en virtud de la bula de Gregorio XV de 8 de agosto de 1621 y Real Cédula de Felipe III de 2 de febrero de 1622, habiéndose instalado el 27 de marzo de 1624; en esos sus primeros tiempos dicha Universidad tampoco gozó de la igualdad de privilegios que la de Salamanca, ya que ello le fue concedido solo en 1798 (24), cuando hacía años que Calancha reposaba en olor de santidad. Calancha cursó sus estudios en Lima, conforme lo dice el propio Otero.

Al hablar de los «cronistas eminentes de la colonia» entre los cuales se halla Calancha, Otero enumera a Jimenez de la Espada. Esto sí que es imperdonable. Otero cita el estudio de René-Moreno sobre Calancha, y precisamente en esas páginas dice de Jimenez de Espada

23. Fr. Antonio de la Calancha. *Crónica Moralizada. Páginas selectas*, La Paz, 1939, Prologo, X.

24. Luis Paz *La Universidad Mayor Real y Pontificia de San Francisco Xavier de la Capital de los Charcas. Apuntes para su historia*, Sucre, 1914; 128.

que es el «primero entre los americanistas españoles contempoaneos» y que «publicó en 1880 en Madrid, etc.» (25). Es por ello que citar a Jimenez de la Espada como cronista colonial, al igual que Calancha, es absolutamente indisculpable. ¿No ha leído Otero el estudio de René-Moreno que cita, cual no ha leído al propio Calancha? *Al tempo l'ardua sentenza.*

III

Veamos lo que dice Otero sobre la mentalidad de Calancha; habla de la reacción renacentista en España y agrega: «Fray Antonio de la Calancha realizó su obra bajo el clima mental de esta tendencia realista frente a las obras de caballerías, actuando dentro del meridiano cultural de «guevarismo», etc., etc.» (26).

Afirmar que Calancha realizó su obra «bajo el clima mental de una tendencia realista frente a las obras de caballerías», cual lo hace Otero, significa no haber leído a Calancha y no reconocer lo que sobre él han escrito los críticos. Justamente si hay obra parecida a los libros de caballerías es Calancha con su repetición innumerable y hasta fatigosa de tanto milagro, constituyendo un verdadero monumento de credulidad ingenua.

Nada menos que una gran autoridad como Menéndez y Pelayo dice de Calancha lo que sigue: «Pocas crónicas monásticas hay más importantes para la historia de las costumbres coloniales y de los ritos y supersticiones de los indígenas, como la del P. Calancha. Su lectura atrae y entretiene muchas veces y a pesar de la estupenda credulidad milagrera y de su estilo barroco e intemperante. Tenía todos los vicios de la decadencia literaria, pero no le faltaba imaginación pintoresca, que en ocasiones le sugiere frases felices» (27).

Si Otero hubiera leído a Calancha, cual era su deber de prologuista, no hubiera hecho su desatinada observación. Al azar baste citar los milagros realizados en Pucarani y que se hallan alrededor de la página 880, para darse cuenta de esa exageración en milagros que tanto hace asemejar su *Crónica* a los libros de caballería. Nada de realismo y sí mucho de fantástica credulidad.

IV

Cita Otero a Fray Antonio de Guevara para decir que Calancha se inspiró en su escuela, ya que afirma haber realizado «su obra dentro del meridiano cultural del «guevarismo» y que «se advierte en la prosa calanchesca la estructura característica de Guevara». Veamos quien era Guevara y qué influencia pudo tener sobre el cronista charquino.

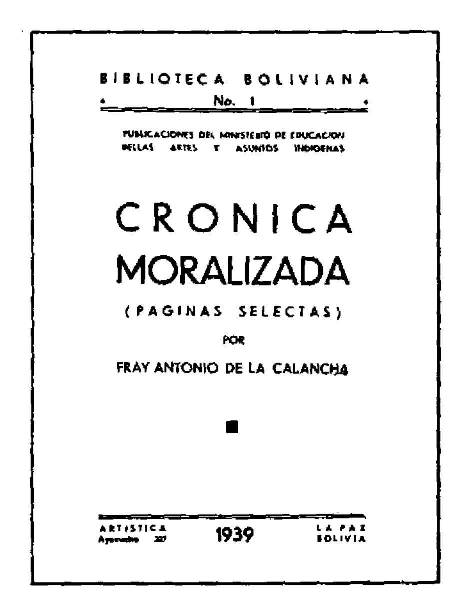
Guevara floreció en el Renacimiento, en esa época que un polígrafo español ha definido como «un período histórico caracterizado por la universal resurrección literaria y artística que en él se verifica de las formas y las ideas antiguas» (28). Respecto a Guevara, la opinión de Salcedo (29) a pesar de ser incolora, no le favorece mucho al igual que Lafuente, quien dice que en sus escritos «se ve al lado de cierta buena razón y criterio un estilo amanerado y un

---

25. Gabriel René-Moreno. *Bolivia y Perú. Notas históricas y bibliográficas,* 2a. ed. Santiago, 1905; 30.
26. Calancha. *Crónica moralizada. Páginas selectas,* Prólogo, XVIII.
27. Marcelino Menéndez y Pelayo. *Historia de la poesía hispano-americana,* Madrid, 1913, vol. II, 277.
28. Adolfo Bonilla y San Martín. *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento,* Madrid, 1929, vol. I, 16.
29. Angel Salcedo Ruiz. *La literatura española. Resumen de la historia crítica,* Madrid, 1916, vol. II, 461.

hacinamiento inoportuno de erudición, que hace sus obras monótonas, indigestas y de fastidiosa lectura» (30).

Ingenieros coloca a Guevara como un ejemplar destacado de «historiador, teólogo y erudito» (31) y Rogerio Sánchez, reconociendo la influencia que en su época tuvo, dice que en «todas sus obras la afectación campea» (32). Menéndez y Pelayo coloca a Guevara al lado de Boscán, Garcilaso, etc., entre «los grandes reformadores de la poesía y de la prosa castellana en tiempo del emperador Carlos V» (33), pero también hace constar que el «Bachiller Pedro de Rhua, profesor de letras humanas en la ciudad de Soria, con tan sólida erudición y a veces con tan fina y penetrante ironía desmenuzó las patrañas históricas de Fr. Antonio de Guevara» (34).


BIBLIOTECA BOLIVIANA
No. 1
PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION BELLAS ARTES Y ASUNTOS INDIGENAS

CRONICA MORALIZADA
(PAGINAS SELECTAS)
POR
FRAY ANTONIO DE LA CALANCHA

ARTISTICA 1939 LA PAZ BOLIVIA

116 134 x 78; XXVII + 224 + una p.

Calancha fue cronista conventual, género este que define un autor moderno como «mezcla de historia y devoción, de milagrerío y referencia histórica, de superstición y patriotismo, generalmente envuelta en el estilo inflamado, peculiar del siglo XVII... Calancha es un modelo en este género alambicado, más gerundiano que gongoriano», concluyendo por afirmar que su estilo es «hablado, prosaico, y, sin embargo enrevesado. Prosaico por lo doméstico de su inspiración; enrevesado por lo complicado de su expresión; moralista por lo sentencioso de sus comentarios» (35).

La lectura de estas opiniones y sobre todo la comparación de la índole de los escritos de Calancha con los de Guevara, demuestra que no tuvo nada de «guevarismo», máxime si como

30. Modesto Lafuente. *Historia General de España*, Barcelona, 1888, vol. X, 349.
31. José Ingenieros. *La cultura filosófica en España*, Madrid, 1916; 138.
32. José Rogerio Sanchez. *Autores españoles e hispano- americanos*, Madrid, 1911; 416.
33. Marcelino Menéndez y Pelayo. *Historia de la poesía castellana en la edad media*, Madrid, 1916, vol. III, 14.
34. Marcelino Menéndez y Pelayo. *Antología de poetas líricos castellanos*, Madrid, 1908, vol. XIII, 35.
35. Luis Alberto Sanchez. *Historia de la literatura americana*, Santiago, 1937; 117.

dice un crítico peruano, «la Colonia fue seudorrenacentista, nada mas» (36); el autor de *Reloj de príncipes* y del notable *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, no inspiró al agustino Calancha su escuela. La característica de sus producciones es completamente diferente y no tienen entre sí ninguna semejanza fundamental.

Con estos juicios y un atento estudio se puede ver que el parecido es apenas superficial y que no llega a la esencia de la producción intelectual de cada uno de los frailes. La modalidad y el estilo de Calancha que forzadamente Otero los califica como influenciados de «guevarismo», no son sino brotes auténticos del medio americano en esta época. Conste a este propósito la opinión del ya citado Luis Alberto Sánchez quien dice: «América nació ornamentalista. La forma triunfó, desde el amanecer sobre lo básico», agregando que «nuestro barroquismo preexistió,coexistió y sobrevivió al gongorismo» (37). De allí que ese lenguaje, ese estilo de Calancha, no necesitaba inspirarse en Guevara, sino que aquí, por propia influencia telúrica, tenía ya su característica americana, cual se ha apuntado. Hablar de «guevarismo» es cuestión de semejanza aparente y nada mas.

Esto en cuanto al prólogo se refiere; ahora, en lo que corresponde al texto de la obra de Calancha que se reedita, caben las observaciones que se leerán después.

V

La sola noticia de que con el volumen de Calancha iniciaba la *BIBLIOTECA BOLIVIANA* su obra cultural, produjo alegría entre los componentes del pequeño gremio de aficionados que existe en Bolivia; prometíanse todos regalarse con la prosa del agustino y sus ingenuas crónicas de milagros, y de allí sacar lo mucho valioso que tiene para la historia y sociología de nuestras tierras.

Grande y desoladora sorpresa causó el ver que el macizo volumen de novecientas y pico de páginas de gran formato a doble columna, se había reducido a cuarto menor de 225 páginas y que los ciento cincuenta y tantos capítulos, hoy apenas eran ocho. Es decir toda una punible mutilación de obra tan valiosa como apreciada.

No existe disculpa alguna que justifique lo cometido, ya que el pretexto de haber sólo escogido unos capítulos para obra de divulgación popular, es absurdo, carece en lo absoluto de sentido y no ha respondido ni siquiera a ese criterio. Vamos por partes.

Calancha, por la índole misma de sus trabajos, no interesa al público corriente, ni en todo ni en parte, ni íntegro ni seleccionado; su lectura es manjar favorito de especialistas que lo desean y lo gustan en toda su integridad. Tan no es lectura del público corriente, que el propio prologuista y director de la *BIBLIOTECA BOLIVIANA*, señor Gustavo Adolfo Otero, no ha leído, no digamos la obra íntegra, pero ni siquiera estas páginas que hoy publica. Ello salta a la vista de cualquiera que conozca a Calancha.

Si Menéndez y Pelayo opinaba que para reeditar Calancha había que expurgarlo de su barata milagrería (38), ello no da razón para que se lo trunque como se ha hecho.

El volumen que comentamos lleva el subtítulo de «Páginas Selectas», pero cualquier conocedor de Calancha comprende con la lectura de su reedición que el criterio selectivo que

---

36. Luis Alberto Sanchez. *Vida y pasión de la Cultura en América*, Santiago, 1935; 73.
37. Ibid., 72.
38. Marcelino Menéndez y Pelayo. *Historia de la poesía hispano-americana*, vol. II, 278.

ha presidido en este volumen ha sido en mucho inferior al del dactilógrafo que lo copió y al del cajista de la imprenta en la cual vio la luz.

VI

Una comparación con el original editado en Barcelona en 1639 y que ha servido para la presente reimpresión, nos demostrará que quien escogió los capítulos a publicarse, no se tomó la molestia para ello de leer, ni siquiera la totalidad del índice, pues con una ojeada a los primeros títulos del libro primero, se dio por satisfecho y de allí tomó los capítulos del IV al X, o sean siete, agregándole la Historia del Santuario de Copacabana, del volúmen segundo, rarísimo, y que seguramente ha sido copiado de la reedición peruana de Ventura García Calderón. Es por ello, que los capítulos hoy reeditados apenas interesan a Bolivia y en cambio descuidaron los de mas provecho y utilidad para nosotros.

Así hánse olvidado en el libro I, los capítulos XIV y XV que tratan del gobierno de los incas, los X, XI y XII del libro II, sobre idolatrías indígenas, con datos que la etnografía hubiera podido aprovechar ventajosamente; el capítulo XL del mismo libro II, sobre Chuquisaca, conteniendo descripciones valiosas acerca de su clima, población, riquezas minerales, etc., al igual que el XL del libro III, sobre Potosí, etc.

Nada de todo esto se ha tenido en consideración. Vuelvo a repetir que la pereza del comisionado seleccionador fue tal que no pasó de la lectura rápida de los primeros diez capítulos del sumario del libro primero. Estamos seguros que si hubiera dedicado algún esfuerzo y atención para leer, no digamos la obra íntegra, sino solamente el índice completo, hubiera aprovechado aquellos capítulos que muy de cerca nos interesaban y muy otro hubiera sido el criterio de la selección y por tanto el valer de estas páginas reeditadas.

Hacemos honor al talento y cultura de don Gustavo Adolfo Otero, para creer que haya sido él quien ha procedido en esta forma, cometiendo un atentado contra las letras, pero sería de desear mayor eficiencia en los trabajos de los cuales él es responsable como director de la *BIBLIOTECA BOLIVIANA*.

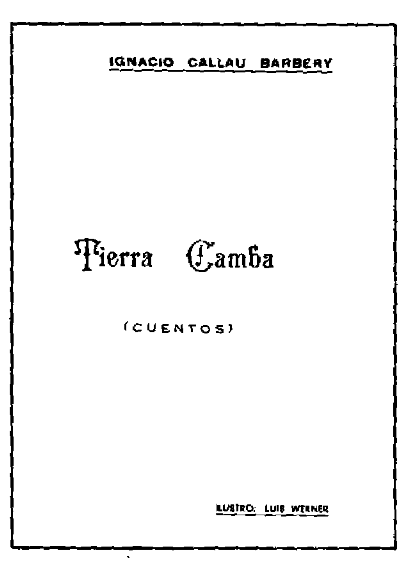
Acerca de lo que podríamos llamar la historia bibliográfica del volumen de Calancha, muy interesante para los aficionados, nada dice el prologuista, dando apenas la vaga referencia de existir una reedición peruana. Pudo haber agregado que Leavitt (39), da las indicaciones de los dos volúmenes de Calancha con el agregado de las traducciones al francés en Toulouse en 1653 y al latín en Barcelona en 1651. Sobre estos puntos, también René- Moreno trae datos.

Es de lamentar que teniendo tan buenos auspicios la *BIBLIOTECA BOLIVIANA*, el primer tomo aparecido sea una verdadera desilución, no correspondiendo ni al esfuerzo puesto en práctica ni a la fama de su director. Conveniente fuera que los tomos sucesivos se editen con mayor cuidado y sobre todo con un criterio verdaderamente inteligente y no con el simplista de lanzar un volúmen más a la circulación, aunque sea maltrecho y destrozado cual pasa con el pobre Fray Antonio de la Calancha.

---

39. Sturgis E. Leavitt Ph. D. *A tentative bibliography of Bolivian Literature*, Harvard University Press, 1933.

CALLAU BARBERY, Ignacio: *Tierra Camba*, Cuentos, L.P., Ed. Castro [1956], 114 p. ilustrac (40).



117 Portada de la edición de La Paz, 170 x 105; 114 p.

Libro de cuentos de Ignacio Callaú Barbery, es una valiosa colección de relatos del Oriente boliviano, cuya idiosincrasia es una, tanto en Santa Cruz como en el Beni, ya que el medio, la raza, tanto indígena como la blanca colonizadora, son comunes a ambos departamentos.

La narración es muy movida e interesante; más que por lo que dice, por lo que sugiere. Constituye un documento de primera clase para conocer esas tierras y esas gentes cuyo temple y valor son verdaderamente admirables. El estilo es ágil, brillante con saltos e incorrecciones que parecieran darle más vida aún. Semeja un potro salvaje de esas pampas ubérrimas, cuya rebeldía no es sino un atributo más de su gallarda estampa.

No es folklore, sino la esencia misma del trópico, lo que se halla aquí; risueña como «Crudo y Cocido», fiera como «Cuenta Cancelada» y «Santos Vaca». Como literatura de la tierra, con sabor y alma de ella, es de lo mejor que se ha escrito en los últimos tiempos.

CAÑETE, Pedro Vicente. *Potosí colonial, guía histórica, geográfica, política, civil y legal del gobierno e Intendencia de la provincia de Potosí*, La Paz, Imp. Artística, 1939 (41).

Biblioteca Boliviana N° 6 [5] Publicaciones del Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas, 8°; cuatro + XXXVIII + dos + 207.

Notas de (G.O.).

40. Este libro lleva un prólogo del escritor José Enrique Viaña. En el anverso de la tapa está el breve comentario de HVM.

Hay una 2da. edición ampliada, Buenos Aires, Ed. Cadel, 1958; 139 p.

41. *Revista de Historia de América*, México, 1940, N° 8; 89.


BIBLIOTECA BOLIVIANA
No. 6
PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION BELLAS ARTES Y ASUNTOS INDIGENAS

POTOSI COLONIAL

GUIA HISTORICA, GEOGRAFICA, POLITICA, CIVIL Y LEGAL DEL GOBIERNO E INTENDENCIA DE LA PROVINCIA DE POTOSI.

POR

Don. PEDRO VICENTE CAÑETE Y DOMINGUEZ

Imp. ARTISTICA Ayacucho 327 — 1939 — LA PAZ BOLIVIA

118 136 x 78; XXXVII + 207 p.
La edición completa de esta obra se hizo en Potosí, 1952.

Edición fragmentaria del manuscrito original que se halla en el Municipio de Potosí. Cañete era paraguayo, habíase graduado en leyes en Chile, pero la mayor parte de su vida y principales actuaciones tuvieron por asiento el Alto Perú, hoy Bolivia. De Potosí pasó a La Plata, precisamente poco antes de que en dicha ciudad se iniciara la revolución americana el 25 de mayo de 1809. Sobre su persona y todas las aventuras que corrió pueden consultarse las siguientes obras de René-Moreno. *Ultimos días coloniales en el Alto Perú;* Santiago 1896-1901; en el primer tomo hay referencias sobre Cañete y en el segundo está el texto de un panfleto anónimo que circuló manuscrito y que se debe a la pluma de Cañete; titúlase *Espectáculo de la Verdad* y es de fuente de copiosos datos sobre los antecedentes de la rebelión del 25 de mayo (Gabriel René-Moreno. *Biblioteca Peruana,* Santiago 1896, 2 vol.).

Este volumen de Cañete que hoy se publica es por demás interesante por todo lo que trae acerca de Potosí, siendo de lamentar que el Municipio de Potosí haya facilitado una copia fragmentaria y no total de tan valioso manuscrito (42).

CESPEDES, Augusto. «Murillo, Goyeneche y nosotros» *La Calle,* diario, 1940, ene. 28 (43).

Recia e inteligente interpretación de lo que para las modernas generaciones son el protomártir de nuestra independencia y su verdugo.

---

42. La edición completa de esta obra se hizo en Potosí, por la Ed. Potosí, en 1952 con un prólogo de Armando Alba y un «Breve comentario de la bibliografía de P. V. Cañete» por León M. Loza. La obra tiene XXV + 838 p. (G.O.).

De gran interés sobre Cañete es el estudio de Gunnar Mendoza *El doctor Pedro Vicente Cañete y su Historia física y política de Potosí,* Universidad de S. Francisco Xavier, Sucre, 1954; 140 p. (G.O.).

43. *Revista de Historia de América,* México, 1940, N° 8; 152.

CONSUEGRA C., José. *Inmigración y nacionalidad. Un problema americano*, Cochabamba, Ed. Universitaria, 1948, XIX + 189 p. (44).

El problema que el autor plantea en este libro como «americano» reviste especial importancia para Bolivia, tierra inmensa, rica y... desierta; factores geográficos adversos, descuido gubernamental y un poco de esa inercia atávica que llevamos en nuestra sangre mestiza como herencia tanto del indio como de la madre España, ha contribuido para que el problema de la inmigración entre nosotros no pase del estado de mero planteamiento.

Si la inmigración es una necesidad para todos los países de Indoamérica, para Bolivia reviste la agravante de ser de urgencia clamorosa, y lo viene siendo así desde la fundación de la República. Hombres nuevos en tierras nuevas; espíritus de acción y de trabajo donde hay materiales telúricos que ampliamente responden, son garantía de bienestar y de progreso para un pueblo. Los ejemplos son tan visibles que resulta un truismo el mencionarlos siquiera: Estados Unidos, el Canadá, Australia, Argentina, etc., etc.

El presente libro de José Consuegra Criado, no es una simple admonición sobre tal tema y la necesidad de abordarlo, sino todo un estudio sociológico que abarca las grandes líneas del tema en sus miras y aspectos generales. Estudia el hombre en relación con la tierra, o sea el fundamento telúrico de la civilización, para seguir con los primeros desplazamientos humanos, las grandes migraciones de la antigüedad y la migración y fusión de los pueblos.

En estos capítulos que son los primeros tres del libro, se notan sólidos conocimientos de historia y de las primeras civilizaciones. Prosigue con «Racismo y Nacionalidad» y su complemento que es «Inmigración y Nacionalidad». Critica ácremente las discriminaciones raciales y la teoría que fundamentó orgullos satánicos y mesianismos absurdos. Intenta con hábiles argumentos, hermanar la idea de inmigración con el nacionalismo, cosas que en sí no son antitéticas, pero que representan tendencias y egoísmos humanos.

La segunda parte comienza con un rápido estudio acerca del mestizaje hispanoamericano, debiendo hacerse la salvedad de que la discriminación social comenzó el mismo día del descubrimiento, se asentó en todo el período de la Colonia y persiste aún en nuestros días. El español no se mezcló con la india por sentimentalismo ni por espíritu de igualdad, sino por desahogos naturales del instinto; de allí que la mayor parte del fruto de la época colonial fue ilegítimo y sufrió las consecuencias de esa irregularidad nativa y no étnica. No hay que olvidar que el vocablo «cholo», en su sentido peyorativo involucra un concepto ético y no racial.

El mestizaje es el signo de la vida y del progreso; si algo tenemos que laméntar es el que la falta de inmigración no nos mestice por completo, pues sólo entonces, cuando la fusión de las razas sea completa, podremos hablar de un «alma nacional», con toda su secuela de derivados sociológicos y literarios.

Pasa el autor una revista a lo que han sido y sobre todo a lo que han valido las migraciones contemporáneas en nuestra América, para afrontar como capítulo final «Bolivia y su factor humano». Este capítulo está escrito con pasión y con nervio y casi diría con sangre, ya que según confesión propia, hubo de sufrir el autor que es republicano español, algunas intemperancias de cierto boxerismo que se funda en un mal interpretado nacionalismo.

Hay una evocación que es triste recordar, y es el no haber aprovechado Bolivia de las cinco mil familias españolas que en trágica situación huían de su patria por razones políticas,

---

44. *La Razón*, 1949, feb. 13.

y que hubieran significado para nosotros la más poderosa inyección de vitalidad de toda nuestra historia. La situación de esos españoles era tal, que sin condición alguna, sino la de respirar nuestros aires de libertad, hubieran venido a esta tierra. Pero hubo ceguera, o quien sabe que otros intereses o prejuicios, y se perdió esa oportunidad maravillosa que no quisimos o no supimos aprovechar.

La solución del problema inmigratorio que da Consuegra es simplista, ya que prohija la inmigración sin limitaciones. En un país como Bolivia donde las organizaciones y reglamentaciones no hacen sino embrollarlo todo, casi diríamos que tal política es la más conveniente: que venga el que quiera y que trabaje donde quiera y en lo que quiera. Política de puertas abiertas. Después de todo, la pequeña inmigración que nos ha tonificado desde la fundación de la República, ha venido y ha trabajado en esas condiciones, y no tenemos motivos de queja, sino de agradecimiento, pese al cerrado obstruccionismo de quienes viven en Bolivia sin querer salir de la clásica «tinaja» de que hablaba el argentino Mitre.

Hondas reflexiones y patrióticas inquietudes despiertan y sugieren los tópicos planteados en el libro de este español que sin dejar su espíritu de tal, se ha compenetrado e identificado con todo lo nuestro. Libro para estadistas y gobernantes, para el hombre de estudio y el profesional; para el estudiante universitario y el hombre de la calle; nos muestra una realidad muy boliviana y nos enfrenta con nuestra propia conciencia, en relación a nuestro futuro. Por ello, por el vigor de sus argumentos expuestos en castizo lenguaje, José Consuegra merece todo elogio.

COSTA du Rels, Adolfo *Felix Avelino Aramayo y su época, 1846-1929,* Buenos Aires, Viau, 1942; 373 p., ilustr.

Cartas inéditas cambiadas entre A. Costa du Rels y HVM. en torno al libro citado. (G.O.).

La Paz, 5 de febrero de 1943

Señor doctor don
Adolfo Costa du Rels
Buenos Aires.

Muy distinguido amigo:

Nunca fue mejor inspirada la gentileza de un amigo argentino, que al ocurrírsele enviarme como presente de Navidad, la obra de que es Ud. autor titulada: *Félix Avelino Aramayo y su época. 1846-1929;* (8° mayor, pp. 370 más cinco; Domingo Viau, Buenos Aires, 1942). Podrá Ud. imaginarse la atención con que me entregué a su lectura y el interés con que una vez concluída, volví una y otra vez sobre el contenido de sus páginas.

Ante todo y a primera vista hay que felicitar al autor por el buen gusto editorial que ha tenido, ya que dentro de un marco severo, se ve la fina elegancia del volumen. Hago hincapié en esto, pues soy de los que creo que la buena y delicada presentación de un libro, influye favorablemente en el ánimo del lector y coloca su espíritu en actitud de «trance» amistoso con el contenido de sus páginas. El porqué a casi nadie guste hoy leer los infolios antiguos, puede que sea por el aspecto huraño y hosco que presentan, alejando al lector de su añeja prosa.

Aborda Ud. en el prólogo el antecedente de no haberle sido conocido el personaje *de visu*, sino en el ocaso de la vida, existiendo antes bien añejos resentimientos familiares. A este propósito tengo aquí, sobre la mesa, dos folletos a esos pleitos relativos: *Aramayo Hermanos y sus acreedores*, Potosí, 1864), e *Informe sobre el estado de los juicios seguidos contra los deudores fallidos Aramayo Hermanos*, (Potosí, septiembre 25 de 1866); el ejemplar consultado lleva la siguiente dedicatoria autografa: «Al Dr. Don Rafael Bustillo. Su muy ato. S.S. A. Durrels», uno de los firmantes de esta publicación.

El fugaz encuentro en el carnaval de Niza de 1905, de la página 230, no puede tomarse como un conocimiento, dada la diferencia de edad entonces entre el autor y el biografiado. Esto predispone en favor suyo, ya que con ello indica haber Ud. cumplido con el soliloquio que André Maurois supone debe hacerse la biografía: «He aquí un hombre. Yo poseo sobre él cierto número de documentos y testimonios. Voy a tratar de dibujar un verdadero retrato. Qué será ese retrato? No lo sé. No quiero tampoco saberlo hasta haberlo terminado. Estoy listo a aceptarlo tal como me lo haga ver una contemplación del modelo, y retocarlo mientras descubra hechos nuevos» (*Aspectos de la biografía*, Santiago, 1935; 20).

El libro se devora con lijereza; nada de complicaciones internas ni de problemas psicológicos dilacerantes a lo Dostojewsky. La prosa ágil y ligera va corriendo rauda, evocando un recuerdo aquí, para describir un cuadro más allá y, poco a poco, con cincel cauto, con mano maestra en el estilo, con belleza de forma y perspectiva de fondo, ir perfilando el personaje que teniendo como primer marco a San Joaquín, en Bolivia, tiene como último el risueño panorama del país vasco de Francia.

La vida de don Félix Avelino Aramayo trazada por Ud., quiere tener como telón de fondo del personaje, sesenta años de la historia de Bolivia, en la cual el minero que aunque nacido en París fue siempre un serrano, como Ud. dice, actúa directa o indirectamente. El propio autor así lo manifiesta al expresar que «todos los problemas, sobre todo los relacionados con nuestra política interna y externa, serán enfocados según el propio criterio de Aramayo y las contingencias de su época. Constituyen ellos en este libro un gran momento de la vida nacional visto a través de un temperamento» («Prefacio», p. 9).

Permítame el hacer aquí algunas apuntaciones sobre ciertos párrafos que me parecen no haber merecido de parte suya toda la atención que la importancia de los hechos requería.

En la p. 21 se habla, pero demasiado incidentalmente, de un empréstito que fue a colocar en Europa don José Avelino Aramayo. Esa gestión, así como la de vías de comunicación y la compra o flete de barcos de guerra «para hacer respetar nuestro pabellón en Mejillones», a que se abocó el Aramayo viejo, fue una de las más grandes perspectivas que tuvo Bolivia en su accidentada historia y es de lamentar que las incompresiones del Ministro Aguirre primero, así como el inmediato asalto del poder por la beodez plebeya y galoneada, hayan dado al traste con tales proyectos como los que acariciaba y hasta ya había comenzado a poner en práctica don José Avelino.

En un estudio que tengo escrito en su casi mayor parte acerca de mi paisano Miguel María de Aguirre en la historia económica de Bolivia, censuro su proceder de Ministro de Hacienda y Relaciones Exteriores en 1864. Es una lástima que Ud., habiendo tenido en sus manos los papeles de la familia, no haya ampliado lo que el propio negociador dijo en su folleto *Ferrocarriles en Bolivia* (Reimpreso en La Paz, 1871). En cuanto al *Proyecto, etc.* editado primero en Sucre en octubre de 1862 y reimpreso en Londres en 1863, no me ha sido posible el obtenerlo. La réplica de Ernesto O. Rück, impresa en Sucre en agosto de



119 Adolfo Costa du Rels, de niño.



120 Costa du Rels, de joven.



121 Costa du Rels, cuando era Embajador en Francia.

[illegible], no demuestra otra cosa que el espíritu miope del autor y después biógrafo de Aramayo, en lo que al porvenir de Bolivia y política internacional se refiere.

La descripción de las conferencias a bordo del *Lackawana* de p. 96 y siguientes, en las cuales actuó Aramayo como secretario de la delegación boliviana, es sencillamente maravillosa. Allí hay todo: pasión, emoción, rudeza, dolor, angustia y hasta la solemnidad trágica del destino patrio que allí se encontraba en manos de la crueldad vencedora, tiene perfiles bíblicos. Estoy seguro que Renan con su prosa inimitable al describir la agonía de Jesús en el Gólgota, cuando oculta momentáneamente la faz de su Padre «*il aut une agonie de désespoir, plus cruelle mille fois que tous les torments*», no ha tenido tanto arte ni tanta expresión emotiva como en estas páginas, dignas de antología. Es algo perfecto, completo y definitivo.

Al hablar de la estancia de don Félix Avelino en Estados Unidos en 1881, se trata de la intervención de la Unión en el conflicto del Pacífico Sud, pero muy por encima. Lo que pudo ser y lo que en realidad fue la política yanqui en ese momento para el Perú y Bolivia, bien valía la pena de extenderse un poco. Delectación morbosa es imaginarse el «pudo haber sido» en la historia, pero también es necesario y justo enseñar a un pueblo lo que perdió en sus destinos por un cambio de política ocurrido a millares de kilómetros de distancia. Ello enseña siquiera el porqué del engranaje en el sino de las naciones, por más alejados que estén unos países de los otros.

La robusta personalidad de James G. Blaine, antiguo profesor de matemáticas en el Instituto Militar de Kentucky, ex diputado, ex senador, ex candidato a la Presidencia de la República, primer Secretario de Estado del Presidente Garfield, merece ser recordada a cada paso y con la veneración a que es acreedor, por las jóvenes generaciones bolivianas, así como el [illegible] de instrucciones que dio a la misión Trescott. El noble sentido de respeto a la justicia y su fondo de bello e ideal panamericanismo, son de tal naturaleza que no pueden ni deben ser olvidados. Desgraciadamente, en nuestro país, muy pocos están interiorizados de estos detalles que la historia oficial calla y ha callado siempre, por pereza o por ignorancia (45).

Así como deber es de los hombres que dirijen el pensamiento boliviano –entre los cuales está Ud. como uno de los primeros–, el hacer resaltar la actitud nobilísima y de alto sentido político de Blaine, también es deber el remarcar la desgraciada actuación de su sucesor en la Secretaría de Estado. Mr. Frelinghuysen, el mismo que con una tremenda candidez, decía el 1° de enero de 1882 a don Marcial Martínez representante diplomático de Chile ante la Casa Blanca:

> «Yo soy un abogado que he estado siempre separado de los negocios públicos y que he ejercido mi profesión en New Jersey. No he tenido ni el más leve conocimiento de las relaciones diplomáticas de mi país con las demás naciones del globo, y en especial, no había ni siquiera oído hablar de las complicaciones en que mi antecesor ha tomado parte con motivo de los asuntos pendientes entre Chile y el Perú. Pero, el papel (así califican los ingleses todo escrito, largo o corto) de Ud. el memorandum, me ha proporcionado un conocimiento de los negocios de la costa del Pacífico, y declaro a Ud. que el gobierno de los Estados Unidos no tomará ninguna participación en el desarrollo de esos negocios, pudiendo Chile obrar, en sus relaciones con sus adversarios, como lo estime de justicia».

Notas de (G.O.).

45. Véase el trabajo de HVM. *James G. Blaine y la guerra del Pacífico*, publicado en Revista *Nuevo Mundo*, La Paz, julio de 1953, y en Revista *Signo*, La Paz, 1957. N° 4; 27-31 que se publica en estas Obras Completas.

Como Ud. sabe bien, este cambio de actitud, fundamental, de parte de la Casa Blanca, fue desastroso para las esperanzas bolivianas y bajo estos tristes auspicios hubo de firmarse el tratado de Ancón que de hecho y prácticamente cercenó nuestro litoral, al reconocer la soberanía definitiva de Chile sobre Tarapacá y la ocupación temporal de Tacna y Arica.

Conforme decía antes, estas actuaciones no son conocidas del público corriente, sin que disculpe el caso, el hecho de que la mayor parte de los documentos estén en inglés en la colección Basset Moore, pues don Alberto Gutiérrez les ha dado la difusión necesaria. Que yo sepa este hombre público que ha dejado un irremplazable vacío entre los historiadores bolivianos, ha sido el único que con toda la gran erudicción y admirable estilo que le eran característicos, ha tratado de este asunto con toda la extensión que requería. (Veanse las p. 305 y siguientes de su libro *La guerra de 1879. Nuevos esclarecimientos*, París, 1920).

En la p. 126 de su libro, nos pinta Ud. un Aramayo ferozmente enemigo de una paz con Chile sobre la base de la pérdida del Litoral, así como un defensor de la lealtad al Perú en las p. 154 y 155, para después aparecer en la 157, como portador de las proposiciones bolivianas de arreglo definitivo que contemplaba la cesión de nuestro departamento costero a cambio de algunos millones.

Las explicaciones de Aramayo que Ud. copia en p. 159 y 160, no aclaran por completo su actitud contradictoria, dejando en el ánimo del lector poco interiorizado de los detalles –que son la inmensa y abrumadora mayoría–, una impresión desagradable de versatilidad de ideas del biografiado. No todos tienen el dominio del problema para saber que esa actitud de Aramayo era absoluta y perfectamente lógica y de un grande y acendrado patriotismo, pero, para llevar este convencimiento al lector, hubiera sido necesario profundizar el tema y quizá copiar los propios conceptos de Aramayo en las p. 5, 6 y 7 de su folleto *El tratado con Chile y los ferrocarriles a Bolivia* (manejo la edición de Oruro de 1905).

Algo más; como pretende Ud. trazar no sólo la vida sino la época del biografiado, hubiera sido interesante el comentar que esa intervención de Aramayo fue tema que se trató en un acto parlamentario trascendental. El día 8 de noviembre de 1902, los senadores Ismael Vázquez, Miguel Ramírez y Guillermo Cainzo, plantearon demanda de interpelación a todo el gabinete. El pliego estaba especificado por carteras; en la parte que atañía al Ministro de Relaciones Exteriores, el primer punto era referente a no haber rectificado las afirmaciones del Ministro König, acerca de la iniciativa boliviana de una paz sin puerto; el segundo, decía a la letra:

«2°. El mismo perjuicio anotado en el anterior punto y aún más evidente ha infligido a la Nación, sin tomar medida alguna ni desautorizar a don Félix Avelino Aramayo, que ha informado inexactamente en Chile y en otros centros políticos extranjeros, que el gobierno y pueblo boliviano se hallan dispuestos al ajuste de la paz, aún sin compensación territorial. Si el señor Aramayo procedió previas instrucciones y de un modo oficial, fue el instrumento de un perjuicio irrogado a la Nación; si procedió sin tales requisitos, siendo Ministro de Bolivia ante otra Nación, perjudicó asimismo a la República. En ambos casos el señor Ministro de Relaciones Exteriores debía evitar los males resultantes y modificar estos procedimientos políticos».

Las exposiciones de los ministros interpelados corren publicadas en un volumen editado en 1903, en La Paz. En el curso de este muy interesante debate, el Canciller Villazón llegó a decir: «Lo que el señor Aramayo ha expuesto son sus opiniones personales, haciendo constar

previamente, no tener ninguna misión ni carácter oficial, hecho que la prensa de la costa ha publicado varias veces en forma de reportaje».

Habla Ud. en las p. 168 y 169 del interés de Aramayo por destruir la ridícula versión de la «borradura del mapa» de nuestro país a raíz de la violencia y escarnio cometidos en la persona de un diplomático inglés. Glosa Ud. el importante folleto de Quijarro sobre la cuestión y ante el resultado negativo de las investigaciones practicadas en Londres, concluye, al igual que Quijarro, en que por lógica negativa también, tal «borradura», jamás ocurrió. Termina Ud. diciendo: «No se sabe a ciencia cierta los motivos aparentes del retiro del Coronel Lloyd, etc., etc.»

Permítame manifestarle no estar Ud. bien informado. Cuando en 1918, el insigne historiador don Alberto Gutiérrez publicó la segunda edición de su admirable libro *El Melgarejismo antes y después de Melgarejo*, trató en dicha obra de este incidente y con lo mismo y ya conocidos argumentos de Quijarro y que Ud. también esgrime. Pero, hubo de agregarle un Apéndice que comienza así: «Después de impreso este volumen, hemos podido imponernos de una extensa y valiosa documentación de origen británico, así como de los State Papers de la Cancillería inglesa, con referencia al incidente diplomático que nos ha ocupado, etc., etc.»

A riesgo de cansar a Ud., no resisto a la tentación de copiar aquí todo ese Apéndice, pues es demasiado importante para que pase desapercibido, sobre todo para quienes por haber vivido largos años en el extranjero, tenemos exacerbado el sentimiento del patriotismo y es fibra [illegible] todo lo que atañe al buen nombre de la tierra que nos vio nacer. Dice así el señor Gutiérrez:

«Según estos datos, que tienen por su carácter y por su procedencia, una autoridad absoluta, el coronel J.A. Lloyd, que había sido ayudante del gobernador de la India y oficial de ingenieros en Colombia a las órdenes del General Bolívar fue después enviado de Bogotá al istmo de Panamá, donde estudió el istmo de Darién e hizo el trazo del ferrocarril. Posteriormente fue empleado en misiones científicas por el almirantazgo británico, nombrado ingeniero en jefe en Mauricio en 1831, comisionado especial en la expedición de Londres de 1851, y, finalmente, encargado de negocios en Bolivia el 4 de diciembre de 1851».

«En febrero de 1853, el ciudadano americano Mr. James Cuningham, establecido en Corocoro como representante de la casa inglesa Hegan y Co., fue expulsado del territorio de Bolivia. Mr. Cuningham recurrió al Coronel Lloyd para que intercediera en su favor, como representante de una casa inglesa. Mr. Lloyd observó que como ciudadano americano, debía pedir la protección del encargado de negocios de los Estados Unidos. Sin embargo, en vista de las grandes pérdidas que la casa Hegan aseguraba haber sufrido a causa de la expulsión de Mr. Cuningham, dirigió el 18 de febrero de 1853 una nota al gobierno de Bolivia haciendo constar que, aunque no le correspondía la protección o amparo de un súbdito americano, ponía de manifiesto los perjuicios que el comercio británico sufría con esas medidas de rigor contra los representantes de casas inglesas».

«El 4 de marzo de 1853 envió Mr. Lloyd al gobierno boliviano un memorial de la casa Hegan demostrando las pérdidas sufridas por la expulsión de su agente y solicitando se le permita regresar al país».

«La cancillería boliviana contestó el 7 de marzo las dos notas de Mr. Lloyd de 18 de febrero y 4 de marzo, expresándole que existía un encargado de negocios de los Estados Unidos en Bolivia, que era el único capacitado para la protección de los intereses y de los ciudadanos americanos; que Mr. Lloyd no debía ignorar el perfecto derecho que tenía el gobierno para

aceptar o no en su territorio a aquellos extranjeros que no eran acreedores a las garantías que otorgaba la constitución y que en virtud de ese derecho había sido expulsado Mr. Cuningham. Después de otras consideraciones del mismo género, agregaba que había recibido orden del Presidente para pedir a Mr. Lloyd que 'tuviera a bien abstenerse en adelante de formular nuevas reclamaciones respecto de aquel individuo [Cuningham], y hasta de mencionar su nombre'».

«En iguales términos perentorios, rechazaba la nota de las reclamaciones de la casa Hegan por perjuicios sufridos, y cuyo amparo de parte de Mr. Lloyd podía considerarse como una lijereza (levity en la versión inglesa)».

«El Coronel Lloyd replicó el 9 de marzo de 1853 e invocó en favor de sus alegaciones el tratado suscrito entre Gran Bretaña y Bolivia de 29 de septiembre de 1840, respecto al supuesto derecho invocado por el Presidente para admitir o no extranjeros en sus dominios. Al terminar, el coronel Lloyd manifestaba que si alguna expresión descortés se hubiera deslizado en su nota anterior, se apresuraba a retirarla, así como exigía que el gobierno de Bolivia retirara los términos injuriosos de la nota de 7 de marzo, lo cual permitiría la continuación de las amistosas relaciones diplomáticas».

«El 17 de marzo dirigió Mr. Lloyd una nueva nota a la cancillería boliviana expresando que había esperado hasta ese momento que fueran atendidas sus reclamaciones y el retiro de las expresiones ofensivas de la nota de 7 de marzo. Que la situación se había agravado por el hecho de haberse publicado en el periódico del gobierno la aludida nota, sin las otras piezas de la correspondencia respectiva. Que en tal estado de cosas, no le correspondía sino someter el caso a su gobierno y esperar las instrucciones respectivas. El mismo día dirigió una carta privada al Ministro de Relaciones Exteriores pidiéndole que, como deseaba pasar algunos meses en la costa, tuviera la bondad de enviarle el pasaporte de uso».

«Al día siguiente el Ministro de Relaciones Exteriores envió a Mr. Lloyd los pasaportes pedidos, expresando que después de transcurrido su paseo a la costa, tendría mucho gusto de verlo regresar al país».

«Mr. Lloyd se despidió personalmente del General Belzu y se dirigió a Tacna y poco después a Lima, donde recibió un despacho de Lord Clarendon de 26 de agosto de 1853 anunciándole su retiro de Bolivia y expresando las razones de esta medida».

«Conforme a las instrucciones de Lord Clarendon, Mr. Lloyd hizo publicar esa nota y envió copias de ella al gobierno del Perú y a los agentes británicos en este país y en Chile».

«En 1856, el gobierno británico recibió una carta a la Reina, firmada por don Jorge Córdova anunciándole su elección como Presidente de Bolivia. Con este motivo, el capitán E. A. Harris, encargado de negocios y cónsul británico en Valparaíso, dirigió una nota al cónsul de Bolivia, expresando que se enviaría una respuesta a la carta del General Córdova, siempre que se diera la satisfacción que exigía el tratamiento que el anterior presidente había dado al representante británico, al mismo tiempo que diera seguridades de que no se negaría justicia a los reclamos de los súbditos ingleses en Bolivia».

«La respuesta del gobierno de Bolivia fue recibida en Londres en diciembre de 1856, explicando el incidente Lloyd y manifestando que parecía 'que una versión exagerada del incidente había llegado al gobierno de Su Majestad, la cual esperaba sería modificada por esa nota.» Hasta aquí don Alberto Gutiérrez.

La explicación minuciosa y detallada que se ha copiado no puede ser más clara. Allí está todo lo que originó el incidente con el Coronel Lloyd, que no pasó de una nota torpe y de un silencio descortés posterior. Qué diferencia entre un diplomático que se despide personalmente del Presidente, aunque salga disgustado con el gobierno, de aquel paseo en asno de que habla la «leyenda negra» boliviana!

Considero que su libro ha de tener mayor publicidad y resonancia en el extranjero que en la propia Bolivia; ya sabe Ud. aquello de *Nemo propheta, etc., etc.* Por eso mismo es una lamentable desgracia que Ud. no haya conocido esta relación de Alberto Gutiérrez, fundada en documentos británicos, y la haya hecho conocer del mundo entero.

La ignorancia sobre este asunto es tal, que en 1931, un conocido papelista, mi colega en la Academia de la Historia, el doctor León M. Loza, publicó un folleto titulado *Relaciones Anglo-Bolivianas*, en el cual da a conocer los documentos emanados de Cuningham, el defendido de Lloyd, pero apenas de ser un bibliófilo afamado y pasar trece años de que don Alberto Gutiérrez publicó los detalles del incidente. Loza, no los conoce y sigue repitiendo los argumentos de Quijarro, que fueron meras deducciones alcanzando la conclusión por lógica negativa (46).

* * *



122 (1) Andree Maurois, (2) Duquesa Aidé de Rochefort, (3) Adolfo Costa du Rels, (4) Helene Vacarescu, (5) Maurice Bedel, (6) Andree Corthis, (7) Paul Valery y otro poetas y escritores. París, 1938. Del libro de Roberto Querejazu, *Adolfo Costa du Rels...*

La segunda parte de su libro me parece muy bien desarrollado y rica en apreciaciones interesantes y con tal pericia que el epígrafe que la inicia: «*Tu Marcellus eris*»... fluye por sí misma. Estoy

46. HVM. publicó *La leyenda negra boliviana. La calumnia de la borradura del mapa*, La Paz, 1955, que se publica en estas O.C. Allí demuestra la evidente falsedad de la expulsión del Ministro de Inglaterra.

de acuerdo en que un hombre como don Félix Avelino Aramayo hubiera sido un gran gobernante, y quizá así, con ello hubiera puesto a su vida el tono de pasión que le falta. Sin mayor importancia el error de imprenta en el epígrafe (p. 119), atribuyendo el pasaje virgiliano al libro VII de la Eneida, cuando en realidad corresponde al final del VI.

El juicio que corre desde la p. 302 en adelante acerca de la Sociedad de las Naciones, me parece brillantísimo; revela en Ud. un profundo y cabal conocimiento del ambiente reinante en ese tribunal por entonces recién creado. La situación de Bolivia que con sus ingenuidades de víctima en demanda de justicia ponía en apuros a esos diplomáticos solapados resueltos a dar la razón solo cuando ella sea *pro domo sua*, está muy bien descrita. No podía esperarse menos de un diplomático que en ese ambiente ecuménico y en momento de horror y de tragedia, hizo honor a nuestra tierra.

Muchos incidentes de la gestión de 1921 me eran conocidos, tanto por la lectura del folleto de Florián Zambrana, como por el informe de Carlos Victor Aramayo de 21 de noviembre de 1921 y acerca de cuya paternidad de redacción corren diversas opiniones; en Europa alguien me dijo que el autor de ese informe era don Cristóbal Botella, asesor de la Delegación española en Ginebra y asesor también de don Carlos Víctor Aramayo, como que es frecuentemente citado; aquí en Bolivia se me afirmó que se debía a la pluma del doctor Arturo Pinto Escalier.

Hay algo que se destaca notablemente en el curso de su libro: son sus medallones. Cuando toca algún personaje, sea que Ud. haga hablar a Aramayo o los juzgue Ud. mismo, los cuadros son admirables, por el diseño básico, la precisión de líneas del contorno y el realismo del colorido. Así, por ejemplo, Claudio Pinilla, vivo e inteligente, pero cobarde en la p. 203, el Escalier poco político de la 289. Por lo que respecta al Salinas Vega de la p. 173, bien valdría la pena de agregar lo que de él decía René-Moreno: «Tiene talento, luces, condiciones de carácter para salir airoso entre sus iguales. Quiero con este último decir que es altoperuano de sangre y región» (*Biblioteca Peruana*, Santiago, 1896, vol. I, 506). Y ya sabe Ud. lo que para el espíritu terriblemente sardónico de mi paisano Moreno, significaba el ser *altoperuano*...

En todo el curso de su libro y como un constante *leit- motiv*, está la amistad boliviano-argentina por la cual tanto luchó don Félix Avelino Aramayo. Permítame que al respecto haga algunas reflexiones dictadas por la sinceridad de esta carta confidencial ya que, por lo que a mi respecta, no la considero destinada al público, aunque de cosas públicas trate.

La amistad de Bolivia y Argentina, las dos partes principales que componían el Virreinato del Río de La Plata, es un bello ideal que yo acaricié un tiempo y que aún acaricio pero sin mucha esperanza ya, sin que este pesimismo disminuya mi afecto y simpatía por la tierra argentina a la cual me siento vinculado. Considero que de la amistad de estos dos países no pueden salir sino beneficios para ambos. Pero, como en todas las cosas bilaterales, no todo depende de una sola de las partes, sino de la afinidad y aún más, del consenso.

El pueblo argentino la «Gran Argentina», es decir las Provincias Unidas del Río de la Plata, es posible que estén de acuerdo con esto, pues en su secreto instinto de pueblo, sabrían ver el porvenir y sobre todo, sentir, aunque lejana, la tradición histórica y geográfica. Pero desgraciadamente hasta hoy, la política argentina es manejada por el *porteñismo*, que tuvo su principal espécimen en el prevaricador Rivadavia allá por los albores de nuestra vida libre. Y el *porteñismo*, desvinculado de la tradición, es demasiado miope, demasiado comodón para estar preocupándose de un entendimiento real y positivo con Bolivia. La adiposidad de una vida holgada y alegre, sin preocupaciones, le ha quitado hasta la facultad de pensar.

La tradición histórica de ese *porteñismo*, por lo que a nosotros respecta es completamente negativa, desde las denegaciones de auxilio a las hermanas provincias en manos del realismo de 1820 en adelante, hasta la actitud odiosa de Rawson, Mitre, etc., cuando nuestra tragedia de 1879. Cuando alguna vez vieron amenazante la garra del araucano, o como se dice en criollo sintieron «el tigre en las ancas», entonces saltaron como potros encabritados, buscando hacia el norte un colaborador y aliado, que aunque pobre, decidido a ser la primera víctima del sacrificio. Pasado el peligro volvían a adormirse en sus comodidades y riquezas y repetir la consabida frase: «La cuestión del Pacífico no es nuestra», que más daño hace a la Argentina que a Bolivia. La tranquilidad con que dejaron consumarse el atentado de Río Branco en 1903, no es más que una confirmación de todo esto. Y la guerra del Chaco.....?

Buenos Aires que en realidad y pese a la buena voluntad de muchos, es quien gobierna la Argentina, por el peso de su gravitación de espiritualidad amorfa y filistea y quizá por eso mismo absorbente de extranjerismo y aún de provincialismos, más que por su condición de capital, no sabe, ni quiere saber de nada que esté más allá de Olivos... Bolivia está demasiado lejos y además, el vincularse en un consorcio de relaciones con tal país significa el «complicarse mucho la vida»...

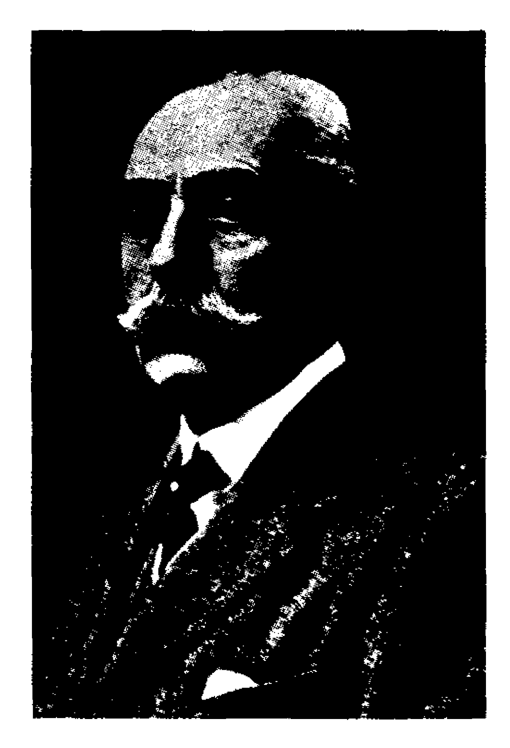
Conozco algunas tentativas de acercamiento que fueron recibidas con júbilo por parte de algunos diplomáticos, gobernantes y hombres de negocios y de sociedad argentinos, quienes con criterio inteligente y patriota, acertaron a apreciar el valor y alta significación de tales planes. Pero todo ello fracasó ante la indiferencia general del procomún. Ud. que tan brillantemente representa a nuestro país allí, y que está rodeado del gran mundo de la diplomacia y de la alta sociedad, quizá crea lo contrario, pero déjeme decirle que estas convicciones las he [illegible], en diversas temporadas que he vivido en Buenos Aires de anónimo y desconocido turista, de quien los más ignoraban la nacionalidad, pues mi tipo y manera de hablar un [illegible], alejaban toda sospecha de altoperuanismo. Es así que he podido palpar algo muy hondo y muy íntimo en el pensar y en el sentir del porteño sobre una amistad más estrecha boliviano-argentina.

Ha sido preciso que el ferrocarril Corumba-Santa Cruz tenga algo así como un centenar de kilómetros construidos ya y que se vea la palpable realidad de su llegada a la capital, para que el gobierno argentino salga de su marasmo y se avenga a pensar, no realizar, pensar aún, en la comunicación ferroviaria con este rico Oriente boliviano que conquistaron los compañeros de los Adelantados del Río de la Plata y en el cual muy en breve se librará –si no se está librando ya–, una lucha económica de los imperialismos vecinos: el fluminense y el rioplatense. Y conste que el libro de Mario Travassos, sea con el primitivo título de *Aspectos Geographicos Sul Americanos*, o con el que lo sustituyó de *Projeçao continental do Brasil*, se halla publicado desde 1931 y que ya en 1938 alcanzaba la tercera edición...

No es malevolencia, sino indiferentismo lo que hay que reprochar a los porteños. Algunos que de Bolivia han ido a Buenos Aires y allí han sido víctimas de la repulsa étnica, creen que se trata de odio y antipatía a nuestra nación. Yo, que tuve la suerte de no haber sentido nunca ese menosprecio racial, no pienso así. Es que el progreso argentino en la grandiosidad de sus riquezas, sobre todo en Buenos Aires, pone lentes de disminución en la vista de la política internacional, máxime si ella se refiere a países pobres como Bolivia y con una mayoría abrumadora de población indígena. Para el porteño un país así, no es digno, no digo de estar al lado, pero ni siquiera de ser considerado en cuenta por «la Reina del Plata».

Me ha complacido el ver que una corriente turística intensa en estos últimos tiempos en algo ha cambiado estos conceptos. Ojalá que ello sea promisor de un buen y leal entendi-

miento amistoso de Bolivia con la Argentina, tal cual lo soño don Félix Avelino Aramayo, que al uniformar intereses, será de positivo beneficio para los dos países. Incluso creo que una gravitación de Bolivia hacia el Plata, apresurará su salida al Pacífico.







123 Félix Avelino Aramayo

124 José Avelino Ortiz de Aramayo (padre de Félix Avelino).

Pero seguir en el tema, nos llevaría muy lejos; tiempo es de volver sobre su libro, pidiéndole perdón por la deshilvanada digresión.

Yo entiendo que un escritor como Ud., no avezado a la práctica del dato y de la verificación de ellos, cual se nos exige a nosotros los historiadores, es merecedor de disculpa por caer en yerros, precisamente por no ser atento a ese detalle minucioso que más es obra de ayudantes que del creador de la obra. Es así que a su libro lo afean dos graves anacronismos, que sin influir sobre el contenido ni fondo del libro, lo deslucen por lo chocante de su imposibilidad, incluso al ojo del lector menos avisado, ya que se trata de fechas harto conocidas de todos.

En la p. 129 afirma Ud. que el General Pando «popularísimo en el ejército, fue reconocido como jefe por el partido liberal, a la muerte del General Camacho...» Esta afirmación está completamente errada. Vamos a cuentas.

El entonces Coronel José Manuel Pando, desempeñaba las funciones de Comisario Demarcador de Fronteras con el Brasil, cargo al cual volvería, después de ser primer mandatario de Bolivia, honrando así la situación que hoy tengo (47). Mientras Pando se hallaba en las lejanas

47. En 1943, HVM. era Presidente de la Comisión Demarcadora de Límites con el Brasil.

regiones del Noroeste, «la Convención Política del Partido Liberal de Bolivia, reunida en Sucre, bajo la presidencia del General Narciso Campero, lo proclamó, por acuerdo de 9 de octubre de 1894, Jefe del Partido y Candidato a la Presidencia de la República para el período de 1896-1900» (Luís S. Crespo. *El Mayor General José Manuel Pando. Su vida y sus obras*, La Paz, 1918, p. 89. El 4 de noviembre del mismo año se hacía saber a Pando tal resolución, la misma que aceptó.

Nicanor Aranzaes en su conocido *Diccionario biográfico de La Paz*, al tratar de Camacho, dice: «vivía retirado de los negocios públicos, cuando estalló la revolución federal de 12 de diciembre de 1898, etc., etc.» Pero hay algo más. Un simple cotejo o correlación de fechas, hubiera bastado para no incurrir en la errada afirmación suya de haber heredado Pando la jefatura del partido liberal a la muerte de Camacho.

El 12 de diciembre de 1898 estalló en La Paz la llamada revolución federal, y que en realidad fue liberal. La convención que se reunió en Oruro, después del triunfo del Crucero, eligió a Pando Presidente de la República, habiéndose investido del mando el 25 de octubre de 1899. En el mes inmediato siguiente, el 7 de noviembre, la misma Convención ascendía al grado de Mayor General al General de División Eliodoro Camacho, ascenso que casi fue póstumo, pues algunos días más tarde, el 13 de noviembre de 1899, el agraciado, fallecía en La Paz.

Como Ud. verá por las fechas citadas, cuando murió el General Camacho, no solamente [illegible] del partido liberal estaba en manos de Pando, sino que desde dos [illegible] la Presidencia de la República.

[illegible] méritos de su libro es que no se incorpora al género fácil, tan en [illegible] de la biografía novelada. Todo en él es narración y consideración. Por vía de [illegible], hay algunos pasajes en que el literato se ha dejado llevar por su imaginación y [illegible], como un oasis en medio de los acontecimientos que relata.

Es precisamente en uno de estos pasajes novelados, en las p. 71 y siguientes, en que comete Ud. otro anacronismo. Se trata del mantel largo que hay en casa de la familia Aramayo en París y al cual concurre el entonces Ministro de Bolivia, General Narciso Campero, quien da la noticia que allí en la lejana y añorada Bolivia se acaba de elegir Presidente de la República a don Adolfo Ballivián. En la p. 73, dice Ud. textualmente: «Van llegando los otros enviados: el Mariscal de Santa Cruz, ya cansado, cuyas facciones se han agudizado con los años: rostro bruñido, ancho cuello que engulle la quijada, aire solemne, etc., etc.»

Esto debía ocurrir algo más que a mediados de 1873, ya que en mayo de ese año Adolfo Ballivián fue elegido Presidente de Bolivia, pero, lamentablemente, olvida Ud. que el 13 de septiembre de 1865, había fallecido en Saint Nazaire el Mariscal Andrés Santa Cruz, es decir ocho años antes. Permítome creer, en este momento, que quizá se trate de algún otro Mariscal Santa Cruz, puede que español o centroamericano, éste que hace aparecer Ud. en la citada p. 73 de su libro, pues si es el auténtico Mariscal de Zepita, ex-Presidente de Bolivia, ex-Protector de la Confederación Perú-Boliviana, y representante diplomático de nuestra patria ante varias cortes europeas, habría que considerarlo como a una especie de Convidado de Piedra que muerto en 1865, se presenta en 1873, con ocho años de tierra sepulcral encima a asistir a ese almuerzo de la familia Aramayo...

La cuestión del Acre y la intervención de Aramayo están bastante bien tratadas. Tengo mis puntos de vista personales sobre la eficiencia del proyecto de don Félix Avelino con su famoso Sindicato, y acerca de la honestidad de sus gestores que engañaron la buena fe de

A. COSTA DU RELS

FELIX AVELINO ARAMAYO
Y SU EPOCA
1846-1929

Ilustraciones de ANA INÉS CÁRCAMO Y MOREA
y de F. ROQUE MERUVIA

1942
DOMINGO VIAU & CIA.
BUENOS AIRES

125 175 x 105; 369 p.

ADOLFO COSTA

HACIA EL ATARDECER...
Pieza en tres actos, en prosa.

Primer Premio del Certámen Teatral
del Club de Señoras, 1918.
Santiago de Chile.

IMPRENTA UNIVERSITARIA
— Estado 63 — Santiago —
1919

126 140 x 82; 165 p.

A. COSTA DU RELS

Le
Sourire navré

POÈMES



PARIS
SOCIETE MUTUELLE D'EDITION
110, Rue Saint-Maur, 110
1922

127 135 x 94; 188 p.

COSTA DU RELS

FRANCE, TERRE COURTOISE...
Essai

Préface de la duchesse
de la Rochefoucauld

DEUXIÈME ÉDITION
REVUE ET CORRIGÉE

(Prix de la Langue Française décerné
par l'Académie Française. Paris, 1942)

LIBRERIA HACHETTE S. A.
Maipú Nº 49
BUENOS AIRES
1948

128 190 x 115; 47 p.

regiones del Noroeste, «la Convención Política del Partido Liberal de Bolivia, reunida en Sucre, bajo la presidencia del General Narciso Campero, lo proclamó, por acuerdo de 9 de octubre de 1894, Jefe del Partido y Candidato a la Presidencia de la República para el período de 1896-1900» (Luís S. Crespo. *El Mayor General José Manuel Pando. Su vida y sus obras*, La Paz, 1918, p. 89. El 4 de noviembre del mismo año se hacía saber a Pando tal resolución, la misma que aceptó.

Nicanor Aranzaes en su conocido *Diccionario biográfico de La Paz*, al tratar de Camacho, dice: «vivía retirado de los negocios públicos, cuando estalló la revolución federal de 12 de diciembre de 1898, etc., etc.» Pero hay algo más. Un simple cotejo o correlación de fechas, le habría bastado para no incurrir en la errada afirmación suya de haber heredado Pando la jefatura del partido liberal a la muerte de Camacho.

El 12 de diciembre de 1898 estalló en La Paz la llamada revolución federal, y que en realidad fue liberal. La convención que se reunió en Oruro, después del triunfo del Crucero, eligió a Pando Presidente de la República, habiéndose investido del mando el 25 de octubre de 1899. En el mes inmediato siguiente, el 7 de noviembre, la misma Convención ascendía al grado de Mayor General al General de División Eliodoro Camacho, ascenso que casí fue póstumo, pues algunos días más tarde, el 13 de noviembre de 1899, el agraciado, fallecía en La Paz.

Como Ud. verá por las fechas citadas, cuando murió el General Camacho, no solamente hacía años que la jefatura del partido liberal estaba en manos de Pando, sino que desde dos [illegible], [illegible] también la Presidencia de la República.

Uno de los mayores méritos de su libro es que no se incorpora al género fácil, tan en boga hoy, de la biografía novelada. Todo en él es narración y consideración. Por vía de amenidad, hay algunos párrafos en que el literato se ha dejado llevar por su imaginación y hace un poco de cuadro novelesco, como un oasis en medio de los acontecimientos que relata.

Es precisamente en uno de estos pasajes novelados, en las p. 71 y siguientes, en que comete Ud. otro anacronismo. Se trata del mantel largo que hay en casa de la familia Aramayo en París y al cual concurre el entonces Ministro de Bolivia, General Narciso Campero, quien da la noticia que allá en la lejana y añorada Bolivia se acaba de elegir Presidente de la República a don Adolfo Ballivián. En la p. 73, dice Ud. textualmente: «Van llegando los otros enviados: el Mariscal de Santa Cruz, ya cansado, cuyas facciones se han agudizado con los años: rostro bruñido, ancho cuello que engulle la quijada, aire solemne, etc., etc.»

Esto debía ocurrir algo más que a mediados de 1873, ya que en mayo de ese año Adolfo Ballivián fue elegido Presidente de Bolivia, pero, lamentablemente, olvida Ud. que el 13 de septiembre de 1865, había fallecido en Saint Nazaire el Mariscal Andrés Santa Cruz, es decir ocho años antes. Permítome creer, en este momento, que quizá se trate de algún otro Mariscal Santa Cruz, puede que español o centroamericano, éste que hace aparecer Ud. en la citada p. 73 de su libro, pues si es el auténtico Mariscal de Zepita, ex-Presidente de Bolivia, ex-Protector de la Confederación Perú-Boliviana, y representante diplomático de nuestra patria ante varias cortes europeas, habría que considerarlo como a una especie de Convidado de Piedra que muerto en 1865, se presenta en 1873, con ocho años de tierra sepulcral encima a asistir a ese almuerzo de la familia Aramayo...

La cuestión del Acre y la intervención de Aramayo están bastante bien tratadas. Tengo mis puntos de vista personales sobre la eficiencia del proyecto de don Félix Avelino con su famoso Sindicato, y acerca de la honestidad de sus gestores que engañaron la buena fe de

nuestro ministro en Londres. Pero en todo caso, consta en forma resaltante la profunda inquietud patriótica de Aramayo y su afán tesonero de servir a la tierra que amaba más, mientras más ingrata para con su hijo se comportaba.

A pesar del estilo cautivante del libro, de la elegancia de la dicción y del giro y de todo el conjunto armonioso que impera como suprema euritmia en todas sus páginas, el tema no alcanza a apasionar. Se termina la lectura sintiendo en el gusto el buen sabor de lo dilecto, pero con una impresión de frialdad por el personaje biografiado. Tenía cristalizada ya esta opinión, cuando casualmente cayó en mis manos un juicio bibliográfico de «*La Nación*» de esa metrópoli, que coincide con este convencimiento que ya me había formado.

Don Félix Avelino Aramayo no fue un apasionado en el sentido dionisiaco del concepto, si vamos a usar términos de Nietzsche; por tanto, al describir su personalidad, tampoco se consigue apasionar a nadie. El cuadro de su carácter de p. 120, 121, 219, 258, etc., así lo muestran. Le falta el *pathos*, la emoción de lo ilógico, de lo absurdo, si se quiere, pero que por lo mismo conmueve y apasiona a su vez al lector con lo apasionado de su vida.

La vida de don Félix Avelino Aramayo no pudo ser más rectilínea ni más corriente tampoco. Fue buen hijo, buen ciudadano, buen esposo, buen padre de familia. Jamás cometió [illegible], una locura que rompa el cristal inmaculado de su conducta de *gentleman*. Jamás [illegible] ni [illegible] en la proporción como para transformar o dar sentido y colorido a una vida, como un Belzu, un Linares. La inquina de la camarilla que rodeaba a Pando, la [illegible] de Montes, no menciona el nombre de tales; una vez ausente el personaje, nadie se ocupó más de él, pues dejó de estorbar y ser peligroso para las ambiciones en pugna. Ni siquiera las [illegible] a Chile ni la actuación en el asunto del Acre tienen mayor trascendencia en cuanto a la [illegible] de [illegible] que levantaron. Los bajos brotes de la maledicencia y la [illegible] de ciertos sectores, jamás pudieron llegar hasta el potentado que lejos, muy lejos del [illegible] de nuestras miserias políticas vivía su dorada opulencia.

Sería absurdo negar que don Félix Avelino Aramayo fue algo que no todos alcanzan a ser: un hombre en el sentido cabal del concepto. Pero, también es innegable que a Aramayo le falta la terquedad inteligente de un Arce, los dobleces teológicos de un Baptista, la ruda energía de un Montes, y si Ud. quiere también, el caudillismo populachero de un Saavedra o la violencia patrioticamente morbosa de un Busch. Don Félix Avelino Aramayo no interesa mayormente como hombre, pues siempre fue un buen burgués, ardiente y decidido patriota a no dudarlo y fiel cumplidor de sus deberes familiares, religiosos, sociales y cívicos... pero nada más.

Y no es que pretenda un héroe como querría el clásico del género, «el Grande Hombre, *más* hombre que nosotros», para quien «romper imágenes y demoler a diestro y siniestro, resulta doblemente trágico» (Tomás Carlyle. *Los Héroes*; Barcelona, 1938; 249). Tampoco un inmoralista que teniéndose por genio, emplee su acción desarrollándola con «la mentira, la violencia y el egoísmo menos escrupuloso, etc., etc.», según la definición de Nietzsche (*Menschliches Alsumenschliches*, Körner, Leipzig, 1922; 228). No, sino algo más hombre y que como en la sentencia de Terencio no sea extraño a nada de lo humano. Dentro del clasicismo de su educación británica, Aramayo nos parece una figura demasiado fría, encastillado en su moralismo, como una virgen hierática en un mosaico bizantino de la época de los Paleólogos de la decadencia.

Una vida muchísimo más apasionante que la de don Félix Avelino, es la de su padre, don José Avelino Ortiz de Aramayo. Esa sí que está llena de contrariedades, de luchas, de

COSTA DU RELS

LA HANTISE

DE L'OR

PARIS

BIBLIOTHÈQUE-CHARPENTIER

FASQUELLE ÉDITEURS

129 1930; 150 x 90; 251 p. [1930]

ADOLFO COSTA du RELS

EL EMBRUJO DEL ORO

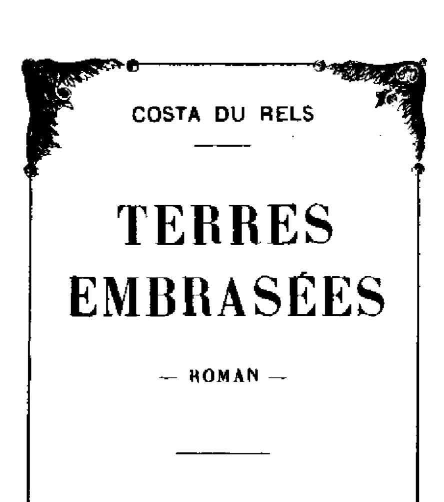
(RELATOS DEL ALTIPLANO)

VIAU

BUENOS AIRES

MCMXLVIII

130 170 x 110; 230 + dos p.



COSTA DU RELS

TERRES EMBRASÉES

— ROMAN —

PARIS

BIBLIOTHÈQUE-CHARPENTIER

FASQUELLE EDITEURS

131 145 x 85; 256 p.; [1931]

Adolfo Costa Du Rels

TIERRAS HECHIZADAS

(TERCERA EDICION)



EDITORIAL "LOS AMIGOS DEL LIBRO"

LA PAZ COCHABAMBA

1.976

132 156 x 100; III + 433 + dos p.; ilustr.

pasiones. En su folleto de 1871 *Apuntes sobre el estado industrial y económico de Bolivia*, cuenta su infancia huérfana y desvalida, muy pobre, arreando mulas y llegando a los quince años sabiendo apenas leer. Por eso mismo sabría del dolor de aprender, ya que según el hermoso verso de Byron, el árbol de la ciencia no es el de la vida.

Su prosa es irregular, pero llena de vigor, de energía, de fuerza, cual fuerte y enérgico es el hombre. René-Moreno comentando este folleto dice: «Contiene datos autobiográficos en las primeras páginas y no es esta por cierto la parte menos interesante y amena de su opúsculo» (*Biblioteca Boliviana*, Santiago 1879; 50). Este trabajo motivó una réplica del cura de Tupiza Dr. Faustino Pérez Rendón, editada en Sucre, en octubre de 1871.

El mismo René-Moreno al referirse a otro folleto de don José Avelino titulado *Informe sobre los asuntos de Bolivia en Europa*, impreso en Pau en 1877, dice textualmente: «Trata conjuntamente de muchas otras cosas que giran sobre esto, aquello y lo de más allá, y que van pasando y pasando en torno del YO. Pero no se ha de entender que el autor es como se quiere un hablista insubstancial. Conoce su país y parla de lo que le concierne con fluidez de ideas y verbosidad agradable. Aquí hay también impresiones de viaje no nada mal contadas» (ob. cit. 485). René-Moreno de suyo tan duro y cáustico en sus juicios, debe haber apreciado mucho los trabajos de don José Avelino para que así se exprese de ellos.

Algo más acerca de lo cual quiero llamar la atención y que me parece importante. Don Félix Avelino Aramayo se educó en la escuela del trabajo y por decirlo así, de inspiración [illegible] de su padre. Fue don José Avelino quien trazó las grandes líneas y las bases de la [illegible] de la familia Aramayo. Que se vio envuelto en quiebras y acosado por sus acreedores, [illegible] llegar a la [illegible], muy cierto, pero ya estaban las directivas trazadas y los sillares [illegible]. Sobre ellos, el hijo, don Félix Avelino, no hizo sino perfeccionar con mucho más [illegible], [illegible] y [illegible], los negocios en los que lo inició su padre, los cuales fueron corregidos y [illegible] y diré así, rescatados del caos. Pero la labor creadora, la «obra de varón», corresponde íntegra al viejo don José Avelino Ortiz de Aramayo.

Por estas razones, la ausencia de un recuerdo o de una mención adecuada, cual lo merecía el viejo en «un balance de medio siglo», de p. 270 en adelante, no me ha parecido justo, ni de parte de don Félix Avelino, ni de su biógrafo. Por otra parte, esas páginas son de una vivencia y de una plasticidad cautivantes.

Declaro francamente mi más grande admiración por don José Avelino Ortiz de Aramayo –ignorando las razones de porqué se quitó el Ortiz que era tan ilustre como su otro apellido–, y es en vista de las consideraciones apuntadas que me parece muy pálida su figura en el libro sobre su hijo. Las características que aparecen en las p. 16, 22 y 23, me dan impresión de flojedad e insuficiencia respecto del personaje. En mi concepto, don José Avelino fue un coloso, comparado con su hijo, quien no llegó a sobrepasar de algo más del procomún, en cuanto a carácter y acción se refiere, con relación a su padre.

Es por ello que pienso que una biografía de don José Avelino Ortiz de Aramayo sería infinitamente más interesante, más apasionante y más valiosa aún que la de su hijo, quien educado en Inglaterra y con todo de haber actuado destacadamente en Bolivia, llevó siempre consigo el gris de las nieblas londinenses alrededor de su personalidad, gris que llega hasta su biografía, magüer la maestría admirable del autor.

Algo más. El panorama de la historia de Bolivia visto a través de la personalidad de don Félix Avelino Aramayo no es muy cabal; son apenas pinceladas y algunas veces, cuadros claros y brillantes en un momento dado de actuación, para después continuar en un acompasado

canturreo de acompañamiento a sus actividades mineras y sociales, en Estados Unidos y sobre todo en Europa.

En cambio don José Avelino, vivió las horas más negras de nuestro caudillismo y una vida de ese hombre, sería un verdadero retrato de nuestra sociedad política desde 1830, hasta 1870 por lo menos. La *Biografía* de Ernesto O. Rück (Potosí, 1891), y su reedición aumentada en *Centenario de Avelino Aramayo* (Londres, 1909), no son otra cosa que bosquejos incompletos.

Pongo punto final a estas observaciones y opiniones bastante desaliñadas e incoherentes, haciendo votos porque tan hábil pluma como la suya, que ha escrito y hecho obra de arte de una vida que no tuvo mucho de ello, emprenda la empresa de regalarnos con la aún más interesante biografía del padre del personaje acerca del cual hoy nos hemos ocupado.

Una palabra antes de terminar. Con toda seguridad que Ud. recibirá innúmeros juicios encomiásticos y laudatorios que publicará -entre los consabidos ditirambos-, *La Razón*, diario propiedad de la familia Aramayo, pero dudo mucho que alguién, quizá nadie, se dirija a Ud. con más profundo respeto de la verdad, de la sinceridad y también de cordial afecto amistoso a su persona.

Muy suyo

[Fdo.] Humberto Vázquez-Machicado

Buenos Aires, 26/2/1943

Embajada de Bolivia

Señor don
Humberto Vázquez-Machicado.
La Paz.

Mi muy apreciado colega y amigo:

He leído con sumo placer e interés la extensa carta suya de 5 de los ctes. y desde luego agradezco infinito a U. el trabajo que se ha tomado de glosar con tanta conciencia y objetividad, mi libro sobre Aramayo y su época.

Voy a darle mi apreciación, y las explicaciones del caso, sobre los diversos puntos abarcados con tanta amabilidad por U.

1°) Efectivamente mi abuelo materno fue uno de los más enconados enemigos de don José A. Aramayo. El es quien dedica el folleto poseído por U. al Dr. Rafael Bustillo. Aprovecho de la oportunidad para explicar a U. (¿a quién sino a un historiador, se deben explicar estas cosas?) por que hay una diferencia de ortografía entre el apellido de mi abuelo y el que llevo yo. El hecho es que hasta 1918, llevé solo el apellido de mi padre. Habiendo sido nombrado 1° secretario de la Legación en Chile, a principios de aquel año, el Ministro don Claudio Pinilla me dijo un día que acababa de abrirse un concurso de piezas teatrales en el cual debería tomar parte. «A ver si para su debut en la carrera, deja U. bien puesto el nombre del país», añadió don Claudio. Ni corto ni perezoso, puse manos a la obra. En poco menos de un mes, la pieza estuvo terminada. Su título: *Hacia el atardecer...* Al enviarla, y para guardar mejor





Alfonso Querejazu

ANTONIO GARRIGUES

OLEGARIO GONZALEZ DE CARDEDAL

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

134 153 x 80; 366 p. Alfonso Querejazu fue íntimo amigo de Costa du Rels.

Regain

par

Adolfo Costa du Rels

SECTION DES PUBLICATIONS

Département des Affaires Culturelles

Lycée Alcide d'Orbigny

135 145 x 90; 52 p. Editado por Luis Alberto de la Rocha, La Paz (1968).

el anonimato, firmé C. du Rels, desfigurando exprofeso el apellido de mi abuelo materno, poniendo tan solo la inicial del paterno. Algunos meses después, se conoció el resultado, obteniendo C. du Rels el 1° premio, que creo era de 5.000 pesos. No chisté. Nadie sabía quien era C. du Rels. Un buen día, hallándose don Claudio Pinilla en el Club de Señoras, la Presidente doña Delia Matte le dijo que estaban intrigadísimos con el asunto, a punto que temían algún engaño, algo como una pieza teatral francesa ya conocida, lo que hubiera sido un descrédito para el jurado. Se volvió a repetir el nombre del autor, y don Claudio exclamó: «pero si ese apellido es el segundo apellido del Secretario de mi Legación». Al día siguiente, los diarios de Santiago despejaban la incógnita, y C. du Rels para unos, Costa du Rels para otros resultó siendo el Secretario de la Legación de Bolivia. Desde ese día, nadie me conocía bajo otro nombre, tanto más cuando que existía en aquella ciudad un Adolfo Costa, y que era preciso distinguir. De donde resultó que un casí seudónimo literario se ha transformado en mi nombre definitivo. Posteriormente, en el año 1926, visité la casa solariega de mis antepasados maternos, la finca Urbelsia, situada cerca del pueblo de Helette, en el departamento de los Bajos Pirineos. Allí, en el frontón de la casa está labrado sobre la piedra la verdadera ortografía del nombre: D'Urrels. Cuando la Revolución Francesa, según se me refirió, el tatarabuelo nuestro, democratizó su apellido en la forma que lo llevaba mi abuelo: Durrels. Aquí tiene usted, mi apreciado amigo, un punto de la *petite histoire* dilucidado. Añadiré que los chilenos recibieron de mal grado que un boliviano pasara antes que los nacionales; se me entregó el premio entre gallos y media noche; María Guerrero, quien con su marido Diaz de Mendoza debía dar la obra (según rezaba en el reglamento del concurso) debió interrumpir los ensayos a causa de las rémoras con que tropezaba y de los anónimos que recibía. Me hizo llamar un día y me pidió, en nombre de lo que más quería, que la librase de semejante compromiso, pues había un verdadero complot contra la pobre pieza. Accedí gustoso. Y se dio en el Municipal de Santiago la comedia que obtuvo el 2° premio. Así es como en los albores de mi carrera literaria, tropezé con la barrera de un nacionalismo celoso. Creo que la anécdota valía la pena de ser conocida y la confío a U. mi menor, para que algún día, si fuera preciso, la haga conocer.

2°) Volvamos al libro de Aramayo. Debo decirle que si no he ampliado lo referente a la misión de don José Avelino Aramayo en Europa, es que los papeles de la familia que me fueron entregados no contenían nada, pero nada que se refiriera al que llamaremos Aramayo el Viejo. De éste sólo hay unas pocas cartas enviadas a sus hijos y dos o tres recibidas de Alberdi. Eso es todo. Para reconstruir la silueta de este *pioneer,* me he valido un poco de la biografía insustancial de Rück y de las relaciones que de su padre hace Avelino a su madre doña Coloma. Creo yo que Aramayo el Viejo fue un imaginativo de envergadura, dotado de gran inteligencia y ambición, pero creo que se desparpajó en mil tareas nimias, queriendo abarcarlo todo, sin poder realizar nada. No tuvo paciencia, no tuvo método, y digámoslo: no tuvo suerte. Avelino fue más reposado, más reflexivo, y dotado de gran entereza de carácter. De todo mi estudio, saco que, si bien el padre, con su ojo avisor, delineó la empresa en formación, Avelino le dio vida, la organizó, y con suma paciencia y parsimonia, la llevó a un alto grado de progreso. Sin el talento del hijo, la creación del padre hubiera vuelto al caos. El uno completa al otro. Y esto enaltece la memoria de ambos.

3°) No conocía la declaración de Frelinghuysen al chileno Marcial Martínez a quien conocí en sus postrimerias en Chile. Claro que la hubiera citado, como he citado las cartas de Santa María a Lastarria. En cuanto a la mediación de los EE.UU. creo haber dado una idea más o menos clara y exacta. Ella se ha repetido *mutatis mutandis* con el general Pershing, en el asunto Tacna y Arica. Los americanos tienen un complejo de *businessmen* y de evangelistas

que les hacen adoptar en materia internacional, posturas a menudo desconcertantes. Tiene U. a Wilson frente al senador Borah, con sus siniestras consecuencias para el Mundo; el *isolacionismo* del segundo, frente al idealismo evangélico del primero, y venciéndolo, hace que hoy los EE.UU. están metiéndose hasta las sienes, en una lucha que Borah preveía pero que en su practicismo creyó quedaría circunscrita a las naciones de Europa. No fue lo suficientemente zahorí para constatar que en el siglo nuestro, la interdependencia, de los Estados ha venido a trastornar por completo la vieja idea de soberanía y el egoismo comodón, aún de las naciones *completas*, como los EE.UU. Ahora que la prensa de Bolivia habla nuevamente de reintegración marítima, habrá que cuidar mucho de una nueva mediación de los EE.UU.

4°) Tiene U. razón, para el lector, tal vez, a pesar de mis explicaciones, parezca la actitud de Aramayo frente a Chile, un tanto contradictoria. Las citas de las pág. 159 y 60 me parecieron suficientes. Ignoraba el acto parlamentario del día 8 de Nov. 1902 ni tenía tampoco donde documentarme sobre el particular. No hay rastro en la correspondencia de Aramayo.

5°) El asunto Lloyd, lo he tratado con los argumentos de Quijarro. Busqué pero en vano cuales fueron los motivos del alejamiento de aquel diplomático un tanto inquieto, y tuve que consolarme con confesar mi ignorancia.

Para descargo mío ante el riguroso y concienzudo lector que es U. debo decirle que he escrito mi libro sin fuente alguna de información que estuviera al alcance de mi mano, ni [illegible], ni [illegible], lo que es precioso, ningún anciano para interrogarlo. Sólo tuve el archivo de Aramayo, ya revisado y controlado por su sobrino y ex Secretario don Eduardo Aramayo. Además la correspondencia entre los años 1880 y 1888, que se hallaba en Tupiza, fue despachada por barco mercante, desde Buenos Aires en 1936, si mal no recuerdo, para completar mi documentación, pero se quemó con el barco en la rada de Dieppe. Ahí presumo que debían haber documentos interesantísimos, pues corresponden a la epoca en que Aramayo [illegible] y luego en Bolivia, sin dejar un día sus faenas mineras.

6°) Lo que U. dice en lo que se refiere a la amistad argentino-boliviana, estoy de acuerdo. Pero creo yo que las cosas van cambiando, no, por cierto, por obra mía, sino de las nuevas corrientes. Todavía hay muchos prejuicios que vencer. Pero los intereses se sobrepondrán a los prejuicios, y además nuestros paisanos irán perdiendo el pelo de la deheza, como ya muchos lo han perdido. Han venido a Baires, desde el 1° de julio 1942 al 31 de Dbre, 8.500.- turistas bolivianos; estos han gastado un término medio de pesos 1.000 por cabeza, es decir que Bolivia ha construido así con una suma de pesos 8.500.000 o sea cerca de *Cien millones de bolivianos*, al movimiento comercial de este país, en un semestre. Yo veo con optimismo el futuro de las relaciones entre nuestro país y éste. Todo dependerá de los gobiernos que tengamos en el futuro. U. sabe que el orden interno hace el prestigio externo.

7°) Confieso, con harto sentimiento, que U. tiene plena razón en los terribles anacronismos que me indica. Lo de Santa Cruz, no sé como se fue la pluma, o si confundí algún almuerzo habido en 1863 con otros habidos entre 1872 y 1880, estando ya la familia Aramayo en Europa. Lo de Pando no sabía que hubiere sido ungido jefe del partido liberal, estando aún vivo Camacho. Yo bien temía que se hubieran deslizado algunos errores, razón por la cual entregué el manuscrito a nuestro amigo don Carlos Calvo quien lo leyó muy detenidamente. Me hizo muchas indicaciones, valiosísimas por cierto, pero tampoco se fijó en lo que U. con su certero lente ha descubierto.

Si el libro tuviera una 2a. edición, se harán las correcciones correspondientes. Mil gracias.

Al aceptar el escribir la vida de Aramayo, sólo me dijé en las tres grandes etapas de su vida; la guerra del Pacífico, el Acre y su búsqueda del hombre para realizar lo que él y su padre soñaran. Ví el drama de un corazón patriota que sangraba ante las insensateces de los gobernantes y que pugnaba por una patria grande y respetada. Este drama es aún el de muchos bolivianos que no nos consolamos de la guerra del Chaco y de sus nefastas consecuencias.

Si algo ha de quedar del libro que U. con tanta gentileza y simpatía ha analizado, desearía que fueran aquellas páginas donde la juventud de mañana halle un cuadro aleccionador de nuestros yerros; para encauzar la política internacional del país por sendas más seguras. Deseo que, para Bolivia, mienta el apotegma de que «la historia se repite»; para ello es menester crear una *élite* que, abandonando el método americano de «win money honest, if you can, win money», sienta en su propia carne la necesidad de tener una patria digna de la cual pueda enorgullecerse. Para ello, cultura y más cultura. El 90% de nuestros yerros ha sido el fruto de la ignorancia y de la soberbia.

La extensión de esta carta le probará lo suficiente, cuanto he apreciado el espíritu tan cordial con que U. ha leído y anotado el libro de referencia. Los hombres que consideramos el arte de escribir algo así como un mandato, nos tornamos a la larga insensibles a los ditirambos y a los elogios y tan sólo estimanos aquellos que nos vienen razonados y acompañados, como los que U. tiene la amabilidad de expresarme, de las reservas dictadas por un cabal conocimiento del tema.

En cuanto a la biografía de Aramayo el Viejo que U. me sugiere escribir, creo, mi apreciado amigo, que no lo haré. Ni tiempo ni inclinación. Tan luego, pueda seguiré con mi obra literaria de imaginación que es lo único para lo cual tengo verdadera vocación. Por el momento esta Embajada poco se presta al trabajo personal; todas las horas del día están devoradas ya sea por los mil quehaceres diplomáticos y económicos, como por los sociales a los cuales este país da tantísima importancia. Creo que Carlos Medinaceli proyectaba escribir la obra que U. me indica. No sé si la llevara a cabo.

Acepte una vez más mis agradecimientos y crea U. en el aprecio cordial de este su affmo. colega y amigo affmo.

[Fdo.] Costa

CHAVEZ S., Medardo. *Eldorado Boliviano,* La Paz, Imp. Renacimiento, 1926; 240 p. + tres de índice (48).

El destacado intelectual Medardo Chávez S. acaba de publicar un libro sobre el Noroeste de Bolivia, titulado *Eldorado Boliviano.* A muchos no dejará de causar extrañeza que Chávez, dejando labores parlamentarias y ocios poéticos, nos regala hoy con un estudio erudito como contribución a la historia de la geografía nacional, mucho más cuando es objeto de ese su estudio una región que todavía tiene bastante de legendaria y misteriosa. Al autor de este nuevo libro se le conocían varias facetas intelectuales, menos la que ahora muestra. Se ha destacado como valiente fogueador en el diarismo político; como dulce trovero de románticos amores cristalizados en bellas composiciones poéticas; evocador de leyendas antiguas que nos traen entre sus líneas el perfume de las cosas del pasado, o bien estudioso de nuestra literatura

48. *La Unión*, periodico, Santa Cruz, 1926, oct. 17, con el titulo de «Un libro sobre el Noroeste».

Al aceptar el escribir la vida de Aramayo, sólo me dijé en las tres grandes etapas de su vida; la guerra del Pacífico, el Acre y su búsqueda del hombre para realizar lo que él y su padre soñaran. Ví el drama de un corazón patriota que sangraba ante las insensateces de los gobernantes y que pugnaba por una patria grande y respetada. Este drama es aún el de muchos bolivianos que no nos consolamos de la guerra del Chaco y de sus nefastas consecuencias.

Si algo ha de quedar del libro que U. con tanta gentileza y simpatía ha analizado, desearía que fueran aquellas páginas donde la juventud de mañana halle un cuadro aleccionador de nuestros yerros; para encauzar la política internacional del país por sendas más seguras. Deseo que, para Bolivia, mienta el apotegma de que «la historia se repite»; para ello es menester crear una *élite* que, abandonando el método americano de «win money honest, if you can, win money», sienta en su propia carne la necesidad de tener una patria digna de la cual pueda enorgullecerse. Para ello, cultura y más cultura. El 90% de nuestros yerros ha sido el fruto de la ignorancia y de la soberbia.

La extensión de esta carta le probará lo suficiente, cuanto he apreciado el espíritu tan cordial con que U. ha leído y anotado el libro de referencia. Los hombres que consideramos el arte de escribir algo así como un mandato, nos tornamos a la larga insensibles a los ditirambos y a los elogios y tan sólo estimanos aquellos que nos vienen razonados y acompañados, como los que U. tiene la amabilidad de expresarme, de las reservas dictadas por un cabal conocimiento del tema.

En cuanto a la biografía de Aramayo el Viejo que U. me sugiere escribir, creo, mi apreciado amigo, que no lo haré. Ni tiempo ni inclinación. Tan luego, pueda seguiré con mi obra literaria de imaginación que es lo único para lo cual tengo verdadera vocación. Por el momento esta Embajada poco se presta al trabajo personal; todas las horas del día están devoradas ya sea por los mil quehaceres diplomáticos y económicos, como por los sociales a los cuales este país da tantísima importancia. Creo que Carlos Medinaceli proyectaba escribir la obra que U. me indica. No sé si la llevara a cabo.

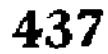
Acepte una vez más mis agradecimientos y crea U. en el aprecio cordial de este su affmo. colega y amigo affmo.

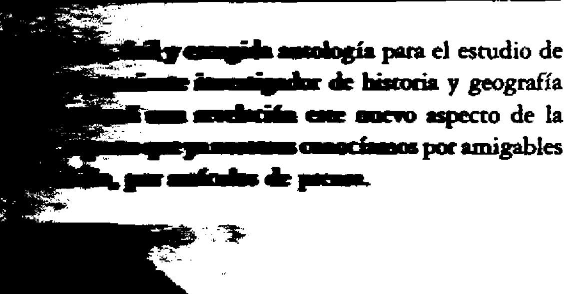
[Fdo.] Costa

CHAVEZ S., Medardo. *Eldorado Boliviano,* La Paz, Imp. Renacimiento, 1926; 240 p. + tres de índice (48).

El destacado intelectual Medardo Chávez S. acaba de publicar un libro sobre el Noroeste de Bolivia, titulado *Eldorado Boliviano.* A muchos no dejará de causar extrañeza que Chávez, dejando labores parlamentarias y ocios poéticos, nos regala hoy con un estudio erudito como contribución a la historia de la geografía nacional, mucho más cuando es objeto de ese su estudio una región que todavía tiene bastante de legendaria y misteriosa. Al autor de este nuevo libro se le conocían varias facetas intelectuales, menos la que ahora muestra. Se ha destacado como valiente fogueador en el diarismo político; como dulce trovero de románticos amores cristalizados en bellas composiciones poéticas; evocador de leyendas antiguas que nos traen entre sus líneas el perfume de las cosas del pasado, o bien estudioso de nuestra literatura

48. *La Unión,* periódico, Santa Cruz, 1926, oct. 17, con el título de «Un libro sobre el Noroeste».





[illegible] antología para el estudio de [illegible] de historia y geografía [illegible] este nuevo aspecto de la [illegible] conocíamos por amigables [illegible], por artículos de prensa.



136 Medardo Chávez (1901-).

En este libro se nos muestra Chávez como un erudito rebuscador de datos y referencias de un pasado histórico relativamente reciente, pero no por eso menos dificultoso y árido para el investigador que en esa tarea sacrifica lo mejor de sus horas. Como fruto de esa labor ha sido el libro que acaba de aparecer como valiosa contribución a disipar las nieblas que envuelven, cual manto astral, la historia de esa región que él llama a la manera de los antiguos conquistadores del oro legendario: *Eldorado*. Nuestra historia geográfica aún es un mito. Fuera de las publicaciones de aquel estusiasta y sabio patriota que se llamaba Manuel Vicente Ballivián, no existen sino algunos opúsculos que no son completos y que a más de eso, por el reducido tiraje que tenían, constituyen verdaderas rarezas bibliográficas. Así tenemos, por ejemplo, los estudios de Bresson, Armentia, Salinas y tantos otros, cuya adquisición actual es tan difícil, como riquísimos los datos que proporcionana para el conocimiento de nuestro país. El libro de Chávez, por el carácter de estudio general que tiene, intenta llenar este vacío con respecto al Noroeste de Bolivia, pues glosa inteligentemente todos los datos más útiles e importantes de las publicaciones relativas a él, y sobre todo de las que nos han dejado los exploradores que han plasmado en letras de molde sus impresiones y descubrimientos.

La primera parte del libro de Chávez está dedicada a la descripción geográfica y étnica de la región materia de su estudio, después de ciertas premisas que cree necesario sentar sobre la situación del Noroeste con respecto a la nacionalidad y la división territorial. Hace la descripción de la tierra que llama *Eldorado*, con todos sus ríos, cachuelas y demás características topográficas de esa región, extendiéndose enseguida en la relación de las tribus diferentes que pueblan esas tierras de las que fueran antes únicos señores y que hoy riegan con el sudor de

su esfuerzo, bajo el látigo del blanco enseñoreado para siempre de las ingentes riquezas de que es tan pródiga la naturaleza en esta parte de nuestra patria.

La segunda parte está dedicada a la historia de las exploraciones efectuadas hasta hoy, y la tercera a la situación actual del Noroeste y a sus principales problemas.

La segunda parte podríamos decir que representa el valor de todo el libro. Es la relación ágil y vehemente de las andanzas de tanto atrevido explorador que sin temor a los mil peligros que ofrecían esas regiones osaba sentar su planta de dominio y colonización al mismo tiempo, en las tierras que iba descubriendo. Esta enérgica obra en la cual, entre tantos, descollaran Palacios, Armentia, Heath, Orthon y sobre todo el infatigable y progresista don Antonio Vaca Díez, es toda una epopeya en la que se pone de manifiesto la increíble tenacidad de tanto esforzado luchador por llevar hasta esas apartadas regiones los principios de la civilización y del progreso, al mismo tiempo que sacar de sus frondosas y seculares selvas el *oro negro* que tan pingües utilidades les proporcionaría, dada la alta cotización que tenía en los mercados extranjeros.

Chávez hace hincapié muy justamente en un detalle que tiene gran importancia: la labor del elemento cruceño en la colonización y exploración de *Eldorado*. Cruceños fueron los primeros atrevidos que se internaron en medio de los ubérrimos bosques llenos de peligros y riquezas al mismo tiempo, y a ellos llevar la civilización, sojuzgando a los indios que los poblaban que nómadas y salvajes vagaban por las selvas, educándolos, sirviéndose de ellos, para la labranza primero y la explotación de la goma después. Su triste y misérrima condición, no los podía hacer aptos para otra cosa. La obra del cruceño en estas regiones fue de sacrificios sin cuento y la verdadera incorporación del Noroeste al concierto nacional, fue debida también a los Vaca Díez, Suárez, Vázquez, Roca y tantos otros que en busca del bienestar económico emigraban y poblaban esas tierras, conquistándolas así del salvajismo y haciéndolas útiles para todos los miembros de la familia boliviana.

Mucho se ha tratado de hacer después para borrar toda huella de esa magna empresa, pero imposible, pues ella está grabada en cada árbol de la selva milenaria, y en los huesos blanqueados de tantos que pagaran con sus vidas su esfuerzo denodado, pese a la proterva labor de los que para crear un sentimiento de mezquino regionalismo, creyeron era necesario olvidar lo que debían a Santa Cruz. Las páginas del libro de Medardo Chávez están llenas de enseñanzas y ejemplos gráficos que demuestran cómo y hasta dónde ha llegado el esfuerzo de los hidalgos descendientes de Chávez y de Irala por sentar en medio de las selvas del Noroeste las banderas de la conquista pacífica que crea centros de población al atractivo de la ambición de riquezas. El «machadiño», empuñado por el cruceño ha sido el que ha colonizado y poblado esas regiones, dice Chávez, y este pensamiento es tanto más exacto cuanto que brota, como consecuencia lógica, de sus investigaciones históricas.

Algo hay en las páginas de este libro que nos recuerda las andanzas valerosas de los heroicos fundadores de La Barranca: esa lucha continua y perenne con los salvajes, la selva, los elementos y hasta con el ánimo mismo, que desfallecía ante las dificultades enormes de la magna empresa. la lectura de esta gloriosa epopeya, nos hace evocar en la mente, antiguas leyendas castellanas de caballeros andantes en busca de lo desconocido, sin que nunca supieran lo que era el cansancio o el temor en ningún instante de su vida aventurera; tal por ejemplo el que ha inspirado a Poe los hermosos versos que sirven de portada a este libro.

Justo es el honrar así la memoria de aquellos que «han amado mejor a la humanidad», según la bella expresión de Luis Jacolliot, contribuyendo con su denodado esfuerzo a la obra

de la verdadera civilización. El mismo Medardo Chávez lo dice: «La zona que forma *Eldorado Boliviano* no tiene historia guerrera. Ni Murillo, ni Warnes. Los fastos son los ríos, las cabañas y los pueblos. Sus héroes el explorador empecinado y terco, y a veces, muerto de hambre».

Chávez ha puesto toda su alma en la redacción de estas páginas muy dignas de ser leídas y releídas. Parece que al paso que pinta las audaces exploraciones sufriera con ellos las penurias del viaje y las alegrías del descubrimiento de los ríos buscados y de la riqueza anhelada tanto tiempo.

Es un bello libro, escrito con toda la vehemencia juvenil de que es capaz un alma de patriota y de poeta, como debe ser, si al escribirlo se ha puesto en él la consagración denodada del estudioso y la ardiente fe del convencido (49).

La Paz, septiembre de 1926.

DIAZ ARGUEDAS, Julio (Coronel) *Como fue derrocado el hombre símbolo. Salamanca. Un capítulo de la guerra con el Paraguay*, La Paz, Fundación Universitaria «Simón I. Patiño» sin pie de imprenta, 1957; VII + 344 + ocho de índice (50).

I

Después de una [illegible] y un [illegible] interregno militar, en 1931 ocupó la presidencia de la República el doctor Daniel Salamanca. Había sido llevado a tan altas funciones por el voto de sus conciudadanos, ya que por expresa voluntad popular, no tuvo contendor en la lucha electoral. Era ese momento [illegible] y muy merecidamente por el ídolo indiscutido de todo el pueblo boliviano. Era el estadista de mayores prestigios; su gran talento, su acrisolada honradez pública y privada, su recta trayectoria y, hasta su cuantiosa fortuna personal le ponían por encima de todos los partidos. Con sobrada razón se lo llamaba el «hombre símbolo».

Después de muchas dificultades internas y en medio de una espantosa crisis económica, reflejo violento de la que por entonces azotaba al mundo entero, el país todo, sin diferencias de ideologías ni de clases, cifró toda su confianza en el «hombre símbolo». Había sido electo no por el voto mayoritario de un determinado partido político, sino por el consenso de todo un pueblo. Era pues el legítimo presidente de los bolivianos y todos esperaban que lo sería en verdad, máxime si a ello se agregaba su gran rectitud y ecuanimidad, demostrada en treinta años de limpia y serena, a la vez que enérgica, actuación política.

Muy pronto comenzó a sentirse el desengaño. Quien era presidente de todos los bolivianos se encerró dentro de los estrechos límites de camarilla de un partido político frustrado en sus varias intentonas de alcanzar el poder y que una vez en él, más que de los grandes y urgentes problemas nacionales se ocupó de la baja politiquería y de dar rienda suelta a menudas venganzas fruto de «rencores guardados». Aquella típica forma de «gobernar con los suyos»,

49. Un bien logrado libro reciente sobre el Noroeste, actual Departamento Pando es el de Chelio Luna-Pizarro *Ensayo monográfico del Departamento de Pando*, Ed. Los Amigos del Libro, La Paz, 1976; 221 p. + dos de índice (G.O.).

50. Es un «Prólogo» de HVM al Libro citado.

puesta en práctica casí siempre y que Belzu, antes que Montes ya proclamara, fue una v
más ejecutada en Bolivia, demostrando así que nada habíamos ganado en cuanto a mejo
democráticas.

CNL. JULIO DIAZ ARGUEDAS

De la Academia Nacional de Historia.
De la Sociedad Bolivariana de Venezuela.
Del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.
De las Sociedades Geográficas de Sucre y Cochabamba.

COMO FUE DERROCADO
EL HOMBRE SIMBOLO

(SALAMANCA)

Un Capítulo de la Guerra con el Paraguay

"Quién se proponga escribir sobre sucesos históricos, debe antes desvestirse del ropaje de la pasión para poder decir la verdad, aunque ella tenga que herir el sentimiento colectivo o particular". (Nicholson).

Edición financiada por la Fundación Universitaria "Simón I. Patiño"

LA PAZ – BOLIVIA
1957

137 145 x 93; VII + 344 + siete p.
Lleva prólogo de HVM.

Poco más de un año llevaba en el gobierno el señor Salamanca, cuando en julio de 1932, tuvieron lugar unos choques parciales entre tropas bolivianas y fuerzas de la vecina República del Paraguay, que muy pronto degenaron en una de las más cruentas y absurdas guerras que se pudiera imaginar. La dicha guerra terminó tres años después, en junio de 1935, arrojando el siguiente saldo para Bolivia: 300.000 kilómetros cuadrados de pérdida territorial; 50.000 muertos; más de quinientos millones de dólares gastados y la ruina moral y material del país todo. Y como si esto fuera poco, de yapa nos vino la instauración del militarismo como forma natural de gobierno.

II

Al estallar la guerra, el pueblo de Bolivia, que ya sentía la decepción de la estrecha política desenvuelta por el señor Salamanca, olvidó sus desengaños y miserias y unióse a su alrededor demostrando así un profundo sentido patriótico. Sensiblemente el gobierno no supo responder a esta noble prueba de confianza y continuó, en su política tan desacertada en lo interno como en lo externo, en general la mayoría de los ministros del señor Salamanca, proseguía en sus rencillas y venganzas partidistas, mientras descuidaban o fallaban estruendosamente en cuanto a las relaciones exteriores.

Por otra parte, el ejército tampoco respondía a lo mucho que el pueblo había confiado en él y que la propia institución armada hacía creer. Ni el gobierno ni el ejército tenían, pues, la eficiencia necesaria para encarar la situación. Doloroso es decirlo, pero Bolivia afrontó la guerra del Chaco con la República del Paraguay crucificada entre dos incapacidades: la

incapacidad de sus gobernantes y la incapacidad de sus militares. Pero, esta conclusión nos sugería otra más dolorosa aún: que si el gobierno y el ejército, eran los elementos representativos, la incapacidad de ellos, demostraba la incapacidad del país todo.

Y sin embargo no era así. De esa guerra desastrosa desde todo punto de vista, el único héroe auténtico, desinteresado, sufrido y abnegado, pronto a todos los sacrificios, fue el pueblo boliviano. Ya dijimos que el gobierno estaba constituido por una camarilla de politiqueros en oposición a la mayoría del país, y el ejército por una casta privilegiada que habíase aislado de la ciudadanía. Y, a pesar de que el pueblo, muy pronto, tuvo conciencia de esto, fue al sacrificio como lo había hecho siempre: valiente, sufrido, noble y denodado, demostrando así que la podredumbre de sus élites no le había llegado y que en su seno había pasta de más nobles destinos. Todo este heroismo fue inútil, pues con semejantes elementos directivos, tanto políticos como militares, la tragedia era inevitable y el desastre lo veían venir todos, menos aquellos a quienes ciegan los dioses para perderlos mejor, como decía el clásico.

Las publicaciones que han comenzado a hacerse del archivo del señor Salamanca demuestran que desde un comienzo anduvo en muy tirantes relaciones con el ejército del cual, por imperio de la Constitución Política del Estado era Capitán General. Esta tirantez fue aumentando durante el curso de la guerra hasta culminar en el arresto y deposición del Presidente Salamanca el 27 de noviembre de 1934, en plena zona de operaciones. A este suceso el pueblo boliviano llamó un poco irónicamente el «corralito de Villa Montes», aludiendo a la táctica de envolvimiento o «corralito» que se usaba en la guerra del Chaco (51).

Acerca del hecho mismo existen diversos relatos, incluso uno del propio señor Salamanca en el que campea la precisión nítida de su magnífico estilo literario, como de su sarcástica ironía. Pero el pueblo de Bolivia ignora hasta hoy los antecedentes de ese hecho, el *crescendo* progresivo de la violencia presidencial y de la soberbia indisciplina de los militares. Y es a llenar esta legítima curiosidad que tiende este libro.

El autor, Coronel Julio Díaz Arguedas es un acucioso investigador de nuestro pasado y un fecundo escritor que ya cuenta en su acervo con algo más de una docena de volúmenes publicados. Testigo presencial del «corralito de Villa Montes», ha tenido oportunidad en su tiempo de conocer los telegramas, actas de conferencias, reuniones, etc., todo lo cual constituye el elemento básico de la reconstrucción histórica. Y, precisamente, el Coronel Díaz Arguedas ha tenido la habilidad de darnos esos documentos en su integridad, de tal manera que el público lector, como los historiadores, tienen así una fuente de primera mano para conocer y formar juicio de tales sucesos.

Y es así como puede verse que de parte del señor Salamanca hubo prepotencia dura e irreflexiva que no dice bien de las altas cualidades que debe tener un estadista en cuyas manos ha puesto un pueblo sus destinos. Por otra parte se demuestra asimismo que hubo de parte de los militares una indisciplina y una soberbia tan irreflexiva como la otra que dice mal del espíritu de orden y obediencia que debe caracterizar a la institución armada. Es preciso hacer

---

Nota de (G.O.).

51. Para tener una idea de lo que era el cerco o «corralito» paraguayo puede verse el folleto del Gral. Alfredo Ovando Candia. *Lecciones de Picuiba. Estudio histórico N° 1*, La Paz, 1961; 47 p. y varios cróquis. Sin pie de imprenta.

Sobre los sucesos de Villamontes, veáse Aurelio Monasterio da Silva *La caída de Salamanca*, 1977. Sin pie de imprenta ni lugar de edición. En el mismo libro se publica *Autopsia de una guerra. Con opiniones técnicas de cinco generales de América*, libro del Gral. Angel Rodríguez, cuya primera edición se hizo en Santiago, Chile por Editorial Ercilla en 1940.

constar que entre el elemento militar hubieron muy honrosas excepciones que hoy constituyen las páginas más gloriosas de nuestro santoral patriótico.

III

Mientras el pueblo generoso y bueno se desangraba en las trincheras, entre Presidente y Comando Militar peleaban por detalles de nombres, situaciones personales, propaganda a determinadas acciones de armas etc. Si por una parte el Presidente, abogado como era, pretendía intervenir en la conducción técnica de la guerra, y hasta proponía que civiles políticos de su partido tengan esas directivas, -algo así como los «representantes en comisión» de los ejércitos de la revolución francesa o el primer ejército auxiliar argentino-, por otro lado, el Comando, convencido de ciertos cambios de hombres, no se atrevían a ejecutarlos por razones meramente personales y de camaradería de casta. Con semejantes conflictos en la cabeza misma de la dirección del país y de la guerra, el desastre estaba descontado.

En este choque del Presidente con el Ejército, quien responde a nombre de éste es el General Enrique Peñaranda, pero del conjunto mismo de los documentos, se demuestra que no era sino el portavoz de la insubordinación y ansia prepotente de los altos jefes. Incluso en las entrevistas, el General Peñaranda demuestra el profundo respeto personal que le inspiraba el señor Salamanca. Resulta de aquí que el Comandante en Jefe del Ejército en Campaña, General Peñaranda, era el pararrayos tanto de la violencia presidencial, como de la insubordinación de los altos jefes. Hombre valiente, de corazón sano, buen soldado, sin ambiciones personales ni políticas, Peñaranda ha sido una víctima más de esta lucha, en la cual lo hacían representar el papel de vocero de aspiraciones al poder que él no tenía, pero sí los altos jefes que lo rodeaban.

Y esto es tan patente que, al terminar la guerra, el ejército del Chaco retornó al interior del país y se paseó por las ciudades principales con un aparato de fuerza tal que a todas luces demostraba que pretendía aterrorizar al elemento civil y anunciarle su muy pronta ascención al poder, cual lo hizo en mayo de 1936, después de una votación secreta exclusivamente de militares sobre quién debía ocupar la presidencia. Era la realización de los planes crudamente manifiestos en las reuniones emergentes a la deposición del Presidente Salamanca. Consideraban urgente ocupar el poder para evitar las investigaciones acerca de las responsabilidades y también por las fruiciones y granjerías que el dicho poder proporciona siempre a sus usufructuarios.

No faltará quienes piensen que estas cosas de triste aspecto moral deberían conservarse en reserva, para no demostrar así nuestras úlceras sociales. No hay tal. Nunca tales hechos quedan en el misterio. El pueblo mismo los sabe hoy mismo, pero los sabe mal, solo por el «se dice» o «me contaron». Preciso es que los sepa en toda su verdad, tal cual ocurrieron y a base de documentos auténticos, como el presente libro. Así podrá juzgar la forma y modo cómo se han manejado sus destinos y quién o quiénes son los responsables.

Hay algo más. Si estos hechos siguiesen en el misterio; cuando se haga su publicación -que tarde o temprano esa hora llega siempre-, ya los actores estarán muertos y no pueden explicar esas actuaciones, y se corre el peligro que la impresión y juicio de la posteridad sea errado. Esta da un mérito más a la presente publicación. La mayor parte de los que intervinieron en el «corralito de Villa Montes» están vivos y por tanto, a ellos toca hacer oir su palabra para aclarar, contradecir, rectificar, o ratificar los documentos que hoy ven la luz pública.

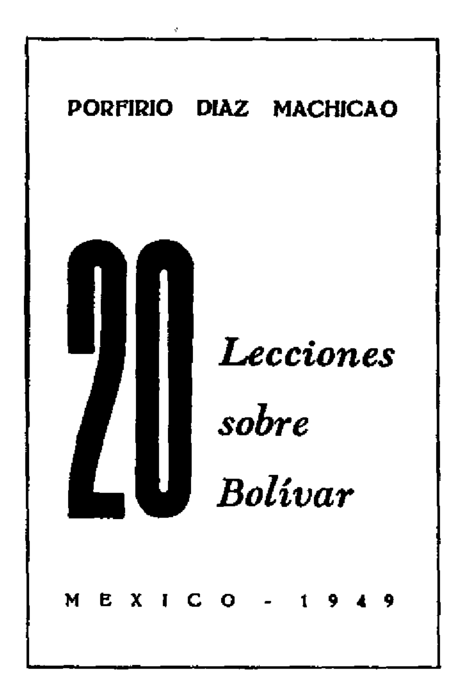
En cuanto al pueblo, puede estar tranquilo, pues lo repetimos una vez más, supo cumplir su deber en una forma tal que es una verdadera honra. La culpa que le pueda corresponder en el desastre será la de haber tolerado un gobierno que no respondía a sus obligaciones y haber aumentado una casta que tampoco correspondió como debía y se esperaba. Y de ello, el pueblo debe sacar una lección para el porvenir. Despreciar a los politiqueros profesionales y hacer un gobierno de hombres dignos y capaces y del ejército una élite de honorabilidad, pundonor y disciplina.

El país todo debe estar agradecido al presente libro de alta información patriótica.

La Paz, enero de 1957.

DIAZ MACHICAO, Porfirio. *20 lecciones sobre Bolívar*, México, 1949; 107 (52).

Trátase de un volumen pequeño, miniatura casi, cuidadosamente editado. Lo precede un autógrafo de Enrique González Martinez, fragmento del poema «Augurio Andino», y escogido con grande acierto como portada de este ensayo. Sigue un prólogo del autor en que confiesa los orígenes del trabajo y dice así:



138 91 x 60; 107 p.

---

52. *La Razón*, 1950, feb. 19.

Nota de (G.O.)

Dos libros interesantes y poco conocidos sobre Bolívar, son:

Enrique Finot. *Bolívar pacifista. Orígenes de la cooperación internacional en América*, New York, L. y S. Printing Company, 1936; 206 p.

I. R. Lavretzky. *Simón Bolívar*. Traducción directa del ruso por Alberto Samuel Soria. Revisión prólogo y notas de José Roberto Arze, Cochabamba, Ed. Universitaria; 1970; 146 p.

«Al escribir las lecciones sobre Bolívar he sentido la fatiga de escalar una montaña. Y no he llegado a la cumbre, hombre de una generación que nada positivo ha hecho aún por la Patria. Y allí donde me desmayó el vértigo, purifiqué, sin embargo mi corazón para entregar a mis conciudadanos un pequeño breviario escrito con ansiedad. Lo hice en las horas crepusculares, a manera de oraciones idealistas, con las pupilas encendidas con el fulgor de las armas que chocaban en Junín y Ayacucho o en las cien batallas del Héroe». Conviene analizar un poco estos conceptos.

La comparación es magnífica. Efectivamente Bolívar es una cumbre, es una montaña de tal magnitud, que como dice D.M., no se puede llegar a su cumbre: nadie ha llegado hasta hoy, pues existiendo una nutrida bibliografía bolivariana, no hay una biografía del Libertador que sea digna de su grandeza. ¿Será que lo colosal de su estatura histórica atemoriza a los más audaces? ¿Será incapacidad de comprender su genio? ¿Será que América aún no está madura para poderse medir cara a cara y de igual a igual con quien fuera su Libertador? Cualquiera que sea la causa, es lo cierto que ahí se está Bolívar, solitario en el Panteón de la Historia a la espera de un biógrafo digno de su talla.

Aquello de «hombre de una generación que nada positivo ha hecho aún para su Patria», que confiesa D.M. es una grave acusación para todos nosotros, acusación que partiendo de quien viene es muy digna de tomarse en cuenta y que llama a la reflexión y al examen cuidadoso de conciencia. El autor, pertenece a esa que han dado en llamar «generación del Centenario» o sea de los nacidos en el primer lustro del presente siglo que cuando Bolivia celebraba el primer centenario de su independencia contaban alrededor de los 20 años; es la generación que sintió más en lo hondo la tormenta de la guerra con el Paraguay, la sintió más hondo, no por razón de mayor sacrificio, que el martirio fue para todos, sino por razón de edad. Los más viejos ya no estaban en estado de poder cambiar de ideología con una catástrofe como aquella y los más jóvenes no estaban maduros para poder hacer comparaciones y sentirse verdadera encrucijada del destino boliviano.

Como dice D.M., esa generación en realidad de verdad «nada positivo ha hecho por la Patria». Puede que la misma guerra de la cual todos salimos con el alma destrozada; puede ser que el ejemplo de las generaciones más viejas que nos enseñaron todos los vicios de nuestra podrida democracia, para servirse de nosotros como instrumentos para sus bajos fines. Y así muy poco hicimos por reaccionar, pues seguimos esa vergonzosa ruta y con el pretexto de idealismos en los cuales no creían ni los propios gestores y directores, nos lanzamos al caos, pensando que a río revuelto, la ganancia es de los audaces. Y el resultado lo tenemos a la vista. Una patria convulsionada, anarquizada, deshecha, llena de odios, de maldad y de dolor y en la cual, como en el festín bíblico de Baltazar, nos disputamos los últimos mendrugos, mientras la ruina se cierne sobre nosotros.

Esto por lo que respecta a lo político. Si pasamos la mirada a la obra de esa juventud en lo intelectual, el panorama es desolador, pues no hay una sola creación con caracteres de perpetuidad por su belleza artística o su solidez científica. Cuando se quiere sacar a relucir los auténticos valores bolivianos, valores dignos de exportación, tenemos que acudir a Tamayo, a Reynolds, a Martín Cárdenas, que pertenecen a una generación más vieja que nosotros. Ojalá que esta acusación de D.M. sirva para producir una verdadera reacción y un acicate de estímulo para nuestra juventud.

La afirmación de D.M. de haber escrito estas lecciones sobre Bolívar «con las pupilas encendidas en el fulgor de las armas que chocaban en Junín y Ayacucho o en las cien batalles del Héroe» no está confirmada por el texto mismo de las lecciones y de ello debemos felicitarnos.

El Bolívar guerrero no nos interesa mayormente y es este apenas un aspecto de su grandeza. El volumen imponderable del Libertador está en su genio universal, en su visión de las cosas, de los hombres, en su creación y formación de pueblos, en su concepto de la vida y el mundo, en los cuales, sin crear nuevos sistemas a la manera de los filósofos sistemáticos, supo hacerse una axiología propia suya; y por último, en el conjunto de su personalidad toda.

Y así van desfilando en estas lecciones, facetas de una figura tan multiforme y tan deslumbrante que encandila verdaderamente al que se acerca a ella. D.M. lo hace con singular maestría al escoger diversos aspectos culturales, filosóficos y políticos, de los cuales sabe sacar sabias lecciones. Para ello se ayuda de oportunas citas de autores valiosos, entre los que sensiblemente hay que notar con extrañeza la presencia de adocenados como Emil Ludwig, quien fuera de una que otra obra de su primera época no fue después sino un vulgar cambalachero de la biografía, y precisamente su obra sobre Bolívar, es la peor de todas la que ha escrito y la peor que existe sobre el Libertador.

La impresión de conjunto que hace el pequeño libro que comentamos es magnífica: el estilo lírico se ve contenido en su desborde apasionado por una serena comprensión del método de trabajo y objetivos del tema; la prosa cuidada, elegante y pulida, hace honor a la tradición literaria del autor que cuenta en su acervo cultural valiosas producciones.

[illegible], Juan de Dios. *Exposición que hace el cura propio de S. Miguel de Chiquitos sobre los sucesos de violencia y alboroto popular, ocurrido en este pueblo contra el Administrador principal don Augusto [illegible] y el Corregidor D. Carlos A. Toledo el día 14 de junio del año que corre*. Santa Cruz, Imp. del Estado, 1864, 4°, 15 (53).

FERNANDEZ DE CORDOVA, Juan.

(Véase en autores extranjeros letra Z un comentario a la traducción de Fernández de Córdova a la «Soledad» de Juan Jorge Zimermann).

FINOT, Enrique: *Historia de la Conquista del Oriente Boliviano (Prólogo de Roberto Levillier)*. Casa Editora: Librería «Cervantes», Julio Suárez. Lavalle 558. Buenos Aires, 1939, 8° mayor; XXIII, más 401, más dos p. (54).

El territorio de la actual República de Bolivia, sufrió la influencia de dos corrientes de conquista y colonización, durante ese período a la vez caótico y fecundo del siglo XVI. Las huestes de Pizarro pasaron del Perú a la región montañosa y del Altiplano, mientras del Río de la Plata, los «adelantados», descubrían y conquistaban los llanos. Los primeros encontraron una civilización rudimentaria si se quiere, pero ya definida y con carácter propio, conociendo el laboreo de minas, allí abundantes, así como la agricultura y un incipiente régimen admi-

---

53. Anotación bibliográfica sin ningún comentario, publicada en *El Registrador*, periódico, Santa Cruz, 1923, nov. 28, N° 2.

54. *Revista de Historia de América*, México, 1939, N° 7; 153-156.
Una segunda edición de la obra de Finot, La Paz, Librería y Editorial Juventud, 1978; 378 p. Hay otras ediciones.

nistrativo. Los segundos sólo hallaron la barbarie señoreada de las selvas que recorrían, y apenas si las minas de que se tenía noticia «más al norte», servía de acicate en su sed de riquezas y poderío.

Por ello, la conquista del Altiplano de Bolivia es un capítulo de la del Perú, y la del Oriente Boliviano, la región de los llanos, lo es de la del Río de la Plata.

Por la razón misma de la riqueza fácil del Perú y la pobreza del Río de la Plata, la primera de ellas, abundó en crónicas, detalles y referencias que constituyen apreciable fuente documental e impresa, mientras la segunda discretamente se perdió en la sombra, a pesar de que sus noticias están esparcidas en diversas publicaciones.

Fue labor ardua escribir esa historia de la conquista del Oriente Boliviano. Dispersas las noticias entre las fantásticas relaciones de los cronistas de las avanzadas rioplatenses, la mayor parte de la documentación dormía inédita un sueño secular, en los anaqueles del Archivo de Indias de Sevilla.

Las diferencias de límites, al remontarse en sus alegaciones a los primeros títulos y andanzas de los conquistadores, sacaron a relucir todo un material que arroja nueva luz sobre lo que hasta ha poco era como una nebulosa, ya que los muy raros que del tema se habían ocupado, exceptuando a los dos colosos que se llaman Gabriel René-Moreno y Paul Groussac, sólo lo habían hecho «de oídas» o con referencias de segunda mano, sin comprobación personal de los documentos.

Este trabajo gigantesco es el que acaba de coronar el diplomático y escritor boliviano Enrique Finot, quien nos lo ofrece en un precioso volumen estampado con un primor digno de todo elogio.

Es el primer ensayo de aliento que se acomete, sobre el tema de referencia y fuerza es decir que el resultado ha colmado las intenciones del autor y las exigencias de los eruditos. Sereno, claro en su exposición, robusto en la solidez de los documentos que le sirven de fundamento, va poco a poco abriendo los cortinajes que velaban esa interesante época de nuestra historia; rectifica datos errados, destruye leyendas, como aquélla de la descendencia de don Nufrio de Chaves, documentado extensamente lo que ya Groussac en *Mendoza y Garay* había apuntado, o sea que los hijos del valiente conquistador del Oriente Boliviano, murieron sin descendencia. En una palabra, se trata de una obra de largo aliento y que reune todas las condiciones que la crítica moderna exige en tales casos.

Describe el medio físico, las razas de la población primitiva y la extensión que tuvo la conquista del Río de la Plata; hace el merecido honor a la acción colonizadora de Charcas que partiendo de aquí sirvió de conjunción a la que venía arribando el río de Solís.

Detalla en seguida todas las andanzas del capitán don Nufrio de Chaves, fundador de Santa Cruz de la Sierra, cuna del autor.

Dilucida con gran acopio documental las diversas fundaciones y traslaciones de esa ciudad, que sirvió de atalaya a la civilización que poco a poco fue asentándose en el Alto Perú. La ciudad de Santa Cruz fue un verdadero baluarte contra la barbarie que la rodeaba. Allí quedó y sigue hasta hoy, en medio de las selvas llenas de riquezas que la rodean.

Detalla la conquista de Mojos, cosa que por primera vez se hace en forma seria, y de ese estudio concienzudo resulta que toda esa rica y hermosa región se debe dos veces a la pujanza de Santa Cruz: en la Colonia y en la República. Sigue con las luchas contra los chiriguanos, raza indómita y fiera que resistió tres siglos, para terminar con la conquista de



139 Enrique Finot, en su biblioteca.



140 Foto y firma de Enrique Finot (1891–1952).

Chiquitos, por obra misionaria, y la decadencia de estas regiones, al ser expulsados los jesuitas bajo el reinado de Carlos III, ya que el clero secular no pudo reemplazar ni mucho menos a los regulares hijos de Loyola. Esto, sin prejuicio religioso alguno. Cierra el libro un epílogo acerca de las últimas fundaciones, o sea los más modernos actos de esa «conquista» que no ha terminado, ya que hay mucho por hacer en pro de la civilización.

En todo el libro resalta una figura central: la de don Nufrio de Chaves, el audaz extremeño. De hidalga familia, de un valor temerario, unía a su gran talento para saber conducir hombres y dominarlos, un raro espíritu de previsión y agudeza política que hubiera hecho de él, en otras circunstancias y en otro medio, un gran hombre de Estado.

El autor, don Enrique Finot, actual Embajador de Bolivia en México, es un conocido estilista y la obra que hoy comentamos está a la altura de su fama. En su advertencia preliminar, anuncia que el libro está escrito con amor, ya que se trata de su tierra natal; pero no obstante esta declaración, se resiente de un poco de sequedad, cuando dada la prosa brillante del autor, y el tema que afronta se esperaba, no un arranque lírico, que estaría fuera de lugar, sino aquella amenidad sazonadora de la relación histórica, que la hace amable sin que pierda ni un ápice de su veracidad ni de lo grave de su cometido. Maestros en este difícil arte fueron Hipólito Taine y Ernesto Renan, y el propio Groussac sobre el mismo tema que hoy ahonda Finot, nos ha dejado páginas maravillosas.

Esta pequeña observación acerca de Finot no es fundamental, ya que no es pecado de capacidad, sino prejuicio sobre el tema mismo. Finot, está haciendo precisamente la historia de Santa Cruz, y al llegar a la épica histórica de su tierra natal, se nota un temor de que si le da el colorido que fuera necesario y que exige el tema y el momento, se le tache de exagerado; teme propasarse en lirismo, emotividad, y entonces se advierte que realiza un esfuerzo supremo de dominio sobre sí, para seguir impasible desarrollando el tema; pero el esfuerzo es tan violento para dominar su impulso cariñoso por Santa Cruz, que peca de un poco de sequedad, como decía antes.

FINOT, Enrique. *Nueva historia de Bolivia. Ensayo de interpretación sociológica*, Buenos Aires, Ediciones de la Fundación Universitaria Patiño, Imp. López, 1946; 386 p. (55).

La Fundación Universitaria Patiño, presta positivos servicios a la cultura nacional, no sólo con sus becas a estudiantes, sino con la publicación de obras de valer. Actualmente y reconociendo ese origen, circula un macizo volumen de casi cuatrocientas páginas, pulcramente editadas por la imprenta López de Buenos Aires.

Su autor, don Enrique Finot, es de sobra conocido dentro y fuera de nuestras fronteras; pedagogo, periodista, diplomático y novelista, su obra intelectual abarca diversas fases, cual lo demuestra la lista de 17 publicaciones que tiene hechas, amén de cuatro traducciones al inglés. No hay que olvidar que Finot, actualmente Embajador nuestro en el Brasil, es también

55. *La Razón*, 1947, feb. 23.

La publicación de *La Razón* no está suscrita por HVM. Una nota manuscrita de nuestro autor en un original mecanografiado, indica que él es el autor (G.O.).

Hay la segunda edición, La Paz, Ed. Gisbert, 1954. Tercera edición, Ed. Gisbert, 1964.

Quinta edición, La Paz, Ed. Gisbert, 1976, con una *Historia contemporánea de Bolivia 1930-1976* por Mariano Baptista Gumucio (G.O.).

Presidente de la Academia Boliviana de la Historia, siendo éste el género al que parece haber orientado definitivamente sus inclinaciones y actividades intelectuales.

Una ligera revisión del libro, desde ya nos informa que se trata de algo completo, pues abarca, desde la fisonomía del país, las razas que lo pueblan y los tiempos protohistóricos, hasta la guerra del Chaco o sea hasta 1932. Ninguna historia habíase atrevido a hacer esta síntesis, así tan precisa, ya que los conocidos manuales de don José María Camacho o José Macedonio Urquidi, no alcanzan los hechos contemporáneos, y la *Histoira General* de Arguedas empieza sólo en 1809.

Por primera vez, pues, Bolivia tiene un manual de su propia historia, completo, desde los tiempos más remotos, hasta nuestros días. Pero no es este, ni mucho menos el principal mérito del libro.

Casi podríamos decir que no teníamos «historia», ya que las que con ese nombre se conocían, no merecen el nombre de tales. La de Arguedas, sólo trata de la emancipación para acá, y nos deja sin conocer toda la profunda raigambre de la prehistoria, la conquista, la colonia, antecedentes lógicos que explicarían muchas de las cosas que Arguedas juzga, quizá por eso mismo, erróneamente.

Esta obra de Finot, es una verdadera explicación de todo el proceso boliviano, mostrando que no somos una entidad tambaleante y aislada en el espacio, como algunos textos hacen creer, sino una nacionalidad perfectamente fijada por la raza en un medio geográfico preciso y determinada; que ella aún no ha llegado a su madurez, muy cierto, pero se está fisonomizando desde siglos antes de la conquista hispana.

Ya la obra de Arguedas significó una novedad, pues no se dedicó, como todos, a relatar las batallas y asaltos al poder, sino que dio amplio margen a las demás actividades nacionales. Este aspecto, que ya significaba de suyo un mejoramiento, va mucho más lejos en Finot, quien apenas si menciona los combates, dedicándose por completo al proceso mismo de los hechos, al desenvolvimiento del país, en un todo armónico, sin exclusivismo de aspectos ni de actividades.

Que la obra que comentamos ha sido preparada cuidadosamente y es fruto de maduro estudio y reflexión, lo prueba lo bien ordenado de la distribución de su material y de la amplitud que ha dado a cada tema, que no es otra que la que merece cada uno dentro del programa propuesto.

Repetimos que es fruto de madura reflexión, pues ello se nota en la serenidad del juicio y en el esfuerzo que se advierte por mantener la más absoluta imparcialidad dentro de las simpatías o desafectos –sentimientos muy humanos por cierto–, que los hechos de nuestro pasado despertaran en el ánimo de Finot. En ningún momento se ve estrechez de miras y antes al contrario, la apreciación es siempre amplia y dentro del marco de los límites del trabajo: desde los orígenes hasta nuestros días.

Es así, que no juzga si un gobierno fue bueno o malo en sí, de acuerdo al criterio de los coetáneos, sino si sus actos correspondieron o no al proceso de la nacionalidad, o a su destino histórico o los fines de largo alcance. De allí que muchos figurones a los cuales endiosa la posteridad, no le merezcan a Finot ese mismo fervor. Hay mucha independencia de criterio en todo el contenido de su libro, y se conoce que previamente, antes de escribirlo, arrojó por la borda todos los prejuicios y lugares comunes de las «historias» oficiales. Esta que Finot hoy ofrece al público, es suya; se podrá estar o no de acuerdo con sus conclusiones, pero no

ENRIQUE FINOT

De las Academias Nacionales de la Historia de La Paz, de Caracas y de Buenos Aires.

Historia de la Conquista del Oriente Boliviano

(PROLOGO DE ROBERTO LEVILLIER)



CASA EDITORA, LIBRERÍA "CERVANTES"
JULIO SUÁREZ
LAVALLE [illegible] -- BUENOS AIRES
[illegible]

141 180 x 110; XXIII + 401 p. Hay varias ediciones.

ENRIQUE FINOT

NUEVA
HISTORIA DE BOLIVIA

ENSAYO DE INTERPRETACIÓN SOCIOLÓGICA

EDICIONES DE LA
FUNDACION UNIVERSITARIA PATIÑO
IMPRENTA LOPEZ
BUENOS AIRES
1946

142 180 x 105; 382 p.

ENRIQUE FINOT

TIERRA
ADENTRO

NOVELA



EDITORIAL AYACUCHO
BUENOS AIRES

143 1946; 170 x 105; 219 p.

se podrá negar que en sus páginas hay mucho patriotismo, mucho talento, mucho estudio y mucha entereza para ir contra corrientes poderosas, pero falsamente basadas. Para ello, el autor da sus razones, y que por cierto son muy atendibles. Siempre procede fundamentado en pruebas y con muy buena lógica.

El autor, modestamente, en el prólogo o advertencia del libro, dice tratarse de un «ensayo» apenas, pero podríamos agregar que es un ensayo perfectamente acabado. La arquitectura es completamente eurítmica; el contenido denso y completo, pero ágilmente expuesto por una prosa elegante y castiza. Aunque escasean las citas de pie de página y las referencias, se nota que detrás de cada línea hay una sólida bibliografía consultada, cotejada, discriminada y digerida. Esas labores previas que con nombres griegos traen los manuales de introducción a la historia, se ve que han sido realizadas por Finot en forma precisa y prolija.

Se discute mucho acerca de si la historia es sociología o viceversa; en todo caso, la historia es fuente de materiales e informaciones para la ciencia social. En este libro, Enrique Finot ha ejecutado doble trabajo; ha acumulado los hechos, los ha presentado y juzgado y puesto de relieve, al par que les ha dado su interpretación sociológica, puesto que aparecen concatenados, valorizados y siempre en función del medio. De allí arranca juicios, conclusiones, apreciaciones, que a manera de corolarios, no son sino leyes sociológicas que rigen nuestro desenvolvimiento en el tiempo y en el espacio.

Algo más; la historia de Finot no es ni patriotera, ni trágica; ni endiosa a nadie con la hipérbole de la alabanza, ni denigra a nadie tampoco con el anatema de la ignominia. No se [illegible], como Arguedas, ante nuestro caudillismo militar, sino lo muestra tal cual es, en toda su crudeza, pero sin aspavientos ni maldiciones, como fruto legítimo de nuestros vicios y [illegible]. Los hechos para Finot, son naturales, el uno consecuencia del otro, y no ve motivo para [illegible], precisamente porque sabe que todo eso es pasajero y que por el mismo proceso sociológico que estudia, debe desaparecer y mejorar y que tampoco esas lacras son exclusivas de Bolivia. Enrique Finot es un realista de la historia y no un ditirámbico, como tampoco un pesimista.

Al contrario; en todas las páginas de la historia que comentamos, se siente fuerte, constante, permanente, el sano optimismo del autor; su fe, grande sincera, honda, en nuestros destinos como pueblo y como nación. Ese optimismo es como una quintaesencia que fluye, que se exprime, de todo el libro y que constituye algo así como su musa inspiradora; y no es un optimismo hueco, ramplón, fatuo, de insulso y vocinglero patrioterismo, sino sólido, profundo, que fundado en hechos, arranca de las raíces mismas de la raza y de la historia y está muy lejos del verbalismo a que nos han acostumbrado.

En Bolivia, tierra de extremismos, donde se va del uno al otro, desde considerar nuestra patria como la mejor y la más perfecta del mundo, hasta negar su existencia misma y considerarla llamada a desaparecer, un optimismo sano, equilibrado, equitativo, como el que trasciende de la obra de Finot, es una gran conquista, y ojalá sea la iniciación de toda una escuela en ese sentido y que al revisar todos nuestros valores, nos dé, a nosotros mismos, una idea cierta de lo que fuimos, para así poder pensar y esperar en lo que podemos ser.

En una palabra, consideramos esta obra histórica de Enrique Finot como el libro más importante para Bolivia de los últimos tiempos y todo un acontecimiento bibliográfico.

FLORES MONCAYO, José. *Legislación Boliviana del Indio. Recopilación 1825-1953*, La Paz, Ed. Fénix, 1953; 518 p. (56).

El autor del presente trabajo, señor José Flores Moncayo, ha sido Juez de Instrucción de la ciudad de La Paz y Jefe de la Oficina Jurídica de Defensa Gratuita a los Indígenas; por tal razón llegó a acumular una gran experiencia personal en el ramo, experiencia que lo llevó a comprender la gran utilidad que significaría para todos y cada uno de los estudiosos de Bolivia, y aún del extranjero, el conocimiento del cuerpo de leyes total que la República ha dictado desde 1825, hasta el presente, con referencia a la parte mayoritaria de su población, cual es la clase llamada indígena.

A través de más de quinientas páginas de apretado contenido, vemos desfilar todas las tentativas que se han hecho, para mejorar la condición de esa clase, digna de mejor suerte, así como las reacciones motivadas quizá más por la inercia del propio indio, que por la presión de una clase feudal que con características propias se formó en la Colonia, pasó indemne por la guerra emancipadora de los quince años, y se enseñoreó de la República perpetuándose hasta hoy.

El problema del indio en Bolivia, en la región altiplánica, está íntimamente unido al problema de la tierra; el uno y el otro se complementan y, por consiguiente deben tener soluciones homologadas. En cambio, en el Oriente Boliviano, la índole del indio y las enormes extensiones de tierra, hacen que el problema allí no tenga, ni mucho menos, las dificultades que en la región andina. Todo esto está muy claro en la publicación del señor Flores Moncayo.

La creación relativamente nueva del Ministerio de Asuntos Campesinos en Bolivia, ha facilitado la edición de este trabajo que es desde todo punto de vista muy valioso y que merece el aplauso unánime.

FRANCOVICH, Guillermo. *El pensamiento universitario de Charcas y otros ensayos*, Sucre, Universidad de S. Francisco Xavier, 1948; 297 p. (57).

El presente libro constituye el volumen primero de la serie *Ensayos* que publica la Universidad Mayor Real y Pontificia de S. Francisco Xavier de Sucre. En este tomo el Rector de esa alta casa de docencia, don Guillermo Francovich ha reunido varios estudios publicados en diversos órganos periodísticos, y por su propia índole, tal cual lo advierte en una nota preliminar, es también una continuación de su libro de 1945 titulado *La filosofía en Bolivia*.

La gran cultura intelectual y hondo pensamiento filosófico y crítico de Francovich se manifiesta una vez más a lo largo de las páginas de este libro. La esencia misma del pensamiento universitario en sus diversas y sutiles facetas está muy bien estudiado a pesar de la falta de material documental, ya que en la época de Belzu el militarismo bárbaro e ignorante destruyó parte de los archivos más valiosos de la vieja capital de Charcas.

Y así, al embrujo de esa evocación van desfilando diversos personajes tanto de La Plata o Sucre, como del resto de Bolivia que hicieron algo por su saber y su cultura. Allí está Francisco Gutiérrez de Escobar, nacido en Chucuito, autor del famoso «Cuadernillo» que

56. *Revista Interamericana de Bibliografía*, Washington, D.C., 1953, Vol. III, Nº 1; 50.

57. *La Razón*, 1950, abr. 30, Segunda sección.

servía de manual para estudios y práctica aplicación del derecho procesal en las postrimerías de la colonia y que adentrado ya el siglo y adaptado a los regímenes republicanos sirvió no solo en Bolivia sino en Ecuador, Perú, Chile y Argentina.

Tenemos a fray Gaspar de Villarroel, el quiteño Arzobispo de La Plata y autor del notable libro *Gobierno Eclesiástico- Pacífico y unión de los dos cuchillos Pontificio y Regio...*, más comunmente conocido entre bibliográfos y gente del gremio por el título abreviado de «Los dos cuchillos».

Analiza el famoso *Diálogo entre Atahuallpa y Fernando VII en los Campos Elíseos*, muy poco conocido y cuya redacción se atribuye fundadamente a Bernardo Monteagudo (58). En uno de los cuerpos del proceso seguido a los revolucionarios del 16 de julio de 1809 en La Paz y que se halla en el Archivo de la Academia Nacional de la Historia de Madrid, se encuentra uno de los ejemplares manuscritos de ese «Diálogo» enviado de La Plata a La Paz, con el sobre respectivo rotulado a Juan Basilio Catacora.

Manuel Rodríguez de Quiroga, doctor de la Universidad de San Francisco Xavier y charquino él mismo, que tanto relieve tuvo en la revolución de Quito en agosto de 1809, merece una especial atención.

Jaime de Zudáñez, cuyo nombre es inseparable de la iniciación de la guerra emancipadora con la insurrección de La Plata el 25 de mayo de 1809, para después tener relieve continental actuando en Chile, Río de la Plata y Uruguay tiene referencias de Francovich, lo mismo que Mariano Alejo Alvarez, a quien René-Moreno dedicó un estudio especial sobre su pensamiento jurídico y político (59).

El P. Juan José María del Patrocinio Matraya, figura muy poco conocida, es presentada por Francovich como un crítico de Rousseau.

Siguen notas sobre «el maquiavelismo de la revolución de la independencia americana», en las cuales aparecen dos figuras cumbres de la intelectualidad de la revolución, cuales son Mariano Moreno y Pedro Vicente Cañete, militando en bandos opuestos. Otras notas sobre Casimiro Corral, político, periodista y abogado de fama, de conducta discutible, pero de talento y habilidad indiscutida que bordeó los aledaños del solio presidencial sin alcanzarlo; aquí aparece como «discipulo de Lammennais», cual se demuestra en su pequeño breviario que tituló *La doctrina del Pueblo* y que se editó en La Paz y Lima reiteradamente.

Figuran también Manuel José Cortés, poeta, filósofo y político, compartiendo sitio en estas páginas con Benjamín Fernández, el «Comte boliviano» y dos profesores actuales de la Universidad de S. Francisco Xavier, Carlos Gerke y Rafael García Rosquellas.

Hay un capítulo dedicado a sostener que la famosa proclama de la Junta Tuitiva de La Paz, en 1809, declarando abiertamente la rebelión contra el dominio peninsular, fue escrita en La Plata, llamada también Chuquisaca, por Bernardo Monteagudo. La argumentación es

---

Notas de (G.O.).

58. Carlos Castañón Barrientos publicó el texto completo en *El «Diálogo» de Bernardo Monteagudo. Estudio literario seguido del texto de dicho Diálogo*, La Paz, Ed. Universo, 1974; 51 p.

Hay una copia de este documento en el Archivo Nacional de Bolivia, en Sucre.

59. El distinguido historiador chileno Ricardo Donoso, con sólida documentación, atribuye a Jaime de Zudañez la redaccióon de uno de los documentos más importantes de la independencia de Sud América. Véase «El Catecismo Político-Cristiano», *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago, Imp. Universitaria, 1943, N° 102; 12-119.

Esta importante obra se reeditó en La Paz, Talleres «Don Bosco», 1981; 172. Es una edición corregida y aumentada.

muy hábil y serena. El entrar en el detalle no es de este lugar. Por otro lado, quien esto escribe ya adelantó su juicio al respecto, confirmando la conocida tesis de que fue el cura José Antonio Medina el autor de este importante documento de los albores de nuestra emancipación política.



GUILLERMO FRANCOVICH

El pensamiento universitario de Charcas

y otros ensayos

1948
UNIVERSIDAD DE SAN FRANCISCO XAVIER
SUCRE - BOLIVIA

144 Guillermo Francovich.

145 154 x 93; 297 p. + índice.

A pesar de tratarse de un libro compuesto de diversos ensayos escritos en distintas épocas, no puede menos de admirarse la armoniosa arquitectura que resulta al reunirlos en un volumen. Hay coordinación de temas, unidad de pensamiento y solidez de documentación y material básico al par que elegante y sobrio estilo. La historia de las ideas en Bolivia, la más desatendida en medio de la escasa bibliografía histórica de nuestra tierra, recibe con este nuevo libro de Francovich un sólido aporte que alumbrará muchos puntos oscuros de nuestros anales y servirá de explicación para juzgar determinadas reacciones de nuestra alma colectiva.

FRONTAURA ARGANDOÑA, Manuel. *Linares, el Presidente Civil. Ensayo*, Cochabamba, Imp. Universitaria, 1948, XXII + 267 p. (60)

La Universidad San Simón de Cochabamba desde ha muchos años viene desenvolviendo una intensa labor cultural, y dentro de ella tiene gran margen la edición de numerosos trabajos de positivo valor para el conocimiento de nuestra realidad. Dentro de estas publicaciones acaba de aparecer este notable libro dedicado a estudiar uno de los presidentes más combatidos y más admirados que hemos tenido en la historia boliviana, y sobre el cual, con rara unanimidad,

60. *La Razón*, *s.l.*, 1948, nov. 14 con el título de «*Un libro sobre el dictador Linares*».

parece ya haberse dictado el fallo histórico que lo pone entre los más grandes que hayan ocupado el gobierno.

El dictador José María Linares es una figura subyugante para todo estudioso de nuestros anales; hombre de abolengo, de fortuna, de talento y de un carácter inquebrantable, supo ponerse tan por encima de los hombres de su tiempo que por sí solo dio color y calor a su época. Más sabido que todos sus congéneres los doctores y más enérgico y valiente que los militares que se creían los únicos dueños del poder, supo vencer a unos y otros, para a su vez caer vencido por unos y otros también, cuando su grave estado de salud ya no le permitía anticiparse a la traición, como que fue la traición y felonía más negra que registra la historia de Bolivia la que lo derribó del poder.



146 Foto de Frontaura (1906–1985).

MANUEL FRONTAURA ARGANDOÑA

Linares,

El Presidente Civil.

Ensayo.

IMPRENTA UNIVERSITARIA
COCHABAMBA – BOLIVIA
— 1948 —

147 165 x 105; XXIII + 229 p.

Analizar a este hombre; a esta figura severa de nuestra agitada vida institucional está dedicado el presente libro de Manuel Frontaura Argandoña, que en 267 páginas acaba de editarse en Cochabamba. Frontaura no es un improvisado en las letras y, al contrario, es figura conocida de antiguo en la faena dura de la prensa diaria, como en algunas producciones aisladas, pocas, pero buenas, que han alcanzado la forma definitiva y perdurable del libro. Después de una pieza dramática de ha más de una veintena de años, cuenta en su haber con una novela histórica que teniendo por personaje principal a don José Alonso de Ibañez, esta enmarcada en el escenario de Potosí, su ciudad nativa.

Prosiguiendo y hasta mejorando la ruta emprendida en *El Precursor*, por los caminos de la historia, hoy aparece esta monografía acerca de Linares. Los objetivos los enuncia él mismo en un prólogo que intitula «Explicación». Escribe: «El propósito de este ensayo es tan modesto como su contenido. Nada que pretenda ser nuevo, fundamental ni sentencioso encontrará en él quien se tome el trabajo de leer sus páginas. No es en rigor científico un texto de historia, sino, como el nombre lo indica, y la intención lo desarrolla, un ensayo de interpretación de

una de las vidas ejemplares que ha tenido el hemisferio occidental; un hombre del que Bolivia puede, así lo creo, enorgullercerse sin reticencia».

A continuación se extiende, y como un motivo también, en demostrar lo falso que es el concepto peyorativo de nuestra historia y la necesidad de reaccionar contra él, colocando a nuestros hombres en la verdad histórica que les corresponde y a que tienen derecho en justicia. Quizá por esta misma idea, al finalizar su prólogo dice: «Dado el propósito casi didáctico de este ensayo, se enumera la bibliografía que le sirve de fuente de información, y en ello el autor ha cuidado con esmero de hacer citas sólo de plumas imparciales y autorizadas, evitando reproducir opiniones de dudosa ecuanimidad como los diarios de consigna, que en este caso sólo sirven para formar un concepto sobre la mentalidad de la época y sus hombres».

No parece muy acertada la determinación. Si para escribir un trabajo histórico es necesario consultar el máximun de bibliografía y documentación sobre el tema a tratarse, también es preciso enumerarla, sea como indicación de las fuentes, cosa de honestidad en todo historiador, o sea como enunciado para que otros puedan profundizar determinado asunto, encontrando allí las referencias necesarias. En un país como el nuestro que cuenta con pocas bibliotecas y archivos bien organizados, estos datos son verdaderamente inapreciables y los estudios los aquilatamos y agradecemos en todo lo que valen.

Además, esa desconfianza de Frontaura respecto de las opiniones parciales e interesadas, no se justifica científicamente. El método y la técnica nos enseñan que todo documento o fuente primigenia es parcial e interesada y sin embargo de allí se obtiene la verdad, por lo que dice, por lo que deja entrever, por lo que disimula, e incluso por lo que no dice. De los insultos de la prensa diaria puede sacarse toda la puridad de un hombre de estado y de las alabanzas de los periódicos oficiales, desprenderse la maldad de un régimen. Y si no ¿cómo podría escribirse la historia de Belzu y Melgarejo, cuando las fuentes son todas parciales, favorables o adversas? Y sin embargo, la verdad es muy distinta de uno y otro aspecto.

Frontaura cita *Matanzas de Yáñez* de René-Moreno y precisamente ese libro es una verdadera enseñanza en el género, pues a base de lo que él llama «Anales de la prensa boliviana», desentraña la verdad de los sucesos y la logra sacar impoluta y ligera, libre de intereses de partido. Así debió proceder Frontaura y no dejar un enorme vacío en su lista bibliográfica, vacío que salta a primera vista cuando uno extraña allí los folletos de Eduardo Subieta, sea en su edición suelta, o incluidos en el volumen de *Documentos para la historia* que en 1908 editó la Sociedad Linares en Potosí; los versos anónimos de *Despierta Bolivia* atribuidos a José Simeón de Oteyza y que con ser malos desde el punto de vista de la métrica y de la estética, son peores que la diatriba que contienen contra el dictador; *El pasquín de Linares*, que según René-Moreno se debe a la inspiración directa y personal del Presidente peruano Castilla. En *Biblioteca peruana* de René-Moreno, hubiera hallado la referencia de que el *Manifiesto* de Córdova desde su destierro de Arequipa, fue redactado por don Emeterio Villamil de Rada, sin perjuicio del folleto propio que cita Frontaura.

Con toda la elegante arquitectura del libro, preciso es anotar algunos detalles que no armonizan con su estructura. Entre otras cosas puede citarse el que Pedro Vicente Cañete no fue un solterón como lo hace aparecer Frontaura en la página 4. Fue casado y dejó familia; en 1824, años después de muerto el célebre paraguayo, su viuda cobraba aún una pensión que le asignó provisoriamente el gobierno realista; y su garante en este caso con la finca de Conapaya, era nada menos que la madre de Linares, la Condesa de Casa Real de Moneda, quien firma así con todo su título. En la página 32 afirma que Belzu se dejó quitar el poder con Velasco cuando de consuno derrocaron a Ballivián y Guilarte en diciembre de 1847. No

hubo tal; Belzu no era hombre para dejarse quitar la presidencia así por así, y menos con Velasco, si tal cosa hubiera pretendido. Por ese entonces el «Mahoma bolivianao», aún no se creía maduro para gobernar y lealmente hizo la revolución en La Paz por Velasco, sin hacer caso a quienes proclamaban su nombre.

La célebre tentación de Olañeta a Belzu, aquella del golpecito en la espalda y «Coronel, ¿cuándo da U. un día de gloria a la patria?», sucedió bajo el gobierno del vencedor de Ingavi, y así lo relata su biógrafo José María Santiváñez (*Vida del general José Ballivián*, Nueva York, 1891; 247). En la página 46, dice Frontaura que a La Paz, Belzu, «en virtud de un decreto que data del inicio de su gobierno, le ha dado el título de capital por el mero hecho de residir en ella el jefe del Ejecutivo». La verdad es la siguiente: el decreto de 14 de diciembre de 1848 dispuso en su artículo único: «El punto en que se encuentre el gobierno durante su marcha, será la Capital de la República», y Alcides Arguedas comentando tal disposición repite lo que entonces se dijo, que Belzu había puesto «la capitalía de la Nación en la grupa de su caballo» (*La plebe en acción*, Barcelona, 1924; 56).

En cuanto al drama o tragedia mejor dicho, de celos entre Belzu y Ballivián, como causa del hondo resentimiento del caudillo de las masas populares, dice Frontaura: «Ballivián le ha quitado a su mujer, la literata Gorriti, y lo ha hecho abusiva y ostentosamente». Tal afirmación no está de acuerdo con la verdad. Los amores doblemente adúlteros de Ballivián con doña Juana Manuela Gorriti no fueron ostentosos como lo afirma Frontaura; ellos se conocieron por un descuido de Ballivián que dio margen a que dos cartas de la amada cayeran en poder de su esposa legítima doña Mercedes Coll, quien ofendida y airada las envió al propio Belzu, consiguiendo así que éste, ignorante hasta ese momento de la infidelidad de su esposa, la repudie para siempre.

Al señalar en la página 219 el deambular de Ruperto Fernández, eclipsada ya definitivamente su estrella política después de haber sido traidor a Linares y traidor a su compañero de infidencia el Presidente Achá, afirma Frontaura: «Por ahí aparece mucho después como Prefecto del Litoral, y otro gran amargado, pero inmenso, Gabriel René-Moreno, sucumbe todavía ante esa personalidad irresistible. Esta en su última hazaña, su canto de cisne, el postrer encantamiento y después de cumplida su misión, el hombre del destino, el autor de tantos males desaparece, se pierde en la sombra. Nadie sabe donde está su tumba». Vamos por partes.

Es cierto que René-Moreno dice que después de haber tratado en el extranjero a Ruperto Fernández, pudo convencerse cómo en desquite del aborrecimiento que se le tenía, haya contado con «amigos decididos y hasta admiradores»; que «era eso que se llama familiarmente un hombre vivísimo», y que después de despedirse de él, «ya el agrado y la simpatía lidiaban por abrirse paso en el corazón». Esto no es sino un reconocimiento hidalgo a las dotes naturales de simpatía que desplegaba Fernández y que son lógicas, ya que sin ellas no sería explicable su actuación en nuestra historia. Pero tampoco hay qué olvidar que René-Moreno con todo de reconocer tales cualidades, sabe juzgar al hombre y calificarlo como se debe, ya que en la página 336 de sus *Matanzas de Yáñez*, dice que Fernández en la comedia de la política boliviana no ha sido raro que «haya dirigido más de una vez la tramoya, la intriga o la catástrofe, imprimiendo a sus burlas contra la fe política una avilantez luciferina, reluciente y corruptora». Como se vé, no hubo tal «encantamiento». René-Moreno sintió la influencia de Fernández y hasta fue atraído por ella, pero su fuerte personalidad no se dejó vencer.

Por otra parte, hay algo más de por medio. René-Moreno era enemigo del gobierno de Linares y cada vez que puede lo deja traslucir con entera franqueza; van en ello motivos

personales, pues su padre en Santa Cruz de la Sierra sufrió persecusiones del régimen dictatorial. Pero como se ve, ni siquiera esto pudo inclinarlo completamente del lado de Fernández. Además, no es justo el calificativo de «amargado» por René-Moreno. Aunque tenía motivos sobrados para serlo, pasó por encima de ellos y más bien su obra y dedicación a Bolivia con posterioridad a esos motivos, demuestra plenamente que no lo era, que no lo fue nunca. Pero este es un tema ajeno.

En cuanto al fin de Ruperto Fernández, José Agustín Morales en *Los primeros cien años de la República de Bolivia* (La Paz, 1926, vol. II, 411), afirma que falleció en Tacna el 20 de febrero de 1877, y Alcibiádes Guzmán en *Los Colorados de Bolivia*, dice que murió en Valparaíso privado del habla (p. 184). Interesante sería el averiguar la verdad entre estos dos datos.

El señor Frontaura enfoca casi con exclusividad al político que hay en Linares y de allí que otras actuaciones suyas que salen fuera de ese marco de político gobernante, o no las menciona o lo hace muy de ligero, como si tuviera prisa, mucha prisa por tratar del mandatario y nada más que del mandatario; así apenas se detiene en su labor parlamentaria y ministerial en la época del penúltimo gobierno de Velasco en 1839 y 1840, y a la misión que desempeñó en España durante el régimen Ballivián, apenas le dedica un acápite. Si bien con esto hace resaltar más la figura del dictador, en cambio le quita relieve de fondo a su figura admirable.

Comparándolo con Santa Cruz, Ballivián y Belzu que salidos del poder fueron o intentaron ir al Viejo Mundo, Frontaura dice que Linares da las espaldas a Europa para quedarse en América. El caso es distinto; aquellos gobernaron Bolivia sin haber conocido esos grandes y cultos países y Linares al revés, subió al poder después de haber viajado y estudiado las instituciones europeas. De allí que no haya sentido esa nostalgia de los otros, y se haya quedado aquí en América en cuerpo y en pensamiento.

El fusilamiento del fraile Pórcel, aunque explicado y hasta justificado por Frontaura, se nota que es pasado como sobre ascuas; hubiera sido interesante para tener una idea del ambiente que sucedió a tal hecho la lectura de la *Carta Pastoral.* del obispo Fernández de Córdova que intervino en la degradación, y las intrigas emergentes, a tanto que dieron origen a una sextilla anónima que circuló clandestinamente en ese entonces:

Vengativo Dictador,
Fraile y proceso verbal,
Chismografía clerical,
Y obispo degradador,
Bailan con cera y tambor
La farsa de un carnaval.

En cuanto a los últimos días del dictador, Frontaura se concreta a transcribir íntegra la célebre carta de don Mariano Baptista a don Tomás Frías relatando sus últimos momentos y su muerte acaecida en Valparíso el 6 de octubre de 1861. Hubiera sido interesante que Frontaura analizara con detención la referencia acerca de la miseria en que se hallaba el dictador y sus verdaderas causas o si era sólo momentáneo, compulsando para esto la defensa que con el título de *Esposición* publicó al mes de la muerte del férreo gobernante su hermano Mariano Linares.

Hay un aspecto en que parece fallar la imparcialidad del autor, y es en el de la interpretación económica, la misma que se nota desde las primeras páginas; en el prólogo afirma: «El agro

en los primeros cuarenta años de vida independiente, fue casi tomado a saco por los más hábiles, previsores y diestros del siglo, que se lanzaron con voracidad sobre los despojos de España, los españoles y los indios, etc». Esto no es cierto; la emancipación no significó reparto alguno de despojos, ya que no expropió bienes de ninguna clase a realistas criollos ni peninsulares; todo lo contrario, si algún cuidado tuvieron los libertadores fue el respetar la propiedad aunque haya sido enemiga, e incluso reconocieron la deuda española, al revés de otros países recién independizados.

A la proclamación de la República no hubo confiscación de tierras ni cosa que se le parezca en el agro boliviano; lo único que se repartieron los doctores y los militares fueron los empleos y los honores. Ese reparto de que habla Frontaura se hizo precisamente después de los primeros cuarenta años de nuestra vida libre, cuando Melgarejo desposeyó a los indios y vendió sus tierras a vil precio entre sus favoritos, madida que no pudo corregirse del todo a la caída del tirano.

Además. Frontaura atribuye a Linares ideas revolucionarias en materia económica y se esfuerza en probarlo con la repetición y extensos comentarios sobre lo que legisló en favor de la clase indígena, llegando incluso a decir que fue el primero en preocuparse de ella, olvidando lo hecho por anteriores presidentes, comenzando por Bolívar, quien al pisar territorio altoperuano, en La Paz el 29 de agosto de 1825 ordenó se cumpla en el territorio de la República el decreto dictado en el Cuzco el 4 de julio de ese año, el cual prohibía exigir servicios personales a los indios sin previo contrato libre por el precio de su trabajo; el que las autoridades [illegible] contra su voluntad en obras públicas, a las mismas que deben concurrir todos los ciudadanos; el no gravarles con bagajes, y el pagarles sus salarios en dinero contante y sonante, etc. Fuera de esto, en Chuquisaca ya, el 22 de diciembre abolió la contribución indigenal, porque, como decía Manuel María Urcullu, el Libertador «estaba fuertemente persuadido de que era el [illegible] y la injusticia mayor conservar en esa especie de vasallaje a los originarios dueños de este suelo, que acababan de hacer tantos y tan costosos sacrificios por la causa de la libertad. El gobierno de Buenos Aires los había librado de esa carga, y lo que era más todavía las cortes de Cadiz declarando a los Americanos y Españoles iguales en derechos, declararon tambien con fecha 13 de marzo de 1811, exentos de tributo a los Indios y demás castas de las provincias de América» (*Apuntes para la historia de la revolución, del Alto Perú, hoy Bolivia, por unos patriotas,* Sucre. 1855) atribuido a Manuel María Urcullu.

La protección de Linares al indio no era revolucionaria en el espíritu del dictador, sino el resultado lógico de su férreo concepto del bien y de la ley; si todos eran iguales en esta República, nadie podía abusar impunemente de quienes injusta e ilegalmente seguían siendo tratados como esclavos y había que castigar severamente a los que tal hicieren. Linares fue siempre un conservador, pero no toleró jamás que una clase o una casta gobernase el país en nombre de sus propios intereses; gobernó él, personalmente rodeado de elementos intelectuales, y no la oligarquía de siempre. De allí que esta casta se haya sentido profundamente resentida contra quien salido de su seno, aristócrata y de fortuna, no le permitía gobernar a su amaño y hubiera considerado esa actitud como una especie de traición a los intereses de clan, casta o clase. Llegado el momento, no vacilaron sus componentes en asociarse con el ejército que resentido se hallaba por haberle quitado sus granjerías, y con un grupo de doctores, resentidos también por no habérseles permitido seguir mangoneando, y todos de consuno respaldaron la traición de los triunviros del 14 de enero de 1861.

Compartimos enteramente con el autor su opinión sobre las verdaderas causas de la caída del dictador, pero habría sido interesante el que Frontaura analizara y verificara lo que hubiese

podido haber de cierto en una rara afirmación de don Agustín Iturricha, rara por ser aislada y más que aislada, única. Dice así: «Lo que aconteció en 14 de enero de 1861 con el dictador José María Linares, a quien derribó del poder absoluto no la intriga ni la ingratitud de Ruperto Fernández, se debe al enojo de la logia política que fundara el mismo Linares, a causa de haberse levantado el omnipotente gobernante contra las inspiraciones de la Orden, o desoído los consejos de los hermanos».

«Cuando el eminente tribuno don Mariano Baptista amontonaba todas sus iras sobre Fernández, cargándole con todas las ignominias de la traición; cuando le dedicaba en su folleto *El catorce de enero en Bolivia*, las más injuriosas frases; no era sino la ira que desbordaba en el corazón del amigo del dictador, o el sentimiento de noble protesta contra la vileza cometida por quien parecía obligado a guardar miramientos a su bienhechor; pero no estaba en la verdad de los hechos, o como diríamos en el lenguaje de la ciencia, Baptista no conocía la psicología del suceso. La caída del dictador estuvo decretada en las sesiones de la logia número tantos, logia política creada por el mismo Linares para servirse de ella como escabel; y que obró energúmena en el momento en que su jefe quiso disociar la corporación secreta, cuando se negó a dar cuentas de sus desvíos y de sus infidelidades: entonces explosionó la cólera comprimida; las válvulas de la venganza se abrieron desmesuradas. El ministro revolucionario no habló en nombre propio; se constituyó apenas en instrumento de la Orden. Este relato que lo escuché de los labios del Coronel Federico Tardío, miembro de esa logia, lo trasmito a quienes se interesen por escribir la biografía de Linares» (*Historia de Bolivia bajo la administración del Mariscal Andrés Santa Cruz*, Sucre, 1920; 775).

No obstante la solvencia de Iturricha, no nos parece muy verosímil la existencia de esa logia tan en contra del espíritu y carácter del dictador, y precisamente una logia en la cual no estuvieren incluidos Frías, Evaristo Valle, Baptista, Adolfo Ballivián, etc. es decir sus inmediatos colaboradores y sus amigos más fieles. Con todo, el dato es muy interesante y ojalá pudiera ser estudiado y verificado exhaustivamente.

El ensayo de Frontaura gira íntegra y exclusivamente alrededor de Linares y todo lo que del medio aparece es en función del dictador y nada más; si bien es cierto que Frontaura es acertadísimo en la mayoría de sus juicios y apreciaciones, le falta algo de perspectiva histórica, que hubiese obtenido facilmente dando un poco más de sitio al pueblo y no encastillarse en la persona única y absoluta de Linares, a tanto que sus colaboradores, figuras todas de primer orden, desaparecen en la penumbra. Y conste que el autor lo habría conseguido, ya que del texto mismo demuestra que le sobran talentos y arrestos para poderlo haber hecho en esa forma.

Este enfoque unilateral de la persona de Linares priva incluso de conocer el ambiente general del país, tanto en la residencia del gobierno, como en el interior de la República; y este aspecto e importancia de lo que es y hace la provincia es sumamente interesante. Ya Hipólito Taine lo tuvo muy en cuenta al escribir *Los orígenes de la Francia contemporanea*, y en nuestros días vuelve a ella Gerard Walter en su *Historia de Terror*. Por lo que toca a nosotros en la época de Linares, el folleto de Nicomedes Antelo *Un nuevo tigrón y con fraque*, (Salta, 1860), el de Sócrates G. Torrico: *Par pari refertur* (Cochabamba, 1859), *Mis persecusiones políticas* de Manuel Bustillo (La Paz, 1867), etc., nos hubieran ilustrado bastante al respecto.

Como juicio general podría decirse que el libro de Frontaura Argandoña está escrito con calor y con pasión, no en favor de una tesis preconcebida, sino de verdad y de justicia histórica. Aunque no haya ninguna novelación, se advierte de lejos la influencia de Stefan Zweig en la forma y modo de encarar las diversas facetas del personaje. Hay agilidad y elegancia en el

estilo y sólida comprensión del tema que se domina en sus líneas generales, aunque peque por ligeras faltas de detalle sin mayor importancia.

La figura moral de Linares en su perfil primigenio de la página XV, está muy bien, así como todo lo que se refiere a la política y a la acción secante y bárbara del militarismo abyecto y corrompido. Hay páginas que parecen evocaciones actuales, no obstante que retratan casos y cosas de un pasado casi centenario; hay fuerza y comprensión a la vez, al describir las características de nuestro caudillismo partidista, así como en el análisis de la empleomanía y de la oposición que le preceden. Son cuadros completos, de gran plasticidad y de un realismo crudo, al par que sereno, ya que no se escapa ninguna palabra violenta. Tan bien descritos están esos nuestros males, que son verdaderos tratados sociológicos y que acusan en su autor un profundo conocimiento de nuestra vida republicana y valiosas dotes de descriptiva psicológica.

En resumen, este ensayo de Frontaura Argandoña, al revés de los que pretenden hacer historia en nuestra tierra y en nuestro tiempo, es algo muy valioso y merecedor de todo elogio, tanto por la solidez de estudio que demuestra, cuando por la alta proyección del juicio, al par que por los elevados quilates de escritor que una vez más demuestra. Más que un intento, este libro es toda una realización (61).

La Paz, noviembre de 1948.

GARCIA RIVERA, *Ambrosio Saudades Tuyas,* Poesías, La Paz, 1949, 96 p. (62).

Se trata de los primeros frutos de un poeta joven que promete mucho. Los versos que ahora publica demuestran un auténtico sentimiento lírico y un dominio de la técnica muy avanzado para su temprana experiencia. En el «Viejo muro», se ve la estructura de las formas antiguas dentro de la limitación del soneto, así como en «Añoranza» adviértese el cultor de los nuevos moldes. Todo esto demuestra la facilidad con que García Rivera puede pasar de una a otra forma.

No excento de defectos de detalle, –como toda obra humana y más aún esta primicia juvenil–, hay valiosos versos. «Gitana de la suerte», tiene un hondo y encantador sabor a pámpanos dionisiacos, así como el cansancio de «Tengo ventiun años» no es otra cosa que un resabio romántico de la edad.

Apreciando en conjunto este libro, es una bella promesa que estamos seguros que muy pronto será una valiosa realidad. En García Rivera hay alma delicada y comprensiva y hay capacidad de expresión, altas cualidades que son esenciales en todo poeta.

GASCON SORIANO, Antonio y Olivan, Alejandro. *Nociones Elementales de Economía Industrial,* por Antonio Gascon Soriano y *Cartilla Agraria.* Por Alejandro Olivan, Santa Cruz, Imprenta del Estado 1865, 8°, 87 p. (63).

Nota de (G.O.).

61. Hay una segunda edición La Paz, Biblioteca del Sesquicentenario de la República. Otro libro: *Arana, Urioste Nicanor, Linares patricio cristiano. Notas y apuntes Rasgos y perfiles del Dictador,* Córdoba, Argentina, Ed. Cóndor, 1964; 344 p.

62. *La Razón,* 1949, nov. 6.

63. «Bibliografía Cruceña», *El Registrador,* Periódico, Santa Cruz, 1923, nov. 28, N° 2, p. 2, como simple anotación bibliográfica.

GONAZALES ARAMAYO, Antonio. *Escenas patéticas. Críticas político Sociales*. La Paz, Editorial Gisbert y Cía., 1948; 205 p. (64).

Este libro contiene, fuera del proemio, diez ensayos o capítulos sobre problemas nacionales. El tema o denominador común de todos ellos es la situación general del país, su malestar social, político y económico, y la necesidad de acción fuerte y decidida para renovar valores y desechando caudillejos y politiquerias, labrar en una obra común la regeneración de la Patria, para conducir a Bolivia a los altos destinos a que tiene derecho.

Son muy nobles y dignos de todo elogio los ideales que persigue el autor, pero no parece muy acertado en el procedimiento que cree se debe aplicar a nuestros males, ya que se decide por el gobierno de uno solo, un *führer* o un caudillo en términos claros, lo cual según el léxico del derecho político se llama monarquía. La estructuración o reorganización de un país, no es la obra aislada de un solo hombre, por más providencial que sea; es la resultante de la acción conjunta de toda la colectividad y en resumidas cuentas, es el pueblo el que la hace, consciente o inconscientemente.

El libro está escrito en correcto estilo que como el mismo autor dice es periodístico; lleva un tono de admonición que cuadra con el contenido. Con todo de ser muy discutibles varios de sus conceptos, honra a su autor por su valentía de exposicióon, por el profundo bolivianismo que se respira en sus páginas y por los altos ideales de regeneración y de progreso que alienta para nuestra tierra.

La Paz, noviembre de 1948.

GUTIERREZ, Alberto. *Hombres representativos*, La Paz, Ed. Renacimiento, 1926; 364 + tres p. (65).

El distinguido escritor don Alberto Gutiérrez, entrega hoy a la publicidad un nuevo libro. *Hombres representantivos* lo titula, porque las personalidades cuyo esbozo hace, «representan un país, una época o un orden determinado de sentimientos e ideas», según frase propia.

La larga carrera de hombre de letras del señor Gutiérrez, y su nombre por demás conocido en los anales intelectuales de los países de habla castellana, hacen innecesario el delinear sus anteriores labores en las cuales se conquistara el primer puesto entre los historiógrafos y escritores de Bolivia. Sus apuntaciones de historia, bien documentadas, así como la amenidad sin igual de su estilo castizo –cual ninguno de los actuales de esta tierra–, hacen por demás descollante su elevada personalidad.

El presente libro contiene cinco estudios relativos a René- Moreno, Luis Navarro, Lord Curzon, el General Mangin y las Memorias de König. En ellos, siguiendo el precedente sentado con *Hombres y cosas de ayer*, toma a las personalidades y alrededor de detalles de su vida o de su obra, deja fluir el ingenio con útiles y sabias reflexiones sobre diversos temas de capital interés para todos. Así por ejemplo, al hablar de Luis Navarro, anatematiza fuerte a los apóstatas de la nacionalidad, que por conveniencias económicas renuncian «a la que Dios les dio», como él dice. En los apuntes acerca de Lord Curzon se extiende sobre las costumbres

64. *La Razón*, 1949, ene. 9.
65. Inédito.

de la Corte de Inglaterra con una prolijidad que revela conocimiento amplio y concienzudo del carácter inglés, así como de las instituciones de ese pueblo.

ALBERTO GUTIERREZ

HOMBRES
REPRESENTATIVOS

LA PAZ - BOLIVIA
1926.

148 138 x 88; XIV + 313 + dos p.

Todo el libro en sí, es muy digno de la pluma que escribió *El Melgarejismo*, pero tiene un especial interés para nosotros la apuntación que se refiere a don Gabriel René-Moreno, la mas alta personalidad de las letras bolivianas. En dicho estudio, revela Gutiérrez amistad estrecha con el expatriado historiador, desde los años de su juventud en la culta Charcas. Habla de él con el cariño y veneración que merece el proscrito que nunca, ni en un sólo momento, dejó de pensar en su querido y lejano terruño.

Al respecto, tiene frases que son toda una consagración, si acaso Moreno no la tuviera ya, y con referencia a la actuación que le cupo en la Guerra del Pacífico y que motivara innobles e innumerables insultos que pusieron de relieve lo pobre y triste de nuestra moralidad, al no saber apreciar el verdadero patriotismo, don Alberto Gutiérrez comprueba con luz meridiana la inocencia de Moreno. Ya en ocasión anterior, en el primer tomo de su *Guerra de 1879*, le cupo el detallar extensamente este punto.

Analiza la triple personalidad del publicista: el crítico, el historiógrafo y el político, con amplia erudición de todo lo que salió de sus manos. Es justo, después de todo, el que don Alberto Gutiérrez se ocupe en la forma que lo hace de René-Moreno, siendo como es un espíritu curioso y enamorado del pasado histórico de su país, alta inteligencia bien cultivada, literato eximio y político a la usanza de los hombres del partido Rojo; tiene demasiados puntos de contacto con el ilustre hijo de Santa Cruz de la Sierra, para que no profese por él la triple simpatía que le inspira el hombre, el estudioso y el patriota.

En suma: don Alberto Gutiérrez pone en muy alto relieve esa gran figura –tan querida para nosotros–, en todos sus diversos aspectos, haciendo así justicia a aquél que aún en los tiempos que vivimos, encuentra todavía detractores.

El libro a cuyo margen hacemos esta pequeña apuntación es una buena contribución a la bibliografía boliviana de los últimos tiempos; revela la experiencia sabia del que no en vano ha ambulado por playas extranjeras estudiando la filosofía de la vida de cada pueblo, y la erudición del apasionado por la historia, que juzga lo presente con relación a los hechos del pasado, base ésta fundamental de toda interpretación de carácter general.

La Paz, noviembre de 1926

GUTIERREZ, José Rosendo. *Rasgos Biográficos del General Don José Ballivián*, La Paz, Ed. Artística, 1948; 158 p. (66).

La aparición de todo libro que tienda al mejor conocimiento de nuestro pasado o signifique un aporte, merece sincero elogio por más defectos que tenga y con cargo de que estos sean corregidos debidamente. Por ello, la edición del volumen: José Rosendo Gutiérrez. *Rasgos biográficos del General don José Ballivián*, por cuenta del Municipio de La Paz, hace a esta entidad merecedora de franco aplauso. En un prólogo que suscriben «Los Editores», anónimamente se explican los antecedentes de este libro, y que la obtención de los originales y su edición fueron hechas por el señor Humberto Frías en la época en que ocupó la Alcaldía Municipal en 1947. Allí también se lee lo siguiente:



149 Rosendo Gutiérrez.

JOSE ROSENDO GUTIERREZ

RASGOS BIOGRAFICOS

DEL GENERAL DON

JOSE BALLIVIAN

LA PAZ 1948 BOLIVIA

150 149 x 100; 158 p.

Se han conservado, por fortuna para Bolivia, con el título que encabeza estas líneas, unos apuntes seleccionados con prolijidad, acerca de la breve y admirable vida

66. *La Razón*, s.l., 1949, enero 30, con el título de «Una paternidad intelectual errónea».

del General José Ballivián. Esas notas que encierran, en realidad, una biografía del vencedor de Ingavi, las presentamos en este volumen, que viene a llenar uno de los numerosos vacíos de nuestra bibliografía nacional.

Esta sintética e importantísima narración histórica de la época heroica de la República, que esconde sus raíces en las luchas de la Independencia, a través de la Confederación, con el vidente Mariscal Santa Cruz, hasta coronarla en la épica jornada de Ingavi, cobra un relieve mayor, porque se debe a la vigorosa pluma del celebrado escritor boliviano don José Rosendo Gutiérrez.

Esos originales fueron conservados con afecto filial por la señora doña Hortensia Gutiérrez de Pinilla, hija del autor de este libro y esposa del eminente hombre público don Claudio Pinilla, que verá complacida, merced a la iniciativa patriótica del señor Frías, un anhelo escondido en el fondo de su corazón de hija y de boliviana.

Como estos apuntes y notas serían conducentes a la formación de una biografía completa, según el parecer del mismo señor Gutiérrez, se resienten algo de claridad y de conexión informativa, habría que esperar al estudioso que las ordenara. Las copias han sido hechas sin el esmero necesario y sin preocupación literaria. Hasta aquí los prologuistas.

Razón les sobra a los editores prologuistas para decir que estos originales «se resienten algo de claridad y de conexión informativa». Una lectura del libro nos convence de que se trata de un hacinamiento de materiales entre los cuales no se ha querido poner otro orden que el cronológico, y que para mayor dificultad del lector, carece de un índice que facilite su consulta, no obstante de que gran parte del material tiene titulares. Esto en cuanto a la impresión primera.

Analizando detenidamente sus páginas, se nota que no ha habido ningún trabajo de discriminación ni de estudio a objeto de asignar entre los elementos componentes, lo que corresponde a cada uno, y tan no ha habido ese trabajo, que el presente libro representa ni más ni menos, un caso concreto de paternidad intelectual errónea, al atribuirlo a José Rosendo Gutiérrez, cuando este señor, esforzado papelista y bibliófilo, no ha hecho sino guardar esos diversos papeles que corresponden a varias y diversas plumas y nada, absolutamente nada, a la suya propia.

Comienza el libro con una hoja de servicios y campañas de Ballivián que abarcan de p. 9 a 12, la misma que se encuentra en la biografía que escribió José María Santiváñez (Nueva York, 1891), y con datos más complejos según reconocen los editores. A esto siguen unos apuntes sobre las fechas de las tomas de razón de los grados de Ballivián, apuntes que se hallan firmados por José Rosendo Gutiérrez. Las 13 líneas que abarcan estos apuntes, las 3 de la nota marginal de p. 15 y las 14 de p. 45 y 46, en total 30 líneas, es lo único, pero absolutamente lo único que del señor Gutiérrez existe en todo el libro, y que dada su índole de meras notas sin mayor importancia, pueden darse por inexistentes.

Continúa el libro con unos *Rasgos biográficos de la vida del General Ballivián*, que van de p. 12 a 49, y que sin duda han servido para dar título a todo el volumen. Erróneamente —repítase una vez más—, ha sido atribuido a José R. Gutiérrez. El recopilador del libro que nos ocupa, ignora sin duda que tales rasgos biográficos no son inéditos; hace cerca de cuarenta años, en 1911, el Museo Mitre publicó en Buenos Aires en dos macizos volúmenes los *Papeles de don Domingo de Oro*; en el tomo II, de p. 153 a 184, se hallan estos rasgos biográficos y como si su redacción se debiera a Oro, precisamente.

del General José Ballivián. Esas notas que encierran, en realidad, una biografía del vencedor de Ingavi, las presentamos en este volumen, que viene a llenar uno de los numerosos vacíos de nuestra bibliografía nacional.

Esta sintética e importantísima narración histórica de la época heroica de la República, que esconde sus raíces en las luchas de la Independencia, a través de la Confederación, con el vidente Mariscal Santa Cruz, hasta coronarla en la épica jornada de Ingavi, cobra un relieve mayor, porque se debe a la vigorosa pluma del celebrado escritor boliviano don José Rosendo Gutiérrez.

Esos originales fueron conservados con afecto filial por la señora doña Hortensia Gutiérrez de Pinilla, hija del autor de este libro y esposa del eminente hombre público don Claudio Pinilla, que verá complacida, merced a la iniciativa patriótica del señor Frías, un anhelo escondido en el fondo de su corazón de hija y de boliviana.

Como estos apuntes y notas serían conducentes a la formación de una biografía completa, según el parecer del mismo señor Gutiérrez, se resienten algo de claridad y de conexión informativa, habría que esperar al estudioso que las ordenara. Las copias han sido hechas sin el esmero necesario y sin preocupación literaria. Hasta aquí los prologuistas.

Razón les sobra a los editores prologuistas para decir que estos originales «se resienten algo de claridad y de conexión informativa». Una lectura del libro nos convence de que se trata de un hacinamiento de materiales entre los cuales no se ha querido poner otro orden que el cronológico, y que para mayor dificultad del lector, carece de un índice que facilite su consulta, no obstante de que gran parte del material tiene titulares. Esto en cuanto a la impresión primera.

Analizando detenidamente sus páginas, se nota que no ha habido ningún trabajo de discriminación ni de estudio a objeto de asignar entre los elementos componentes, lo que corresponde a cada uno, y tan no ha habido ese trabajo, que el presente libro representa ni más ni menos, un caso concreto de paternidad intelectual errónea, al atribuirlo a José Rosendo Gutiérrez, cuando este señor, esforzado papelista y bibliófilo, no ha hecho sino guardar esos diversos papeles que corresponden a varias y diversas plumas y nada, absolutamente nada, a la suya propia.

Comienza el libro con una hoja de servicios y campañas de Ballivián que abarcan de p. 9 a 12, la misma que se encuentra en la biografía que escribió José María Santiváñez (Nueva York, 1891), y con datos más complejos según reconocen los editores. A esto siguen unos apuntes sobre las fechas de las tomas de razón de los grados de Ballivián, apuntes que se hallan firmados por José Rosendo Gutiérrez. Las 13 líneas que abarcan estos apuntes, las 3 de la nota marginal de p. 15 y las 14 de p. 45 y 46, en total 30 líneas, es lo único, pero absolutamente lo único que del señor Gutiérrez existe en todo el libro, y que dada su índole de meras notas sin mayor importancia, pueden darse por inexistentes.

Continúa el libro con unos *Rasgos biográficos de la vida del General Ballivián*, que van de p. 12 a 49, y que sin duda han servido para dar título a todo el volumen. Erróneamente –repítase una vez más–, ha sido atribuido a José R. Gutiérrez. El recopilador del libro que nos ocupa, ignora sin duda que tales rasgos biográficos no son inéditos; hace cerca de cuarenta años, en 1911, el Museo Mitre publicó en Buenos Aires en dos macizos volúmenes los *Papeles de don Domingo de Oro*; en el tomo II, de p. 153 a 184, se hallan estos rasgos biográficos y como si su redacción se debiera a Oro, precisamente.

La circunstancia de que estos *Rasgos biográficos*, se hubieren hallado en copia entre los papeles de Oro y de José R. Gutiérrez, ha hecho que el Museo Mitre en 1911 y la Alcaldía Municipal de La Paz, en 1947 hayan incurrido en el error de atribuir tanto a Oro como a Gutiérrez la paternidad de tal trabajo.

Quien estas líneas escribe, encontró en la Biblioteca Universitaria de La Paz, precisamente entre los documentos de su primitivo dueño don José R. Gutiérrez, una serie de escritos inéditos del General José Ballivián, y de ellos dio cuenta en unos artículos que publicó en *La Razón* en 1947. Concretamente, en el número del 27 de julio de ese año, se refirió a estos *Rasgos biográficos*, los mismos que consideró y analizó como una *Autobiografía*, dando allí mismo las razones de por qué atribuía a la pluma del propio General Ballivián esas páginas personales; a esas razones cabría agregar hoy que fuera de la letra, faltas de ortografía, etc., también existe en la carátula que los guarda, una nota que debió ser del mismo J. R. Gutiérrez que indica tratarse de una autobiografía. Como se ve el señor Gutiérrez jamás pensó hacerse pasar por autor de esos apuntes que guardaba cuidadosamente.

El original que, repetimos, es de puño y letra de Ballivián, acusando por ello, por su estilo y hasta defectos, ser de su propia producción, debió caer en manos de Gutiérrez independientemente de la copia que hoy otros publican como suya. El hecho de que otra copia se encontrase entre los papeles de Oro, se explica muy fácilmente. Oro fue uno de los amigos de más confianza con que contó Ballivián tanto cuando gobernaba Bolivia, como cuando se hallaba en el exilio. Sin duda le dio esos apuntes como simples datos para ser ampliados y servir de esqueleto a una biografía más amplia y más completa que debería escribir Oro, cosa que éste por una u otra razón no llegó a realizar, quedando tales papeles entre los suyos, sin mayor indicación. Incluso algunas notas marginales como las de p. 43 y 44 evidencian este carácter.

Por consiguiente, esos *Rasgos biográficos de la vida del General Ballivián*, que van de p. 12 a 49 de este libro de la Alcaldía Municipal de La Paz, y de p. 153 a 184 del volumen II de los *Papeles de don Domingo de Oro*, no pertenecen ni a la pluma de Gutiérrez ni a la de Oro, sino a la del propio General don José Ballivián, vencedor de Ingavi, y su original manuscrito puede consultarlo cualquiera en la Biblioteca Universitaria de esta ciudad.

Con referencia a la «Cuarta parte de su vida», que dentro de esta autobiografía ocupa las p. 46 a 49, fácil es ver que se trata de simples notas para ser desarrolladas, ya que dicen: «Toda esta época la puede redactar el escritor..., etc.» Después añade: «Luego continuará como queda dicho: no obstante, se concluirán estas apuntaciones presentando una serie de los acontecimientos y hechos más notables para llamar la atención del escritor, etc., etc.» Y así por el estilo. Queda claro lo antes dicho de que eran simples notas de Ballivián destinadas a que un escritor, seguramente Oro, los utilice para una biografía completa.

Que estos papeles fueron escritos por el propio Ballivián lo remacha la nota de Andrés Lamas de p. 45 que dice: «Copia tomada por mi de los borradores autógrafos del General Ballivián, que puso a mi disposición el señor Francisco Cires, etc.» Lo transcrito no puede ser más claro: «borradores autógrafos del General Ballivián», lo cual por si mismo indica su origen. Además, a renglón seguido, en la p. 46 está la ya citada nota de José R. Gutiérrez que dice literalmente: «La copia presente escrita por D.M. Salgueiro en parte y en parte por mí, terminó el 30 de junio de 1870 en La Paz». Incluso existe la aclaración de que Salgueiro era «escribiente y amigo de J.R. Gutiérrez».

De todo esto resulta extraño que los editores con pruebas tan palmarias a la mano, hayan podido atribuir a José R. Gutiérrez la paternidad de estos escritos, cuando él mismo no habla sino de copias. Sigamos.

Las cartas de p. 49 a 52 son sumamente valiosas y aclaran muchos puntos de la actitud y relaciones de Ballivián con sus partidarios. En la que corre a p. 52, el vencedor de Ingavi cita a un «José Ballivián», y los editores le han colocado su signo de interrogación entre paréntesis, en señal de duda, creyendo tratarse de un error; parece que ignoraran que José Ballivián, homónimo del Presidente de la República, era si no nos equivocamos, primo hermano suyo, hijo de su tío carnal don Ramón. Este José Ballivián bajo el gobierno de su pariente desempeñó funciones diplomáticas en Lima donde le cupo firmar en nombre y representación de Bolivia un tratado multilateral con Chile, Nueva Granada, Ecuador y Perú el 8 de febrero de 1848. A mayor abundamiento sobre él pueden encontrar referencias en la p. 205 de la conocida biografía de Santiváñez y muy fundadamente puede identificárselo con el José María Ballivián de que nos habla el padre Nicanor Aranzáes en su *Diccionario Histórico del Departamento de La Paz* (La Paz, 1915; p. 95).

El diario que comienza en la p. 55 y llega hasta la 63, en sus tres primeros acápites está conjeturalmente atribuido por los editores al propio Ballivián, sin fijarse que al fin está la firma de Cires y de que todo forma un conjunto homogéneo. Y por si esto no bastara, un análisis del texto demostraría que el vencedor de Ingavi no podía haber escrito esos párrafos. Esta parte del diario se refiere al mes de octubre de 1849; habla de una enfermedad sufrida en Lima como consecuencia de antiguas prisiones en el Callao, y se refiere a resentimientos hondos con el General peruano Torrico. Pues bien, por esos meses, Ballivián se hallaba en Valparaíso y no en Lima; jamás sufrió arrestos en el Callao, y era amigo del General Torrico, aunque éste años después no le fuera muy consecuente. Véase la p. 297 de la citada obra de Santiváñez; además y para mayor comprobación, puede revisarse el diario del propio Ballivián desde el 1° de enero de 1841 hasta el 31 de diciembre de 1849, existente en copia en la Biblioteca Universitaria de esta ciudad.

De la p. 63 a 81 se halla un documento sumamente interesante, sin fecha, pero que puede ubicarse más o menos en 1847, y que retrata a lo vivo la situación internacional con el Perú en esos momentos. Como este libro que se comenta no tiene acotaciones ni notas aclaratorias, no se sabe de que índole de documento se trata; puede si colegirse que parece ser una especie de memorándum del poder ejecutivo de Bolivia destinado al Congreso y con el objeto de pedir autorización para declarar la guerra al Perú. El estilo es ágil y parece que hubiera sido redactado por don Tomás Frías, quien por esos años ocupó la cartera de Relaciones Exteriores.

Es tan desordenada la edición del libro que se comenta que hay escritos sin fecha, hasta sin título, sin mayor explicación; tal el que corre de p. 81 a 93 que parece indudablemente escrito en Chile y en la época del gobierno Belzu; pero no se sabe que es, si artículo periodístico, simple memorándum o qué cosa; desde ya y a pesar de estar separado del anterior por una raya y nada más, no pertenece a él ni son coetáneos.

En cuanto a «Bolivia y sus grandes partidos» que corre de p. 93 a 102 y que lleva el subtítulo de «4° artículo», fechado en Tacna el 1° de enero de 1851, tiene una ingenua nota de los editores que dice: «En el original no se registra la firma de Ballivián». Claro que no la lleva, pues ese escrito no era suyo, sino de don Tomás Frías, cual lo son los artículos 1°, 2° y 3° que con ese mismo título de «Bolivia y sus grandes partidos» publicó en Valparaíso por esos años. Una simple consulta a los catálogos de René-Moreno y José R. Gutiérrez,

hubiera vastado para no caer en tamaño error. Algo más y que es cuestión de cronología y ubicación: El 1° de enero de 1851, Ballivián hallábase en Chañarcillo y quien por esos días se encontraba en Tacna, era precisamente Frías; el dato puede verificarse en las p. 91-92 del catálogo de René-Moreno, en la 42 del catálogo de Gutiérrez y en las 145 y 147 de *La Plebe en acción* de Alcides Arguedas.

La hermosa carta de Francisco Cires de p. 105 a 114, relatando los últimos momentos de Ballivián y su muerte en Río de Janeiro si bien tuvo mucha difusión en copia, parece que se publicó por primera vez en la citada obra de Arguedas con supresión de algunos párrafos. El que este libro de la Alcaldía Municipal de La Paz nos la dé ahora completa, es ya un mérito. La carta de Francisco Cires a Andrés Lamas de p. 114 a 125, nada absolutamente tiene que ver con Ballivián y se refiere a la política internacional de Bolivia, pero es tan interesante que su publicación constituye un verdadero acierto.

De la p. 125 a 130 hay poderes e instrucciones de Ballivián para una rebelión que en favor suyo debía estallar en Bolivia encabezada por el General José María Pérez de Urdininea; el poder indicado puede verse en su original autógrafo en la Biblioteca Universitaria de esta ciudad. En la p. 131 existe una nota de los editores dejando constancia de que todo lo que sigue está entresacado de la biografía de Ballivián por José María Santiváñez. Efectivamente, de p. 132 a 158 que es la última del libro, figuran documentos varios y la silueta de Ballivián, correspondiendo todo ello a los que en el libro de donde se han tomado, corre en p. 309 y siguientes.

Entre los documentos de 1841 y las «Pinceladas» de Santiváñez, en p. 144-145, está inserta una anécdota que se refiere al «5 de noviembre» pero sin indicar año. Un conocedor de nuestra historia puede ubicar el hecho relatado en los últimos meses de 1847, cuando el gobierno Ballivián tocaba a su fin; pero esta clase de acertijos no deben hacerse al público corriente.

Las diversas cartas del General Ballivián en el exilio, ya se dijo que son sumamente interesantes y en este aspecto complementan los fragmentos publicados por Arguedas como procedentes del archivo de don Tomás Frías. El informe de Cires a Lamas ya citados, y el memorandum de p. 63, son documentos sumamente valiosos, y tanto que por sí solos justifican una publicación como esta de la Alcaldía Municipal de La Paz, por más que no haya sabido acertar ni con el contenido ni con el autor.

Para concluir, después del análisis minucioso que se ha hecho, página por página de todo el libro, queda constancia una vez más que fuera de las 13 líneas de la p. 12, de las 3 de la p. 15 y las 14 de p. 45-46, que en total suman 30 líneas, sin ninguna importancia, en todo el libro no existe absolutamente nada de don José R. Gutiérrez. Es por esto que se trata de un hecho concreto de paternidad intelectual errónea, conforme queda dicho y palmariamente demostrado, error no atribuible de ningún modo a Gutiérrez, fallecido ha más de medio siglo, sino a quienes le han atribuido este libro. Sería de desear que en caso de hacerse una reedición, se quitara de autor al señor Gutiérrez y se le pusiera un título más adecuado a lo que es en realidad.

La Paz, enero de 1949.

GUZMAN, Augusto. *Baptista*, La Paz, Fundación Universitaria Simón I. Patiño, 1949; 203 p. (67).

Contribución valiosa a la bibliografía nacional es el presente libro. A la seriedad del análisis documental, Augusto Guzmán une la elegancia y la fuerza de su cuidado estilo, amén de una comprensión cabal del biografiado. Desde su nacimiento en 1822 como hijo natural de José Manuel Baptista y de Petrona Caserta – estirpe portuguesa e italiana, respectivamente–, hasta escalar la primera magistratura de la República, la figura de Mariano Baptista aparece muy bien delineada.

Esta ilegitimidad del nacimiento de Baptista es un hecho que tiene una importancia capital en la formación del personaje en relación directa con el medio en que le cupo actuar y que en este aspecto le fue excepcionalmente favorable. En efecto. Algo trágico hubiera sido para Baptista si hubiese visto la luz en la Europa reaccionaria de 1822, la de La Santa Alianza y del absolutismo de la Restauración; en esas sociedades, el ser hijo del amor no legalizado, como en el caso presente, significaba un estigma vergonzoso y a tal individuo le estaban cerradas todas las puertas de las situaciones públicas de relieve.

Ahora bien, un hombre del temple de carácter y talento de don Mariano, si por su desgracia hubiera nacido en ese medio hostil, al sentirse rechazado, se habría convertido en un rebelde, en un enemigo declarado de ese orden social que injustamente le anatematizaba, y se habría puesto al lado de los reformadores, de los extremistas. Hubiera sido a no dudarlo un Luis Blanc, un Bakunine, cuando no un compañero de Carlos Marx.

Pero quiso el destino que naciese en Bolivia, donde felizmente, con toda humanidad y criterio justo, no se ha hecho nunca mayor cuestión por la legitimidad de los natales, y de allí que ese su origen, fruto del amor, no le hubiese impreso su complejo de inferioridad. Sin mayores obstáculos, y siguiendo sus tendencias temperamentales, se incorporó a esas filas reaccionarias, uno de cuyos grandes principios fundamentales era el de la santidad impoluta del matrimonio y del hogar, elementos estos que por cierto, no presidieron la cuna de Baptista.

Desde un punto de vista general, el personaje que es Mariano Baptista, domina completamente a su biógrafo, y lo domina hasta el encandilamiento. Siente Augusto Guzmán el embrujo del «mago» en tal forma, que le faltan ojos para ver las realidades del medio dentro del cual le cupo actuar a su biografiado. Si bien en los primeros capítulos, todo está armónico, cuando la figura de Baptista adquiere relieve continental, se olvida Guzmán casi por completo de ese telón de fondo indispensable a la perspectiva y correcta ubicación del actuante.

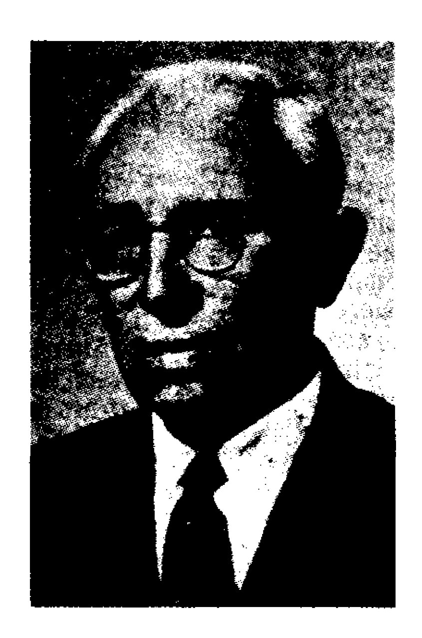
En el antiguo teatro griego, el coro trágico representaba algo así como una continua admonición de lo que era la vida y la realidad, y lo que Moira, el destino o los dioses habían dispuesto. Algo así debería hacerse con los estudios biográficos. Cuando el autor es demasiado dominado por el personaje, a tanto que se sienta ofuscado por su brillo, una especie de coro trágico debería volverlo a la realidad ambiente en que debe desarrollar la vida que relata.

Mariano Baptista es una figura grandiosa, pero si le quitamos el escenario de la historia boliviana, pierde completamente su relieve; resulta inocuo, sin elementos de composición ni de comparación. Preciso es hacer notar que Baptista, excepto en las luchas religiosas, es un representativo de nuestro medio, comenzando incluso por su nacimiento ilegítimo. Político de acción, se sacrificó en sus luchas en las cuales se hallaba en su propio elemento; orador

---

67. *La Razón*, 1949, dic. 25.

sonoro a la manera castelariana, enloqueció a sus contemporáneos con su retórica pomposa, privilegio valioso en un país como Bolivia donde se considera la oratoria como la más alta manifestación del talento.



151 Augusto Guzmán.

AUGUSTO GUZMAN

BAPTISTA

FUNDACION UNIVERSITARIA
"SIMON I. PATIÑO"
LA PAZ - BOLIVIA

152 168 x 103; 197 p.

Hombre de derecho, de conciencia y de acción, es juzgado en estos aspectos por Guzmán, pero en el dominio absorbente que el personaje le causa, a veces no acierta a colocarlo cabalmente en el mundo de su tiempo y de su tierra, y ello se nota en la no discriminación de lo que fue como luchador religioso.

Precisamente una de las facetas de la personalidad de Baptista y puede que la más importante, es la de luchador religioso, terreno en el cual fue campeón sin igual en nuestra tierra. Y precisamente en esto es en lo que Baptista tiene de extraño para Bolivia, hasta ser un elemento foráneo en nuestro país. Más bien podríaselo considerar como una adaptación sudamericana de José de Maistre o de Donoso Cortés, y puede también que el exotismo de su actitud haya sido factor favorable para que haya causado sensación. En este sentido, el medio no le fue propicio a Baptista, pues Bolivia, país esencialmente católico, nunca llegó al fanatismo, y la tolerancia religiosa estuvo siempre profundamente arraigada en los espíritus, muchísimo antes que la libertad de cultos de 1906 le diera su carácter legal.

De allí que Baptista sea una paradoja; hombre nuestro, salido de nuestra entraña, en este su relieve tan principal de batallador de la fe católica, nos es ajeno, completamente ajeno en su intolerancia dogmática, que por otra parte era un contrasentido con sus ideas políticas impregnadas de liberalismo constitucionalista. Y esta fue la eterna contradicción de su espíritu. El llamado de la tierra, la sangre lo llevaban al bando de las rebeldías democráticas y de una ideología liberal sin restricciones, y por otra parte, sus creencias religiosas lo detenían en su campo. El dogma y los pre-conceptos impidieron que Baptista haya sido el más grande espíritu democrático que pudo tener Bolivia, y apenas si le permitieron ser un político y un gobernante fiel a la constitución y nada más.

Dejando de lado la actuación de Baptista en otros terrenos, es indispensable hablar del orador que en él había y que brotaba en todo, ya que su prosa no era sino oratoria escrita. En este aspecto, Mariano Baptista fue la más alta expresión de la oratoria boliviana, su más legítimo exponente, sin rival en lo absoluto. Rafael Bustillo, Lucas Mendoza de la Tapia, con todo su positivo valer, son poco al lado de Baptista, y en cuanto a Casimiro Olañeta, no merece ni siquiera los honores de la comparación. Y para decirlo de una vez, en el terreno de la oratoria boliviana, Baptista está tan alto, es cumbre de tal grandeza que es gigante solitario que con su nombre llena medio siglo de nuestra vida política.

Si a Baptista queremos encasillarlo dentro de alguno de los cuadros culturales del siglo XIX en que actuó, en ninguno cae mejor que entre los románticos. Nacido en 1822 y muerto en 1907, la forma definitiva de su pensamiento la adquiere entre los 20 y 30 años, o sea entre 1842 y 1852, precisamente la época de auge del romanticismo en Bolivia.

Corriente cultural importada de España con don José Joaquín de Mora, nos fue mejor conocida a través de los emigrados argentinos que después de escuchar a Esteban Echeverría quien directamete de París trajo el romanticismo a orillas del Plata, nos lo dieron en las páginas de *La Epoca*. Posteriormente Ricardo José Bustamante, discípulo de Echeverría, perfeccionado en París, vino a Bolivia, su tierra natal, a darle los toques definitivos.

Baptista no fue poeta ni novelista y en el estricto sentido, no fue ningún «literato». Pero sin embargo era romántico de esencia. Incluso ese su catolicismo en medio de una sociedad intolerante en todo lo que fuera conciencial, es una actitud romántica, de las tantas que adoptó el género, desde la libertad anárquica hasta la reacción absolutista. Su concepción política, como la de todos los «rojos» que conservaban como un culto la memoria del dictador Linares, era la de creer aún en la eficacia positiva de los códigos fundamentales para hacer la felicidad de los pueblos. Estos hombres tenían un respeto mítico por la constitución política del Estado, considerándola, según frase propia, como el Arca Santa de las libertades públicas; y esto no era otra cosa que una actitud romántica en medio de la barbarie militarista que desgobernaba la Nación.

Su elocuencia emotiva, sus comparaciones frecuentes con la antigüedad clásica, sus numerosas citas bíblicas, dan a los discursos y escritos de Baptista un tono profundamente romántico. Su culto de la libertad, en la forma como la sentía y expresaba, no era sino romanticismo puro. Precisamente de esa época dice Benedetto Croce que la palabra libertad «era pronunciada por las jóvenes generaciones con el acento conmovido de quien ha descubierto un concepto de importancia vital, rehabilitador del pasado y del presente y guía del porvenir» (*Storia d'Europa nel secolo decimonono*, Bari, 1932; 10).

Y este culto a la libertad hacía a veces a Baptista sobreponerse a ciertos respetos eclesiásticos. Cuenta Gabriel René-Moreno que en un debate parlamentario, a la vehemencia de Baptista respondió un clérigo, levantándole la voz y acriminándolo. «Silencio, le gritó Baptista; tengo pisada tu alma, y el clérigo calló». (*Biografía de Néstor Galindo*, Santiago, 1868; 8).

Y todos los grandes actos de la vida pública de Baptista llevan el sello romántico; su fidelidad al Presidente Linares que le hace acompañarle en el destierro hasta recibir su último aliento; su carta a Tomás Frías en la cual relata la agonía y muerte del dictador, son netamente románticos. Cuando el Congreso de 1872 es ultrajado por el soldadote Daza y por orden del Presidente Morales, Baptista ingresó al hemiciclo con el sombrero sobre la cabeza y ante las observaciones que al respecto le hicieran, respondió: «Bien puesto está! Yo no soy diputado... la asamblea ha sido disuelta, la asamblea ha sido escarnecida», y su indignación le hace estallar en sollozos.

¿Acaso no respira romanticismo esta escena? Años más tarde, cuando luchaba por la paz, después del desastre del Pacífico, su figura adquiere proporciones maravillosas; es entonces que da de sí toda la fuerza de su oratoria, todo ese magnetismo que emanaba de su palabra y que consiguió cambiar la opinión de todo un público hostil que prevenido para silbarle y apedrearle, le colmó de aplausos y de flores. Era verdaderamente el «mago» como se lo llamaba.

Ramón Sotomayor Valdés, con toda la admiración que le inspira Baptista, no deja de apuntar que en medio de la pasión política, esgrimía el sofisma en sus argumentaciones parlamentarias (*Estudio Histórico de Bolivia*, Santiago, 1874; 423). Conste también, que en la embriaguez oratoria, Baptista no desdeñaba emplear el patetismo y recordaba el consejo que en su *Arte Poética* da Horacio: *Si vis me flere, dolendum est primun ipsi tibi*, (68), lo cual caracterizaba aún más la índole romántica de la figura de Baptista.

Augusto Guzmán destaca cual merece las virtudes de Baptista: su límpida consecuencia política y su acrisolada honradez privada. La trayectoria partidista de don Mariano es rectilínea e inflexible; ni los halagos del poder, ni las violencias del destierro y las persecuciones sañudas le hicieron claudicar jamás. Abogado, gestor de negocios mineros, ministro de estado, diplomático y por último Presidente de la República, no manchó sus manos con la concusión o el peculado; vivió siempre en una medianía económica tan modesta que casi lindaba con la miseria.

No participamos del concepto de Carlyle de que los grandes hombres hagan la historia a su voluntad y que por consiguiente haya que admirarlos en este sentido. Pero los grandes hombres, por lo mismo de serlo son ejemplos vivientes para las generaciones que les suceden. En sus virtudes y en sus vicios, se aprenden normas de ética privada y de conducta pública.

Y esta vida de Baptista es una de ellas; admirablemente escrita por Augusto Guzmán, nos muestra un verdadero ejemplo de honestidad, de sacrificio y de patriotismo aureolado con talento, como faro luminoso que debe orientar a las generaciones bolivianas por las sendas del cumplimiento del deber para consigo mismo y para con la Patria.

La Paz, noviembre de 1949.

GUZMAN ARZE, Humberto. *Esteban Arze, Caudillo de los Valles. Premio Municipal 1948*, Cochabamba, Imprenta Universitaria, 1949; 179 p. (69).

El presente libro, según reza en la portada y en otras referencias que en sus primeras páginas contiene, mereció el premio municipal de 1949, en un concurso convocado al efecto. Es de extrañarse sí, que el fallo del jurado no se haya insertado, ya que es loable costumbre el que así se proceda como antecedente necesario de la obra. Citamos como ejemplo la célebre *Historia financiera de Bolivia* de don Casto Rojas, prologuista por otra parte, de esta obra que, premiada en un concurso, tiene al comienzo el acta calificadora, con todas las observaciones hechas, las mismas que absuelve con acierto el autor. Y ahora, hablemos del libro del señor Guzmán Arze.

No se trata propiamente hablando, de ninguna obra histórica, como tampoco de ninguna biografía. Es más bien una interpretación telúrica del medio cochabambino y su función

68. Si quieres compadecerme, tienes que compadecerte primero de tí mismo.

69. *La Razón*, s.l., 1950, ene. 15.

Hay una segunda edición de este libro, Ed. Mercurio, Cochabamba, 1960 (G.O.).

revolucionaria en la época de la emancipación; y dentro de ella, como un detalle, la personalidad de don Esteban Arze. Hay desprecio profundo por la cronología, ya que ni la fecha de nacimiento de Arze se consigna. La bibliografía citada es deficiente. Sin embargo de saltar a la vista la casi ninguna investigación documental de primera mano, se ven sólidas lecturas que han precedido al trabajo.

HUMBERTO GUZMAN ARZE

ESTEBAN ARZE,
Caudillo de los Valles

PREMIO MUNICIPAL 1948

153 182 x 120; 124 p.; Año 1960,
Segunda edición.

Pero lo dicho no quita nada del valor intrínseco del libro. Como decíase, no se trata de ninguna biografía ni de ninguna historia, sino de una interpretación telúrica. Y es que el medio geográfico lo lleva tan dentro de la sangre el autor, que por sí solo da signo, colorido y significación a su trabajo. El valle, con toda su mágica belleza, con su embrujo y misterio, está en este libro a tanto que si a Esteban Arze lo llama Caudillo de los valles, con mucha mayor razón a Humberto Guzmán Arze puede denominársele el «escritor del valle».

Y en esto radica precisamente el valor del libro; hay tanta fuerza en él, tanta maravillosa plástica en sus páginas; tan saturado se encuentra de la esencia misma de la tierra, que es toda una sinfonía gloriosa a la *tellus* cochabambina; y con tal exaltación, que a veces se siente algo así como una cabalgata de walkirias. Eclosión del suelo, brote fecundo, prados en flor, cosechas a punto, todo se halla en este libro, pero no con el tono de una égloga virgiliana, un poema pastoril o un paisaje de Corot, sino como fuerza, como acción y como voluntad de potencia.

Si bien es cierto que el lenguaje es pulido y elegante, no es una obra de literatura, no obstante la tradición que el autor tiene en tal sentido. Es una de pensamiento maduro, de interpretación cósmica, que llena todo y que casi llega a los límites de la epopeya. Se nota que muchas lecturas propias del tema geográfico han inspirado los conceptos, pero por la forma de sentirlos hay una expresión muy personal y propia que honra al autor por su originalidad.

Y ahora, después de felicitar a Humberto Guzmán Arze por esta su magnífica interpretación del valle, es de desear, que con tal antecedente, y con criterio histórico y biográfico, escriba una vida de Esteban Arze, completando la obra comenzada.

La Paz, diciembre de 1949.

HAILLOT, Isabel v. de *Hojas. Libro de lectura para tercer año primario de conformidad con los programas vigentes*. Publicación patrocinada por la Fundación Universitaria «Simón I. Patiño», La Paz, 1949, XV, 141 p. (70).

A pesar de su aparente simplicidad, un libro para niños es una cosa muy difícil de hacer. Ese esfuerzo de adaptación para tratar de ponerse al nivel de las mentalidades infantiles, es algo que no todos pueden obtener y para cuya realización hace falta poseer dotes especiales que son nada comunes.

Y este esfuerzo, perfectamente logrado, lo tenemos en el presente libro destinado a servir de lectura a los niños del tercer curso de instrucción primaria. Su autora, doña Isabel v. de Haillot, es una maestra que ha ennoblecido esa carrera con sus virtudes y dedicación; son numerosas las generaciones que bendicen su nombre ya que de ella recibieron las primeras enseñanzas que sabía impartir con espíritu y unción verdaderamente apostólicas.

Forjadora de almas, de esas tiernas almas que entregaban a sus cuidados, lo supo hacer con devoción e inteligencia, a las cuáles unía un hondo sentido maternal, ya que para doña Isabel v. de Haillot, la escuela no fue sino una prolongación del austero hogar que fundara. Razón le sobra al gran músico, poeta y ensayista, Humberto Viscarra Monje, para decir en el pórtico de este libro: «Madre y maestra: dos veces madre».

Hoy que la señora Haillot goza de una muy merecida jubilación, su espíritu inquieto no descansa y compone este libro que como reza en sus páginas iniciales, dedica a sus queridos nietos y a los hijos de sus alumnos, a quiénes considera nietos de su corazón. Y el libro, conforme decíase, es valioso como esfuerzo que alcanza su objetivo.

Hay sencillez prístina en sus páginas, lenguaje adecuado a la mentalidad a la cual debe asimilarse este libro; ejemplos ingenuos, enseñanzas patrióticas, poesías bien escogidas, y en fin todo aquel conjunto que en armonioso mosaico ofrece este volumen que está adornado con numerosas e interesantes ilustraciones adecuadas al texto.

La edición ha corrido a cargo de la Fundación Universitaria «Simón I. Patiño», dentro del programa cultural que viene desenvolviendo. La impresión ha sido hecha en los talleres de la Editorial Kapelusz de Buenos Aires. Tanto la señora Haillot, como la Fundación Patiño, merecen todo aplauso.

JAUREGUI ROSQUELLAS, Alfredo. *De todos los tiempos. Crónicas de heroísmo y de barbarie*, Sucre, Ed. Charcas, 1938; VIII + 235 + VI + II p. (71).

---

70. *La Razón*, 1950, jul. 16.
71. *La Razón*, 1949, feb. 20.

El presente volumen contiene –tal cual el subtítulo indica–, crónicas de diverso tema, pero que tienen un denominador común y que es el de ser en su mayoría de índole histórica. El autor es un conocido publicista de la capital de la República que tiene ganados muy justos y merecidos laureles y legítimo prestigio entre nuestros letrados. Evocaciones del pasado, relatos históricos, tradiciones, leyendas, todo reúne este libro de amena lectura debido a su estilo galano y elegante.



154 143 x 90; VIII + 235 + VI p.

El prólogo de don Zacarías Benavides, ya define la personalidad del autor y la índole del libro, el cual comienza con un erudito ensayo acerca de «La civilización anteincásica», basado en fuentes de primera mano, cuales son los primitivos cronistas de Indias. Sin resolver ni mucho menos, el problema de los pueblos prehistóricos de nuestra América, nos da enjundiosos comentarios acerca de lo que pudieron ser en el tiempo y en el espacio.

La tradición «Palabra de príncipe», es interesante en su factura y el tema «El concepto bárbaro del honor», está bien desarrollado; lástima sí que en este caso la fantasía literaria del autor haya sido más fuerte que la realidad misma, ya que todo lo que sabemos sobre la vida de esa época incásica, no da márgen para que se presentasen tal clase de conflictos pasionales muy propios de nuestra mentalidad, y venganzas que se hallan en el teatro de Calderón, pero que quizá carecían de sentido entre los incas. El inca y sus nobles tomaban y dejaban las mujeres sin mayores complicaciones, y como esta casta superior practicaba la poligamia, no habían conflictos de esta índole, pues todas podían incorporarse al harén.

Por lo demás, las crónicas y relatos tienen un sello de buen gusto evocador de los tiempos idos, buen gusto al cual da realce el ágil estilo del autor.

KEHDY KEHDY, Jorge. *Ensueños*, Santiago, 1949. (72).

72. *La Razón*, 1949, may. 1°.

En Santiago de Chile, acaba de publicarse, con el título sin pretensiones que se menciona, un tomo de poesías del poeta árabe Jorge Kehdy, que reside entre nosotros desde hace varios años. La crítica del país vecino ha saludado con entusiasmo la presencia del libro al que Luis Merino Reyes, uno de los escritores que gozan de una sólida posición en la literatura actual de Chile, ha puesto el siguiente prefacio:

> Vimos por primera vez a este poeta en una de esas fiestas de fraternidad que organiza, de repente, Benedicto Chuaqui, escritor tan árabe como chileno. Había en torno a la hospitalaria mesa un conjunto heterogéneo de escritores y artistas; de ciudadanos chilenos y árabes residentes en Chile y de viajeros de otros países de América. Nos caracterizaba el desenfado gótico que tenemos los chilenos para recibir a nuestros amigos y la mirada sombría de los hijos del Oriente, determinados, genuinos, de una pieza en sus amores y en sus odios.
>
> Sobraron aquella noche los discursos como siempre ocurre en esta clase de reuniones, más, de improviso, Jorge Kehdy, el poeta árabe residente en Bolivia, se levantó a recitar un poema original. Lo hizo en lengua materna, de modo que los chilenos no comprendimos una palabra. Pero había tal rictus en su frente, tal firmeza rotunda en su actitud, tal nerviosidad vehemente en sus vocablos, que nunca apreciamos mejor, como una realidad tangible, la verdad justa de que la poesía legítima está más allá del idioma nativo, que es universal como la música y la pintura que se la siente por su exclusiva sugerencia o no se es digno de aposentarse en sus solares /.../.
>
> Este año hemos vuelto a encontrarnos con Jorge Kehdy en una situación algo distinta. Justamente la tarde en que descendió del avión que lo trajo de Bolivia a Chile. Nos reunimos otra vez con Benedicto Chuaqui y Jorge Sabaj, director del *Mundo árabe*. Se habló de viajes y de proyectos; pero el poeta no pudo prescindir de su pasión vital y nos mostró algunas traducciones de sus poemas efectuadas por los mejores poetas de Bolivia. Al leer su verso trasladado a nuestro idioma obtuvimos la certeza de nuestra impresión primera. A la sugerencia puramente emotiva y musical, se unía la arquitectura del pensamiento y la observación precisa, factores esenciales de la poesía.
>
> El poeta Jorge Kehdy ha querido que su primera obra se imprima en Chile, como un homenaje a su tradición libertaria. Es un rasgo que los chilenos debemos agradecer. Aquí ha venido recientemente el poeta a contraer matrimonio, y aquí en nuestra tierra, clava este jalón inolvidable de amor y poesía.

LOZA, José Eduardo. *Historia de La Paz. Obra premiada en el concurso convocado por el Comité Pro IV Centenario de la ciudad de La Paz,* Imp. Universo, 1949 (73).

A excepción de la novela de Nazario Pardo Valle titulada *Trópico del Norte,* todos los trabajos que se han premiado con motivo de los concursos convocados por el Comité, no han publicado el acta respectiva de calificación, documento este importante y que da relieve al libro, ya que por él se puede apreciar en qué circunstancias fue premiado, entre cuántos concursantes, o el mérito con que fue juzgado, así como las observaciones que pudieron formularse, etc., etc. Al igual que todos ellos, este volumen tampoco trae ningún documento de los extrañados, y

73. *La Razón,* 1950, mar. 19.

en su portada, ni siquiera figura el lugar de la edición, suponiéndose lógicamente sea la ciudad de La Paz, ya que en una viñeta de la tapa posterior aparece la Empresa Editora Universo, como taller de su impresión.

JOSE EDUARDO LOZA

HISTORIA

DE

LA PAZ

OBRA PREMIADA EN EL CONCURSO CONVOCADO POR EL COMITE PRO IV CENTENARIO DE LA CIUDAD DE LA PAZ.

1949

155 182 x 110; 347 p.

Descargada la conciencia con esta observación preliminar, se ingresa el estudio del texto y se complace en observar que se trata de una obra seria, madura y de abundante bibliografía, por más que ésta se halle tan defectuosamente citada tanto en las referencias de pie de página, como en la lista final que produce confusión en el lector no avezado. El volumen está dedicado a su padre, cuyo nombre no consta, pero sabemos, trátase del meritorio papelista e historiador don León M. Loza, actual Presidente de la Academia Nacional de la Historia.

Después de un breve preámbulo acerca de los propósitos y alcance de la obra, en el libro primero trata de la prehistoria analizando algunas de las teorías relativas al hombre americano, sus orígenes, etc., para ingresar luego a la cultura tiahuanacota, cuyos méritos y trascendencia son justamente encomiados. El libro segundo, trata de la dominación incaica, y el tercero de la conquista y colonización; el cuarto se titula Nuestra Señora de La Paz y trata en concreto de todas las diligencias y actuaciones con motivo de la fundación de la ciudad y sus primeros pasos. Copia largos párrafos de documentos coetáneos para dar así mayor fuerza a sus afirmaciones.

El libro quinto se refiere a la Audiencia de Charcas; el texto se titula «Cien Años», o sea la vida de La Paz durante el lapso de su segundo centenario, en cuyo tiempo tuvo lugar la sublevación de Antonio Gallardo, alias «El Philinco». El libro séptimo trata de el descontento y sus primeras manifestaciones, siguiendo muy de cerca cómo se forma aquí el pensamiento revolucionario, que tuvo en La Paz su más alto punto de sacrificio en ese año crucial de 1809. Sigue el libro octavo con la guerra de la independencia y en el noveno con la República.

A través de las 355 páginas de este libro, se ve a un estudioso que ha pasado varios años investigando los anales de La Paz, dispersos en tantas y tan raras publicaciones y que ha

madurado su pensamiento en la meditación serena de esos acontecimientos. Hay mucha altura para juzgar los hechos del pasado y esa tolerancia bondadosa que la edad y la experiencia ponen como un mérito en el historiador. Estilo sencillo, el presente libro se nos ofrece como una crónica meticulosa y atenta de la ciudad de La Paz, haciendo resaltar sus legítimas glorias con tono tranquilo y sereno, excento de lirismos propios de la edad juvenil. Precisamente todo esto es muy encomiable, dado que el autor es joven aún.

Fuera de varios méritos que en sí encierra este libro, vale la pena el hacer resaltar el ya referido de su ecuanimidad. Sobre todo en la época republicana hay muchos episodios de la historia de La Paz que tienen por protagonistas a troncos de familias hoy muy encumbradas y cuyos antepasados no siempre siguieron las sendas del honor y de la dignidad políticas, mezclándose en los bandos en lucha unas veces en favor de las leyes y otras para tiranizar el país. Para todos estos, el señor Loza tiene palabras serenas, en las cuales, sin disculpar errores, sabe ponerlos en su debido sitio, en función del medio y del momento histórico.

Por su índole sencilla, de proyecciones didácticas, por su claridad de juicio, por lo completo de sus datos, esta obra meritísima, sería muy a propósito para servir de texto a nuestros estudiantes de humanidades. Con esto queda dicho el mayor elogio del libro, elogio bien ganado por cierto.

LOZA, León M. *Historia del Obispado y de la Catedral de La Paz,* La Paz, Ed. Voluntad, 1939; cuatro + 188 + dos p. (74).

El doctor León M. Loza acaba de publicar este libro abarcado su tema desde los tiempos primitivos hasta nuestros días; comienza con la fundación del Obispado a principios del siglo XVII, con las diligencias que hubo menester; la enumeración y datos biográficos de todos los mitrados que ha tenido la diócesis de La Paz hasta el presente; la legislación canónica que lo rige en su regla consueta, etc., su población, límites parroquias, etc., para después seguir con la catedral, desde la primera que se erigió en La Paz, con sus diferentes transformaciones, cambios, etc., para terminar con la actual, detallando los recursos con que se la ha construido en un siglo de trabajo y en fin todo aquel material que ha de servir para que los cronistas hagan su historia en todas sus fases.

El doctor Loza es un conocido erudito, ostentando hoy la vice-presidencia de la Academia Boliviana de la Historia a más de otros títulos similares. Posee la mejor y más completa biblioteca particular de asuntos bolivianos que exista en la República. El esfuerzo que ahora ha desplegado en este volumen, corresponde al intento provisional del momento de celebración de un Congreso Eucarístico, pero sería de desear lo complete con mayores y más concienzudos datos, y sobre todo mejore la impresión que adolece de graves defectos.

Este ensayo es el primero en la materia, tanto por sí mismo, como por su extensión y esperamos sea completado y verificado en todos sus valiosos datos. Por todo ello, por lo difícil que significa esta clase de tareas de suyo ingratas y por la respetabilidad del autor, merece los mayores elogios.

La Paz, septiembre de 1939.

---

74. a) *Revista Historia de América,* México, 1939, N° 7; 168. b). *La Razón,* 1939, feb. 20; 1949, may. 29.

Para mi apreciado amigo Dr. Humberto Vazquez M., afectuoso testimonio de simpatía cordialmente León M. Loza

HISTORIA

DEL

OBISPADO Y DE LA CATEDRAL

DE LA PAZ

POR

LEON M. LOZA

Abogado, Catedrático de Derecho y Ciencias Económicas, ex—Rector de la Universidad de Oruro, Antiguo Diputado Nacional, ex—Senador de la República, Constituyente, ex—Secretario General de la Misión Kemmerer, ex—Delegado del Gobierno en los Ferrocarriles Internacionales, ex—Ministro de Hacienda e Industria, ex—Asesor del Ministerio de Relaciones Exteriores, Presidente de la Sociedad Geográfica de La Paz, Vice-Presidente de la Academia Boliviana de la Historia, Socio Corresponsal de las Sociedades Geográficas de Sucre, Cochabamba y Nueva York, Id de la Societé des Americanistes de Paris &.

1939

LA PAZ--BOLIVIA

EDITORIAL VOLUNTAD BOLIVAR 524

156 187 x 113; 188 + una p.

LOZA, León M. *Historia de los juicios de responsabilidad. 1828 - 1947*, La Paz, dos + 164 + cuarenta y una p. (75).

El presente volumen no está impreso sino mimeografiado y adorna su portada un retrato auténtico del autor. Pertenece al cuerpo de autos correspondiente al juicio de responsabilidad que se sigue a personeros del gobierno Villarroel, según consta de una nota de introducción y otra final suscritas ambas por el senador Carlos López Arce, Secretario de la Comisión de Policía Judicial del Congreso.

Trátase de un tema nuevo y aún no tratado por autor alguno que sepamos, ya que reune en un solo cuerpo todas esas actuaciones que se llaman «juicios de responsabilidad» que de esencia y caracteres netamente políticos, forman parte integrante de nuestra historia. Raro es el gobierno que se haya librado de tales cargos y para convencerse de ello, basta con recorrer las páginas de este trabajo. Vale la pena recordar aquí que con toda la superioridad de su gran espíritu, un proceso de estas variaciones y antinomias del criterio colectivo, hizo en una memorable sesión de nuestro parlamento ese cerebro superior que se llamó Agustín Aspiazu. A él corresponden estas frases pronunciadas en la Asamblea de 1861:

«Veo que siempre seguimos la senda trillada de los demás congresos; yo veo que el templo de la ley sólo se ha abierto para cantar el *Te Deum* a los vencedores, para arrojar frases de maldición a los vencidos y para ofrecer en holocausto la moribunda víctima del caído. Se trata de imponer una pena al que ayer fue el ídolo y la esperanza de los pueblos. Sea; pero para que la pena sea justa, es menester no imponerla en el fervor de las pasiones exaltadas: de lo contrario nos exponemos a que la razón y la posteridad nos califiquen de injustos. El virtuoso Bailly es condenado al último suplicio por el tribunal de salud pública del 93; después la historia le hizo justicia. El General Santa Cruz es declarado infame, traidor y puesto fuera de la ley por el congreso del 39; calman las pasiones y el que fue denominado traidor e infame, es honrado posteriormente con el título de Ministro Plenipotenciario ante las primeras cortes de Europa. El General Ballivián es también infamado por uno de los congresos; las pasiones se aquietan, es aclamado Presidente de la República, y hoy los pueblos recuerdan con gratitud la memoria del vencedor de Ingavi. El General Belzu es puesto fuera de la ley por el congreso del 48, sube a la silla de la presidencia, y tres congresos consecutivos lo declaran el salvador, el padre de la patria, el bienhechor del mundo. Hoy en el recinto de esta asamblea no se escuchan más palabras que dictadura, sangre, tiranía, despotismo, tal vez para que mañana otra asamblea conteste dictadura, virtud, abnegación y patriotismo» (Ramón Sotomayor Valdés. *Estudio Histórico de Bolivia, etc.*, Santiago, 1872, p. 159).

Ampliado aun más el recorrido de Aspiazu por los campos de nuestra historia, en este libro del señor Loza, y al ver como a la gloria y adulación a tantos gobernantes muy presto seguían acusaciones e indignidades, involuntariamente vienen a la memoria las sentencias del libro de Job: *Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseriis* (76).

La característica de este volumen que se comenta es el ser una recopilación de materiales que un día podrá utilizar el historiador. Y precisamente esto es un cargo que puede hacerse a su autor don León M. Loza. Su larga actuación de publicista, su conocida versación histórica y enorme biblioteca riquísima en asuntos bolivianos, lo ponían en el caso de escribir una verdadera «historia» de los juicios de responsabilidad y no una simple recapitulación de ellos.

---

75. *La Razón*, s. 1. 1949, feb. 27.

76. El hombre nacido de mujer, de corta vida, está lleno de muchas miserias.

Este trabajo, meritorio desde luego, y que hubiera bastado para hacer el nombre y fama de un principiante, no está a la altura de los prestigios y capacidad del señor Loza que como sabemos es Presidente de la Academia Nacional de la Historia, y que por lo mismo, por sus méritos, por su tradición, está obligado a escribir una obra valiosa y no una mera recopilación como la presente.

Muchos de los juicios que historia no se sabe como terminaron y si terminaron; otros están meramente enunciados; en muchos faltan detalles, demostrando no estar estructurados y en la mayor parte se nota la ausencia del estudio analítico de la época y del momento; el cañamazo de los hechos históricos concomitantes, para así poder ubicar los sucesos en el tiempo y en el espacio. Aparte de esto, en lo que se refiere a la acusación al ex-presidente Montes en 1917, deja resumar mucha bilis y odiosidad política, con grave daño de la serenidad con que debe investirse todo historiador; igual pasión agresiva, aunque en menor escala, se nota en lo referente a la acusación al señor Tejada Sorzano en 1931.

Se vuelve a repetir que es muy lamentable el tener que hacer estas apreciaciones, y precisamente por tratarse de uno de nuestros valores más positivos en el género; por lo mismo es de creer que corrija y rectifique su trabajo, poniéndolo a la altura de sus muy altos e indiscutidos merecimientos y fama.

MEDINACELI QUINTANA, Emilio *Programa de Filosofía, Letras y planes académicos.* **La Paz, Universo, 1949; 114 p. (77).**

El autor, en su calidad de profesor de Literatura del Colegio Nacional Bolívar de esta ciudad, elevó ante las superioridades jerárquicas un proyecto de programas y planes diversos para el ramo de Filosofía y Letras, planteando varias reformas que incluso abarcan una revisión completa de la actual organización de nuestro sistema educativo en el ciclo secundario.

En la etapa universitaria llega a trazar un plan para una Facultad de Filosofía y Letras. Todos los sistemas citados así en proyecto como se presentan en este volumen son de diferentes épocas y, por lo que reza la portada, se remontan a 1943.

Los programas y planes que contiene este folleto, revelan en su autor conocimiento de los temas y sería de desear que las autoridades educacionales les dediquen el atento estudio que merecen.

MENDOZA L., Gunnar. *El Doctor don Pedro Vicente Cañete y su Historia Física y Política de Potosí,* Sucre, Universidad de San Francisco Xavier, 1954, 4°; 140 + una p. (78).

La Fundación Universitaria Simón I. Patiño en la obra cultural que viene desarrollando, ha hecho editar en Buenos Aires la *Historia Física y Política de Potosí,* escrita en las postrimerías del siglo XVIII por el doctor Pedro Vicente Cañete y Domínguez. Como estudio preliminar, deberá llevar este trabajo de Gunnar Mendoza L., Director de la Biblioteca y Archivo Nacionales

77. *La Razón,* 1949, jul. 24.
78. Inédito.



157 Gunnar Mendoza.

El doctor don

Pedro Vicente Cañete

y su

Historia física y política de Potosí

Por

Gunnar Mendoza L.

1954

Sucre, Bolivia

Universidad de San Francisco Xavier

158 172 x 120; 140 p.

EL DOCTOR DON PEDRO VICENTE CAÑETE
Y SU *HISTORIA FISICA Y POLITICA DE POTOSI*

Para Humberto Vázquez-
Machicado, historiógrafo
ejemplar.
Gunnar Mendoza L.
Sucre, septiembre, 1954.

159 Dedicatoria de Gunnar Mendoza a HVM.

de Bolivia, en Sucre, trabajo que ha aparecido como primicia en el volúmen XVII de 1952 de la Revista de la Universidad de San Francisco Xavier (79).

Sobre los basamentos de una nutrida documentación, analizada con talento y escrupulosidad toda la obra de Cañete, se asienta el relato en una magnífica prosa. El personaje está estudiado en sus actuaciones que van desde su cuna en Asunción del Paraguay en 1754, hasta su muerte en Potosí en 1816, pasando por Córdoba, Santiago de Chile, Buenos Aires, Potosí, La Paz, La Plata, etc.

Por doquiera fuera, Pedro Vicente Cañete y Domínguez, deja huella, las más veces de rencor y enemistad. En la época que le cupo actuar, Cañete se nos muestra como un verdadero maestro en intrigas administrativas y forenses, al punto de convertirse en un formidable coloso del género.

Aunque paraguayo de origen, su principal actuación correspondióle precisamente en el Alto Perú, hoy Bolivia, entre cuyo gremio doctoral, tan terrible de suyo, supo destacarse tanto. En las postrimerías de un régimen que agonizaba, tocóle el desempeño de primeros papeles, al lado de la causa española, en cuya fidelidad vivió y murió.

Escribió una *Historia de Potosí,* que se quedó inédita hasta que sólo en nuestros días ha visto la luz pública. En ella relata Cañete su gran erudición no sólo en el tema mismo sino en materias jurídicas, canónicas y hasta filosóficas, ya que de todo trata.

El autor del estudio biográfico de Cañete, es un escritor sobradamente conocido en Bolivia y el extranjero. Este trabajo suyo, es sumamente valioso, tanto por los datos nuevos que aporta, cuanto por la interpretación del personaje, fallido ejemplar de la Ilustración en Bolivia. Hay prolijidad de análisis, comprensión del hombre y su obra, y colocación del personaje en el medio que le corresponde en las postrimerías de la Colonia, y todo con elegante y castizo estilo.

Merece por ello Gunnar Mendoza, las felicitaciones de todos los estudiosos.

MOLINA CAMPERO, Lionel. *Aspectos de Derecho y Sociológicos.* Gisbert y Cia. La Paz s/f, 4 + V + 168 + 2 p. (80).

Conforme lo indican las advertencias del autor, se trata de algunos trabajos que ha recogido en este volumen, el mismo que dedicado a su padre, don Arturo Molina Campero, lleva un prólogo de don Casto Rojas. Los dos primeros trabajos son conferencias: la primera, titulada «A dos siglos de la aparición del *Espíritu de las Leyes* del Barón de Montesquieu», pronunciada como lectura de ingreso en el Colegio de Abogados de La Paz el 10 de septiembre de 1948 y la otra «El matrimonio visto por tres pensadores contemporáneos: Russell, Keyserling y Marañón», leída en la Asociación Cristiana de Jóvenes el 27 de julio del mismo año de 1948. Completa el volumen un estudio sobre «El estado de sitio», que fue tesis universitaria para optar el grado de Licenciado en Derecho y que se escribió en 1931.

---

79. Por razones que no conocemos, este excelente estudio de Gunnar Mendoza, no se publicó en la citada edición argentina. La Editorial Potosí, bajo la dirección de Armando Alba, en 1952, editó la importante obra de Cañete con el título de *Guía histórica, geográfica, física, política, civil y legal del Gobierno e Intendencia de la Provincia de Potosí,* XXV + 838 p. (G.O.).

80. *La Razón,* 1950, jul. 30.

El primero de los trabajos enunciados, analiza, la obra de Montesquieu, de la cual hace un resumen, el mismo que divide en seis partes que son: Concepto de las leyes; formas de gobierno y división de los poderes del Estado; derecho de gentes, leyes financieras y económicas; leyes civiles y penales y tópicos sociológicos. Después del resumen antes detallado hace el autor una especie de análisis y de crítica de las ideas de Montesquieu, crítica que se resiente por su falta de hondura, y por haberse más que todo concretado al aspecto del derecho político y la constitución de los poderes.

Sabemos el influjo que tuvo y tiene Montesquieu sobre el pensamiento contemporáneo y por eso mismo es una pena que el autor que conoce bien su obra, no haya profundizado en sus observaciones, sobre todo en la teoría de la influencia del clima sobre las sociedades, los pueblos y sus gobiernos. Esto que abarca el doble aspecto político y sociológico, na ha sido debidamente estudiado. Por lo demás, los elogios que Montesquieu merece del autor son perfectamente lógicos y oportunos.

El segundo trabajo es la conferencia sobre «El Matrimonio visto por tres pensadores contemporáneos: Russell, Keyserling y Marañón», que bien le cae a Keyserling, a duras penas corresponde a Russell y de ninguna manera a Gregorio Marañón. El gran médico endocrinólogo español de tan discutida y cambiante actuación y prestigios políticos no es un «pensador», y con ello no se le quita un ápice a sus méritos que son muchos. Gran médico, volvemos a repetirlo, sus libros técnicos se traducen a todos los idiomas, incluso al alemán, escritor galano y ameno, ha hecho de la ciencia algo no encerrado dentro de las rejas del tecnicismo, sino alcanzable al procomún. Pero de allí a ser «pensador», hay mucha distancia. Sus libros de historia, disciplina por la que parece sentir un gran atracción, se resienten de unilateralidad y superficialidad. Y en ninguno de todos busca el dar directivas supremas al conocimiento y a la conciencia humana, que son los méritos que constituyen el verdadero pensador. Sin quitar valer a nadie, Marañón es sólo un gran profesional y un magnífico escritor; pensador no.

Por lo demás, todo esto viene al caso y vaya de simple agregado o digresión. Volviendo al tema central, Molina Campero analiza el tan debatido problema del matrimonio y del divorcio, de acuerdo a lo que al respecto dicen los tres autores que cita y se declara gran partidario de mantener en Bolivia la ley de divorcio absoluto. El acopio de materiales que añade a las opiniones principales que sirven de eje central a su trabajo es valioso y bien escogido.

En cuanto a la tesis de licenciatura sobre «El estado de sitio», conforme lo dice el prologuista don Casto Rojas, «es lección de derecho constitucional muy conocida, que no ofrece mayor novedad; se trata de un tema agotado». A ello habría que añadir lo que el propio autor dice: «Con todo el ardor de mis 23 años mozos de entonces, sostenía la supresión del sitio de la Constitución Política del Estado, mediante fundamentos varios. Hoy mi criterio en este respecto es distinto, considero conveniente tales disposiciones constitucionales, que de todos modos tienen límites determinados y obligan al Poder Ejecutivo a usar las facultades extraordinarias que permiten dentro de escrúpulos y miramientos esenciales».

Rara esta contradicción. Si el señor Molina Campero en 1931 pensaba que el estado de sitio debería suprimirse y hoy ya no piensa así, sino que por el contrario, debe mantenerse, entonces no debería haber publicado este ensayo de sus años de juventud. La sola publicación de algo inédito es porque se mantiene tal opinión, y precisamente por ello se la hace pública. Con todo es digna de encomio la franqueza y la lealtad del autor, franqueza y lealtad que le honran.

El autor dice en su advertencia que «la abundante bibliografía de los tres trabajos referidos que componen esta obra, procede exclusivamente de mi biblioteca personal, organizada pacientemente desde mis épocas de estudiante universitario y clasificada en siete Secciones, que exceden de los tres mil volúmenes, de las cuales la Sección Derecho y sus Ramas, es una de las más sólidas».

La sola circunstancia de que en medio de nuestra pobreza intelectual, alguien desde estudiante haya organizado una biblioteca, la misma que ya alcanza y sobrepasa los tres mil volúmenes, y aún más, la tiene clasificada en siete secciones, es de por sí un gran mérito para don Lionel Molina Campero. Revela un gran cariño por las labores intelectuales, por las cosas del espíritu que son de noble elevación, máxime en un medio poco propicio cual es el nuestro.

Concluye su advertencia diciendo: «Quizá sea objeto de crítica las numerosas citas de autores y tratadistas, empero cabe advertir que ellas sirven para reforzar los puntos de vista de las cuestiones, que seriamente trato y obedecen a propósitos de honestidad intelectual, ya que todo escritor responsable debe elaborar su propio pensamiento sin apoderarse de ideas y esfuerzos mentales ajenos». Nada mas loable, y cabe añadir que las citas están muy bien escogidas y oportunas. A fuerza de habilidad, no resultan cansadas, sino coadyuvantes simplemente del tema.

Dicen que un libro sin errores no se ha escrito aún, y que el peor libro es el que no se escribe nunca. Ello cabe bien con respecto del volumen de Lionel Molina Campero. No excento de fallas, es un estudio valioso, de contribución a nuestra bibliografía jurídica y sociológica, y revela en el autor gran trabajo intelectual, acopio paciente de materiales y nobles inquietudes en todo lo relativo al saber.

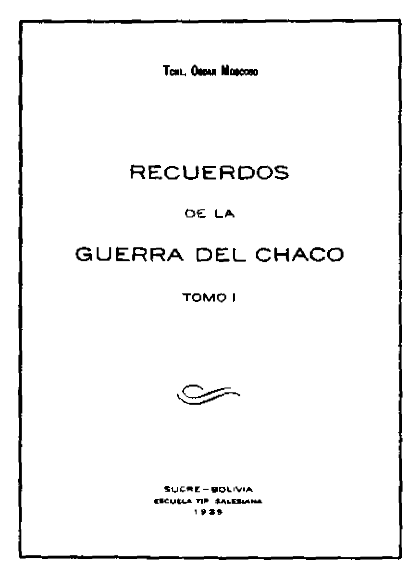
MOSCOSO, Oscar (Tcnl.) *Recuerdos de la Guerra del Chaco*, Tomo I, Sucre, tip. Salesiana, 1939; 274 p. - una de índice (81).

El Teniente Coronel Oscar Moscoso Gutiérrez, hoy en retiro del Ejército de Bolivia, fue comisionado por sus jefes para fundar un fortín en las orillas de una laguna que acababa de descubrir y bautizar con el nombre de Chuquisaca. Se trataba de lo más desolado y árido del desierto chaqueño, región desprovista de agua y de todo recurso. Allí, en la madrugada del 14 de junio de 1932, se trabó en combate con las tropas de un fortín paraguayo ubicado en las mismas orillas.

Esta fue la chispa del sangriento incendio de una guerra fratricida de tres años que costó a Bolivia la pérdida de algunas centenas de miles de kilómetros cuadrados de territorio, su actual bancarrota financiera y lo más trágico: 50.000 muertos que mordieron el polvo de esos abrasados arenales.

Hoy el Teniente Coronel Moscoso publica el primer tomo de sus memorias; aunque es muy joven, pues apenas contará cuarenta años, siente la necesidad de dejar a las generaciones futuras una especie de explicación de la responsabilidad que le cupo en la guerra del Chaco, tanto en su iniciación, como en todo su desarrollo, ya que tuvo actuación destacada durante toda ella, habiendo sido herido en el pómulo izquierdo.

81. *La Razón*, 1950, 2da. Sección, abr. 30.



160 155 x 92; 274 p.

El libro está escrito con llaneza, cual cumple a un militar no especializado en labores literarias, pero con grande soltura y amenidad que hacen su lectura fácil y muy agradable. Sereno, tranquilo en sus juicios, va detallando poco a poco todas las incidencias que él mismo llama «recuerdos». Lástima sí que haya olvidado fechar cuidadosamente su narración, ya que ello lo hace tan de tarde en tarde, que no se puede seguir una verdadera cronología; se ve claramente que escribió al compás de la memoria y no tras los apuntes de un diario de campaña.

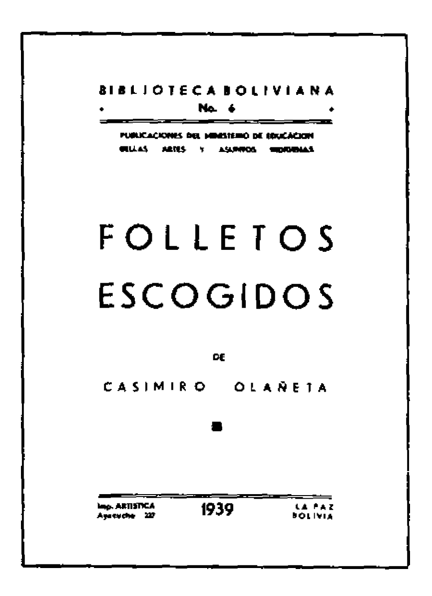
Hoy por hoy, no es la hora de dar el fallo correspondiente a las responsabilidades de la guerra del Chaco. Sirva de documento para el juicio correspondiente, este interesante libro.

La Paz, septiembre de 1939.

OLAÑETA, Casimiro. *Folletos escogidos de Casimiro Olañeta,* La Paz, Imp. Artística, 1939. Biblioteca Boliviana, N° 6. Publicaciones del Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas, 8°; cuatro + XXXIV + 197 p. (82).

De la edición de 1877, titulada *Obras de Casimiro Olañeta,* hecha por Manuel Campero, se ha escogido esta serie que hoy se publica, constando ella de seis folletos numerados con el título común de *Defensa de Bolivia.* Ellos fueron escritos alrededor de 1840 y tienen la violencia de las pasiones del momento, en plena cuestión y polémica con el Perú. Quitándoles su hueca ramplonería y el excesivo follaje de incongruencias tan propio de los escritos y de la vida de Olañeta, estos folletos contienen algunos datos históricos. Es una lástima que no se haya publicado la interesantísima *esposición* de 1826, en extremo rara, que contiene valiosas informaciones de carácter autobiográfico y para la historia de Bolivia. Sobre Olañeta, el anotador posee inédito un interesante estudio de don Gabriel René-Moreno al cual ha titulado

82. *Revista de Historia de América,* México, 1940, N° 8; 90.


BIBLIOTECA BOLIVIANA
No. 6

FOLLETOS
ESCOGIDOS

DE

CASIMIRO OLAÑETA

1939

LA PAZ
BOLIVIA

161 145 x 94; XXXIV + 197 p.

Fragmentos biográficos sobre Casimiro Olañeta, que está a punto de aparecer (83). La edición presente lleva un prólogo del director de la Biblioteca, señor Gustavo Adolfo Otero.

PACHECO LOMA, Misael. ***Resumen de la Historia de Bolivia***, Oruro, La Escolar, 1948, 603 p. ilustr. (84).

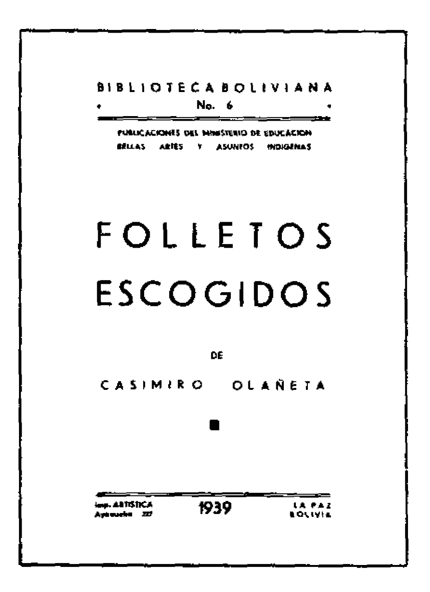
Se trata de un libro escrito por un maestro y con fines de servir de texto a sus alumnos. Esto excusa desde ya, cierto carácter del libro en vista del fin a que está destinado, de observar ciertos principios y conceptos, sobre todo en la parte preliminar relativa a definiciones y ciencias auxiliares de la historia. El estudio es completo, pues trata desde el origen del hombre americano hasta el gobierno actual.

La parte relativa al imperio y cultura incaica está muy bien, y revela madura reflexión y trabajo paciente de compulsa. Es muy superior a los capítulos que se ocupan de la época colonial y aún más de los referentes a la vida republicana que es la más descuidada. En su prólogo el autor declara dejar de lado relatos de batallas, en lo cual hace muy bien, pero en cambio, en cuanto a nuestros presidentes, se ocupa más de sus personas y ocurrencias que de otra cosa; es así un relato individualista y anecdótico, del cual el pueblo boliviano está ausente, notándose la no existencia de proceso social alguno.

En cuanto a la bibliografía, la mayor parte de ella es la consabida en esta clase de libros de índole didascálica, y con poca discriminación; no otra cosa significa el citar al novelista Blasco Ibañez entre autoridades científicas sobre el origen del hombre americano, o artículos

83. Este trabajo de René-Moreno se publicó con el título de *Papeles inéditos de Gabriel René-Moreno. Casimiro Olañeta. Esbozo de Biografía*. La Paz, Ediciones Banco Central de Bolivia. Academia Boliviana de la Historia, 1975; XVII + 150 p. (G.O.).

84. *La Razón*, 1949, ene. 16.


BIBLIOTECA BOLIVIANA
No. 6
PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION
BELLAS ARTES Y ASUNTOS INDIGENAS

FOLLETOS
ESCOGIDOS

DE

CASIMIRO OLAÑETA

1939

LA PAZ
BOLIVIA

161 145 x 94; XXXIV + 197 p.

Fragmentos biográficos sobre Casimiro Olañeta, que está a punto de aparecer (83). La edición presente lleva un prólogo del director de la Biblioteca, señor Gustavo Adolfo Otero.

PACHECO LOMA, Miguel. *Resumen de la Historia de Bolivia*, Oruro, La Escolar, 1948, 603 p. ilustr. (84).

Se trata de un libro escrito por un maestro y con fines de servir de texto a sus alumnos. Esto excusa desde ya, cierto carácter del libro en vista del fin a que está destinado, de observar ciertos principios y conceptos, sobre todo en la parte preliminar relativa a definiciones y ciencias auxiliares de la historia. El estudio es completo, pues trata desde el origen del hombre americano hasta el gobierno actual.

La parte relativa al imperio y cultura incaica está muy bien, y revela madura reflexión y trabajo paciente de compulsa. Es muy superior a los capítulos que se ocupan de la época colonial y aún más de los referentes a la vida republicana que es la más descuidada. En su prólogo el autor declara dejar de lado relatos de batallas, en lo cual hace muy bien, pero en cambio, en cuanto a nuestros presidentes, se ocupa más de sus personas y ocurrencias que de otra cosa; es así un relato individualista y anecdótico, del cual el pueblo boliviano está ausente, ocultándose la no existencia de proceso social alguno.

En cuanto a la bibliografía, la mayor parte de ella es la consabida en esta clase de libros de índole didascálica, y con poca discriminación; no otra cosa significa el citar al novelista Blasco Ibañez entre autoridades científicas sobre el origen del hombre americano, o artículos

83. Este trabajo de René-Moreno se publicó con el título de *Papeles inéditos de Gabriel René-Moreno. Casimiro Olañeta. Esbozo de Biografía*. La Paz, Ediciones Banco Central de Bolivia. Academia Boliviana de la Historia, 1975; XVII + 150 p. (G.O.).

84. *La Razón*, 1949, ene. 16.

de las revistas *Selecciones* y la argentina *Aquí Está*. En cuanto al lenguaje se puede señalar el uso de palabras no castellanas como por ejemplo «coloniaje».

Por lo demás, todas estas son faltas susceptibles de corrección en ediciones sucesivas. Lo que hay que valorar aquí y nunca lo suficientemente, es el esfuerzo desplegado en medio de la criminal indiferencia del ambiente y de la dura lucha que un maestro en Bolivia debe sostener. Por ello, por la constancia demostrada, por su amor al pasado y haberse sobrepuesto con este volumen a todos los contratiempos y dificultades, el profesor Misael Pacheco Loma merece todo elogio.

La Paz, diciembre de 1948.

PARDO VALLE, Nazario. *Trópico del Norte. La novela de un siringal paceño. Primer premio en el concurso nacional de novelas del IV Centenario de La Paz*, La Paz, Ed. Universo, 1949, 376 p. (85).

El Departamento de La Paz posee todos los climas y tiene tierras con su cultivo y producción propias de puna, de valle y de trópico. En su parte norte, sobre todo se hallan bosques que por su exhuberancia y su flora pertenecen a la selva amazónica. Es en esta zona donde se desarrollan las escenas de esta novela, valiosa como tal y más como documento ilustrativo sobre una región poco menos que legendaria.



162 146 x 92; 376 p. [1949].

Presentada al concurso convocado con motivo del IV Centenario de la Fundación de la ciudad de La Paz, el jurado calificador compuesto de distinguidos hombres de letras como

85. *La Razón*, 1949, nov. 13.

Hay una segunda edición de *Trópico del Norte*, La Paz, Biblioteca Popular de «Ultima Hora», 1977, 376 p. (G.O.).

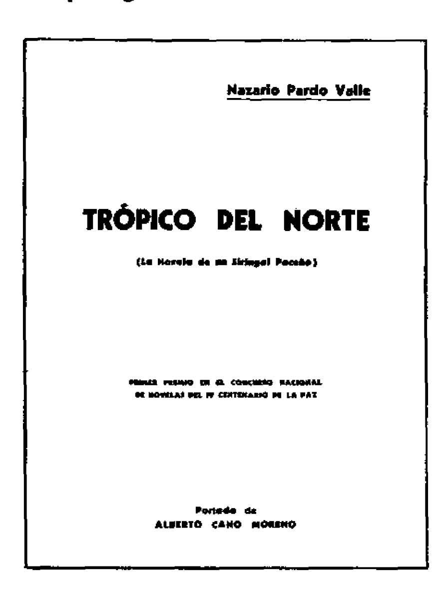
de las revistas *Selecciones* y la argentina *Aquí Está*. En cuanto al lenguaje se puede señalar el uso de palabras no castellanas como por ejemplo «coloniaje».

Por lo demás, todas estas son faltas susceptibles de corrección en ediciones sucesivas. Lo que hay que valorar aquí y nunca lo suficientemente, es el esfuerzo desplegado en medio de la criminal indiferencia del ambiente y de la dura lucha que un maestro en Bolivia debe sostener. Por ello, por la constancia demostrada, por su amor al pasado y haberse sobrepuesto con este volumen a todos los contratiempos y dificultades, el profesor Misael Pacheco Loma merece todo elogio.

La Paz, diciembre de 1948.

PARDO VALLE, Nazario. *Trópico del Norte. La novela de un siringal paceño. Primer premio en el concurso nacional de novelas del IV Centenario de La Paz*, La Paz, Ed. Universo, 1949, 376 p. (85).

El Departamento de La Paz posee todos los climas y tiene tierras con su cultivo y producción propias de puna, de valle y de trópico. En su parte norte, sobre todo se hallan bosques que por su exhuberancia y su flora pertenecen a la selva amazónica. Es en esta zona donde se desarrollan las escenas de esta novela, valiosa como tal y más como documento ilustrativo sobre una región poco menos que legendaria.



162 146 x 92; 376 p. [1949].

Presentada al concurso convocado con motivo del IV Centenario de la Fundación de la ciudad de La Paz, el jurado calificador compuesto de distinguidos hombres de letras como

85. *La Razón*, 1949, nov. 13.
Hay una segunda edición de *Trópico del Norte*, La Paz, Biblioteca Popular de «Ultima Hora», 1977, 376 p. (G.O.).

Abel Alarcón, Enrique Baldivieso y Abraham Valdés, emitió el siguiente veredicto: «Conceder el primer premio a la novela *Trópico del Norte* por Amador del Bosque, tanto pr la originalidad del tema, cuanto porque contiene un efectivo movimiento de novela, así como por su estilo propiamente literario».

«La descripción de los paisajes, la presentación de los caracteres humanos, las modalidades propias de la explotación de la goma en Bolivia –asunto sobre el que versa–, denotan en el autor maduro conocimiento del tema tratado y capacidad en el empleo de los recursos novelísticos».

Efectivamente nos vemos frente a una verdadera novela, que como su título lo indica es de carácter realista referente al siringal paceño. Aquí apenas si hay conflictos de almas y problemas de conciencia. No existen atormentados ni atormentadas de románticos sentimientos y morbosas ideas. Incluso un suicidio que aparece al final, es por razones que nada tienen que ver con el amor ni el problema del destino humano en el cosmos.

Es novela de hombres corrientes, comunes, casi diríamos vulgares, de los que forman el procomún de las gentes, el «hombre de la calle», sino fueran las escenas en los bosques. Pero aquí reside precisamente su mérito, nada de lo que sucede es extraño a lo humano como en la manoseada sentencia de Terencio, y los que conocen esas regiones podrían citar centenares de escenas semejantes a las que se relatan en la novela.

Y, sin embargo, los personajes están bien trazados y adquieren relieve propio sin difuminarse entre los demás.

La habilidad del escritor se ha visto aquí mostrándonos hombres comunes y que precisamente por serlo, se muestran bien nítidamente en su personalidad propia.

Ramón Pineda y Santos Medina son el espécimen de esos hombres de acción y de trabajo a quienes la América toda y Bolivia en particular, deben el no ser un erial; podrán tener sus errores, que muy humanos son, pero en la trayectoria general de sus vidas, dejan obra y hechos que poco a poco van plasmando el progreso de las regiones donde actúan. Cancio Delgado es también uno de tantos aprovechadores del trabajo ajeno y que con malas artes pretende hacer fortuna; en esto corre pareja con el doctor Julio Cabezas, abogado de mala ley que demuestra extraordinaria habilidad precisamente en los asuntos turbios.

Después, los capataces y peones, cada cual en su terreno están muy bien dibujados y saben representar el tipo al cual corresponden. Pero en lo que ha demostrado Pardo Valle mayor maestría es en la descripción de la naturaleza de los bosques y la vida que en ellos se llevaba con motivo de la explotación de la goma. Con sumo cuidado una y otra están mezcladas a las escenas de manera de no cansar ni un momento al lector y mas bien distrayendo su ansiedad por saber el desenlace con algunas disgresiones cortas de mucho carácter.

La embriaguez del oro, que embargó a todos con los altos precios de la goma y la decadencia fatal e irrevocable que en forma vertical arruinó a todos los que se dedicaron a esa industria, están muy bien pintados. La energía de Pineda que espera hasta lo último y con la postrer esperanza allí en medio del bosque que le dió fortuna y que allí quedaba sin valor alguno rubricó con un tiro el fracaso de su vida, es uno de los tantos casos en la especie.

En Bolivia, donde tenemos tan pocos novelistas de verdad, esta obra de Nazario Pardo Valle merece todo aplauso y es verdaderamente una consagración.

PAZOS KANQUI, Vicente. *Memorias histórico-políticas*. La Paz, Imp. Artística, 1939. Biblioteca Boliviana Nº 4. Publicaciones del Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas. 8°; cuatro + XLI + 167 p. (86).



BIBLIOTECA BOLIVIANA
No. 4

Memorias
Histórico Políticas

POR
VICENTE PAZOS KANQUI

ARTISTICA 1939 LA PAZ BOLIVIA

163 131 x 95; XLI + 167 p.

Es una reedición fragmentaria de la obra original que se imprimió en Londres en 1834, no conociéndose más que este tomo primero. En su texto se hallan en interesante confusión mezclados los sucesos de España y América con los de la vida del autor.

Curioso libro y aún más curiosas las aventuras de Pazos Kanqui, sobre las cuales pueden encontrarse noticias en René- Moreno. *Biblioteca Boliviana*, Santiago 1879, p. 584. Esta reedición lleva un prólogo del director de la Biblioteca, señor Gustavo Adolfo Otero.

PINILLA, Sabino. *La creación de Bolivia. Prólogo y notas de Alcides Arguedas*, Madrid [1917], 371 p. (87).

I

La casa Editorial América de Madrid que dirije D. Rufino Blanco- Fombona, en un volumen de impresión nítida, aunque con algunos errores de caja, en papel elegante y con un buen aspecto exterior al par que un nombre que llena la mente de recuerdos, nos trae la obra del estadista boliviano D. Sabino Pinilla, titulada: *La Creación de Bolivia*, obra que forma el volumen XVII de la Biblioteca Ayacucho de la casa editorial antes nombrada. Lleva un prólogo –que es más bien una introducción crítica–, y notas del notable literato boliviano D. Alcides Arguedas. Al final de la obra está un estudio biográfico del señor Pinilla por don Severino Campuzano; dicho estudio biográfico está fechado en la ciudad de La Paz en 1917, lo cual

86. *Revista de Historia de América*, México, 1940, Nº 8, 89.

87. Inédito.

nos indica la antigüedad de la obra, con lo cual podrá parecer nuestra modestísima crítica algo fuera de lugar; pero, como esta obra es poco conocida entre nosotros y es tal su importancia, que no resistimos al deseo de borronear algo sobre ella.

El prologuista, o más bien crítico, en veinticinco páginas de castiza literatura nos trae datos sobre la historia del libro y un estudio sobre su contenido. Nos dice que a la muerte del autor desaparecieron misteriosamente gran parte de los papeles inéditos que debían formar este volumen; sólo quedaron unos pocos manuscritos que son los que forman hoy este libro. Nos trae al caso la anéctoda de Carlyle con el primer volumen de su historia de la Revolución Francesa, que por una equivocación fue destruido como papel inservible. Los fragmentos de la obra de Pinilla «vienen a ser, dice Arguedas, como el mutilado tronco de un mármol antiguo, bello por la limpieza de sus líneas, por la gracia del contorno y el soplo de vida sana y jocunda que supo infundir en la inerte materia el soplo creador del artista» (88).

La obra del señor Pinilla así fragmentaria como es, representa una valiosísima contribución a la historia boliviana cuya literatura es tan pobre. Al hablar Arguedas de la importancia del libro trae a colación el nombre del más ilustre literato e historiador que Bolivia ha tenido: D. Gabriel René- Moreno, de quien dice que tiene una «pluma insuperada» y que «es el escritor boliviano más cumplido y meritorio de cuantos haya producido esta patria» (89). Son conceptos muy honrosos para quien consagrara su vida toda al estudio y la investigación de nuestra historia y que recibiera como premio el olvido intencionado de sus trabajos y hasta el insulto procaz de los malvados. Util será aquí, ya que lo hemos nombrado, copiar la opinión de otro publicista boliviano que sobre él tiene.

«La importancia de la labor literaria e histórica de René- Moreno, y que algún crítico contemporáneo podría llevar a cabo con patriótico provecho, revela los altos sentimientos del hombre y la vasta competencia del erudito» (90) y enseguida agrega: «Pocos hombres de la generación a que pertenecía y con quienes compartió en Chile labores intelectuales, tienen la erudición histórica y literaria y el sentido crítico que a René-Moreno distinguían. Ninguno tal vez, en los modernos tiempos, posee con más pureza ni maneja con más donaire el hermoso idioma castellano. Jamás se abanderizó en esas escuelas decadentes y galiómanas que han estropeado el idioma hasta convertirlo en remedo servil de los neologismos franceses. René-Moreno manejaba el estilo clásico en toda su pureza, conocedor profundo como era de los grandes maestros de la literatura española. Encuentran algunos cierta obscuridad o alambicamiento en sus escritos, pero es ese un refinamiento de erudición sobre todo en las obras que se refieren a la época colonial; una ostentación de buen gusto arcaico y de clasicismo literario» (91).

Don Luis Salinas Vega en una carta a D. Alberto Gutiérrez, que éste inserta al final de la obra que ya hemos citado, dice que trataba a Moreno con todo el «respeto que me inspiraba su carácter y su reputación literaria ya hecha» (92), y después dice que «Moreno tenía excelentes relaciones sociales con todos los hombres que ocupaban el gobierno en Chile: Alejandro Fierro, Cornelio Saavedra, Francisco Puelma, los Concha, los Vicuñas; eran todos amigos de él» (93). Estos conceptos que publicistas de la talla de Arguedas y Gutiérrez han emitido, son una honra para este país que le vio nacer y que tan mal pagara el intenso cariño que le tuviera Moreno.

88. *La Creación de Bolivia*. Prólogo, 8.
89. Ob. Cit. Prólogo, 8.
90. Alberto Gutiérrez. *La Guerra de 1879*. París, 1912; 160.
91. *Ob. cit.*, 162. 92. *Ob. cit.*, 275. 93. *Ob. cit.*, 278.

Nos habla Arguedas de lo incompletos que son los manuscritos del señor Pinilla y lamenta la pérdida de los que los complementaban. Esto nos trae a la memoria que aquí un historiador y bibliófilo D. Adrián Justiniano, tenía escrita la *Historia de Santa Cruz*, desde su fundación, con la compulsa de documentos tan importantes como raros; a la muerte del señor Justiniano desapareció el manuscrito, sin que hasta ahora se sepa nada de él. La Sociedad Geográfica e Histórica, a la cual perteneció el señor nombrado, debería valerse de todos los medios para conseguir tan importante manuscrito.

En el capítulo II de la obra del señor Pinilla es donde se ve más patente la falta de los manuscritos complementarios, pues ellos traerían mucha luz sobre el nebuloso período de las guerrillas de la independencia, época poco conocida.

Como complemento a las frases del señor Arguedas creemos conveniente agregar una sentencia del filósofo argentino José Ingenieros; dice así: «Estimo funesto para el porvenir de nuestra América -que considero grandioso en virtud de concebirla unificada-, el culto de los pocos capitanes complicados en sus alzamientos y motines, más o menos libertadores o liberticidas todos ellos; ninguno alcanzó la talla simbólica del «héroe». Ninguno» (94). Este culto a los caudillos es el patrioterismo, bien distinto, por cierto, del patriotismo es su más alta y cabal acepción.

Continúa Arguedas en su crítica, la que termina aplaudiendo al autor con frases conceptuosas mezcladas con expresiones obscuras, huecas sin sentido al parecer y que no son sino homenajes al historiador cuya obra prologa. En resumen el estudio del señor Arguedas -salvo algunas incorrecciones de forma-, es una crítica concienzuda y brillante.

II

Don Sabino Pinilla entra en las primeras páginas de su excelente libro, al estudio de los antecedentes históricos del *fiat* de la nacionalidad boliviana; entre éstos coloca las razas, la colonización española, diferencias de carácter e intelectualidad en las diversas razas o poblaciones, industria y comercio, instrucción pública y estado social a la conclusión de la guerra de la independencia. Pasemos al estudio de cada uno de estos puntos.

En cuanto a las razas primitivas en el Alto Perú, hay infinidad de teorías al respecto; Pinilla las analiza todas con criterio sereno, sin adherirse a ninguna, pues el problema está todavía en discusión y los sabios no se han puesto de acuerdo sobre el punto. Continúa con un examen detenido sobre los pobladores de Tiaguanaco, pueblo que según él fue habitado por la raza aimara (95). Apoyándose en las conclusiones de la filología que «es un derrotero brillante en estas complicaciones», pues como dice Bautista Saavedra nos lleva a la raíz de las civilizaciones, es decir al nacimiento y formación del espíritu humano» (96). Esta opinión de que los aimaras fueron los habitantes de Tiaguanaco ya la trae el citado Saavedra cuando decía: «Hubo una civilización extensa, superior y antigua a la incásica y de la que no quedan sino aquellos soberbios vestigios de Tiaguanaco, cuyos últimos descubrimientos afirman indiscutiblemente su grandeza respecto de toda otra, equiparándose únicamente a la azteca. Nada tampoco se opone a que los aymaras fuesen los representantes de ese grado de florecimiento social» (97). Analiza, como ya hemos dicho, sin adherirse a ninguna, las teorías respecto al

94. *Hispania*. Londres, 1° de octubre de 1913, año II, vol. II. N° 22; 8, 763.
95. *La creación de Bolivia*, 43.
96. Bautista Saavedra. *El Ayllu*, París, 1913; 8. 97. *Ob. cit.*, 68.

origen del hombre americano, sin entrar en frivolidades, expone la que sostiene que vino de Europa o de Asia (98), o provino de la Atlántida (99), o fue autóctona.

BIBLIOTECA AYACUCHO
BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

SABINO PINILLA

LA CREACIÓN
DE BOLIVIA

ALCIDES ARGUEDAS

EDITORIAL - AMÉRICA
MADRID

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

164 176 x 95; 371 p. [1917].

Después de una rápida excursión por sobre la conquista de los aimaras por los quechuas, entra al estudio del régimen de la propiedad entre estos pueblos. «Ese imperio, dice, realizó las modernas utopías del comunismo, mediante la energía y concentración en el soberano y su familia de las diversas fuerzas o poderes sociales, estableciendo el cultivo de la tierra por el trabajo colectivo, para que se disfrute en común, dentro de la base de una distribución proporcional; así que allí no albergaba el pauperismo» (100). Opinión perfectamente conforme con la que sostiene, apoyado en numerosos documentos, el ya citado Bautista Saavedra (101).

Enseguida entra al estudio de la forma en que se efectuó la colonización española en sus diversas fases. Para Pinilla, y en general para la mayoría de los historiadores, fue de dos clases dicha colonización: la que vino del Perú y la que vino del Plata. Estas colonizaciones «incubaron poblaciones que deberían caracterizarse en la Historia por la índole física y moral de sus progenitores» (102).

Sobre el sistema colonial proveniente del Perú dice: «Los que vinieron al Perú se tornaron por lo general aventureros osados, buscadores de fortuna y de honores, que en todas partes se entregaron con ahinco a locupletar a la vez que promover enredos y hechos sangrientos, apoderándose de tesoros de la autoridad para saciar sus apetitos; el mejor derecho de ellos, casi puede decirse el único, era el que estaba sostenido por brazos vigorosos y por cortantes o bien templadas espadas. Las crónicas del Perú, comprendiendo en éste al distrito de los

98. Francisco Pi y Margall. *Historia de América*, Barcelona, 1888, vol. I, t. I, 325.
99. Belisario Diaz Romero. *Tiahunacu y la América primitiva*, La Paz, 1920; 85 y sig.
100. *La Creación de Bolivia*, 46.
101. *El Ayllu*, 166.
102. *La Creación de Bolivia*, 48.

Charcas, destacan a lo vivo su audacia y los pervertidos antecedentes que establecieron para la existencia futura de los pueblos» (103).

Después habla de que otras colonizaciones fueron hechas por gentes en las cuales «predominaban las ideas caballerescas e incentivos laboriosos» y agrega enseguida: «Entre éstas merecen citarse las que vinieron del Río de la Plata con acopio de fuerzas vivificantes para producir y robustecer la sociabilidad que se pretendía establecer; la primera que salió de Sevilla en 1535, estaba comandada por D. Pedro de Mendoza, 'gentilhombre que había militado en Italia, enriqueciéndose en el saco de Roma bajo las órdenes del condestable de Borbón' y en ella se encuentra 'Un hermano de leche del emperador Carlos V, un hermano de Santa Teresa de Jesús y muchos capitanes y oficiales, *gentes que fueron sin duda*, -dice Azara- *los más distinguidos e ilustres entre los conquistadores de Indias*', la segunda estuvo compuesta de elementos igualmente ventajosos, dirigida por Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, y la tercera, a las órdenes de Juan Ortiz de Zárate, sobrepujó a las anteriores por la energía de las fuerzas reproductoras» (104). Ya Arguedas lo decía en su prólogo: «El carácter de los colonizadores del Plata y de Santa Cruz, diferente en su esencia al de los pobladores del Alto Perú, tanto por las inclinaciones de su temperamento como por la índole preferida de sus trabajos» (105).

Util nos parece copiarlas: «Los colonizadores de Santa Cruz, naturales de las provincias de Andalucía y Vizcaya, se desprendieron de las expediciones que vinieron a poblar directamente los litorales del río de la Plata, habiendo atravesado el Chaco, llegando a Chuquisaca y rematando su empresa con la fundación de la referida ciudad de Santa Cruz en medio de los fértiles valles del Amazonas y del Plata».

«Correspondiendo la colonización de Santa Cruz a la del Plata, no sería necesario contraponerla a la del Perú en el conjunto de ambas. Difieren esas dos inmigraciones por rasgos fundamentales que determinaron la genialidad y temperamento de cada una de las poblaciones que debían reproducir, fijando con señales étnicas la existencia histórica de su porvenir».

«La primera, radicada sobre territorios aptos hasta la esplendidez para la agricultura y ganadería, a la vez que cohesionada por hombres trabajadores y de ingenio capaz de expandirse intelectualmente, fue de preferencia adicta a las faenas de la tierra, así como, merced a la sutilidad de su espíritu, aficionado a la vida autónoma de los cabildos españoles. La libertad de que disfrutaban los expedicionarios, pues que al asociarse no lo hicieron con menoscabo de sus derechos, y la exuberancia del suelo productor, avivaron las aficiones nativas que les distinguían, obteniendo óptimos frutos» (106).

Uno de los más altos exponentes de la cultura contemporánea, el ilustre Henri Poincaré, ha dicho: «Un montón de piedras no es una casa, como un montón de hechos no es una ciencia». A ninguna cosa mejor podrán aplicarse estas palabras que a nuestra historia nacional. Sobre ella se ha escrito mucho, pero poco que valga la pena; de ella puede decirse lo expresado por Narciso Binayán en el prólogo de *La Epoca de Rosas* de Ernesto Quesada refiriéndose a la historia argentina «Hasta ahora la reflexión sagaz del hecho, intuición, como ahora se dice, uso de la substancia gris para decirlo todo de una vez, no aparece en nuestra historia».

El concepto moderno de la ciencia histórica, que tiende hacia la interpretación sintética de los hechos sociales en el devenir de los pueblos hacia su mejoramiento progresivo, en justa

---

103. *Op. cit.*, 48. 104. *Op. cit.*, 49.
105. *Ob. cit.*, Prólogo, 10. 106. *Ob. cit.*, 51.

relación a los factores internos y externos que constituyen los motores del proceso evolutivo de la especie humana, ha modificado por completo la manera de hacer historia. En la forma en que hasta hoy se había hecho en Bolivia.

Las historias que de Bolivia se han escrito, no merecen el nombre de tales. Casi todas ellas no han sido sino recopilación cronológica de las revueltas que encumbraron o echaron abajo tiranos y tiranías. Podrán titularse Historia de los Presidentes de Bolivia, pero nunca Historia de Bolivia.

Los Apuntes de Urcullu y *El Ensayo* de Manuel José Cortés, el *Bosquejo* de Ordoñez López y Crespo, tienen ese carácter ya apuntado. Ultimamente ha aparecido la obra de don Alcides Arguedas *Historia General de Bolivia. El proceso de la Nacionalidad.* 1809-1921, obra que pretende salir de los viejos moldes y tener el carácter de verdadera historia.

¿Cuál ha sido el carácter y la idea con que se han escrito las «Historias de Bolivia»?, ¿Qué concepción científica de lo que es la historia ha determinado la redacción de ellas? Someto estas interrogantes a vuestra benévola consideración. Intentaré en la medida que mis escasas luces intelectuales lo permitan, dar alguna opinión al respecto.

El profesor chileno don Valentín Letelier, en su libro *La Evolución de la Historia* (Tomo II, 370) dice: «Es simple expresión de la verdad decir que en la composición de la historia el estado social ejerce mucha mayor influencia que en la ejecución de las obras de arte». «Mientras las ciencias físicas se desarrollan observando lo que ocurre en el seno de la naturaleza, la historia se desarrolla narrando lo que ocurre en el seno de las sociedades. De esta circunstancia proviene que en todos los países la historia tenga el carácter de los pueblos que respectivamente los habitan. Donde los pueblos son belicosos, la historia, casi no habla más que de sucesos militares; y en las democracias agitadas da importancia particular a los sucesos políticos. Cuando la nación vive sojuzgada por el despotismo, la historia se olvida del pueblo cuya personalidad desaparece en la sombra que la del tirano proyecta; y cuando el arte literario es monopolizado por el sacerdocio, las obras históricas se cuajan de santos y mártires y toman el tinte de lo prodigioso los hechos más naturales».

Santa Cruz, 1921, agosto, 6.

REYEROS, Rafael. *El Pongueaje. La servidumbre personal de los indios bolivianos*, La Paz, Ed. Universo, 1949; dos + IV + 382 + IV + dos p. (107).

El autor de este trabajo es el conocido educador don Rafael A. Reyeros quien, fuera de los méritos bien ganados dentro de su profesión, ha conquistado también puesto de relieve entre los estudiosos y escritores bolivianos; su libro *Caquiaviri*, que se remonta a 1937, es un ensayo valioso de hondo sentido nacional; incluso llegó a reeditarse, lo cual, dentro de lo limitado de nuestro medio, dice mucho acerca de su importancia y de la aceptación que tuvo de parte del público lector; en sus páginas pueden ya encontrarse en embrión muchas ideas y conceptos que desarrolla más ampliamente en el libro que motiva estas líneas.

Por el camino de los estudios educativos, Reyeros ha llegado a la encrucijada sociológica y se ha sentido atraído por dichos fenómenos en su aplicación práctica a nuestra estructura y

107. *La Razón*, 1950, 2da. secc., jun. 11; 2da. secc. jun. 18; s.l, jun. 25 y en *Facetas*... Oruro, 1958; 284-307, con el título «Notas al pongueaje».

constitución social. Para hacerles frente, no necesitó de una preparación expresa, pues ya la traía de las disciplinas pedagógicas y filosóficas adquiridas, como –y aquí está lo principal–, por las observaciones propias en ese medio cuya dolorosa realidad habría de absorberle por completo. Y como fruto maduro de esas inquietudes, después del ya citado estudio, nos viene el presente libro cuyo solo título indica el tema a tratarse: *El Pongueaje*.

El primer capítulo de la obra de Reyeros trata de la «Demografía», analizando con datos y consideraciones la distribución de los habitantes de Bolivia y sus calidades. Comienza por la región de las selvas y llanos y al respecto dice: «La condición de los pobladores selváticos, que todavía en nuestros días irrumpen del tupido boscaje, para asaltar viajeros, como los yanaiguas, o son objeto de cruentas cacerías, es de verdadera *res nullius*. Adquiere dominio absoluto de propiedad el primero que los descubre o arranca a la vida montaraz. Se los emplea como braceros en los establecimientos ganaderos y agrícolas, sin más salario que la alimentación. Son bestias que ejecutan las duras faenas por sólo el sustento o por determinados utensilios y armas: pañuelos de color, espejuelos, escopetas, machetes. La misma táctica de los primeros conquistadores y descubridores. Por un machete de monte o una escopeta, el salvaje pignora inclusive su progenie y se somete dócilmente» (p. 2).

Esto es erróneo. El selvícola arrancado a la selva misma que es su medio natural, no puede ser mantenido por la fuerza como afirma Reyeros. Para ello habría que tenerlo en una cárcel; pero en trabajos de campo como se afirma se los ocupa, allí donde el monte lo rodea todo, puede escaparse en cualquier momento, sin que nadie pueda darle alcance, pues su habilidad nativa le hace no dejar huellas visibles de su paso. Alguna vez que pequeños grupos de familias salen del bosque a las haciendas en demanda de alimentos, se los emplea como dice Reyeros, pero ello con mucha dificultad, ya que no acostumbrados al trabajo regular, inmediatamente se cansan y retornan nuevamente a la selva.

Preciso es mucho cuidado y atención para no ahuyentarlos. En este sentido, muy difícilmente podrá encontrarse una obra más meritoria como la desenvuelta por Luis Leigue y su esposa en el núcleo indígena de Moré a orillas del río Iténez. Allí han sido traídos a la civilización selvícolas que ya la habían conocido, pero en sus peores aspectos, y se los ha atraído con sumo tacto y diplomacia, por decirlo así. Al principio, pequeños momentos de trabajo solamente; después crearles necesidades que a su vez, como lógica consecuencia traigan mayores esfuerzos, y así hasta habituarlos a una vida normal, incluso con sentido e inclinaciones estéticas –cosa eternamente olvidada en nuestra educación–, al hacerlos cultivar preciosos jardines simétricos y llenos de flores que cuidan amorosamente. Pero urge volver al tema (108).

Y continúa Reyeros: «*El camba* tipo representativo del bracero del Oriente, ignora el ciclo superior de proletarización. Su condición es peor a la de los aborígenes del altiplano. Los selvícolas arrancados al verde piélago del monte se reducen al pequeño mundo de la *barraca*. El deber del usufructuario de esfuerzo, es simple, y, llanamente, sustentarlo. En algunos establecimientos les asignan un salario hipotético y misérrimo –tres pesos bolivianos por jornada– y les yenden la carne de que gustan los bárbaros y es base de su alimentación por precios exhorbitantes: seis bolivianos la libra, volviendo automáticamente el salario a la primera mano. Cuando los neófitos huyen al grillete y la expoliación, la persecusión es tenaz, con los mismos caracteres de la cacería de fieras» (p. 2-3).

Notas de (G.O.).

108. Veáse el interesante libro de Luís Leigue Castedo. *El Iténez Salvaje*. Prólogo de Fernando Diez de Medina, La Paz, Ministerio de Educación, 1957; XVI + 184 + ocho p.

También esto necesita rectificación. Aquellos «selvícolas arrancados al verde piélago del monte», constituyen una ínfima minoría que no puede contarse en una estadística seria. Olvida Reyeros que la totalidad de los trabajadores agrícolas del Oriente boliviano no sòn «selvícolas arrancados al verde piélago del monte», sino indígenas descendientes de los catequizados por los jesuitas y que hace más de dos siglos se ocupan de tales faenas; en su noventa por ciento hablan castellano y perfectamente saben de sus salarios. Aquella época de una explotación inhumana ha pasado, al haber los servicios aéreos sacado de su aislamiento los más lejanos rincones de la patria.

Todos los trabajadores del Oriente reciben salario, mayor o menor según los casos, pero lo reciben; y gran parte de ellos recibe además la comida; de tal manera que no puede suceder aquello de la carne a seis bolivianos la libra. Que hayan muchos casos de injusticia y explotación es muy cierto, pero valga la oportunidad para decir que son la minoría y la excepción.

En general, en toda la región norte de Santa Cruz, que es la más densamente poblada de trabajadores agrícolas, el sistema de trabajo es el siguiente: el patrón está obligado a dar a sus peones sitio para que construyan sus chozas, y las más de las veces, construirselas o esperarlos con ellas listas para ser habitadas. Hay que pagarles un jornal, unas veces con la comida incluida y otras no; en el primer caso, la familia del peón también recibe comida; el jornal en estos casos suele llegar a veinte pesos bolivianos diarios y a veces más. El patrón debe darles terrenos aptos para que hagan sus propios chacarismos y sembradíos para su uso personal y cuyos productos son dueños de vender a quien quieran; por esto ni por las casas, pagan alquiler alguno. No hay servicio personal; nadie está obligado a servir en las casas de la ciudad o de la hacienda, y cuando así sucede, se trata de peones o sirvientes expresamente contratados para ello y con salarios expresos.

Como podrá verse, su condición es de hombre libre, aunque las deudas lo esclavicen, pero con una esclavitud que hasta cierto punto es sólo teórica. El dinero que se le adelanta o las especies dadas a cuenta, lo arraigan, pero en forma muy relativa. El indígena del Oriente boliviano se diferencia fundamentalmente del correspondiente del Altiplano en que no se siente de ninguna manera ligado a la tierra en la cual nació o trabaja. Si el patrón o el ritmo del trabajo no le gusta, o por simple espíritu de aventura, o por mala fe, de la noche a la mañana abandona todo y con su familia se marcha sin decir nada y las más de las veces dejando al patrón con una deuda mayor o menor sin tener a quien cobrar.

Rápidos andarines y conocedores del medio, con mujer e hijos marchan veinte, cincuenta o cientos de leguas y allí donde se les antoja conciertan trabajo con otro patrón con el cual repiten la misma historia. Esencialmente nómada el *camba*, en esta facilidad para la fuga tiene su defensa contra la esclavitud que de lo contrario lo aherrojaría. Hay patrones a quienes a veces se les ha dejado en medio de las faenas, como se dice «plantados», pues todo su personal de peones se le ha fugado y es muy difícil el recuperarlo. En este aspecto no existe la solidaridad patronal, pues cada amo procura sonsacar el mayor número que puede de las haciendas vecinas y quedarse con ellos, unas veces pagando sus deudas que se hacen transferir y otras en forma abusiva. Fuente de innúmeros conflictos, muchos de ellos sangrientos, es este sistema de sonsacar peones y atraérselos.

De estas condiciones se desprende que la situación del indígena del Oriente boliviano, sin ser una gloria, es muy superior a la de su congénere del Altiplano, que paga con su trabajo el arriendo del pequeño lote de terreno que trabaja, y a más de esto tiene la servidumbre personal a que se refiere precisamente este libro de Reyeros. Esa servidumbre personal, como

el pongueaje, no se conoce en el Oriente. No es que uno u otro elemento humano sea mejor o peor, sino que las condiciones de vida y de trabajo son esencialmente diferentes.

Hace Reyeros el análisis de la población boliviana, la cual después de diferentes datos calcula en aproximadamente tres millones y medio de habitantes y dice: «De los tres millones y medio de pobladores, hablando en números redondos, corresponde a los indígenas el 55% y el 44% a la clase dominadora: blancos y mestizos. De ese 44% que constituye por decirlo así la fuerza política y económica del país, detentan la propiedad de la tierra 109.433 seres privilegiados. Algo más de dos millones forman la clase desposeída, sin derecho a la tierra. Simples usufructuarios transitorios, la mayoría como arrenderos, aparceros, pegujaleros, que pagan con la moneda de su brazo» (pág. 8-9). Después viene el cuadro de fundos rústicos por departamentos correspondiente al año de 1948, a saber:

Departamento	Haciendas
Chuquisaca	7.739
La Paz	8.507
Oruro	224
Cochabamba	66.917
Potosí	8.971
Tarija	6.099
Beni	886
Santa Cruz	10.026
Pando	64
Total	109.433

Comenta Reyeros: «La población quechua y aymara que trabaja y vive en las 109.433 fincas o haciendas, se denominan «colonos». Las modalidades de explotación de estos colonos es lo que nos proponemos estudiar en estas páginas. El colono es parte integrante del suelo. Pasa de dueño en dueño como la tierra. Toda la industria agropecuaria boliviana está encomendada a su fuerza. Cumple, además la obligación de la servidumbre personal, con los amos, los dueños de la tierra. No goza de beneficio social alguno. Se expresa en su idioma milenario, como cuando fue conquistado por Pizarro. Sus usos y costumbres son primitivos. Es la productora de la mayor riqueza del país y vejeta, sin embargo, en la mayor necesidad» (pág. 12).

Extraño que Reyeros citando 10.026 propiedades rústicas en el departamento de Santa Cruz, 6.099 en Tarija, 886 en el Beni y 64 en Pando, que hacen un total de 17.075, o sea más o menos el 15% de las haciendas de todo Bolivia, extienda hasta éstas a los quechuas y aymaras, que en realidad sólo comprenderían un 85%. Además, en el Oriente boliviano no existe ese sistema de «colonos», y el indígena no forma parte del suelo ni mucho menos, pues ya sabemos que se va cuando le viene en gana; no hace servidumbre personal y se expresa en castellano, conforme queda sentado más arriba.

En el capítulo segundo, Reyeros estudia la «Estampa de los indios», y tiene rasgos muy acertados y valiosos en tal descripción. Interesante es copiar aquí cómo pinta la actitud del indígena del altiplano con referencia a la administración de justicia. Bautista Saavedra hace años que afirmó en su valioso estudio lo siguiente: «El aymara siente recóndito horror a la intervención de la justicia moderna para arreglar sus querellas criminales y civiles» (*El ayllu*, París, 1912, p. 170). Contrariando esta afirmación, con mejor conocimiento de la realidad, plena y palpable evidencia, asegura Reyeros cuando dice del indio:

«Aguanta la impaciencia. La espera es su actitud normal. Además, carece del otro recurso. Su arma invulnerable es la pasividad. Vence por la resistencia, que es la llave maestra de su vida. Durante la Colonia, los indios del Collasuyo, marchaban a pie hasta las lejanas Audiencias de Charcas, Buenos Aires o Lima. Esperaban dos o tres años, a veces toda una vida, la substanciación y la sentencia de sus causas. Para llenar cualquier requisito judicial, retornaban a sus lares, también a pie. Y a pie volvían a marchar a la sede central, con los recaudos cumplidos».

«Se puede tener a un indígena, esperando, quince, treinta días, cualquier bagatela. Un escaño en la puerta del rábula. En los pórticos de los estrados judiciales, en el patio del corregimiento, la subprefectura o la comisaría. Pendiente de una notificación, de un decreto de 'simple trámite'. Acurrucado en la primera puerta que se le ofrece, permanece ausente de sí mismo. Como momia o monolito. Imperturbable. La vida se insinúa levemente en el mecánico movimiento de las mandíbulas que trituran –como la llama rumia–, sus hojas de coca» (p. 23).

Esta página es verdaderamente clásica por su verismo, pese a su incorrección estilística, pues trasunta una cruda y palpitante realidad: y también significa una diferencia fundamental entre el indio del Altiplano y el del Oriente boliviano. El del Altiplano tiene propiedades o derechos que defender y pleitea por ellos: el del Oriente no tiene nada y jamás acude por ningún motivo a los tribunales de justicia. Cuando se lo oprime o engaña, lo cual es muy frecuente, su defensa, como queda dicho, es la fuga. Rara vez toma la justicia por su mano, y conforme se ha expresado anteriormente, su defensa es la fuga. Como el árabe del desierto, alza su familia y sus escasos enseres, todo portable a la espalda, y abandona sin mayor pena la choza que lo cobijó y se marcha lejos, lo más lejos que puede, a reiniciar la misma vida de siempre, las más veces con otro nombre, para eludir toda persecusión. El peón oriental es libre, precisamente porque no tiene propiedad alguna y nada lo reata al suelo.

En el capítulo titulado «La mercancía indígena», Reyeros analiza el problema del autóctono con referencia a la conquista y la colonia; cita numerosas opiniones de clérigos que no consideraban a los nativos de estas Américas como seres humanos, y comenta: «La condición humana de los 'naturales americanos', discutieron amplia y porfiadamente concilios selectos. Desmenuzaron el tema los doctores de la Iglesia, consejero y confesores de los Reyes y Grandes de España».

«¿Los naturales de 'terra incógnita' podían llamarse gentes? Tenían la misma conformación y figura que el común de los mortales? El problema primigenio colocado bajo la gruesa lupa de la escolástica preocupó a todo el mundo conocido. El punto capital de controversia versó sobre si eran dignos de ungirse con los sacramentos de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, tales como el bautismo y la confirmación. En el concepto de los descubridores los naturales eran bestezuelas primarias. Menos que bestezuelas. Los situaron entre las cosas y los objetos, como los árboles o ciertos animales dañinos poseídos del demonio que moraban en las tierras vírgenes. Especímenes intermedios entre el 'homo sapiens' y el mono. El eslabón, acaso el perdido entre el mono y el hombre, se habría dicho si la controversia se produce siglos más tarde».

«Las disquisiciones antes que científicas, eran teológicas. Podían esos seres concebir un Ente superior, recibirlo y reconocerlo como a Padre Supremo? Sería posible que el solo sacramento del bautismo les trasmigrara derechos humanos? Era posible que el óleo sagrado les asignara capacidad para distinguir el bien del mal, despreciar y olvidar el pecado y gustar y prácticar la virtud?» (p. 42-43). Bien pudo agregar aquí Reyeros para complementar esta

interesante síntesis de tan debatido tema, que cupo al papa Paulo III en su famoso breve *Veritas ipso* de 9 de junio de 1537 el declarar que los indios de América eran capaces de recibir la fe de Cristo y que no debían ser privados de su libertad ni de sus bienes.

Si bien es cierto que todo lo copiado anteriormente es de sobra conocido ya que se halla en numerosos tratados que se ocupan de esos temas, se lo ha transcrito para fundamentar la opinión poco favorable que Reyeros tiene de la obra española y que se condensa en el siguiente acápite: «La obra de España en América, es posible reducir a una: catequesis. Enseñaron a rezar a los indios y cobrarles cara, en la moneda fuerte de la encomienda, el repartimiento y la mita» (pág. 6). Conste que esta opinión está bastante generalizada entre los estudiosos de las Américas; al respecto pueden citarse los diversos libros de Agustín Alvarez, y la opinión de José Ingenieros quien dijo: «La enseñanza importada en América tuvo en definitiva una finalidad concreta: la inmediata prosperidad material y social de quienes la impartían, teóricamente confundida con la propagación de la fe» (*La evolución de las ideas argentinas*, vol. I, *La Revolución*, Buenos Aires, 1918, pág. 34).

Continúa el libro de Reyeros con el Virrey Toledo y un análisis de sus disposiciones. Este es uno de los casos más concretos de la diferencia que existe entre la letra y la práctica en la legislación de Indias. «Todo lo prevee Toledo. Moral, religión, buenas costumbres. Legisla sobre gobierno, agricultura, ganadería, minas, medicina, higiene. Dicta reglas hasta para el corte de uñas. Dispone se preparen indios jóvenes para sangradores, peluqueros, dentistas. Norma la vida de pueblos y reducciones, minas, obrajes, tambos. Sus disposiciones incursionan hasta la vida íntima de los reducidos. Pero ni se cumplen ni se observan» (p. 79).

Cuatro gruesos y bien documentados volúmenes ha dedicado el insigne historiador Roberto Levillier a la obra de don Francisco de Toledo, fuera de sus Ordenanzas que publica en el volumen octavo de sus *Gobernantes del Perú* (Madrid, 1924), que también se hallan en la edición de Lima de 1867 de *Relaciones de los Virreyes y Audiencias que han gobernado el Perú*. Pero, como decíase, todo fue letra muerta ante la realidad misma de las necesidades de los conquistadores, y así lo ratifica Reyeros: «¿Qué importa a las autoridades que los indios se corten las uñas, los cabellos, confiesen o anden con indias sospechosas? Lo importante es que rindan. Rindan en la mina, el agro, el obraje. Las disposiciones prohibitivas constituyen las mejores vetas de expoliación al nativo» (pág. 79).

El capítulo titulado «Mitas, encomiendas y repartimientos», es sumamente movido y lleno de datos; Reyeros sostiene que las nombradas instituciones «ponderan por su malignidad y el daño inferido a los naturales». Aquí en este capítulo se resumen todas las características de ese sistema de trabajo con mucho mejor conocimiento que las superficiales páginas de L. Capitán y Henri Lorin tituladas *El trabajo en América antes y después de Colón*, (Editorial Argos, Buenos Aires, 1948).

La mita es una institución que existía ya en el Incario, dentro de ese concepto de no dejar nunca ociosos a los indios de que habla Louis Baudin siguiendo al P. Acosta (*L'Empire socialiste des Inka*, París, 1928, pág. 143). Pero entre la mita incásica y la de la colonia, hay tanta diferencia como del cielo a la tierra; la primera suave, serena, perfectamente adaptada a la capacidad de trabajo de cada uno, jamás significó opresión, mientras la segunda era brutal, violenta y exterminadora. Así lo sostiene también Reyeros cuando afirma que «la mita incaica no participaba del carácter de expoliación forzada y de trabajo esclavista que fue su más saliente característica colonial» (p. 84).

Según René-Moreno en su estudio *La Mita de Potosí en 1795*, «en términos generales, la mita en el Perú no era otra cosa que el repartimiento forzado de los indios para los diversos servicios personales del comercio, agricultura, minería, etc.; pero se daba con particularidad este nombre al servicio forzado por excelencia, que era el de las minas de Potosí y Huancavelica, a cada uno de cuyos asientos se asignó la séptima parte de la indiada en la gruesa del repartimiento general respectivo» (*Revista Chilena*, N° 31, Santiago, julio de 1877). (109).

La descripción de Reyeros es terrible como todas las que se han hecho de tal institución: «La mita ha subsistido hasta el último día de la liberación americana, quedando el nombre como sinónimo de jornada en los trabajos mineros. Para la población aborigen fue una larga y diabólica pesadilla de trescientos cincuenta y cinco años. La mita aplicaban tanto a los peligrosos trabajos del subsuelo, como al cultivo de la coca y al obraje. Con ella se erigieron los pueblos hispanos. Levantaron las grandes moradas blasonadas de los españoles. Cultivó 'sus tierras'. Motorizó el funcionamiento de servicios públicos, como de postas y postillones, que conectaron las nuevas fundaciones y empujaron industria y comercio».

«A cada indio varón y físicamente hábil se sometía a dos o tres 'mitas', durante su vida. La mita duraba en total dos a tres años, de ruda labor, sin tomar en cuenta el tiempo empleado en el traslado a los asientos mineros, ni el retorno, si es que retornaban los mitayos. Teóricamente la jornada de trabajo abarcaba doce horas diarias. En la práctica se prolongaba hasta dieciocho horas. La faena legal debía empezar media hora después de la salida del sol y terminar con su puesta. Toledo estableció una hora de descanso a medio día para comer. En realidad el reposo y su duración dependían del humor de los capataces y la urgencia de la explotación minera».

«El negro conocimiento de la leva para la mita sacudía las poblaciones nativas como terremoto, desde sus más profundas raíces. Su solo anuncio caía como epidemia o una catástrofe irremediable que, recibían desolados. Los mozos comprendidos en el reparto eran objeto de halagos extraordinarios. Los despedían con inocentes fiestas. A su partida los lloraban como muertos. Los espíritus pusilánimes les consagraban ceremonias funerarias. Parientes y amigos vestían luto por los mitayos. La palabra mita provocaba estupor y pánico indescriptibles. Muchos a la proximidad de las comisiones huían despavoridos. Preferían la muerte y desgracias como la inhabilidad física. Se daban frecuentes casos de campesinos que cercenaban sus miembros vitales, como el único medio de huir del temido servicio. Ni las levas para las guerras, causaban semejantes trastornos» (p. 85 y sig.).

Como se ve el cuadro es aterrador. En cuanto a la vida misma de los mitayos en las minas de Potosí, nadie ha superado en plástica descriptiva a José Enrique Viaña en las páginas que al respecto aparecen en su novela *Cuando vibraba la entraña de plata* (La Paz, 1948), que en ciertos momentos parece ser una resurrección del infierno dantesco. Sensiblemente, Reyeros no ha analizado el tema a la luz de la polémica que en las postrimerías de la colonia sostuvieron el célebre Victorian de Villava con el Gobernador de Potosí Francisco de Paula Sanz, aunque es fama que los alegatos de éste eran escritos nada menos que por el célebre Pedro Vicente Cañete y Domínguez.

---

109. Una segunda edición: Gabriel René-Moreno. *La mita de Potosí en 1795. Con una adición de siete documentos inéditos compilados por Guillermo Ovando-Sanz*, Potosí, Universidad Tomás Frías, 1959: 71 † dos. Es el cuaderno N° 1 de la serie Minería, Mita Publicada en la *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas*, Potosí, 1959-1960.

Veáse Alberto Crespo Rodas. «La mita de Potosí» en *Revista Histórica*, Lima, t. XXII, 1955-56; 167-182. Una reedición: Potosí, Universidad, 1958.

Habla después de la encomienda, que es institución netamente colonial. Este derecho fue reconocido por Fernando el Católico en la disposición dictada en Valladolid el 12 de noviembre de 1509, incorporada como ley I, título VIII del libro VI de la *Recopilación* de 1680. La mente que presidió su creación se halla explicada por la pragmática de Carlos V dada en Valladolid el 10 de mayo de 1554, incorporada en el cuerpo jurídico indiano como la ley I, del título IX del citado libro VI, y dice a la letra:

«El motivo y origen de las encomiendas fue el bien espiritual y temporal de los indios, y su doctrina y enseñanza en los Artículos y Preceptos de nuestra Santa Fe Católica, y que los Encomenderos los tuviesen a su cargo, y defendiesen a sus personas, y haciendas. Procurando que no reciban ningún agravio, y con esta calidad inseparable les hacemos merced de se los encomendar, de tal manera, que si no cumplieren, sean obligados a restituir los frutos, que han percibido, y perciben, y es legítima causa para privarlos de las encomiendas. Atento a lo cual, mandamos a los Virreyes, Audiencias y Gobernadores, que con mucho cuidado, y diligencia inquieran, y sepan por todos los medios posibles, si los Encomenderos cumplen con esta obligación; y si hallaren que falta a ella, procedan por todo rigor de derecho a privarlos de las encomiendas y hacerlos restituir las rentas y demoras, que hubieren llevado, y llevaren, sin atender a lo que son obligados, las cuales proveerán que se gasten en la conversión de los Indios» (*Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*, Madrid, 1781, vol. II, 263).

El gran jurista de la colonia, Juan de Solórzano Pereyra define la encomienda así: «que sean un Derecho concedido por merced Real a los beneméritos de las Indias para percibir y cobrar por sí los tributos de los Indios, que se les encomendaren por su vida, y la de un heredero, conforme a la ley de sucesión, con cargo de cuidar del bien de los Indios en lo espiritual, y temporal, y de habitar, y defender las Provincias donde fueren encomendados, y hacer de cumplir todo esto, homenaje, o juramento particular» (*Política Indiana, etc.*; reedición de Madrid, 1930, vol. II, 21-22).

Lo copiado era la ley y el derecho, pero la realidad aquí en estas tierras era muy distinta. Reyeros nos dice: «El encomendero era dueño de la vida y hacienda de los indios. Disponía con desparpajo de cuerpo y alma. Era más que el Virrey: Azotaba, encarcelaba, mataba, a su arbitrio. Sin pérdida de tiempo, ni papeleo engorroso. Pues los muertos eran fácilmente reemplazados» (p. 93). En apoyo de su tesis, cita Reyeros a Huamán Poma de Ayala que vivió en los días de la conquista y vio con sus propios ojos lo que era la encomienda; lástima sí que Reyeros por un escrúpulo que no se explica en libros de seriedad científica, no ha tenido el coraje de transcribir en sus propios y crudos términos el pasaje en que el indio letrado relata los abusos de los encomenderos con las indias jóvenes y las casadas y que corre en el folio 563 de la edición de La Paz de su *Nueva Corónica y Buen Gobierno,* etc. (Edición de la Sociedad Geográfica, La Paz, 1944).

Un tratadista colonial trata de aclarar la diferencia que existe entre encomienda y repartimiento, y dice que «repartir es, cuando descubiertas, pobladas y pacíficas las Provincias, se encomiendan los Indios naturales dellas, la primera vez, entre los Conquistadores y Pobladores; y el encomendar es, dar, los que, habiendo sido antes repartidos, vacan por muerte de sus poseedores» (Antonio de León Pinelo *Tratado de Confirmaciones Reales, etc.*, (Madrid, 1630; fol. 5 y 5vta.; p. 41-44 de la reedición facsímil del Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires, 1922).

Tema tan interesante como es este de la encomienda, es una lástima que no hubiera merecido de parte de Reyeros un atento estudio en su estructura jurídica, para así hacer resaltar aún más las diferencias entre el derecho y el hecho en cuanto a tal institución se

ficar. Hubiera sido interesante la opinión de Reyeros ante los estudios de Silvio Zavala en su libro La encomienda Indiana (Madrid, 1935) y el de Guillermo Feliú Cruz y Carlos Monge Ufarro. Las encomiendas según tasas y ordenanzas, (Buenos Aires, 1941).

Pero esta falta se disimula con el juicio tan acertado que nos trae Reyeros cuando afirma: «El hacendado de la República, tiene mucho del encomendero de la Colonia. Casi, se puede afirmar, que, es heredero de su espíritu: angurria expoliativa y torpe soberbia con los subordinados» (p. 92). Esta es una verdad como un templo y ya de ello nos da cuenta José Carlos Mariátegui cuando habla del «gamonal de hoy, como el encomendero de ayer» (*Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana,* Lima, 1928, p. 29). Este término de «gamonal» también empleado en el Perú, debería Reyeros hacerlo extensivo a esa casta social que aquí predomina en Bolivia como legítima heredera del encomendero de la colonia.

En cuanto a los repartimientos, Reyeros no hace mayor hincapié, desdeñando un fenómeno sumamente importante, sobre todo en el aspecto que adquirió en el siglo XVIII. Si bien es cierto que resume lo principal de su forma y aplicación, hubiera sido preciso entrar en el detalle, incluso con datos y ejemplos de los cuales están llenos los dos volúmenes de Jorge Juan y Antonio de Ulloa *Noticias secretas de América* que publicadas por primera vez en Londres en 1826, se han reeditado en Madrid en 1918.

El capítulo relativo a «Postas y postillones» es uno de los más curiosos y de los mejor documentados, sin que por ello se le perdone un error grande cual es el de afirmar lo siguiente: «en la época colonial, sobre la base de los apeaderos de chasquis, y los *tampus* creados por el Inca Yupanqui, se organiza el tambo, venta o mesón. Institución ignorada en la época en Europa, el mundo de los conquistadores» (p. 103-104). No hay que olvidar que las ventas o mesones eran ya conocidos en la época romana (Willy Durant *César y Cristo,* Buenos Aires, 1948. vol. I, 520), y bastante comunes en el medioevo; Valdemar Vedel nos habla de ellas.(*Ideales culturales de la Edad Media.* vol. III, *La Vida en las Ciudades,* Barcelona, 1931; 51 y 100). En las ordenanzas gremiales de Francia en 1467, se mencionaba a los posaderos (E. Martín Saint-León. *Historia de las corporaciones de oficio,* Buenos Aires, 1947; 231). Lord Macaulay refiriéndose a esos tiempos del siglo XVI dice: «Desde muy antiguo era renombrada Inglaterra por sus posadas» (*Historia de Inglaterra,* Madrid, 1911. vol. II; 138) Por lo que respecta a la España de entonces, tenemos datos aún más concretos.

«Las casas de huéspedes recibían el nombre de fonda, posada y mesón, cuando pertenecían al vecindario de aldeas y ciudades: el nombre de *fonda* se reservaba para las hospederías mejor acomodadas y de más distinción, y el de *venta,* para las que en los despoblados, alejados de los vecindarios, servían de albergue a transeuntes y viajeros. Existían además en las ciudades figones públicos, en los cuales se suministraba el único plato del día, que solía consistir en sopa y un trozo de carne, pero servido en sencillos comedores privados; o bien se ponía a la venta en plena calle, la humeante *olla podrida,* en grandes calderos de tres patas. Aquí era donde se reunían aquellos allegadizos huéspedes de las más diversas clases sociales, para remojar el pan seco en las escudillas colmadas y dispuestas rápidamente a cualquiera indicación. Las relaciones contemporáneas están plagadas de las más acerbas quejas contra el estado deplorable de las hospederías españolas de aquellas décadas. Las ventas eran paraderos públicos desmantelados, de un primitivismo oriental; en las fondas de las ciudades se proporcionaba al huésped cama, sal, aceite y vinagre, pero todo lo demás tenía que procurárselo el viajero por su cuenta y razón».

«El mesonero mentiroso y trapisondista pasó a ser un tipo novelesco y su nombre se tomaba en el lenguaje popular como sinónimo de ratero o catabolsas, de ahí el refrán: Nadie

sería mesonero sino fuera por el dinero. El término *Venta* tiene su origen según la etimología popular española de vender el gato por liebre, y de ahí se dio en llamar *venta* al punto donde casi siempre se vendía el gato como si fuera asado de liebre. El ser ventero o mesonero era profesión poco decorosa y considerada para los españoles legítimos de los siglos XVI y XVII, y por esto se relegaba ese oficio ordinariamente a la actividad de italianos, moriscos y gitanos» (Ludwig Pfandl. *Introducción al siglo de oro*, Barcelona, 1929; 205- 206).

Algo más sobre este punto interesante: tan formaban parte de la sociedad y de la vida española de los siglos XVI y XVII los mesones, que ellos figuran en el Quijote y en todas las diferentes piezas de la maravillosa literatura coetánea, muy especialmente en el género picaresco. Sobre todo, tenemos a *La Pícara Justina* de Francisco López de Ubeda o de fray Andrés Pérez y que se remonta a 1605. Para complemento citemos a un autor que afirma: «Los mesoneros de las novelas picarescas son a la vez publicanos y pecadores. Si alguna vez prometen servir bien a sus huéspedes no pasa de ser promesa cuanto hacen. Los alimentos son malos, las ventas sucias y los venteros no siempre gente sin conciencia, pero las más de las veces en complicidad con los ladrones salteadores, etc.». (Frank Wadleigh Chandler. *La novela picaresca en España*, Madrid, 1913; 78). Con lo copiado basta y sobra para demostrar sobradamente que en la Europa del siglo XVI y concretamente en España existían ventas y mesones, a pesar de lo afirmado por Reyeros. Por lo demás el resto del capítulo está muy bien, pues trae numerosos datos e informaciones de valor respecto al tema de las postas y postillones.

Mediado ya su libro, encara Reyeros el punto capital que sirve de título a su libro: «El pongo», y dice: «En Bolivia vive una gruesa población –el 64%–, que ni es de asalariados ni empleados. Que desempeña faenas menores y serviles, sin retribución alguna. Se denominan *pongos*. Prestan servicios gratuitos al patrono o hacendado. Huérfanos de asistencia y del amparo de la legislación social. El servicio del pongueaje, apéndice del colonato es eminentemente personal. Más propio de seres irracionales que de miembros de la escala humana superior. La calidad de menesteres que desempeña se cataloga entre los servicios denigrantes, lesivos a la dignidad humana. El colono paga el usufructo del pedazo de tierra –una o dos hectáreas–, con dos clases de servicios: a) de peón agrícola y b) de siervo del patrón –Pongo–. Estos contratos se denominan de colonato. En los de aparcería, compañía y otros del mismo tipo, retribuye el uso de la tierra, a) en moneda y b) con sus brazos ya sea como bracero agrícola o como siervo. Ni el pago de alquiler por el uso de la tierra, exonera al indio del doble papel señalado» (p. 129 y sig. passim).

Continúa estudiando lo que es el ponguaje en el Perú y lo que es en diferentes partes de la montaña andina, para concluir que: «*El pongo* integra la tierra. Es parte de ella y sigue su suerte. Pasa como moneda de dueño en dueño y cambia de amos inusitadamente. Está por debajo del estamento social del proletario. Sirviente gratuito, los beneficiados con su trabajo, están exonerados de toda obligación. No lo atienden ni en las simples prestaciones que aconseja el innato sentido humano. Ni las debidas al perro o a las acémilas. En el siglo que corre la modalidad del pongueaje es típicamente boliviana. En ningún país americano sobrevive tan viejo régimen de prestaciones graciosas» (p. 135).

No cabe duda que estamos frente al mejor capítulo del libro, el mejor preparado. El estudio de Reyeros se concentra sobre un plan perfectamente bien metodizado, y después de las consabidas definiciones entra a un análisis genético de la institución en todo el tiempo que llevamos de vida republicana. Cita las diferentes medidas, desde los decretos de Buenos Aires en 1811, hasta las últimas disposiciones, para mostrar cómo, al igual que en la colonia,

las medidas legales protectoras del indio eran letra muerta, cual lo siguen siendo bajo la sedicente república democrática que según se afirma campanudamente nos gobierna.

Continúa después con otras formas de servicio personal cuales son las llamadas de *Huasicamas*, *Cachas* y otras menores. La primera es el alquiler de niños por sus propios padres, y las cachas o mensajeros, relacionándose así con los chasquis. Las *huarmisapas*, o mujeres solas, generalmente viudas, sin ayuda de ninguna clase, que sirven en la casa de hacienda ayudando en los quehaceres domésticos. Dedica un capítulo especial a ciertas formas de trabajo tales como las denominadas *yanapacus* y *mingas*, algunas de las cuales se practican incluso en el Oriente boliviano, y que son a base de cooperación colectiva.

Sigue en este mismo terreno con el *mukeo*, *trillapollo*, etc., que son ciertas formas especiales de trabajo personal que se convierten en renta positiva para el patrón. Cúmplase aquí lo que ya decía Mariátegui respecto de la economía feudal peruana: «El capitalista, o mejor el propietario, criollo, tiene el concepto de la renta antes que el de la producción» (*Siete Ensayos*, etc., p. 23).

Continúa Reyeros analizando diversas formas de gabelas y yugos que pesan inclementemente sobre el indio, las mismas que incluso están con detalles numéricos y nominativos de las haciendas donde se cometen los abusos. Hay franqueza y valentía en estos capítulos que por lo mismo adquieren un valor inapreciable, ya que son determinaciones verídicas y precisas del fenómeno que se estudia, con indicaciones concretas. Termina con un verdadero himno a la clase explotada cuando relata los medios de que se vale para tratar de salir de su tan triste condición. Reyeros no aconseja nada, pero al plantear tan pavorosos problemas y en una forma tan objetiva y explícita, señala al gobierno y a la nación toda sus deberes primordiales con esa desgraciada raza, quizá lo mejor de nosotros mismos, y la necesidad urgente de poner el inmediato remedio a su servidumbre.

Dentro de nuestra escasa producción sociológica, no ha faltado alguno que otro ensayo de mayor o menor envergadura acerca de estos temas de la situación personal del indio; pero desgraciadamente, la mayor parte de ellos han sido hechos, unos con criterio netamente lírico, desconociendo las realidades mismas y otros con criterio científico, pero foráneo, pretendiendo aplicar teoremas que podrían ser perfectos en otras latitudes y con otros hombres, pero que aquí en nuestro medio y con nuestro indio, tienen aplicación defectuosa. De allí una errada interpretación que con carácter general domina los estudios indigenistas; unos por sensiblería y otros por deformación principista.

Y se ha enunciado lo anterior, para decir precisamente, que el estudio de Reyeros está libre completamente de uno como otro defecto. Nada más valioso, para juzgar los elementos de juicio que el autor ha tenido a la vista para escribir su libro y el material documental de que ha dispuesto, que copiar aquí lo que el propio Reyeros narra al respecto; dice así en su prólogo:

«En 1936, se me brindó la oportunidad de tomar contacto estrecho con las cuestiones aborígenes. Desde la Oficialía Mayor de Asuntos Indígenas, esbocé un plan de labores. Lo previo era conocer la realidad de la vida de las poblaciones nativas, aunque no fuera más que de los grupos mayúsculos de quechuas y aymaras, médula de la tradición y de la vida boliviana».

«Formulé entonces, un 'Indice' para establecer la Condición de Vida y de Trabajo de las Poblaciones Nativas. Se distribuyeron cinco mil ejemplares en todo el país. Para que la información arrancara de diversas fuentes, a: profesores, subprefectos, corregidores, jueces,

sacerdotes. Apenas, respondieron a doscientos y tantos Cuestionarios o Indices, que permitieron rectificar, ratificar el conocimiento de los modos y aspiraciones de la vida aborígen».

«El Indice, constaba de trece capítulos y, comprendía organización social, organización familiar, gobierno, creencias, cultura indígena, industrias, vestidos, alimentación, habitación, condiciones económicas de trabajo, generalidades, salubridad, etc.».

«Tal conocimiento, completado con la observación personal, anterior y ulterior, ha amasado un criterio, tal vez incompleto, pero cabal, de una de las aristas de expoliación que sufren los indios, desde hace cinco siglos».

«Forman el armazón de estas páginas, innúmeros memoriales de indígenas con pinturas recargadas o pálidas de la expoliación de que son víctimas, Informes de Comisiones que con carácter oficial, investigaron las causas de los levantamientos indígenas 'huelga de brazos caídos', etc., en los últimos años».

«De tales documentos, surge a la primera hojeada, que el mal mayor que padece el indio, acaso el más grave, es la servidumbre personal a que está engrillado. Servidumbre personal que es esclavitud. Le cierra las puertas de la escuela. Lesiona su economía. Restringe el aprovechamiento en su beneficio, del valioso capital de su brazo. Y lo aprisiona en un estrecho molde de inferioridad que causa grave mal, antes que al propio indio, al país. La subsistencia del sistema de explotación, denominado 'pongueaje', denigra a Bolivia. Pero denigra más a los patrones».

«Es el estudio de esas formas de servidumbre que contienen estas páginas. Limpias de pasión y rencor subalternos. Frenada la pluma al límite riguroso del estudio y la apreciación etnográfica de sus modalidades».

He aquí una franca confesión sobre los elementos constitutivos de su libro, para después añadir con fuego: «Empero no es posible ocultar que en las páginas que vienen, señorea la pasión. Pero la pasión elevada del hombre, que aspira a que se enderecen las injusticias sociales y mejore la suerte de las mayorías bolivianas, carne y hueso de la Nación».

Hemos hablado de confesión, y lo es el prólogo del cual se han tomado estos párrafos. El autor no ha querido esconder en ningún momento de qué material ha dispuesto para su información y cuál su concepto primario acerca de la condición misma de ese estado social del indio. Pero, como decíase ya, todo esto no por un sentimentalismo lacrimoso, ni por prejuicio partidista *a priori*. No; Ha tenido especial cuidado Reyeros en las páginas de su libro, de sentar conclusiones que no salen de su cabeza por lirismo o capricho. Cada una de sus afirmaciones lleva consigo nutrida documentación que la fundamenta en forma granítica.

Y precisamente este es el mayor mérito del libro, juzgándolo desde el punto de vista de su arquitectura y de su trascendencia. Hay lecturas varias y copiosas de los cronistas coloniales que enseñan la vida social de esos años de la conquista y los posteriores durante el régimen español. Y todo esto hábilmente interpretado y ajustado a las realidades actuales. Todo el contenido del libro deja adivinar fuerte preparación en el ramo y mayormente aún un sentido de realismo que a veces duele con dureza verdaderamente cruel.

Pero no se crea que Reyeros haya extremado la nota para inclinarnos a determinada tesis. Esa crueldad de sus relatos, no proviene del autor, sino de la realidad misma, y ella es de tal naturaleza, que incluso hay veces en que se ve que Reyeros ha tenido tal horror, que más bien ha atenuado un poco las sangrantes realidades. Y la precisión científica va así llevando al lector como de la mano por todo ese panorama doloroso del servicio personal del indígena,

[illegible] a la manera de esa escuela dramática de Pirandello, no llega a ninguna conclusión, ni a [illegible] tesis; ni falta que le hace tampoco. Basta y sobra con lo que allí se lee documenta[illegible] y escrito en forma escueta, como para dejar en el ánimo del lector la certeza de una [illegible] auténtica.

No vaya a pensarse que con ello tenemos aquí en Reyeros una especie de Bartolomé de las Casas boliviano. Entre el Obispo de Chiapas y el ex-Oficial Mayor de Asuntos Indígenas de Bolivia, hay sencillamente, fuera de cuatro siglos de continuada servidumbre, la diferencia entre un apasionado apóstol y lírico defensor de la condición humana, en el sentido cristiano del concepto del indio americano, y un frío sociólogo que maneja materiales humanos y los [illegible] para mostrarnos a lo vivo lo que significan y el interrogante que constituyen para [illegible] futuro. Consta sí aquí que dentro de esa frialdad científica de que hace gala Reyeros, se siente muchas veces algo así como un temblor en la mano que esgrime la pluma y un sollozo que se anuda en su garganta impidiendo que el grito de horror y de excecración salga a los aires en demanda de justicia y de venganza.

Cuentan las leyendas piadosas sobre la vida de los santos, que algunos usaban ciertos cilicios y tormentos, sobre todo para aplacar los ardores de la carne pecaminosa. Algo así debe haber usado Reyeros para escribir este su libro sin salirse de los estrictos límites de la exposición científica. Y ello es más digno de admiración, pues sabemos se trata de un escritor apasionado en general y de fibra robusta para la acción y para la lucha. Y hay que felicitarlo por ello, pues así su libro ha ganado en serenidad y en atractivo para esa misma santa causa que defiende y que debiera ser la santa causa de todos los bolivianos (110).

La Paz, abril de 1950.

RIBERA ARTEAGA, Leonor. *El Poder Judicial de Bolivia y su reforma*, Separata de la *Revista Jurídica* del Círculo de Abogados, Santa Cruz, Imp. Emilia, 1954; 124 p. (111).

El doctor Leonor Ribera Arteaga, es uno de los intelectuales de mayor prestigio con que cuenta el Oriente boliviano; dedicado a escarceos literarios con bastante éxito, hace años que se ha consagrado por completo a la cátedra universitaria y el bufete del abogado; pero no se crea que para ser un picapleitos de aquellos que se enmohecen entre los expedientes. Todo lo contrario, ya que sus inquietudes intelectuales, así como una notable tradición familiar, le llevan al trabajo y al estudio principista de ese derecho que enseña a sus discípulos y que defiende ante los tribunales, así como lo aplicó al desempeñar una vocalía en la Corte Superior del distrito de Santa Cruz.

Como fruto de esas inquietudes, muy dignas de encomio por cierto, se halla su publicación titulada *El poder judicial de Bolivia y su reforma*, que constituye separata del número 2 de la *Revista Jurídica* del Círculo de Abogados del cual es Presidente el doctor Ribera Arteaga. En esa calidad pronunció las dos conferencias que convenientemente revisadas y ampliadas, constituyen este volumen de algo más de un centenar de páginas.

---

110. Actualmente, 1986, la situación descrita por Rafael Reyeros ha cambiado con las modificaciones político-sociales de 1953.

111. Inédito.

LEONOR RIBERA ARTEAGA

Historia, Reforma y Misión
de la Facultad de Derecho

(Y por extensión de la Universidad de Santa Cruz)

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD
"GABRIEL RENE MORENO"
Santa Cruz de la Sierra (Bolivia)
1.963

165 175 x 117; 230 p.

La primera conferencia se refiere al tema de un acuerdo de la Excma. Corte de Justicia de la República de 22 de abril de 1952, en el cual frente a una revolución triunfante declara: «1°) Que ve con agrado la constitucionalización del país, anhelando para la Nación, paz, trabajo y prosperidad. 2°) Que por su misión específica de respetar y aplicar la ley fundamental y lo demás que forma el ordenamiento jurídico de la República su acción se limita a administrar justicia, una de las imperiosas necesidades sociales en cuya tarea se encuentra empeñado, sin hacer interrupción de sus labores en resguardo de los intereses públicos y privados».

El doctor Ribera Arteaga analiza concepto por concepto la anterior declaración, a la luz de los dictados de la doctrina jurídica y de los antecedentes bolivianos, para hallarlos conforme al derecho y dentro de la noble misión que corresponde al magistrado de administrar justicia.

La segunda conferencia, de casi el doble de extensión que la primera trata del tema *Hacia la independencia del Poder Judicial*, dividiendo el trabajo en diez y seis capítulos que versan acerca del sistema de elección de los jueces; el juicio de responsabilidad criminal, la remuneración y las cualidades que debe tener el juez; el Poder Judicial y las transformaciones jurídicas; la revolución; la inamovilidad funcionaria; el juramento, las demandas electorales, etc., etc.

Analiza la autoridad moral de los fallos judiciales, la actitud y pronunciamiento de los grandes jueces acerca de los problemas jurídicos y el acatamiento y respeto que se debe al Poder Judicial y la Constitución Política y la afirmación de dicho poder y la justicia, como base inconmovible de la sociedad misma.

Como si todos estos estudios fueran poco, el doctor Ribera Arteaga nos entrega otro folleto titulado *Sobre el Ministerio Público y su reforma*, que no es otra cosa que una conferencia pronunciada en su calidad de Presidente del Círculo de Abogados de Santa Cruz de la Sierra, en la sesión de Honor que dedicara al Dr. Rafael Gómez Reyes, Fiscal General de la República el 25 de julio de 1954.

Las sugerencias contenidas en este trabajo son nada menos que 21, y se refieren a la publicación de un informe anual de labores de la Fiscalía General de la República, y de las Fiscalías del Distrito; modernización de sus organizaciones y atribuciones; control funcionario, seguridad de registros de fe pública y estado civil de las personas; más cuidado en los bienes de menores, así como mayor responsabilidad en los deberes de la paternidad.

Continúa con canje de antecedentes sobre delincuencia, defraudación de la hacienda pública, mejora legal de la institución policiaria, creación de la policía judicial en todos los distritos. Mejoras carcelarias; defensa a pobres y reos, estadística criminal; deberes de los subprefectos como policía judicial; mayor publicación de las circulares del ramo; y las nulidades de los juicios.

Todas y cada una de estas reformas que están debidamente fundamentadas con una sólida argumentación sacada de la práctica misma y avalada con citas de grandes tratadistas de la materia, acusando en el autor, una erudición poco común, sobre todo en los abogados profesionales, quienes, fuera del Código neto y de la Gaceta Judicial, jamás consultan nada ni saben nada.

Es justo hacer constar esta excepción que constituye el doctor Ribera Arteaga, y es justo también tributarle el aplauso que merece por sus tan valiosos estudios que honran nuestra literatura jurídica.

SAAVEDRA, Bautista. ***El Chaco y la Conferencia de Paz de Buenos Aires*****,** Santiago de **Chile, Nascimento, 1939; 4°, 291, más una (112).**



166 Bautista Saavedra.

BAUTISTA SAAVEDRA

EL CHACO

Y

La Conferencia de Paz de Buenos Aires

SANTIAGO DE CHILE

1939

167 166 x 103; 291 p.

---

112. *Revista de Historia de América*, México, 1939; N° 7; 182-184.

El 12 de junio de 1935, se oficializó en Buenos Aires el protocolo que ponía fin a la guerra del Chaco. Suscribieron dicho pacto el Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia don Tomás Manuel Elío y el igual de Paraguay, don Luís A. Riart. Este protocolo surgió del seno de la llamada Conferencia de Paz del Chaco, integrada por cancilleres y plenipotenciarios de diversos países neutrales, bajo la presidencia del Canciller argentino Carlos Saavedra Lamas. Esta conferencia continuó sus funciones hasta dos años más tarde, en que se firmó el tratado de paz definitiva y fijación de límites entre los dos países contendientes.

Como una valiosa contribución para aclarar lo que pasó en dicha conferencia, viene este libro del doctor Bautista Saavedra, que formó parte de la delegación boliviana. El doctor Saavedra además de político, es un gran jurista y sociólogo, como lo demuestra en diveros estudios publicados en diferentes oportunidades. Su calidad de ex-Presidente de la República y jefe de un poderoso partido político, daba a su actuación en el seno de la conferencia una excepcional importancia.

El libro del doctor Saavedra viene a satisfacer una gran curiosidad, ya que sobre los entretelones del protocolo de junio de 1935, se guardó siempre absoluta reserva, la cual se rompe por primera vez para saber por parte nuestra dónde y en quiénes deben recaer las responsabilidades o la gloria del pacto en cuestión. Frescos aún los sucesos y vivas las personas que en ello intervinieron -con excepción del propio doctor Saavedra, ha poco fallecido en Santiago de Chile-, no se puede formar aún un criterio definitivo sobre tal protocolo; pero en todo caso este libro es un valioso aporte que encara la cuestión a fondo, con sólido acopio documental en apoyo de sus afirmaciones.

El protocolo Elío-Riart, no ha sido criticado en sí, sino porque no precisaba ninguna obligatoriedad al arbitraje que se pactaba sin fuerza en su aplicación, al tratar de resolver la diferencia de los dos países en guerra. Y precisamente aquí radica el punto más importante de la cuestión, ya que el Paraguay en cincuenta años de diplomacia había rehusado sistemáticamente el arbitraje, y era lógico pensar que lo rehuiría ahora, como sucedió, ya que dos años después del protocolo Riart-Elío, tuvo que hacerse una paz directa, pues el Paraguay, con uno u otro pretexto, no aceptó ir al tribunal de La Haya, como se había convenido.

Esta falta de coerción por parte del protocolo, era mirada por los estadistas bolivianos como una falla fundamental del pacto y sus previsiones se cumplieron, sin que las disculpas de buena fe que alegaba el Canciller Elío sirvan para nada, ya que se dejó sugestionar por los homenajes y la palabrería de Saavedra Lamas.

Saavedra, en su libro, publica abundante material autenticado debidamente, de actas de la comisión y notas personales que prueban que él hizo siempre hincapié en este punto que consideraba debía ser sumamente claro y sin lugar a dudosas interpretaciones que escamoteen el arbitraje, como sucedió.

A pesar de todas estas recomendaciones, desoyendo las sugestiones de los miembros de la delegación boliviana y sin darle a ella ningún aviso, el Canciller Elío, por sí y ante sí, en la madrugada del 9 de junio, suscribió el protocolo que se oficializó el 12. El doctor Saavedra hizo algunos reparos; el gobierno de Bolivia, mediante cable cifrado, también los hizo, y en el mismo sentido de lo opinado por Saavedra, o sea dejar bien claro la obligatoriedad y el término que tenían las partes de recurrir al arbitraje de La Haya.

El Canciller don Tomás Manuel Elío, manifestó que ante estas observaciones fundamentales de su propio gobierno, prefería declinar su cargo de Ministro de Relaciones Exteriores,

y el gobierno de Bolivia, débil y vacilante ante esta amenaza y tímido por las responsabilidades, aprobó con esto, sin más ni más, el famoso protocolo.

Posteriormente, opiniones autorizadas como las del internacionalista y Canciller chileno Cruchaga Tocornal y del periodista brasileño Pizarro Loureiro, confirmaron los mismos temores del doctor Saavedra y del gobierno de Bolivia, o sea que al no fijar plazo ni obligación al Paraguay para someterse al arbitraje de La Haya, el Canciller Elío no había hecho sino prestarse al juego e intenciones del Paraguay, suscribiendo todos sus puntos de vista y abriendo nuevamente la puerta a las chicanas que fueron la lógica consecuencia de la no obligatoriedad, sobre la cual tanto insistía Saavedra.

Todas las afirmaciones del doctor Saavedra están perfectamente documentadas con las actas respectivas y quizás debido a ello el directamente aludido y señalado concretamente con el dedo de la acusación, el doctor Elío, atribuyéndole un verdadero y calamitoso fracaso, por su falta de previsión y su capricho al encastillarse en su propio y personal criterio, desoyendo a los demás, se haya quedado completamente callado, encerrado en un silencio que más parece ser de remordimiento que otra cosa. El silencio de Elío es injustificable, ante cargos tan tremendos y tan bien fundamentados. Tratándose de los intereses del país, urge saber la verdad de ambas partes, y las razones que tuvo el indicado Canciller para proceder como lo hizo, legándonos un protocolo hueco e incompleto que ha gravitado durante dos años, desastrosamente para Bolivia.

El texto del libro del doctor Saavedra es más de política casera que de historia y no hace al caso el comentario. En cuanto al estilo, es el que siempre emplea el doctor Saavedra; brillante, ágil, incisivo y con mucha elegancia, pecando a veces de un poco de violencia periodística. Su prosa amena y su argumentación muy sólida, revelan al catedrático y jurista, y sobre todo al polemizador y dialéctico para quien no son ajenas ni mucho menos las tareas del periodismo y el parlamento combativo. Después de este libro, queda el ánimo esperando la natural réplica de Elío que se hace esperar demasiado, pues mientras más tiempo pasa, las graves acusaciones de Saavedra quedan en pie robusteciéndose cada vez más. ¿Vendrá la réplica algún día? Así lo esperamos.

SAINT LOUP, Enrique. *La Circulación de la sangre* (113).

Con especial gusto y delectación se leen las crónicas y artículos que el Dr. Enrique St. Loup publica en EL DIARIO. Este galeno nos está demostrando que no se ha enmohecido ni anquilosado -término médico-, entre sus recetarios y sus bisturíes. Exento de la adustez con que algunos seudo-científicos saben esconder su profunda e irremediable mediocridad, es ágil y sencillo en sus escritos y trata de hacer llegar al mundo profano su gran saber en forma amena y agradable.

Su discurso de inauguración de su cátedra de Historia de la Medicina en la Universidad Mayor de San Andrés, ha versado sobre la relación de esa rama del conocimiento médico con la moral misma del profesional, aduciendo ejemplos, referencias, anécdotas que dicen mucho y bien de su cultura general humanística, y no sólo en su especialidad técnica. Ya sabíase

---

113. *El Diario*. 1955, may. 26. Comentario a artículos del Dr. Enrique Saint Loup publicados en *El Diario* el mes de mayo de 1955.

que era músico, y ahora nos muestra profundas inquietudes culturales que por loables, ojalá encuentren eco, no sólo entre sus colegas, sino también entre todos los estudiosos en general.

En su último artículo acerca de aquel tema, publicado en *El Diario* del domingo 22 del corriente mes, habla de *envidia medicorum* que tantas víctimas ha hecho en la historia de las bajas pasiones humanas. En el tema se refiere a Guillermo Harvey una víctima de dicha envidia y a quien considera como el descubridor de la circulación de la sangre.

Efectivamente, asegúrase que este fisiólogo inglés, nacido en 1578 en su obra *De motu cordis et sanguinis* (Francfort, 1628), planteó el asunto de referencia, el mismo que había sostenido en sus lecciones desde 1619, y que concretó mejor en su libro *De circulatione sanguinis ad Riolanum* (Cambridge, 1649), en el cual defiende su teoría contra su contendor Riolan. Más o menos es consenso en muchos libros el dar esta prioridad a Harvey en el descubrimiento de la circulación de la sangre.

Contradiciendo esta opinión está la que atribuye a Miguel Servet o Serveto, célebre pensador, astrónomo, teólogo, médico, etc., aragonés la primacía en el descubrimiento de la circulación de la sangre. Como es bien sabido, Miguel Servet nació alrededor de 1511 y murió quemado en Ginebra por orden de Calvino en 1553. Un autor muy leído, quizá por su tan agradable superficialidad, como es Pompeyo Gener, es uno de los que sostiene tal primacía en su libro *Servet*, publicado en 1911. Pero mucho antes que Gener un erudito de la talla de don Marcelino Menéndez y Pelayo también aseguraba lo mismo o algo parecido y ello con grandes elogios a la persona y talentos de Servet, no obstante su condición de heresiarca. Menéndez y Pelayo dice a la letra:

«Fuera de los errores de detalle y del tecnicismo anticuado, no hay duda que Miguel Servet abrió el camino a la gran síntesis de Guillermo Harvey. Así se ha reconocido desde los tiempos de Leibnitz, Guillermo Wotton y James Douglas, hasta los de Flourens y Willis, y pasaba entre los fisiólogos por cosa inconcusa». Añade la tentativa de un Dr. Chéreau, de París, para arrebatar esa gloria a Servet y dársela al italiano Dr. Realdos Columbus de Cremona y catedrático en Padua; cosa por cierto absurda, pues cronológicamente está desmentida. Los primeros manuscritos de Servet con su descubrimiento de la circulación de la sangre así como su *Renovatio Christianismi*, circularon en 1548 y esos párrafos los repite en su obra cumbre cual es *Christianismi Restitutio* de 1553. El libro de Columbus *De Re Anathomica*, es de 1559, once años después que Servet.

Paul Diepgen concede a Servet sólo «el principio de la circulación pulmonar; pero no el de la circulación general o gran circulación» (*Historia de la medicina*: Barcelona, 1925; vol. II, pág. 21). A su vez Douglas Guthrie sostiene lo mismo y con referencia al párrafo mismo aludido del libro de Servet comenta: «No hay, desde luego, en todo el relato alusión alguna a una circulación general y ni siquiera se emplea la palabra circulación» (*Historia de la medicina*; Barcelona, 1947, pág. 172).

Dos fanáticos calvinistas como ser W. T. Sedwick y H. W. Tyler, juzgan a Servet y al citado Columbus como que «anticiparon a Harvey postulando una circulación a través de los pulmones»; y añaden: «El enunciado de Serveto fue hecho incidentalmente en una obra teológica que encerraba tales ofensas al Papa como a Calvino, que sólo logró escapar del primero para morir quemado en manos del segundo, junto con toda la edición de su libro, con excepción de tres ejemplares» (*Breve historia de la ciencia*; Buenos Aires, 1950, pág. 258).

No tan incidentalmente se refiere Servet a la circulación de la sangre; en su *Christianismi Restitutio* lo hace al tratar del Espíritu Santo «y con ocasión de exponer la acción de éste

[illegible] se daba perfecta cuenta de la magnitud y trascendencia [illegible] cuando antes de entrar al tema dice que «va a [illegible], acaso antes a los mayores filósofos»; y así está en Menéndez [illegible] *Heterodoxos españoles*; Buenos Aires, 1945, vol. II, pág. CM).

[illegible] o la duda, mejor dicho, de si Servet descubrió la circulación general de [illegible] la pulmonar, nada podemos decir por nuestra absoluta ignorancia en tema [illegible] a nuestras actividades. Toca al Dr. St. Loup decir la última palabra al respecto. [illegible] de juicio vamos a copiar aquí en su texto castellano la parte en la cual Servet [illegible] su descubrimiento. Entre las versiones de Menéndez y Pelayo y de Pompeyo Gener, preferimos la última, pues si aquel podría saber más latín que el ensayista catalán, éste era [illegible] y tiene la prioridad en este caso, haciendo constar que lo entre paréntesis es de Gener [illegible] el objeto de aclarar el texto. Dice así:

«El espíritu vital (aludiendo a la sangre arterial), empieza a encontrarse en el ventrículo izquierdo del corazón, gracias sobre todo a los pulmones que lo producen. Es un espíritu ligero elaborado en la fuerza del gran calor de la sangre, de color vivo y de una gran potencia ígnea (quiere contener ya el oxígeno); es como si dijéramos un vapor lúcido, proveniente de [illegible] sangre más pura (la arterial), conteniendo en sí los elementos del aire, del agua y del [illegible] de una mezcla operada en los pulmones del aire aspirado [illegible] derecho del corazón comunica al izquierdo».

[illegible] en medio alguno por la pared media que separa el [illegible] se cree, sino que un largo artificio por el ventrículo derecho [illegible] la sangre sutil ha sido puesta en movimiento mediante un largo [illegible]. Los pulmones la preparan (oxidan) volviéndola brillante y [illegible]) es vertida a la arteria venosa (vena pulmonar). [illegible], la sangre es mezclada al aire aspirado, y así queda [illegible] sus materias carbonosas)».

[illegible] que la comunicación y la preparación se ha efectuado a través de los [illegible] varia y la comunicación de la vena arteriosa con la arteria [illegible] en los pulmones».

«Así pues, sin duda alguna la mezcla se hace en los pulmones. Este color brillante es dado a la sangre espiritual (arterial), no por el corazón, sino por los pulmones. En el ventrículo izquierdo no hay lugar suficiente para tan grande y abundante mezcla, ni para la elaboración de un color tan brillante. En fin, la pared media que no tiene ni vasos, ni medio alguno, no es propia a tal elaboración, aun cuando se abriera una grieta en ella, o se filtrara por sus [illegible]. Con análogo arte que en el hígado la transfusión de la sangre se hace de la vena aorta [illegible] (sangre venosa), igualmente se hace en el pulmón la transfusión del espíritu [illegible] a la arteria venosa... Este espíritu vital que contiene la sangre, es vertido [illegible] izquierdo del corazón a todas las arterias del cuerpo».

En vista de toda esta jerigonza, el Dr. St. Loup nos dirá lo que se puede sacar en limpio de ello; si la circulación pulmonar solamente, o la general o gran circulación. Mientras tanto, y a título de simple curiosidad, vamos a añadir algunos antecedentes más, que tomamos de la citada obra de Pompeyo Gener.

Según el referido autor, en 1544, Luis Lovera de Avila, en su Tratado de Anatomía, ya sostiene algo que pudiera interpretarse como la teoría de la circulación de la sangre aunque no estuviese ello muy claro. Igual cosa puede afirmarse del profesor Bernardino Montaño de

sobre la naturaleza humana»; y Servet se daba perfecta cuenta de la magnitud y trascendencia de su descubrimiento y así lo deja constar cuando antes de entrar al tema dice que «va a explicar los principios de las cosas, ocultos antes a los mayores filósofos»; y así está en Menéndez y Pelayo (*Historia de los Heterodoxos españoles*; Buenos Aires, 1945, vol. II, pág. CM).

Ante el dilema o la duda, mejor dicho, de si Servet descubrió la circulación general de la sangre o sólo la pulmonar, nada podemos decir por nuestra absoluta ignorancia en tema tan extraño a nuestras actividades. Toca al Dr. St. Loup decir la última palabra al respecto. Como elemento de juicio vamos a copiar aquí en su texto castellano la parte en la cual Servet revela su descubrimiento. Entre las versiones de Menéndez y Pelayo y de Pompeyo Gener, preferimos la última, pues si aquél podría saber más latín que el ensayista catalán, éste era médico y tiene la prioridad en este caso, haciendo constar que lo entre paréntesis es de Gener y con el objeto de aclarar el texto. Dice así:

«El espíritu vital (aludiendo a la sangre arterial), empieza a encontrarse en el ventrículo izquierdo del corazón, gracias sobre todo a los pulmones que lo producen. Es un espíritu ligero elaborado en la fuerza del gran calor de la sangre, de color vivo y de una gran potencia ígnea (parece entrever ya el oxígeno); es como si dijéramos un vapor lúcido, proveniente de una sangre más pura (la arterial), conteniendo en sí los elementos del aire, del agua y del fuego. Este espíritu vital proviene de una mezcla operada en los pulmones del aire aspirado con la sangre sutil elaborada que el ventrículo derecho del corazón comunica al izquierdo».

«Mas esta comunicación no se hace en modo alguno por la pared media que separa el corazón, como vulgarmente se cree, sino con un magno artificio por el ventrículo derecho del corazón después que la sangre sutil ha sido puesta en movimiento mediante un largo circuito a través de los pulmones. Los pulmones la preparan (oxidan) volviéndola brillante y viva, y de la vena arteriosa (hoy arteria pulmonar) es vertida a la arteria venosa (vena pulmonar). En seguida en esta misma arteria venosa, la sangre es mezclada al aire aspirado, y así queda purgada de toda fuliginosidad (quemada sus materias carbonosas)».

«La prueba de que la comunicación y la preparación se ha efectuado a través de los pulmones, está en la aproximación varia y la comunicación de la vena arteriosa con la arteria venosa en los pulmones».

«Así pues, sin duda alguna la mezcla se hace en los pulmones. Este color brillante es dado a la sangre espiritual (arterial), no por el corazón, sino por los pulmones. En el ventrículo izquierdo no hay lugar suficiente para tan grande y abundante mezcla, ni para la elaboración de un color tan brillante. En fin, la pared media que no tiene ni vasos, ni medio alguno, no es propia a tal elaboración, aun cuando se abriera una grieta en ella, o se filtrara por sus poros. Con análogo arte que en el hígado la transfusión de la sangre se hace de la vena aorta a la vena cava (sangre venosa), igualmente se hace en el pulmón la transfusión del espíritu de la vena arteriosa a la arteria venosa... Este espíritu vital que contiene la sangre, es vertido del ventrículo izquierdo del corazón a todas las arterias del cuerpo».

En vista de toda esta jerigonza, el Dr. St. Loup nos dirá lo que se puede sacar en limpio de ella; si la circulación pulmonar solamente, o la general o gran circulación. Mientras tanto, y a título de simple curiosidad, vamos a añadir algunos antecedentes más, que tomamos de la citada obra de Pompeyo Gener.

Según el referido autor, en 1544, Luis Lovera de Avila, en su Tratado de Anatomía, ya sostiene algo que pudiera interpretarse como la teoría de la circulación de la sangre aunque no estuviese ello muy claro. Igual cosa puede afirmarse del profesor Bernardino Montaño de

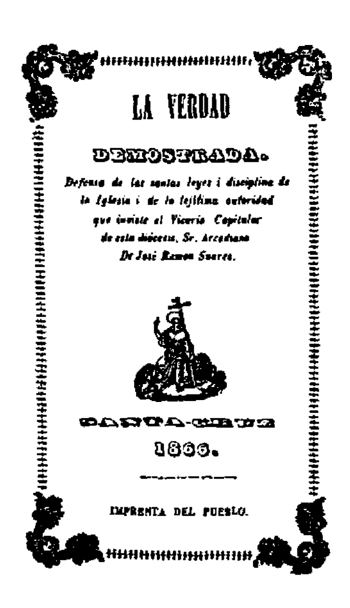
Monserrat, catedrático de Valladolid, quien en 1551 en su *Libro de la Anatomía del Hombre*, etc., se expresa en forma mucho más avanzada. Pedro Gimeno en su diálago titulado *De re Anathomica* de 1549 considera que «dilatado el corazón», absorbe el aire del pulmón; enseguida se contrae, y por medio de este impulso lo arroja juntamente con la sangre por medio de la grande arteria a todo el cuerpo». Y basta.

Si el Dr. St. Loup ha hablado de la «envidia médica», no debe olvidar también que existe una «leyenda negra», que se complace en negar a España todo lo grande que ha sido. Una forma de esta «leyenda negra», parece ser esta de atribuir a Harvey el descubrimiento de la circulación de la sangre haciendo caso omiso del ilustre español Miguel Servet. Conste además, que las obras de Harvey aparecieron casi un siglo después de las de Servet. En cuanto al italiano Marcelo Malpighi, también citado por el Dr. St. Loup es del siglo XVII y por tanto posterior a Servet y contemporáneo de Harvey. La prioridad cronológica, es pues del todo evidente.

Y ponemos punto final a estas deshilvanadas notas. Perdone el culto profesional y distinguido amigo el atrevimiento de un profano al querer incursionar en campos que le son tan ajenos, y sírvale de disculpa el haberlo hecho desde el punto de vista histórico únicamente.

La Paz, mayo de 1955.

SALDAÑA, Francisco Ramón. *Defensa de la Inmunidad Eclesiástica*. Santa Cruz Imp. del Estado. Administrada por Cayetano R. Daza, 1864; 4°; 11 p. (114).



168 153 x 93; 16 + 12 p.

---

114. «Bibliografía Cruceña», *El Registrador*, periódico, Santa Cruz, 1923, nov. 28, N° 2, p. 2, como simple anotación bibliográfica.

[SALDAÑA, Francisco Ramón]. *Reflexiones sobre la contrarenuncia del Sr. Presbítero Don Ramón Barba de la Prebenda de Media Ración de este Coro, provista en mi persona por renuncia que hizo de ella el Sr. Cura Don Toribio Ignacio Vaca*, Santa Cruz, Imp. del Estado, arrendada por Don Eulogio Villegas, 1865, 4°; 16 p. Suscrito en Santa Cruz, por Francisco R. Saldaña (115).

SALINAS, José María. *Historia de la Universidad Mayor de San Andrés*, La Paz, Ed. UMSA, 1949, 2 tomos, 529 + una p. Numeración correlativa (116).

Ha sido necesario que pase más de una centuria de nuestra vida independiente para que se despierte algún interés oficial por reunir materiales y datos destinados a que algún día se escriba nuestra historia. La Universidad Mayor de San Andrés de La Paz que ha cerca de veinte años cumplió su primer centenario, sólo hoy publica su historia. Por ello merece el más franco elogio y máxime si tal obra se edita en sus propios talleres tipográficos. La presentación merecería igualmente aplauso, si no fuera por la pésima disposición de las ilustraciones, en las cuales, pretendiendo darles un aspecto exótico, las fotografías quedan mucho más allá del margen normal.

El autor de este libro es un conocido y meritorio hombre de cátedra y de letras; en las aulas de la Universidad dicta sus lecciones don José María Salinas y fuera de ellas, hace labor de profesional abogado, a la cual roba muchas horas para dedicarlas a la investigación y el estudio de nuestro pasado; muy merecidamente es miembro de número de la Academia Nacional de la Historia. La presente obra, que como las anteriores de Salinas, vienen a enriquecer nuestro acervo cultural, está escrita con cariño al tema y a la institución, y ello es elemento vital para darle especial relieve al trabajo que dedicado a nuestra *alma mater*, es libro que se lee con deleite e interés.

La primera parte de la obra está consagrada a la «Universidad oficial», o sea cuando no constituía otra cosa que un organismo dependiente del Ministerio de Educación Pública, sujeto a todos los inconvenientes que tal régimen significa para una entidad de su índole. El primer capítulo trata de la «Instrucción pública en la época colonial», en el cual hace hincapié en el esfuerzo cultural desenvuelto por España en estas sus colonias, citando al español Gelpi y Ferro y al tudesco Alejandro de Humboldt, para probar que la educación colonial estaba muy avanzada.

Quizá hubiera sido mejor que en lugar de esas citas que no nos corresponden mayormente ya que más se refieren a Nueva España y otras posesiones, se nos dieran algunos datos estadísticos de las escuelas con que se contaba en Charcas durante el siglo XVIII y el número de escolares asistentes. A esto habría que agregarle una consideración acerca de las causas raciales y económicas – quizá las primeras consecuencia de las segundas–, del analfabetismo de nuestra tierra, y entonces hubiéramos tenido una visión más precisa y acabada de la realidad en esa época por lo que a nosotros concierne.

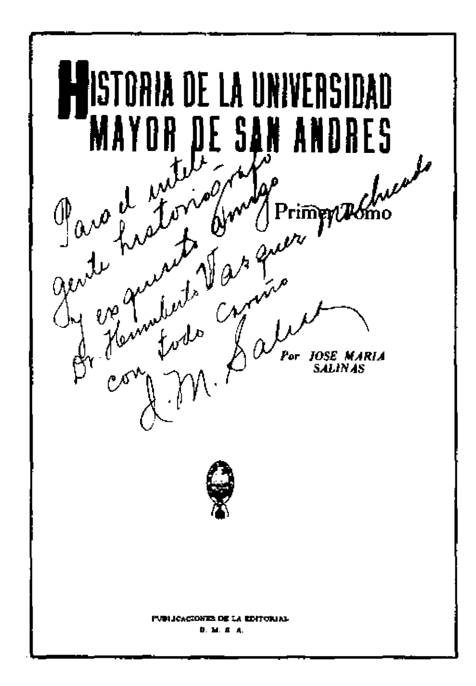
El segundo capítulo, relativo a la «Instrucción y educación al fundarse la República», está escrito con sólida fundamentación documental en los decretos y actos legislativos coetáneos,

---

115. «Bibliografía Cruceña», *El Registrador*, periódico, Santa Cruz, 1923, nov. 28, N° 2, como simple anotación bibliográfica.

116. *La Razón*, 1949, oct. 9, 16 y nov. 6.

dando el sabor de un conocimiento acabado del tema. Como quiera que la intención de Salinas es circunscribirse a la enseñanza superior, no se dedica a lo que significó para las ideas de la época la adopción de la *Ideología* de Destutt de Tracy, de los textos de Holbach, de Locke, de Bentham, etc., en la enseñanza boliviana, innovación de carácter en extremo radical y que se debió al primer ministro en el ramo, don Facundo Infante, español de destacada figura en las luchas liberales de la península, antes y después de haber actuado en América. También en este sentido es valiosa la contribución que tuvieron los Colegios de Ciencias y Artes, que fueron el núcleo embrionario de donde salieron las universidades de la República, incluso esta de La Paz.



169 185 x 115; 529 p. [1949].

El capítulo tercero relata «Cómo se fundó la Universidad Menor de San Andrés», comenzando, como es lógico, por el decreto de 25 de octubre de 1830, dado en Chuquisaca y suscrito por el Presidente Andrés Santa Cruz y el Ministro del Interior don Mariano Enrique Calvo; erradamente en el libro se hace figurar a Casimiro Olañeta en lugar de Calvo (p. 13).

El artículo 15 de este decreto en la parte relativa a la organización de la Universidad Menor de La Paz, establece que «constará de Protector, Cancelario, Vicecancelario, Celador Fiscal, Secretario, Catedráticos y Bedel». El art. 16 dice textualmente: «El Protector será el Prefecto del Departamento, como delegado del Jefe Supremo; el Cancelario el Presidente de la Corte Superior de Justicia para las materias profanas; y para las eclesiásticas el Deán de aquella Catedral; el Vicecancelario, Celador Fiscal, Secretario y Catedráticos serán por su orden, el Rector, Vicerector, Ministro y Catedráticos del Colegio».

Como podrá verse, por imperio del artículo 16, copiado, la Universidad Menor de La Paz, al fundarse no contó con un Cancelario, sino con dos; ellos fueron los señores José María Dalence, natural de Oruro y notable hombre público; en su calidad de Presidente de la Corte

Superior de Justicia de La Paz, era el Cancelario para las ciencias profanas. El otro fue don José Agustín Fernández de Córdova, natural de Chuquisaca, y figura valiosa de la iglesia boliviana; en su condición de Deán de la Catedral de La Paz, le correspondió ser Cancelario para las ciencias eclesiásticas. Por consiguiente a José María Dalence y a José Agustín Fernández de Córdova, es a quienes legítimamente corresponde ocupar el primer lugar en la lista de Cancelarios de la Universidad de La Paz.

Los otros dignatarios de la Universidad, en virtud de la función que ocupaban y de acuerdo al mismo artículo 16, fueron: José Manuel Loza, Rector del Colegio de Ciencias y Artes como Vicecancelario; Manuel José del Castillo, Vicerector del Colegio, como Celador Fiscal y José María Galdós, ministro del Colegio, como Secretario.

La inauguración solemne tuvo lugar el día 1° de diciembre de 1830 cual lo dice expresa y claramente *El Iris de La Paz* y lo afirma el propio Salinas. Hubieron diversas actuaciones: misa de gala del Cancelario eclesiástico, el Deán Fernández de Córdova, con asistencia de las autoridades administrativas y judiciales, entre las cuales la Corte Superior de Justicia con su Presidente José María Dalence, Cancelario para las materias profanas, etc. Hubo discurso de José Manuel Loza que era el Vicecancelario del nuevo instituto, el mismo que terminó expresando que la Universidad se llamaría «de San Andrés de La Paz de Ayacucho», en homenaje al Presidente Andrés Santa Cruz su fundador. El Presidente contestó excusándose de aceptar ese honor diciendo «querer poner mi nombre al nuevo establecimiento es la anticipación de la gratitud. Semejantes denominaciones pertenecen al imperio de la opinión; ella es quien las dicta, cohonesta o justifica».

Al comenzar este capítulo, Salinas copia un documento suscrito el 30 de noviembre y que vendría a ser algo así como el acta de fundación de la Universidad, un día antes de inaugurarse oficial y solemnemente. Este documento fue publicado por el señor Ismael Sotomayor, meritorio cronista y coleccionador de papeles históricos, en 1932 en el centenario de la Universidad Mayor, manifestando que pertenecía a su colección privada. Por su importancia, se ha de permitir el copiar aquí el texto literal de dicho documento que dice:

«En la muy Noble y muy ilustre ciudad de La Paz a los treinta días del mes de noviembre de mil ochocientos treinta años, reunidos los doctores de este M.I. Claustro, declaran inauguradas oficialmente las faenas de esta Universidad Menor de San Andrés que fuera creada por S.E. el Presidente de la República mediante decreto supremo de fecha veinticinco de octubre del año que cursa».

«Igualmente el M.I. Claustro se hace un deber en dejar constancia de su agradecimiento al señor Presidente D. Andrés Santa Cruz por su talento administrativo demostrado hacia la organización naciente de nuestra institución, al haber erigido este distrito universitario».

«Los infrascritos haciendo juramento determinan trabajar por la pronta elevación de [illegible] de esta Universidad Menor al rango de Mayor, solicitando para el caso las Cartas [illegible] le confieran las distinciones y privilegios que le sean propios para su uso y [illegible]

[illegible] de esta inauguración y de los acuerdos adoptados, firmamos al pie [illegible] de esta sacrosanta verdad».

«[illegible] Andrés Sta. Cruz.-Dr. José Manuel Indaburu.-José Manuel C. Loza.-Dr. Avelino [illegible].-Manuel José Asín.-Dr. Crispín Diez de Medina.-Eusebio Gutiérrez.-Dr. Joan[illegible] A. [illegible] Cisneros.-Dr. Coello.-Fermín Eyzaguirre.-Martín Cardón».

[illegible] de Justicia de La Paz, era el Cancelario para las ciencias profanas. El otro fue don José Agustín Fernández de Córdova, natural de Chuquisaca, y figura valiosa de la iglesia boliviana; en su condición de Deán de la Catedral de La Paz, le correspondió ser Cancelario para las ciencias eclesiásticas. Por consiguiente a José María Dalence y a José Agustín Fernández de Córdova, es a quienes legítimamente corresponde ocupar el primer lugar en la lista de Cancelarios de la Universidad de La Paz.

Los otros dignatarios de la Universidad, en virtud de la función que ocupaban y de acuerdo al mismo artículo 16, fueron: José Manuel Loza, Rector del Colegio de Ciencias y Artes como Vicecancelario; Manuel José del Castillo, Vicerector del Colegio, como Celador Fiscal y José María Galdós, ministro del Colegio, como Secretario.

La inauguración solemne tuvo lugar el día 1° de diciembre de 1830 cual lo dice expresa y [illegible] *El Iris de La Paz* y lo afirma el propio Salinas. Hubieron diversas actuaciones: misa de gala del Cancelario eclesiástico, el Deán Fernández de Córdova, con asistencia de las autoridades administrativas y judiciales, entre las cuales la Corte Superior de Justicia con su Presidente José María Dalence, Cancelario para las materias profanas, etc. Hubo discurso de José Manuel Loza que era el Vicecancelario del nuevo instituto, el mismo que terminó expresando que la Universidad se llamaría «de San Andrés de La Paz de Ayacucho», en homenaje al Presidente Andrés Santa Cruz su fundador. El Presidente contestó excusándose de aceptar ese honor diciendo «querer poner mi nombre al nuevo establecimiento es la [illegible] de la gratitud. Semejantes denominaciones pertenecen al imperio de la opinión; [illegible]».

Al comenzar este capítulo, Salinas copia un documento suscrito el 30 de noviembre y que vendría a ser algo así como el acta de fundación de la Universidad, un día antes de inaugurarse oficial y solemnemente. Este documento fue publicado por el señor Ismael Sotomayor, [illegible] cronista y coleccionador de papeles históricos, en 1932 en el centenario de la Universidad Mayor, manifestando que pertenecía a su colección privada. Por su importancia, se ha de permitir el copiar aquí el texto literal de dicho documento que dice:

«En la muy Noble y muy ilustre ciudad de La Paz a los treinta días del mes de noviembre de mil ochocientos treinta años, reunidos los doctores de este M.I. Claustro, declaran inauguradas oficialmente las faenas de esta Universidad Menor de San Andrés que fuera creada por S.E. el Presidente de la República mediante decreto supremo de fecha veinticinco de octubre del año que cursa».

«Igualmente el M.I. Claustro se hace un deber en dejar constancia de su agradecimiento al señor Presidente D. Andrés Santa Cruz por su talento administrativo demostrado hacia la organización naciente de nuestra institución, al haber erigido este distrito universitario».

«Los infrascritos haciendo juramento determinan trabajar por la pronta elevación de categoría de esta Universidad Menor al rango de Mayor, solicitando para el caso las Cartas respectivas que le confieran las distinciones y privilegios que le sean propios para su uso y jerarquía».

Para dejar constancia de esta inauguración y de los acuerdos adoptados, firmamos al pie en testimonio de sana sacrosanta verdad».

«[Fdo.] Andrés Sta. Cruz.-Dr. José Manuel Indaburu.-José Manuel C. Loza.-Dr. Avelino Vea Murguía.-Manuel José Asín.-Dr. Crispín Diez de Medina.-Eusebio Gutiérrez.-Dr. Joannes A. Cruce Cisneros.-Dr. Coello.-Fermín Eyzaguirre.-Martín Cardón».

Permítase ahora el copiar las observaciones que al documento anterior le cupo hacer a quien esto escribe en otra oportunidad (117); dichas observaciones dicen así:

«1°. Estar fechado el 30 de noviembre, como si ese día se hubiese fundado la Universidad, cuando es del todo evidente que lo fue el 1° de diciembre de 1830, según lo atestigua la crónica del acto, inserta en *El Iris de La Paz* del jueves 8 de diciembre de ese año».

«2°. Hablar el 30 de noviembre de 'Universidad Menor de San Andrés', así con apelativo, cuando al día siguiente, en la inauguración solemne, Loza proponía que se le dé ese nombre y el Presidente Santa Cruz, uno de los que aparece firmando el acta de referencia, se resistió a ello diciendo: 'Deben esperarse los resultados de esta casa' y que 'no puede aceptar lo que está reservado al fallo de la opinión, etc.' Dado el carácter de Santa Cruz, no es dable creer que antes de serle ofrecido en forma oficial y solemne, estuviese aceptando ese nombre en un acto de tal índole, para rehusarlo al día siguiente en forma tan pública».

«Si bien es cierto que el nombre persistió, cual consta de la misma ley de creación de la Universidad Mayor, ello se debe a que ese fue «el fallo de la opinión» que quería y esperaba Santa Cruz. Sin duda pensó que *palmam qui meruit ferat* y dejó que siga el santo de su nombre en lo que era su obra» (118).

«3°. El juramento de la última parte de 'trabajar por la pronta elevación de categoría de esta Universidad Menor al rango de Mayor'. El General Santa Cruz era extremadamente celoso de sus prerrogativas y preeminencias y era incapaz de comprometerse en una obligación así, que sería buena para los doctores o catedráticos, pero no para el Presidente de la República. Lo que le hubiera correspondido en tal caso era una promesa suya, oficial, como Presidente, de obtener del Parlamento la ley correspondiente. Dada la conciencia que tenía de su alta investidura, el General Santa Cruz hubiera pensado que el Presidente de la República no podía jamás someterse bajo juramento en actas de tal índole, por más que se trate de un fin tan alto, tan noble y de tanto valer cultural como era el de referencia».

«4°. Los firmantes del documento declaran ser 'los doctores de este M.I. Claustro'. Pero allí no figura ninguno de los dos cancelarios que lo eran, conforme se ha repetido, el Dr. José María Dalence y el Deán José Agustín Fernández de Córdova; tampoco aparece allí el Celador Fiscal Manuel José del Castillo, ni el secretario José María Galdós. El único de los firmantes que pertenecía a las dignidades del Colegio y de la Universidad, era el doctor José Manuel Loza, Rector del primero y Vicecancelario de la segunda».

«Es sumamente rara la omisión de las firmas extrañadas y que solamente los catedráticos, o doctores únicamente se hayan reunido con el Presidente de la República para firmar semejante documento. Y también raro que dichos doctores o catedráticos, sin las principales dignidades de la Universidad 'declaren inauguradas oficialmente las faenas' de la citada casa de estudios. A esto hay que agregar que la solemne inauguración del 1° de diciembre de 1830, fue iniciada con una misa, solemne también, del Cancelario Eclesiástico Deán Fernández de Córdova, que no aparece entre los firmantes».

Frente al documento y con las observaciones anteriores, tenemos planteado el problema a que se refieren los tratadistas de la materia, cuando nos hablan de las labores previas de la verificación del dato histórico. Al respecto Ernst Bernheim nos ha dejado conclusiones defini-

117. Puede consultarse los artículos sobre la Universidad de La Paz publicados por HVM en estas O.C. que corresponden a los años 1948, 1953 y 1959 (G.O.).

118. Lleve la palma quien se la merece.

ellos, que resumen Langlois y Seignobos. Teniendo necesidad de dar valor a un documento y careciendo éste de las condiciones de verosimilitud, cual el caso presente, corresponde el preguntarse si se trata de un caso de falsedad material o de falsedad intelectual del documento.

Sobre el primer caso, la falsedad material, no puede pronunciarse quien esto escribe, pues para ello necesitaría estudiar pr sí mismo o hacer estudiar con especialistas el documento mismo y someterlo a la crítica de autenticidad. En cuanto a lo segundo, es posible con la simple lectura del documento pronunciarse sobre su falsedad intelectual, y eso es precisamente lo que se ha comprobado más arriba, ya que se dan varias razones, a las cuales pueden agregarse otras que permiten afirmar que nunca pudo firmarse semejante documento.

Continúa Salinas con una síntesis biográfica del fundador de la Universidad, el General Andrés Santa Cruz, al final de la cual establece una especie de concomitancias o coincidencias acerca de un posible paralelo entre Santa Cruz y Napoleón. No es posible aceptar tales cosas dentro de un recto criterio histórico y dentro de la seriedad de tal clase de disciplinas. Ningún personaje se parece a otro, y por tanto, estas comparaciones están completamente fuera de lugar. Ni siquiera dentro de las *Vidas Paralelas* de Plutarco, es posible el hallar esas semejanzas que justifiquen tales comparaciones. Aún dentro del concepto cíclico del devenir histórico según la doctrina spengleriana, no hay semejanzas, sino apenas homologías, y ellas dentro de mucha relatividad.

Después viene una lista de quienes fueron miembros del primer Consejo Universitario, a cuya cabeza se halla el Obispo José Manuel Gregorio Indaburu. Esta lista se halla complementada con una reseña biográfica de cada uno, lo cual da gran valer al trabajo. En el tomo segundo se inserta esta lista con los Cancelarios y Rectores.

En los datos referentes a José Manuel Loza, se dice que nació en La Paz el 5 de enero de 1801, lo cual sin duda Salinas ha tomado del *Diccionario* de Aranzaes, quien así lo afirma. Nicanor Aranzaes era generalmente bien documentado, pero tenía el grave defecto -general de casi todos nuestros escritores, incluso Salinas-, de no citar nunca las fuentes de sus informaciones. Es muy posible que la fecha que dan Aranzaes y Salinas, así como los padres: Vicente Loza y Teresa Cuentas, sean auténticos, y tomados de la correspondiente partida de bautismo, pero el dato, así sin fuentes, es dudoso.

En la biografía de Loza que escribió Félix Reyes Ortiz, dice que gozando de su benévola intimidad cierto día llegó a preguntarle por su edad, lugar de nacimiento y padres, y Loza le respondió: «Yo mismo no lo sé; fui huérfano: desde mi tierna edad no conocí a mi padre, y llevo el apellido de mi madre, única persona que me alimentó y educó; nací probablemente hacia principios de este siglo, en alguna aldea del territorio altoperuano (Copacabana), y me bautizaron en otra del Perú (Yunguyo)». Como podrá verse, la propia confesión del interesado hace dudar al respecto de sus padres y lugar de nacimiento. parece que además, en ciertas ocasiones firmaba «José Manuel Coronel Loza», lo que trae mayor confusión aún.

Con respecto a Juan de la Cruz Cisneros, bien podría añadirse que en su calidad de catedrático de la Universidad Mayor de San Andrés redactó y editó dos pequeños volúmenes de un *Curso de Filosofía*, que apareció sin nombre del autor; el dato corresponde a José Rosendo Gutiérrez (*Datos para la Bibliografía Boliviana*, La Paz, 1875; 53).

Con toda la extensión que merece se ocupa Salinas de la fundación de la Universidad Mayor, o mejor dicho de la conversión de la Menor en Mayor, debiendo lamentarse el que no haya incluido los debates parlamentarios a que dio lugar y que son sumamente interesantes pues nos dan la ideología y el pensar de la época; conste que uno de los firmantes de la ley

respectiva, don Manuel de la Cruz Méndez, fue uno de los que más se opuso, declarándose enemigo de la educación universitaria en general.

Los capítulos que Salinas dedica al «primer estatuto universitario», y al detalle de «materias y cuestiones de Bella Literatura y Economía Política», revelan estudio acucioso de los documentos pertinentes, así como de los dos folletos de 1832 que contenían en sus 400 proposiciones los programas a que debían sujetarse los que rindiesen examen para regentar las cátedras de las ramas indicadas. En cuanto a los «otros estatutos universitarios», Salinas agota la materia con la investigación del material respectivo. Por lo que atañe a la «Universidad oficial», hace un relato rápido pero con todas las indicaciones sobre el desenvolvimiento que ha tenido, con carácter general hasta su semi-autonomía, dejando, como él mismo explica, el detalle de la labor y acción para cuando trata de las diversas facultades.

Y así vemos desfilar desde sus orígenes a las Facultades de Derecho y Medicina, a las Escuelas de Farmacia, de Odontología y Obstetricia; a las Facultades de Teología, Ciencias Económicas, Físicas y Matemáticas, Filosofía y Humanidades, Instituto Nacional de Comercio, Conservatorio Nacional de Música, Colegio Nacional Ayacucho y Liceo de Señoritas. También se historia instituciones que atañen al servicio universitario, tales como la Biblioteca Universitaria y el legado Escobari. Termina el tomo primero con una reseña de las actividades de la Federación de Estudiantes, desde sus orígenes hasta la semi-autonomía universitaria. En todas estas enumeraciones se ve la consulta del documento original, las fuentes de primera mano que ha utilizado Salinas y que dan a su libro ese aire de solidez y de verdad que lo caracteriza.

Por lo que se refiere a la vida de la Federación de Estudiantes, estas páginas son sumamente interesantes, encontrándose referencias sobre las primeras inquietudes al respecto y cómo se fueron desenvolviendo. Hay calor y vida en este relato, como que el autor vivió intensamente esas actuaciones y consta que sufrió persecusiones de índole política durante sus años de universitario. Datos que estaban dispersos en diarios y revistas o en el recuerdo de quienes intervinieron, aquí adquieren personalidad propia y se incorporan al conocimiento histórico. Un día servirán para que se escriba la trayectoria del pensamiento y de la acción universitaria boliviana.

La segunda parte del trabajo y primera del volumen segundo comienza con los cancelarios y rectores de la Universidad oficial, que parece pertenecer a la primera parte. Estudio valioso, ya que igual al que está dedicado a los miembros del primer Consejo Universitario, no solamente detalla las fechas en que ejercieron el cargo, sino una pequeña reseña biográfica. Llama profundamente la atención el silencio absoluto que guarda Salinas respecto de los Cancelarios de la Universidad Menor, que como queda dicho repetidamente más arriba, fueron José María Dalence y José Agustín Fernández de Córdova. Es inexplicable esta prescindencia, ya que comienza la lista con José Manuel Gregorio de Indaburu que fue Cancelario de la Universidad Mayor.

Continúa Salinas con la Universidad bajo el régimen de semi- autonomía, con sus diversas modificaciones, el estatuto de 1932, para seguir con la Fundación Universitaria Simón I. Patiño, la celebración del centenario de la Universidad, las donaciones recibidas, la Federación de Estudiantes durante esta época, los títulos expedidos y una semblanza del rector de ese período que fue don Juan Francisco Bedregal cuya memoria todos recuerdan con cariño y respeto.

La última parte está dedicada a la Universidad bajo el régimen de plena autonomía. Se analizan los antecedentes, los decretos respectivos, las diversas actuaciones, las adquisiciones hechas, los presupuestos, las elecciones rectorales, con el correspondiente capítulo sobre la actuación que le cupo a la Universidad en la revolución del 21 de julio; la vida de la Federación de Estudiantes durante este régimen de autonomía plena, las listas de los profesionales egresados y termina con una semblanza del Rector que ha caracterizado toda esta época cual es don Héctor Ormachea Zalles, a quien tributa conceptuosos y muy merecidos elogios, ya que ha sido, indiscutiblemente, el forjador de la nueva Universidad.

En las listas que Salinas publica de los profesionales egresados de la Universidad de La Paz, sólo aparecen 28 doctores en Derecho hasta 1849 y desde 1890 hasta hoy, únicamente 9, de los cuales sólo hay uno vivo. Y sin embargo, por todas partes se oye y se ve usar el título de «doctor» prodigado a cuanto abogado existe, cuando en realidad no son otra cosa que simples «abogados» o si se quiere «licenciados» y nada más.

El título de «doctor» corresponde a «un grado superior de jerarquía académica», cuya expedición corresponde a la Universidad, previo cumplimiento de los requisitos del caso. El título de «abogado» es dado por la Corte Superior de Justicia del Distrito y el Poder Ejecutivo, e indica habilitación profesional y nada más; conste que en el diploma respectivo, no dice más que «abogado en provisión nacional», sin que en ninguna parte mencione el título de «doctor», que como queda dicho, es académico.

Lo que pasa es que, vencidos los cursos universitarios, se recibe el grado de «licenciado en derecho», y le queda al pretendiente el camino de obtener el doctorado en la Universidad, título honorífico, o el de abogado ante la Corte Superior del Distrito, que le sirva para el ejercicio de la profesión. Todos escogen éste por más práctico y se desentienden de aquel otro, muy honroso por cierto, pero no lucrativo, y máxime si usan y abusan de él sin derecho alguno y sin necesidad de haber cumplido ninguna exigencia.

Nos cuenta René-Moreno en sus *Ultimos días coloniales* que esta confusión viene de antiguo y que en la Charcas colonial se daba el tratamiento de «doctor» a quienes lo eran y también a los simples abogados que no lo eran. Y tal confusión se ha extendido hasta nosostros, sin que a nadie se le haya ocurrido establecer la necesaria discriminación.

El mismo José María Salinas al hablar de José Manuel Loza (p. 25 del vol. I), dice «pasó a la Universidad de San Francisco Xavier en la cual recibió su grado académico de doctor en derecho, teología y bella literatura». No hubo tal cosa. Loza no aparece como recibido en Charcas, sino en La Paz el 24 de febrero de 1829, tal como anota Samuel Velasco Flor (*Foro Boliviano*, Sucre, 1877; 42). Además, el propio Salinas en la página 37 del primer volumen copia el oficio de Olañeta de 26 de marzo de 1832 al Cancelario en el cual le da la lista de «doctores, Licenciados y Bachilleres que han de fundar la Universidad Mayor de San Andrés», y en esa lista José Manuel Loza aparece como simple Licenciado. ¿Dónde está entonces su doctorado en derecho, teología y bella literatura?

El abuso en este orden ha llegado al extremo de que los señores magistrados, a sabiendas perfectamente de que no son «doctores», sino simples «abogados», usan aquel título en anuncios judiciales, edictos, etc., que se leen cotidianamente en la prensa. al respecto cabría recordar a los señores jueces que el artículo 341 del Código Penal castiga con prisión de cuatro meses a un año a «los que se arroguen otro título que no tengan legítimamente».

Para terminar, cumple decir que se han apuntado en estas notas ciertas disconformidades con el señor Salinas, así como algunas fallas de minucias que son susceptibles de corrección

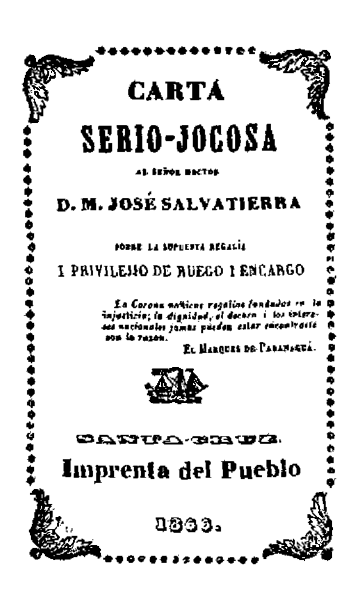
y que por cierto en nada afectan al fondo mismo de la obra ni a su arquitectura. Como impresión general no se puede menos que felicitar al autor por el éxito alcanzado, ya que por primera vez tenemos un conjunto tan valioso de datos sobre la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz.

Es necesario sí, que estos datos, así tan valiosos como son, sean complementados con un análisis de la trayectoria espiritual y cultural ya que no son los reglamentos ni las obras materiales las que dan vida y valer a una Universidad, sino su signo ideológico. A nadie preocupa el área que ocupa ni los reglamentos de las universidades de Oxford, Wittenberg o Pavía, pero a todos interesa y es lo que da relieve a estos institutos, que en la primera se enseña maravillosamente bien letras humanas, en la segunda se gestó la Reforma y en la tercera enseñó Volta, uno de cuyos principios le sirve de enseña gloriosa. Y esto hace falta entre nosotros, pues carecemos de datos acerca de la ideología de nuestra Universidad y la trayectoria seguida desde su fundación; sólo cuando la conozcamos, podremos sentir a fondo lo que ha sido y lo que es su *alma mater*.

José María Salinas tiene condiciones personales sobradas para emprender todas estas tareas, y es de esperar que las haga. A su recto juicio une amor por el tema y conocimiento. Cultura general para abordar los problemas que se plantean en el curso de la exposición, la tiene bastante, y todo ello al servicio de un talento del cual ya ha dado pruebas positivas en los ensayos que tiene publicados. Por todo ello, por su tesón de estudioso, por su afán intelectual y por sus nobles inquietudes en este orden, merece el más franco aplauso y felicitación.

La Paz, octubre de 1949.

SALVATIERRA G., Manuel José. *Alcance al folleto titulado, «Atentados inauditos cometidos por el ex-Vicario Capitular don José Ramón Suáres, contra el Senado Eclesiástico*


CARTA
SERIO-JOCOSA
AL SEÑOR DOCTOR
D. M. JOSÉ SALVATIERRA
SOBRE LA SUPUESTA REGALÍA
I PRIVILEJIO DE RUEGO I ENCARGO

La Corona no tiene regalías fundadas en la injusticia; la dignidad, el decoro i los intereses nacionales jamas pueden estar encontrados con la razon.
El Marques de Paranaguá.

SANTA-CRUZ.
Imprenta del Pueblo
1833.

170 156 x 95; 24 p. Por Prudencio Vidal de Claudio.

de esta diócesis», Santa Cruz, Imprenta del Pueblo, 1866, 4°, 10 + 1, suscrito por Manuel José Salvatierra G., en Santa Cruz (119).

SANABRIA FERNANDEZ, Hernando. (1913-1986). *LOS CHANES. Apuntes para el estudio de una incipiente cultura aborigen prehispánica en el Oriente Boliviano*. Santa Cruz, 1949; 45 p. y numerosas ilustraciones (120).

Se trata de una separata de los números 29 y 30 del *Boletín de la Sociedad de Estudios Geográficos e Históricos de Santa Cruz de la Sierra*, correspondientes al mes de febrero del presente año. Este trabajo, primitivamente fue presentado al concurso convocado por el Comité Pro-IV Centenario de la Fundación de La Paz, habiendo merecido el primer premio; hubiera sido de desear que como antecedente, se publique en este folleto el acta de calificación.

Sanabria Fernández es un estudioso esforzado, un gran talento y un magnífico escritor. Baste recordar que hace algunos años ganó otro concurso con un trabajo sobre el autor del Quijote. Elegante en su forma, es un verdadero purista del idioma, que cultiva con verdadera finura y con sabor y resonancia clásica.

En este campo se nos muestra un investigador acucioso de los orígenes prehistóricos de Bolivia y se enfrenta a un tema que otros no han tenido oportunidad de profundizar hasta ahora. Y trata dicho tema con conocimiento de causa, pues a más de la erudición meramente libresca, aquí hay estudio personal de restos arqueológicos de esa prehistoria aún sumida en el misterio. Al final da una bibliografía en la cual es sensible señalar algunos escritores adocenados y poco serios, y que además en la enumeración no se indique ni el lugar ni fecha de las ediciones de los libros citados. En cuanto a las fotografías de los restos encontrados, tampoco se indican dónde se hallan actualmente, o si pertenecen a la colección particular del autor.

Sentadas estas observaciones, cumple el examinar un poco el contenido de estas páginas. El primer capítulo titulado «Panorama geográfico», es una cabal descripción del *habitat* en el cual se desarrolló esta incipiente cultura chané y de paso hace una discriminación precisa de lo que es el concepto de «Oriente Boliviano». El segundo es una «Reseña geológica», en la cual describe todo el panorama geológico de la región a base de los estudios que diversos profesores han realizado.

En el tercer capítulo trata de «Los hombres primitivos del Oriente», abocándose al tan discutido problema del origen del hombre americano. Analiza doctrinas, como las de Ameghino y se ayuda con datos de empíricos de muy dudosa solvencia científica, para después de varias consideraciones, pronunciarse por la tesis autoctonista; conste que si bien Sanabria Fernández declara admirar a Ameghino y su ingenioso plan sistemático preconcebido, no por eso deja de reconocer las profundas y esenciales fallas de sus precipitadas conclusiones.

Continúa Sanabria Fernández con el capítulo cuarto relativo a «Los Chanés», sirviéndose de las referencias que al respecto traen los primitivos cronistas e historiadores de la conquista, así como la opinión de sabios como el Barón de Nodenskiöld, Kersten, del Camapana y

119. «Bibliografía Cruceña», *El Registrador*, periódico, Santa Cruz, 1923, nov. 28, N° 2, como simple anotación bibliográfica.

120. *La Razón*, 1949, dic. 18.

de esta *diócesis*», Santa Cruz, Imprenta del Pueblo, 1866, 4°, 10 + 1, suscrito por Manuel José Salvatierra G., en Santa Cruz (119).

SANABRIA FERNANDEZ, Hernando. (1913-1986). *LOS CHANES. Apuntes para el estudio de una incipiente cultura aborigen prehispánica en el Oriente Boliviano*. Santa Cruz, 1949; 45 p. y numerosas ilustraciones (120).

Se trata de una separata de los números 29 y 30 del *Boletín de la Sociedad de Estudios Geográficos e Históricos de Santa Cruz de la Sierra*, correspondientes al mes de febrero del presente año. Este trabajo, primitivamente fue presentado al concurso convocado por el Comité Pro-IV Centenario de la Fundación de La Paz, habiendo merecido el primer premio; hubiera sido de desear que como antecedente, se publique en este folleto el acta de calificación.

Sanabria Fernández es un estudioso esforzado, un gran talento y un magnífico escritor. Baste recordar que hace algunos años ganó otro concurso con un trabajo sobre el autor del Quijote. Elegante en su forma, es un verdadero purista del idioma, que cultiva con verdadera finura y con sabor y resonancia clásica.

En este ensayo se nos muestra un investigador acucioso de los orígenes prehistóricos de Bolivia y se enfrenta a un tema que otros no han tenido oportunidad de profundizar hasta ahora. Y trata dicho tema con conocimiento de causa, pues a más de la erudición meramente libresca, aquí hay estudio personal de restos arqueológicos de esa prehistoria aún sumida en el misterio. Al final da una bibliografía en la cual es sensible señalar algunos escritores adocenados y poco serios, y que además en la enumeración no se indique ni el lugar ni fecha de las ediciones de los libros citados. En cuanto a las fotografías de los restos encontrados, tampoco se indican dónde se hallan actualmente, o si pertenecen a la colección particular del autor.

Sentadas estas observaciones, cumple el examinar un poco el contenido de estas páginas. El primer capítulo titulado «Panorama geográfico», es una cabal descripción del *habitat* en el cual se desarrolló esta incipiente cultura chané y de paso hace una discriminación precisa de lo que es el concepto de «Oriente Boliviano». El segundo es una «Reseña geológica», en la cual describe todo el panorama geológico de la región a base de los estudios que diversos profesores han realizado.

En el tercer capítulo trata de «Los hombres primitivos del Oriente», abocándose al tan discutido problema del origen del hombre americano. Analiza doctrinas, como las de Ameghino y se ayuda con datos de empíricos de muy dudosa solvencia científica, para después de varias consideraciones, pronunciarse por la tesis autoctonista; conste que si bien Sanabria Fernández declara admirar a Ameghino y su ingenioso plan sistemático preconcebido, no por eso deja de reconocer las profundas y esenciales fallas de sus precipitadas conclusiones.

Continúa Sanabria Fernández con el capítulo cuarto relativo a «Los Chanés», sirviéndose de las referencias que al respecto traen los primitivos cronistas e historiadores de la conquista, así como la opinión de sabios como el Barón de Nodenskiöld, Kersten, del Camapana y

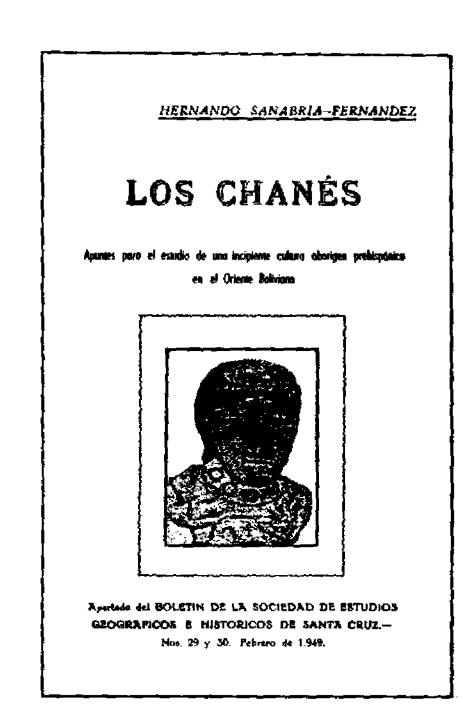
---

119. «Bibliografía Cruceña», *El Registrador*, periódico, Santa Cruz, 1923, nov. 28, N° 2, como simple anotación bibliográfica.

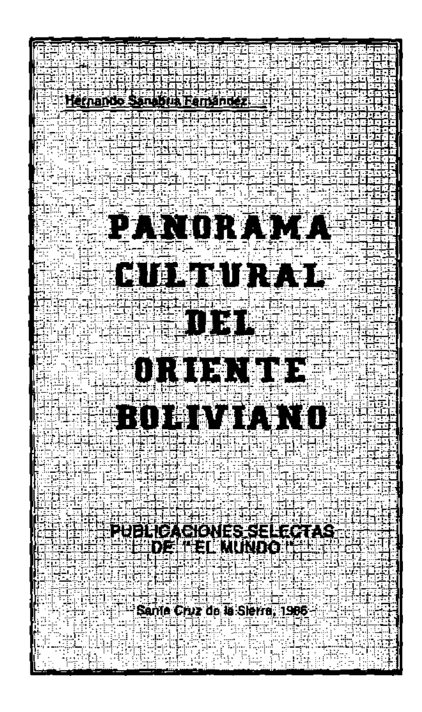
120. *La Razón*, 1949, dic. 18.



171 Hernando Sanabria Fernández. (1913-1986).



172 170 x 108; 45 + cuatro p. de ilustraciones.



173 220 x 136; 46 p. Obra póstuma.

[illegible]. Este capítulo se complementa con el quinto que se refiere a «Vivienda e industrias de los chanés», a base de los estudios del autodidacta cruceño José Benjamín Burela y del [illegible] Sanabria Fernández.

El capítulo más interesante, por lo mismo que es el que requiere mayor capacidad de comprensión y el uso inteligente de las fuentes informativas, es el sexto, que se titula «Reconstrucción prehistórica». Partiendo de la base de que los chanés son un pueblo de raza arawak de la cual hay restos en la isla Marajó de la desembocadura del Amazonas, nos dice Sanabria que han podido llegar a «constituir una comunidad sedentaria distribuida en parcialidades de actividad esencialmente agrícola, que iba contínuamente creciendo y expandiéndose».

A base de las conjeturas que se deducen de los hallazgos arqueológicos, Sanabria sostiene que el área de distribución de los chanés, es aproximadamente un círculo con centro en donde se halla la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, y dice: «Bien puede señalarse como lindero natural de su vivienda hacia el oeste, el Río Grande que ellos denominaron *Sara*, como repetidas veces lo expresan libros y documentos escritos por misioneros jesuitas. Hacia el sud es posible que hayan pasado ese mismo río, estableciéndose en los campos aledaños y en la zona [illegible], a juzgar por otros parecidos hallazgos. Por el norte, bien pudieron llegar hasta el curso bajo de los ríos Yapacaní y Piray, o quizá hasta las desembocaduras de estos en el Grande, regiones que en adelante correspondían y corresponden aún en parte, al *habitat* [illegible] los yuracarés. Y en lo que respecta a la zona montañosa del occidente, los [illegible] hallazgos efectuados no pueden menos que autorizarnos a suponer que [illegible] por los valles del alto Yapacaní y el alto Piray, hasta las cabeceras de estos, [illegible] seguramente, en las inmediaciones de la actual ciudad de Vallegrande y las [illegible] del pueblo de [illegible]» (p. 28).

A continuación se refiere a un monumento verdaderamente ciclópeo que se halla en la vecindad de Samaipata y que es comunmente conocido con el nombre de El Fuerte. Se ha creído generalmente que era incaico, cosa que no admite Sanabria, y sin enunciar las razones en que se funda, añade que «su incuestionable antigüedad nos autoriza a suponerla coetánea del Tiahuanacu, de la Puerta del Sol y el Palacio de Kalasasaya, mucho anterior, por ende a la fijación de los chanés en la zona pedemontaña». Es posible que ese pueblo constructor de El Fuerte, y por tanto anterior a los chanés, haya sido el mismo, hoy desaparecido, al cual Belisario Díaz Romero denomina «antis», suponiendo también que fue el de Tiahuanacu.

En el capítulo VII, ya entra en el terreno de la protohistoria y se refiere a los famosos caciques Grigotá y Guakané, a base de las narraciones de los primeros conquistadores de estas tierras. Esto es una prueba de que los incas llegaron hasta el llano donde actualmente se halla Santa Cruz de la Sierra, tesis que brillantemente ha planteado el historiador don Enrique Finot, quien además posee una cantidad de armas y objetos de bronce de procedencia incaica encontrados en los alredores de la capital cruceña.

El capítulo octavo, trata de la invasión guaranítica, suceso que ya pertenece a los comienzos del siglo XVI, es decir, cuando el continente ya está descubierto. La base para esta parte del trabajo es indudablemente la valiosísima monografía de Erland Nordenskiöld: «The Guarani Invasion of the Inca Empire in the Sixteen Century», publicado en la *Geographical Review* de New York en el número correspondiennte a agosto de 1917 (121). Justo es hacer constar que Nordenskiöld agotó el tema, que en una u otra forma es referido por los

---

121. La versión española de este trabajo se publicó en la revista *Khana*, La Paz, 1953, N° 1-2; 85-90 (G.O.).

[illegible], a base de los estudios del autodidacta cruceño José Benjamín Burela y del [illegible] Fernández.

El capítulo más interesante, por lo mismo que es el que requiere mayor capacidad de [illegible] y el uso inteligente de las fuentes informativas, es el sexto, que se titula «[illegible]cción prehistórica». Partiendo de la base de que los chanés son un pueblo de raza [illegible] de la cual hay restos en la isla Marajó de la desembocadura del Amazonas, nos dice Sanabria que han podido llegar a «constituir una comunidad sedentaria distribuida en parcialidades de actividad esencialmente agrícola, que iba contínuamente creciendo y expandiéndose».

A base de las conjeturas que se deducen de los hallazgos arqueológicos, Sanabria sostiene que el área de distribución de los chanés, es aproximadamente un círculo con centro en donde se halla la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, y dice: «Bien puede señalarse como lindero [illegible] de su vivienda hacia el oeste, el Río Grande que ellos denominaron *Sara*, como repetidas veces lo expresan libros y documentos escritos por misioneros jesuitas. Hacia el sud es posible que hayan pasado ese mismo río, estableciéndose en los campos aledaños y en la zona pedemontana, a juzgar por otros parecidos hallazgos. Por el norte, bien pudieron llegar hasta el curso bajo de los ríos Yapacaní y Piray, o quizá hasta las desembocaduras de estos en el Grande, regiones que en adelante correspondían y corresponden aún en parte, al *habitat* de sus parientes los yuracarés. Y en lo que respecta a la zona montañosa del occidente, los hallazgos a que antes hicimos referencias no pueden menos que autorizarnos a suponer que hayan llegados por los valles del alto Yapacaní y el alto Piray, hasta las cabeceras de estos, situadas respectivamente, en las inmediaciones de la actual ciudad de Vallegrande y las cercanías del pueblo de Postrervalle» (p. 28).

A continuación se refiere a un monumento verdaderamente ciclópeo que se halla en la vecindad de Samaipata y que es comunmente conocido con el nombre de El Fuerte. Se ha creído generalmente que era incaico, cosa que no admite Sanabria, y sin enunciar las razones en que se funda, añade que «su incuestionable antigüedad nos autoriza a suponerla coetánea del Tiahuanacu, de la Puerta del Sol y el Palacio de Kalasasaya, mucho anterior, por ende a la fijación de los chanés en la zona pedemontaña». Es posible que ese pueblo constructor de El Fuerte, y por tanto anterior a los chanés, haya sido el mismo, hoy desaparecido, al cual Belisario Díaz Romero denomina «antis», suponiendo también que fue el de Tiahuanacu.

En el capítulo VII, ya entra en el terreno de la protohistoria y se refiere a los famosos caciques Grigotá y Guakané, a base de las narraciones de los primeros conquistadores de estas tierras. Esto es una prueba de que los incas llegaron hasta el llano donde actualmente se halla Santa Cruz de la Sierra, tesis que brillantemente ha planteado el historiador don Enrique Finot, quien además posee una cantidad de armas y objetos de bronce de procedencia incaica encontrados en los alredores de la capital cruceña.

El capítulo octavo, trata de la invasión guaranítica, suceso que ya pertenece a los comienzos del siglo XVI, es decir, cuando el continente ya está descubierto. La base para esta parte del trabajo es indudablemente la valiosísima monografía de Erland Nordenskiöld: «The Guarani Invasion of the Inca Empire in the Sixteen Century», publicado en la *Geographical Review* de New York en el número correspondiennte a agosto de 1917 (121). Justo es hacer constar que Nordenskiöld agotó el tema, que en una u otra forma es referido por los

---

121. La versión española de este trabajo se publicó en la revista *Khana*, La Paz, 1953, Nº 1-2; 85-90 (G.O.).

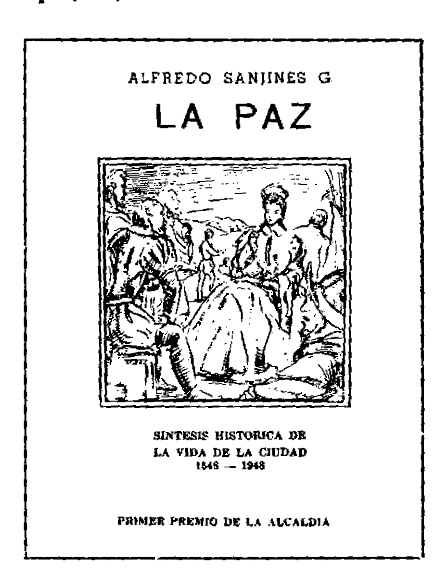
primitivos cronistas de Indias. Sanabria, no se resuelve a aceptar la tesis de Nordenskiöld sobre ser el legendario portugués Alejo García el iniciador de esa invasión y más bien se inclina a creer en una serie de guerras. Lo cierto es que la invasión guaraní, esa del siglo XVI, de que trata Nordenskiöld, fue la ruina de Grigotá y de los chanés que fueron vencidos y esclavizados.

El último capítulo es el relativo a «Los Chanés de hoy», capítulo que casi diríamos es una marcha fúnebre, ya que de la antigua y poderosa nación que dominó en gran parte del hoy Departamento de Santa Cruz, sólo quedan algunos restos degenerados en la región de Izozog y en Itiyuro. Esclavizados por los guaraníes perdieron hasta su idioma, del cual apenas si se conservan algunas palabras en el lenguaje de sus conquistadores, quienes los tratan con profundo desprecio, desprecio que los chanés o *tapuys*, como despectivamente los llaman, pagan con un odio inextinguible. Si los chanés en 1910, eran algo así como 5.000 personas apenas, hoy deben ser mucho menos, ya que estas razas tienden a ojos vistas a desaparecer para siempre.

Resumiendo las consideraciones anteriores, el ensayo que hoy nos ofrece Sanabria Fernández, es sumamente valioso, por la novedad del tema, la erudita compulsa de sus fuentes y las conclusiones obtenidas. Merece por tanto, el más entusiasta aplauso de todos los estudiosos.

La Paz, diciembre de 1949.

SANJINES G. Alfredo. *Síntesis histórica de la ciudad de La Paz (1548-1948)*, La Paz, Imp. Asociadas, s/f., [1948]; 85 p. (122).



174 137 x 103; 85 p. [1948]

Se trata de una crónica de la ciudad con motivo del IV Centenario de su fundación, crónica completada con un apéndice acerca de las viejas calles. Estilo ágil y corrido, da amenidad a

122. *La Razón*, 1949, ene. 23.

su lectura, que por su brevedad se reduce a dar una visión de sus cuatro siglos de vida, tocando los aspectos mas salientes.

Da noticia del desarrollo de la población, carácter de su vecindario, orígen y fundación de sus principales instituciones, así como rápidas pinceladas sobre el aspecto social y urbano. Naturalmente que en una crónica de esta índole no es dable exigir exactitud cronológica, notándose algunas fallas sin mayor trascendencia. Como síntesis, constituye un gran acopio de materiales que el mismo autor, u otros estudiosos podrán aprovechar positivamente, verificando más rigurosamente sus datos.

Para este trabajo, y es de esperarlo en una segunda edición, es de desear también que el autor pusiera de manifiesto sus fuentes de información, los documentos o referencias en qe funda sus afirmaciones; aquello de decir: «documentos del Archivo de Indias de Sevilla», es lo mismo que nada, si no se da la signatura precisa. Y esto es de notarse, máxime si el señor Sanjinés difiere de la casi totalidad de los cronistas paceños en cuanto a la primera ubicación de la ciudad, ya que todos o casi todos, afirman lo fue en Churubamba, donde incluso hoy existen, placa, plaza y estatua recordatorias, y Sanjinés cree que fue alrededor de la plaza de la Merced, el actual mercado de flores. Sería interesante una encuesta al respecto para que cada cual presente sus pruebas documentales y definir de una vez por todas este problema.

La Paz, diciembre de 1948.

SCHULTZE ARANA, Beatriz. *Por la escala del ensueño. Fantasía en verso en un acto y más cuadros*. La Paz, Universo, 1949; 76 p. (123).

Cuidadosamente editado por la empresa Universo, aparece este volumen de versos de la joven poetisa, quien a pesar de sus pocos años, ha conquistado ya un nombre en las letras nacionales y motivado elogiosos comentarios de la prensa extranjera. Desde *Lejanías*, publicado en 1945 y pasando por *Surcos de luz*, de 1947, su personalidad se define más y adquiere relieve propio en *El telar de las horas* de 1948. Este libro que aparece hoy, contiene no solamente lo que indica el título, sino además una fantasía infantil titulada «Burbujas de color» y algunos comentarios y opiniones acerca de la autora. Las ilustraciones finas y delicadas, han corrido a cargo de la señora María Luisa Pacheco y el prólogo lo constituye unos versos de Oscar Cerruto.

Tanto por la *Escala del ensueño*, como «Burbujas de color», demuestra la facilidad con que Beatriz Schultze toca uno y otro tema dentro del amplio campo de la poesía y lo hace con conocimiento básico y con sólido sentido artístico. La primera fantasía de las nombradas es de marco griego y con un profundo dejo romántico. Así como en el alborear del romanticismo se embriagaban todos con las evocaciones de la antigüedad clásica y las comparaciones a Grecia y Roma, en estos versos se siente esa impresión. Pero hay mucha habilidad en no extremar la nota del exotismo helénico y ello se compensa con el argumento romántico del tema que desarrolla.

En cuanto a «Burbujas de color», no obstante su modesto título de fantasía infantil, es completamente lo contrario, pues dejando de lado lo clásico y romántico, es una exaltación de lo nuestro, del primitivismo americano a través de las leyendas precolombinas que nos han transmitido los conquistadores españoles y los cronistas de Indias.

---

123. *La Razón*, s.l. 1949, junio 19.

Los versos son ágiles, de cuidadosa forma y de tierna sonoridad musical. Muy posible que algunos resulten un poco duros dentro del conjunto armónico y que ciertos temas no estén desarrollados cual sería de desear, todo ello desaparece, no obstante, ante la belleza de la forma y la profundidad de la forma. Al revés de muchos de nuestros poetas que carecen de ideas, a Beatriz Schultze le sobran y ello es su mayor gloria, pues indica una riqueza espiritual que nada ni nadie podrá quitarle y que plasmada en sus versos ha de ser el mejor cimiento de su alta personalidad artística.

SUAREZ, José Ramón. *La Verdad demostrada. Defensa de las santas leyes i disciplina de la Iglesia y de la legítima autoridad que inviste el Vicario Capitular de esta diócesis, Sr. Arcediano Dr. José Ramón Suárez*, Santa Cruz, Imprenta del Pueblo, 1866, 4°, 16 p. + 12 de notas. Suscrita en Santa Cruz por José Manuel Aguilera (124).

TRIGO, Bernardo. *La tejas de mi Techo. Páginas de la Historia de Tarija*, La Paz, Ed. Universo, 1939; cuatro + 350 + III p. (125).



175 182 x 103; 350 + III p.

Se refiere íntegro a su tierra natal, Tarija, ciudad boliviana ubicada cerca de la frontera argentina y sobre cuya filiación hubo ardientes debates y réplicas vivas en los primeros años de nuestra vida republicana.

124. «Bibliografía Cruceña», *El Registrador*, periódico, Santa Cruz, 1923, nov. 28, N° 2, p. 2, como simple anotación bibliográfica.

125. a) *Revista de Historia de América*, México, 1939 N° 7; 187-188. b) *La Razón*, 1949, feb. 20 y 1950, abr. 30.

Propiamente no es un libro articulado y de tema definido y preciso. Más parece un acopio de capítulos y párrafos escritos con estilo e intención periodística, que fruto de un maduro y sesudo estudio sobre los temas que apenas toca. Cosas de la colonia, de la República, de índole seria, de carácter internacional, se mezclan con rencillas y aventuras comunales, actos heroicos, apertura de calles, datos dispersos de diversa índole, que magüer la intitulación y distribución que tienen en seis capítulos, no forman en sí una unidad concreta. Razón sobra para la vaguedad del título.

El señor Trigo es uno de los pocos aficionados al género en Tarija y es de desear que emprenda con método y precisión una historia de su tierra natal, historia que hace tiempo todos reclaman, ya que tiene párrafos de gloria cuyas enseñanzas serán siempre ejemplarizadoras. Por el volumen que hoy se publica, se puede colegir que al autor no le faltan ni materiales ni aptitudes para emprender tal obra. Es de esperar que así lo haga.

La Paz, septiembre de 1939.

UGALDE, Manuel. *Consecuencias de mi patriotismo. Mojos salvajizado por el Jefe político D. José Manuel Suárez*, Cochabamba, Tip. de Gutiérrez, 1863; 4°, 26 p. (126).

UNIVERSIDAD MAYOR «TOMAS FRIAS». *Departamento de Cultura. Cuadernos universitarios. Serie I, vol. I, N° 1. Viajes de Estudio*, Potosí, 1948; 32 p. (127).

Comienza este folleto con una explicación acerca de las finalidades de las publicaciones que se inician para hacer efectiva la cooperación de la Universidad de Potosí y la opinión pública. El cuerpo mismo lo constituye el informe del Sr. Alfredo Careaga Barrientos quien presidió una delegación estudiantil de la Facultad de Economía y Finanzas que viajó al Brasil.

El informe contiene un relato del viaje y se extiende en un análisis de la organización de la Facultad de Ciencias Económicas de Río de Janeiro, con detalle de sus cursos y asignaturas.

Hace reflexiones atinadas al respecto y propone algunas sugerencias para mejorar los sistemas y distribución de la que existe en Potosí. Añade, por vía ilustrativa, interesantes datos sobre la economía brasileña.

VIAÑA, José Enrique. *Cuando vibraba la entraña de Plata. Crónica del siglo XVII*. La Paz, Ed. Universo, 1948; 296 + IV p. (128).

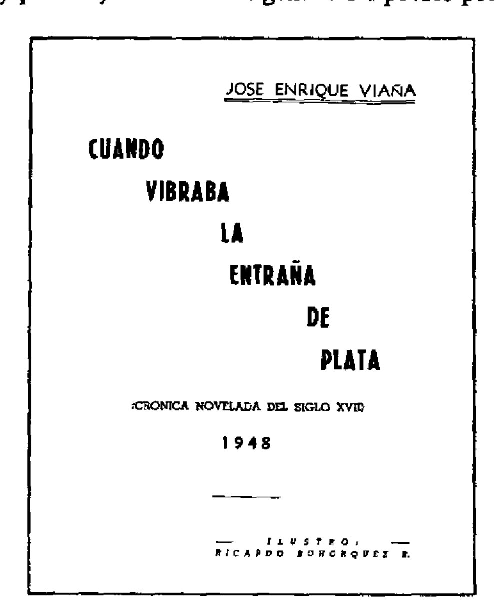
No se trata propiamente de una novela, ya que no existe mucha concatenación ni continuidad, sino de cuadros diversos de la vida en la Villa Imperial de Potosí de fines del siglo XVI y primera mitad del XVII. Aunque algunos personajes que actúan como eje central aparecen

126. Anotación bibliográfica en *El Registrador*, periódico, Santa Cruz, 1923, nov. 28, N° 2.

127. *La Razón*, 1949, jul. 24.

128. *La Razón*, 1949, ene. 16.

desde el principio hasta el fin, los cuadros son aislados y casi diríamos que se reducen a los aposentos, ya que muy poco hay de la vida en general del pueblo potosino.



JOSE ENRIQUE VIAÑA

CUANDO VIBRABA LA ENTRAÑA DE PLATA

(CRONICA NOVELADA DEL SIGLO XVII)

1948

176 146 x 100; 293 + IV p. y un plano de Potosí.

Son hombres sueltos, en casas sueltas los que allí se mueven, y la ciudad parece ausente de ellos. José Enrique Viaña que es un gran poeta, no ha sabido poner emoción en la vida española de esa época. Sólo la hay y profunda, maravillosa, cuando describe la vida de los mitayos en las minas del Cerro Rico, de esos infelices indios que iban a pagar con su vida la sed insaciable de riquezas de todo un mundo. Aquí hay fuerza, plasticidad y hondo sentir.

Todos los diálogos están en castellano antiguo, algunas veces forzado e incorrecto, lo cual vuelve pesada la lectura, y se nota que el cuidado que hubo de tener el autor para mantener ese ritmo le quitó la visión y la fuerza necesaria para hacernos captar el ambiente de la época que se le escapa por completo. No hay que olvidar que por ese entonces Potosí debió ser una ciudad muy interesante por la policromía de gentes que allí dábanse cita, y que la convertían en un mosaico de los siete pecados capitales. Pero nada de esto se nota, pues como decíase antes, la obra carece de ambiente; incluso en las dos únicas escenas de garito que aparecen, sólo actúan los mismos personajes consabidos, solos y sin el marco que debió ser valioso como documento humano.

En cuanto al idioma, si las escenas que se describen son contemporáneas del Quijote, ¿porqué no usar el lenguaje en que escribió Cervantes y no empeñarse en arcaismos forzados y que ya por entonces debieron estar pasados de moda?

Es lamentable hacer constar que en este ensayo, el novelista se ha mostrado muy inferior al grande y maravilloso poeta que es José Enrique Viaña.

La Paz, noviembre de 1948.

[VIDAL DE CLAUDIO, Prudencio] *Carta serio-jocosa al señor doctor D. M. José [illegible]rra sobre la supuesta regalía i privilegio de Ruego y Encargo.* Epígrafe del Marqués de Paranaguá, Santa Cruz, Imprenta del Pueblo 1866, 4°, 24 p. Suscrito por Prudencio Vidal de Claudio (129).

VILADEGUT, Francisco. *Ensayos poéticos*, La Paz, Ed. Kollasuyo, 1948; 57 p. (130).

Un pequeño volumen pulcramente impreso reúne algunos versos de este profesor que dejando en parcial descanso las rudas tareas de su apostolado cultural, se dedica a cultivar el estro y con bastante éxito. Es una lástima que no hubiese seleccionado mejor sus producciones, ya que alguna que otra composición desdice el conjunto que es armónico.

Así tenemos que «Imploración» carece de ritmo y musicalidad, contrastando con otras que son tiernas y delicadas en forma y fondo, tal por ejemplo «En la rosa Blanca». Igual cosa podría decirse de «Espera», que es uno de los mejores del volumen.

En este amor hay alma de poeta, se puede advertir fácilmente que aquellos versos en [illegible] con naturalidad, son muy buenos, plenos de sentimien- [illegible], con la técnica consiguiente a tal modalidad debe encauzar su [illegible]

[illegible], Emeterio. *La lengua de Adán y el hombre de Tiaguanaco. Resúmen* [illegible] La Paz, Imp. América, 1939. Biblioteca Boliviana N° 7. Publicaciones del Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas, 8°; cuatro + XXXIV + 235 p. (131).

Reedición de la obra publicada en 1888 por Nicolás Acosta, quien la hacía preceder de un prólogo interesantísimo, hoy suprimido y reemplazado por otro del director de la Biblioteca, señor Gustavo Adolfo Otero.

Tanto esta edición como la de 1888, no son sino índice y explicación de la obra grande que no llegó a publicar nunca Villamil de Rada y cuyo manuscrito no ha podido obtenerse, sin duda por no haberse buscado seriamente. Villamil de Rada tuvo una vida novelesca y azarosa; ejerció diversas profesiones y oficios en todas la latitudes del globo. Europa, Australia, como los Estados Unidos, le vieron cruzar con buena o mala fortuna, rico o pobre, pero siempre optimista. En el ocaso de la vida, desengañado y amargado, viéndose sin recursos y sobre todo, ante la indiferencia por sus trabajos, escribió una esquela al Barón de Cabo Frío, enviándole todos sus manuscritos y en esa hermosa bahía de Río de Janeiro, buscó en sus olas la respuesta a todas sus dudas, y la solución a todos sus problemas. De sus papeles no se ha sabido más.

---

129. «Bibliografía Cruceña», *El Registrador* periódico, Santa Cruz, 1923, nov. 28, N° 2, como simple anotación bibliográfica.

130. *La Razón*, 1949, feb. 13.

131. *Revista de Historia de América*, México, 1940, N° 8; 20-21.

[VIDAL DE CLAUDIO, Prudencio] *Carta serio-jocosa al señor doctor D. M. José Salvatierra sobre la supuesta regalía i privilegio de Ruego y Encargo.* Epígrafe del Marqués de Paranaguá, Santa Cruz, Imprenta del Pueblo 1866, 4°, 24 p. Suscrito por Prudencio Vidal de Claudio (129).

VILADEGUT, Francisco. *Ensayos poéticos*, La Paz, Ed. Kollasuyo, 1948; 57 p. (130).

Un pequeño volumen pulcramente impreso reúne algunos versos de este profesor que dejando en parcial descanso las rudas tareas de su apostolado cultural, se dedica a cultivar el estro y con bastante éxito. Es una lástima que no hubiese seleccionado mejor sus producciones, ya que alguna que otra composición desdice el conjunto que es armónico.

Así tenemos que «Imploración» carece de ritmo y musicalidad, contrastando con otras que son tiernas y delicadas en forma y fondo, tal por ejemplo «En la rosa Blanca». Igual cosa podría decirse de «Espera», que es uno de los mejores del volumen.

En este autor hay alma de poeta, se puede advertir fácilmente que aquellos versos en que deja correr su alma y su inspiración con naturalidad, son muy buenos, plenos de sentimiento, y que dentro de ese rumbo, con la técnica consiguiente a tal modalidad debe encauzar su lírica.

VILLAMIL DE RADA, Emeterio. *La lengua de Adán y el hombre de Tiaguanaco. Resúmen de estas obras*, La Paz, Imp. Artística, 1939. Biblioteca Boliviana N° 7. Publicaciones del Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas, 8°; cuatro + XXXIV + 235 p. (131).

Reedición de la obra publicada en 1888 por Nicolás Acosta, quien la hacía preceder de un prólogo interesantísimo, hoy suprimido y reemplazado por otro del director de la Biblioteca, señor Gustavo Adolfo Otero.

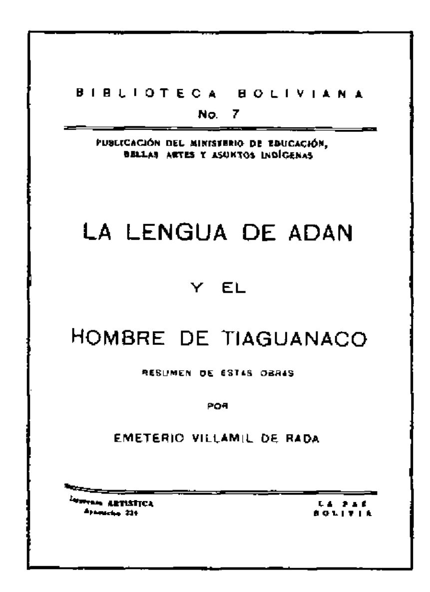
Tanto esta edición como la de 1888, no son sino índice y explicación de la obra grande que no llegó a publicar nunca Villamil de Rada y cuyo manuscrito no ha podido obtenerse, sin duda por no haberse buscado seriamente. Villamil de Rada tuvo una vida novelesca y azarosa; ejerció diversas profesiones y oficios en todas la latitudes del globo. Europa, Australia, como los Estados Unidos, le vieron cruzar con buena o mala fortuna, rico o pobre, pero siempre optimista. En el ocaso de la vida, desengañado y amargado, viéndose sin recursos y sobre todo, ante la indiferencia por sus trabajos, escribió una esquela al Barón de Cabo Frío, enviándole todos sus manuscritos y en esa hermosa bahía de Río de Janeiro, buscó en sus olas la respuesta a todas sus dudas, y la solución a todos sus problemas. De sus papeles no se ha sabido más.

---

129. «Bibliografía Cruceña», *El Registrador* periódico, Santa Cruz, 1923, nov. 28, N° 2, como simple anotación bibliográfica.

130. *La Razón*, 1949, feb. 13.

131. *Revista de Historia de América*, México, 1940, N° 8; 20-21.



BIBLIOTECA BOLIVIANA
No. 7

PUBLICACIÓN DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN, BELLAS ARTES Y ASUNTOS INDÍGENAS

LA LENGUA DE ADAN

Y EL

HOMBRE DE TIAGUANACO

RESUMEN DE ESTAS OBRAS

POR

EMETERIO VILLAMIL DE RADA

LA PAZ
BOLIVIA

177 144 x 103; XXXIV + 235 p.

Libro raro este de Villamil de Rada. Sus concepciones atrevidas son dignas si no de aceptarse, por lo menos de estudiarse como valiosa contribución al origen tanto de las lenguas americanas, como del origen de los primeros pobladores de estas tierras. Hay comparaciones curiosas del quichua y el aymara con el sánscrito y griego, etc., etc.

VILLEGAS, Víctor Hugo. *Chuño Palma. Novela de cholos. Homenaje a La Paz en el IV Centenario de su fundación*, La Paz, Ed. Universo, 1948; 170 p. (132).

El tema del cholo como materia a tratarse en una novela, sin ser común, no es una novedad en nuestra literatura. Lo afrontó con éxito ha más de veinte años don Enrique Finot con *El Cholo Portales* (La Paz, 1926), en la cual con todo lo crudo de su panorama y algunas exageraciones, tendía a demostrar la mala calidad moral del cholo, pero no como consecuencia de una fatalidad étnica, sino más bien del ambiente en que había nacido y educádose. En este sentido el cholo venía a ser un producto social y no racial; tesis confirmada después en su *Nueva Historia de Bolivia* (Buenos Aires, 1946).

Ahora aparece este nuevo intento de parte del señor Víctor Hugo Villegas, conocido periodista local, intento en el cual pretende, con mucha nobleza de miras y propósitos el presentarnos un cholo muy distinto del hasta hoy conocido tanto en la política como en la sociología y la literatura. En 170 páginas limpiamente editadas por la empresa «Universo» y con tapa polícroma, nos ofrece lo que entendemos es fruto primerizo en forma de libro. En las solapas de la anteportada lleva un juicio elogioso del periodista Mario Flores.

El esqueleto o trama de la novela se reduce a pintarnos a un cholo, Manuel Segundo Palma, quien nace y se cría en una taberna, en medio del juego y de la bebida, y que a fuerza

132. *La Razón*, s.l. 1948, nov. 7.

de constancia vence sus estudios con éxito y llega a graduarse de abogado, destacándose en la profesión hasta tener una situación independiente; idealista, renuncia o no da importancia a sus amores y se dedica a alternar con la clase obrera; ante un antentado policial, arma una revuelta con una treintena de los suyos, revuelta en la cual perece el «Chuño Palma» que es el nombre con el cual se lo conoce desde Colegio.

Como idea central, aunque no muy explícita, está la muy loable intención de presentar una buena índole y excelente calidad moral en el cholo, al revés de lo tanto malo que de él se ha dicho. Esta intención de desvirtuar el sentido peyorativo que ha tenido y tiene el vocablo «cholo», por si sola ya merece todo aplauso y encomio, no obstante de que no ha sido bien alcanzada.

Sin quererlo y quizá sin darse cuenta el autor, en vez de hacer la historia de Chuño Palma, como el nombre de la novela hace presumir, hace más bien la de Trini, la chola, su madre; ésta en realidad es el principal personaje y el eje central alrededor del cual giran todos los acontecimientos. Desde su iniciación amorosa en forma violenta por el joven badulaque de la casa rica donde sirve, hasta al final rendirse a la pasión silenciosa y constante durante larguísimos años de Pablo Concha, y esto después de larga castidad y cuando muerto su hijo, ya no tenía a nadie en el mundo.

La figura de Trini es verdaderamente ejemplar y conmovedora. Chola de pollera, las lleva con orgullo y se ufana de su clase. Trabajadora abnegada, soporta callada las borracheras, malos tratos, desmanes, etc. del padre de Manucho, y con ese tesón admirable que caracteriza a los de su condición, educa a su hijo y se labra una situación económica desahogada. Esta novela en vez de llamarse «Chuño Palma», debió titularse «La Chola Trini», y hubiera estado mucho más en lo cierto.

En su estructura y desarrollo, la novela no se presenta muy armónica. La primera escena en el frontón «La Batea» de la calle Bueno, con todo de estar bien descrita, tiene por objeto presentar a los personajes, cosa muy útil y bien alcanzada, pero que queda trunca con el posterior desenvolvimiento de las escenas. El idealista Chuño Palma renuncia hasta a los amores y cuando lo hace, según el propio autor, es por conservar el equilibrio perfecto de su personalidad. Cuando comienza su trato con los obreros lucha y vence a los demagogos y extremistas, presentándose como político realista y positivo que quiere orden y paz a todo trance.

Y sin embargo, ex-abrupto, sin previa preparación, sin clima personal ni social, al final se nos presenta Chuño Palma como un exaltado e irresponsable que ante una tentativa de arresto injusto, y ante las violencias de sus compañeros por libertarlo, se convierte en un loco revolucionario que con un puñado de los suyos y casi sin armas, construye barricadas en la Locería y lucha hasta morir.

Este cambio no está justificado de ninguna manera, ni siquiera por la esperanza de que a su gesto y ejemplo se subleve toda su clase, pues para ello, habría sido preciso el preparar el ambiente adecuado, crear la situación, presentándola en forma de que una chispa la incendiaría; pero no hay tal cosa en la novela y el cambio es tan brusco que impresiona, precisamente por lo irreal de su aparición tanto en la novela como en nuestro medio. Conste que si bien Chuño Palma sufrió algunas humillaciones en Colegio por su origen, ello estaba muy lejos y superado, siendo muy otra la situación en que se hallaba al tiempo de los sucesos más importantes que se detallan. No es pues un resentido el que se trata de presentar y por esta

misma razón, por ser la primera vez que sufría un atropello de la autoridad, es que choca ese giro que se da a su vida.

La novela tiene un vocabulario de términos propios del ambiente para explicar el texto y con muy buen criterio se ha puesto, no al final como es de costumbre, sinó al pie de cada página y donde aparece el modismo, facilitando así la lectura y ahorrándose búsquedas. Peca de redundante al querer explicar vocablos que no son modismos, sino castellanísimas palabras, tales como por ejemplo «matrero», «medirse», «chinero», «matarife», «cantina», con todo de ser americanismos, son de sobra conocido en todo el mundo de habla española para estar explicándolo.

Una cosa interesante en esta novela es la plasticidad de los cuadros de la vida y ambiente en los cuales se desarrolla la trama. El frontón de «La Batea», como la picantería de Trini, están muy bien pintados, y aún mejor el aspecto y características de los personajes concurrentes a estos lugares. Hay espíritu de captación, habilidad intuitiva para enfocar a los actuantes, agilidad en el relato de las acciones, y un espíritu de sabio acomodo en todos los detalles de las escenas, denotando todo ello un talento plástico notable.

No obstante de haberse apuntado algunas faltas, es preciso hacer constar los méritos que tiene, y hacer honor al autor por sus condiciones estilísticas y por su habilidad descriptiva. Para ser primer ensayo en el género, es mucho obtener y es seguro que perseverando podrá producir algo valioso como aporte al conocimiento de nuestro medio y de nuestro pueblo.

La Paz, octubre de 1948.

ZAMBRANA, Mariano. *Plumadas centenarias. El Oriente boliviano*, Santa Cruz, Tip. Industrial, 1925; IV + una + 124 p. (133).

MARIANO ZAMBRANA

PLUMADAS CENTENARIAS

(El oriente boliviano)

1925

SANTA CRUZ—BOLIVIA

Tipografía Industrial

178 165 x 92; IV + una + 124 p.

133. Inédito.